Debían amarse. Ambos sentían que tenían que recuperar el tiempo perdido

LUZ GABÁS

REGRESO A TU PIEL

AE & I



Planeta

Debían amarse. Ambos sentían que tenían que recuperar el tiempo perdido

LUZ GABÁS

REGRESO A TU PIEL

AE & I



Planeta

Índice

Portada
Ilustración de Monzón
Dedicatoria
Regreso a tu piel
1.
2.
3.
4.
5.
6.
7.
8.
9.
10.
11.
12.
13.
14.
15.
16.
17.
18.
19.
20.
21.
22.
23.
24.
25.
26.
27.
28.

29.
30.
31.
32.
33.
34.
35.
36.
37.
38.
39.
40.
41.
42.
43.
44.
45.
Nota de la autora
Agradecimientos
Nota
Documento original
Créditos

Te damos las gracias por adquirir este EBOOK

Visita **Planetadelibros.com** y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

---

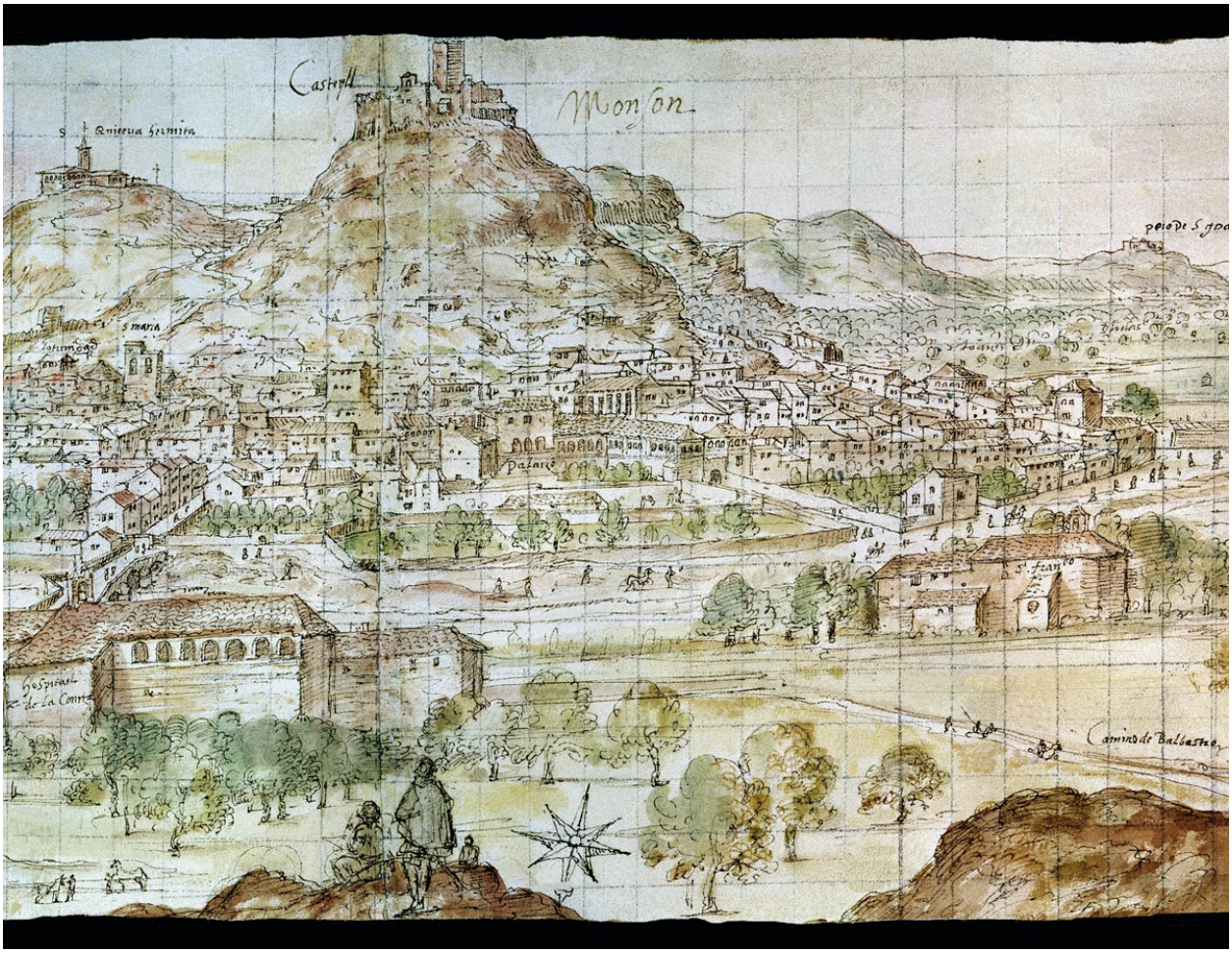
¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Próximos lanzamientos
Clubs de lectura con autores
Concursos y promociones
Áreas temáticas
Presentaciones de libros
Noticias destacadas

PlanetadeLibros.com

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

Explora Descubre Comparte


Castyll
Monçón
S Ruiseva hermita
s maria
Palacio
Hospital de la Corte
Camino de Balbastro

Para José Español Fauquié,
con quien llevo años compartiendo siglos.
Un suspiro.
Un espacio de tiempo brevísimo.

Otra vez.

El agua y las constantes ráfagas de viento azotan con furia su cuerpo.

¿O es el mío?

Una mujer corre desesperada. Sus botas se hunden en el barro. Tiene el cabello oscuro y largo. Incómodas madejas caen sobre su rostro y hombros.

Me pesa. Mucho.

Jadea. Está aturdida. Desesperada.

Ahora trepa por una pared de piedra y salta a un emboscado sendero. Los irregulares guijarros la hacen tropezar.

No puedo respirar...

Una zarza hiere su rostro; otras desgarran sus ropas y se clavan en su carne, pero ella sigue adelante. Las hojas rojizas de los árboles se pudren en el suelo. De pronto, el camino muere.

Levanta la vista y reconoce un pequeño puente sobre un barranco. Es muy estrecho. Sé que sabe —porque ha ido otras veces allí, cuando quiere estar sola— que solo se utiliza para conducir el agua desde las alturas a los pastos.

La visión del puente la tranquiliza. Un leve momento de alivio. Sabe qué hacer. Se arroja al suelo y comienza a arrastrarse. Quiere deslizarse a horcajadas sobre la estrecha pasarela apoyada en dos pilares que surgen de una inmensa roca anaranjada. Sus manos sienten la viscosa humedad del musgo centenario.

Es blando y suave, un tanto pegajoso.

Es desagradable.

Las gotas de lluvia se deslizan por las piedras. Parecen lágrimas. Resbalan, veloces, y luego se detienen un instante antes de lanzarse al vacío. Todas se estrellan metros más abajo contra el fondo del precipicio.

Las veo caer, una y miles a la vez, sin fin.

Ploc, ploc, ploc, ploc...

Tengo miedo. Ese ruido me da miedo. La posición de la mujer me da miedo...

¿Quién eres?

¡Cuidado!

¡Se ha sentado con las piernas colgando sobre el vacío!

El viento es tan fuerte que tiene que sujetarse con las manos a ambos lados de sus muslos para no ser derribada. Mira hacia abajo, hacia el inmenso agujero que abre su boca a sus pies.

Parece que una momentánea sensación de vértigo despierta sus sentidos. Recuerda algo...

Baja la cabeza, apoya la barbilla contra el pecho y todo su cuerpo se convulsiona con unos violentos sollozos. Siento como si un profundo desconsuelo me embargara... *También tiemblan las últimas hojas de otoño antes de que el viento las arranque definitivamente de lo que ha sido su vida.*

¿Qué te pasa?

¿Qué me pasa?

Es esa sensación otra vez...

Es como si... No sé.

Solo quiere desaparecer.

Ploc, ploc, ploc, ploc...

Las gotas...

Un ruido de cascos de caballo que se acerca al galope. Un relincho. La imagen de un enorme animal negro que se pone de manos al borde del barranco. Un cuerpo que cae y se golpea contra la roca. Unos momentos de incertidumbre.

Ese caballo...

Creo que le resulta familiar.

La mujer se olvida de sí misma. El cuerpo bajo el puente no se mueve. Alguien está herido. El caballo patea nervioso. No sabe qué hacer, adónde dirigirse ahora.

El cuerpo está boca abajo, con el rostro cerca, muy cerca del agua. ¿Y si se ahoga?

¡Tienes que ayudarle! ¡Baja de ahí!

No sé cómo, pero ella ha llegado a su lado.

Se inclina sobre el cuerpo, aparta la capa que se ha doblado sobre su cabeza y apoya una mano en cada hombro para girarlo. Su rostro está cubierto de sangre.

—¡Tú! —exclama sintiendo un profundo alivio.

Yo creo que también lo conozco, que lo he visto antes... Pero ¿dónde?

Esos ojos que me miran y me queman, ¿a quién pertenecen?

Y ahora otra vez... ¡Qué poco dura el consuelo!

Los gritos cargados de odio y el miedo.

Y esa voz monocorde que repite, una y otra vez, unas palabras que no comprendo:

—Omnia... mecum...

Y yo... No...

1.

—Estoy aquí —oyó que decía alguien con suavidad, mientras la acariciaba—. Ya ha pasado.

Brianda abrió los ojos lentamente. Había pasado, pero ella sabía que sus pesadillas volverían. ¿Qué demonios le estaba sucediendo? En los últimos meses, la frecuencia de esas peleas con las sombras nocturnas había aumentado considerablemente. Y esas escenas siempre terminaban en llanto. Parpadeó varias veces para acostumbrar la vista a la luz y despejar las lágrimas. Enseguida comenzó a ser consciente de su entorno, pero se mantuvo aferrada en ademán de silenciosa súplica a los brazos que la rodeaban. El corazón le latía tan deprisa que le dolía el pecho y sentía el cuerpo pegajoso por el sudor.

—Esteban... —Su voz sonó ronca. Quiso añadir algo más, pero no supo qué decirle. Nadie, ni siquiera él, podría ayudarle, porque no sabía a qué temer.

—Tranquila, cariño... —Esteban esperó en silencio unos segundos a que la mirada ausente de ella desapareciera del todo y regresara la expresión conocida. Entonces se incorporó, apoyó la espalda contra el cabecero y la atrajo hacia su pecho—. ¿Estás mejor?

Brianda asintió, acompañando el gesto con una leve sonrisa con la que pretendía tranquilizar a Esteban, pero se sentía inquieta. Reconocía que él estaba teniendo con ella mucha paciencia; tal vez demasiada. En todo ese tiempo no había mostrado ningún indicio de rechazo o hartazgo. Ni siquiera había exteriorizado una simple recriminación. Se preguntó si ella actuaría con tanta tranquilidad si fuera al revés; si Esteban la despertara a cualquier hora hecho un manojo de nervios.

Se incorporó y se sentó al borde de la cama. Le dolía la cabeza. El dolor de cabeza se estaba convirtiendo en una constante en su vida.

—No sé qué me pasa... —dijo en un susurro. No podía descansar ni de día ni de noche. Se llevó una mano a la garganta. La sentía áspera, como su espíritu.

—Seguro que es por la reunión de hoy. —Esteban le dio unos golpecitos en la mano—. En unas horas habrá terminado. —Miró el despertador. Eran las siete—. Yo me levanto ya. Me espera un día duro.

Caminó hacia el cuarto de baño. Brianda se giró, acomodó un cojín sobre la almohada y volvió a recostarse. En su cabeza todavía resonaba una incompleta expresión en latín cuyo significado no comprendía. Cerró los ojos y visualizó imágenes y sensaciones sueltas, una mujer, un caballo, agua, algo viscoso entre los dedos... No tuvo que esforzarse mucho en recordarlas porque eran las mismas de otras veces. Sabía que era difícil que un sueño se repitiera con frecuencia. A ella no le había sucedido nunca hasta hacía un par de meses. Había intentado

encontrar una explicación lógica, pero no era una experta en psicoanálisis. Tal vez su mente la estuviera advirtiendo de algo, pero ella no tenía ni idea ni de qué ni de por qué. Por más vueltas que le había dado al tema, había terminado por admitir que su única preocupación provenía del trabajo, el cual se estaba resintiendo por culpa de la falta de sueño. Todo lo demás estaba en orden.

De fondo escuchó el ruido del agua de la ducha y las voces de la radio. Poco después apareció Esteban con el pelo castaño alborotado y restos de gotas sobre su cuerpo desnudo. Abrió el armario y eligió el atuendo del día, un pantalón gris de cintura alta y una camiseta blanca. Brianda observó cómo se vestía, deseando encontrar algo de sosiego en esa cotidiana visión.

—¿Qué tal esta americana?

Esteban se la puso y desfiló ante la joven con una sonrisa en los labios.

—Perfecta para un abogado cuarentón... —comentó ella obligándose a sonreír.

—¡Oye! ¡Todavía me falta un poco para eso! —Cogió los zapatos fingiendo sentirse ofendido—. ¡Y tú vas detrás! —Se sentó a los pies de la cama para calzarse y al cabo de unos segundos preguntó, recuperando el tono cariñoso—: ¿Estás preparada para el gran día?

Brianda asintió sin mucho entusiasmo. Después de semanas de intenso trabajo, en unas horas estaría explicando el nuevo proyecto ante la comisión gestora del hospital. Había mucho dinero en juego. Si convencía a los miembros, su empresa conseguiría un suculento contrato y ella, tal vez, un ascenso. Sin embargo, a pesar de su experiencia, se sentía nerviosa. Ese día más que nunca todo tenía que ir bien. Esteban no lo sabía, no se había atrevido a contárselo, pero otro desliz como el de la semana anterior, y su reputación en la empresa caería en picado.

Esteban la observó unos instantes y ella reconoció en su mirada lo que tantas veces él le había repetido. Le encantaba la expresión despistada de Brianda cuando se despertaba. A él no le costaba nada madrugar, pero para ella cada mañana suponía una pelea contra el sueño. Su expresión adormilada, las mejillas sonrosadas y la media melena oscura despeinada le daban un aire de cautivador desaliño. Se preguntó si se percataría ahora del velo de preocupación que seguramente empañaba sus ojos oscuros.

—Sé que todo irá bien. —Esteban se inclinó para besarla. Después le acarició la mejilla y se levantó—. Llámame en cuanto termines, por favor.

—Sí —prometió ella.

—Y no te quedes dormida, ¿eh? —bromeó él antes de desaparecer.

Brianda permaneció unos minutos más en la cama hasta que percibió que comenzaba a amanecer. Se levantó y se dirigió hacia la ventana. Poco a poco el ajetreo otoñal del Madrid diurno iba ganándole terreno al nocturno: furgonetas de reparto, alguna joven apresurada empujando un cochecito con un niño amodorrado, algún hombre con el periódico bajo el brazo buscando un bar donde tomarse un cortado, varias mujeres extranjeras atravesando los portales hacia los pisos donde trabajaban como asistentas, los primeros bocinazos de conductores impacientes... Nada parecía diferente de otros días de otoño en la calle donde Esteban y ella habían decidido comprar un piso viejo y remodelarlo. Realmente disfrutaba de una vida que muchos considerarían envidiable. Una pareja estable, un trabajo de responsabilidad y una

vivienda preciosa.

«No debería darle tantas vueltas a todo», pensó. Estaba más que acostumbrada a hablar en público, a lidiar con impertinentes en reuniones tensas, a mantener la atención de la audiencia, incluso cuando explicaba asuntos densos y complejos, a conseguir sus objetivos... Y ese día no tenía por qué ser diferente. Lo sucedido la semana anterior no tenía por qué repetirse; además, Tatiana había conseguido salvar la situación de manera satisfactoria.

Al pensar en su nueva compañera de trabajo hizo un gesto de fastidio. Era una mujer eficaz, inteligente y encantadora con la que no acababa de congeniar. No podía evitarlo: desconfiaba de su amabilidad. Se preguntó entonces cuándo comenzaron las pesadillas y si tendrían algo que ver con la joven ayudante ganándole terreno a la veterana. El puente del sueño, el miedo, el agua, la confusión, las lágrimas, el temor a algo negativo... Cabía la posibilidad de que ese asunto sin resolver en su interior tuviera su origen en el miedo a perder el control de su vida.

Decidió que una ducha pondría fin a esa sarta de tonterías. Subió el volumen de la radio y dejó que las noticias del difícil mundo que había más allá de esas paredes de mármol blanco la distrajeran de sus pensamientos mientras el agua caía sobre su cuerpo como un bálsamo. Después de arreglarse, confió en un buen vaso de leche caliente con miel para suavizar su garganta y algo de ibuprofeno para el dolor de cabeza. Abandonó la cocina con una taza en una mano y la tableta digital en la otra y cruzó el amplio y luminoso salón decorado en tonos claros. Se sentó en un cómodo sillón junto al gran ventanal de la terraza, desde el que podía disfrutar de la vista del cielo de la ciudad y de otros áticos que se extendían hasta el horizonte. Tomó un par de sorbos de la bebida y al tercero no pudo contenerse más y encendió la tableta.

Necesitaba buscar más información.

Su mente le pedía que se centrase en el guion de la presentación, pero su corazón se empeñaba en distraerla. No podía librarse de las nuevas imágenes del sueño... Además del hombre de rostro desconocido había un caballo y unas palabras en latín. La información del diccionario de símbolos *on-line* la dejó insatisfecha. El caballo significaba una vida futura feliz y próspera, o una aventura amorosa si iba cabalgando. Pero ella no cabalgaba en su sueño... Además, si el animal era oscuro, aventuraba mala fortuna. Hablar una lengua extranjera indicaba que había un mensaje del subconsciente que necesitaba salir y ser escuchado. Y, por último, la lluvia intensa auguraba un periodo tormentoso.

Apagó el dispositivo y apuró el último sorbo de la bebida caliente. Oyó que entraba un *whatsapp* en su móvil. Era de Tatiana. Un mensaje jovial comentando que estaba un poco nerviosa. Qué falsa era, pensó. Dejó la taza del desayuno en la cocina, ordenó sus papeles en la carpeta del despacho, se puso una gabardina, buscó su bolso y salió.

Mientras descendía al vestíbulo en el ascensor se percató de que tenía las manos frías y húmedas.

—¡Qué guapa! —exclamó Tatiana nada más verla—. ¿Pretendes impresionar a la comisión?

—Tú tampoco te has quedado corta... —repuso Brianda con cierta sorna.

Las dos llevaban un traje chaqueta de corte masculino que Tatiana había rematado con unos

tacones muy altos y su larga melena castaña suelta. Brianda intentaba siempre ir cómoda. Por eso había elegido unos zapatos planos y se había recogido el cabello en un diminuto moño.

Una recepcionista del hospital la había acompañado a la sala de reuniones, donde Tatiana ya había dispuesto todas las carpetas en perfecto orden frente a los asientos que rodeaban una gran mesa ovalada de caoba. En la pantalla del fondo se podía ver la primera imagen de la presentación en *power point* que ambas habían preparado especialmente para ese encuentro. Brianda ocupó su lugar y propuso repasar una vez más el orden de intervención de cada una. No era la primera vez que exponían algo, pero sí una de las más importantes. El país estaba en crisis, los mercados por los suelos y los empleos pendían de un hilo, así que cada contrato que se firmaba era motivo de alivio y celebración. Pero, además, ella tenía la suerte de disfrutar con un trabajo que le apasionaba y que le permitía vivir excitantes momentos, como esos previos a una presentación en los que los mismos nervios agudizaban sus sentidos para después saborear el éxito, por lo que esperaba que le durase mucho tiempo. Sostuvo su bolígrafo por un extremo entre los dedos índice y anular y lo balanceó inconscientemente sobre la carpeta, de modo que el otro extremo golpeaba los folios emitiendo molestos ruiditos secos.

—¿Estás bien? —preguntó de pronto Tatiana.

—Sí, claro —respondió rápidamente Brianda sonrojándose—. ¿Por qué lo preguntas?

—Te veo diferente. No dejas de hacer ruiditos con el boli. —Hizo una pequeña pausa y luego lanzó el dardo—: ¿Estás nerviosa? Tú no te preocupes. Si te pasa lo del otro día, te echaré un cable.

Brianda saltó como un resorte.

—El otro día tenía fiebre. —Era mentira, pero algo tenía que decir—. Hoy estoy perfectamente, gracias.

Justo entonces se abrió la puerta y los miembros de la reunión entraron en la sala. Brianda contó diez hombres y dos mujeres, de los cuales conocía a tres o cuatro de encuentros previos. Después del saludo de cortesía todos ocuparon sus puestos hablando entre ellos. Ya sentada, Brianda aprovechó esos segundos para inspirar hondo y dedicarse unas rápidas frases mentales de ánimo para frenar los latidos del corazón. Esbozó una sonrisa, irguió la espalda, cruzó las manos sobre la mesa y se concentró en fingir de manera convincente que escuchaba con interés la introducción de Tatiana, el saludo de bienvenida, el motivo por el que se encontraban allí, el tema central y las partes de las que constaría la charla... En unos cinco minutos aproximadamente le tocaría intervenir a ella, en cuanto escuchara su nombre y apareciera la palabra *cogeneración* en la pantalla.

De pronto, Brianda sintió que la embargaba un extraño y novedoso sentimiento de irrealidad. Oía la voz de Tatiana pero no distinguía sus palabras. Sin ser consciente de cómo, su propio cuerpo estaba pasando de repente a un primer plano. Percibió que los latidos de su corazón aumentaban su frecuencia. Cambió de postura y deslizó con toda la naturalidad de la que fue capaz la mano derecha hacia la parte trasera del cuello, que notó duro como una piedra.

—... Mi compañera, Brianda —dijo Tatiana mientras pulsaba la tecla del ordenador que daba paso a la imagen de una instalación con una palabra sobreimpresa.

Brianda no se movió.

Tatiana se acercó a ella y, sin dejar de sonreír, aunque con el ceño levemente fruncido, le dio un golpecito en el hombro.

—Cuando quieras, Brianda...

Brianda se puso en pie lentamente. La cabeza le daba vueltas. Se sentía inestable. Nunca se había desmayado, pero esa sensación era lo más parecido a lo que ella suponía que sería el paso previo a caer desvanecida. La imagen de la pantalla atrajo un segundo su atención y un torrente de palabras se agolparon en su mente. Tenía que sobreponerse como fuera. Lo tenía muy bien preparado. Seguro que en cuanto empezara a hablar las palabras fluirían solas.

—La cogeneración es la producción conjunta —empezó a murmurar—, por el propio usuario..., de electricidad y energía térmica útil... —Tosió y se llevó la mano a la garganta. No se oía ni ella misma. Intentó elevar el tono de voz—: Esta generación simultánea de calor...

Volvió a toser y buscó la mirada de Tatiana, que la observaba con una expresión crispada tras su sonrisa, ahora tensa.

Brianda se sintió desorientada. Nunca había sentido pánico por nada, y menos por una situación tan normal en su trabajo y en su vida como aquella. De algún modo, su mente buscó en su parte racional un remedio para esa angustia que sin saber cómo se había apoderado de ella: si a su cuerpo le pasaba algo, no podía estar en un lugar mejor, pues tendría a un montón de médicos y enfermeras cuidándola en décimas de segundos. Tal vez gracias a ese instante fugaz de seguridad, la opresión en el pecho cedió lo suficiente para que las neuronas de su cerebro dictaran la orden de que la única solución posible para salir de ese tremendo apuro era solicitar el auxilio de Tatiana.

—Les ruego que me disculpen —susurró con voz apenas perceptible—, pero he estado afónica varios días y me temo que no me he recuperado lo suficiente. —Fijó su mirada en un señor mayor y esbozó una tímida sonrisa buscando su comprensión—. Estoy segura de que Tatiana podrá informarles mejor que yo...

Apoyó una mano temblorosa en la mesa como ayuda para sentarse y recibió con un inmenso alivio el refugio de la cómoda butaca de cuero. Tatiana no tardó ni un segundo en retomar el tema de la presentación. Brianda solo captaba parcialmente lo que su compañera decía:

—... la gran ventaja es su mayor eficiencia energética..., su aplicación en hospitales para calefacción, refrigeración y preparación de agua caliente...

¿Por qué seguía notando tanto calor?

—... pues se evitan cambios de transporte y tensión que representan una pérdida notable de energía...

Una pérdida de energía. Si un camión le hubiera pasado por encima no se sentiría tan abatida.

—... se puede inyectar en la red eléctrica la energía que no necesite...

Qué chocante estar en medio de un grupo de personas dominada por un hervidero de sensaciones desagradables y que nadie se percatara de su batalla interior. Por favor, que aquello terminase ya, que dejasen de preguntar más...

—Díganos, Tatiana..., ¿y hasta qué punto las medidas políticas pueden gravar al sector...?

Ahora sí que la había fastidiado de verdad. Tatiana aprovecharía la ocasión, de eso no le cabía la menor duda. Se apuntaría el mérito si finalmente conseguían el contrato. Todo su

esfuerzo por enfocar sus estudios de ingeniería a la gestión medioambiental, los años de universidad, los primeros y numerosos currículums, el orgullo de sus padres al presumir de hija ingeniera bien colocada, su sueldo...

Necesitaba aire.

Abandonó la reunión y buscó un cuarto de baño donde refugiarse.

Allí se quitó la americana, liberó los botones superiores de la blusa, abrió el grifo y se mojó la cara y el cuello. El espejo le devolvía la imagen de una mujer desconocida, pálida y ojerosa.

En algún lugar de su bolso sonó el móvil y leyó que era de la oficina principal. No contestó. Segundos después escuchó el sonido de un *sms* entrante:

¿Cómo ha ido?

Y enseguida un *whatsapp* de Esteban:

¿Noticias?

Se extrañó de que ya le preguntasen por la reunión. Miró su reloj y el corazón le dio un vuelco. No podía haber pasado tanto tiempo sin que ella se diera cuenta. Tenía la sensación de que acababa de salir del despacho, pero el reloj le indicaba que había transcurrido más de media hora.

Cerró los ojos y realizó varios ejercicios de respiración.

Necesitaba ayuda.

Aquello no tenía respuesta en un diccionario del significado de los sueños.

—Y cuando he vuelto a la oficina, el jefe de área me ha *sugerido* amablemente que me tome un par de semanas de descanso a cuenta de las vacaciones que me faltan por gastar este año. —Sentada frente a Esteban a la mesa del salón donde solían cenar, Brianda terminó de explicarle lo sucedido esa mañana. Un nudo en el estómago le impedía comer nada—. Ni siquiera me ha mirado a los ojos, el muy imbécil. He estado a punto de decirle que no necesito vacaciones, pero me he callado.

—Igual no es tan mala idea que disfrutes de unos días para ti... —comentó él.

Brianda alzó la vista. Esteban la había escuchado sin preguntarle nada, sin mostrar sorpresa, preocupación o malestar por su incompetencia en la reunión. Agradecía su silencioso apoyo y comprensión, la forma en que sostenía su mano mientras ella se desahogaba entre lágrimas, pero que coincidiera tan tranquilamente en el tema de los días libres la sorprendió.

—¡Tú y yo siempre cogemos las vacaciones a la vez para hacer algo juntos! ¿Qué voy a hacer aquí en casa tantos días seguidos?

Esteban se encogió de hombros.

—Dedícate a descansar. Creo que lo que te ha pasado hoy lo ha producido el agotamiento. Te tomas todo demasiado en serio. Y últimamente has tenido mucho trabajo. Si el viernes no estás mejor, iremos al médico.

Durante los siguientes días, Brianda se dedicó a ordenar los armarios de la ropa, a revisar papeles en el despacho, a reubicar utensilios de cocina, a actualizar datos y direcciones de su agenda personal y a leer. Lejos de sentirse mejor, comenzó a desear no tener que franquear nunca

más la puerta de la calle. Su único contacto con el exterior era el móvil. Gracias a los mensajes en todas sus variedades —*sms*, *whatsapp* y *mail*— podía ofrecer una imagen de normalidad a sus conocidos y compañeros de trabajo. Pero la realidad era que, desde la terraza de su apartamento, observaba las calles cercanas con un gran distanciamiento, como si no tuviera el menor interés en recorrerlas de nuevo, ni para ir a comprar, al cine o a dar un simple paseo. Hubiera dado cualquier cosa por quedarse encerrada en ese mundo blanco de madera lacada... Solo el hecho de pensar en regresar al trabajo le producía una terrible opresión en el pecho. Se sentía como si un gran agujero fuera creciendo en su interior, vaciándola y sometiéndola a una inestabilidad que le producía, en la tranquilidad de su hogar, el mismo vértigo que sentiría si estuviera asomada a un precipicio de cientos de metros. Cuando esa sensación se agudizaba, lo único que deseaba era meterse en la cama, pero, a la vez, el miedo a las imágenes nocturnas le producía un persistente insomnio.

En vista de que cada día Brianda estaba más apagada, fue el propio Esteban quien la arrastró al consultorio de un médico amigo de la familia; demasiado amigo de la familia en opinión de Brianda. Era íntimo del padre de Esteban desde la infancia y tanto la madre de este como sus hermanas acudían a él desde hacía años para todo tipo de consultas generales antes de dirigirse a los especialistas correspondientes. Ella solo había coincidido con él en un par de ocasiones en casa de los padres de Esteban.

—¿Y tiene que ser él, precisamente? —protestó Brianda una vez más en la salita de espera, aferrándose a los resultados de los análisis de la revisión médica de la empresa de hacía poco menos de un mes—. Me da mucha vergüenza explicarle mis síntomas a un conocido.

—Roberto es un médico excelente —repuso Esteban—. Y si él no pudiera tratarte, sabría a quién recomendarnos. Estoy seguro de que esto es algo puntual. —Le dio un beso en la mejilla —. ¿Qué te preocupa?

—La verdad es que no me gustaría que tu familia se enterara de mis problemas.

—Brianda, Roberto es un gran profesional y un hombre muy discreto...

Por primera vez, Brianda creyó ver en la mirada de Esteban un destello de la misma impaciencia que veía en los ojos de su jefe de área cuando algo no salía exactamente como él quería y se sintió culpable. No podía evitar pensar que, de alguna manera, le estaba fallando a su novio, a su compañero, tal vez a su futuro marido... En esa etapa de su vida, debería estar rebosante de salud e ilusión para enfrentarse al futuro que habían decidido encarar desde el mismo momento en que rehabilitaron el piso y se fueron a vivir juntos. Los ojos se le llenaron de lágrimas y apretó la mano de Esteban con fuerza, como si quisiera prometerle con ese gesto que sería fuerte para afrontar lo que fuera que le estuviera sucediendo; que todo iba a quedar en un breve paréntesis, en una momentánea traición de los nervios...

Pocos minutos después, la puerta se abrió y una enfermera de pelo blanco los invitó a pasar a un despacho repleto de estanterías llenas de libros. Un hombre de unos sesenta años con barba escribía unas notas en una mesa de nogal. Al verlos, se puso en pie y se acercó. Saludó con afecto primero a Esteban y después a Brianda. Tras unas frases de cortesía en las que recordaron a casi todos los miembros de la familia de Esteban, Roberto dijo:

—Bien, si os parece, empezaremos ya...

Esteban miró a Brianda.

—¿Quieres que me quede? —preguntó.

Brianda no supo qué responder. Esteban había sido testigo de muchos de sus síntomas, pero no conocía todos los detalles. Si respondía de manera negativa, temía que él lo tomara como una muestra de desconfianza. Roberto acudió en su ayuda.

—Me gustaría primero hablar con Brianda. Si no te importa, Esteban, puedes esperar en la salita.

Una vez a solas, Roberto comenzó haciéndole unas preguntas generales sobre su vida y su trabajo. Luego le pidió los resultados de la revisión anual de la empresa y concluyó que todo estaba en orden. En pocos minutos consiguió que la joven dejara de llamarle de usted y que se sintiera más relajada. Brianda se dejó llevar por el tono amable y firme de su voz e intentó ser precisa en sus explicaciones. Le habló de sus pesadillas, de la sensación de irrealidad, de las palpitaciones, del hormigueo en los brazos, de los escalofríos y sofocaciones, de la opresión en el pecho... Y dejó para el final aquello que más vergüenza le daba admitir:

—Ahora me da miedo salir a la calle. Me angustia incluso pensar en tener que coger el metro... Yo nunca he sido miedosa, pero es como si de pronto tuviera miedo de todo. Pero lo peor es que siento... —se retorció las manos nerviosa— un terrible e intenso miedo a morir...

Ya lo había dicho.

Y Roberto ni se había inmutado.

Sintió un leve alivio que la impulsó a continuar:

—Estoy bien ahora y al minuto siguiente empiezan todos esos síntomas y me mareo y me parece que me voy a desmayar, o a morir... Y me entra mucho miedo... No sé cómo explicarlo más exactamente. No sé qué se siente al morir, pero yo siento que debe de ser algo así. Y ese miedo me paraliza primero, pero luego necesito escapar... —Hundió la cabeza entre las manos y comenzó a sollozar mientras balbucía—: ¿Qué me está pasando...? Yo no era así... Hace unos meses me comía el mundo, y ahora... el mundo se me está comiendo a mí... Todo me cuesta... Es como si no pudiera..., si no tuviera fuerza...

Roberto dejó que se desahogara sin intervenir. Cuando percibió que el llanto empezaba a remitir, se le acercó para ofrecerle una cajita de pañuelos y se sentó en una silla a su lado.

—Brianda, lo que te sucede no es nada infrecuente...

La joven detuvo el gesto de enjugarse las lágrimas.

—Todo parece indicar que estás sufriendo episodios de crisis de ansiedad.

—¿Ansiedad? —Brianda buscó en su mente conversaciones con amigas, familiares y compañeros de trabajo en las que hubiera aparecido esa palabra y pensó que eso no tenía nada que ver con ella—. Pero si siempre he sido muy tranquila y serena...

Roberto sonrió.

—Te sorprendería saber cuántas personas sufren crisis de ansiedad. De todas las edades.

—Y no tengo problemas de salud, bueno, eso dicen los análisis... Ni de dinero, ni de familia, ni me preocupa el futuro...

—Las causas son muchas y variadas. Pueden ser hereditarias, o producidas por pérdidas personales, por cambios imprevistos, por abuso de sustancias excitantes... —A cada elemento de

la lista Brianda respondía moviendo la cabeza a ambos lados—. Un exceso de estrés puntual también puede producir un ataque de pánico.

Los pensamientos de Brianda se sucedían de manera atropellada repasando su infancia y adolescencia, su época universitaria, sus primeros noviazgos, sus comienzos en el mundo laboral, sus hábitos y su rutina diaria. Hasta ahora, había vivido una vida completamente normal para alguien que hasta hacía unas semanas se había sentido segura de sí misma porque con esfuerzo iba logrando los objetivos que se marcaba. No encontraba ninguna explicación racional para sus ataques de pánico.

—¿Hay algo que te preocupe? —preguntó el doctor—. Ese miedo que describes es como una alerta de algo que puedes sentir que amenaza tu seguridad.

Ella negó con la cabeza una vez más.

—¿Y todo va bien con Esteban? —continuó Roberto—. La vida en pareja, la pérdida de libertad y la entrada en la madurez le resultan estresantes a mucha gente.

Brianda alzó la vista un poco molesta. Desde luego que Esteban no era la causa de sus odiosos síntomas. De pronto, tuvo la extraña sensación de que la consulta médica estaba derivando en una entrevista psiquiátrica. Se negaba a creer que el problema residiera en que su cuerpo estuviera reaccionando ante algo no deseado por algún escondido rincón de su mente o de su corazón. Dudaba incluso que fuera capaz de encontrar las palabras adecuadas para explicarle algo así a Esteban. El problema no estaba en su cabeza. Esas cosas solo pasaban en las películas con historias familiares dramáticas o en novelas de personajes con complejos perfiles psicológicos arrastrados de traumas infantiles. Tanto su entorno como su familia gozaban de una buena salud mental y emocional. Y ella también.

Le entraron unas ganas terribles de salir de ese despacho y decidió elegir la opción más plausible con tal de terminar de una vez:

—Lo único que se me ocurre es que he tenido mucho trabajo este último año y cada vez nos exigen más, ya sabes, tal y como están las cosas... Eso podría ser...

Roberto asintió con una sonrisa de complicidad y satisfacción por haber acertado en el diagnóstico. Le aconsejó una lectura sobre las causas, los síntomas y ciertas recomendaciones para distinguir y actuar en caso de un ataque de pánico y le recetó una dosis baja de un tranquilizante como remedio de choque para encontrar algo de calma inmediata.

Brianda cogió la receta forzando una sonrisa de agradecimiento, aunque en el fondo de su corazón se sentía bastante deprimida. El papel le quemaba en la mano. No podía soportar que hubiera llegado ya a su vida el momento de tener que tomar pastillas tranquilizantes y se preguntó si tendría algo que ver con la edad, con el hecho de acercarse a los cuarenta. Poco tiempo atrás era una joven alegre dispuesta a encarar la vida con coraje y sin saber cómo, sin aviso, sin transición, ahora tenía que tomar ansiolíticos.

Mientras paseaba con Esteban de regreso a casa, su tristeza no disminuyó. El médico le había dicho que lo que le pasaba era frecuente. Miró a su alrededor y se preguntó cuántas de aquellas personas con las que se cruzaban tendrían ataques de pánico y tomarían medicación para la ansiedad. Si pudiera charlar con alguna de ellas, le preguntaría qué hacer. Quería saber si la gente hablaba de esas cosas con naturalidad; si debía comentarlo con sus familiares y amigos u

ocultarlo; si la comprenderían o empezarían a mirarla con cara de pena o compasión.

Un niño de unos tres años chocó contra sus rodillas, cayó sentado y la miró con expresión de aturdimiento, dudando si continuar adelante con sus correrías o echarse a llorar. Entonces, oyó la voz de su madre, frunció los labios y comenzó a hacer pucheros. Su madre lo cogió en brazos y él se agarró con fuerza a su cuello como si hubiera sobrevivido a una gran tragedia.

Brianda pensó en la escena y envidió la mirada en el rostro del niño una vez terminado el llanto. Ojalá tuviera ella siempre un lugar seguro al que regresar al menor atisbo de indefensión; un pilar sobre el que apoyarse al primer síntoma de inestabilidad; un sendero claro que tomar ante la incertidumbre.

Sonriendo, Esteban comentó:

—¿Te has fijado? ¡Seguro que si no hubiera visto a su madre no habría llorado!

Brianda apretó la mano de Esteban con fuerza. Deseó que nada ni nadie pudiera separarlos, que siguieran así, cogidos de la mano, cómplices en lo bueno y en lo malo, durante muchos años. Recordó sus palabras al salir de la consulta. Juntos lo superarían. Él estaría con ella para ayudarla a recuperar la alegría y la vitalidad.

Él era su refugio, su soporte, su ruta.

2.

Brianda respiró hondo y marcó el número de teléfono. Después de pensarlo mucho, había decidido contárselo a su madre. Al fin y al cabo, Laura era muy perspicaz y acabaría por encontrar extraño que disfrutara de unas vacaciones que no coincidían con las de Esteban. Solían hablar cada dos o tres días, a más tardar una vez a la semana, y generalmente de cara al viernes por si se organizaba alguna reunión familiar el domingo.

Y ya era viernes.

Contó seis tonos antes de que Laura descolgara. Después de las típicas frases de inicio, se lanzó al vacío:

—Mamá, tengo ataques de pánico producidos por ansiedad.

Tras un breve silencio, se escuchó la voz aguda de Laura:

—¿Pero qué pánico ni qué ansiedad? Con lo fuerte que tú eres... ¿Quién te ha dicho semejantes tonterías?

Brianda no se sorprendió. A su madre le costaba aceptar cualquier inconveniente que alterara su concepto de normalidad. Brianda comprendía que de cara al exterior fuera cautelosa en hablar de problemas familiares, pero le irritaba que en la intimidad se resistiera, de entrada, a enfrentarse a ellos.

—Me ha visitado el médico de la familia de Esteban.

La respuesta pareció frenar momentáneamente otro comentario de incredulidad. Brianda aprovechó para contarle brevemente lo que le había ido sucediendo desde antes del verano.

—¿Y por qué no me lo habías dicho antes?

—No lo sé exactamente. Bueno, me daba vergüenza.

Tras otro silencio, Laura añadió:

—Te llamaré más tarde.

Esa despedida tan abrupta solo podía significar una cosa. Como la conocía tan bien, Brianda visualizó a su madre, alta, morena, elegante, comentando el tema en voz alta ante su padre, Daniel. Primero lamentaría el contratiempo y se preguntaría por qué tenía que pasarle eso a su hija; luego haría memoria y, con toda seguridad, recordaría algún caso entre sus conocidos; y no pararía de hablar hasta que hubiera barajado todas las maneras posibles de ayudar a su hija. Si finalmente tenía que enfrentarse a un inoportuno problema, entonces aplicaría su máxima de que a grandes males había que encontrar grandes remedios. Ni la propia Brianda ni su hermano Andrés habían heredado la energía de su madre.

Brianda sonrió con cierta nostalgia al pensar en su hermano, que vivía en Burgos. Se llevaba

muy bien con él y se llamaban con frecuencia, pero desde que había tenido gemelos hacía tres años, sus viajes a Madrid se habían reducido a las celebraciones familiares de mayor relevancia, como Navidades y cumpleaños de los padres. Tal vez debería haberle llamado a él primero, pensó, pero no era el mejor momento de su vida para agobiarle con más problemas. Un pensamiento fugaz la asaltó. Le extrañaba que su hermano se hubiera adaptado tan bien a su nueva situación. Él, que nunca paraba de apuntarse a viajes, actividades, cursos y fiestas en su juventud, se había transformado en una figura seria y responsable que repartía ahora su vida entre el trabajo y la familia cercana y nada más. Tal vez el origen de su ansiedad residiera en el temor a que a ella le sucediera lo mismo...

El teléfono sonó. Era Laura.

—He hablado con Isolina. Creo que te iría bien un cambio de aires y ella estará encantada si te vas unos días a Tiles. —El tono jovial de Laura se tornó serio: a la maravillosa idea solo le faltaba salvar un escollo para ser perfecta—. Si a Esteban le parece bien, claro... —El tono alegre regresó—. Oh, pero seguro que sí porque es un encanto...

Brianda se sintió aturdida aún después de colgar el auricular. Le había respondido que lo pensaría, lo cual para su madre equivalía a un sí rotundo. Por un momento se sintió como una niña pequeña y se enfadó consigo misma por consentir que su madre le organizara la vida. Se imaginó a sus padres decidiendo, como si ella fuera una lánguida damisela del siglo XIX, que lo ideal para su trastorno nervioso era pasar una temporada en el campo... Y no solo eso. Al sugerirle que se fuera lejos, su madre se garantizaba que de momento no trascendería la enfermedad de su hija en su entorno social. Ni siquiera le había preguntado si deseaba emprender un viaje. Y a ese lugar, precisamente, que solo con evocarlo le producía escalofríos...

La imagen sonriente de Esteban parpadeó en el móvil.

Llamaba para proponerle salir a cenar con sus mejores amigos, que habían dejado a su hijo de cinco años con la abuela. Su voz sonaba tentadora, suave. No quería forzarla, solo si realmente le apetecía... Estarían en un restaurante cercano, y se marcharían en cuanto ella quisiera. En realidad, a Brianda no le apetecía nada, pero pensó que debía esforzarse por él.

Mientras se arreglaba, su mente no dejaba de desplazarse a un valle lejano en la otra punta del país donde había pasado algunos momentos de su infancia porque su madre y su tía Isolina habían nacido allí. Sus primeros recuerdos, cuando vivían los abuelos, eran felices. Pero solo los primeros. Recordaba el olor a sol caliente del trigo recién segado, el roce del barro de una vasija antigua, las vacas y ovejas por los caminos, la ausencia de ruido, las pieles tostadas... Su hermano Andrés y ella esperaban con ilusión la llegada del verano porque eso significaba libertad. Allí no había normas, ni horarios, ni obligaciones. Dormían hasta bien entrada la mañana; desayunaban tarde con los mimos y caprichos de la tía Isolina; jugaban por los prados; daban de comer a los animales de las granjas vecinas; bailaban en las fiestas mientras circulaban las jarras de vino y las bandejas de dulces; y escuchaban las historias de los mayores hasta que caían rendidos en las cadieras frente al hogar.

Pero algo cambió.

Fue después de que los abuelos fallecieran e Isolina se casara con el tío Colau. Los viajes de la familia fueron cada vez más esporádicos hasta que terminaron. Sin embargo, la relación con la

tía no terminó, pues las hermanas se llevaban bien a pesar de ser tan diferentes como la noche y el día. La tía Isolina bajaba alguna vez, sola, a Madrid, o se juntaban con ella en la playa, y las conversaciones telefónicas eran muy frecuentes. Brianda hizo memoria, buscando la explicación de por qué no lamentó que los viajes terminaran. Recuperó retazos de conversaciones de sus padres sobre el tío Colau, sobre la equivocación de Isolina, sobre el abandono de la casa...

Después de años sin pensar en el pueblo de sus antepasados maternos, cuando entró en el *after-work* donde la esperaban Esteban y los amigos, Brianda seguía sorprendida por la nitidez con la que ciertas escenas de la infancia en Casa Anels perdidas en su memoria habían reaparecido sin avisar para inquietarla. Las imágenes pertenecían a la última vez que ella había estado en la casa, de la cual se había marchado prometiéndose a sí misma que nunca más regresaría, o para ser más precisa, deseando que sus padres nunca más la llevaran allí. Tendría unos diez o doce años. El encantador zureo de las palomas sobre el tejado de Casa Anels había terminado por resultarle agobiante; el rugido de las tormentas, insoportable; el crujir de la madera, amenazador; y la presencia de Colau...

No lo había visto en unos veinticinco años, pero lo recordaba como un hombre muy alto y fuerte, de expresión malhumorada y carácter agrio. Siempre vigilante. Siempre alerta. Con la curiosidad propia de cualquier niña, ella había entrado una tarde en su despacho en busca de nuevos descubrimientos. Recordaba las estanterías repletas, los oscuros cuadros de las paredes, la luz tenue de las lámparas de recias pantallas, los sillones tapizados, la mesa desordenada y aquella preciosa cajita de terciopelo rojo desgastado con una bolita de latón como cierre. Ella solo quería apretar el botón y descubrir qué había en su interior, porque un estuche así solo podía ocultar un objeto valioso, delicado y tentador. Entonces, él se la había arrebatado de malas maneras. Recordaba la cólera en su voz, la furia en sus ojos, la violencia en su gesto...

De eso hacía mucho. Tanto que lo había olvidado. Si su madre no le hubiera propuesto la idea de pasar una temporada en Tiles, probablemente esas imágenes habrían permanecido dormidas en su mente.

Esteban se le acercó nada más verla, la besó en los labios, le susurró un cariñoso piropo por el vestido que había elegido y la guio de la mano hacia la mesa que ocupaban los otros dos comensales. Las velas de un candelabro de plata de gruesos brazos conferían una difusa impresión de calidez.

Brianda saludó a sus amigos, se sentó y se prometió a sí misma que se esforzaría por disfrutar de la velada. Los recuerdos pertenecían al pasado. Sin embargo, una idea se resistía a desaparecer. Sus miedos infantiles tenían la forma de un hombre concreto. Sus miedos actuales eran invisibles.

Silvia y Ricardo formaban una curiosa pareja. Él era un médico forense serio y extremadamente educado y ella un menudo cascabel rubio que nunca dejaba de reír y de hablar, sobre todo de su negocio de decoración. Los hombres se conocían desde el instituto y las mujeres habían congeniado tan bien que la amistad había podido continuar sin fisuras. Para Brianda resultaba muy fácil llevarse bien con Silvia; de hecho, la consideraba su mejor amiga, algo que

podía entenderse como un honor teniendo en cuenta que Brianda no era ni excesivamente sociable ni dada a hablar de intimidades con nadie.

Cuando terminaron de cenar, decidieron pasar a otra zona más apropiada para tomar una copa. Consistía en diferentes apartados de cómodos sillones y mesas bajas envueltos en una luz tenue y una música sensual proveniente de un piano. Al fondo había una pequeña pista de baile y a la derecha una mesa de billar. Cuando Esteban y Ricardo se percataron de que no había nadie jugando, lanzaron a las mujeres una mirada de súplica y corrieron hacia la mesa, como si fueran dos adolescentes, cuando recibieron el permiso con una sonrisa.

Brianda y Silvia se acomodaron en los sillones y pidieron algo de bebida. El primer impulso de Brianda fue tomar una ginebra con tónica, pero recordó las pastillas que estaba tomando y se conformó con una tónica.

—¿Una tónica a palo seco? —se extrañó Silvia—. ¿No estarás embarazada?

—¡Qué va! Es que he bebido bastante vino en la cena y se me ha subido un poco. —En realidad se había mojado los labios, pero no creyó que su amiga hubiera estado pendiente de la cantidad. Tampoco quiso comentarle lo de las pastillas.

—Bueno, pues para la siguiente ronda —dijo Silvia, que dejó pasar unos segundos de silencio antes de añadir—: Esteban ha comentado, así, por encima, que no te encuentras muy bien.

—No es nada. Cansancio, supongo...

—Sí, pero yo también te he notado un poco tristona. Hay épocas en la vida en las que se está más flojo, o preocupado... Últimamente yo tampoco me he encontrado muy bien. El negocio va cada vez peor. He tenido que despedir a una dependienta que llevaba trabajando para mí casi desde que abrí...

—Vaya por Dios. Lo siento mucho. Tiene que ser muy desagradable.

—Lo es. Justo ahora que Ricardo y yo estábamos pensando en..., bueno..., aumentar la familia..., es cuando más trabajo tengo, y eso me produce mucha inseguridad.

—Al menos el trabajo de Ricardo no peligra...

—Sí, pero no es suficiente y su sueldo también ha sufrido recortes. Nadie se libra de esto de la crisis... Y en cualquier caso, yo no quiero depender ni de Ricardo ni de nadie.

Brianda frunció el ceño. En ningún momento había pensado en su situación en esos claros términos en los que se había expresado Silvia. Había estado tan centrada en los inexplicables síntomas de su malestar que no había querido pensar más allá de su recuperación física. En alguna ocasión, cuando bromeaban con Esteban sobre cuántos hijos tendrían, él había dejado caer la posibilidad de que ella tuviera que dejar de trabajar para dedicarse a la familia, pero Brianda no se lo tomaba en serio. Con lo que le había costado terminar la carrera de ingeniería y buscarse la vida para encontrar un buen empleo —algo para lo que había sido educada desde pequeña— y ser económicamente independiente, ni se le pasaba por la imaginación dedicarse exclusivamente a ser madre y esposa, y menos por obligación. Una leve sensación de ahogo comenzó a instalarse en su pecho y se puso tensa. Así comenzaban los ataques. Pronto llegarían las palpitaciones, el sudor frío... ¿Por qué tenía que anticipar lo que podía suceder o no? Tomó un sorbo de su bebida e intentó concentrarse en la música, en el entorno, en la ropa de la gente,

en cualquier cosa con tal de no pensar en sí misma.

Deslizó la vista por la sala y algo inespecífico le produjo un escalofrío. Sentía que alguien la observaba...

En ese momento, el camarero les acercó las bebidas.

—¿Y esa cara? —preguntó Silvia alcanzándole la tónica. Le guiñó uno de sus ojos azules en un simpático gesto—. Oye, aún estás a tiempo de añadirle unas gotitas de ginebra...

—De momento no... Estaba pensando en lo que has dicho. Esto que me está pasando está afectando a mi trabajo. Me cuesta concentrarme. No rindo lo que debiera. Tengo que superarlo.

—Ya sabes que puedes contarme lo que quieras...

Brianda meditó unos segundos, suspiró y, por fin, le habló de sus pesadillas recurrentes, de su nerviosismo y ansiedad, de sus repentinos ataques de nostalgia y melancolía, del miedo que le estaba empezando a imposibilitar el llevar una vida normal...

—Mi madre me ha preguntado que si me preocupa algo y todo eso. Pero que yo sepa, mi vida es, bueno, *era* casi perfecta.

—Date tiempo —dijo Silvia pensativa—. Ya verás como algún día todo se arregla. Yo creo que nada sucede porque sí.

—Dicho así, da miedo... —intentó bromear Brianda.

Deslizó una vez más la mirada por la sala, que cada vez estaba más concurrida, y de nuevo se sintió vigilada. Algo captó su atención y obtuvo la respuesta a su inquietud. Sentada ante una pequeña mesa redonda cerca de la salida a la terraza *chillout*, parcialmente escondida por unas telas de gasa que colgaban desde el techo y que una leve brisa nocturna mecía, había una mujer moviendo algo entre sus manos mientras la observaba con cierto descaro y una sonrisa que le pareció un tanto desafiante. Brianda también la observó. Era de mediana estatura, algo gruesa y con el pelo ondulado mechado de canas. Enseguida cayó en la cuenta de que la mujer era una echadora de cartas. Le resultó extraño para un lugar tan sofisticado.

Como si le hubiera leído la mente, Silvia comentó:

—Ya no saben qué discurrir para entretener al personal... ¿Qué? ¿Probamos a ver qué nos dice?

Brianda soltó un resoplido.

—Eso son chorradas para sacar el dinero a la gente.

—Ay, hija, tampoco pasa nada por echar unas risas. ¿No tendrás miedo?

—¿Miedo? A esto no, precisamente...

Silvia se puso en pie y le insistió tanto y de una manera tan divertida que a Brianda no le quedó más remedio que acceder. Cuando se acercaron, creyó percibir en el redondo y carnoso rostro de la mujer una sonrisa de triunfo. Sin saber por qué, comenzó a sentirse un poco nerviosa.

—Mejor por separado.

La voz de la mujer era muy grave.

—¿Cómo dice? —preguntó Silvia.

—Si las dos quieren que les lea el futuro, primero una y después la otra. Y no pueden estar aquí juntas.

—Tú primera —propuso rápidamente Brianda y, bajando la voz, añadió—: Tengo que ir al

baño.

—¡Gallina! —susurró Silvia.

Brianda tardó unos diez minutos en regresar.

Silvia lucía una radiante sonrisa de oreja a oreja. Entregó a la mujer un billete e indicó a su amiga que ocupara su puesto mientras la mujer recogía las cartas del Tarot con calma y delicadeza.

—Antes de nada —comenzó a decir Brianda—, quiero que sepa que a mí estas cosas no me van nada. Ha sido idea de mi amiga.

La mujer ni se inmutó. Comenzó a barajar las cartas con lentitud. Los dedos de sus manos desentonaban con el resto del cuerpo: eran largos, finos, delicados. Brianda se percató de que no llevaba sortijas. Probablemente eso fuera un prejuicio, pensó. La imagen que ella tenía de una echadora de cartas se correspondía con la de una bruja enjoyada, envuelta en telas de colores y con un pañuelo de seda y monedas colgando sobre una mata de pelo rizado. La mujer que ahora la observaba con una desesperante sonrisa de autosuficiencia podría ser su madre.

—Entonces, ¿no tiene nada que preguntar? —inquirió con su voz grave.

Brianda sacudió la cabeza y le lanzó una mirada retadora.

—Si le pregunto algo, la estaré guiando y usted sabrá qué me preocupa y por dónde continuar —replicó.

—Entonces le preocupa algo...

Brianda esbozó una sonrisa de triunfo.

—¿Ve lo que quiero decir?

La mujer le tendió la baraja.

—Le propongo una cosa. No tendrá que decir ni una palabra. Solo hablaré yo y seré breve y concisa. Emplearemos los arcanos mayores. Elija diez cartas y colóquelas una a una, boca arriba, en el lugar que yo le indique. ¿De acuerdo? —La mirada de la mujer se suavizó antes de añadir —: Ni siquiera tendrá que levantar la vista de las cartas. Así no podré fijarme en su expresión...

Esta última condición terminó por convencer a Brianda. Aunque todo ese asunto le parecía una pérdida de tiempo, en el fondo de su corazón ardía una llamita de curiosidad. Recordó la sonrisa de su amiga Silvia. Lo normal era que la echadora de cartas prometiese un futuro maravilloso a todo el mundo en el amor, la familia, el trabajo y la salud...

—De acuerdo —accedió mientras comenzaba a barajar—. Diez cartas. —Extendió todas sobre la mesa y seleccionó varias—. Ya está.

—Muy bien. —La pitonisa señaló un punto—. Sitúe la primera aquí. —Brianda lo hizo. —El loco en posición invertida. Se encuentra en una situación de abandono, de indecisión, de apatía. Está viviendo momentos difíciles, de confusión emocional. —Señaló un segundo lugar, en el que la segunda carta cubría parcialmente la primera—. Los enamorados en posición invertida. Ha hecho la elección equivocada. Su mundo familiar y social la está debilitando. Es un obstáculo para usted.

Brianda frunció el ceño. Su madre era un poco pesada, pero su familia no era ningún obstáculo. Hacía tiempo que era independiente.

Siguió el camino del dedo y descubrió la tercera carta, que colocó a la derecha de la segunda.

—El carro en posición derecha. Indica su futuro posible. Necesita moverse. Va a realizar un viaje. Encontrará muchos impedimentos. Necesita encontrar el camino.

Brianda se removió inquieta en su silla. Todavía no había decidido si marcharse o no.

La cuarta carta, a la izquierda de la segunda:

—La luna en posición derecha. En su pasado lejano fue una persona emotiva, soñadora e intuitiva. Siguió un camino difícil y oscuro. Sufrió. Mucho.

La quinta carta, delante de la segunda.

—La emperatriz invertida. Por eso ha perdido el control de la situación. Sufre crisis que no puede explicar.

La sexta carta, tras la segunda, completó lo que a Brianda le pareció el dibujo de una cruz. Al darle la vuelta, dio un respingo. Aquello era un esqueleto con una guadaña.

—La muerte en posición derecha. Indica una transformación profunda y radical. Fin y principio. Morirá y renacerá.

Brianda no quería escuchar más, pero se encontraba sumida en un estado de ensoñación provocado por la metódica fusión de palabra, dedo, carta, palabra...

El dedo indicó el lugar para la séptima carta, tras la cuarta, cerca de su pecho.

—El juicio en posición derecha. En el fondo lo desea. Quiere despertar. Necesita ese cambio.

La octava carta, a la derecha de la séptima.

—La rueda de la fortuna en posición invertida. Encontrará dificultades en su entorno, pero la transformación se hará de todos modos. Todo llega, antes o después.

La novena carta. Una figura horrible, como un macho cabrío con enormes cuernos. Brianda sintió la boca seca.

—El diablo en posición derecha. No comprendo muy bien... —Sin querer, Brianda levantó la vista y observó que la mujer entrecerraba los ojos en actitud pensativa, como si intentara entender el significado de voces lejanas—. Se refiere a sus temores, a su subconsciente. Veo un estado mental confuso. Una pasión carnal descontrolada... Por favor, sitúe la última.

La décima carta. Una figura humana sujetando un león.

—La fuerza en posición derecha. Sí... —A la pitonisa se le quebró la voz—. Al final, el espíritu dominará... la materia.

Brianda cerró los ojos un instante, intentando asimilar lo que acababa de escuchar.

«El espíritu dominará la materia...»

Buscó la cartera en su bolso, extrajo un billete y lo colocó sobre la mesa. La mano de la adivina rozó la suya al realizar un gesto de rechazo.

—No, por favor. He cumplido con un encargo.

Brianda la miró y se sorprendió. La expresión de la mujer ocultaba cierto sufrimiento. Su inicial actitud un tanto arrogante había desaparecido.

—No puedo cobrar por esto —añadió—. Lo siento, debo marcharme.

Antes de que Brianda pudiera reaccionar, la mujer recogió sus cosas, se puso en pie y comenzó a caminar, pero se detuvo, volvió sobre sus pasos y miró a la joven de una manera tan intensa que Brianda la sintió cercana.

—Sé fuerte —dijo tuteándola—. Y no tengas miedo.

Algo se posó en su hombro y Brianda soltó un grito.

De modo instintivo se levantó y se llevó la mano al pecho para calmar su agitación mientras percibía los acelerados latidos de su corazón. Esteban se rio por la reacción.

—Silvia me ha contado cómo os entretenéis cuando os dejamos solas. ¿Qué te ha dicho a ti, que tienes esa cara de susto?

—Si te digo la verdad, no sé si lo tengo muy claro...

No se atrevía a contarle que todas esas predicciones la habían inquietado, que se sentía extrañamente desasosegada por toda esa palabrería. Jamás le diría aquello de que viviría una pasión carnal descontrolada.

—¿No te ha predicho un futuro maravilloso con un hombre encantador y dos o tres niños correteando a tu alrededor?

El brillo burlón de los encantadores ojos grises de Esteban hizo que Brianda esbozara una sonrisa.

—¿Es eso lo que le ha dicho a Silvia?

—Más o menos...

Brianda barrió con su mirada el local, pero no había ni rastro de la mujer. Deslizó un brazo por la cintura de Esteban y se apretó contra él mientras regresaban con los otros, que se habían animado a bailar acaramelados al lento ritmo de una balada. Esteban la atrajo y comenzó a mecerla. Ella le lanzó los brazos al cuello y sintió una terrible necesidad de asirse a él con todas sus fuerzas.

Cuando abandonaron el *after-work*, Brianda continuó aferrada a Esteban. Necesitó sentirlo cerca en la calle, en el patio, en el ascensor, en el recibidor de su casa... Solo consintió en distanciarse de él unos segundos para quitarse la ropa y acomodarse en la cama. Sintiéndolo sobre ella, junto a ella, bajo ella, le resultaba más fácil convencerse de que todo iba bien. Esteban no era un obstáculo. No necesitaba separarse de él. Lo quería con todas sus fuerzas. Ella no había sufrido. No necesitaba ningún cambio ni ningún viaje. Su vida era todo lo plácida que podía desear...

Sin embargo, cada vez que Esteban entraba en ella, una punzada de dolor se instalaba en su pecho. Él no podía estar más cerca. Sus uñas clavadas en su espalda impedían que se apartara apenas unos centímetros... Lo sentía tan intensamente como siempre, pero a la vez percibía que comenzaba a alejarse a medida que una odiosa voz se abría camino en medio del placer para recordarle en algún lugar de su interior, resonando como un irritante eco, que algo no iba bien, que no era ese cuerpo sino otro quien debía estar sobre ella, que tenía que salir de allí...

Tenía que parar.

No podía resistir ni sus caricias ni su olor.

Sentía que, allí donde los dedos de Esteban la rozaban, la piel le ardía.

Los jadeos del hombre se intensificaron. Brianda se retorció bajo él y supo que él comprendería equivocadamente que ella también estaba muy excitada. Quería gritar que parase, pero no podía porque el peso de aquel cuerpo sobre su pecho se lo impedía. Se sujetó al cabecero

de la cama y consiguió elevarse un poco. Esteban estaba a punto de explotar y ella solo quería detenerlo. Su cabeza iba a estallar. Todo el deseo inicial se había convertido en miedo. Las palpitaciones, la respiración acelerada, el sudor frío, la sensación de ahogo, la necesidad de huir...

—¡Para! —consiguió gritar.

Una sonrisa de triunfo se dibujó en la cara de Esteban. Embistió con más fuerza y se dejó ir dentro de ella. Gruesas gotas de sudor cubrían su rostro. Jadeó una última vez y se dejó caer sobre la joven.

Brianda ahogó un sollozo y concentró todas sus fuerzas en contener el llanto.

¿Qué le estaba pasando?

De todos los males que la perseguían, ese era el peor: la incomprensible sensación de pérdida.

Sin saber por qué, había percibido que la persona que más amaba se desdibujaba en su corazón, convirtiéndose en un desconocido.

Se derretía. Se diluía.

Nunca antes había aborrecido que Esteban la tocara. ¿Cómo podría mirarlo de nuevo a los ojos y actuar como si aquello no hubiera sucedido? Algo así no podía verbalizarse, a no ser que se quisiera que la otra persona entendiera la relación como concluida...

En silencio, permitió que gruesas lágrimas se deslizaran por sus mejillas.

Ahora sí.

Ahora tendría que marcharse. Adonde fuera.

Al menos durante algún tiempo.

3.

Dos días después, a primera hora de la mañana, Brianda se despidió de Esteban con el corazón encogido, cogió su maleta repleta de ropa de abrigo, se sentó al volante de su coche y emprendió viaje hacia el noreste de España. Después de aquella noche con él le había entrado una terrible urgencia por salir de su casa, de Madrid y de su mundo conocido. Solo pensar en cómo lo había rechazado mentalmente le había provocado tal inquietud que ella misma se había prescrito una dosis más alta de tranquilizantes. Esteban no se merecía ese inexplicable cambio de actitud, esa súbita alteración de sus sentimientos hacia él. Tal vez la decisión de marcharse hubiera sido precipitada, pero necesitaba poner tierra de por medio y pensar con tranquilidad. Tampoco tenía muy claro que el destino elegido fuera la mejor opción, pero no tenía otro.

Cinco horas más tarde, cansada, detuvo el vehículo en medio de la nada, frente a un cruce de caminos sin señalizar que la obligaba a elegir entre una dirección y otra planteándole un dilema que el GPS no sabía resolver a dos kilómetros de la última población y sin ningún otro coche a la vista.

Extendió el mapa de papel.

Tiles estaba en algún lugar entre las dos delgadas líneas amarillas que aparecían dibujadas, de modo que optó por el camino de la derecha. Si se equivocaba, siempre podría regresar a ese mismo punto. Bebió un poco de agua, comió unos frutos secos y continuó viaje, prestando atención al paisaje que apenas recordaba en busca de alguna imagen de la infancia.

La estrecha carretera comenzó a trepar por un terreno completamente despoblado e improductivo. A su izquierda se elevaban pequeñas colinas arcillosas de color gris que mostraban en su superficie cortes profundos de barrancos de margas. Parecía una tierra ajada, maltratada por las inclemencias del tiempo. A su derecha, un hilo de agua en medio de un ancho y pedregoso cauce de río discurría paralelo a la carretera. A medida que ascendía, las colinas se transformaban en roca pura sobre la que intentaba sobrevivir algún matojo, el río iba convirtiéndose en un abismo y las curvas se intensificaban.

Al tomar una muy pronunciada tuvo que frenar en seco.

Había un coche parado y alguien le hacía señas. Sintió la tentación de continuar su camino por miedo a que fuera un accidente simulado para atracar, pero enseguida razonó que ni era de noche ni había indicios de peligro. Golpeando alternativamente la punta de sus pies contra el suelo como si tuviera mucho frío, una mujer de aspecto normal le pedía ayuda. Era alta y llevaba un vestido estampado en tonos verde y tierra hasta los tobillos, botas tejanas y un fular arrugado. Brianda bajó la ventanilla y esperó a que la mujer llegara a su lado.

—¿Te importaría llevarme? Voy a Tiles. —Su largo cabello era de color borgoña y tenía una voz alegre.

—Sí, claro —dijo Brianda levemente molesta por esa inesperada interrupción en su viaje y sus pensamientos—. ¿Qué te ha pasado?

—Ahora te cuento.

Con energía, la mujer sacó más de una docena de bolsas del maletero del viejo y destartalado todoterreno y esperó a que Brianda aparcara en la cuneta y abriera el de su coche.

—Me llamo Neli y, como ves, hoy era el día de la compra semanal. El coche me ha dejado tirada. He tenido suerte de que pasaras por aquí. Ya llevo un buen rato esperando. Un poco más y me quedo congelada.

—Yo soy Brianda.

Le agradó el extrovertido carácter de Neli, su actitud resuelta y su tono de voz. Sintió una especial atracción por aquella mujer aparecida en medio de la nada. Todo en ella inspiraba confianza. Su inicial fastidio comenzaba a disolverse.

—Perdona mi curiosidad, Brianda, pero ¿qué se te ha perdido por aquí? No es un lugar al que venga mucha gente.

—Tengo familia.

—¿En Tiles? —se extrañó Neli—. Creía conocer a todos los de allí y a sus descendientes, aunque solo fuera de oídas...

—Ahora te cuento... —dijo Brianda en tono cómplice, y ambas rieron.

Brianda se sintió a gusto. Una desconocida la había hecho reír. En realidad, su viaje era una huida que no incluía planes de conocer gente nueva —más bien deseaba esconderse del mundo —, pero una incipiente grieta de saludable curiosidad comenzó a abrirse en su interior, tal vez porque su imagen urbana de cómo estaría ese valle perdido de su infancia en la actualidad no incluía a alguien como Neli.

—¿Y qué harás con el coche? —quiso saber Brianda mientras ponía el motor en marcha—. ¿Has llamado a la grúa?

—No hay cobertura. Llamaré desde casa. O bajará mi marido a arreglarlo.

Lo dijo como si aquello fuese lo más normal del mundo. Brianda frenó, cogió su móvil y comprobó que era cierto. Todavía había sitios en el mundo sin cobertura. Y ella había conducido kilómetros sin saberlo.

—Menos mal que no me he dado cuenta antes —dijo—. Hubiera estado intranquila. Espero que en el pueblo funcione.

—Depende del día. —Neli pensó que Brianda podía ser de esas personas permanentemente enganchadas al móvil, así que añadió para tranquilizarla—: Quiero decir que lo normal es que sí, aunque a veces, si hace mucho aire o después de una tormenta, la señal no llega bien.

—Pues espero que el tiempo sea soleado... —A la vez que pronunciaba estas palabras, Brianda pensó que igual no era tan mala noticia tener que olvidarse por un tiempo del móvil. Al menos se evitaría tener que repetir a sus conocidos la misma explicación inventada de sus precipitadas «vacaciones». Se concentró en la siguiente curva, más cerrada que la anterior. La carretera era espantosa.

—Ya falta poco —anunció Neli en tono animado—. Para quien no lo conoce, esto parece el fin del mundo.

—La verdad es que siento curiosidad por llegar a Tiles —admitió Brianda.

—¡Yo creía que ya lo conocías! —se sorprendió Neli.

—Sí y no. Mis tíos viven ahí y de pequeña vine algún verano, pero no lo recuerdo muy bien.

—¿Y quiénes son tus tíos?

—Isolina y Colau, ¿los conoces?

Neli tardó unos segundos en responder. Por el rabillo del ojo, Brianda se percató de que forzaba una sonrisa.

—Sí, claro, los de Casa Anels. Conozco más a Isolina.

—Es la hermana mayor de mi madre. Entonces, ¿tú no eres de aquí?

—No, pero la familia de mi pareja sí. Jonás y yo decidimos quedarnos hace ya unos diez años. Queríamos que nuestros hijos nacieran y vivieran en el campo y cambiamos de vida.

Brianda recordó un artículo que había leído en la prensa sobre la utopía del retorno. Hablaba de todos aquellos que ante la crisis, el paro, la contaminación, el estrés y la burocracia decidían volver a la naturaleza, al medio rural, muchas veces idealizado por la imaginación, en busca de la armonía y la solidaridad de la vida en comunidad, y en busca del reencuentro físico y espiritual entre la persona y la naturaleza. Recordó también haberlos juzgado como marcianos. Sinceramente, no podía comprender que hubiera quien decidiera cambiar las comodidades de la vida en la ciudad por un regreso a casas destartaladas y frías o quien prefiriera cultivar sus propias verduras y hortalizas cuando existían los maravillosos centros comerciales. Puesto que su madre se había criado en Tiles, le había hecho llegar el artículo. Tras su lectura, Laura había sentenciado que solo podía regresar al campo y vivir en él quien conocía realmente su dureza; lo demás era una moda pasajera. Se preguntó si Neli se habría arrepentido de su decisión. En realidad, comenzaba a sentir curiosidad por saber más de su vida, de su nombre, Neli, que parecía una abreviatura inglesa, de cómo se habían adaptado, de qué vivían...

—Entonces sois... ¿Cómo os llaman? ¿Neorrurales?

Neli se rio con ganas.

—¡Ah, las etiquetas! Neorrural, hippy, perroflauta, alternativa, neoartesana, neocampesina, bohemia... Yo no me incluyo en ninguna... —su voz adquirió un tono misterioso—, al menos de estas... —Señaló al frente—. ¡Ya llegamos!

El coche tomó tres curvas muy cerradas haciendo malabarismos entre la roca de la derecha y el profundo abismo de la izquierda y, de pronto, un vasto llano se abrió ante sus ojos; un llano que se extendía a los pies de un inmenso macizo de piedra, el pico Beles, diseñado por capricho de la naturaleza como la típica montaña de un dibujo infantil: grande, solitaria, regia.

—Coge el camino de la derecha —indicó Neli—. Lleva a la parte baja de Tiles, que es donde vivo yo. El otro lleva a la parte alta, donde vas tú.

Atravesaron tierras de labor y praderas salpicadas de vacas, ovejas y construcciones de piedra parda y tejados, algunos de losas, otros de teja. Poco a poco, la densidad de las viviendas fue aumentando hasta que, pasada una pequeña gasolinera donde colgaba una señal de hotel-restaurante, las construcciones comenzaron a ordenarse a ambos lados de una estrecha calle que

conducía a una plaza en la que resaltaba una típica iglesia románica, con su torre coronada por un puntiagudo tejado a cuatro aguas, frente a la que aparcaron.

Brianda salió del coche y una ráfaga de aire frío la recibió. Fue un golpe inesperado, pues las hojas de los árboles cercanos tan solo temblaban levemente, y ella lo sintió en el rostro como una bofetada. Rápidamente se puso una chaqueta, aunque no notó alivio y se frotó los antebrazos con brío. Deslizó la vista a su alrededor y tuvo una momentánea sensación de regresión a un pasado indefinido, pero los intentos por rescatar imágenes idílicas de su infancia se tropezaban con la visión de ese espacio viejo, destartalado y rústico y con el intenso olor a tierra húmeda y ganado. En conjunto, su mente la informaba de que lo que veía era bonito pero demasiado solitario, inquietantemente apagado e incluso opresivo. Por un lado, le gustaba; por otro, se sentía fuera de lugar.

Como si le hubiera leído el pensamiento, Neli señaló la iglesia:

—El pórtico de acceso está muy desvencijado, y el ábside muy deteriorado, pero poco a poco terminaremos de restaurarla. Eso es parte de mi trabajo. Mira, esta es mi casa.

Neli descargó las bolsas de la compra y las dejó en el primer escalón de una escalera de losas que conducía a una casa de pared encalada. Sus pasos producían un intermitente eco, seco y sordo, en la desierta plaza. Luego se acercó a Brianda y, ante la sorpresa de esta, extendió la mano hacia su cabello y realizó un gesto brusco mientras le explicaba:

—Perdona, llevas una brizna de algo.

—¿Eh? —Brianda notó un pequeño pellizco y se apartó instintivamente.

—¿Te quedarás mucho tiempo? —preguntó Neli rápidamente.

—Un par de semanas. Tal vez más.

—¡Entonces seguro que nos vemos!

Se despidieron y Brianda rehízo el camino hacia la bifurcación de los caminos.

Cuando tomó el que llevaba a Casa Anels, se percató de que el paisaje iba cambiando por completo. Los pastizales se iban poblando primero de encinas y quejigos y el tono otoñal de la tierra que dejaba atrás cobraba algo de vida gracias a los vivos colores de las hojas de los esporádicos robles y el verde eterno del boj. Además, la imagen del gigante de piedra iba aumentando de tamaño. Se alegró de que aún fuera mediodía. Podía imaginarse la sombra del coloso extendiéndose cada tarde por todo el valle a sus pies, lentamente, como un águila sobre su presa, anunciando en silencio la inexorable llegada de la muerte. No le gustaría caminar por ahí a solas en la noche.

El camino serpenteó un par de kilómetros hacia el monte Beles. Poco antes del destino, divisó el cementerio a su izquierda, un camino que no recordaba, una fuente a su derecha bajo un gran tilo y una última subida que sí reconoció.

Redujo la velocidad.

Se sentía extraña. Por un lado, tenía ganas de llegar a la casa después del largo viaje y ver a Isolina; por otro, le producía una honda inquietud reencontrarse con Colau. Inspiró hondo. Aquello era absurdo. Ahora era una mujer adulta. Podía tener miedo a muchas cosas, pero desde luego no al marido de su tía.

Aceleró el vehículo y pronto aparcó en un llano sobre el que esperaba encontrar una señorial

casa cuadrada de piedra de dos plantas y construcciones adosadas de diferentes alturas que rompieran la monotonía de la base rocosa y uniforme del monte Beles, pero ahora un desmadejado bosque que no recordaba ocultaba Casa Anels de su vista, como si con el abrazo de sus ramas resecas y hojas arrugadas quisiera apartarla del resto del valle y arrastrarla hacia la montaña. Anduvo unos pasos por el camino de grava hasta que distinguió entre los troncos de los fresnos y sauces los bajos muros que rodeaban la era de entrada. Rápidamente se visualizó a sí misma con trenzas y los brazos extendidos para mantener el equilibrio sobre ellos siguiendo los pasos de su hermano, entonces un chiquillo en pantalones cortos. Fue una imagen fugaz, pero consiguió que una momentánea sensación de bienestar la embargara y deseó con todas sus fuerzas que no desapareciera. Era una tontería, pero sintió que de algún modo regresaba a casa. Tal vez sus padres tuvieran razón. Quizás una temporada en el campo consiguiera proporcionar algo de paz a su espíritu alborotado...

Sin embargo, en cuanto se acercó a la baja verja por la que se accedía a la puerta principal, el corazón le dio un vuelco.

La hierba crecía descontrolada por entre las piedras irregulares del suelo. En los tejadillos que servían de cobertizos se veían losas sueltas y alguna tabla desclavada, y una de las paredes de la gran casa lucía un peligroso abultamiento, como si fuera a reventar en cualquier momento. Los montones de leña apilada, los restos de florecillas del verano en improvisados parterres y la ropa tendida en una cuerda evitaban tímidamente que el conjunto pareciera un lugar completamente abandonado.

El silencio era tan absoluto que Brianda podía oír su propia respiración. Se preguntó si Casa Anels había sido siempre así y la mirada de su infancia no había sabido percibir la decrepitud o si, con el paso de los años, los lugares, como las personas, se resentían del lento abandono del vigor y la alegría.

Tal vez esa última apreciación pudiera aplicarse al envejecido Colau, pero no a Isolina. Brianda encontró a su tía tan hermosa, a su manera, como siempre. Su poblada y corta melena estaba mechada de canas, lo cual la hacía parecer mayor, pero le daba un aire especial, personal y natural. Ese día había alegrado su neutra indumentaria con un pañuelo estampado y unas sencillas joyas clásicas y se había pintado los labios de rosa pálido, seguramente para recibir a su sobrina, a quien no veía desde las Navidades anteriores.

—¡Qué ilusión tenerte por aquí! —Isolina le dio un abrazo—. ¿Te acuerdas de algo? ¡Estarás muerta de hambre! Hoy he preparado algo especial para celebrar tu llegada. —Se dirigió a Colau —: ¿Puedes subir las maletas a la habitación azul?

En silencio, Colau se acercó para cumplir la orden y Brianda dudó cómo saludarle. Desde luego, no lo pensaba abrazar. Con un amago de beso en la mejilla bastaría. Seguía siendo un hombre de facciones duras, cejas pobladas y enorme envergadura, aunque se había encorvado un poco. Tras las gafas de pasta, se adivinaban unos pliegues carnosos que empequeñecían sus ojos.

—¿El viaje, bien? —dijo él a modo de saludo manteniendo las distancias.

—Sí, gracias. —Le sorprendió que la voz le temblara. Después de tantos años, aún la

intimidaba.

—¡Ya verás qué bien lo vamos a pasar! —continuó Isolina—. Después de comer te enseñaré todo, la casa, el huerto, el jardín... Tengo gallinas, conejos, patos, ocas y un par de burros para mantener la hierba a raya. —Se rio abiertamente—. ¿Te acuerdas? Cuando eras pequeña repetías que querías ser granjera de mayor.

Brianda sonrió, contagiada por la actitud risueña de su tía. Si alguna vez lo había dicho, lo había olvidado. Por el rabillo del ojo vio que Colau desaparecía con su equipaje por una puerta ajada.

—Mi madre se hubiera llevado un disgusto...

—Ya lo creo. A Laura el campo no le gusta nada. Parece mentira que naciera aquí. ¿Te la imaginas sin maquillaje yendo a recoger los huevos con una cesta? No, ¿verdad? Pues te aseguro que de niña no le quedaba otra que hacerlo.

Unos ladridos roncos y profundos precedieron la llegada de un enorme perro de pelaje negro y reseco que se abalanzó sobre Brianda enseñándole los dientes. Brianda lanzó un grito y se quedó quieta. Le temblaban las rodillas y le sudaban las manos.

—¿Dónde te habías metido, bandido? —Isolina lo sujetó por el collar—. Tranquilo, Brianda es de la familia. Eso es, huélela. —Le dio unas palmadas en el lomo que levantaron una nubecilla de polvo—. Este es Luzer. Ahora no recuerdo si te gustaban los perros...

—Sí me gustan. Pero este es demasiado grande.

—No tengas miedo. No te hará nada. Lo encontró Colau abandonado, lo cuidó y desde entonces no se separa de él.

Un seco silbido procedente de la casa llamó la atención de Luzer. Lanzó una mirada turbia a Brianda y cruzó la misma puerta por la que había desaparecido Colau minutos antes.

—¿Le dejáis entrar? —preguntó Brianda atemorizada.

—Si quieres, le pediré a Colau que mientras estés aquí lo tenga más controlado, al menos hasta que os acostumbréis el uno al otro.

Isolina la guio dentro de la casa. Apenas tres peldaños de piedra rugosa separaban la entrada del amplio y oscuro zaguán. Al fondo, una doble puerta negra conducía a un vestíbulo que distribuía el camino hacia los diferentes aposentos. A la derecha estaban la cocina y el comedor, donde se conservaba el decorado del mosaico hidráulico del suelo que Brianda recordaba de su infancia. A la izquierda, el salón con la ennegrecida chimenea al fondo y unos bancos de madera de alto respaldo a ambos lados. Al frente, los nudosos peldaños de la escalera de madera agrietada que conducía al piso superior bajo la cual desaparecía el estrecho y alargado pasillo que guiaba al despacho de Colau.

—Siéntete como en tu casa, Brianda —le dijo Isolina—. Solo te pido que no entres en el despacho de Colau sin permiso o sin que esté él. No le gusta nada. Normalmente lo tiene cerrado con llave para que ni siquiera yo sienta la tentación de poner orden en el lío de libros, cuadernos, revistas, apuntes, documentos antiguos y ceniceros llenos de colillas.

Después de aquella experiencia de su infancia, en la que Colau la había zarandeado por revolver entre sus cosas, Brianda tenía claro que no entraría sola en ese lugar. Se preguntó, no obstante, si todavía existiría ese cofrecillo de terciopelo rojo.

—Supongo que ahora Colau tendrá mucho tiempo para investigar... —comentó mientras subían por la escalera hacia las habitaciones. Sabía que su tío se acababa de jubilar como profesor en el instituto de Aiscle y que le apasionaba la historia del valle.

—No hace otra cosa. A veces creo que es más una obsesión que un placer. Le digo que con todo lo que sabe ya podría plantearse escribir un libro, pero dice que para eso hay que saberlo todo y a él le falta mucho. —El suspiro que profirió Isolina se perdió por el largo pasillo—. ¡Qué malo es esto de hacerse mayor! No sé por qué desde hace tres o cuatro meses está como inquieto. Siempre ha sido muy introvertido, pero ahora...

Isolina abrió por fin la última puerta y entraron en una estancia de desconchadas paredes azules. Brianda la reconoció al instante. Era la habitación donde dormía cuando era pequeña. No había cambiado lo más mínimo. Ahí estaban el cabecero de barrotes de hierro, el armario y la cómoda de nogal y, como en el resto de la casa, las mismas vigas oscuras y dobladas sujetaban el techo. Había supuesto que después de tantos años la casa habría sufrido alguna remodelación, pero no había sido así. Mientras ella crecía y buscaba su camino, allí la vida se había detenido por completo.

—Esta habitación me encanta. Es la más soleada y tiene una vista preciosa. —Isolina abrió las hojas del balcón de par en par—. Acércate. Allá abajo, las casas agrupadas de Tiles. Por aquí y por allá, los grandes caseríos dispersos. Ese que ves al este es el de Cuyls. Allí nació Colau, pero ahora está derruido. Luego viene nuestro Anels y al oeste está Lubich, que no se puede ver desde aquí...

Brianda escuchó sus explicaciones atentamente. Ni en ese momento ni en ningún otro durante el día Isolina le preguntó por las razones de su viaje. Probablemente Laura le hubiera contado todos los detalles, pero agradeció que no hablaran sobre ello.

Esa noche se tumbó en la cama convencida de que conciliaría el sueño sin problemas después de un día tan largo, pero el profundo silencio de esa desamparada casa, solo roto puntualmente por los chasquidos de las maderas irregulares del suelo, los arañazos de las uñas de Luzer por el pasillo y la roedura de la carcoma en los oscuros muebles, la conturbaban. Sabía que al otro lado de los tabiques había habitaciones cerradas, con sábanas blancas cubriendo los muebles y los espejos; y que la única vecina que podía espiar sus movimientos era la noche cerrada en la que brillaba la silueta gris de una solitaria montaña.

Y además, las novedades de la jornada no habían disipado lo más mínimo ni sus preocupaciones ni sus pensamientos sobre Esteban, a quien ya echaba de menos con todo su corazón.

4.

El día amaneció luminoso y sereno. Brianda salió al balcón y comprobó contrariada que, sin embargo, la temperatura no sobrepasaba los cinco o seis grados. Abrió la puerta del dormitorio, asomó la cabeza para asegurarse de que Luzer no andaba por ahí y se dirigió al baño, que estaba enfrente. Después de ducharse protestando entre dientes porque el agua solo salía templada, se puso unos tejanos, una camiseta de manga larga y un grueso jersey de algodón y bajó las escaleras. Un agradable olor a café llegaba desde la cocina.

Isolina la recibió con una sonrisa y un bizcocho recién horneado. Mientras desayunaban, le propuso que la acompañara al cementerio, ubicado a un kilómetro de Casa Anels en dirección al oeste. Faltaban dos días para Todos los Santos y quería arreglar los nichos de la familia antes de que comenzasen las visitas de los vecinos al camposanto, algo que los demás también realizaban por costumbre para que en el día festivo el lugar estuviese perfectamente adornado.

Brianda aceptó y ayudó a su tía a preparar los ramos en un banco de piedra de la era. Como no era temporada de flores, Isolina había encargado unas rosas a las que quería añadir unas ramitas de hiedra y boj propias del valle. Poco después, descendieron por el camino que llevaba a la fuente bajo el tilo. A Brianda, tanto Casa Anels como los alrededores le resultaron igual de tenebrosos que la noche anterior. La luz del día solo conseguía acentuar su decrepitud.

—¿Y ese adónde lleva? —preguntó señalando el emboscado camino a su derecha que había visto el día de su llegada.

—Sube hasta los bosques de las montañas. Es el antiguo camino del ganado, por el que también se iba a Francia.

—Tiene que ser bonito. Podríamos pasear un día por ahí.

Isolina arrugó la nariz.

—No sé si es buena idea.

—¿Es peligroso? —bromeó Brianda—. ¿Hay animales salvajes?

—No exactamente...

—¿Entonces?

—No sé cómo explicártelo. Hay una especie de leyenda negra sobre ese lugar. Siempre se ha dicho que está habitado por presencias extrañas y que todo el que pasa por ahí nunca vuelve a ser el mismo.

—No sabía que fueras supersticiosa. —Brianda sintió más curiosidad—. No me digas que también hay un siniestro castillo donde desaparecen los jóvenes del valle.

—Algo parecido.

—¿De verdad? —Brianda había intentado bromear, pero ahora se estremeció. Por un momento temió que a las desasosegantes sensaciones de la noche anterior y a la inquietud previa a la llegada del sueño tuviera que añadir cierta intranquilidad a plena luz del día. De repente, recordó algo—: Cuando era pequeña nos prohibíais ir solos por aquí. Decíais que era muy peligroso porque había un precipicio o algo así.

—En realidad hay una especie de mansión derruida y quemada, la antigua Casa Lubich que te nombré ayer. Yo he estado cerca alguna vez cuando vamos con Colau a buscar leña al monte vecinal, pero reconozco que me produce escalofríos.

—¿Y tiene dueños?

—Otro misterio. Todos creíamos que no, pero hace unos cuatro meses, tal vez algo más, se presentó un hombre en el ayuntamiento con todos los papeles de la propiedad y dijo que quería rehabilitarla.

Brianda sintió un cosquilleo ascender por su espalda.

—¿Y qué sabes de él?

—Lo que me cuentan algunos. Contrató albañiles abajo en Aiscle y a un par de aquí. Prácticamente no se mueve de ahí. Yo desde luego no lo he visto. Bueno, igual no ha coincidido. Dicen que es extranjero y poco sociable, aunque buen pagador.

—Y por lo que parece, no tiene miedo a las presencias extrañas... —comentó Brianda en tono burlón.

Mientras continuaban con su paseo, Brianda pensó en lo que le acababa de contar Isolina. Lo de los fantasmas y presencias le parecían tonterías, pero la idea del desconocido que había decidido rehabilitar la vieja mansión rondaba por su cabeza. Se preguntaba por qué habría acabado un extranjero en un lugar como aquel. Quizás él también huyera de algo. O tal vez fuera uno de esos ricos caprichosos que buscaban un lugar apartado para fundar su paraíso personal... En ese caso, resultaba extraño que lo hubiera encontrado en Tiles precisamente. Ni era un destino turístico destacado en la comarca de Orrun ni cumplía los requisitos típicos del concepto «paraíso», a menos que uno tuviera raíces allí y lo viera con los ojos del amor incondicional. A su juicio, el paisaje podía describirse como hermoso, pero a Brianda le resultaba áspero e inhóspito; el gigante Beles era singular y magnético, pero a ella su omnipresencia le sobrecogía; y, a pesar de que su tía le decía que estaban teniendo un otoño amable, ella no conseguía quitarse el frío del cuerpo. Dudaba que pudiera soportar el clima inclemente del invierno. Así que solo quedaba la opción de que el desconocido hubiera elegido un lugar remoto para esconderse del mundo.

Un agudo y prolongado chirrido la sobresaltó y, de pronto, le pareció que entraba en otro mundo.

Como un oasis en medio de tierra seca, un bosquecillo de altos y viejos pinos daban cobijo a una pequeña parcela rodeada de oscuros muros de piedra cubiertos de musgo en la que las tumbas y los panteones se mostraban perfectamente ordenados; aquellas en el suelo y los otros contra las paredes. A través de cruces de piedra con inscripciones talladas, o de hierro con chapas de latón blancas ribeteadas en negro, Brianda siguió a Isolina hasta el lugar de descanso de sus

antepasados, una casita de la altura de una persona con tejadillo a dos aguas y cinco nichos que parecían ventanas de mármol desgastado. En la parte superior se podía leer «Propiedad de Casa Anels».

Mientras Isolina retiraba las flores secas y limpiaba los jarroncillos con agua jabonosa y un trapo de algodón blanco para prepararlos para recibir a los nuevos y lozanos ramos, Brianda se dedicó a leer las inscripciones de los nichos. Reconoció los de sus abuelos y el de un tío que había fallecido de niño, pero tuvo que admitir para sus adentros, con cierta vergüenza, que de los bisabuelos no sabía ni los nombres. Qué corto alcance tenía la memoria, pensó. Su ámbito de actuación no cubría más allá de un siglo.

Cuando Isolina terminó, se plantó frente a las tumbas, cruzó las manos delante del cuerpo, sonrió a su sobrina y preguntó:

—¿Rezamos?

Brianda se sintió completamente descolocada. No recordaba la última vez que había rezado y ni Esteban ni ella iban a la iglesia. Por educación, imitó la postura de su tía y respondió:

—Sí, claro.

Se concentró en acompañar a la mujer de una manera honrosa, adoptando un murmullo al ritmo de padrenuestro y pronunciando claramente solo aquellas palabras que terminaban frase:

—Cielos... nombre... reino... voluntad... tierra... cielo... día... hoy... ofensas... ofenden... tentación... mal... amén.

El rezo incluyó un avemaría, un gloria al padre y una salve con la que tuvo serios problemas. Terminado el momento de recogimiento, limpiaron los restos de las flores muertas y los depositaron en un montón junto a la entrada. Justo entonces vieron a Neli, que también portaba flores en sus brazos, algo que extrañó a Brianda, ya que Neli no era de allí, pero no a Isolina. Brianda supuso que la tarea de cuidar de las tumbas de los difuntos en esos pueblos recaería siempre en las mujeres de cada casa, fueran dueñas o no.

Neli las saludó con una sonrisa.

—¿Qué tal tu primera noche en Casa Anels, Brianda?

—Bien, gracias.

Brianda creyó percibir una pincelada de curiosidad en la pregunta. Neli no quería saber cómo había sido su primera noche en Tiles, sino concretamente en la casa.

Neli se dirigió a Isolina:

—Tu sobrina me rescató ayer...

—Sí, ya me lo contó —dijo Isolina. Señaló sus flores—. Todas venimos a lo mismo... Nosotras ya hemos terminado, pero si quieres te esperamos.

—Como queráis. No me da miedo andar sola por el cementerio, pero te lo agradezco.

Entró en el camposanto y apenas tardó unos minutos en salir. A Brianda le llamó la atención que aún llevara flores frescas y Neli se percató.

—Suelo visitar también otro sitio —explicó—. Está en la parte de atrás. ¿Os apetece acompañarme?

Isolina dudó, algo que extrañó a su sobrina. ¿Tenía prisa o no le gustaba ese lugar? Intrigada, Brianda comenzó a seguir a Neli. Sentía curiosidad por descubrir adónde o a quién llevaría esas

flores, fuera de la tierra sagrada. A Isolina no le quedó más remedio que imitarla.

El cómodo camino terminó y se convirtió en una serie de peldaños naturales de roca. Brianda se tuvo que apoyar en la pared del cementerio para caminar bien. Al bordear la esquina, lo primero que distinguió fue un gran montón de piedras, la mayoría negras, que en su momento debían haber formado un edificio. A pocos pasos, vio que había más de una docena de recias losas, algunas acompañadas por cruces también de piedra, en pie o parcialmente tumbadas.

—¿Y estas por qué están aquí? —preguntó.

—Nadie lo sabe —respondió Isolina—. El recinto original lo formaba el cementerio donde hemos estado y una iglesia, de la que solo quedan estas ruinas. —Señaló las tumbas—. Han estado siempre aquí. Colau dice que por alguna razón no fueron enterrados en tierra sagrada. Tal vez se suicidaran. Un misterio. Lo raro es que si no quisieron hacerlo dentro les pusieran cruces...

Sin saber por qué, Brianda comenzó a sentirse extraña. Tenía escalofríos y una leve fuerza comenzaba a oprimirle el pecho. Comenzó a caminar entre las antiguas tumbas grises cubiertas parcialmente de una fina película de moho verde oscuro. En alguna se distinguía un número tallado o restos de letras.

—Me da pena que nadie se acuerde de ellos —dijo Neli mientras repartía un puñado de flores junto a cada piedra.

Brianda asintió en silencio. Realmente era un hermoso gesto.

Se fijó entonces en que una de las tumbas estaba apartada de las demás. Algo en su interior la obligó a dirigir sus pasos hacia ella. Se inclinó y leyó unas letras sueltas. Se arrodilló y deslizó la mano derecha sobre ellas con delicadeza. Sintió una debilísima ráfaga de energía en sus yemas y quiso leer más. Con las uñas comenzó a rascar el musgo junto a las letras y este comenzó a saltar como el yeso en una pared vieja. No sabía si era la curiosidad u otra sensación nueva de urgencia la que la empujaba a seguir, pero ahora empleó ambas manos.

Por fin quedaron a la vista tres palabras.

Brianda emitió un gemido.

Era la frase de sus sueños, ahora completa.

—*Omnia mecum*... —leyó.

Entonces, se desmayó.

Cuando volvió en sí, lo primero que vio fue la cara angustiada de su tía. La habían tumbado allí mismo, sobre la hierba áspera que bordeaba las tumbas. Neli le sujetaba las piernas en alto.

—Brianda, cariño... —Isolina le acariciaba las mejillas—. ¿Qué te ha pasado? ¡Qué susto! Te has desvanecido así, sin más... ¿Cómo estás ahora?

Brianda sentía la boca seca. Repasó mentalmente su cuerpo por dentro y por fuera y concluyó que no percibía nada extraño, así que indicó a Neli que ya podía liberar las piernas. Con lentitud comenzó a incorporarse, pero aún permaneció sentada unos segundos con la espalda apoyada en algo rígido. Giró la cabeza y descubrió la cruz que indicaba el lugar de la piedra donde figuraba aquella inscripción. Sus manos reconocieron las formas de las letras. Cerró los ojos e inspiró

hondo.

¿Existía alguna posibilidad de que en los sueños de su piso de Madrid hubiera tenido una especie de premonición? Tal vez hubiera visitado ese lugar de niña, aunque no lo recordara...

—¿Te encuentras mejor? —pregunto Neli con voz dulce. Brianda asintió y abrió los ojos. Su mirada se cruzó con la de la joven, que la observaba con curiosidad, ternura e incluso comprensión—. Te he visto que tocabas algo y caías. Igual no deberías haberme acompañado aquí. Algunos perciben sensaciones negativas...

—Me habrá dado una bajada de glucosa —mintió Brianda, recuperando una frase que había escuchado alguna vez a compañeras de la oficina. No se había desmayado en su vida y se sentía asustada, pero no deseaba dar más explicaciones.

—¿Y has notado alguna vibración? —susurró Neli.

—No. ¿Por qué?

—En algunos lugares las tumbas avisan si va a suceder algo...

—¡No digas esas cosas, Neli! —le recriminó Isolina sintiendo un escalofrío. Tomó el codo de su sobrina—. ¿Puedes ponerte en pie?

Brianda apoyó las manos a ambos lados de su cuerpo y con la ayuda de las mujeres se levantó. Mantuvo la mirada sobre los pies, que seguían ocultando las palabras en latín. Por un instante le pareció que las suelas de sus zapatillas de deporte ardían. Unas súbitas ráfagas de viento azotaron su rostro, ayudando a que su mente se despejara. Alzó la vista y vio que unas nubes negras comenzaban a oscurecer el horizonte.

—Esto no pinta bien —advirtió Isolina—. Deberíamos regresar a casa. —Se dirigió a Neli—: ¿Has traído el coche?

—He venido dando un paseo. Nada indicaba que fuera a haber tormenta.

—Pues entonces, será mejor que vengas a casa. Está más cerca.

Cogida de los brazos por las dos mujeres, Brianda se dejó guiar por el pedregoso descenso hasta el camino de tierra que comenzaba en la misma puerta del cementerio, como si hubiese sido diseñado solo para conducir a ese lugar, marcando una inequívoca dirección para los habitantes de Tiles, desde sus viviendas hasta la morada final.

Un trueno sonó a lo lejos y segundos después, otro. Las nubes avanzaban a una velocidad vertiginosa.

Las mujeres aceleraron el paso. Poco antes de llegar a la bifurcación del camino de Lubich, escucharon cascos de caballo al galope. Se detuvieron y un magnífico ejemplar negro y brillante sobre el que cabalgaba un hombre vestido con ropa oscura pasó ante ellas como una exhalación.

—¡Cuidado! —exclamó Isolina apartando a Brianda en un gesto protector—. ¿Habéis visto qué maleducado? —Se dirigió a Neli—: ¿Sabes quién era?

—Me ha parecido el nuevo propietario de Lubich. Lo he visto un par de veces en el bar. Baja alguna vez a caballo. Bueno, dice mi marido que siempre va a caballo.

—¡Pues vaya con el nuevo vecino...! —se lamentó Isolina—. ¡Un poco más y se nos lleva por delante!

Brianda mantuvo su vista fija en la oscura visión que ya desaparecía en la maleza del sendero. Recordó con absoluta nitidez sus pesadillas recurrentes. Primero la inscripción, ahora el

caballo... Qué extraño era todo. Contuvo las lágrimas que pugnaban por escapar de sus ojos. ¿Se había levantado hacía unas horas en su coqueta habitación de Casa Anels para dar un paseo con su tía o seguía entre las sábanas de su piso de Madrid?

Sintió que unas gotas humedecían su rostro, primero suavemente y luego con mayor insistencia hasta que el viento cesó de golpe y los cielos descargaron su ira adoptando la forma de un denso aguacero que emborronaba la visión del mundo más allá de unos pasos.

Cuando por fin llegaron a la era de Casa Anels, estaban empapadas. Tenían los cabellos apelmazados en chorreantes madejas y la ropa pegada al cuerpo les pesaba como si cargasen piedras. Mientras subían a los dormitorios para cambiarse, un ensordecedor repiqueteo de gotas sobre las losas del tejado les indicó que la tormenta arreciaba.

Poco después, con la misma imprevisión con la que había comenzado, la lluvia cesó.

—En los años que llevo aquí, nunca había visto algo igual —comentó Neli enfundada en una camisa blanca y una falda recta prestadas por Isolina.

Después de tomar una ducha, Isolina les había preparado unas infusiones bien calientes para recuperarse que tomaban ahora ante el fuego del hogar, en los bancos de madera de alto respaldo cubiertos de cojines desgastados. Neli y Brianda estaban sentadas juntas frente a Isolina. Tras merodear un rato por el salón, con Luzer pegado a sus talones, Colau finalmente acudió junto a su mujer, algo que sorprendió a Brianda porque contrastaba con su normal aislamiento. Le habían contado el desmayo de la joven y él mismo había sugerido bajar al médico a Aiscle, pero Brianda se había negado porque se encontraba perfectamente, aunque su cabeza no dejara de dar vueltas a lo que había experimentado. De todos modos, le había parecido que el ofrecimiento de Colau no se debía tanto a una preocupación real por ella como a un intento de contrarrestar los malos modos con los que las había recibido, que Isolina le había criticado. Tal vez le molestara también la imprevista visita de Neli.

Desde las ventanas de la estancia, situadas a ambos lados de la chimenea, podían disfrutar de una panorámica del soleado atardecer sobre el valle, que ahora relucía limpio e inocente después del inesperado baño.

—Yo he vivido siempre en Tiles y sigo sin comprender qué ha pasado hoy —dijo Isolina—. Y tampoco lo avisaron en la tele. La verdad es que este es un sitio famoso por sus tremendas tormentas, pero nada hacía presagiar esta. Ni siquiera el reuma de mi rodilla, que acierta más que los del tiempo.

Neli se dirigió a Brianda.

—Igual te has desvanecido porque marcabas una bajada de presión. Justo antes de una gran tormenta los animales enmudecen, como si se quedaran sin energía hasta que pasa el chaparrón...

Brianda esbozó una sonrisa.

—No sabía yo que fuera tan sensible...

—En esa parte del cementerio hay algo raro —intervino Isolina—. Me parece que Neli es de las pocas personas que se atreven a pasear por ahí sin miedo.

—Pues yo no me tenía por miedosa... —repuso Brianda sin mucha convicción. Le estaba

empezando a fallar la seguridad en sí misma. Recordó sus ataques de pánico en el trabajo, y la visita a Roberto, el médico a quien admitió que tenía miedo a morir. Por lo que fuera, ahora era miedosa y extremadamente sensible.

—Es a los vivos a quienes hay que temer —sentenció Neli—, no a los muertos.

Brianda estuvo de acuerdo con el comentario, pero se percató de que su tío reaccionaba lanzándole a la joven una rápida mirada escéptica. Colau abrió la boca para decir algo, pero se calló. Pareció pensárselo mejor y, frotándose la barbilla con una de sus enormes manos, dijo finalmente:

—Así que estabas tocando una de las tumbas...

—Me llamaron la atención unas letras —explicó Brianda animada porque él hubiera preparado el terreno para la pregunta cuya respuesta anhelaba saber. Seguro que Colau podía ayudarla—. Descubrí que había una inscripción. Tú sabes latín, ¿verdad?

Su tío alzó una ceja.

—Ponía «Omnia mecum porto». —Brianda jamás olvidaría esas tres palabras.

El rostro de Colau se ensombreció de golpe, como si le hubieran anunciado una terrible noticia. Su mano derecha se crispó sobre el brazo de su asiento y su respiración pareció agitarse. Tumbado a sus pies, Luzer levantó la cabeza en actitud alerta.

—¿No lo sabes? —Isolina cuestionó la sabiduría de su marido con un simpático retintín.

Colau encendió un cigarrillo. Después de dos caladas que a Brianda le resultaron eternas, respondió, con la mirada fija en el suelo:

—Quiere decir algo así como: «Llevo todo conmigo».

De manera instintiva, las jóvenes intercambiaron una significativa mirada. Brianda se preguntó si también Neli se había percatado de la reacción de Colau. Parecía irritado, pero en sus ojos había preocupación y algo más difuso que ella interpretó como una pincelada de dolor, como si la traducción de las palabras en latín no hubiera brotado de su cerebro, sino de sus entrañas.

Tras un largo silencio, Isolina dijo:

—Es un epitafio precioso. Y muy cierto.

Brianda opinaba lo mismo, pero una nueva curiosidad surgió en su interior. Se preguntaba por qué alguien elegiría esa frase y quién yacía bajo esa leyenda. Pero, sobre todo, daría lo que fuera por saber *cuánto* incluía ese *todo*.

El sonido de la bocina de un coche los sobresaltó y Luzer ladró.

—Seguro que es Jonás —dijo Neli levantándose.

—¿Por qué no le dices que entre a tomar un café? —propuso Isolina.

—Es tarde ya, Isolina —murmuró Colau.

—Mejor otro día —dijo Neli poniéndose en pie—. Los niños me esperan. Gracias por la ropa. Te la devolveré enseguida.

Brianda la acompañó hasta el coche y conoció a Jonás, un hombre de unos cuarenta años, de pelo muy corto y rostro atractivo a pesar de las numerosas arrugas que enmarcaban sus expresivos ojos.

Las mujeres se despidieron con un beso en la mejilla. Solo se habían visto en dos ocasiones,

pero, después de lo sucedido, Brianda la sintió tan cercana como una vieja amiga o una hermana mayor. Quizás la sentía así porque necesitaba que alguien la comprendiera y en los perspicaces ojos de Neli había precisamente eso: comprensión.

—Pásate por mi casa cuando quieras —propuso Neli—. Por las mañanas estoy en la iglesia. Si quieres, puedes ver qué hago allí. Y a partir de las cinco tengo un rato libre hasta que llegan los niños.

Sí, pensó Brianda.

Quizás algún día le abriera su corazón.

5.

Encogida bajo su grueso chaquetón, Brianda deambuló por las solitarias calles de Aiscle, apenas iluminadas por el mortecino sol del último día de octubre, a la espera de que su tía realizara sus compras. Tenía la sensación de que el frío amortiguaba todos los ruidos. Del mismo modo que a ella le paralizaba los sentidos, se imaginaba a los escasos pajarillos del otoño negándose a entonar sus trinos, a las moscas desorientadas buscando una rendija por la que colarse en una vivienda y a las hojas caducas de los árboles dejándose desfallecer en silencio sobre la tierra húmeda y la hierba parda.

Llegó a una pequeña plaza de bajos edificios construidos sobre un alargado porche de arcos consecutivos. Un gato tricolor se estiraba perezoso al sol que bañaba el portal dovelado de una casa; dos abuelos conversaban con las manos apoyadas en la parte superior corva de sus bastones; una mujer joven ayudaba a un niñito a empujar el carrito de bebé para entretenimiento de los abuelos... Los percibió como si formaran parte de una escena de cine mudo en la que la ausencia de sonido provocara un gran distanciamiento. El gato no maullaba. Los abuelos no reían. Las ruedas del carrito no chirriaban.

Se sentó en un banco de madera descolorido.

Ni siquiera esas tranquilas y agradables escenas del mundo rural conseguían producirle una momentánea sensación de paz. Había deseado que un cambio de escenario pudiera calmar su inquietud y, sin embargo, su ánimo había empeorado. En realidad, si no fuera por la compañía de Isolina, su estancia en Tiles discurriría con la misma languidez y soledad con la que la casa de sus antepasados se enfrentaba al paso del tiempo. Además de a su tía, a la breve lista de sus pensamientos positivos añadiría en todo caso a la amable Neli, que tan bien parecía haberse adaptado a su nueva vida lejos de la ciudad.

Decidió llamar a Esteban, con el que se había comunicado en los últimos días por medio de breves mensajes telefónicos escritos. Lo echaba mucho de menos, pero entre semana sabía que estaba muy ocupado y, una vez ya instalada en Tiles, tampoco tenía mucho que contarle. La única novedad había sido su experiencia en el cementerio y su desmayo. En un primer momento había sopesado comentar con él su sorpresa por el descubrimiento de la inscripción en latín, lo cual indicaba que había tenido un sueño premonitorio, pero acabó por desechar la idea, al igual que se prohibió hablarle del desmayo para no preocuparle. En teoría, su viaje al campo tenía que servir para desconectar de todo y descansar, no para añadir más leña al fuego. Además, tampoco sabría cómo explicarle la extraña percepción que sentía contra ella en ese lugar. Era algo que tenía que ver no solo con la sombría disposición de su tío, acentuada tras los comentarios sobre

las lápidas, o con los gruñidos de Luzer cuando se cruzaba con él, sino con algo más profundo que se extendía en su interior como un lúgubre presentimiento...

A pesar de su resistencia interior a desahogarse con quien más quería, no podía dejar de pensar en él a todas horas... En Esteban...

... y en una imagen que irrumpía en su mente a cualquier hora.

El hombre a lomos del magnífico caballo negro bajo la lluvia. El posible dueño de aquella mansión abandonada cuyo nombre no recordaba bien...

No había podido verle el rostro. Se preguntaba si sería joven o viejo, alto o bajo, rubio o moreno. Para dominar a un animal así tenía que ser fuerte, de eso estaba segura...

Un mensaje de Esteban le recordó que él debía ser el único dueño de sus pensamientos. La informaba de que estaba en una larga reunión, de que esa noche tenía cena fuera de casa, por lo que hablarían al día siguiente, y de que la echaba de menos.

Brianda suspiró no tanto por la decepción de no poder hablar con él en ese momento como por la sutil sensación de que tampoco pasaba nada si no lo hacía, tal era la abulia que embargaba su ánimo.

Este último pensamiento la sorprendió y asustó al mismo tiempo. Otra vez la asaltaba el maldito desapego. Esteban era el hombre con el que había decidido compartir su vida. Desde que se habían ido a vivir juntos, nunca habían estado separados más de dos o tres días por cuestiones laborales, al cabo de los cuales la alegría del reencuentro siempre se materializaba en una larga sesión de dormitorio. Recordó entonces la última noche que habían pasado juntos y se entristeció. Todavía no comprendía por qué lo había sentido como un extraño.

Los ojos se le llenaron de lágrimas. En Madrid no se encontraba bien consigo misma, y allí, a kilómetros de distancia, tampoco. ¿Qué podía hacer?

Sonaron unos bocinazos y oyó la voz de su tía llamándola. Intentó recordar por dónde había llegado a esa plaza, pero tuvo que seguir el eco de su nombre por las estrechas calles para llegar al lugar donde habían aparcado. Isolina estaba cargando la compra en el maletero.

—¿Esperas visita? —le preguntó Brianda—. Has comprado comida para un regimiento.

—Todavía me faltan los huesos de santo para mañana. —Señaló al frente—. Aquí mismo hay una pastelería maravillosa.

Brianda sonrió mientras caminaban hacia el establecimiento, ubicado en uno de los antiguos patios de un edificio bajo. Su madre y su tía eran muy diferentes, pero coincidían en algo: cumplían todas las celebraciones oficiales del calendario según los estándares oficiales de todas las dulces tradiciones del país, complementados con las novedades publicitadas por los grandes establecimientos comerciales. Así, después de los turrones y mazapanes de Navidad, un año en su familia comenzaba con el roscón de Reyes y seguía —que ella pudiera recordar sin esfuerzo — con el de San Valero, las tetillas de Santa Águeda, los bombones de San Valentín, los bollos y virutas de San José, los dulces del Domingo de Ramos, los buñuelos y la mona de chocolate de Semana Santa, la tarta del Día de la Madre, y las tortas de Corpus Christi, San Daniel, San Roberto y la Virgen de agosto, para terminar con las empanadas de calabaza y cabello de ángel y los huesitos de santo, preámbulo otoñal de los siguientes dulces de diciembre. Si a esto se sumaban las celebraciones de cumpleaños y aniversarios, podría afirmar que sus años habían

discurrido envueltos en completa dulzura...

Al evocar el esfuerzo común e inagotable de Laura e Isolina por complacer a sus familiares sintió una punzada de nostalgia. Fue algo muy vago, impreciso. Tal vez no fuera nostalgia, sino un estremecimiento de melancolía. No lo sabía con exactitud. Todavía no había perdido nada. Su estancia allí era pasajera. Un breve descanso. Unas vacaciones. Pronto volvería a su vida normal. Regresaría al trabajo. Regresaría con Esteban. Estaría cerca de sus padres. Volvería a disfrutar con lo que hasta hacía poco le producía alegría. Volvería a desear sentir las manos de Esteban sobre su cuerpo. Tal vez algún día se plantearan organizar una boda inolvidable y se lanzaran a la aventura de ser padres. Criarían unos niños preciosos a los que mimarían demasiado y con los que celebrarían todas las fiestas del año. Revivirían con ellos su propia vida desde la infancia, desde que sus padres les trajeran sus primeras tartas de cumpleaños y ellos aplaudieran con sus manitas gordezuelas y pidieran soplar una y otra vez, una y otra vez...

Se sintió mareada y se detuvo. No podía comprender cómo había pasado de esa sensación de serenidad ante las compras de Isolina a esa angustia que le oprimía el pecho. Ya estaban allí los malditos síntomas. La sensación de inseguridad. El hormigueo en las manos. El zumbido de los oídos. La sensación de desmayo inminente.

—¿Y esa cara? —preguntó Isolina frunciendo el ceño ante la expresión alicaída de su sobrina —. Estás muy pálida.

Por temor a un nuevo desvanecimiento la guio hasta un banco cercano donde se sentaron. Le tomó la mano y le habló con voz suave pero firme:

—Tranquila. Inspira hondo. Mantén el aire dentro. Cuenta hasta cuatro. Uno, dos, tres y cuatro. Ahora expulsa el aire lentamente por la boca, muy despacio... Muy bien. Ahora repítelo otra vez. Inspira..., retén..., espira... —Esperó a que Brianda abriera los ojos para preguntar con voz cálida—: ¿Mejor?

Brianda asintió. Realmente las desagradables sensaciones se habían reducido.

—¿Quién te ha enseñado esto? —preguntó.

—Lo aprendí hace años en yoga.

La joven apretó su mano en señal de agradecimiento.

—No es otra bajada de azúcar, ¿verdad? —En la mirada de Isolina había ternura y seguridad —. ¿Es posible que estés embarazada?

Brianda negó con la cabeza mientras los ojos se le llenaban de agua. Ojalá estuviera embarazada. Al menos sus síntomas tendrían una causa lógica.

—No sé qué me pasa. Comenzó un día de repente. Son ataques de ansiedad. Estoy bien y al momento me pongo a morir. Pensaba que con las pastillas mejoraría, pero creo que tendré que aumentar la dosis.

Isolina le dio unas palmaditas en la mano.

—A lo largo de mi vida he conocido a varias personas en tu situación. Yo misma... —Se detuvo, pero ya era demasiado tarde.

—¿Tú? —En la voz de Brianda había incredulidad y alivio. Jamás se le hubiera ocurrido pensar que Isolina hubiera pasado por lo mismo—. ¿Por qué?

—Nada de lo que yo te diga te aliviará. Sea lo que sea, tendrás que resolverlo tú sola.

—Pero ¿qué te preocupaba a ti?

Isolina suspiró.

—Me costó decidir si me quedaba en Tiles o seguía el ejemplo de tu madre. Luego apareció Colau de Cuyls... —Su mirada se oscureció—. Y los hijos que no llegaban... —Cruzó las manos sobre su regazo—. En fin, cada uno tiene sus cosas. No le des vueltas a la cabeza. Ya ha pasado, ¿verdad?

Brianda asintió. Se sentía completamente normal, si por normalidad aceptaba esa sensación de incorporeidad con la que vagaba por las estancias de Casa Anels o por las calles de Aiscle; si por normalidad aceptaba esa sombra de la Brianda enérgica que una vez fue. Pero la incertidumbre por la espera de una nueva crisis le producía más miedo que los propios síntomas. Pensó en lo que le acababa de contar su tía. Era la primera vez que la escuchaba lamentarse por la ausencia de hijos. Hasta ese momento hubiera jurado que había sido una decisión del matrimonio, pues sus padres habían comentado en alguna ocasión que a Colau no le gustaban los niños. De manera egoísta, se dijo que al menos Isolina tenía unas razones concretas a las que achacar sus momentos de tristeza. Para ella, no obstante, nada parecía mejorar.

Su tía se levantó y recuperó su actitud decidida:

—Y ahora compraremos esos huesitos de santo. ¿Sabías que en tiempos se elaboraban para soportar mejor la larga noche de difuntos? Como tienen tantas calorías, eran muy útiles porque todos hacían vigilia mientras las campanas de las iglesias tocaban a muerto durante la noche...

Brianda se estremeció al imaginar el fúnebre tañido de las campanas rompiendo el silencio y propagándose por las calles heladas como un lamento.

Siguió a su tía y, obedeciendo a un impulso, compró unos dulces para Neli.

Brianda aparcó su coche junto a la iglesia, ante la mirada curiosa de un grupo de mujeres a las que saludó brevemente. Reconoció enseguida la casa de Neli porque la fachada era blanca y no de piedra como las demás, subió los escalones que elevaban la entrada sobre la plaza y utilizó la recia aldaba alargada para llamar a la puerta.

Neli tardó en responder. Una de las mujeres del grupo, de pelo corto del color de la paja y enfundada en una bata estampada, le gritó en tono cordial:

—Estará en la iglesia... Si quieres la avisamos.

—No se preocupe, gracias —dijo Brianda en tono amable pero seco, consciente de que ese ofrecimiento abría la puerta a una conversación que no deseaba por no tener que dar explicaciones sobre su persona.

Pasaron unos segundos que se le hicieron eternos, sobre todo porque se sentía observada por las mujeres. Seguramente estarían analizando sus gestos, su indumentaria y el paquete que portaba para luego compartir sus impresiones. Casi había decidido regresar a Casa Anels cuando la puerta se abrió y la expresión del rostro de Neli cambió del ensimismamiento al sincero agrado.

—¿Te pillo en mal momento? —preguntó Brianda mientras le presentaba la caja de dulces.

—Estaba haciendo cosas por arriba —respondió Neli cogiendo el presente—. Nada que no pueda esperar. ¿Y esto?

—Un detalle que he comprado hoy para darte las gracias por ayudarme el otro día en el cementerio.

—Te lo agradezco mucho, pero no tenías por qué... —Al oír sus propias palabras, soltó una carcajada—: Es una frase hecha, pero lo digo en serio. ¿Te apetece un té? —Volvió a reír mientras la guiaba adentro—. Se nota que por aquí no viene gente nueva. Solo me salen frases de película. Por favor, no me digas ahora eso de que tengo una casa preciosa...

Brianda no pudo evitar contagiarse del alegre espíritu de Neli y rio con ella.

—Pues es verdad. Tienes una casa muy bonita.

Nada más entrar en el patio, se percató de que a Neli le gustaban las antigüedades. Vio dos arcas de madera contra las paredes de piedra, un caldero de cobre con flores secas y antiguas herramientas de labor adornando las paredes. En el recibidor, bajo una lámpara de forja negra había una mesa de madera sobre la que asomaban diversos objetos de decoración y cestitos con flores secas entre sobres de correspondencia y folletos publicitarios. Desde allí, un arco policromado abría el camino al acogedor salón.

—Es una auténtica leonera, querrás decir. Con los niños es imposible tenerla ordenada. Han llegado del cole, han puesto todo patas para arriba y se han marchado al cumpleaños de un amigo. Pero no te creas... Cuando vuelvan aún les quedará energía para terminar de agotarnos a su padre y a mí. ¡Son incombustibles!

A Brianda le gustó que Neli no se dedicara a recoger las piezas de mecano, los libros infantiles, los mandos de la Wii y los lapiceros y folios coloreados que estaban por todas partes. Ella desde luego lo hubiera hecho, porque era muy ordenada, pero la actitud de Neli la hizo sentir cómoda, como si le abriera su mundo sin importarle lo que pensara, como si llevara siglos compartiendo ese espacio con ella.

Neli se dirigió hacia una mesa redonda situada al fondo, frente a un gran ventanal.

—Me encanta sentarme aquí al atardecer y tomarme un té tranquilamente. ¿Te apetece? Tengo de todos los sabores. ¿O prefieres café?

—Té está bien. —En realidad era adicta al café, pero no le importó cambiar por una vez y sumarse a la sugerencia de Neli.

—¿De frutos rojos? Hago la mezcla yo misma.

—Genial.

Neli desapareció y Brianda se entretuvo mirando por la ventana. Al otro lado había un patio exterior empedrado con macetas, un columpio de madera y una mesa de forja. Una pequeña verja comunicaba ese espacio con los prados del fondo y un enorme nogal marcaba el límite lateral derecho con la parte trasera de la iglesia.

—Entonces esta era la casa de los padres de Jonás... —comentó en cuanto Neli apareció con una bandeja.

Neli asintió.

—Los abuelos se fueron de Tiles poco después de la Guerra Civil. El padre de Jonás subía de vez en cuando, pero estaba ya muy arraigado a la tierra baja. Un día Jonás y yo nos planteamos cambiar de vida, compramos la parte de los primos y nos lanzamos a remodelar la casa.

—¿Y a qué os dedicáis?

—Yo soy restauradora, especializada también en pintura antigua, y Jonás ha montado una empresa de mantenimiento y obras menores y trabaja tanto para particulares como para los ayuntamientos de la zona. ¿Y tú?

—Soy ingeniera. —No se le ocurría qué más añadir. Brianda sintió cierta envidia de la pasión con la que hablaba Neli. Ojalá ella tuviera la mitad de la vitalidad que irradiaba la otra—. ¿Y nunca os habéis arrepentido de vuestra decisión?

—No. Echamos de menos algunas cosas de la ciudad, pero creo que hemos encontrado el sitio en el que queremos ver crecer a nuestros hijos. ¿Por qué lo preguntas? ¿Te estás planteando cambiar de vida? —Balanceó la cabeza—. No sé si te veo viviendo siempre en Casa Anels...

—¿Lo dices por mí o por la casa? El día que nos conocimos te extrañaste cuando te dije quiénes eran mis tíos. Y al día siguiente me preguntaste qué tal había dormido allí.

Neli se sorprendió por la perspicacia y la franqueza de Brianda. Permaneció pensativa unos segundos, sin saber cómo continuar. Siempre le había gustado fijarse en las personas y pocas veces se equivocaba en sus intuiciones. Brianda le resultaba agradable, pero había percibido que irradiaba vibraciones negativas. Si pudiera tomarle una fotografía Kirlian, seguro que los colores de su aura incluirían el azul, el violeta y tal vez algo de dorado. A primera vista, Brianda parecía una mujer decidida, enérgica, optimista e incluso exigente. Sin embargo, Neli veía a una mujer desorientada en busca de un alivio espiritual. Se preguntaba si podría encontrarlo en Casa Anels, precisamente.

—Yo tengo buena relación con tu tía Isolina, que es encantadora —dijo finalmente—. Y no me gustan nada las habladurías. Pero si vas a estar un tiempo aquí, igual deberías saber que Colau no goza de muchas simpatías.

—¿Y sabes por qué?

—Solo sé lo que dicen, y no me siento cómoda hablando de esto. Es tu familia. Además, Colau siempre ha ido cortés conmigo y, al fin y al cabo, Isolina no parece desgraciada a su lado. Eso quiere decir mucho, ¿no te parece? Cada uno tiene sus rarezas.

—Por eso mismo puedes contarme qué dicen por ahí. No será tan horrible.

Neli se apresuró a servir otro té. Brianda permaneció en silencio sin apartar la mirada del rostro ruborizado de la otra joven, que acabó por ceder:

—Parece ser que hasta la generación anterior, Casa Anels fue un lugar agradable y cuidado. Recuerdan a tu tía y a tu madre como dos jóvenes muy alegres. Sin embargo, todo cambió cuando apareció Colau. Tus abuelos consideraron un castigo que el último descendiente de Casa Cuyls conquistara a una de sus hijas, pero murieron antes de que se casaran sin cambiar el testamento a favor de tu madre. Lo tenían por vago, huraño y complicado, más preocupado por sus libros y su trabajo intelectual que por la casa y la tierra. De hecho, su casa natal ahora está en ruinas, y tampoco se ocupa de Casa Anels. Es como una maldición. Los más viejos dicen que por donde pasa uno de Cuyls se acaba la vida.

Brianda frunció el ceño.

—¿Ves? —dijo Neli—. No debería haberte dicho nada.

—No estoy enfadada. En todo caso, alucinada. Te escucho hablar de las casas como si fueran organismos vivos que nacen, crecen, se reproducen o no y mueren al ritmo de sus habitantes. Y

es tal su poder que hasta se apoderan de tus apellidos. Aquí yo soy Brianda de Anels y tú Neli de...

—Nabara. —Neli se rio—.Tu casa y la mía tienen nombres amables. La mayoría coinciden con profesiones o nombres o apellidos antiguos. Por cierto, Neli es la abreviatura de un nombre atípico pero muy corriente en mi familia. ¿Qué tal quedaría Casa Nélida? —Hizo una mueca—. No sé si me gusta, aunque suena mejor que Lubich, que significa algo así como Casa del Lobo, creo.

Brianda no hizo ningún comentario. Seguía pensando en lo que Neli le había contado sobre la casa de Colau.

—Y eso que dices de la maldición... Suena ridículo. Me extraña que mis abuelos dieran crédito a esas cosas.

Neli se encogió de hombros.

—Las creencias de las personas son un misterio... ¿Otro té?

—No, gracias... —Brianda esbozó una sonrisa—. De hecho, ya necesito ir al cuarto de baño...

—Eh... —Neli puso cara de sorpresa—. Sí, bueno... El de abajo está estropeado... Pero puedes emplear el de mi dormitorio. —La acompañó hasta el nacimiento de la escalera y señaló hacia arriba—. Está al fondo.

Brianda percibió que las mejillas de Neli se habían sonrojado y se sintió mal. Tal vez le molestara que invadiera la intimidad de su dormitorio, o que se avergonzara por tenerlo tan desordenado como el salón. Sopesó la posibilidad de darse la vuelta, pero realmente no podía aguantar más, así que continuó su camino procurando no mirar más de lo imprescindible para llegar a su destino. No quería que Neli pensase que era una fisgona.

Entró en el dormitorio y distinguió una puerta entreabierta que, efectivamente, era la del baño. Se fijó en que el interruptor estaba fuera y accionó la luz.

Unos segundos después, salió. Al buscar el interruptor para apagar la luz, encendió otra situada en el rincón a su izquierda. Provenía de una coqueta lamparita situada en una ancha estantería de madera cubierta por un lienzo que colgaba sobre una silla tapizada con una tela de flores de suaves colores. Sin poder evitarlo, su mirada se posó en ese pequeño espacio donde se agrupaban los más variados objetos. Había extraños adornos, estatuillas, velas, botecitos de cristal, un cuenco con agua y otro con un polvo blanco que podría ser sal, piedrecitas, un quemador de incienso, una corta vara de boj tallada, una figura geométrica —una estrella de cinco puntas que reconoció como un pentagrama— encerrada en un círculo sobre un libro de tapas oscuras de cuero, un cuchillo y una copa que le recordó a un cáliz.

Le vino a la mente la imagen de un altar. Un altar extraño...

Comprendió entonces por qué se había inquietado Neli al indicarle que tenía que usar el cuarto de baño de su dormitorio. Temía que descubriera ese extraño lugar.

Cogió el cuchillo y lo observó. Era una daga de doble filo con el mango de color negro decorado con signos astrológicos y runas.

—Es un *athame*.

Brianda dio un respingo al oír la voz de Neli. En un acto reflejo dejó el cuchillo donde lo

había encontrado. Sintió que las mejillas le ardían.

—Lo siento —se disculpó—. No quería cotillear, pero reconozco que me ha llamado la atención.

Neli se acercó. Su rostro no mostraba enfado.

—¿Sabes qué es? —preguntó en un tono casual pero a la vez tentativo.

Brianda negó con la cabeza.

—Es un altar —explicó Neli.

—Eso me ha parecido, sí, pero no veo imágenes de vírgenes o santos, ni rosarios colgando... —Su voz sonó demasiado jovial, incluso divertida. Esperaba no haberla ofendido.

—Es que es un altar *wicca*.

—¿Y eso qué es?

Neli cogió la daga.

—El cuchillo o *athame* sirve para trazar el círculo de poder y dirigir la energía. Representa lo masculino. —Tomó la copa—. Esto es la versión menor de un caldero... —La miró fijamente como buscando una respuesta, una señal de reconocimiento por parte de Brianda que no llegó, así que continuó—: Representa el lado femenino. Ambas cosas juntas evocan el acto de la procreación como un símbolo universal de la creación.

Brianda la escuchaba confundida. Por un lado, todo aquello le resultaba vagamente familiar, como si perteneciera a algún fragmento de película o libro que hubiera visto o leído en algún momento de su vida. Por otro, le producía cierto rechazo descubrir que su recién conocida amiga Neli tuviera gustos extraños. Se preguntó si se hubiera sentido igual si fuesen imágenes de santos. Una parte de ella deseaba terminar con aquella lección de no sabía exactamente qué, pero un íntimo deseo de saber más la impelía a seguir escuchando las explicaciones de esa voz melodiosa y suave.

Neli dejó los objetos en su sitio y señaló el pentagrama en el círculo.

—Este es el pentáculo. Nuestro símbolo de fe. —Su dedo se detuvo en la punta superior derecha—: El agua, símbolo del ciclo de la vida. El líquido del vientre materno y de las lágrimas de la muerte. La emoción. —Señaló la punta inferior derecha—: El fuego, la pasión, el ímpetu, la parte de nuestro ser que la razón desea derrocar. —Continuó hasta el extremo inferior izquierdo —: La tierra, la madre, el alimento que nos hace crecer. —Subió hasta la parte superior izquierda —: El aire, el pensamiento, la mente, la razón. —Y terminó en la punta superior—: El espíritu. Lo etéreo, lo eterno. El amor espiritual. Nuestras almas...

Se produjo un largo silencio, una mágica pausa, un intervalo fascinante que terminó cuando Brianda fue consciente de que Neli la miraba fijamente, tal vez esperando un comentario, una indicación de si debía detenerse o continuar. Suspiró como lo haría después de ver una intensa escena de una película y dijo:

—Todo esto me suena a..., no sé..., historias de esas, de esoterismo, de magia... No sé ni qué palabra emplear... Me suena a... —fingió un cómico escalofrío de terror— cosas de brujería... —A punto estuvo de añadir *barata.*

—Es que soy *wiccana* —soltó Neli.

—¿Y eso qué significa?

—No sé si estás preparada para saberlo... —hizo una pausa antes de añadir—: todavía.

Brianda abrió la boca para emitir una burlona exclamación de incredulidad, pero la mirada serena y directa de Neli y la franca sonrisa que esbozó le indicaron que lo decía en serio. Tampoco tenía muy claro cómo continuar la conversación. Primero la maldición sobre la casa de su tío, y ahora eso. De repente, le entraron ganas de salir de allí. Su concepto de Neli había cambiado por completo. Con lo a gusto que habían conversado un rato antes... Ahora le parecía que la joven no estaba bien de la cabeza. Y pensar que había sopesado la posibilidad de abrirle su corazón...

Abajo se oyeron voces, señal de que la familia de Neli acababa de llegar, cosa que Brianda agradeció porque le permitía desaparecer de allí sin más explicaciones.

Volvieron al recibidor y allí saludó a Jonás, enfundado en un mono cubierto de polvo blanco, y conoció a los dos hijos de ambos. Le parecieron dos chiquillos de entre ocho y diez años como otros cualesquiera: vitales y ruidosos. Tenían el pelo moreno, alborotado, los ojos oscuros y los rasgos finos de su madre, a la que interrumpían a cada momento para contarle las incidencias del día, a la vez que hacían preguntas a la desconocida.

Neli aprovechó el revuelo para ir a buscar el bolso de Brianda al salón e introducir en él una bolsita de hilo blanco. Luego la acompañó hasta el patio para despedirse.

—Los sábados y días de fiesta solemos juntarnos en el bar de la gasolinera —dijo—. A veces también viene Isolina...

Brianda comprendió que, por medio de la invitación, Neli intentaba volver a la situación de normalidad que habían compartido antes de que ella descubriera ese extraño altar. No sabía qué pensar. Se despidió rápidamente, montó en el coche y se fue.

Neli permaneció unos minutos apoyada contra la puerta de su casa. La noche anterior, a la luz de una vela color celeste, había llenado el saquito que ahora llevaba Brianda en el bolso con una pizca de sal gruesa de mar, una ramita de romero, un pedacito de canela y un pétalo de rosa roja. Después, había agregado el cabello que le había arrancado cuando la dejó en su casa. Era un hechizo de buena suerte que esperaba que protegiera su cuerpo y su alma. Les había pedido a todos los dioses de la bondad y del firmamento que no la abandonaran, que el mal no la trastornase.

Porque, o ella había perdido todas y cada una de sus facultades intuitivas, o aquella joven de Casa Anels tenía un largo y tortuoso camino por delante.

6.

A Brianda le costó unos segundos acostumbrar su vista a la oscuridad de la húmeda iglesia. Escuchó el murmullo monótono de las voces de los feligreses que esperaban a que el sacerdote saliera de la sacristía y empezara la misa de seis. Delante de ella, Isolina se detuvo, buscando con la mirada un banco donde sentarse. En el más próximo a la puerta había sitio libre. El murmullo cesó mientras se dirigían a él y la señora a cuyo lado se situó Colau se deslizó furtivamente al banco delantero.

Brianda se sintió incómoda. Con descaro, algunos giraban la cabeza para observarla y luego cuchicheaban entre sí. Se arrepintió de haber accedido a acompañar a sus tíos esa tarde. Ella no era religiosa, pero le había parecido de mala educación quedarse en casa cuando sabía que en una ocasión tan señalada en el calendario católico como el día de Todos los Santos la misa se convertía, en un lugar como Tiles, en un acto social. De hecho, había oído a Isolina decirle a Colau en un tono que no aceptaba réplica que al menos ese día y el de Navidad no podía faltar ni él. En ningún momento se hubiera imaginado que solo por poner los pies dentro del edificio ya tuviera ganas de salir corriendo. Seguro que todos se extrañaban, como Neli, de su presencia en un lugar como Casa Anels. Buscó con disimulo la rojiza melena de la joven, pero no la localizó.

Miró el reloj. Todavía faltaban quince minutos para que comenzara la celebración. No entendía por qué habían tenido que ir tan pronto. Una mujer subió al altar y comenzó a rezar el rosario. Las voces se aunaron ahora en un quedo e intermitente rumor que adquiría una especial proyección bajo la bóveda de la nave central y las capillas laterales, ocupadas por las imágenes de santos y vírgenes con miradas perdidas hacia las alturas. La mujer pronunciaba un nombre y la congregación respondía, pero, en lugar de relajarla, la repetición del *ora pro nobis* retumbaba en su pecho agobiándola.

Deslizó la mirada por la pequeña capilla que había a su derecha y un objeto llamó su atención.

Sobre la fría losa de piedra de un estrecho altar había una virgen de unos tres palmos de altura tallada en madera con restos de carcoma que sostenía a un niño de pelo rizado al que le faltaba un brazo. Se fijó en la perfección de los pliegues de su ropa y en la ausencia de expresión de su rostro. De una fina tira de cuero enrollada alrededor de su cuello pendía una simpática y diminuta llave clásica. La talla en conjunto era una pieza preciosa cuyos restos de policromía indicaban que era muy antigua.

Isolina acercó el rostro a su sobrina.

—Tendrías que haber visto cómo estaba hace unos años —susurró—. Si no llega a ser por

Neli, ahora sería polvo, por la carcoma.

—Es preciosa —dijo Brianda, admirando para sus adentros la profesionalidad de Neli—. ¿Y siempre ha estado aquí?

—La encontró Jonás buscando piedras viejas para terminar una ventana de su casa entre las ruinas de la antigua iglesia, la que vimos al lado del cementerio. Las piedras habían formado una cueva sobre ella, como para protegerla. No me digas que no parece un milagro... No se sabe cuándo fue derruida la iglesia, o si se quemó, lo más probable; sería antes de hacer esta nueva, que es de principios del XVII. El caso es que allí estaba la pobre, con su llavecita colgando del cuello.

—¿Se sabe de qué siglo es?

—Más o menos del XVI.

Brianda hizo un gesto de asombro. ¿Cuántas personas habían desfilado ante ella desde que alguien la tallara con tanta delicadeza y pericia? ¿Cuántas palabras se habrían pronunciado en su presencia? Seguro que decenas de cambios se habían producido en la historia de ese lugar ante su mirada vacía. Agachó la cabeza en un gesto que podría parecer de recogimiento, pero que en realidad intentaba ocultar las lágrimas que llenaban sus ojos. Otra vez. Odiaba esa sensibilidad permanente a flor de piel. No quedaba ningún rincón donde pudiera estar relajada emocionalmente, donde ningún detalle desatase una asociación estrambótica de ideas que la dejaban exhausta.

—Hace un tiempo quisieron llevársela a un museo —añadió Isolina—, y nos pusimos en pie de guerra. No creo que nadie se atreva a dejar a los de Tiles sin su virgen. Otra cosa igual no, pero tenemos *mucho* carácter, el cual, por cierto, es hereditario...

Alguien chistó pidiendo silencio.

Brianda captó la indirecta de su tía. Sonrió agradecida y se propuso un objetivo: intentaría con todas sus fuerzas salir de ese agujero emocional en el que había caído. Aprendería a controlar su miedo; se apuntaría a clases de yoga, tai-chi, meditación o lo que hiciera falta con tal de dejar las pastillas; y se forzaría a salir más de casa, a socializar más...

Entonces, las mujeres sentadas en los primeros asientos anunciaron el comienzo de la misa con un canto en tono agudo:

—Yo también quiero resucitar; ser feliz, toda la eternidad; y vivir, con los que tanto amé, una paz que no terminará...

El sacerdote, un hombre alto de unos cuarenta años y acento suramericano, explicó en el sermón que la fiesta de Todos los Santos era un día importante de alegría, esperanza y agradecimiento porque celebraba la gloria inefable y perpetua de la que gozaban los santos en el Cielo a la vez que hacía desear a las personas ir un día a compartirla. Instaba a los creyentes a que, por medio de sus oraciones, pidieran a todos los santos que los defendieran, los protegieran e intercedieran por ellos.

Brianda se concentró en la impecable oratoria del sacerdote. Su descripción del Edén eterno —ilustrada con una cita de san Agustín que admitía que cambiaría todas las riquezas y delicias

de un millón de años por una hora en ese paraíso sin pena ni sufrimientos, ni cansancio, ni problemas— fue tan visual que ella deseó que realmente pudiera existir un lugar así.

—Para llegar ahí —decía—, tenemos que luchar como ellos, resistir nuestras pasiones y tentaciones, soportar nuestras pruebas, con fe, paciencia, renuncia y amor. La pena es momentánea; la alegría que sigue no terminará nunca.

Esta última frase le gustó a Brianda especialmente. Ella quería que su pena desapareciese con la misma rapidez con la que había surgido en su alma y que ocupase su lugar aquella alegría que había perfilado su carácter hasta hacía unos meses para compartirla con Esteban.

De nuevo, el sacerdote preguntó en voz alta y clara:

—Cuando estemos en la hora de la muerte, ¿cuáles serán nuestros sentimientos? ¿Habremos sido flojos, débiles, tibios, negligentes o combativos para merecer el Cielo, para gozar del Paraíso toda la eternidad? —Hizo una pausa para que los presentes pudieran analizarse interiormente y concluyó—: ¿Nos sentiremos satisfechos o reconoceremos que hubiésemos querido haber vivido de otro modo?

Brianda frunció el ceño. Se preguntó si ella se sentía satisfecha con su vida, o si querría vivir de otro modo. El silencio que siguió le hizo preguntarse también cuántos de los allí presentes les estarían dando las mismas vueltas que ella a las palabras finales de la homilía. Los más ancianos, ¿se sentirían satisfechos de sus vidas ahora que se aproximaba su momento final? Isolina y Colau, ¿se sentían a gusto con sus diferentes existencias?

Continuó con sus elucubraciones mientras la ceremonia procedía con la celebración de la eucaristía. Cuando el sacerdote tomó el cáliz entre sus manos, Brianda no pudo evitar recuperar la imagen del peculiar altar de la habitación de Neli y se preguntó qué estaría haciendo en ese momento.

El movimiento de personas al dejar sus asientos le indicó que comenzaba el rito de la comunión. Las mujeres de las dos primeras filas acompañaron el acercamiento de los fieles para recibir el pan y el vino con un canto en un tono alto:

—Yo quiero ser, Señor, amado, como el barro del alfarero. Toma mi vida, hazla de nuevo, yo quiero ser un vaso nuevo...

Entonces, le vinieron a la mente las palabras de la echadora de cartas, aquella tarde con Silvia y Ricardo. Le había dicho que emprendería un viaje y que necesitaba un cambio. No comprendía cómo lo había sabido, pero tenía que ser mera casualidad. Cerró los ojos y dejó que las palabras del canto resonaran en su interior. Empezar de cero. Un vaso nuevo. Una vida nueva...

De repente, la invadió una extraña y desagradable sensación de irrealidad. El altar, las paredes, las capillas, las personas y el sacerdote comenzaron a desdibujarse, como si alguien estuviera frotando sobre ellos un algodón empapado en trementina. Oía voces, pero no comprendía el significado de las palabras. No era capaz de explicarse por qué percibía que se distanciaba de sí misma, por qué sentía tan vagamente que era ella, una tal Brianda, esa joven demacrada vestida de manera extraña y con el cabello largo a la que alguien señalaba con el dedo desde el altar y le gritaba.

No sabía por qué le gritaba.

Ella no había hecho nada.

Decenas de rostros inexpresivos pero a la vez hostiles comenzaron a girarse hacia ella. Apretó sus manos con fuerza. Tenía que hacer verdaderos esfuerzos para no romper a llorar abiertamente delante de todos. De manera súbita, sintió un intenso miedo, agudizado por el convencimiento de que se iba a morir en ese mismo instante y una necesidad imperiosa de alejarse de allí. Tenía que salir, correr, huir...

¡Pero ella no había hecho nada!

Alguien la sujetó con fuerza y se puso tensa. Su inmediata reacción fue volverse en actitud defensiva.

—Brianda, hija... —escuchó que decía Isolina.

Brianda se sintió aturdida. La gente regresaba tranquilamente de recibir la comunión y nadie la miraba de manera extraña. Había tenido una visión, o una alucinación... Razonó que podrían ser efectos secundarios de los tranquilizantes. Instintivamente se llevó una mano a la nuca, como si quisiera comprobar que su melena no era una larga mata de pelo hasta la cintura. Reconoció que era un gesto absurdo.

Sintió las manos húmedas y temió que la avisaran de un nuevo ataque de ansiedad. Necesitaba unos momentos de soledad para recuperarse de la extraña vivencia de los minutos anteriores. Se levantó y salió.

Sin saber qué hacer o adónde ir, recorrió el perímetro de la iglesia. La bruma que había cubierto el monte Beles todo el día comenzaba a disolverse con la llegada de la noche, extendiéndose primero como el líquido derramado de un vaso caído y convirtiéndose luego en humo antes de desaparecer. Permanecían, sin embargo, la quietud, el silencio y el frío que se habían apoderado del paisaje, como si reconocieran los días dedicados a los difuntos. La tierra rezumaba humedad.

Una voz suave llegó hasta ella. Aguzó el oído y distinguió que procedía del patio trasero de la casa junto a la iglesia. Reconocía haberlo visto antes desde una ventana mientras tomaba una infusión de frutos rojos.

Era la casa de Neli.

Después de su último encuentro no tenía muy claro si le apetecía encontrarse con ella, pero la voz que oía no formaba parte de ninguna conversación. Era un bisbiseo uniforme, insistente, hipnótico. Recordó entonces lo que había descubierto en su casa y sintió un cosquilleo de curiosidad por saber qué estaría haciendo en ese momento. Avanzó con sigilo unos pasos procurando que el crujir de la gravilla bajo sus pies no delatara su presencia y se apostó tras el robusto tronco de un enorme nogal de ramas retorcidas y hojas temblorosas, confiando en que también las sombras del anochecer la ocultaran. Hasta ella llegaba un intenso olor a incienso, pino y canela. Se asomó y vio a Neli, envuelta en un chal oscuro y con el largo cabello suelto, trazando en el suelo un círculo alrededor de una mesita con el cuchillo de mango negro que ella había llamado *athame*. Estaba tan cerca que temió que su nerviosa respiración la delatara.

La mesita cubierta por una tela oscura le recordó al altar que Neli tenía en su dormitorio. Vio manzanas, granadas, frutos secos y crisantemos. El humo de una vela violeta bailaba sobre un pequeño caldero en el que ardía un débil fuego. Neli se sentó frente a él en posición de meditación. Permaneció con los ojos cerrados varios minutos. La débil luz de las velas y el fuego

producían un efecto fantasmagórico sobre su rostro. Después, cogió unos papeles y los quemó en el caldero murmurando unas frases que Brianda no pudo comprender. Tras un nuevo silencio, tomó una pequeña varita de madera, elevó las manos a ambos lados de su cuerpo, miró al cielo y habló en voz alta y clara:

—En esta noche de Samhain, celebro la memoria de mis ancestros y de aquellos que me precedieron en esta senda. Señor de los bosques, honro tu memoria y aguardo tu retorno desde el vientre de la Diosa. Señora de la Luna Menguante, guía mis pasos en lo más oscuro, protégeme y muéstrame que así como de la noche nace la Luz, el ciclo eterno renace, eterno, por siempre.

Brianda abrió los ojos estupefacta. O mucho se equivocaba, o estaba asistiendo a algún ritual de magia. Era imposible que esa palabra, *wiccana*, pudiera referirse a otra cosa. Neli era una... ¡hechicera! Le costaba incluso pensar la palabra. Sabía que había gente rara en el mundo, pero aquello le extrañaba todavía más porque Neli parecía una joven agradable y absolutamente normal. No obstante, aunque reconocía que las connotaciones que surgían en su mente al pensar en ciencias ocultas eran negativas, el sencillo ritual que estaba presenciando secretamente le parecía sugestivo y magnético. No podía apartar la vista de la expresión plácida y dulce de Neli. No quería que callase.

Neli partió un trozo de manzana y otro de granada y dijo:

—Ofrezco esta comida en honor de mis ancestros. Su memoria perdura y sus enseñanzas viven en mí. Benditos fueron en su existencia y benditos son en las Tierras del Eterno Verano. Abandonaron este plano por otro mejor. Lo físico no es nuestra única realidad y las almas no mueren.

De pronto, Neli se llevó una mano al pecho y se encogió como si hubiera recibido una puñalada. Su respiración se agitó como si tuviera problemas para respirar y profirió unos lamentos que le llegaron a Brianda al alma. Dudó si acercarse a ayudarla, pero no se atrevió. Neli comenzó a sacudir la cabeza de un lado a otro, como si algún espíritu maligno quisiera apoderarse de su cuerpo. Entonces se detuvo en seco, abrió los ojos, miró a su alrededor con expresión confundida y finalmente focalizó su atención en un punto del nogal que crecía junto a la parte trasera de la iglesia.

Brianda no tuvo tiempo de esconderse. Se quedó paralizada, sin respiración, con la profunda e incisiva mirada de Neli clavada en la suya. Las hojas del nogal dejaron de moverse. El tiempo se detuvo.

Neli no mostró asombro, enfado ni vergüenza. Por el contrario, en sus ojos había serenidad y certeza. Esbozó una sonrisa, cerró los ojos, hizo un leve gesto de asentimiento y, cruzando las manos sobre su vientre, retornó a una plácida posición de recogimiento.

Brianda se alejó de allí a toda prisa, avergonzada porque Neli la hubiera descubierto espiando, nerviosa por lo que había visto y alterada por la reacción de la otra. Había sentido la intensidad de su mirada recorriendo su interior, su mente y su corazón; y pensar en ello, evocar esa sensación aunque solo fuera por un segundo, le producía un terrible miedo.

Se detuvo al doblar la esquina de la iglesia y se apoyó contra la pared gris y mojada para recuperar el aliento y la tranquilidad.

—¿Estás bien? —preguntó una voz seca.

Brianda dio un respingo. Colau estaba tan cerca de ella que echó un paso atrás, atemorizada por el gesto contrariado que acentuaba sus grandes y rígidas facciones.

—Tu tía me ha enviado a buscarte —dijo Colau—. Temía que te encontraras mal otra vez.

Ella creyó distinguir en ese «otra vez» un ligero tinte mordaz.

—Estoy bien. Solo necesitaba un poco de aire. Me agobian los sitios cerrados llenos de gente. —Pensó que esa sería una explicación plausible.

Colau escudriñó su rostro y frunció el ceño, pero no dijo nada. Se dio la vuelta y se dirigió a la iglesia con su andar pesado.

Brianda lo siguió mientras una insistente vocecita aguda comenzaba a repetirle en su interior los versos pegadizos de una estrofa una y otra vez.

Ella también quería ser feliz, decía la voz, tan familiar que podría ser la suya. Toda la eternidad.

La mayoría de la gente se había marchado ya, algo que agradeció Brianda para no verse obligada a saludar en medio del frío y la oscuridad frente a la que la pequeña bombilla del pórtico de la entrada de la iglesia poco podía hacer.

—Aquí estás. —Isolina la recibió con una sonrisa de alivio.

Brianda repitió la explicación que le había dado a Colau.

Una mujer de pelo corto teñido de rubio a la que reconoció como la que se había ofrecido a ir a buscar a Neli el día anterior se acercó a su tía y la animó a que se pasaran por el bar a tomar algo. Isolina miró a su marido, que esperaba unos pasos más allá.

—No sé si Colau querrá —murmuró.

—Podemos llevarlo a casa y volver —sugirió rápidamente Brianda.

Le apetecía librarse aunque solo fuera por un rato de todo aquello que la asfixiaba. Todavía faltaba un rato para la hora de cenar. La velada en la casa rodeada de noche le resultaría demasiado larga; los silencios de Colau, incómodos; los gruñidos de Luzer, desquiciantes.

Isolina la miró de una manera extraña, pero asintió.

Después de dejar a Colau en casa, se dirigieron al bar en el coche de Brianda.

—A Colau le cansan el ruido y las voces —dijo Isolina.

—¿Hay algo que no le canse? —soltó Brianda sin pensar. Después de varios días, ya tenía claro que ese hombre había nacido para vivir solo, pero le irritaba la manera en que su tía lo defendía o excusaba, empleando un tono incluso cariñoso. Sin embargo, lamentó la poca delicadeza que acababa de tener—: Lo siento. Ya sé que es un hombre solitario, pero...

—Te extraña que yo lo soporte... —Isolina terminó la frase por ella. Dejó que su mirada vagara por los campos oscuros. Luego, se arregló un mechón con un gesto nervioso y se giró—. No ha sido siempre así. Tampoco tuvo la culpa de nacer en un lugar odiado por todos...

—¿Te refieres a Casa Cuyls? —Brianda no quiso revelar que algo había escuchado en boca de Neli—. ¿Por qué?

—No lo sé, ni me importa. Los pueblos tienen estas cosas. Algo debió pasar en algún momento que marcó a los suyos para siempre. Supongo que los nuevos herederos de las casas

recibían las tierras junto con la advertencia de guardarse de los de Cuyls.

—¿Tus padres no te contaron nada?

Isolina negó con la cabeza.

—Se limitaron a rechazarlo. Pero estaban equivocados. Conmigo siempre ha sido bueno.

Brianda detuvo una mueca sarcástica. Las explicaciones de Isolina no conseguían cambiar la percepción que ella tenía de Colau.

—Me advirtieron de que me pasaría como a las otras generaciones de Casa Cuyls que recordaban los más viejos —continuó Isolina—. Tenían varios hijos, pero solo sobrevivía el primer varón. Pasó lo mismo con la familia de Colau, pero como ves, con nosotros no ha sucedido nada de eso. Por tonterías siempre lo han rechazado.

—Has dicho que Colau no ha sido siempre así. ¿Cómo era?

Por el rabillo del ojo, percibió que Isolina esbozaba una triste sonrisa.

—De niño me perseguía por esos prados. Recuerdo nuestras risas cuando me cogía y me hacía cosquillas. Esa cabeza no paraba de idear planes. Era muy alegre. Cuando tenía unos diez años murió su hermana mayor. Un par de años después fallecieron los gemelos, tres años más jóvenes que él. Su madre volvió a quedarse embarazada y tuvo un quinto hijo, varón, que falleció a los pocos meses. Con cada muerte en su familia, Colau se iba volviendo más taciturno. Empezó a odiar la casa y lo que significaba para él: un enorme ataúd de piedras. Estudió para no tener que trabajar en la tierra y no se fue de aquí porque yo se lo pedí. Poco a poco fue recuperando parte de su vitalidad, hasta que este verano cambió... —Se detuvo de golpe—. Pero ¿por qué te cuento estas cosas? Menos mal que ya hemos llegado.

Brianda aparcó en un pequeño aparcamiento junto a la gasolinera. Mientras recogía su bolso y se arreglaba el fular, pensó que las explicaciones de su tía justificaban el difícil carácter de Colau, pero ella presentía que había algo más. Por mucho que hubiera sufrido y que no agradara a los demás, ella pertenecía a la familia, no era un enemigo, y sin embargo, sentía que él la trataba con demasiada frialdad y hostilidad, como si desconfiara de ella. Le extrañaba que Isolina no se percatara de cómo la observaba y analizaba, de cómo murmuraba cuando estaba cerca de ella. Aunque tal vez solo fueran imaginaciones suyas.

El único bar de Tiles era un local desangelado y frío cuya decoración no se había actualizado en décadas. Brianda no recordaba ningún lugar de su entorno en el que aún existiera ese pavimento de trozos de mármol amarillento aglomerados con cemento al que le faltaba más de un pulido. Una larga barra de madera de color castaño con azulejos decorativos se extendía desde la entrada hasta el fondo; y una docena de mesas cuadradas ocupaban todo el campo visual, acompañadas de sillas con asiento de anea. El sonido de la música compartía espacio con los tintineos de una *pinball* y una máquina de azar, la televisión y las voces de los jugadores de cartas.

Nada más entrar, Brianda volvió a enfrentarse a la desagradable sensación de que rostros desconocidos la escudriñaran. Se preguntó si habría sido buena idea acudir allí. Además, no había pensado en la posibilidad de encontrarse con Neli. Un rápido vistazo le confirmó que la joven pelirroja no estaba y sintió alivio.

Desde el fondo, la mujer de pelo corto que las había invitado al salir de la iglesia llamó la atención de Isolina para que acudieran a su lado, junto a un grupo de mujeres. Isolina se la presentó como Petra y, por cómo hablaba y sonreía, a Brianda le pareció que era amiga de su tía. Llevaba un jersey de cuello vuelto con varias cadenas y medallitas de oro con las que sus manos de recios dedos jugaban sin parar.

La dueña del bar, una delgada mujer de aspecto descuidado llamada Berta, se acercó y ambas pidieron una tónica. Luego regresó y se sentó con ellas. Brianda decidió relajarse un poco observando a las otras personas del grupo y del local. La distribución le pareció simple. Los hombres jugaban a las cartas mientras las mujeres hablaban de sus cosas.

—Ya solo falta Neli para que estemos todos hoy —dijo Berta.

—No tardará —aseguró Petra—. Hoy tiene a los suegros para hacerse cargo de los niños. —Alzó la vista y sonrió—. ¿Qué os decía? Ahí está.

Brianda se encogió en su silla. Se preguntó cómo podría tratar con ella con normalidad después de lo de esa tarde. Confiaba en que el hecho de que hubiera más personas a su alrededor la ayudara a no tener que conversar directamente con ella.

Para su intranquilidad, Neli se sentó justo a su lado.

—Buenas tardes a todas —dijo—. ¿Cómo estás, Brianda?

—Bien, gracias —murmuró ella.

Neli se integró cómodamente en la conversación. Actuaba con absoluta normalidad, pero Brianda se sentía un poco tensa. Hasta esa tarde hubiera jurado que no tenía prejuicios, que se consideraba una persona abierta a las novedades y a lo diferente, pero ya no estaba tan segura. Rechazaba a Neli por haberla descubierto actuando como una hechicera, en una escena irracional, pero de no ser por eso, seguiría siendo la misma joven que tan bien le había caído al principio. En realidad, poco sabía de ella, así que probablemente la hubiera juzgado con demasiada antelación.

En un momento en que las otras mujeres se dedicaron a dar consejos a una joven rumana llamada Mihaela sobre la vida en Tiles, Neli le preguntó:

—Esta tarde, ¿venías a verme por algo?

—He acompañado a mis tíos a misa —respondió Brianda helada por la pregunta directa de Neli—. Luego me ha apetecido dar una vuelta por los alrededores de la iglesia.

—Supongo que te habrá extrañado lo que has visto...

—Un poco sí, la verdad.

—Ayer te dije que era una *wiccana* y...

Brianda la interrumpió:

—Sí, y me dijiste que no sabías si yo estaba preparada todavía para que me lo explicases. ¿Lo estoy ahora?

—Me hubiera gustado que hubiera sido de otra manera, pero supongo que habrás deducido que soy una bruja.

Brianda parpadeó perpleja. En pleno siglo XXI, en la era posmoderna, en el mundo de la electrónica y de la tecnología de la información, Neli se consideraba una bruja. Una cosa era que las televisiones estuvieran plagadas de adivinos y echadoras de cartas de aspecto peculiar, la

mayoría de las veces ridículo; o que apareciesen videntes, espiritistas y ocultistas que pretendiesen contactar con el más allá y con el mundo de los muertos; o que existieran pitonisas que se ganasen unos euros inventándose el futuro como la de aquel día con su amiga Silvia. Y otra cosa era que una joven aparentemente normal y corriente como Neli, con su trabajo, su marido y sus hijos, se dedicase a esas hechicerías. Recordó el ritual que había presenciado y sintió un escalofrío. Se preguntó si educaría a sus hijos en esa doctrina, o lo que fuera. Primero la maldición sobre la casa de su tío, y ahora esto. Tenía que alejarse de ese lugar de locos.

—En otra época te hubieran quemado por decir eso —bromeó, sin saber muy bien cómo continuar la conversación.

—Lo sé. Ahora ya no pasa, afortunadamente.

—¿No me dijiste que trabajabas en la iglesia? ¿Cómo puedes pisarla sin comenzar a arder? —El tono de Brianda adquirió un matiz impertinente por tener que verbalizar lo que a ella le parecía incuestionable. Su concepto de Neli no mejoraba. Y pensar que había sopesado la posibilidad de abrirle su corazón...—. Las brujas no existen.

—Las viejas con verrugas y nariz ganchuda que viajan en escoba no. Pero las brujas existen... Existimos. Hay miles en el mundo. Yo soy una bruja *wicca*.

—¿Y echas las cartas y todo eso?

Neli rio, pero enseguida adoptó una expresión grave.

—Yo no. Esto es mucho más serio. Practico una religión neopagana que es oficial en algunos lugares. Mira, ya me imagino que esto te parecerá muy extraño. De hecho, casi nadie lo sabe y yo no te lo habría dicho si no me hubieras descubierto. Así que te pido que no vayas contando por ahí... —se inclinó hacia adelante, abrió los ojos y fingió una voz gutural, un tanto irónica— que pretendo iniciarte en un conventículo a la luz de la luna...

Unas voces interrumpieron la conversación. Provenían de la mesa donde jugaba Jonás.

—¡Joder, Bernardo!, ¿no has visto que te marcaba con el caballo? —protestó un joven rubio de rostro curtido—.¡Pues sal con un as, hombre! ¡La partida era nuestra!

—¿Y de dónde querías que sacara el as si no tenía más que miseria, Zacarías? —se defendió el otro.

Brianda temió que aquello desembocara en discusión, pero la tranquila actitud de Petra, cuyo marido era el tal Bernardo, y las risas de Neli e Isolina la convencieron de que no había por qué preocuparse.

Con el revuelo sobre el final de la partida de cartas, nadie se percató de que un hombre entraba en el bar, se apostaba en la barra y pedía algo de beber. Cuando las aguas volvieron a su cauce, Berta susurró en tono confidencial:

—¿Habéis visto quién ha venido?

Automáticamente, unas dirigieron la vista hacia la entrada y otras giraron la cabeza de una manera tan descarada que Brianda la tildó mentalmente de maleducada. Ella desde luego esperaría un rato para satisfacer su curiosidad.

Los cuchicheos se extendieron por toda la mesa.

—Hacía semanas que no lo veíamos por aquí —comentó Berta.

—En la mansión tiene mucha faena —dijo Petra.

Brianda dio un respingo. ¿La mansión? Tuvo que controlarse para no girarse de golpe. Ahora sí que le picaba la curiosidad.

—¿Es de Tiles? —preguntó Mihaela con su fuerte acento.

—No —respondió Petra—. Llegó hace unos meses y por lo visto lleva idea de quedarse. Es italiano. Mi marido me ha dicho que es poco hablador. Viene, le pide lo que necesita y ya está. Eso sí, es buen pagador.

—Bernardo es carpintero —explicó Isolina a su sobrina—.Un artista de la madera.

Petra sonrió complacida.

—En este caso tiene que serlo, porque le pide cosas muy especiales.

—¿Como qué? —quiso saber Neli.

—Cosas que a ti te gustarían, Neli, porque son réplicas de antigüedades o arreglos de puertas antiguas... ¡Qué sé yo lo que se está gastando en ese lugar!

Brianda se giró disimuladamente, pero varios hombres le tapaban la visión del desconocido.

—Yo sería incapaz de vivir allí —dijo Berta—, en los bosques de Lubich...

—Yo también —reconoció Isolina—. No sé qué tiene ese lugar, pero a nadie de aquí le gusta ir. Creo que mucha culpa la tienen nuestros padres. —Se dirigió a Brianda—. No sé si te ha contado alguna vez tu madre que cuando éramos pequeñas, los mayores bajaban la voz cuando hablaban de esa zona. Mi madre, tu abuela, decía que tenía algo que ver con el dichoso monte Beles y sus historias.

—¿Qué historias? —preguntó Brianda. Su intriga iba en aumento, aunque era imposible que nada la sorprendiera ya ese día—. No recuerdo que comentara nada.

Berta se inclinó hacia delante:

—En mi casa decían que el monte Beles era uno de los lugares favoritos de reunión de las brujas.

Instintivamente, Brianda dirigió la vista hacia Neli y sus miradas se cruzaron. Esta se sonrojó.

—En mi casa también lo decían —dijo Petra—, pero eso son tonterías. Creencias de antes.

—Pues yo recuerdo —comenzó Isolina— que mi abuela contaba que cuando subía a buscar hierbas a los campos al oeste de Beles a veces se encontraba ropas sobre las rocas...

—¿Mi bisabuela iba en busca de hierbas? —interrumpió Brianda—. No tenía ni idea...

Isolina continuó:

—Por lo visto conocía muchas. Empleaba sobre todo genciana para la tensión, bueno, para rebajar la sangre, como decía ella.

—¿Y de quién era la ropa? —preguntó Mihaela.

—Ella creía que de las brujas y los amigos del diablo. Como era muy creyente, decía que colocaba un crucifijo encima de las ropas, se iba a buscar sus hierbas y cuando volvía, ahí seguía el crucifijo sobre las piedras, pero las ropas habían desaparecido.

Nuevas voces indicaron que otra intensa partida acababa de finalizar. Entonces, sin disimulo alguno, Brianda se giró por fin en busca de la figura del hombre misterioso.

Estaba de espaldas, con un brazo apoyado en la barra. Parecía joven, más de lo que se había imaginado. Alto. Fuerte. Deslizó su mirada desde las botas de suela gruesa por sus tejanos

desgastados hasta su amplia espalda, cubierta por una camisa roja de cuadros estilo leñador. Su cabello era oscuro; más que oscuro, completamente negro, de un negro brillante. Seguro que incluso despedía reflejos azulados. El cabello le cubría la nuca y parte del cuello y un inquietante mechón cubría su perfil.

Alguien le palmeó el brazo, pero ella no quería apartar la mirada de ese hombre. Solo quería que se diera la vuelta y ver su rostro. Su tía la llamó:

—Brianda, ¿qué miras tan fijamente?

«Maldita sea», pensó, mientras se giraba de nuevo hacia las mujeres.

—Es que me he quedado sorprendida por vuestras historias de brujas —improvisó—. ¿Tú sabías esto cuando te viniste a vivir aquí, Neli? —Al momento se arrepintió de sus palabras. No había previsto las implicaciones de la pregunta dirigida a Neli, precisamente a la *bruja* Neli—. Quiero decir...

Neli, amablemente, la sacó de su propio apuro:

—La verdad es que no, pero esto convierte Tiles en un lugar todavía más fascinante.

—¿Os apetece tomar algo más? —preguntó Brianda poniéndose en pie. Necesitaba una ocasión para acercarse a la barra y descubrir el rostro de ese hombre.

—Deja, ya voy yo —se ofreció Berta, haciendo ademán de ponerse también de pie.

—No hace falta. —Brianda la detuvo—. De paso voy al baño.

Solo Neli quiso una cerveza. Brianda fue directa al aseo, abrió el grifo y se mojó las muñecas. De pronto, se sentía nerviosa y excitada, como una adolescente a la que el chico de sus sueños le hubiera dirigido la palabra. Era una sensación muy diferente a la que precedía a la ansiedad: esta vez sí quería que el futuro inmediato sucediese. Respiró hondo y salió.

Se dirigió hacia la zona de la barra donde seguía el hombre, todavía de perfil, conversando con el dueño del bar. Pidió una cerveza y una tónica. Percibió un leve movimiento, una mano elevándose en el aire para acomodar un mechón de cabello tras la oreja. Ahora él se giraría y ella haría lo mismo. Le lanzaría la típica sonrisa cortés que haría alguien que espera a que un camarero le sirva su bebida. Así de sencillo. Calculó los segundos. El rostro comenzaba a girarse...

Ya.

Fue incapaz de esbozar la sonrisa.

La información que su cerebro pudo procesar no tenía nada que ver con la descripción de las facciones del hombre, sino con imágenes sueltas de un sueño en el que un hombre yacía en el lecho de un río, de una pesadilla con una confusa banda sonora:

Yo te conozco, te he visto antes...

Y unos ojos que me miran y me queman.

7.

Brianda sintió una punzada de dolor en el pecho. Cogió las bebidas y regresó rápidamente a la mesa. Las mejillas le ardían, el corazón le latía con una energía desconocida y las manos le temblaban. Primero, la inscripción en latín; luego, la visión en la iglesia; y ahora, *ese* hombre al que había estado a punto de llamar por su nombre, como si lo conociera de toda la vida.

Corso.

Apostaría todo lo que tenía a que se llamaba así: Corso.

La infrecuente palabra había brotado en algún lugar de su mente para apropiarse de todo su pensamiento, como si siempre hubiera estado escondida y ahora reclamara su espacio. Pero no lo conocía de nada, de eso estaba segura. Jamás hubiera olvidado un rostro así.

—¿Estás cansada? —preguntó Isolina al ver su expresión—. ¿Quieres que nos vayamos?

Brianda se encogió de hombros mientras balbucía una débil negativa. Realmente no sabía qué hacer. Por un lado, deseaba salir corriendo de la cercanía de esa presencia que sentía observándola desde el otro extremo del local. Por otro, su corazón era presa de una necesidad inexplicable de quedarse donde estaba.

—¿No te apetece quedarte? —preguntó Neli—. Podemos cenar algo...

—Por mí no dudes —añadió Isolina para facilitarle la decisión—. Seguro que agradeces la compañía de gente de tu edad. Petra y Bernardo pueden llevarme.

Las dudas de Brianda no tenían tanto que ver con la consideración hacia su tía como con la inquietud y curiosidad que sentía hacia el desconocido. Finalmente aceptó quedarse.

Los mayores fueron abandonando el local. A la mesa se sumaron Jonás y el joven de las cartas, Zacarías. Cada poco rato, Brianda se descubría a sí misma aprovechando la ocasión para girarse levemente y mirar de reojo hacia la entrada. El hombre seguía allí. A veces conversaba con el dueño; otras con algún que otro vecino. Pero la mayor parte del tiempo alternaba los sorbos de su bebida con miradas hacia la mesa de Brianda. Ella percibía que era así. La miraba. Por un momento se sintió tentada de levantarse y entablar una conversación con él, pero se arrepintió al segundo. No sabría qué decirle. Y tampoco quería que pensase que intentaba flirtear con él.

—No sé si pedirle que se siente con nosotros... —dijo Jonás.

Brianda se puso tensa. Estaba claro a quién se refería.

—Cuando viene siempre hace lo mismo —comentó Berta—. Se queda cerca de la puerta, toma algo, comenta alguna cosa con mi marido y se va.

Zacarías interrumpió momentáneamente su conversación con Mihaela para intervenir:

—Mi padre le está haciendo toda la albañilería. Dice que es muy trabajador, pero mal conversador. —Se dirigió a Jonás—. Tú también trabajas con él. ¿Qué te parece?

—A mí no me cae mal —dio Jonás—. Simplemente es solitario.

—Antes habéis comentado que era italiano... —comenzó a decir Brianda.

—Pero por lo visto habla muy bien castellano —la interrumpió Zacarías—. Mi padre dice que es poco sociable porque se avergüenza de su rostro. ¿Lo habéis visto de cerca?

Brianda sintió un escalofrío. Ella lo acababa de ver. Cerró los ojos y visualizó su propia mano deslizándose por la profunda cicatriz que surcaba la mejilla de ese hombre, desde el ojo derecho hasta la barbilla, como si un río de lágrimas de lava hubiera abierto un surco en su carne.

—La verdad es que impone bastante... —reconoció Neli—. Y encima es nuevo aquí. Alguna vez hemos comentado con Jonás que podríamos ser un poco más amables con él...

—Pero a mí no me gusta mezclar el trabajo con las copas —añadió Jonás—. Al fin y al cabo, ahora es mi jefe. Quizás más adelante...

—Pues sí, tendrá que ser otro día... —anunció Zacarías— porque se acaba de marchar.

Brianda se giró como movida por un resorte para comprobar que era cierto. «Maldita sea», pensó. Se preguntó cuándo volvería a verlo. Tiles no era muy grande, así que existían probabilidades de que fuera pronto, pero el tiempo jugaba en su contra. Había viajado al campo para disfrutar de unos días de descanso y ya había transcurrido una semana. Pronto tendría que regresar a Madrid. Como mucho podía alargar su estancia hasta el siguiente fin de semana y confiar en que él acudiera otra vez al bar. Una punzada de alarma se clavó en su pecho. ¿Y si no lo hacía? ¿Y si no se movía de su misteriosa casa?

No se reconocía. Lo acababa de conocer y ya estaba ansiosa por verlo de nuevo. Se frotó la frente, presa de una angustia nueva. Temió estar más enferma de lo que creía. Todas esas cosas raras que sucedían a su alrededor, dentro y fuera de ella... Tal vez nunca debería haber subido a Tiles.

Cada vez estaba peor.

Algo no funcionaba bien en su cabeza.

Brianda regresó a Casa Anels. A los pocos metros ya se había arrepentido de no haberse marchado antes con Isolina. Reinaba la más absoluta oscuridad, solo interrumpida por los haces de luz de los faros delanteros. Más allá de ellos y a ambos lados, nada. La noche era tan negra que le transmitía una desasosegante sensación de sobrecogimiento.

Cuando tomó el desvío hacia la parte alta del valle, apretó el acelerador para terminar cuanto antes con la distancia que la separaba de la seguridad de su casa. Para su sorpresa, el pedal llegó hasta el fondo con demasiada facilidad sin que el vehículo aumentara la velocidad. Por el contrario, emitió unos espasmos que indicaban que el motor se estaba ahogando; anduvo a trompicones unos metros más y se detuvo.

Brianda maldijo en voz alta mientras golpeaba el volante repetidamente con ambas manos. Probó con el contacto, pero no sirvió de nada. Soltó el freno para que el coche se desplazara unos metros hacia atrás y giró la llave. Tampoco funcionó. Ni siquiera se encendía la lucecita

indicadora del contacto bajo el velocímetro y las revoluciones. Accionó el freno de mano, puso la primera marcha y se echó a llorar de rabia. No se lo podía creer. El coche la había dejado tirada en medio de la noche. En un camino perdido por el que no creía que pasara nadie a esas horas. A pocos metros del cementerio...

Un fugaz rayo de lucidez le indicó que no era para tanto. Lo más lógico era llamar a su tía para que la fuera a buscar. Cogió el bolso y rebuscó en su interior, pero no acertaba a encontrar el móvil. Vació el contenido en el asiento contiguo y entre pañuelos de papel, barras de pintalabios, una cajita de polvos cosméticos, bolígrafos, llaves y otros objetos, apareció un saquito de hilo blanco que no reconoció como suyo. Se preguntó cómo habría llegado eso ahí. La urgencia por resolver su situación hizo que se olvidara de la bolsita. Cogió el teléfono y tecleó el código para desbloquearlo, pero no tardó ni cinco segundos en darse cuenta de que Neli había hablado en serio cuando se conocieron en una situación parecida.

En ese maldito y atrasado lugar no había cobertura...

Nerviosa, limpió el vaho que empañaba el cristal, miró por la ventanilla con el corazón palpitante, como si temiera que alguien o algo fuera a saltar sobre el vehículo, y bloqueó los cierres de las puertas. Al cabo de un buen rato comenzó a plantearse la posibilidad de subir caminando hasta Casa Anels, la cual se encontraría, calculó, a unos quince minutos. Solía llevar una linterna en el maletero, aunque no podría asegurar que las pilas estuviesen cargadas. Esto era lo que tenía que hacer: abrir la puerta, bajar del coche, abrir el maletero, coger la linterna, rogar para que funcionara y empezar a correr. Se repitió las acciones en voz alta para infundirse seguridad y se lanzó.

Con todos los sentidos alerta, se enfrentó al exterior. Respiró hondo y la humedad de la tierra inundó sus pulmones. Por fortuna, la linterna funcionaba. Cerró el coche con el mando y, temblando, comenzó a andar, encogida, como si su único refugio contra el frío y el miedo fuera su delgada bufanda. Concentró su mirada únicamente en el círculo luminoso proyectado contra el suelo para evitar que la mente le jugara una mala pasada dibujando extrañas figuras. También empezó a recitar en voz alta frases de apoyo que le sirvieran de escudo contra el imponente silencio que la rodeaba. Sin embargo, por más que repetía esos mensajes positivos, tal como había leído en un libro sobre cómo controlar el miedo en todas sus facetas —el miedo al futuro, a la muerte, al camino oscuro, a lo desconocido—, unos esporádicos mensajes rebeldes surgían en su imaginación desbordada para tentarla con pensamientos lúgubres, incluso morbosos. No sería capaz de llegar, le decían. Saldría un animal y la atacaría. O un asesino. O un espectro. ¿Tal vez una bruja? No podría hacer nada. La muerte estaba cerca. El dolor. Su sangre sobre la tierra. El fin. El desconsuelo de sus seres queridos...

De pronto, oyó algo y sintió que su corazón daba un vuelco. Era un ruido seco y repetitivo. Se dio la vuelta e instintivamente echó a correr hacia el coche. El ruido iba creciendo en intensidad. Parecía provenir del propio camino. A pesar del esfuerzo físico, el sudor que cubría su cuerpo era helador.

A pocos metros de distancia de su refugio, identificó el sonido claramente como cascos de caballo. Calculó que no llegaría a tiempo para meterse en el vehículo y se detuvo en seco derrotada. El miedo la hacía temblar de manera descontrolada y solo podía respirar gracias a

inspiraciones entrecortadas. Escuchó que el galope se convertía en trote y luego en pasos. Un relincho le indicó que el caballo estaba muy cerca, demasiado cerca. Inconscientemente retrocedió hacia el límite del camino con el campo.

—Hola —dijo una voz masculina ronca pero amable—. ¿Problemas con el coche? —Tenía un ligero acento.

Brianda dirigió la luz de la linterna hacia la figura nocturna, primero sobre el caballo y luego sobre el jinete, al que reconoció de inmediato por su camisa roja de cuadros bajo un chaquetón de cuero, y por su complexión, lo cual le produjo una mezcla de alivio y nueva inquietud. Se acercó unos pasos con cautela y respondió:

—El motor se ha calado.

El jinete desmontó. Brianda no podía ver su rostro con claridad, pero lo tenía bien grabado en su mente. La cicatriz. Los ojos negros. La nariz recta, levemente afilada. El ceño parcialmente fruncido. El rictus serio de sus labios. A pesar de la oscuridad creyó percibir en él una reacción de sorpresa al darse cuenta de quién era ella. Se preguntó si a él le pasaría lo mismo; si también tendría el rostro de ella impreso en su pensamiento. Permanecieron unos segundos en silencio, al cabo de los cuales él sugirió:

—¿Puedo probar a ponerlo en marcha?

—Como quieras, pero no creo que funcione. Se ha muerto del todo.

—Si me sujetas el caballo, echaré un vistazo.

—¿Sujetar el caballo?

Brianda iluminó al enorme animal de pelo negro brillante. Tenía la crin larga y ondulada, al igual que el pelo de las manos que cubría parcialmente los cascos y el de la cola, que llegaba prácticamente al suelo. Le resultó un ejemplar magnífico y elegante, pero intimidante. Se mantendría alejada de él.

Se sintió tentada de deslizar también la luz por el hombre, pero se contuvo. Este se acercó un poco más y le tendió las riendas.

—No te muevas y él no lo hará. ¿Me dejas las llaves?

Aturdida por la cercanía del caballo y del dueño, Brianda se las entregó y esperó. Él intentó poner el coche en marcha sin éxito. Luego abrió el capó, observó el motor y lo cerró de nuevo.

—Demasiado sofisticado —dijo—. Tendrás que llevarlo a un taller especializado.

Brianda no se sorprendió por el diagnóstico, aunque por un momento había albergado la esperanza de que él fuera capaz de arreglar la avería para poder volver a casa. Jamás hubiera podido imaginar que deseara tanto llegar a Casa Anels. Ahora estaba en el mismo punto que hacía media hora, pero en compañía de un desconocido al que le gustaba cabalgar en plena noche. No sabía si su situación había mejorado, pero al menos la desagradable sensación de miedo a la soledad nocturna había desaparecido, quizás porque había sido arrinconada en su mente por la tensión y concentración de estar sujetando a ese impresionante caballo.

El hombre se situó frente a ella y sujetó al animal por la brida.

—¿Ves? Se ha quedado quieto. Como tú.

—Es que nunca he estado tan cerca de un caballo. —No sabía qué más decir. Para ser un hombre poco sociable, según lo habían descrito en el bar, era él quien llevaba las *riendas* de la

conversación—. ¿Es un frisón? —La palabra le salió sin pensar y ella misma se sorprendió.

—Nunca has estado cerca de un caballo... —respondió él admirado—, pero los conoces.

Brianda no tenía ni idea de caballos. Lo habría leído en algún sitio y había acertado por casualidad, pero no pensaba confesárselo.

—Bueno, tengo que marcharme.

—¿Andando? ¿Sola? Eres valiente...

¿Valiente? Casi se le escapó una carcajada irónica. Si le contara todas sus batallas interiores contra el miedo...

—... pero te acompañaré —propuso él—. ¿Dónde vives?

—Un poco más arriba del desvío de Lubich.

—Muy bien. Te ayudaré a subir al caballo.

—Ah, no. —Brianda volvió a retroceder.

—¿No? —Él se encogió de hombros—. Pues iremos caminando, pero nos costará más. —Frotó suavemente la quijada del frisón y el tono de su voz se volvió oscuro—. No hay nada como cabalgar de noche. Es una sensación única. La perspectiva es diferente. Una mezcla de paz y libertad absoluta.

El caballo respondió a la caricia extendiendo la cabeza, entrecerrando los párpados y moviendo el hocico. Brianda se deleitó con la placentera suavidad que emanaba de esa imagen tan masculina y se sintió inusualmente tranquila. El gesto sosegado con el que el hombre, absorto, rozaba la piel del caballo transmitía una sensación de confinidad. Por un momento deseó formar parte de esa íntima sintonía antes de que la escena se diluyera. Un impulso intrépido la invitó a deslizar su mano por la grupa y el lomo del magnífico animal. Él la contempló de una manera que a ella le resultó enigmática. Retiró la mano rápidamente.

—Si te da miedo tocarlo —dijo él con un deje de decepción en la voz—, no insistiré en que montes.

—En realidad no me da miedo...

Quiso explicarle que tocarlo era una cosa y subirse encima de esa montaña, otra muy diferente. Dudaba que alguien como él entendiera una aclaración sobre los diferentes grados del miedo. Quiso explicarle que le había parecido que a él le había molestado que ella lo acariciara, una idea bastante absurda por otra parte. Se sintió desorientada. Su presencia le imponía de una manera irracional. No conseguía encontrar las palabras adecuadas para expresarle algo tan sencillo como que deseaba saborear la experiencia de subirse a ese ejemplar pero que en el fondo tenía miedo. Admitir el deseo significaba reconocer su cobardía. Pero no había nada malo en eso. Hasta ahora ella siempre había dicho lo que pensaba. Inspiró hondo y optó por decir la verdad:

—Me gustaría mucho intentarlo, pero reconozco que me aterroriza.

—Entonces, iremos poco a poco.

Él se acercó, le quitó la linterna de las manos y la guardó en un bolsillo. Luego, sujetó el estribo y le indicó que apoyara ahí el pie izquierdo. Tomó la mano izquierda de la joven con la suya —grande, fuerte, áspera— y la guio hacia la cruz. Brianda sintió un escalofrío que aumentó de intensidad en cuanto él ejerció una liviana presión con ambas manos sobre su cintura.

—Toma impulso y sube —escuchó que le indicaba.

Brianda se concentró para hacerlo bien a la primera. Era bastante ágil, pero el caballo era muy alto. Contó mentalmente hasta tres, acompañando cada número con una flexión de la rodilla derecha y se impulsó. La presión sobre su cintura aumentó y no cedió hasta que se encontró correctamente sentada sobre la silla. Una inmediata sensación de inestabilidad la empujó a aferrarse con ambas manos al borrén delantero.

—Muy bien —dijo él situándose a un palmo de distancia de los ollares del frisón—. Sujétate fuerte y disfruta.

Durante un rato, Brianda fue incapaz de disfrutar. Estaba completamente alerta a las nuevas sensaciones que estaba descubriendo y que se resumían en una contradicción: sentía miedo y placer al mismo tiempo. Temía que el caballo se encabritara y se pusiera de manos o huyera desbocado. Temía caerse y romperse algún hueso o partirse la espalda y quedarse inválida o matarse. De nuevo las imágenes más retorcidas intentaban vencer a las agradables. Gozaba del cadencioso balanceo, del rítmico chocar de los cascos sobre la tierra pedregosa, de la tensión de los músculos del animal bajo sus muslos. Disfrutaba del silencio y de las sombras que se intuían más allá del espacio que ellos tres ocupaban.

—¿Vas bien? —preguntó él al poco.

—Mejor de lo que pensaba —respondió ella—. Pero, como has dicho antes, a este paso nos costará lo mismo que si fuéramos andando.

—¿Tienes prisa?

—¿Eh? No. Quería decir que no me parece bien que tú vayas caminando.

—¿Quieres bajar ya?

—No es eso... —Brianda no tenía muy claro si él estaba siendo muy complaciente, si la estaba poniendo a prueba o si le estaba tomando el pelo.

—Entonces quieres que suba... —Su voz adoptó un matiz burlón—: Ya no quedan más opciones.

Quedaba una, pensó ella. Que él volviera a ser jinete y ella caminara. Sin duda, a esas alturas de la noche, era la que menos le gustaba.

Él entendió el silencio como una confirmación de su propuesta. Guio al caballo hacia un grupo de piedras y las escaló. Luego indicó a la mujer que soltara los pies de los estribos:

—¿Puedes desplazarte hacia atrás?

Brianda comprendió que tenía que sentarse sobre la grupa para que él pudiera subir al caballo. Tras un salto ágil desde las piedras, él se acomodó sobre la silla.

—Y ahora, agárrate bien fuerte a mí.

Para asegurarse de que ella así lo hacía, cogió las riendas con una mano y apoyó la otra sobre las entrelazadas manos de Brianda, que cerraban el abrazo alrededor de su cintura. Presionó las piernas sobre los costados del caballo y este comenzó suavemente a andar, primero muy despacio y luego un poco más rápido. A los pocos metros, el paso se convirtió en trote.

Entonces Brianda se sujetó aún con más fuerza. No se podía creer lo que estaba sucediendo. En medio de la noche iba a lomos de un negro corcel guiado por un desconocido al que estaba abrazada con todas sus fuerzas, la mejilla y el pecho contra su espalda, los brazos rodeando su cintura. Podía sentir su olor natural a sudor fresco; un aroma que contenía algo elemental, como

de fuego, tierra, tormenta y tal vez un sutil recuerdo de tabaco.

Deseó que esos pequeños movimientos continuados que la unían más a él no terminaran nunca. Hacía siglos que no se sentía tan tranquila, tan segura, tan completa. Ahora deseó que Casa Anels estuviera a kilómetros de distancia para que ese viaje inesperado continuara hasta un amanecer infinito.

—¿Esas luces pertenecen a tu casa?

Su jinete se giró y un mechón de su largo cabello oscuro rozó su rostro.

Muy a su pesar, Brianda abrió los ojos y confirmó que entraban en las tierras de la casa de sus tíos. Con un suave tirón de las riendas, el caballo retornó a un paso suave y se detuvo ante la verja del patio. A lo lejos, escuchó los roncos ladridos de Luzer. Él pasó una pierna por encima de la cruz del animal y se deslizó hasta el suelo. Luego ayudó a Brianda a descender.

La tenue luz de las farolas de la fachada principal de Casa Anels permitió que Brianda disfrutara unos últimos segundos de las facciones de él, sobre todo de esa intensa mirada que conseguía desviar la atención de la cicatriz.

—Muchas gracias —consiguió decir por fin—. He tenido suerte de que pasaras por ahí.

—Ha sido un placer —susurró él—. Espero que nos volvamos a ver.

Subió de nuevo al caballo, lo hizo caminar unos pasos y regresó.

—Por cierto, ¿cómo te llamas?

—Brianda, ¿y tú?

—Corso. Es un nombre italiano.

Lo había sabido desde el primer momento.

Pero ignoraba por qué.

8.

Brianda reconoció el coche de Esteban aparcado frente a la verja de Casa Anels. La inesperada visita le causó sorpresa y alegría y se apresuró a abrir el pasador de la cancela y cruzar la era. Seguramente había hecho un esfuerzo para poder librarse unos días del trabajo a mitad de semana porque ya no podía aguantar más sin ella. Sintió el deseo de regresar a Madrid con él, de recuperar su rutina diaria, de alejarse de ese lugar desapacible donde sus aprensiones no habían sino aumentado.

De pronto sintió una punzada de desazón en el pecho y se detuvo.

Marcharse de Tiles significaría alejarse de Corso...

Solo había estado con él una vez, pero no podía dejar de pensar en ese hombre a todas horas, hasta tal punto que temía que se estuviera convirtiendo en una obsesión. En cuanto cerraba los ojos, ahí estaba su rostro; ahí estaba su mirada oscura, penetrante, atormentada. Daría cualquier cosa con tal de volver a cabalgar a lomos de su caballo, agarrada a su cintura para no caer, con su espalda protegiéndola del frío de la noche. Quería saberlo todo sobre él: por qué vivía en Tiles; cómo se había hecho la cicatriz; cómo se llamaba su caballo; de dónde venía; si tenía familia... Estuvo tentada de interrogarle cuando se despidieron a las puertas de Casa Anels, pero le pareció inoportuno mostrarse tan curiosa la primera vez que se veían, y menos cuando él tampoco lo había hecho. Pero había otra razón más sutil que la prudencia en su decisión de no formularle preguntas. Después de la magia del paseo nocturno, algo en su interior temía que unas respuestas rápidas, generales, incluso banales, rompieran el hechizo. De algún modo, la abrupta despedida dejaba abiertas las puertas a la emoción de volver a verlo.

Durante cuatro días, el recorrido de Casa Anels hasta el desvío de Lubich se había convertido en su sagrado ritual, mañana y tarde. Cruzaba la era empedrada donde Luzer la miraba ya con indiferencia; pasaba el gran tilo junto a la fuente; caminaba cuesta abajo escoltada por paredes de piedra secas y plantas de tomillo, romero y lavanda, adormecidas por la cercanía del invierno; y tomaba el desvío de Lubich, dejando el tenebroso contorno del cementerio, sus viejos pinos y su iglesia derruida a la derecha. Luego caminaba unos metros, deseando oír el sonido de unos cascos de caballo que anunciasen la presencia de una negra silueta. Continuaba un poco más hasta el límite donde la vegetación comenzaba a espesarse; donde los pequeños matorrales de plantas aromáticas cedían el paso a arbustos familiares —enebros, endrinos, acebos, avellanos y bojes— y estos a árboles —abedules, serbales, fresnos, algún nogal, algún arce...—. Y en cuanto las hiedras y madreselvas desfiguraban el paisaje, entonces esperaba unos minutos, dudando si adentrarse más en el bosque, hasta que finalmente regresaba hacia el terreno conocido con el

corazón embargado de desilusión por no haberse encontrado con Corso y por no haberse atrevido a seguir adelante. Justo al inicio del bosque recordaba las prohibiciones de su infancia: más allá solo había peligro. Era un aviso absurdo e ilógico, lo sabía, pero tan absurdo e ilógico como el miedo que causaba los odiosos síntomas físicos que ahora identificaba tan bien.

Ella misma se asustaba de sus propios pensamientos. Siempre había sido una mujer racional, centrada en los estudios propios de la ingeniería, de las leyes del movimiento, de la estructura de la materia, del comportamiento de los fluidos, de la transformación de la energía y de otros muchos fenómenos del mundo físico. Su mundo mental estaba formado por dispositivos, estructuras y procesos complejos. Nunca le había llamado la atención nada que no tuviera que ver con el mundo tangible, estructurado, controlado y controlable. Y sin saber cómo, ahora sentía una inexplicable atracción hacia el hombre que vivía al otro lado de la frontera que separaba Tiles de un bosque misterioso.

Entró en la casa, deseando que el encuentro con Esteban la liberase de sus obsesiones y su zozobra, convenciéndose a sí misma de que lo necesitaba más que nunca para controlar su ánimo desbocado.

Esteban la esperaba en el zaguán. Brianda lo encontró muy guapo. Se había cortado el pelo en capas alborotadas y se había dejado crecer un poco la barba, lo cual le daba un aspecto juvenil. Llevaba un jersey tostado de punto grueso y unos tejanos desgastados.

En cuanto la vio, él la estrechó entre sus brazos y la besó en los labios.

—Te he echado de menos —le susurró.

Brianda sonrió y se pegó a él.

—Yo también.

—Isolina me ha dicho que habías bajado a Aiscle con un taxi del seguro para recoger el coche del taller.

—El sábado se me estropeó —explicó Brianda sin entrar en detalles sobre la aventura nocturna. A sus tíos simplemente les había dicho que había regresado andando—. Una tontería sin importancia.

Isolina los avisó de que la comida ya estaba en la mesa. Pasaron al comedor, un cuarto junto a la cocina con una gran alacena con pequeños ganchos de los que colgaban tazas antiguas, y vieron a Colau intentando abrir una botella de vino. El sacacorchos parecía minúsculo entre sus grandes manos. Esteban se ofreció a ayudarle, pero Colau se opuso. Entonces se oyó un sonido seco y un grito de dolor seguido de varios juramentos.

La sangre que brotaba de la mano de Colau caía sobre el inmaculado mantel de lino formando una mancha roja brillante y creciente. Isolina reaccionó con rapidez. Sin dudar ni mostrar desagrado, cogió las servilletas que tenía más a mano, se acercó a su demudado marido, le arrancó un trozo grande de cristal de la palma, tapó la mano sin presionar y se lo llevó al cuarto de baño para limpiar la herida de restos de cristales y valorar si necesitaban ir a urgencias.

Brianda no podía apartar la vista de la sangre fresca sobre el mantel. Una cortina de puntitos negros nubló sus ojos. Se tambaleó y tuvo que apoyarse en el respaldo de una silla para no caer. Esteban se acercó, preocupado, y la ayudó a sentarse. Brianda cerró los ojos y la cortina de puntos se abrió como el telón de un cine antiguo para mostrar imágenes vertiginosas e inconexas

que le producían una dolorosa punzada en el pecho.

Veía fragmentos de cuerpos, heridas abiertas, rostros crispados emitiendo gritos silenciosos, muecas grotescas...

—Ahora vuelvo —consiguió balbucir.

Echó a correr escaleras arriba hacia el cuarto de baño. Se arrodilló junto al retrete y vomitó. Habían pasado horas desde el desayuno, así que tenía el estómago vacío, pero las arcadas se encadenaban una con otra, como si sus entrañas pretendieran liberarse de alguna indeseada presencia. Cuando le pareció que remitían, respiró profundamente aplicando las básicas instrucciones de yoga de su tía.

Oyó que alguien abría la puerta y pronunciaba su nombre.

—¿Brianda? —preguntó Esteban desde la entrada—. ¿Estás bien?

Ella no quería que la viera en esa situación. Hizo acopio de fuerzas, se levantó, presionó el pulsador de la cisterna, abrió el grifo del lavabo y respondió:

—Enseguida salgo.

Esteban entreabrió la puerta.

—¿Ha sido por la sangre? —preguntó él—. No sabía que te impresionara.

—Solo un poco. Es que había mucha...

—Sí, ha sido bastante aparatoso... —Observó el reflejo de la ojerosa joven en el espejo—. ¿Te espero?

—No hace falta. Me cambio de jersey y bajo en nada.

Cualquier segundo que pudiera ganar a solas era vital para borrar de su mente las terribles e intermitentes imágenes que había visto.

Entró en su dormitorio, se sentó en la cama y lloró todo lo silenciosamente que pudo para que no la oyeran. Necesitaba que las lágrimas apagaran esos destellos breves e intensos que insinuaban visiones del mal. En lo que había visto había daño, dolor, sufrimiento y miseria. Solo eran eso; fotogramas parpadeantes, insinuaciones breves, tal vez su imaginación nuevamente en marcha.

Pero ella sentía esas visiones como propias.

Después de comer, Esteban propuso dar un paseo por los alrededores con la intención de estar a solas con Brianda. Para evitar el camino que desembocaba en el desvío de Lubich, Brianda lo guio hacia los barrancos que limitaban con el municipio vecino de Besalduch, al este. Por primera vez desde su llegada, Luzer comenzó a seguirlos. Le gritaron para que regresara a casa, pero el desagradable guardián de mirada torva no les obedeció, aunque se mantuvo a unos metros de distancia.

El tenue sol de ese atardecer de noviembre intentaba calentar sus espaldas sin éxito, impregnando a la vez el paisaje de un aura dorada que se extendía sobre los campos incultos llenos de matas y malezas a la izquierda del camino y sobre los pastos cercados por filas de álamos a la derecha.

—Tiles me ha parecido más despoblado y desangelado de lo que me había imaginado —dijo

Esteban—. Seguramente es el lugar ideal para descansar, pero ¿qué se puede hacer aquí después de dormir y comer bien tres días seguidos? Me imagino que ya tendrás ganas de volver a Madrid.

Brianda dudó si confesarle la verdad. Todavía no se encontraba bien. Ya no sabía qué era peor, si el exceso de trabajo o el aburrimiento. De momento, prefirió mostrarse animosa.

—Sí, contigo. Y seguro que el regreso a la oficina me sienta bien.

Esteban permaneció pensativo unos minutos.

—¿Qué pasa? —preguntó Brianda.

Él extrajo una carta del bolsillo trasero del pantalón.

—Anteayer llegó esto. No quería decírtelo por teléfono. Espero que no te importe que la haya abierto.

Brianda reconoció el membrete de su empresa y tuvo una sospecha de qué era. Aun así, quiso corroborar sus temores y leyó el documento. Efectivamente, era una carta de despido. Los ojos se le llenaron de lágrimas. Ya solo le faltaba esto. Por la mañana había sopesado que lo mejor era retomar su vida en Madrid, su trabajo, sus horarios y sus obligaciones y, de repente, tampoco eso iba a ser posible. Las palabras le dolieron como nunca se imaginó que podrían hacerlo. Sentían comunicarle que estaban haciendo una reestructuración de plantilla. Le aseguraban que no tenía nada que ver con su valía. Argumentaban que los encargos habían descendido, que no eran buenos tiempos para nuevos proyectos tecnológicos y que las potenciales empresas no se arriesgaban. Se despedían repitiendo su pesar y deseándole buena suerte. Buena suerte. Con lo que le estaba pasando. Con lo difícil que estaban las cosas para encontrar otro trabajo nuevo. Con la pereza que le daba todo...

Se sintió débil, física y mentalmente.

—No te preocupes —dijo Esteban en tono animoso—. Saldremos adelante. He pensado que igual podríamos aprovechar el momento para... —Tosió antes de reformular la frase—: ¿No te gustaría tener un bebé?

Brianda cerró los ojos. Estuvo a punto de soltar una carcajada. Casi no podía con su propia vida, como para encargarse de crear otra... Recordó la conversación con Silvia en aquel restaurante o *after-work*, cuando ella le había confesado sus temores a perder su independencia económica. Eso había sido justo antes de que una pitonisa le advirtiese de que estaba viviendo momentos de confusión emocional, de que su mundo familiar y social la estaba debilitando; antes de que le augurase que necesitaba encontrar un camino y un cambio, que viviría una transformación profunda y radical.

Que viviría y renacería, le había dicho. Que la transformación se haría de todos modos. Que todo llegaba, antes o después. Y que el espíritu dominaría la materia.

¡Cómo deseaba que eso llegara a convertirse en realidad! Pero cada vez veía más lejano el día que la paz regresara a su espíritu y que el sosiego aplacara los síntomas de su enfermedad.

En medio de su incertidumbre, surgió un pensamiento sarcástico: qué lástima que la bruja Neli le hubiera asegurado que no echaba las cartas. Hubiese podido contrastar con ella las predicciones sobre su futuro.

—Ya veo que no te parece buena idea... —oyó que decía Esteban un tanto decepcionado.

—No es eso... —Unas lágrimas se deslizaron por las mejillas de la joven—. Pero antes

necesito recuperar la ilusión...

Esteban frotó su espalda para consolarla.

—Siento lo que te está pasando. Sé lo importante que es para ti tu trabajo. Pero yo estoy a tu lado, pase lo que pase. —La atrajo hacia sí.

Brianda asintió débilmente. Se limpió las lágrimas y se refugió en el abrazo de Esteban.

A lo lejos, oyó el ruido de un caballo galopando y sus sentidos se pusieron en alerta.

Luzer comenzó a ladrar amenazante y salió disparado como un rayo.

Al poco, Corso detuvo el enorme frisón junto a ellos. El caballo mantenía las orejas echadas hacia atrás y los ojos muy abiertos. Estaba inquieto por los persistentes gruñidos de Luzer, que merodeaba entre sus patas, acercándose y alejándose sin dejar de mostrar sus afilados dientes.

—¿Es tuyo este perro? —preguntó Corso mirándola fijamente—. Me parece que no le caigo bien.

Brianda se ajustó el cuello de la gruesa chaqueta para controlar el escalofrío que le había producido la mirada de Corso; un gesto con el que, a la vez, intentaba ocultar el calor que quemaba sus mejillas. Esteban se acercó y la tomó de la mano.

—En realidad no, pero no hemos podido evitar que nos siguiera.

Corso lanzó una rápida mirada a las manos entrelazadas y Brianda percibió una sutil pincelada de irritación en su rostro.

—Es un caballo magnífico —comentó Esteban.

Corso hizo un leve gesto de asentimiento con la cabeza. Lanzó una última mirada a Brianda, hincó los talones en el animal y se marchó al galope, levantando una nube de polvo a su paso, seguido de Luzer.

—¿Quién era ese tipo tan amable? —preguntó Esteban—. Nunca había visto una cicatriz tan horrible.

Brianda permaneció en silencio. El encuentro no podía haber resultado más extraño. Corso parecía nervioso, como si le hubiera molestado tener que detenerse para hablar con ellos, como si algo muy interesante le estuviera esperando dondequiera que tuviera que ir. Su actitud había sido completamente diferente a la del otro día, aunque tal vez no fuera la palabra *impaciencia* la que la describiera.

Corso se había mostrado hostil.

—Déjame adivinarlo. En este bucólico mundo pastoril, el diablo es ese tipo a caballo —añadió Esteban en un tono ligeramente sarcástico.

—¿Corso? No... —Brianda se dio cuenta de que había respondido de manera demasiado impetuosa.

—¿Así se llama? Vaya nombre..., no sé, raro, oscuro. Le pega. —Esteban hizo una pausa antes de preguntar en un tono neutro—: ¿Lo conoces?

Brianda se encogió de hombros.

—No mucho. Lo he visto un par de veces.

—Pero habrás hablado con él, si sabes cómo se llama...

—Es posible que me lo dijera mi tía. Hemos cruzado solo un par de frases de cortesía —mintió ella—. Ya has visto que es muy seco.

A Brianda no le estaba gustando nada el cariz receloso de la conversación. Por primera vez desde que conocía a Esteban le pareció que no hablaban ni con franqueza ni espontaneidad. Ella no quería que él sospechara de su especial interés por Corso y juraría que Esteban no quería que ella pensara que la estaba interrogando.

Faltaba poco para que el azul turquí de la oscuridad envolviera completamente el paisaje. La cercanía de la ausencia de luz deprimía los prados y convertía los árboles, arbustos y matorrales en difuminadas sombras de diferentes tamaños y volúmenes. Algunas farolas lucían aquí y allá, donde había casas habitadas, ensayando la fantasmagórica estampa en la que se convertiría el valle en unos minutos.

Brianda sintió otro escalofrío y se frotó los antebrazos.

Esteban, solícito, pasó un brazo por los hombros de la joven y la atrajo hacia sí. Brianda agradeció el gesto con una media sonrisa que él no devolvió. Lo notó extraño, no sabía si cansado por el largo día, decepcionado, molesto o una combinación de las tres cosas. Quizás ella tuviera la culpa, pensó. Reconocía que había estado ensimismada, poco habladora y algo distante con él y, sin embargo, había bastado ese corto encuentro con Corso para que en su interior surgiera una llamita de euforia controlada, una sutil ansiedad en el momento del encuentro y en el de la separación.

Rogó para que Esteban no se hubiera percatado de cómo se habían iluminado sus ojos y su corazón al ver al otro.

9.

Varias veces durante el resto de la tarde y la cena, Brianda se sorprendió a sí misma dedicando sus pensamientos a Corso. Mientras terminaba de recoger la vajilla en compañía de Esteban, ella seguía cabalgando en su imaginación con el extranjero en dirección a Lubich, que se le representaba como la mansión de algún grabado antiguo a plumilla en la que unos descuidados y espontáneos trazos de líneas cortas y rotas a modo de pinceladas sugerían, con sus contrastes de luces y sombras, un cielo tormentoso, árboles vencidos por el viento, alguna fuente musgosa y paredes ocultas por un espeso e indefinido follaje.

Esteban se le acercó por detrás, rodeó su cintura y recorrió su cuello con la nariz.

—Ya tengo ganas de tenerte entre mis brazos esta noche —le susurró.

Brianda se zafó de su abrazo.

—Me haces cosquillas.

—Te encantan mis cosquillas...

Él la volvió a coger y nuevamente ella se apartó. Conocía esa mirada pícara y brillante en los ojos entrecerrados de Esteban. Antes de su enfermedad, o de lo que fuera que se había apoderado de su cuerpo y de su espíritu, cualquier ocasión era buena para disfrutar de las caricias de Esteban. Ahora, hasta pensar en el sexo le producía apatía.

Un fuerte ruido los sobresaltó. Alguien sacudía la aldaba de la puerta principal con insistencia.

—¡Ya voy yo! —se apresuró a gritar Brianda para que la oyeran sus tíos desde el salón. Quienquiera que fuese, le había permitido librarse de una nueva situación incómoda con Esteban.

Salió al recibidor, cruzó el zaguán y abrió la puerta principal unos centímetros para asomarse primero y asegurarse de quién era. El rostro ojeroso de Neli apareció ante ella, recortado sobre el fondo oscuro de la noche.

—¿Puedo pasar?

Una ráfaga de aire acompañó sus palabras y empujó la puerta con brío, golpeando el hombro de Brianda, que se apartó a un lado emitiendo un gemido. Neli entró. Llevaba el chaquetón mal abrochado y una bufanda de punto enredada en su cuello de cualquier manera, como si se hubiera arreglado a toda prisa. Diminutos restos de hojas secas adornaban su largo cabello alborotado.

—¡Me ha sucedido algo de lo más inaudito! —Neli miró a su alrededor, como si buscara a alguien—. ¿Puedo hablar con Colau?

—¡Qué sorpresa! —Isolina apareció en la estancia—. ¿Sucede algo, Neli?

—Quiere hablar con Colau —explicó Brianda.

Isolina enarcó una ceja.

—¿Ahora? Acaba de decirme que quería acostarse ya.

Neli, nerviosa, abrió su bolso y extrajo un grueso fajo de papeles que crujió en su mano.

—Esta tarde estaba restaurando el último cajón de una enorme cómoda de nogal que hay en la sacristía y me pareció que tenía un doble fondo. Lo desmonté y apareció esto. Son documentos originales escritos en aragonés, catalán y castellano antiguo.

Brianda comprendió entonces por qué Neli quería hablar con Colau. Tenía que compartir el descubrimiento con alguien que supiera valorarlo en toda su importancia histórica. Y ella reconocía que la historia no era su fuerte.

—¿Y pone algo interesante? —preguntó, por decir algo.

—Son anotaciones del Concejo de Tiles, algo así como el antiguo Ayuntamiento. Hay mucha información sobre la gestión cotidiana del Concejo durante más de medio siglo, desde mediados del XVI hasta principios del XVII...

—Vayamos al salón, Neli —la interrumpió Isolina, invitándola con un gesto a que la siguiera —. Estoy segura de que a Colau le gustará escuchar todo esto.

Tras ellas, Brianda ahogó un bostezo. Seguía sin comprender por qué Neli parecía tan excitada.

—Colau... —llamó Isolina desde la puerta del salón.

Colau estaba de pie, con la mano vendada apoyada en la repisa de la chimenea, contemplando ensimismado las llamas del fuego entre los troncos abrasados. No contestó. En su lugar, Luzer alzó la cabeza en dirección a las mujeres. Cuando su mirada se posó en Neli, emitió un prolongado y gutural gruñido, se levantó rápidamente y se dirigió hacia ella ladrando y enseñando los dientes, como si la locura se hubiera apoderado de él. Isolina se plantó ante él gritándole que parara, pero Luzer no le hizo caso.

—¡Vale ya, Luzer! —gritó de nuevo asustada—. ¡Como si no conocieras a Neli! ¡Colau! ¡Haz el favor de sujetarlo!

Colau lanzó un fuerte silbido y Luzer se giró hacia él, con una expresión que a Brianda, paralizada por la escena, le pareció de desconcierto.

—¡Ven aquí! —ordenó Colau. El animal regresó a sus pies y se tumbó junto al fuego con actitud resignada. Colau le dio unas palmadas en el lomo y murmuró—: A ti tampoco te gustan las visitas inesperadas...

Brianda aprovechó que Isolina se disculpaba ante Neli y comenzaba luego a explicar a su marido el motivo de su visita para subir a su habitación a por un jersey más grueso. Un extraño sudor frío se había apoderado de su cuerpo y hacía tiritar sus miembros. De camino a la escalera se topó con Esteban.

—¿Qué ha pasado? —preguntó él.

—Luzer se ha vuelto loco al ver a Neli. Me he asustado. Ya tengo ganas de perder de vista a ese salvaje.

—¿Y quién es Neli?

Brianda le explicó brevemente que era una vecina de Tiles y que quería mostrarle a Colau

unos documentos antiguos que había encontrado restaurando un mueble de la iglesia. Esteban se inclinó sobre ella en actitud cariñosa.

—¿Tenemos que estar con ellos o...?

Brianda recorrió con la mirada los rasgos proporcionados de su rostro y alzó una mano para acariciar ese cabello castaño y rebelde sobre el que el sol producía reflejos color dorado viejo. Cualquier otro recriminaría su cobardía por no coger el toro por los cuernos y enfrentarse a sus problemas, pero él no. Él respetaba su libertad. ¿Qué más podía pedir? ¿Qué le impedía lanzarse a sus brazos y reír como lo habían hecho siempre?

—Me parece descortés desaparecer sin más —respondió Brianda—. Adelántate. Yo bajo enseguida.

Minutos después, Brianda regresó. Como figuras borrosas en una niebla densa, Colau y Neli intercambiaban impresiones sentados en los bancos de madera a ambos lados de la chimenea. Estaban tan enfrascados en sus cosas que el resto del universo había perdido importancia. En el rincón más oscuro del salón, sentados en unos bajos sillones, Isolina y Esteban escuchaban en silencio, como si los hubieran arrinconado allí para evitar que su presencia molestara. Había tanto humo de tabaco que a Brianda le extrañó que nadie hubiera abierto las ventanas, aunque el fuerte viento que se oía afuera era una buena razón para no hacerlo.

Isolina le hizo un gesto para que prestara atención, pero Brianda no podía comprender qué le decía Neli a Colau, completamente encorvado sobre los amarillentos papeles extendidos en la baja mesa entre ellos. A gran velocidad le hablaba de fechas, de hechos, de anotaciones. Varias veces, Colau se quitó las gafas y se frotó los ojos. Brianda creyó distinguir que su rostro reflejaba una gran preocupación en vez de emoción por el gran hallazgo. Contuvo el impulso de preguntar por qué tanto misterio. Entendía que Colau y Neli, apasionados de las cosas viejas, estuvieran alterados por el descubrimiento, pero de ahí a actuar como si hubiera sucedido algo extraordinario, había un trecho.

Se sentó en el brazo del sillón ocupado por Esteban y este le susurró:

—En una página aparece un listado de veinticuatro ejecuciones en el año mil quinientos algo...

—¿Eran prisioneros de guerra o algo así?

—Veinticuatro *mujeres* del valle, desde Aiscle hasta Besalduch —dijo Isolina—. Suponiendo que hubiera trescientos habitantes y treinta y tantas viviendas, eso representa una por casa y media o por cada dos, como mucho.

—¿Pone qué pasó? —preguntó Brianda, comenzando a compartir el interés de los demás.

Neli se giró y su mirada se detuvo unos instantes en el hombre cuyo brazo rodeaba la cintura de Brianda antes de responder:

—Bien claro. El listado de las casas es escueto pero aterrador. Casi todas existen hoy en día. —Deslizó el dedo por un folio—: Entre el 19 de febrero y el 2 de abril del año 1592 fueron presas y azotadas varias mujeres por brujas... Perdieron la vida en diferentes ejecuciones entre el 4 de marzo y el 29 de abril del mismo año.

Brianda sintió sobre su propia piel cómo Neli se estremecía. La miró asombrada. Ahora comprendía su excitación. Podía imaginar lo que estaba pasando por su cabeza en aquellos momentos. Si había alguien en ese despacho a quien una cacería de brujas podía conmover especialmente era ella.

—¿Y dices que aparecen los nombres, Neli? —preguntó suavemente.

—Sí. Algunos se repiten. —Con tono de absoluto respeto, la joven los listó—: Antona, María, Margalida, Gisabel, Juana, Cecilia, Isabel, Aldonsa, Acna, Catalina, Esperanza, Leonor, Bárbara... —Hizo una pausa que intensificó en los demás la sensación de lástima que producía escuchar esa trágica letanía antes de añadir finalmente—: y Brianda de Anels.

—¿Cómo? —Brianda se levantó de un salto y quiso leer con sus propios ojos aquellas palabras—. ¿Hubo una Brianda de Anels? No lo sabía. ¿Y tú, Colau? En tus estudios de genealogía, ¿has encontrado muchas Briandas? Yo no he conocido a ninguna otra en persona, pero tal vez fuera un nombre común aquí.

Colau negó con la cabeza.

—Yo solo he llegado hacia atrás hasta mediados del siglo XVII y no me he encontrado ninguna.

Brianda frunció el ceño. Colau se comportaba de una manera extraña. Su voz sonaba apagada y parecía ausente. Y su respuesta no le resultaba demasiado convincente. Se dirigió a Isolina:

—¿Sabes por qué mis padres me llamaron así?

—Siempre he creído que Laura lo leyó en una revista y le gustó. Una vez, en broma, me dijo que lo había soñado...

Lo había soñado... Brianda tenía tan presentes sus sueños recurrentes que le extrañaba que su madre pudiera haber pasado por algo similar y que nunca hubieran hablado del tema.

Esteban intervino:

—Lo del nombre es una mera casualidad. Lo sorprendente es que haya aparecido un caso tan importante de ajusticiamiento por brujería. Me encantaría leer los procesos de la Inquisición. Estamos ante un nuevo Salem, ¿no es así, Colau?

Este no respondió. Tenía la mirada clavada en el suelo. Isolina se le acercó, apoyó la mano en su brazo y le preguntó suavemente:

—¿Hay información sobre los juicios?

Colau hizo un gesto negativo con la cabeza.

—No fue la Inquisición... —dijo en un susurro imperceptible.

—No te entiendo... —Isolina se inclinó sobre él.

—Necesito más tiempo... —murmuró con los dientes apretados, en tono de súplica—. Solo un poco más...

Se hizo un grave silencio que rompió Neli:

—En el registro de tesorería aparecen los gastos extra del campanero, del verdugo y de la taberna los días de las ejecuciones. Y que la ejecución tuvo lugar aquí en Tiles, pero no pone el sitio exacto. Luego, todas las anotaciones continúan con las finanzas del Concejo. Creo que ya os hemos contado todo... —Entrecerró los ojos, como si quisiera recordar algo—. Excepto que todas las entradas relacionadas con las ejecuciones están firmadas por el mismo nombre, que

ahora no...

Se dispuso a rebuscar entre los amarillentos folios, pero Colau la interrumpió colocando una de sus grandes manos sobre ellos en actitud posesiva.

—Es suficiente por hoy... —se apresuró a decir.

—¿Por qué? —saltó Neli en voz demasiado alta, irritada por cómo zanjaba él el asunto—. No me creo que no sepas nada de todo esto, Colau. Si hay alguien aquí que conoce todos los secretos de las casas del valle, la manera en que se perdieron o consiguieron, se repartieron o ampliaron, se hundieron o levantaron, ese eres tú.

Colau se revolvió agresivo.

—¡Me acabo de enterar de esas ejecuciones!

—No lo comprendo —insistió Neli con frustración—. ¿Qué quieres ocultar...?

—¡Neli! —la cortó Isolina en un intento por defender a su marido.

La joven no pensaba darse por vencida tan rápidamente.

—Muy bien, entonces recorreré tu mismo camino, Colau. Empezaré por el archivo del monasterio de Besalduch.

—Eso es perder el tiempo —dijo Colau entre dientes—. Allí no hay nada.

—Ya lo veremos... —repuso Neli—. Llamaré a Petra pronto por la mañana. Su sobrina está a cargo del lugar. Os avisaré por si os apetece acompañarme y ayudarme.

Colau movió la cabeza a ambos lados con obstinación.

—¿Y qué pensáis hacer con este hallazgo? —preguntó entonces Esteban—. Supongo que tendréis que entregárselo a alguien...

Colau le lanzó una mirada torva.

—Después de varios siglos ocultos, creo que podrán esperar unos días más, señor abogado. Si a Neli no le importa, los guardaré aquí hasta que los haya estudiado a fondo.

Isolina, molesta por la actitud tanto de Neli como de Colau, se apresuró a intervenir:

—Claro que no le importa. Tendrás tiempo para escanearlos para tu colección. ¿Verdad, Neli?

Brianda agradeció la mediación de su tía. Estaba acostumbrada a las malas maneras de Colau, pero esa noche precisamente estaba más agrio y esquivo de lo normal. Aunque nunca se hubiera atrevido a responderle como lo había hecho Neli, a ella también le había sorprendido la actitud del hombre. Era evidente que deseaba terminar cuanto antes con esa imprevista reunión. Quizás desease saborear ese mensaje del pasado en soledad y silencio. O quizás hubiera algo más...

Colau había interrumpido a Neli justo cuando ella iba a decir el nombre de alguien. ¿Qué importancia podía tener un nombre del siglo XVI?, se preguntó. Ninguna. Sin embargo, tenía que reconocer que un escalofrío había recorrido su espalda al leer el nombre de Brianda de Anels, una desconocida del pasado ahorcada por bruja que había despertado en ella la misma curiosidad que si se hubiera tratado de su propia abuela. De hecho, se había preguntado si sería joven o vieja, si estaría soltera o casada y si tendría hijos. Aunque aquello hubiera sucedido cuatrocientos años atrás, realmente tenía que haber sido terrible para el valle.

Sacudió la cabeza. Tal vez todo fuese más sencillo. Tal vez fuera la abrumadora cantidad de

datos valiosos que encerraba en su despacho la que le proporcionara placer pero también dolor a Colau y fuera motivo de su mal humor. Nadie seguiría con su trabajo en el futuro. Lamentó que Isolina y él no hubieran tenido hijos a quienes entregar sus conocimientos.

—Entonces hasta mañana —se despidió Neli poniéndose en pie.

Brianda se levantó para acompañarla hasta la puerta, donde Neli se detuvo unos instantes, con la mano apoyada en la manilla, como si quisiera decirle algo. Por fin, dijo:

—Cuando comencé a leerlos me llevé una gran desilusión, porque los textos eran muy repetitivos. Deseaba encontrar algo especial... Algo en mi interior me decía que la aparición de esos escritos justo en esas fechas del año *tenía* que significar algo... —Su voz se tiñó de complicidad—. ¿Recuerdas cuando me viste el otro día?

Brianda frunció el ceño. Se preguntaba qué tendría eso que ver ahora y por qué empleaba Neli un tono tan misterioso.

—Celebraba el recuerdo a nuestros ancestros y antepasados. En estas fechas de Samhain, las leyes del tiempo y el espacio se suspenden temporalmente y la barrera entre los mundos desaparece. Es el momento ideal para comunicarse con los muertos. Sentía que no había encontrado los documentos por casualidad, sino que de alguna manera había sido elegida, como si los dioses quisieran avisarme de algo.

—Y lo hicieron, ¿no? —dijo Brianda empleando un tono ligeramente sarcástico del que se arrepintió enseguida. Neli la había tratado con confianza al explicarle sus creencias y hacía unos minutos ella misma había comprendido la pena de la joven por el ajusticiamiento de aquellas brujas del pasado. Pero de ahí a aceptar que los dioses habían elegido a una bruja del presente para que descubriera la muerte de aquellas otras...

Neli fijó en ella su mirada. Afuera, el viento aumentó la intensidad de sus rugidos.

—Sé que el descubrimiento justo en estas fechas *tiene* que significar algo, Brianda. Samhain es el punto de inflexión y comienzo del año *wiccano*, el fin del ciclo de la vida, donde todo vuelve a comenzar. Ahora no puedo dejar de preguntarme qué es eso que tiene que volver a comenzar, pero sé que lo descubriré.

Neli desapareció en la oscuridad. Brianda oyó el ruido del motor de su coche y regresó al salón. Esteban ya se había retirado. Deseó buenas noches a sus tíos y subió las escaleras con lentitud. La visita de Neli había interrumpido los deseos íntimos de Esteban, pero ella estaba segura de que él no se había olvidado de ello.

Entró en el dormitorio. En silencio y a oscuras se desnudó y se metió en la cama. Enseguida Esteban comenzó a acariciarla. La había estado esperando. Brianda se sintió culpable por no desear responderle como él deseaba, pero tampoco quería mostrarle abiertamente su rechazo. Se colocó sobre él y comenzó a recorrer su cuerpo con la boca. Esteban comprendió sus intenciones y permaneció quieto. Y Brianda lo satisfizo sin permitirle que entrara en ella.

10.

Brianda y Esteban dejaron atrás el territorio del monte Beles para adentrarse en una angosta carretera que atravesaba un bosque de hayas, robles, pinos y olmos. Poco después, se internaron en un estrecho desfiladero que trazaba, firme pero ondulante, el límite de Tiles con Besalduch, el siguiente municipio hacia el oriente, donde estaba el monasterio en el que iban a encontrarse con Neli. Había llamado a primera hora de la mañana para decirles que estaría en el archivo sobre las diez. Como Brianda no tenía nada mejor que hacer y algo de curiosidad había hecho presa en ella, había accedido a acompañarla. En el último momento también Esteban se había apuntado, aunque luego tendría que encontrar tiempo para ponerse al día con su trabajo.

Continuaron por la estrecha carretera varios kilómetros más. Brianda se fijó en que las paredes del congosto servían de guía al río que se vislumbraba a la derecha, abajo. La roca caliza, desgastada por el paso del agua a lo largo de los años, había moldeado un grotesco paisaje acostumbrado a la ausencia de los rayos de sol. Por fin, una señal les indicó que debían dejar el coche y continuar andando y aparcaron en una pequeña explanada de tierra donde Neli los esperaba junto a su destartalado todoterreno, con la nariz y las mejillas enrojecidas, soplándose los nudillos y protestando por cómo había cambiado el tiempo en pocos días. Esa mañana no hacía viento, pero la baja temperatura mantenía la escarcha pegada a la dura tierra.

Neli los guio y descendieron en fila por un húmedo sendero, apenas trazado, hacia el río, al que acompañaron en sus meandros un buen rato hasta que el caminillo se ensanchó y se convirtió en una vía de piedra que indicaba el comienzo del recinto monumental, al que había que acceder por un empinado puente de piedra.

Brianda se quedó sin aliento al vislumbrar ese escenario de película medieval que la vegetación había ocultado durante siglos. En una extensión de no más de una hectárea se levantaban dos preciosos edificios y las ruinas de un tercero. Parecía que el tiempo se hubiera detenido en ese lugar. Solo faltaba que aparecieran monjes encogidos, ordenando el vaho de sus respiraciones en una fila, para sentir una completa regresión al pasado en ese inesperado remanso de paz a los pies de altas montañas.

—Tengo que reconocer que no me esperaba esto... —comentó Esteban.

Brianda asintió en silencio. Tal vez él se sintiera sobrecogido por la magnificencia del lugar, pero a ella le resultaba de una belleza fría, pétrea, desalmada.

Cruzaron a la otra orilla y Neli les mostró con rapidez los edificios. Al sur había una pequeña ermita del siglo XII, desdibujada por los esqueletos de unos árboles. Al norte, las ruinas de un antiguo palacio abacial y en el centro, su destino, el templo principal, una pequeña basílica con

una alta nave central y dos pequeñas laterales rematadas en sendos ábsides de tambor decorados con frisos de celdillas romboidales. Entre las ventanas con arco de medio punto, varios arquillos ciegos formaban profundos nichos en los muros.

Entraron en la iglesia y se acercaron a un improvisado mostrador que hacía de punto de información en una esquina. Una joven alta de melena castaña los saludó. Neli la presentó como Elsa, la sobrina de Petra. Había tenido la amabilidad de abrir el monasterio solo para ellos porque en octubre cerraba hasta la primavera. Ningún turista se perdía por ese paraje en los meses de invierno.

—Para vosotros y para unos conocidos de mi madre... —puntualizó con una sonrisa antes de decir—: No sé qué buscas, Neli, pero aquí no hay gran cosa...

Elsa eligió una llave de su manojo, abrió una puerta tras el mostrador y les hizo ademán de que la siguieran. Nada más entrar, Neli emitió una exclamación de desilusión. El archivo no era sino un pequeño cuarto con cuatro o cinco estanterías, unas cuantas cajas perfectamente ordenadas por fechas y una mesa de pino en el centro.

—Lo importante se llevó hace años a los archivos diocesanos por cuestiones de seguridad —explicó Elsa—. Aquí solo quedan registros de nacimientos, bodas, testamentos y funerales anteriores al siglo XX.

—¿Y juicios? —preguntó Neli.

Elsa movió la cabeza a ambos lados.

—Que yo sepa, no. —Se dirigió a alguien tras ellos—. Buenos días. Usted ha estado aquí muchas veces. Podrá corroborar mis palabras.

Los tres se giraron a la vez.

—Colau... —Brianda lo observó con el ceño fruncido. Le parecía que había envejecido en horas. Más encorvado que nunca y con la frente surcada de arrugas, se apoyaba en el quicio de la puerta como si le faltara el equilibrio. Se preguntó si al final había decidido acudir al monasterio por curiosidad, como ella, o por espiar sus adelantos.

—Ya les dije, pero no quisieron creerme... —dijo Colau con voz ronca.

—Claro que depende de lo que os interese —añadió Elsa—. Recuerdo la última vez que vino y encontró ese testamento de Casa Anels. Era de finales del XVI, si la memoria no me falla. Tuvo suerte, porque los papeles anteriores al XVII tampoco se quedan en este archivo.

Una sombra cruzó el rostro de Colau.

—¿Y de quién era el testamento? —preguntó Brianda.

—Uno como tantos otros... —repuso él lacónico.

—Pero, claro, eso fue muy excepcional —continuó Elsa—. ¿Y sobre qué son esos juicios, Neli?

Neli pareció dudar y Brianda supuso que, tal como habían quedado con Colau, prefería guardar silencio de momento sobre los documentos encontrados en la sacristía.

—Me interesa saber si aquí, como ha sucedido en otros lugares de montaña, ha habido algún ajusticiamiento por... —hizo una pausa— brujería.

Elsa elevó la vista al cielo.

—¡Si hubieras comenzado por ahí te hubiera respondido con absoluta certeza! Hace un

tiempo vino un investigador para su tesis doctoral sobre este tema y no encontró nada. Además, que yo sepa, los archivos inquisitoriales han sido ampliamente estudiados y no consta ningún proceso de brujería en estos lugares. —Soltó una risita—. O no se ha conservado nada o en este valle fuimos un ejemplo de concordia.

—De todos modos, me gustaría echar un vistazo —insistió Neli.

—Como quieras. —Elsa extendió las manos—. Si necesitáis cualquier cosa, estaré fuera.

En cuanto se marchó, Neli repasó las cajas de las estanterías, eligió las más antiguas y las colocó sobre la mesa.

—¿Me echáis una mano?

—Claro —respondió Brianda sentándose a su lado.

Esteban la imitó y los tres permanecieron un buen rato estudiando los documentos antiguos bajo la atenta mirada de Colau, inmóvil junto a la puerta.

Una hora más tarde, Neli cerró su última carpeta con brusquedad.

—Me doy por vencida —dijo enfadada—. Aquí no hay nada. Lo que ha dicho Elsa: bautizos y funerales. ¿Os falta mucho a vosotros?

Brianda negó con la cabeza. Terminó de leer un último papel, lo ordenó con los otros y se frotó los ojos.

—Al menos lo hemos intentado. ¿Tú tienes algo, Esteban?

—¿En qué año fueron las ejecuciones? —preguntó él a su vez pensativo.

—En 1592 —respondió Neli rápidamente acercándosele—. ¿Por?

—Igual es una tontería, pero...

Brianda percibió que Colau, atento a las palabras de Esteban, hacía un leve movimiento.

—Aquí hay un fragmento de la solicitud de un hombre pidiendo permiso para la exhumación del cadáver de su esposa. —Se acercó el papel a los ojos—. Creo que la fecha es de abril del noventa y dos.

—¿Y el nombre? —preguntó Neli, impaciente, situándose a su espalda.

—Pone «Señor de Anels» —respondió Esteban señalándolo con el dedo—. Eso es todo. Me pregunto qué querría demostrar. —Resopló—. Me estoy dando cuenta de que la investigación histórica es entretenida, pero puede resultar muy frustrante.

—Supongo que tampoco sabrás nada de esto, Colau... —dijo Neli con ironía, mientras sacaba una foto al documento con su móvil.

Colau no respondió. Brianda lo miró. Su rostro mostraba extrañeza, como si buscara en su mente la manera de encajar esa información.

Devolvieron las cajas a las estanterías y salieron.

—¿Alguna novedad? —les preguntó Elsa. Miró su reloj y esbozó una media sonrisa—. Si queréis, puedo enseñaros la iglesia y la exposición. La semana que viene la desmontaremos.

La siguieron mientras adoptaba una actitud profesional y comenzaba a explicar con voz monocorde que la construcción del conjunto de la iglesia seguía las llamadas *armonías musicales*, el sistema proporcional arquitectónico más usado en la Edad Media:

—Los números tres y siete se repiten por todo el templo. Hay tres naves de siete tramos; tres ventanas en el ábside central y siete en los tres ábsides. El número tres es el más sagrado de los números. Se atribuye al ser supremo en sus tres personalidades: material, espiritual e intelectual y a sus tres atributos, infinito, eterno y todopoderoso. Es además el número de la Santísima Trinidad, pues representa a Dios en su expresión total...

—También es el número de los nombres del planeta nocturno: Luna, Diana y Hecate —comentó Neli por lo bajo—. O el símbolo de la Tierra, cuya fecundidad se la proporcionan tres elementos: el agua, el aire y el calor. O la perfecta armonía de todas las cosas, que tienen principio, medio y fin o presente, pasado y futuro o cuerpo, alma y espíritu.

Siempre alerta a la interpretación que Elsa hacía del mundo, a cada explicación, Neli murmuraba algo con expresión contrariada. Si Elsa explicaba que el siete se correspondía con los días de la creación del mundo, con las frases que había dicho Jesucristo en la cruz, con los sacramentos, los pecados capitales, las virtudes teologales, los dones del Espíritu Santo y los sellos en el Libro del Apocalipsis, Neli contraatacaba en voz baja explicando que también eran siete las notas musicales, las artes, los colores del arco iris, los cuerpos celestes que habían dado sus nombres a los días de la semana, o los *chakras* en el cuerpo humano...

Brianda notó que, a su lado, Esteban se esforzaba por ahogar una carcajada.

—¿No te resulta un poco rara Neli? —le preguntó él al oído.

—¿Por qué? ¿Acaso ha dicho alguna mentira? —Brianda se sorprendió por su súbito deseo de defenderla.

—No, pero... —Se encogió de hombros. En ese momento sonó su móvil. Miró quién llamaba y dijo—: Es del trabajo. Ahora vuelvo.

Elsa les fue explicando brevemente los diferentes objetos de la exposición, dedicada ese otoño a la religiosidad popular. Brianda la escuchaba atentamente y, de vez en cuando, sentía un ligero estremecimiento. No podía liberarse de una vaga sensación de *déjà vu*. La joven guía señaló la última pieza. Eran los restos de una rudimentaria alacena de madera sobre un pequeño podio rectangular, separados de los visitantes por un cordel de color burdeos.

—El confesionario... —balbuceó entonces Brianda.

—Así es —confirmó Elsa—. Este es uno de los pocos tesoros de mobiliario religioso antiguo que se ha conservado en la zona. Lamentablemente, sufrió los efectos devastadores de un incendio. Como veis, sobre la parte inferior de la puerta, de perfil poligonal, se aprecia una celosía con un motivo decorativo de abanico vegetal. Es de mediados del siglo XVII.

—No —corrigió Brianda—. Se construyó a finales del siglo XVI.

—Los restos de los motivos decorativos tallados en los laterales indican...

Brianda la interrumpió de nuevo, ignorando las miradas de extrañeza que le lanzaron los demás:

—En una esquina de la parte trasera hay guirnaldas y capullos abiertos tallados en miniatura... —Podía ver las manos que golpeaban el cincel con el martillo; las virutas, alborotadas, separándose de la madera. Aquellas imágenes surgían ante sus ojos tan vivas como los miembros de su propio cuerpo—. Bajo ellos, ocupando un espacio rectangular de unos tres por cinco centímetros, una ramita de boj y otra de aliaga en flor.

Colau se acercó a ella.

—¿Y tú cómo lo sabes? —La voz le temblaba, pero había recuperado su porte conminatorio. En su mirada había desconfianza—. Desconocía tu afición por las antigüedades...

Brianda no respondió. Aturdida, agachó la cabeza.

Entonces, Colau se dirigió a la guía:

—¿Es cierto? —Lo preguntó con urgencia.

Elsa se encogió de hombros.

—No lo sé.

—¿Podemos comprobarlo? —preguntó Neli ansiosa—. Solo tenemos que moverla unos centímetros...

Antes de que Elsa pudiera responder, Colau dijo:

—No se deben tocar estas piezas tan antiguas. Ya se ve que es muy frágil.

Neli se acercó a Brianda.

—¿Qué te pasa? —preguntó preocupada—. Tu expresión... ¿Estás...?

Brianda era incapaz de definir en qué estado se encontraba. Otra vez veía imágenes sueltas, pero a diferencia de las horribles figuras provocadas por la visión de la sangre de la herida de su tío, estas eran amables: un hombre vestido de oscuro con un rictus de alegría contenida daba indicaciones; una joven dibujaba flores; otro hombre tallaba; otra joven —¿o era la misma?— se arrodillaba ante la puerta poligonal... Cerró los ojos y permaneció en silencio.

—El confesionario estaba en Tiles, en una pequeña iglesia —dijo por fin con voz firme, aunque todavía se sentía confusa—. Fue el primero que se construyó. —Suspiró profundamente y añadió, ahora con voz débil—: Necesito aire fresco. Seguid vosotros...

Salió al exterior y se apoyó en la pared. Esteban la vio y se acercó con el ceño fruncido, guardando el móvil en el bolsillo del forro polar.

—No pasa nada —mintió Brianda rápidamente—. Me estaba cansando de tantas explicaciones.

Esteban tomó su mano y la apretó con fuerza.

—Creía que ya te encontrabas mejor... —dijo con cariño y preocupación—. Anoche...

—Hoy solo he desayunado un café —replicó ella en tono tranquilizador. Si no era capaz de explicarse a sí misma la sensación de extrañamiento de su propia persona, tampoco lo compartiría con nadie más. Ni siquiera con él—. Me habrá dado una bajada de glucosa.

Al poco, Neli y Elsa salieron y se aproximaron. Le dieron las gracias por todo y, al ir a despedirse, Elsa se ofreció a acompañarlos hasta el puente para esperar a los amigos de su madre.

—¿Y Colau? —preguntó Esteban.

—Quería sacarle unas fotos al confesionario —respondió Neli—. No hace falta que le esperemos. Ha venido en su coche.

Apenas llevaban unos metros recorridos cuando Brianda, impulsivamente, dijo:

—Ahora vuelvo.

Giró sobre sus pasos, intrigada por el súbito interés de su tío hacia los restos del antiguo mueble, y entró en la iglesia sigilosamente. Lo que vio la paralizó. Colau había desplazado el confesionario medio metro de la pared para situarse tras él. No se había percatado de su

presencia porque estaba completamente concentrado en el trabajo de las yemas de sus dedos, que recorrían con avidez la superficie de madera. Cuando le parecía notar algo, inclinaba el cuerpo hacia delante para cerciorarse de si había encontrado lo que buscaba o debía continuar. Y de cuando en cuando pronunciaba unas palabras que rebotaban en las piedras para llegar hasta ella con total nitidez:

—¿Por qué has venido? ¿Qué buscas exactamente?

Al poco, Colau emitió un sonido de sorpresa.

—El boj y la aliaga... —repitió varias veces, acariciando la talla con dedos temblorosos—. ¿Cómo es que lo sabías? No puede ser... ¿Has fisgado entre mis cosas?

Brianda huyó de aquella incomprensible escena. El temblor de las rodillas le impedía correr todo lo deprisa que hubiera deseado y le hacía tropezar con las piedras del suelo. Le faltaba el aire. En lo alto del puente se detuvo y se arrodilló en el suelo helado, negándose a volver la vista atrás. Cerró los ojos y comenzó a sollozar, asustada e inquieta. Sus visiones habían resultado ciertas y Colau había querido comprobarlo. ¿Por qué? No entendía nada.

Una mano se posó en su brazo.

—Vamos, Brianda —dijo Neli suavemente.

Como si ya no tuviera fuerzas para dominar su cuerpo, Brianda aceptó la ayuda de Neli para ponerse en pie.

—Tú sabes por qué vine aquí, ¿verdad, Neli? —Gimoteó—. Empecé a tener ataques de ansiedad y pensé que en el campo mejoraría, pero no es así, porque cada vez me encuentro más débil... —la necesidad de desahogarse la hacía hablar atropelladamente— y aquí todo es muy extraño... y mi tío Colau no está bien de la cabeza... y tú eres una... —Se detuvo—. ¿Por qué me miras así?

—Te he estado observando detenidamente, Brianda. Necesito más pruebas, pero creo que tengo una ligera sospecha de lo que te está sucediendo.

—¿Puedes ayudarme?

—Yo también estoy asustada y temo que me tomes por loca si algún día te atreves a escucharme. Pero de una cosa estoy segura: si mis suposiciones son ciertas, tendrás que soportar mucho sufrimiento antes de encontrar la paz. Me pregunto si estás dispuesta a padecer para recuperar la calma.

Brianda echó un paso atrás y la miró fijamente. Haría cualquier cosa por volver a ser la misma persona de antes, pero no comprendía qué podía hacer por ella alguien como Neli.

Entonces se percató de que Colau comenzaba a ascender la cuesta empedrada del puente.

—Lo pensaré —dijo simplemente, y tomó el camino hacia el coche.

11.

Brianda apenas pronunció palabra durante el resto del día. El dolor de cabeza que tenía desde que habían regresado del monasterio la obligaba a mantener los ojos entrecerrados y la vista baja. Pensó que gracias a eso podía evitar la mirada siniestra de Colau, quien, sentado ahora frente a ella, esperaba inmóvil a que Isolina le sirviera la cena. Su mera presencia le resultaba cada vez más insoportable y le irritaba que ni su tía ni Esteban parecieran percatarse de que su actitud hacia ella era especialmente desagradable y de que no dejaba de espiar todos sus gestos y movimientos. Si para ella ya resultaba terriblemente inquietante que una de sus visiones hubiera resultado cierta, más desconcertante era que, al descubrir las marcas del confesionario, Colau la hubiera acusado de fisgar entre sus cosas, cuando ni siquiera se había atrevido a asomar la nariz en su despacho. Por más vueltas que le daba, no podía hacerse una idea de qué secreto tan importante podía él ocultar que tuviera que ver con los dibujitos del boj y la aliaga, y desde luego, no pensaba preguntárselo aunque su curiosidad fuera en aumento. Y también estaba Neli y su ilusoria convicción de que podía ayudarla a curarse...

El teléfono sonó en la cocina e Isolina respondió. Por el tono de voz y el tipo de comentarios, Brianda supo enseguida que era su madre quien llamaba. Después de unos minutos, Isolina le pasó el inalámbrico. Brianda salió al vestíbulo en busca de intimidad. Le producía mucha pereza hablar con Laura. Tendría que contarle la verdad: no se encontraba mejor y ahora, además, había perdido su empleo.

—¿Cómo estás? —preguntó la voz alegre de su madre.

—Bien —respondió Brianda sin entusiasmo.

—Ya me ha dicho Isolina que Esteban ha subido a verte. Me imagino que volverás pasado mañana con él. Se te acaban las vacaciones...

—No exactamente. Verás. Hay algo que papá y tú no sabéis todavía... —Tomó aire—. Me han despedido. Recortes de personal.

Laura guardó silencio. Luego dijo:

—Pues razón de más para regresar enseguida. Tendrás que arreglar los papeles del paro y empezar cuanto antes a buscar otro para no perder el tren.

—¿Qué tren? —susurró Brianda de manera imperceptible.

Cerró los ojos y se masajeó las sienes con el pulgar y el índice de una mano mientras su madre continuaba hablando. No sabía qué hacer con su vida. Justo en esos momentos no se sentía capaz ni de subirse a ningún tren ni de retomar una vida que veía difusa en un lugar como Madrid, que también había comenzado a antojársele lejano. Volver a Madrid suponía regresar

con Esteban, pero ¿cómo iba a acostarse todos los días con un hombre al que su cuerpo rechazaba? Podría quedarse más tiempo en Tiles, pero tampoco creía que fuese el lugar donde encontrar el sosiego y la tranquilidad con la actitud de Colau y los misterios de Neli. Siempre se había considerado una mujer juiciosa; siempre había hecho lo correcto de cara a los demás, pero ahora estaba desorientada.

En cuanto pudo, le devolvió el teléfono a su tía para que terminara la conversación por ella. Cuando colgó, Isolina le dijo en voz muy baja:

—Te hemos oído. No lo sabía, hija, lo siento. Ya sabes que puedes quedarte aquí el tiempo que quieras.

Brianda le dio un breve abrazo de agradecimiento. Se sirvió un vaso de agua y se tomó un ibuprofeno.

—¿Os importa si me acuesto ya? ¿Esteban?

—No te preocupes —respondió este—. Yo aprovecharé para leer un rato. Tengo un par de casos que preparar para el lunes y ya estamos a viernes.

Brianda subió al dormitorio y se acostó.

Lo último que pensó antes de que el sueño la venciera fue que le producía pena marcharse de ese lugar sin conocer Lubich. Estaba claro que no había mejorado. En dos semanas, ni siquiera se había atrevido a cruzar esa línea del bosque hacia lo desconocido.

Cuando se despertó a la mañana siguiente, vio a Esteban tomando notas en la mesa junto al balcón. La luz del sol que iluminaba la habitación era tan intensa que no podía abrir los ojos.

—Buenos días, dormilona. —Esteban se sentó en la cama y se inclinó para besarla—. Son las once y hace un día increíblemente bonito. ¿Estás mejor?

Brianda asintió.

Se levantó y, después de una rápida ducha, se puso unos tejanos, una camisa y un jersey blancos que adornó con un alegre foulard. Se sentía sorprendentemente animada. El descanso le había sentado bien.

—¿Te apetece dar un paseo? —le preguntó a Esteban.

Esteban señaló sus papeles.

—Voy muy mal de tiempo... Seguro que Isolina te acompaña.

Brianda bajó a la cocina, se tomó un café con leche y salió afuera en busca de Isolina, a la que divisó en la parte posterior de la casa limpiando los restos de flores y plantas secas de unos parterres. La observó unos instantes y se preguntó para qué se esforzaría tanto si ni en veinte vidas aquello conseguiría parecer un jardín de verdad. Pero ahí seguía ella, cumpliendo sola año tras año con sus pequeños retos cotidianos. Iba a llamar su atención, pero recordó sus pensamientos de la noche anterior y se detuvo. Desde hacía días, ella tenía un desafío mucho mayor.

Cruzó la era en dirección contraria a su tía y tomó con decisión el camino hacia la fuente. Como si la hubiera estado esperando, Luzer, tumbado a unos metros fuera de la verja, se levantó y comenzó a seguirla. Brianda buscó con la mirada bajo un fresno reseco y cogió un grueso palo

por si tenía que librarse de él. Si había alguien a quien no echaría de menos cuando se fuera de Tiles eran ese animal y su dueño. Con el perro pisándole los talones, llegó al cruce del camino de Lubich, justo antes del cementerio. El corazón comenzó a latirle con fuerza.

Recordó las veces que había recorrido ese camino de exuberante vegetación justo hasta el límite donde las plantas trepadoras se apoderaban del paisaje y decidió intentarlo una vez más. Tal vez pasara mucho tiempo antes de que tuviera otra ocasión. Se preguntó hasta dónde sería capaz de llegar y si se atrevería por fin a atravesar el bosque que llevaba a Lubich.

En ese momento, todo estaba a favor de intentarlo: hacía un día precioso, con un sol radiante y una ausencia total de nubes y sombras y Luzer, aunque la miraba con actitud de espía, proporcionaba cierta seguridad al marcar con sus gestos cualquier presencia extraña y al asustar con sus ladridos a algún otro animal.

Después de un cuarto de hora caminando consiguió acostumbrarse al colorido paisaje del otoño y al silencio de la naturaleza, interrumpido por puntuales ruidos secos, y se relajó. El paseo había elevado la temperatura de su cuerpo, por lo que se quitó el jersey y se lo anudó a la cintura. Luzer abandonaba el camino para olfatear entre los árboles y regresaba rápidamente, como si intuyera que no debía dejarla sola. Un rato más tarde, se sorprendió de la paz que comenzaba a embargarla por primera vez en meses. Se sentía serena, tranquila e incluso feliz. Pensó que tal vez se debiera al hecho de haber superado un miedo concreto: ella sola había conseguido adentrarse en la inquietante espesura de ese bosque del que tantas otras veces había huido, acompañada de un animal que más parecía un lobo que un perro. Y no pasaba nada. Ni había monstruos, ni fantasmas, ni peligro de muerte inmediata, sino una muestra de naturaleza excesiva en un lienzo vivo de tonos verdes, rojos, amarillos, ocres, grises y azules, del que ella formaba parte con la misma espontaneidad que cualquiera de los árboles, las hojas de las enredaderas, las piedras y el cielo.

Por fin, ella, el camino y el bosque se detuvieron ante una muralla de piedra cuya única abertura estaba ocupada por una verja de hierro forjado de unos tres metros de altura. La calma dio paso al asombro. Ese era el alarmante lugar al que prohibían ir a los niños, el tenebroso castillo dominado por presencias extrañas donde podían desaparecer los jóvenes del valle. Se preguntó dónde estaría, si es que existía, el peligroso precipicio.

Las hojas de la verja, abiertas, tentaron a Brianda a entrar en ese rincón donde el tiempo se había dormido hacía siglos. Dio varios pasos y entonces Luzer se puso a gruñir con la misma agresividad que había mostrado aquella noche con Neli, solo que ahora evitaba acercársele. A Brianda se le erizó el vello de la nuca. Tuvo la absurda sensación de que Luzer quería impedir que continuara no tanto porque presintiera un peligro inminente del que quisiera avisarla, sino por frustración al no atreverse él mismo a cruzar los límites de la verja. Pero ahora que ella había llegado hasta allí, no pensaba detenerse.

Con los sentidos alerta y el corazón palpitante avanzó por el camino empedrado que onduló unos cien metros hasta una explanada con restos de material de obra donde se levantaba una turbadora mansión de piedra oscurecida por los siglos. La visión del macizo y sobrio edificio de mampostería sin pulir con alguna aspillera como único adorno hizo que se olvidara de los ladridos ya roncos de Luzer.

Unas voces y ruidos la guiaron hacia un colosal portalón de sillares blasonado en cuyos goznes se sujetaba una puerta de madera de casi cuatro metros de altura, adornada con clavos gruesos como huevos sobre unas piezas de forja en forma de rombo. Asomó la cabeza y vio que por ahí se accedía a un patio interior, también descubierto. Tuvo que echar toda la cabeza hacia atrás para disfrutar del elaborado entramado de madera que cubría el pasadizo y sintió vértigo; por el propio gesto y por la magnificencia de la construcción. Ya en el patio, tan amplio como la plaza mayor de muchos pequeños lugares, volvió a maravillarse por el cambio en tan pocos metros respecto del exterior. La altísima torre, con grandes sillares en las esquinas, servía de solemne punto de unión entre el primer edificio que había traspasado y otro más elegante cubierto de hiedra, probablemente la residencia principal, con ventanas también de sillares, algunas de las cuales mostraban antepechos de madera con tallas de cordón, y un par de preciosas ventanas trilobuladas. Los otros edificios adosados eran más sencillos —supuso que serían antiguas cuadras y pajares—, pero el alero de canes tallados y decorados con volutas y motivos sogueados confería una unidad a todo el recinto.

Lubich le atrajo por su magnificencia y suntuosidad; pero había algo en ese entorno pétreo que la sobrecogía y la hacía estremecer. Desde luego, ahora entendía por qué Corso estaba tan ocupado con esa casa; pero lo que escapaba a su comprensión era la razón por la que un hombre solitario había decidido acometer una obra de semejante envergadura en ese lugar apartado del mundo.

En la parte más alejada del patio, donde aún había andamios montados, un grupo de obreros continuaba su trabajo ajeno a la presencia de la joven. Brianda reconoció a Bernardo, el marido de Petra, y dudó si acercarse y preguntar por el dueño.

—¡Vaya sorpresa! —exclamó la voz familiar de Jonás. Su sonrisa provocó que las pequeñas arrugas de sus ojos resaltaran en su rostro polvoriento—. ¿Qué haces por aquí?

—He salido a dar un paseo y me he dejado llevar por la curiosidad. Espero que no le moleste al dueño que me haya presentado sin avisar... —Era una forma indirecta de saber si Corso estaba ahí o si iba a sufrir una decepción. Y tenía que admitir para sus adentros que sentía unas irrefrenables ganas de encontrarse con él.

En ese momento, de algún lugar surgió un *dumper* que circulaba a gran velocidad a pesar de estar cargado de escombros.

—No creo que le moleste —dijo Jonás—. Ahí está.

El vehículo frenó en seco a pocos metros y Corso, con el torso desnudo, bajó de un salto. Rápidamente desanudó la camisa que llevaba atada a la cintura y se la puso. También instintivamente se atusó el cabello para ordenar los mechones rebeldes y se sacudió los pantalones como si con unos simples gestos pudiera conseguir una apariencia digna ante la inesperada visita.

Brianda se quedó paralizada al verlo. Deseó que no se le notara el rubor que súbitamente se apoderó de sus mejillas. Se sentía completamente bloqueada. En segundos le tocaría saludarlo. Dudaba qué hacer, si darle dos besos, estrechar su mano, o expresar verbalmente que se alegraba de volver a verlo; pero temía no poder hablar, pues le temblaba el cuerpo y le rechinaban los dientes, como si tuviera mucho frío, cuando lo que estaba era hecha un manojo de nervios.

Levantó la vista y su mirada se cruzó con la de Corso. La mansión, el patio, la torre y los aleros decorados pasaron a un borroso segundo plano. Si no fuera por la nitidez con la que resaltaban la imponente figura del hombre, su camisa suelta sobre los tejanos, su oscuro cabello alborotado y su mirada profunda, hubiera creído que se iba a desmayar. Notó el pulso acelerado, las malditas palpitaciones, la opresión en el pecho, el dolor en la nuca. Tenía que decir algo, pero no encontraba las palabras. ¿Cuánto se conocían? ¿Mucho, poco? ¿Pensar y soñar con él contaba?

Corso se inclinó sobre ella para besarla en la mejilla y Brianda percibió cada fotograma de ese plano en cámara lenta: la mano de Corso sobre su antebrazo; el rostro de Corso acercándose al suyo; el roce de su piel áspera sobre su mejilla; la cercanía de sus labios y de su aliento de camino a la otra mejilla; los ojos abiertos, deleitados, durante la separación.

El gesto inofensivo de saludo entre dos personas cualesquiera provocó una sacudida en lo más profundo de su ser. En ese reducto histórico, impasible desde hacía siglos, su reloj interno perdió el ritmo, incapaz de medir la duración o separación de los acontecimientos antes y después de la presencia de Corso; se detuvo en un eterno y extraño presente atemporal formado por eventos simultáneos que podrían haber sucedido ya o tal vez no. Lo lejano parecía cercano; lo cercano, desconcertante; lo desconcertante, deseoso de suceder en un bucle de vacío en el cual el tiempo se curvara sobre sí mismo para regresar a un punto pasado.

Una frase la rescató de ese vértigo.

—¿Te gustaría ver la casa?

—Me gustaría mucho, pero tal vez en otra ocasión —consiguió decir—. No quiero interrumpir tu trabajo.

Brianda se sonrojó por su propia mentira. No había otra cosa que deseara más que conocer Lubich de la mano de Corso, pero no quería demostrar demasiado interés delante de Jonás. Hasta ese momento, todo había sucedido de manera muy casual.

—Lo bueno de ser el dueño es que puedo parar cuando quiera. —Hizo un gesto hacia el *dumper*—. Jonás, todo tuyo.

Este se despidió y regresó al trabajo.

Permanecieron unos segundos en silencio. Brianda había deseado tanto encontrarse de nuevo con él que no sabía muy bien cómo enfrentarse a la situación. Se preguntó si a él le sucedía lo mismo.

—Bien —dijo, por fin, Corso—. Empezaremos por el principio.

La guio hacia la puerta del edificio más elegante, sobre la que había un dintel con unas palabras talladas.

—Johan de Lubich, 1322 —leyó Brianda—. Produce escalofríos pensar en su antigüedad.

—La piedra apareció entre un montón de escombros. Me pareció que este sería buen sitio para recolocarla. Casi todo lo que ves ahora no era más que un esqueleto hace unos meses.

—He de decir que estoy impresionada con lo que he visto. —Brianda deslizó su vista por los edificios por no mirarle directamente a él—. No sé en qué condiciones estaba todo esto cuando empezaste la rehabilitación, pero el resultado es magnífico. ¿Cómo supiste qué tenías que hacer?

Corso agradeció el comentario con una sonrisa.

—Tenía unos bocetos de un antepasado que me han servido de guía...

—¿Tu familia vivía aquí?

—No exactamente. Durante siglos, Lubich ha sido siempre la parte olvidada del patrimonio de mi familia en Siena. Desde las escrituras más antiguas, cada nuevo propietario tenía que aceptar, como cláusula indispensable para adquirir la condición de heredero único y universal, el compromiso de hacerse cargo de esta propiedad en el antiguo condado español de Orrun. La cláusula no explicitaba qué quería decir exactamente «hacerse cargo», de modo que durante siglos mi familia se limitó a pagar los impuestos correspondientes para continuar acreditando la propiedad. Cuando falleció mi padre, mis hermanos y yo nos dividimos la herencia y esta parte me tocó a mí...

Brianda escuchó sus explicaciones asombrada.

—¿Y no lo habías visto nunca antes? —preguntó.

—A excepción de un antepasado viajero del siglo XIX que cruzó los Pirineos para conocer el valle de Tiles, nadie más de mi familia ha estado aquí. Hizo un cuaderno de viaje ilustrado con dibujos a plumilla de los restos de lo que debió de ser la magnífica Casa Lubich original. Me basé en ellos para comenzar la reconstrucción y luego..., no sé cómo explicarlo, pero un sexto sentido me indicaba cómo continuar. No sé si a ti te ha pasado alguna vez.

—¿Saber algo sin saber por qué? —Brianda esbozó una sonrisa amarga—. Ya lo creo.

Corso la miró tan fijamente que ella se estremeció y buscó cobijo en el oscuro zaguán de dimensiones proporcionales a la grandiosidad de todo en aquel lugar, dominado por la escalera más preciosa que ella hubiera visto jamás. Un primer tramo de escalones con barandilla de piedra conducía a un rellano presidido por una pintura de tema religioso, donde la escalera se bifurcaba en dos brazos divergentes con barandilla de forja que después de los respectivos rellanos convergían en una puerta.

—La escalera lleva a la zona de los dormitorios, pero empezaremos por los salones. —Corso señaló unas recias puertas bajo la escalera.

Brianda lo siguió y, al poco rato, temió agotar su repertorio de adjetivos y expresiones de asombro durante el recorrido por la planta baja. Optó por asentir cortésmente a las explicaciones de Corso. Aunque a ella le parecía que la decoración era tan excesiva como la construcción, él le decía que todavía faltaban muchas cosas por desembalar y colocar en su sitio o por llegar de Italia para que la casa fuese completamente acogedora. Brianda no sabía exactamente de qué mundo había surgido Corso, pero desde luego, tenía que ser uno muy diferente al del resto de los mortales. Hablaba de los muebles, a los que se refería utilizando nombres que ella nunca había escuchado, sin rastro de afectación, como si fueran miembros de su familia. En sus labios, una palabra como *cornucopia*, ese espejo dorado que ahora le mostraba, lejos de sonar extravagante u ostentosa, expresaba sencillamente un objeto con una historia, un recuerdo o una anécdota de cómo lo había conseguido. Al principio de la visita, Brianda había tenido la sensación de estar en un museo estático; sin embargo, al escuchar a Corso, las diferentes estancias de la casa se iban convirtiendo en una vibrante galería llena de vitalidad.

—Y este es el último despacho de esta planta. —Corso le cedió el paso a un pequeño cuarto en el que la mayoría de los objetos estaban envueltos todavía en plástico de burbujas—.

Comunica con el patio de entrada.

La mirada de Brianda se centró en una pequeña arquilla con asas en los costados para permitir su transporte que reposaba sobre una estrecha mesa de patas torneadas. Ella no entendía mucho de antigüedades, pero esa pieza le resultó especial.

—¿Qué es? —preguntó.

Corso se acercó, abrió la tapa frontal del mueble y descubrió una serie de gavetas en su interior.

—Es como un escritorio o contador de nogal. —Tiró de la anilla de un cajoncillo—. Se utilizaba para guardar documentos, objetos de valor o dinero. La tapa servía para apoyar el papel y escribir. La heredé con la casa. —Percibió el gesto de extrañeza de la joven y explicó—: Por razones que desconozco, este objeto está ligado a esta casa. Así lo han ido transcribiendo los notarios en cada escritura de transmisión de herencia.

Brianda deslizó la mano para apreciar la suavidad de la madera pulida y de las minúsculas piezas geométricas de hueso y boj que formaban motivos decorativos de cierto aire mudéjar. Acababa de ver objetos magníficos en la casa, pero si tuviera que elegir uno, sin duda alguna se quedaría con ese. En el centro, había una graciosa portezuela adornada con un sencillo dintel y cerrada con una diminuta cerradura.

—Supongo que aquí guardarían lo más importante... —comentó.

Corso extrajo una minúscula llave de un cajón y abrió el compartimento.

—Sí, como ves, una auténtica caja de caudales que se podía abrir con cualquier cincel —bromeó.

Brianda acarició el interior del armarito, en el que había cuatro pequeñas piezas de madera en cada esquina a modo de columnas. Las cuatro habían sido pulidas, pero una de ellas tenía una muesca invisible a la vista pero apreciable al tacto. De repente, el corazón le dio un vuelco y un inesperado vacío se apoderó de su pecho. Se llevó la mano a la frente y la notó fría y húmeda. Tuvo que apoyarse sobre la mesa para no desvanecerse.

—¿Qué te pasa? —preguntó Corso alarmado—. Te has puesto pálida. —Miró su reloj y vio que llevaban casi dos horas de visita—. La culpa es mía, por cansarte con tanta explicación. ¿Quieres tomar algo?

Brianda negó con la cabeza. Analizó su cuerpo y se percató de que, por la razón que fuera, esa vez el mareo había sido muy fugaz. Lo más probable era que hubiera sufrido una versión abreviada y descafeinada del síndrome de Stendhal ante tanta acumulación de belleza y arte.

—Estoy bien, gracias. —Dedicó al joven una tranquilizadora sonrisa—. Un poco de aire fresco será suficiente...

Corso la guio hasta el zaguán de la escalera principal, donde pareció dudar.

—Podemos salir al jardín, pero está todo en obras. ¿Seguro que no quieres comer nada? ¿O preferirías ver la torre? Las vistas son magníficas...

Brianda miró su reloj. Era la una.

—¿No es demasiado tarde para ti?

Para ella lo era, pero no sabía cuándo tendría otra ocasión de estar con Corso a solas. Quería alargar como fuera el tiempo en su compañía.

—Tengo todo el tiempo del mundo —se apresuró a responder él.

—Entonces, elijo la torre.

Ahí estaba el precipicio, confirmó Brianda, asomándose con cautela a una de las aberturas de la segunda planta de la torre.

Detrás de Casa Lubich la tierra realmente se terminaba ante una cortada natural de decenas de metros de altura. Desde allí pudo comprobar que la construcción descansaba sobre pura roca. Le resultaba difícil imaginar los complicados andamiajes necesarios para elevar las paredes de la torre y de la parte trasera de la casa. Solo cuando los sentidos lograban acostumbrarse a la sensación de vértigo y vacío podían empezar a deleitarse con el maravilloso paisaje que se desplegaba más allá del abismo: vastos terrenos fértiles se extendían entre los límites laterales de los bosques de Lubich a la derecha y la falda del monte Beles a la izquierda hasta los pies de las cumbres más altas de la comarca, cuyos picos estaban ya cubiertos por las primeras nieves del año. La ubicación de la torre revelaba que Casa Lubich había sido una fortaleza infranqueable. Brianda se preguntó a quién habrían temido siglos atrás y qué guerras habrían tenido lugar allí. Seguramente esa sima había recibido muchos cuerpos en sus profundidades. En esos momentos deseó saber más de la historia del valle.

—¿Qué te parece? —susurró Corso concentrado en la expresión de la joven—. ¿A que vale la pena subir todas esas escaleras?

Brianda asintió con la cabeza sin apartar la mirada del horizonte. Sentía a Corso tan cerca que no quería ni girarse por no toparse con su mirada. Una repentina brisa acarició sus mejillas, proporcionando algo de alivio al calor que recorría su piel.

—Aquí paso muchas horas —confesó él—. Cuando llegué, tuve dudas al ver todo el trabajo que había, más del que había imaginado. Lo primero que reconstruí fue la torre, tal vez porque desde aquí podía ver todo el conjunto. Luego, cuanto más subía, más me enamoraba de la vista del paisaje y de los adelantos que iba haciendo. Ahora ya tengo la sensación de que este es mi sitio; de que lo he encontrado. —Soltó una breve carcajada para restar seriedad a sus palabras—. Suena bien: mi sitio.

—¿Y por qué no lo era el lugar del que vienes? Esto está tan lejos de tu casa y de tu familia...

Corso se encogió de hombros.

—No lo sé. Pero llegó un día en que supe que necesitaba un cambio.

Sus palabras aumentaron la curiosidad de Brianda, como si deseara escuchar en los labios de Corso las respuestas a las preguntas que ella se formulaba continuamente.

—¿Y qué te hizo cambiar?

Corso guardó silencio unos segundos. Brianda lamentó haber sido demasiado atrevida, pero no se disculpó. Escuchar a Corso la tranquilizaba; si, además, conseguía que le contara detalles sobre su propia experiencia que pudiera cotejar con la suya, mejor.

—Al poco tiempo de morir mi padre, tuve un accidente. Mi mejor amigo murió. —Ahora Brianda sí se giró para mirarlo. El hombre tenía el ceño fruncido en un gesto de dolor—. No fue mi culpa exactamente, pero yo conducía y yo fui quien insistió en seguir la juerga esa noche. —

Instintivamente se llevó una mano a la cicatriz y Brianda supuso que ahí estaba la explicación sobre la herida—. Me costó mucho superarlo. No sé si todavía lo he hecho. Le puse su nombre a mi caballo, Santo, para tener su recuerdo siempre presente. Luego surgió la posibilidad de hacerme cargo de esta herencia y me lo planteé como una mezcla de penitencia y reto; necesitaba algo diferente, lejos, que supusiese tanto esfuerzo que me obligara a seguir...

Detuvo su explicación bruscamente, como si de repente se hubiera sorprendido por mostrarse tan explícito ante una persona a la que hacía muy poco que conocía. Se inclinó sobre ella y preguntó:

—Y tú, ¿has venido de vacaciones? ¿Te quedarás mucho tiempo en Tiles?

Brianda parpadeó. Por primera vez en semanas supo algo con certeza. Junto a Corso, en esa torre elevada hacia el cielo que pretendía competir en verticalidad con las montañas del entorno —las únicas presencias imperturbables ante el paso del tiempo y de generaciones—, su corazón le decía a gritos que lo que quería era quedarse para siempre.

Bajó la vista, avergonzada por sus propios deseos. Incapaz de responder a una pregunta tan sencilla, pensó en las razones por las que Corso se había alejado de su tierra natal. La muerte de personas cercanas había sido el detonante del cambio. En su propio caso, sin embargo, no había nada que pudiera causar esa indecisión vital que la enfermaba. Seguía sin saber qué quería realmente. En Tiles no encontraba la paz, pero temía que la solución tampoco estuviera en retomar su vida en Madrid.

Alzó la vista hacia el rostro de Corso. Ojalá tuviera ella una cicatriz física como recordatorio de algo concreto y tangible, aunque terrible; una prueba evidente y papable del proceso de sanación de una herida. La carne cicatrizaba rápido: el alma no. Deseó recorrer la marca larga, profunda y gruesa con sus dedos...

... y lo hizo.

Su mano acarició suavemente la mejilla del hombre, desde el ojo derecho hasta la barbilla. Percibió el contraste entre la piel quemada, suave, y la aspereza de la piel sin afeitar.

Deseó que él no se apartara, molesto, y no lo hizo. Corso cerró los ojos y disfrutó de la caricia, presionando ligeramente el rostro contra sus dedos. Puso su mano, grande, curtida, sobre la de ella y la guio para que ampliara su radio de acción hacia la otra mejilla y después hacia sus labios, donde la detuvo para besar suavemente sus dedos, con exquisita delicadeza, antes de continuar el viaje hasta su pecho, donde la mantuvo cobijada entre las suyas, en silencio, durante unos eternos segundos, como si esperara una indicación para que la liberara que ella no hizo.

Entonces, Corso la rodeó por la cintura con sus brazos y la atrajo hacia sí. Se inclinó en busca de sus labios y ella se los ofreció dispuestos a fundirse con los suyos en un beso tentativo, tímido y contenido primero, y denso, húmedo, hambriento y anhelante, después. Luego, él se apoyó en la pared junto a una de las ventanas abiertas al vacío para poder acomodarla mejor entre sus brazos. Brianda pudo sentir cada centímetro de su cuerpo pegado al suyo y el contacto le produjo una desconocida y placentera sensación de abandono y necesidad, de urgencia y cercanía, que deseó que no terminase nunca.

En un momento de respiro, Brianda abrió los ojos y solo vio la inmensidad del paisaje más allá de la torre. Por primera vez en meses, el vértigo le resultó familiar y deseable. Saboreó la

débil borrachera del trastorno del sentido del equilibrio y del movimiento oscilante de las piedras, los campos, los árboles, las cumbres y el cuerpo de Corso. Por primera vez en meses, deseó que la repentina y generalmente pasajera turbación del juicio se apoderase de manera perenne de su ánimo, y que la sensación de inseguridad y miedo, de temblor y flojedad de las piernas, la obligara a buscar un permanente refugio en los fuertes brazos de ese hombre.

Durante un tiempo indefinido, cada beso, cada caricia, cada presión de los dedos de ella sobre la nuca, los antebrazos y la cintura de él; cada presión de los dedos de Corso sobre la espalda, las nalgas, el vientre y el pecho de ella marcaba un territorio al que ella ambicionaba regresar al poco de la salida, con una premura y una codicia irracional, como si, en cualquier momento, el camino entre el punto de partida y de destino pudiera ser asaltado por malhechores; como si, en cualquier momento, la cercanía se pudiera convertir en un abismo físico y temporal. Antes de caer, debía apresurarse a compartir con él la urgencia por desnudarse, reconocerse, examinarse, acoplarse, sentir la tensión de cada músculo y la humedad de la piel, balancearse y compartir cómplices susurros y suspiros.

Brianda sentía que debía amarlo para cuando no hubiera torre que los apartara del resto del mundo a plena luz del día; para cuando regresara el vértigo de su culpabilidad y su desconcierto por su súbito enamoramiento, tan antiguo como las tumbas del cementerio, los monasterios, las casas, las iglesias, los doseles tallados, los sillares de los muros y los adornos de boj de escritorios de diminutas columnas sobre los que se inclinaron otros como ellos, con sus propios miedos y esperanzas, angustias, deseos y frustraciones, antes, mucho antes, de que ella cabalgara junto a Corso a lomos de un negro frisón.

Debía amarlo porque, sin saber la razón, sentía que tenía que recuperar el tiempo perdido.

12.

Los insistentes bocinazos de un coche rompieron el hechizo. Luego se oyó una voz aguda y alegre. Corso se separó de Brianda de manera brusca. Inmediatamente, ella lamentó la pérdida del calor de su piel sobre su cuerpo. Hubiera dado cualquier cosa por continuar junto a él. Corso se asomó por uno de los arquillos que daba al patio y soltó un juramento. Comenzó a vestirse a toda prisa.

—¿Qué sucede? —preguntó Brianda incorporándose para coger su ropa.

—Mi mujer...

Brianda no oyó nada más. Aturdida, como si la hubieran golpeado brutalmente, se vistió mientras él le decía algo y corría escaleras abajo. Cuando percibió una exclamación de alegría, se asomó con cautela y divisó a una mujer de cabello negro lanzándose al mismo cuello que sus brazos acababan de rodear. A pesar de la distancia, su figura, su rostro y su atuendo correspondían a una mujer muy hermosa. Sintió cómo la desazón se solidificaba en su pecho.

Corso cogió el equipaje del maletero del coche, lanzó una rápida mirada hacia lo alto y desapareció en la casa con la mujer. Entonces, Brianda descendió escalón por escalón con inseguridad, como si en lugar de losas hubiera algo viscoso bajo sus pies. Las palabras de la guía del monasterio de Besalduch sobre el significado del número tres retumbaban en su cabeza como un diabólico tambor. Personalidad material, espiritual e intelectual... Ella había sentido plenamente a ese hombre; había absorbido su aliento; había deseado aferrarse a él y pedirle que la ayudara a liberarse de su desconcierto y su sufrimiento. Infinito, eterno y todopoderoso... Apenas conocía a Corso, pero había sentido una poderosa fuerza que la atraía hacia él, como si fuera un huracán que surgiera de las profundidades de los tiempos, antes de la muerte y más allá de ella. Pero el número tres era simplemente la suma de dos más uno.

Y en esos momentos, quien sobraba era ella.

Se aseguró de que nadie la veía y atravesó el patio corriendo, con los ojos cegados por las lágrimas.

Encontró a Luzer en el mismo lugar donde lo había dejado, ante la verja que separaba Lubich de los bosques. A pesar de la prisa que se había apoderado de ella, Brianda vaciló. Desconfiaba de la mirada atravesada del perro. Temía que en cuanto cruzara al otro lado la atacara por haberle desobedecido. Sin embargo, ese sería el menor de los castigos que se merecía alguien como ella, pensó inmediatamente.

¿Qué había hecho?

Una furgoneta frenó junto a ella.

—Sube, que te llevo —dijo Jonás—. No me he dado cuenta de que te ibas.

Brianda dudó si aceptar el ofrecimiento. No deseaba hablar con nadie, pero era muy tarde, no había cobertura y Luzer no mostraba intención de moverse de ahí.

Subió al vehículo.

—Se me ha pasado el tiempo...

—¿A que te ha sorprendido? —preguntó Jonás en tono burlón—. Mira que he trabajado en sitios, pero este no se parece en nada a otros. En esa casa se sabe cuándo se entra, pero no cuándo se sale.

Brianda permaneció pensativa. La palabra *sorpresa* resultaba insuficiente para lo que le había sucedido en Lubich. La cabeza todavía le daba vueltas. Después del desconcierto y la desilusión por la llegada de la mujer de Corso, la realidad se iba apoderando de ella. ¿Cómo iba a mantener la compostura delante de Esteban después de lo que había hecho? Agradecía que el viaje en coche adelantara su regreso a Casa Anels, donde Isolina y Esteban tenían que estar preocupados por su tardanza, pero lamentaba no disponer de más tiempo para recomponerse. Le dolían la espalda y las rodillas; sentía el sabor de Corso en sus labios, sus huellas dactilares impresas sobre su piel... Necesitaba más tiempo para ensayar el tono de voz falso y natural a la vez con el que explicar el retraso.

—Es un lugar increíble, sí —comentó—. Demasiado grande, tal vez.

Apabullante. Abrumador.

Como su dueño.

¿Por qué no le había dicho que estaba casado? Se sentía traicionada. Qué estúpida era, pensó enseguida. Tampoco ella le había hablado de Esteban...

—Hay que ser o muy rico o estar muy loco para hacer lo que hace ese Corso —continuó Jonás—. O las dos cosas.

«O simplemente ser valiente —pensó Brianda—, para arriesgarse y cambiar de vida.» Envidiaba su coraje, el mismo que estaba necesitando ya ella para controlar los nervios que sentía. No podía comprender cómo se había entregado a él de esa manera apenas unos días después de conocerlo. Y lo que era peor: había disfrutado del encuentro más que ninguna otra vez en su vida. Y aún había algo más desconcertante: tenía la impresión de que su nerviosismo no se debía tanto al arrepentimiento o a la vergüenza de haber sido infiel a Esteban, sino al reconocimiento de que lo repetiría una y mil veces. Aunque estuviera casado... Dudaba que en todo el mundo encontrara a alguien que pudiera comprenderla. Al contrario: cualquiera, con razón, la tacharía de imbécil, de irresponsable y desleal.

A medida que el vehículo se acercaba a Casa Anels, Brianda sentía cómo su corazón se encogía. No podría mirar a Esteban a la cara. Él leería en sus ojos que no había dudado en lanzarse a los brazos de un desconocido. La vergüenza le impedía respirar con normalidad.

Jonás aparcó en la misma era de Casa Anels. La puerta se abrió y apareció Isolina.

—Vaya paseo que has dado, hija. —En su voz había más preocupación que recriminación.

—Ni te imaginas dónde he estado —dijo Brianda esforzándose por actuar con normalidad—.

Gracias por traerme, Jonás.

Entró a toda prisa en la casa, subió a la planta superior, se encerró en el baño y se dio la ducha más rápida de su vida, frotándose la piel con brío. Temía que los demás pudieran oler la esencia de ese hombre en su cuerpo. Mientras se cambiaba de ropa, tuvo que hacer verdaderos esfuerzos para reconocerse en esa mujer que había disfrutado de Corso a varios metros de altura. Había actuado como una jovencita con las hormonas alteradas en lugar de como la adulta comprometida que era. Para ella el sexo no era ninguna novedad; había tenido relaciones con otros hombres antes de conocer a Esteban y con este la relación carnal había sufrido toda la evolución, desde la pasión impetuosa inicial al entusiasmo controlado, medido, acostumbrado, de los últimos tiempos. Exceptuando la mala racha por la que ella estaba pasando, nunca había tenido quejas del comportamiento de él. Incluso diría que podía considerarse una mujer satisfecha. Por eso, aún le extrañaba más la manera en que Corso y ella se habían amado por primera vez. Juraría que había urgencia y necesidad, pero también un punto de desesperación. Había una nerviosa expectación ante el reencuentro con una novedosa e insensata fogosidad, incluso un morboso deleite por lo indebido del acto, pero también una aflicción inexplicable...

Sintió una dolorosa punzada en el pecho. Algo dormido en ella se había despertado.

«¿Por qué, maldita sea? —pensó—. ¿Por qué ahora?»

¿No se sentía ya lo suficientemente confundida?

Regresó a la planta baja justo cuando los demás se disponían a comer. Como algo especial, Isolina había decidido celebrar la última comida de Esteban en Tiles en el salón. Un asado de ternera y varias fuentes de diferentes verduras ocupaban el centro de la mesa.

—Íbamos a empezar sin ti —dijo Esteban un poco malhumorado—. ¿Dónde te habías metido?

—Lo siento —se disculpó Brianda—. No pensaba tardar tanto.

En tono forzadamente alegre, Brianda comenzó el relato de su paseo por el camino de Lubich, su sorpresa al toparse con la mansión y su natural curiosidad por husmear entre sus muros. Se había encontrado con Jonás y Corso y entre los dos —mintió— le habían mostrado los adelantos en las obras de restauración.

Con el rabillo del ojo, percibió que Colau erguía la cabeza al escuchar el nombre del italiano.

Luego Brianda centró su narración en detalles inofensivos como la arquitectura y la decoración.

—Lo encontré todo demasiado recargado para mi gusto —mintió de nuevo—. Hay suficientes cosas como para sufrir una regresión en el tiempo, como en un museo.

Estaba siendo hábil a la hora de aparentar una normalidad que no sentía, pero eso no la complacía. Empezó a sentirse mal. Ella no solía mentir y ahora estaba sentada junto a dos de sus seres queridos soltando una mentira tras otra. A Esteban, además, también lo había engañado con su cuerpo. ¿Y con su alma?

—¿Y qué tal es el dueño? —preguntó Isolina—. Él solo, en un caserón tan grande...

Brianda tomó un sorbo de vino. El dueño era lo mejor que le había pasado en tiempos. Sí;

con su alma también engañaba a Esteban. Sintió que las mejillas comenzaban a arderle.

—No es muy hablador, pero es amable, quizás un poco pesado con sus cosas. No sabía cómo interrumpirle educadamente para salir de ahí...

Estuvo a punto de añadir algo sobre su mujer, pero no lo hizo. En realidad no había llegado a conocerla, afortunadamente. Bebió más vino para tener una buena justificación sobre su rubor. Le avergonzaba pensar en las tórridas imágenes de su cuerpo pegado al de Corso. Le avergonzaba pensar que Esteban no se lo merecía. No, no se lo merecía.

—Habrá disfrutado hoy, presumiendo ante ti de sus antigüedades —dijo entonces Esteban con sorna.

—No creo que presumiera, exactamente —soltó Brianda, arrepintiéndose al instante. Más que la afirmación, el error estaba en el tono terminante que había empleado. No debía mostrar que sentía que lo conocía.

—Ah, ¿no?

Brianda evitó la mirada de Esteban.

—Simplemente los describía. —Consiguió que su tono fuera ahora más normal, aunque sentía el pulso acelerado. Cuanto más tiempo pasaba hablando con los suyos, mayor era el sentimiento de culpabilidad por lo que había hecho—. Como yo no entiendo mucho de esas cosas...

—¿Y te dijo por qué está aquí ese... Corso? —preguntó de pronto Colau. Le costó pronunciar el nombre, como si su lengua rechazara la palabra.

—Heredó la casa —respondió Brianda.

—¿La heredó? ¿De quién?

—Creo que ha pertenecido a su familia desde hace siglos —resumió Brianda—, pero como vivían lejos, nadie se había hecho cargo.

Colau frunció el ceño.

—¿Sabes si tiene documentación antigua?

—No le he preguntado, la verdad.

—¿Y este interrogatorio? —quiso saber Isolina sorprendida—. Nunca te había interesado tanto Lubich. ¿Tiene algo que ver con lo de la brujería? No recuerdo que Neli mencionara a ninguna mujer de la mansión...

—Cosas mías —replicó Colau sin dar más explicaciones.

Isolina le lanzó una mirada de reproche.

—Antes no callabas cuando descubrías algo interesante. Francamente, no sé qué te está pasando últimamente.

Se produjo un incómodo silencio. Brianda miró por el ventanal del salón y centró su atención en el monte Beles, testigo impasible de todos los sucesos de ese lugar. El sol había perdido la intensidad de la mañana, pero la masa rocosa aún brillaba. Observó cuán diferente era la montaña según el lugar desde el que se mirara. Desde allí, como un triángulo de trazos rectos, parecía imponente y sobrecogedora en su soledad. Desde Casa Lubich, la ladera se derramaba desde la cima, deformándose en amenazantes volúmenes angulosos y boscosos, unos sobre otros, hasta fundirse con los campos. Se preguntó qué parte resultaba más hermosa y más real, la frontal o la

escondida, la que todos conocían o la que ignoraban, la presente o la latente.

Recordó entonces a la antepasada de esa casa azotada y ejecutada por bruja con la que compartía nombre y sintió un estremecimiento. Siglos atrás, otra Brianda había mirado esa misma montaña como ella lo hacía ahora. ¿Se preguntaría por sus formas, sus líneas y sus colores? ¿Cómo sería esa mujer? ¿Qué le preocuparía?

En el pasado había existido otra Brianda en Tiles, pero esa radiante mañana ella había sido la única Brianda en tomar la torre de Lubich, absorber el paisaje y coronar la cumbre del monte Beles con su alma. Durante unas horas había pertenecido plenamente a ese lugar. Pero, en realidad, eso ya había pasado, como si fuera un sueño. El cielo se iba cubriendo de nubes lentamente. El sol palidecía. El aire comenzaba a mover las hojas de los árboles.

Ahora estaba en Casa Anels, junto a la hermana de su madre y junto a Esteban. Esa era su vida. No había lugar para nada más. Probablemente ni siquiera para Corso. Utilizando la metáfora de la montaña, ella era la parte frontal, la que todos reconocían, la presente. Podía sentirse desorientada, incluso perdida, pero no ser otra persona diferente a la que había conseguido ser.

Agachó la cabeza y emitió un profundo suspiro. Esteban tomó su mano y la acarició.

—¿Estás bien? —preguntó.

Brianda asintió, aunque la sensación de la mano de Esteban sobre su piel la confundió aún más. Otras manos habían disfrutado de su cuerpo ese día. Con fuerza. Con devoción. Luchó para que los ojos no se le llenaran de lágrimas. Cuanto más tiempo pasaba, segundo a segundo, minuto a minuto, más se preguntaba por qué había cometido el error de entregarse a Corso de manera tan irreflexiva.

—No me gusta verte tan triste —le susurró él al oído.

El sentimiento de culpa de Brianda se acentuó. Las caricias y el cariño de Esteban le recordaban que llevaban muchos años juntos; que iban a seguir juntos muchos más; que podían superar todas las dificultades. ¿Cómo iba a quedarse en Tiles después de lo que había pasado con Corso? Para no quemarse la piel había que mantenerse alejada del fuego. Tenía que marcharse de ahí y cuanto antes mejor. La parte lógica y racional que una vez había caracterizado su personalidad se había puesto en alerta. Pensó en cómo había conseguido todo en la vida, con esfuerzo y constancia, con ilusión y sensatez y, por primera vez en mucho tiempo, temió echarlo a perder. Quizás el detonante de ese reconocimiento había sido su encuentro con Corso. Se había dejado llevar por la pasión, seductora, hábil ante la debilidad, rápida ante la flaqueza. Se había arrojado al pozo de la imprudencia como último recurso, pero en vez de nadar en sus profundidades, había retornado a la superficie en busca del aire conocido y sosegado. Ya iba siendo hora de que se enfrentara a la realidad y a su propia vida.

Las palabras de aquella pitonisa cuyos servicios había solicitado Silvia regresaron a su mente y se repitió aquellas partes en las que había acertado: necesitaba hacer un viaje y lo había hecho; viviría una pasión carnal y descontrolada y así había sido; sufriría un cambio que necesitaba y este se estaba produciendo. Había pasado unos días en Tiles, pero ya era hora de regresar a casa. Lejos de Corso. Con Esteban.

Le dedicó a su novio una sonrisa, cariñosa por fuera, amarga por dentro. La terrible carga de

esa infidelidad que nunca revelaría la acompañaría siempre.

—Tengo ganas de volver a Madrid —le dijo—. Contigo.

Al atardecer, una fina lluvia comenzó a cubrir los campos, desdibujando el paisaje tras las ventanas de Casa Anels. Brianda pasó el resto del día en el salón, ensimismada en la contemplación de las llamas del fuego del hogar y agobiada por la insufrible lentitud con la que transcurría el tiempo. Tenía un libro en el regazo, pero le resultaba imposible leer una sola línea. Se sentía como si su espíritu se fuera apagando y ennegreciendo con el mismo abandono con el que los alrededores de la casa se entregaban a la llegada de la oscuridad a los pies del monte Beles, ensombrecido por la ausencia de estrellas junto a su cima, rígido por la fría humedad de noviembre.

Después de cenar, Petra acudió a buscar a Isolina para tomar algo en el bar. Invitaron a los jóvenes, pero Brianda se negó alegando que tenían que madrugar al día siguiente. Por nada del mundo podría compartir ese día el mismo espacio físico con Esteban y Corso. Era probable que él no acudiera puesto que ahora estaba acompañado de su mujer, pero no se arriesgaría. En ausencia de Corso se sentía más o menos capaz de mentir, pero en su presencia sería incapaz de ocultar sus emociones.

—No te podrás despedir ni de Neli... —dijo Isolina, en un último intento por convencerla.

—Cualquier día regreso. Además, no me gustan las despedidas.

Brianda sabía que era absurdo, pero algo en su interior le decía que una despedida verbalizada, una palabra tan inocente como *adiós*, llevaba implícito tanto el concepto de término como la incertidumbre del reencuentro. No podría pronunciarla ante Corso.

Ya en la cama, Esteban cayó dormido enseguida, pero ella no podía conciliar el sueño. La intensa lluvia al golpear sobre las losas del tejado, el gorgoteo de las canaleras y los espantosos truenos la hacían estremecer, aunque la verdadera razón de su desvelo era otra. No podía quitarse de la cabeza su inesperada aventura con Corso, ni del corazón los nuevos sentimientos de culpabilidad por su infidelidad.

Alrededor de la medianoche, un ruido llamó su atención desde el exterior. Se levantó y miró por la ventana.

Una sombra se movía como un espectro desorientado e indeciso bajo la tenue luz de la única farola. Enseguida supo quién era. Montado sobre Santo, Corso tan pronto guiaba las riendas hacia un extremo de la era como obligaba al caballo a desandar el camino. Al cabo de un rato, Santo soltó un fuerte relincho de protesta y se puso de manos.

Un relámpago anunció la gestación de un trueno en algún lugar de las entrañas del valle. El corazón de Brianda comenzó a latir con fuerza. Apoyó la mano en el helado cristal de la ventana. El ronco murmullo fue creciendo en intensidad y se detuvo de golpe unas décimas de segundo antes de reventar sobre las rocas del monte Beles y convertirse en un rugido ensordecedor. Los cristales temblaron y la luz de la farola se apagó. La lluvia caía ahora a chorros sobre Corso, convirtiendo su fuerte imagen en una figura desoladora.

Brianda deseó abrir la ventana y gritar su nombre. Sentía que tenía que hablar con él una vez

más antes de que se fuera. Deseó pedirle que la esperara, decirle que descendería a toda prisa hasta la puerta de entrada, que correría hacia él y que calmaría a Santo con una caricia sobre su quijada, que lo calmaría a él con una caricia sobre su rostro...

—¿Dónde estás? —preguntó Esteban, intentando sin éxito encender la luz de la mesilla.

Los nervios se apoderaron de Brianda, obligándola a permanecer en silencio mientras deseaba ser invisible. Debía alejarse de esa ventana y evitar que Esteban descubriera a Corso, pero no podía moverse. Su cuerpo no la obedecía. Sus ojos solo querían escudriñar la oscuridad, desesperados, a la espera de otro instante fugaz de luz.

Esteban empleó el móvil como linterna y la localizó. Se acercó a ella, rodeó su cintura con los brazos y, adormilado, apoyó la cabeza sobre su hombro con los ojos cerrados.

—Vaya tormenta —dijo con voz ronca—. Da miedo.

Como un latigazo, otro relámpago iluminó la noche. Sin apartar la mirada de la era, Brianda percibió que Corso levantaba la vista. Creyó distinguir en su rostro herido un rictus crispado y agresivo. Entonces, Corso liberó la dolorosa tensión con la que sujetaba al rabioso caballo y lo espoleó con furia para que saltara la verja. Al galope, se disolvió en la oscuridad.

Brianda sintió que la angustia la obligaba a apretar los dientes. No recordaba la última vez que había notado tanta tensión en sus mandíbulas, en sus manos, en su cuello y en su respiración. El silencio de Esteban indicaba que no había visto al otro, pero era otra la causa de su agonía. Hacía unas horas Corso había sido plenamente suyo y ahora desaparecía, regresaba con su esposa, cuando ella tenía sus gestos, su olor, su voz y su sabor todavía adheridos a sus sentidos. Aquello significaba el final. La odiosa palabra. *Adiós.*

Su aventura había terminado nada más comenzar.

13.

Cansada por la falta de sueño, Brianda terminó de preparar el equipaje con la luz encendida. La lluvia de la noche anterior no se había debilitado y la que había sido su habitación las dos últimas semanas parecía más gris que nunca.

Recorrió el oscuro pasillo con la maleta y descendió por las escaleras, segura de que Luzer le lanzaría el acostumbrado gruñido desde la puerta del despacho de Colau, pero no oyó nada. Se asomó a la cocina y al salón. Allí no había nadie.

Percibió un fuerte olor a tabaco proveniente del despacho de su tío. Inusualmente, la puerta no estaba cerrada. Con cautela, pero azuzada interiormente por un aguijonamiento más fuerte que la advertencia de Isolina sobre el despacho de Colau, se aproximó al resquicio y aguzó el oído. Nada. Empujó la puerta, que se desplazó unos centímetros emitiendo un perezoso chirrido y asomó la cabeza. La habitación estaba exactamente como la recordaba. Era una amplia y oscura estancia abarrotada de libros y papeles con una gran mesa de trabajo, estanterías desiguales, armarios de gruesas bisagras, un par de sillones y varias mesitas auxiliares. Le costó distinguir el color de las paredes porque apenas quedaba un espacio libre de cuadros de marcos de madera teñidos de nogal o dorados con fragmentos de escritos antiguos, grabados de temática religiosa o retratos.

Se preguntó en qué lugar guardaría Colau ese misterioso cofrecillo de terciopelo rojo que había provocado la furia del hombre al descubrirlo entre sus manos y sintió la tentación de entrar en su busca, pero el miedo a que la descubriera como cuando era pequeña la paralizaba. Cerró los ojos e inspiró profundamente. La misma vocecilla interior que la había arrastrado a Lubich insistía ahora en que no se fuera de Tiles sin recorrer el despacho de Colau. «Solo un minuto —le decía—. Un vistazo rápido. Otro miedo superado...»

Entró, deseando con todo su corazón que la temporal valentía no le acarrease luego el permanente sentimiento de culpabilidad surgido tras cruzar los bosques de Lubich.

Caminó hacia la mesa y algo llamó su atención. Escondida bajo un fajo de papeles asomaba una punta del color del vino. Rápidamente se lanzó sobre ella y apartó los papeles, pero era un cuaderno antiguo. Sonrió ante su propia desilusión. Hubiera sido demasiado fácil. Entonces cerró los ojos y se concentró en recuperar su imagen de niña con la caja en la mano. ¿Dónde la había encontrado? Se visualizó recorriendo el despacho, abriendo todos los cajones que encontraba a su paso hasta detenerse ante el escritorio de nogal junto a la mesa de trabajo y acariciando con sus pequeñas manos la superficie del primer cajón, que quedaba a la altura de la cintura de una persona sentada.

Nerviosa, abrió los ojos y se dirigió hacia el escritorio. Abrió el cajón e introdujo las manos hasta el fondo, identificando y desechando diversos objetos con las yemas de los dedos. Un intenso calor recorría su cuerpo por el miedo a ser descubierta, pero si había llegado hasta allí no pensaba detenerse ahora.

Por fin, el corazón le dio un vuelco. Ahí estaba. Cogió la cajita y la sacó. Esta vez no dudó en pulsar rápidamente el pequeño botón de latón y apareció un saquito de cuero desgastado. Deshizo el nudo y vació el contenido. Un papel doblado cayó al suelo, pero no le prestó atención porque lo que escondía el cofrecillo era muchísimo más hermoso de lo que se podía haber imaginado.

Era un antiguo anillo de oro, con una gran esmeralda engarzada. Sus dedos temblaron al cogerlo para observarlo detenidamente. En la superficie interior de la joya, justo debajo de la pieza de oro donde estaba sujeta la piedra verde, había una frase grabada. La letra era tan pequeña que le costó entenderla. Volvió a intentarlo y tuvo que sentarse para no caer.

Omnia mecum porto, decía la inscripción.

«Llevo todo conmigo.»

El asombro la paralizó. Eran las mismas palabras de la tumba. Colau lo sabía y no había dicho nada. Se preguntó qué tendría que ver una cosa con la otra y por qué el hombre mantenía tanto misterio en torno a esa joya, si es que aquella era la única razón por la que temía que alguien entrara en su despacho y hurgara entre sus cosas.

Un impulso le hizo probarse el anillo en el dedo anular de la mano derecha y, aunque le iba grande, tuvo la sensación de que estaba diseñado para su piel. Alzó la mano y se repitió mentalmente que no había visto nunca una joya tan hermosa y que seguramente tendría mucho valor.

De pronto oyó unos pasos y el pánico se apoderó de ella. En décimas de segundo calculó que no le daría tiempo a dejar el anillo como lo había encontrado, de modo que empujó el cajón y corrió a la puerta.

—¡Aquí estás! —dijo Isolina.

—He venido a despedirme de Colau, pero no lo he encontrado —explicó Brianda con el puño cerrado tan fuertemente sobre el anillo que se clavaba las uñas.

—Estamos fuera, esperándote. Esteban tiene prisa.

De camino al exterior, Brianda guardó el anillo en el bolsillo de su pantalón. Comenzaba a lamentar su acción, pero no veía cómo resolverla sin confesar que había violado la única norma de la casa. Tenía un largo viaje por delante para pensar en ello.

La despedida en el zaguán fue rápida debido a la lluvia. Después de agradecerle a Isolina todas sus atenciones con un fuerte abrazo y dar dos fríos besos a Colau, en cuyo rostro percibió una pincelada de alivio, Brianda entró en su coche y puso el motor en marcha. Por culpa del anillo ahora tenía más ganas de desaparecer de allí que nunca. Entonces vio que Colau levantaba una mano.

—¡Espera! —le gritó.

Brianda se asustó. Era imposible que se hubiera dado cuenta...

Colau sujetó el paraguas para que Isolina se acercara al coche. Brianda bajó la ventanilla.

—¡Casi se me olvida! —dijo Isolina entregándole un grueso sobre. En sus ojos todavía brillaban lágrimas de emoción por la despedida—. Anoche Neli me entregó esto para ti. Lamentó no poder despedirse.

Colau tomó la mano de Isolina y la apartó del coche. A Brianda le pareció que la sujetaba con demasiada fuerza, como si no quisiera apartarse de ella, como si lejos de ella le faltara el equilibrio...

Brianda dejó el sobre en el asiento y condujo tras el coche de Esteban. Los aullidos de Luzer se perdieron en la distancia. Mentalmente, agradeció regresar en su propio coche para disfrutar del silencio que le permitiría despedirse de Tiles. Se preguntó si habría algo que echaría de menos, pero entre el mutismo de las noches, el aislamiento y decrepitud de Casa Anels, el carácter inhóspito de Colau, las creencias de Neli, el clima generalmente desapacible y la desagradable compañía de Luzer, solo podía salvar a Isolina...

... y a Corso.

Pasó ante el pequeño claro del tilo y la fuente. La lluvia caía a raudales, lavando las hojas de los árboles perennes, provocando la caída de las últimas caducas que aún resistían y formando con ellas una manta húmeda y densa a ambos lados del camino. En el desvío de Lubich, se detuvo unos instantes para contemplar cómo la cortina de agua impedía la visión de aquel camino que el día anterior se había atrevido a franquear para luego arrepentirse. Le pareció que habían transcurrido siglos. Más allá del agua visualizó la figura de Corso primero en Lubich y luego bajo la lluvia torrencial. Por más tiempo y distancia que hubiera entre ellos, no podría olvidarlo. Temía que cada vez que pensara en él, sentiría una punzada de dolor en el pecho por lo que había pasado entre ellos, tan fugaz y tan intenso; y por lo que podía haber sido en otras circunstancias.

Sacudió la cabeza, echó un último vistazo a la imagen del inflexible monte Beles reflejada en el espejo retrovisor y continuó su viaje.

Sería mejor olvidarse. Cuanto antes se convenciera de que Corso solo había sido un error, antes podría retomar su intención de poner orden en su vida. Había sido un terrible fallo, se repitió cada vez que evocó su nombre, su rostro y su cuerpo en la carretera desde Aiscle hasta la autopista y de allí hasta Zaragoza y de allí hasta Madrid. Tenía que olvidarse de él.

Pero Corso siguió con ella mientras comía con sus padres, que habían insistido en organizar un encuentro con motivo de su regreso. Y siguió con ella los siguientes días mientras ponía en orden los papeles del desempleo; mientras tomaba café con antiguos compañeros o amigos o cenaba con Silvia y Ricardo; mientras redactaba currículums para posibles nuevos trabajos; mientras esperaba cada noche a que Esteban regresara del despacho; y mientras acariciaba el anillo de la esmeralda.

A todas horas llevaba a Corso dentro, como si él fuera el «todo» de la inscripción del anillo; como si le hubiera pertenecido siempre; como si las horas compartidas con él equivalieran a dosis concentradas de años...

Pensar en él a todas horas le producía tal ansiedad que semanas más tarde de su regreso a

Madrid tuvo que aumentar el número de pastillas tanto para el dolor de cabeza como para la opresión en el pecho. Todas sus intenciones y buenos propósitos de controlar su vida se habían ido al traste definitivamente, con el agravante de que el esfuerzo por comportarse con normalidad delante de su familia la dejaba exhausta. En cuanto Esteban se iba a trabajar por la mañana, ella se volvía a la cama, pero por la noche se inventaba toda una lista de cosas que no había hecho para que pareciera que llevaba una vida normal a pesar de no trabajar. No necesitaba ningún médico que le confirmara que sus síntomas estaban derivando en una fuerte depresión, pero se negaba a confesárselo a nadie. Solo encontraba algo de alivio cuando se metía en la cama, cerraba los ojos e inventaba escenas de Tiles protagonizadas por ella y Corso. Si tenía suerte, conseguía relajarse hasta el punto de lograr que esas escenas cruzaran la barrera del sueño y continuaran mezclándose unas con otras.

Brianda achacaba a las pastillas esa mezcla de realidad y ficción que la sosegaba parcialmente; esos breves pero tranquilizadores momentos en los que sentía como si pudiera disociar la mente del cuerpo. Pero también era consciente de que estaba entrando en una vorágine complicada de la que no podría salir sola, algo que aumentaba su preocupación y al mismo tiempo la obligaba a permanecer alerta para no sucumbir del todo al más completo abandono. Como el tiempo otoñal que se resistía a perder fuelle ante los primeros embates del invierno, su estado de ánimo variaba continuamente. Y por mucho que intentase ocultar o mantener su abulia bajo control, o por mucho que quisiese aprovechar los momentos en que la antigua Brianda resurgía con un falso derroche de energía, era plenamente consciente de que para Esteban era ahora *ella* quien estaba desdibujándose ante sus ojos, convirtiéndose en una desconocida en su propia casa, alejándose lenta e inexplicablemente. Y se sentía tan culpable por ello que sufría ataques de mal humor por no poder acusar precisamente a quien más cerca tenía de ser la causa de sus males.

Una tarde poco antes de Navidad, Brianda encontró por casualidad el sobre que Isolina le había entregado de parte de Neli al irse de Tiles. Al deshacer el equipaje lo había abandonado en el armario y se había olvidado por completo de él.

Se lo llevó al salón, se acomodó en el sofá, lo abrió y sacó varias fotocopias. Una bolsita de tela color lavanda cayó al suelo y se apresuró a recogerla. Entonces supo de dónde había salido el saquito que había aparecido en su bolso aquella noche en que se le estropeó el coche y Corso la rescató. Aquella era exactamente igual, en color blanco. En el primer folio escrito a mano encontró la explicación. El día que Brianda le había llevado los huesitos de santo, Neli la había colocado en su bolso para darle suerte durante su estancia en Tiles y ahora repetía el gesto para su regreso a Madrid.

Brianda soltó un bufido. Desde luego, la palabra *suerte* no encajaba en su momento vital actual.

En su carta, Neli le recomendaba la lectura de unos libros de los cuales había seleccionado unos fragmentos.

No hace mucho que nos conocemos y no tienes por qué confiar en mí. Pero estoy convencida de que algún día los comprenderás.

Cogió los papeles y los hojeó unos instantes. Los títulos de la bibliografía seleccionada eran bastante reveladores: las palabras que más se repetían eran *alma, vida, viaje* y *tiempo*.

La carta terminaba con los datos de un médico y unas instrucciones:

Si tienes pesadillas recurrentes, o ves imágenes, o sientes que tu corazón se llena de nostalgia y melancolía de repente al recordar algo, o al pensar en alguien que está lejos, llámalo.

Brianda sintió un escalofrío. Neli no podía haber acertado más con sus comentarios. Si realmente no tenía capacidades adivinatorias, la joven era dueña de una extraordinaria sensibilidad.

Cogió la tableta y estuvo un largo rato informándose sobre los libros que le recomendaba Neli. Lo que leía le resultaba tan increíble, inverosímil e irracional, incluso rayano en la ciencia ficción, que le producía rechazo. No obstante, un escepticismo curioso la impelía a continuar leyendo.

Esa misma noche ya se había hecho una idea bastante certera de lo que Neli le había querido transmitir, y en pocos días el escepticismo derivó en una duda razonable. El hecho de que los libros hubieran sido publicados, alguno de ellos incluso por psiquiatras de cierto prestigio, aportaba cierta credibilidad a lo que leía o, al menos, cada vez que se topaba con una idea difícil de asimilar, su cerebro le lanzaba una simple pregunta: ¿Y por qué no? Los libros hablaban de personas que sufrían los mismos síntomas que ella y que habían mejorado gracias a esas terapias. ¿Qué perdía por probar? Nada.

Algunos detractores acusaban a esas teorías pseudocientíficas de fraude basado en la autosugestión de las personas. Desde luego, unos meses atrás ella hubiese compartido esos argumentos, pero ahora se sentía tan al límite que estaba dispuesta incluso a convencerse a sí misma de algo hasta interiorizarlo como verdad con tal de sentir alivio.

Por fin, un día cogió el teléfono e hizo una llamada. Fijó la cita para el lunes siguiente. Inmediatamente después de colgar se arrepintió. Sintió la tentación de volver a marcar el número, pero finalmente no lo hizo. Faltaba una semana. Aún tenía margen de tiempo para arrepentirse otra vez.

La consulta estaba ubicada en la quinta planta de un anodino edificio en una conocida y céntrica calle de la ciudad, cerca de su casa, pero no lo suficiente como para ir andando, así que tomó el metro. Una joven morena con acento suramericano abrió la puerta y la invitó a pasar a una salita de espera decorada de manera sencilla con tonos cálidos y citas filosóficas enmarcadas. Brianda releyó varias veces una de ellas:

No comencé cuando nací, ni cuando fui concebido. He continuado creciendo, desarrollándome, a través de miríadas incalculables de milenios. Todos mis anteriores yoes tienen sus voces, sus ecos, sus impulsos en mí. Oh, volveré a nacer un número incalculable de veces.

La cita pertenecía al libro *El vagabundo de las estrellas*, de Jack London, lo cual la sorprendió porque asociaba al autor con novelas de otro tipo de aventuras. Aunque pensándolo bien, se dijo con ironía, no podía haber mayor aventura que traspasar las barreras del espacio y el tiempo y convertirse en un vagabundo estelar.

La joven morena regresó y le indicó que pasara a un despacho bastante amplio en el que a simple vista destacaban una amplia mesa en la que se apilaban gruesos volúmenes al fondo y un diván. Le pareció tan típico como había supuesto durante el trayecto. Lo que sí le sorprendió fue el terapeuta, un hombre delgado, de edad imprecisa y elegante no solo por su exquisito traje azul, sino también por sus gestos. Se presentó simplemente como Ángel y la invitó a que se sentara en un cómodo sillón cerca del diván.

Brianda sintió que Ángel la observaba con atención, lo cual hizo que aumentaran sus nervios. Le pareció ridículo no poder evitar que le sudaran las manos y le temblara la voz.

Con amabilidad y profesionalidad, y una voz grave, suave y persuasiva, Ángel la sometió a un interrogatorio sobre cuestiones generales acerca de su familia, su trabajo y su salud. Cuando Brianda ahondó en los diferentes síntomas físicos que llevaba sufriendo desde hacía unos meses, él frunció el ceño en un par de ocasiones, pero no hizo ningún comentario. Simplemente tomó notas en un cuaderno de tapas negras. Cuando decidió que ya tenía suficiente información, cerró el cuaderno y la miró fijamente.

—Si has llegado hasta aquí —dijo por fin—, deduzco que te has informado. ¿Por qué quieres que yo te trate?

—¿No son suficientes motivos los que le he contado? —Brianda repasó mentalmente todas las promesas escritas en las páginas web sobre el tema—. Quiero curarme.

—Sí, pero para eso existen otras alternativas médicas. Esto es algo muy concreto y especial. Digamos que aquí llegan quienes antes han probado otras terapias.

Brianda se sintió incómoda. Lo cierto era que después de la visita a Roberto, el médico de la familia, había seguido apoyándose en las pastillas para seguir adelante; y nada más, porque su temporada en el campo no podía contar como terapia. Probablemente, si no hubiera sido por Neli, ni siquiera estaría allí. Optó por guardar silencio.

Ángel la ayudó:

—¿Has vivido alguna experiencia extraña?

Brianda recordó todas las imágenes de sus sueños, sus visiones en la iglesia de Tiles y en la casa de sus tíos, el desmayo en el cementerio, los adornos del confesionario del monasterio de Besalduch y su inexplicable atracción por Corso. Estuvo a punto de hablar sobre ello, pero de repente le asaltó la misma prevención que había tenido con aquella pitonisa que le había echado las cartas: no quería darle demasiadas pistas que pudieran guiarle.

—Aparte de las pesadillas, nada —dijo.

Ángel esbozó una extraña sonrisa, como si aceptara y comprendiera su mentira, y ella bajó la vista, un tanto avergonzada.

—De acuerdo —dijo poniéndose en pie e invitándola a que se desplazara al diván—. Empezaremos ahora la primera sesión. ¿Tienes alguna pregunta?

—En realidad sí. ¿Volveré a ser la misma de antes?

—Brianda, tienes que tener clara una cosa: cualquier cosa que haces cada día ya supone un cambio, así que es imposible que vuelvas a ser la misma. —Apoyó una mano en su hombro—. Ahora túmbate, cierra los ojos y relájate.

Brianda oyó que Ángel corría las recias cortinas y accionaba el interruptor de la luz para que la habitación quedase en penumbra. Luego arregló la almohada sobre la que apoyaba la cabeza para asegurarse de que estaba cómoda, acercó el sillón al diván y se sentó junto a ella.

A partir de ese momento, el tono del hombre se volvió aún más grave, incluso levemente autoritario. Comenzó a dar firmes y metódicas instrucciones para que controlara su respiración, con unas pausas perfectamente medidas que le recordaron las instrucciones de yoga de Isolina aquel día en Aiscle. Con estudiada lentitud, Ángel guio su pensamiento en un recorrido por todo su cuerpo, desde el dedo meñique de un pie hasta el mismo cuero cabelludo. Por último, le pidió que visualizara una intensa luz blanca en lo alto de su cabeza, por dentro, y que hiciera recorrer esa luz de nuevo por todo su cuerpo, por todos sus músculos y nervios bajo la piel.

Entonces, Brianda sintió que su respiración se sosegaba y que la tensión la abandonaba. Los miembros de su cuerpo parecían ligeros como plumas.

Acomodada en el diván, comenzó a perder la percepción de su entorno. Una luz intensa invadía su cuerpo, llegando a ocupar todos los huecos físicos de su ser y provocando una plácida y desconocida sensación de paz y bienestar solo interrumpida por una voz a la que se sentía incapaz de desobedecer.

—Voy a contar hacia atrás —le decía—, de diez a uno. Y cuando llegue a uno estarás en un estado de relajación muy profundo. Entonces no recordarás nada. Revivirás. —Una larga pausa —. Diez... nueve... ocho... siete... seis... cinco... cuatro... tres... dos... uno...

14.

Año 1585

Brianda cruzó el patio empedrado hacia el gran portalón de entrada con intención de pasear hasta los prados más altos. Había oído decir que se esperaba el regreso de Nunilo esa mañana y estaba impaciente. Cuando Nunilo o su padre iban a Francia siempre le traían algo bonito. Se llevó una mano al cuello y acarició la joya que le había regalado Johan, su padre, la pasada primavera, por su decimosexto cumpleaños: un valioso y delicado estuchito de cristal y plata con los bordes sutilmente grabados cuyo interior guardaba unas flores de nieve secas, con forma de estrellas aterciopeladas. Johan las había cogido para ella en las cumbres y luego había encargado que las inmortalizaran en una joyería de Tolosa.

Se detuvo un instante junto al improvisado cercado que evitaba que las vacas se desviasen y ocupasen el patio principal y observó divertida cómo un enorme toro corneaba a varias gallinas atolondradas antes de retomar su andar pesado hacia el establo. Después de la libertad de la que habían gozado en los pastos de la montaña, las reses pronto tendrían que resignarse a la hierba seca, aunque a diferencia de otros sitios allí al menos no podrían quejarse de hambre. Deslizó la mirada con orgullo por las edificaciones que rodeaban su casa, la más grande del valle, rodeada por una muralla, protegida por el foso natural de un precipicio en la parte posterior y guardada por una torre.

Había sido un año magnífico para Casa Lubich.

A esas alturas de septiembre, en los pajares no cabía una brizna más de forraje; la cantidad de trigo almacenado garantizaba la abundancia de harina hasta la siguiente cosecha; los cerdos comenzaban a caminar con dificultad; la leche se escurría de las ubres de las vacas y las yeguas habían parido muchas mulas. Hasta los palomos, con sus buches llenos, parecían zurear con dificultad y pasaban el día aletargados en los alféizares de piedra.

Brianda respiró hondo, llenando sus pulmones del aire ebrio de actividad de esos días mientras tomaba el camino que conducía primero a los campos y luego a los bosques. Unos criados guiaban a los bueyes para labrar la tierra que no se dedicaba a los cereales de invierno; dos pastores y varios perros vigilaban los cientos de ovejas que ocupaban los alrededores; y, tras terminar con la siega, los jornaleros contratados en Tiles habían comenzado a podar y recoger leña.

La única que no tenía nada concreto que hacer era ella. Como única heredera del vasto patrimonio de Johan de Lubich, su principal tarea consistía en observar y aprender. Algún día

ella sería la propietaria de un lugar tan antiguo, sólido e inquebrantable como Lubich, luciría con honor el anillo con la gran esmeralda del primer amo que ahora llevaba su padre en el dedo meñique, y todos sus antepasados se sentirían orgullosos de ella, desde el primer Johan —cuyo nombre estaba tallado en el dintel de la puerta desde 1322— hasta su propio padre. Ningún sentimiento en su vida podría ser tan intenso como el de pertenencia a ese lugar, a esa casa, a la familia de Lubich, a una misma sangre. Durante casi tres siglos, Lubich había resistido gloriosa el paso del tiempo en manos de buenos amos y el único deseo de Brianda era que continuara así cuando le tocara a ella conservarlo para las siguientes generaciones.

Absorta en sus pensamientos anduvo un buen rato hasta que llegó al límite superior del prado más grande al norte de Lubich y se adentró en el bosque, que conocía bien porque solía pasear por allí con frecuencia. Todavía podría caminar media legua por el sombrío camino antes de que este se diluyera entre los árboles. En algún lugar más allá de ese punto comenzaba la ascensión a las montañas y el paso a tierras francesas. Tal vez algún día su padre la llevara. Johan nunca hablaba abiertamente de ese negocio que completaba la economía de Lubich, pero hacía tiempo que ella lo sabía. Cada cierto tiempo Nunilo y Johan se turnaban para cruzar a Francia con buenos caballos y regresaban con mulas de cría que luego vendían en las ferias de la tierra baja, donde adquirían nuevos caballos. Una vez los escuchó a escondidas y comprendió por qué guardaban tanto secreto. La Inquisición no se andaba con tonterías al perseguir el contrabando de caballos. Cualquier contacto con Francia y sus hugonotes equivalía a tratar con el mismo diablo, que acechaba por el norte para colarse en España; de ahí que la trata de caballos fuera considerada un delito religioso. Recordó cómo su padre se estremecía al evocar los interrogatorios a los que habían sido sometidos Nunilo y él antes de que ella naciera. Si no hubiera sido por la intervención del monarca, que entonces necesitaba contar con el personal al servicio de esos dos señores de la montaña, con toda probabilidad ambos habrían terminado ahorcados. Ahora las cosas habían cambiado, había dicho Nunilo. Dudaban que el rey los defendiera de nuevo. Y ese comentario había extrañado a Brianda. ¿Por qué no iba el rey a defender a uno de sus nobles?

Oyó un ruido de cascos de caballo y sonrió. Seguro que eran Nunilo y sus lacayos. En medio del camino, esperó distinguir el cabello y la barba canos del amo de Casa Anels. Ese hombre alto y grueso de nariz afilada era como su segundo padre, aunque para ser de la misma edad, parecía mucho mayor que Johan. Qué pena que no tuviera hijos, pensó. Hubiera sido un padre bondadoso.

De pronto, se vio rodeada de media docena de jinetes que no conocía y su primera reacción fue de extrañeza. Que ella supiera, por allí nunca pasaban extraños; de otro modo, su padre ya le hubiera prohibido pasear sola. El condado estaba alterado por bandoleros, pero jamás se habían atrevido a llegar a las tierras altas de Tiles, y mucho menos adentrarse en los bosques propiedad de Lubich. Por un momento temió que fueran espías de la Inquisición esperando atrapar a Nunilo. El corazón le dio un vuelco al observarlos más detenidamente y presentir que estaba en un aprieto. Los hombres mostraban un aspecto desagradable. Sus rostros estaban sudorosos y sus ropas sucias y desgastadas. El súbito miedo hizo que todos le parecieran iguales.

—Tú eres la hija de Johan de Lubich —afirmó uno de ellos, arrimando los ollares de su

montura a la cara de Brianda—. ¿Cómo es que te deja andar sola por el bosque? ¿Acaso no sabe de sus peligros?

—Los lobos nunca salen de día por aquí —dijo ella intentando aparentar una actitud firme.

—Algunos sí —dijo otro, de pelo muy rubio, desmontando de su caballo y acercándose a ella con un extraño y repulsivo brillo en los ojos. Se dirigió a los demás—: No podíamos haber deseado un botín mejor.

Los sentidos de Brianda se pusieron en alerta. Podía escurrirse bajo el lomo de uno de los caballos y echar a correr, pero no llegaría muy lejos. El corazón comenzó a latirle con fuerza. Nunca en su vida la habían agredido. Nadie en su sano juicio en esa tierra osaría tocar a la hija de Johan de Lubich.

—Déjala —dijo otro—. Tenemos órdenes claras de Medardo. De momento, algo de pillaje y nada más.

—Pues eso... —El rubio la cogió de un brazo y la atrajo hacia sí, apoyando la otra mano en su cintura y recorriendo su cuerpo con sus ojos—. Ya que no podemos entrar en Lubich...

Brianda comprendió sus palabras y el miedo se convirtió en asco. Los hombres intercambiaron unas miradas taimadas y ella supo que ninguno acudiría en su defensa. Soltó un grito de rabia y de un empujón consiguió zafarse un instante, pero con una carcajada el hombre la sujetó con más fuerza. Ella se retorció empleando su brazo libre y sus piernas para golpearle y darle patadas, pero solo consiguió que el hombre riera más y más hasta que una bofetada la tumbó en el suelo.

—Sujétame el caballo —oyó, aturdida, que le ordenaba a otro—. Yo abriré camino para vosotros en esta emboscada...

La cogió de una muñeca y la arrastró hacia el bosque como si fuera un trofeo de caza al que abrir las entrañas. Las piedras y las ramas secas del suelo se clavaron en la piel de sus brazos y de sus piernas. El cielo era una claridad intermitente sobre las copas de los árboles. Los ojos se le llenaron de lágrimas. Sabía qué sucedería a continuación, y nada ni nadie podrían evitarlo. Las últimas y plácidas imágenes de Lubich le vinieron a la mente, como si quisiera despedirse de su hogar. Después de aquello solo querría morir, si ese animal no la mataba antes. Sintió que con un movimiento brusco él soltaba su muñeca y vio cómo se desabrochaba la cuerda que sujetaba sus calzones para lanzarse sobre ella.

Brianda hizo acopio de fuerzas y se echó a un lado. Comenzó a gritar con una ira hasta entonces desconocida en ella mientras se alejaba arrastrándose, esperando ese segundo en el que pudiera ponerse en pie y correr. El hombre fue más rápido y la sujetó por un tobillo. Ella arañó la tierra hasta que sus uñas sangraron, pero toda su energía era insuficiente para contrarrestar la potencia del otro.

—Si esto es lo que prefieres... —gruñó el hombre cogiendo su largo cabello, enredándolo en una mano como si fuera una rienda y obligándola a empujar la cabeza hacia atrás mientras le levantaba la saya con la otra.

Brianda volvió a gritar, como si su voz fuera la única arma que pudiera salvarla de aquel ataque inminente, brutal, injusto.

Su vista se nubló y su mente se ennegreció. Entonces, entre las tinieblas que envolvían su

alma, creyó percibir el ruido de unos cascos de caballo, unos relinchos, unos gritos y unos pasos. La presión sobre su cuerpo cedió, una hoja de acero silbó en el aire, alguien emitió una exclamación, un líquido rojo y caliente cayó sobre ella y alguien la acunó entre sus brazos.

—Dime que no he llegado demasiado tarde, Brianda... —oyó que se lamentaba una voz conocida.

Brianda abrió los ojos y reconoció a Nunilo. Se abrazó a él con fuerza y rompió a llorar.

Nunilo la levantó y la llevó hasta el camino, donde sus lacayos terminaban de desarmar a los dos malhechores heridos que no habían conseguido huir de todo el grupo.

—¡Llevaos su cuerpo! —les gritó indicando con un gesto de la cabeza hacia el bosque—. ¡Y mostradlo en Aiscle como aviso para quien planee volver a Tiles!

Pidió a un lacayo que le ayudara a acomodar a Brianda sobre su caballo, se sentó tras ella, la cubrió con su larga capa y, al galope, se dirigió a Lubich. Minutos después, entró como una exhalación en el patio, llamando a voces al amo, espantando a todos los animales que se cruzaron en su camino y alertando a los criados, que abandonaron su trabajo y acudieron enseguida, sabedores de que algo terrible tenía que haber sucedido para que el afable señor de Anels actuara de esas maneras.

Johan de Lubich, un hombre alto y fuerte con barba y cabellos largos y oscuros, salió de la vivienda seguido de una mujer alta, delgada, de piel clara y porte altivo. Se acercó a Nunilo y sujetó las riendas de su caballo.

—Ya tenía planeado ir en tu busca —dijo. Brianda, escondida en la capa de Nunilo, se estremeció al escuchar la voz fuerte y firme de su padre—. ¿Ha habido algún problema?

—Nuestro amigo Monsieur Agut acudió al lugar convenido —respondió Nunilo a toda prisa —. Pero ha sucedido algo... —Abrió su capa y mostró a Brianda, encogida y cubierta de sangre.

—¡Brianda! —Johan lanzó los brazos hacia ella y la bajó del caballo. La joven corrió hacia su madre sin dejar de sollozar—. ¿Qué ha pasado?

Nunilo descendió del caballo y se lo contó.

—Brianda me ha confesado que no llegó a... —concluyó en voz baja—. Ya me entiendes.

El rostro de Johan se encendió de ira.

—¡Han sido ellos! —bramó—. La semana pasada intentaron atacar la casa de Bringuer de Besalduch. Al principio creyó que era un grupo de bandoleros, pero estamos convencidos de que eran rebeldes instigados por... —En cuatro zancadas llegó junto a su mujer y su hija—. ¿Los has reconocido? ¿Has oído algún nombre?

—No sé quiénes eran —respondió Brianda temblando entre los brazos de su madre—, pero han nombrado a un tal Medardo.

Johan soltó un rugido.

—¡Se acabó! Medardo cada vez tiene más partidarios y nuestro conde menos. ¿A qué espera el rey para intervenir? —Apretó los dientes, pensativo y rabioso, y luego comenzó a dar órdenes a las docenas de personas que le rodeaban—: Vosotros —dijo a los criados— encargaos de todo mientras esté fuera. Vosotros —señaló a un puñado de lacayos— preparaos para acompañarme. Y vosotras —se dirigió a las criadas que rodeaban a su mujer Elvira—, tened mi equipaje y el de Brianda preparado en una hora.

—¿Qué quieres hacer? —preguntó Elvira con frialdad.

—El rey está celebrando Cortes en Monçón. Pere de Aiscle bajó hace unos días para acompañar al conde don Fernando hasta que el rey atienda sus quejas. Desde hace meses, los rebeldes han desautorizado a Pere como justicia del condado y se niegan a ejecutar sus órdenes como representante del conde. Mientras Aiscle siga siendo el campamento de los insubordinados, aquí nunca habrá paz. ¡Yo ya no pienso esperar más!

Elvira se plantó frente a él.

—¿No pretenderás llevarte a Brianda? Después de lo que ha pasado, no toleraré que la sometas a un viaje tan largo y pesado.

—Quien ataca a mi heredera ataca a Lubich —repuso él en un tono que no admitía réplica. Miró entonces a su hija y su expresión se dulcificó—. Tienes que venir conmigo y responder ante el ataque. El rey escuchará tu testimonio. Ve, lávate y cámbiate de ropa. Y alza la cabeza. Los de Lubich no se humillan fácilmente.

Nunilo se acercó.

—Uno de mis lacayos va de camino a Besalduch para avisar a Bringuer. Yo voy ahora a Casa Anels a informar a Leonor. Nos encontraremos pasado el molino de Tiles.

—Acabas de llegar de Francia y estarás cansado... —dijo Johan.

—Ya no cabalgo como antes —le interrumpió su amigo—, pero no pienso dejarte solo en esto. Yo también me niego a creer que alguien como Medardo tenga la desvergüenza de decir por ahí que actúa en nombre del rey. Va siendo hora de que nos oigan a los señores de las montañas...

Una hora más tarde, Brianda, nerviosa y excitada, se despidió de Lubich y de su madre. Mientras esperaban a los otros en los límites entre Tiles y Aiscle, deslizó su mirada por los caseríos dispersos a los pies del monte Beles. En cada fuego había una familia que luchaba cada año por sobrevivir con algo de tierra, media docena de vacas, algún ternero, un cerdo, varias gallinas y conejos y un par de mulas; a diferencia de Lubich, donde nunca faltaba de nada. Del mismo modo que Johan pagaba sus rentas al conde, año tras año los campesinos cumplían ante él con sus pagos de gallinas, trigo, vino y aceite por el arriendo de tierras. Comparado con muchos infanzones que señoreaban otros míseros pueblos de las montañas y se encontraban en una situación penosa, incluso al borde de la ruina, los amos de lugares como Lubich o Anels gozaban de buenas rentas. Por primera vez en su vida, Brianda se preguntó cuántos de Tiles se sentirían tentados de escuchar las promesas de ese tal Medardo y cambiar de lealtades. El miedo que había sentido hacía apenas un par de horas le hacía ver las cosas de otra manera. Tiles ya no era un lugar tranquilo, apacible y alegre. No comprendía exactamente a qué se enfrentaban hombres como su padre, pero tenía que ser algo muy importante porque nunca lo había visto así.

Johan, impaciente, obligaba a su caballo a andar y desandar unos pasos. Ni cuando era pequeña y tenía que lanzar la cabeza hacia atrás para mirarle a los ojos le había parecido su padre tan grande y temible. Se había puesto un jubón oscuro, unas calzas anchas y unas botas altas que solo utilizaba cuando tenía algún viaje importante. El cabello negro se enredaba con la esclavina

de la capa que levantaba un incipiente viento. Desde que habían abandonado la casa apenas la había mirado, y su ceño permanecía fruncido en un gesto de preocupación y agresividad contenida. En cuanto divisó a los hombres de la casa de Nunilo en el horizonte, espoleó su montura y se lanzó a un galope que los demás siguieron. Brianda se alegró de que, en un territorio por el que los carruajes no podían circular sino con gran dificultad, Johan la hubiera enseñado a cabalgar como un hombre. Por el ritmo que su padre había marcado, iba a necesitar de toda su habilidad para aguantar.

Dieron un largo rodeo para no cruzar Aiscle y evitar así un ataque de los parciales de Medardo, y continuaron sin tregua durante cuatro horas. Entonces descansaron brevemente junto al río y, al caer la tarde, se detuvieron por fin en el estanque de la pequeña villa de Fons, a los pies de unas peñas que miraban al mediodía. Brianda, sonrojada, agotada y dolorida por diez leguas a lomos de su caballo, se acercó a la fuente para refrescarse. Cogió agua entre sus manos y la vertió sobre su largo cabello negro, que había recogido en una apretada trenza, aprovechando el gesto para peinarse. Todavía le duraba el dolor por cómo lo había estirado ese hombre en el bosque. Disimuladamente, aflojó el cordón de su justillo para poder respirar mejor. Hacía tanto calor, a pesar de que el otoño estaba próximo, que la camisa se le pegaba al cuerpo.

Entonces oyó el ruido de unos cascos de caballo y, al poco, voces de saludo. Se giró y reconoció a Bringuer de Besalduch, un hombre grueso de mediana estatura y ojos pequeños y vivaces ocultos por unas abultadas bolsas y a su hijo Marquo, a quien encontró tan apuesto como recordaba.

—Daos prisa en refrescaros —les dijo Johan—. Aún quedan dos horas de camino.

—Deberíamos pasar la noche aquí —sugirió Nunilo—. Hasta mañana por la mañana no haremos nada en Monçón.

Johan aceptó a regañadientes. Ordenó a los criados que repartieran algo de pan, queso y tocino y luego que dispusieran mantas en el suelo alrededor de un fuego. Brianda comió con avidez. Sin duda, ese había sido el día más largo y duro de su vida. Cerraba los ojos y recordaba con angustia la agresión sufrida en el bosque, pero el cambio de escenario y el agotamiento la ubicaban en algún momento lejano de su vida, como si no hubiera sucedido aquella misma mañana. Tal vez la energía de su padre y la capacidad de superar cualquier adversidad corrieran también por su sangre. Había dejado los lloros en el regazo de su madre.

Marquo se sentó a su lado. Brianda lo había visto en varias ocasiones en las ferias de la parte alta del condado y cuando se reunían los nobles en Lubich. Era un poco mayor que ella, lo suficiente para que se sintiera avergonzada en su presencia, y le parecía muy guapo, tal vez el que más de su zona, pero altanero. Tenía el pelo castaño y rizado, ojos grandes y expresivos y gestos elegantes y decididos. Su manera de hablar correspondía más al heredero de un señorío que al de segundón, como era él.

Brianda había oído esa semana cómo su padre le decía a su madre que Bringuer protestaba porque le habían nacido los hijos cambiados de orden. Marquo hubiera sido mejor amo que su hermano mayor y, sin embargo, tendría que conformarse con opciones de momento inciertas a menos que consiguiera un buen matrimonio. Brianda recordó el silencio que siguió a esa conversación.

—¿Es la primera vez que sales del valle? —le preguntó Marquo mirándola de frente.

—Sí —respondió Brianda, sin saber qué más añadir.

—Yo no —alardeó él—. Ya he estado en los valles catalanes. Y hace poco mi padre me llevó a Francia. —Hizo una pausa y, de repente, comentó—: Cabalgas muy bien. Es raro en una mujer.

—Mi padre me enseñó —respondió ella con orgullo—. Como no tiene más hijos, me ha enseñado a hacer de todo. También sé leer.

Marquo, ligeramente sorprendido, ladeó la cabeza.

—¿Y bordar? ¿También?

Brianda creyó distinguir un deje de burla en su tono y se sonrojó, pero no se amilanó.

—Mi madre se encargó de ello, pero no me gusta. Prefiero montar a caballo.

Marquo soltó una carcajada ruidosa, abierta y satisfecha que gustó a la joven. Más de una vez su madre le había insistido en que frenara sus impulsos, o de lo contrario no encontraría un buen marido. Entre ellos se encontraba su afición por salir sola al bosque, por ir de caza con su padre o por acompañarle a cobrar las rentas o a las ferias, donde en lugar de fijarse en los brocados de los mercaderes prefería admirar la cualidad de una buena yegua. Brianda le decía a su madre, insolente, que como única heredera de Lubich no tendría que esforzarse por encontrar pretendientes. Un escalofrío recorrió su espalda. Si aquella mañana ese rubio asqueroso hubiera cumplido su propósito, tal vez las cosas fueran diferentes.

—Sé lo que te ha pasado hoy —dijo entonces Marquo en tono serio, mirándola con mayor intensidad—. Me hubiera gustado matar a mí al tipo ese.

—Gracias —respondió ella arrebujándose en su manta.

Marquo se alejó. Brianda le lanzó una última mirada y se acomodó para dormir. A pesar de las razones que la habían llevado hasta allí, el viaje comenzaba a parecerle mucho más prometedor.

En cuanto amaneció, Johan los despertó y les urgió a ponerse de camino. Se lanzaron al galope por el paisaje llano, vasto, poblado de vides, tan diferente a las montañas y bosques de todos los lugares de las montañas del condado de Orrun, de malos caminos y escasos de población. Dejaron atrás acemileros y recuas de mulas cargadas de leña, hortelanos y labradores portando herramientas hacia las fértiles huertas, y mercaderes y artesanos guiando sus carros, y se acercaron a la villa de Monçón, amurallada a los pies de un cerro donde se divisaba un enorme castillo.

Pasaron junto a un monasterio de grandes dimensiones fuera de la muralla y, a la altura de un gran edificio con un letrero que indicaba que era un hospital, Johan, sin reducir la velocidad, hizo girar a su caballo y guio a la comitiva por un puente sobre un riachuelo hacia una de las entradas de la ciudad. El ruido de los cascos rompió la tranquilidad de la villa. Los mercaderes, artesanos, cortesanos y curiosos que llenaban las estrechas calles se vieron obligados a apartarse para evitar que esas figuras envueltas en largas capas ondeando al viento los arrollasen.

Brianda pudo distinguir la perplejidad reflejada en los rostros de los lugareños. Al paso de la oscura comitiva, el ambiente festivo y el olor a pan, vino, aceite y miel desaparecían. Con ellos

llegaba la ira de las montañas, la ansiedad de la incertidumbre, el miedo a los asesinos a sueldo, el odio a la amenaza constante sobre las familias y las casas que habían tenido que fortificar con torres a la espera de tiempos más tranquilos que nunca llegaban.

Se dirigieron a la Plaza Mayor, donde se encontraba el Palacio Real. Estaba vacía. Johan lanzó una rápida mirada a las galerías arqueadas, también vacías, y comprendió que la comitiva real ya estaría en el lugar donde se celebraban las Cortes. Alzó la mano para indicarles que lo siguieran por una empinada callejuela de casas apretadas entre sí hasta que una barrera humana les cerró el paso.

—¡Johan! —gritó Nunilo—. ¡Debemos parar! ¡La guardia nos detendrá!

Ignorando su advertencia, Johan espoleó a su caballo para que siguiera adelante, acompañando la acción con gritos para que la gente se apartara. Brianda nunca lo había visto así. Su padre era un hombre educado y sereno. Ahora, su expresión agresiva indicaba que nadie impediría que llegase hasta el rey. La masa humana se abrió para dejar pasar al rabioso grupo y llegaron hasta la plaza donde se alzaba la alta torre almenada de estilo mudéjar sobre la sobria iglesia de Santa María. Johan no se detuvo hasta llegar junto al primer peldaño de las amplias escaleras del edificio. Estimulado porque solo unos metros le separasen de su objetivo, Johan saltó de su caballo y entregó las riendas a uno de sus criados. Un profundo silencio se apoderó de la plaza mientras, unos peldaños más arriba, unos soldados cruzaban sus lanzas con intención de impedirle la entrada.

—¡Soy Johan de Lubich, señor de las tierras altas de Orrun, como estos que me acompañan, y debo ver al rey! —dijo en voz alta, apoyando la mano derecha en la empuñadura de su espada, en un gesto claro de que unos pocos soldados no lo detendrían.

Sin esperar respuesta, extendió la mano izquierda en dirección a Brianda para que se situara junto a él y comenzó a subir las escaleras con decisión ante la atenta mirada de cientos de ojos.

—¡Las mujeres no entran en las Cortes! —le gritó uno de los soldados.

—¡La heredera de Lubich sí! —repuso Johan con dureza.

Los soldados intercambiaron unas miradas de duda y finalmente se apartaron.

Brianda se esforzó por caminar erguida junto a su padre. El galope había cesado, pero sentía que todos los músculos de su cuerpo permanecían en tensión, evitando que se desplomara. Cruzaron una alta puerta de madera, seguidos de los otros, y entraron en el edificio. Los ruidos de sus botas sobre las piedras del suelo vibraron por las columnas que trazaban la forma de cruz de la iglesia antes de rebotar contra las bóvedas del alto techo. Un murmullo de sorpresa e indignación los acompañó por el amplio pasillo a cuyos lados se extendían largos bancos ocupados por oficiales reales y hombres de los diferentes reinos organizados según su pertenencia al brazo eclesiástico, noble, militar o república de las ciudades. Por fin, llegaron hasta la zona del altar mayor, engalanada con gran lujo. Sobre un cadalso muy grande con gradas, construido para la ocasión y decorado con ricos y hermosos tapices, estaba el dosel, y bajo este, la silla ocupada por el rey.

Brianda respiró hondo mientras los altos hombres vestidos de negro que la acompañaban, sudorosos y cansados, sin perder ni un ápice del orgullo y altivez que caracterizaba a los señores de las montañas, se hincaban de rodillas.

15.

La profunda reverencia se le hizo eterna. Por fin, cuando el movimiento de Johan a su lado le indicó que podía incorporarse, Brianda pudo conocer al rey Felipe II de España y I de Aragón. Esa figura vestida de negro de arriba abajo que transmitía cansancio y cierto tedio los miraba con el ceño fruncido desde su asiento, irritado porque esos rudos hombres hubieran irrumpido en las Cortes con sus modales poco civilizados, sus amplias ropas, sus cabellos y barbas largas y sus pieles curtidas. El rey tenía el semblante pálido, como si estuviera enfermo, pero la gravedad y seriedad de su expresión, pensó Brianda, solo podían ser consecuencia de muchos años de mesura y compostura. El pelo corto y cano, el rostro alargado, la frente extremadamente ancha y la barbilla afilada configuraban la imagen de un hombre que infundía temor. Las rodillas comenzaron a temblarle y deseó poder esconderse tras la espalda de su padre.

A su lado, Johan mantuvo los hombros erguidos y una perceptible impavidez aun cuando uno de los secretarios, de cabello escaso y corto, que lucía perilla y bigotes con las puntas levantadas hasta sus carnosas mejillas, se dirigió a él con aire contrariado:

—¿Quiénes os creéis que sois para presentaros de esta manera?

—Soy Johan de Lubich, del lugar de Tiles, en el norte del condado de Orrun. Me acompañan Nunilo de Anels y Bringuer de Besalduch con su hijo Marquo. Debo exponer a su majestad la realidad en la que vivimos. Los síndicos del pueblo se han apoderado del gobierno, jurisdicción y rentas del condado. Con el tiempo se han enseñoreado de tal manera que tienen escuadra y lacayos y allí no se hace sino lo que ellos quieren, hasta el extremo de cometer viles agravios y afrentas como la que ayer tuvo que soportar mi hija y que ella misma os narrará.

Apoyando su mano en la espalda de su hija, Johan le indicó que se adelantara y hablara. Brianda sintió los ojos de todos los hombres que había allí clavados en su espalda, atentos a sus palabras, pero no pensaba ni arredrarse ni ofrecer una imagen lastimosa que avergonzara a su padre. Respiró hondo mientras se repetía que el miedo no existía en las conversaciones de Lubich y se concentró en exponer los hechos de manera clara y concisa. Cuando terminó, una leve presión en el brazo le aseguró que Johan la felicitaba por haberlo hecho bien.

—Su majestad tiene asuntos más importantes en estas Cortes que escuchar los disgustos de vuestra hija —comentó el secretario en tono jocoso.

—¡Majestad! —interrumpió entonces Nunilo—. ¡Los sublevados no son sino bandidos que defienden sus actos por los privilegios reales que dicen tener y pretender defender con las armas!

El rey se irguió en su silla mientras el secretario replicaba con el rostro encendido:

—¡Medid vuestras palabras! ¿Os atrevéis a acusar a su majestad de connivencia?

—¡Preguntadle al conde don Fernando! —exigió Bringuer en voz alta.

El secretario miró al rey y este hizo un gesto de asentimiento con la mano. Un murmullo se extendió por la iglesia mientras todos esperaban a que el conde de Orrun se acercara al altar.

Brianda había visto a don Fernando en Lubich cuando era pequeña. Lo recordaba delgado, de nariz grande y labios gruesos. Había tenido unas palabras para ella que ahora cobraban un nuevo sentido:

«¿Tú eres la hija de Johan? Si no fuera por la sangre de gente como él... Espero que nunca tengas que lamentar haber nacido en Lubich».

El conde se acercó por el pasillo central y saludó a los hombres de la montaña con afecto, pero también con el distanciamiento propio de su posición, acentuado por las ricas y elegantes ropas que llevaba en comparación con aquellos. Vestía un jubón negro guateado de cuello alto con una pequeña gorguera y un cinturón adornado con granates. Como la mayoría de los presentes, también lucía el cabello corto y un arreglado bigote. Le acompañaba Pere de Aiscle, un hombre alto, delgado y rubio de aspecto serio y cansado.

Pere se acercó a Johan y le susurró con un tono levemente recriminatorio:

—Has sido osado, Johan. El conde lleva esperando días a que lo atienda.

—Debería estarme agradecido, entonces. —La expresión de Johan se ensombreció—. Si hubieran querido ultrajar a su hija, él también habría adelantado la visita.

—¿Quién es el secretario del rey? —preguntó Nunilo, también en voz baja.

—Diego Fernández de Cabrera, conde de Chinchón... —respondió Pere.

Nunilo resopló mientras Johan comentaba:

—Mal asunto.

Brianda hubiera querido preguntarle a su padre qué quería decir con aquello, pero el conde de Chinchón llamó su atención con ironía:

—Si habéis terminado con los saludos, su majestad desearía escuchar qué tiene que decir el conde de Orrun. Pero antes, Johan de Lubich, haced el favor de llevaros de aquí a vuestra hija.

Johan dio un paso al frente, apoyando temerariamente un pie sobre las escaleras del altar. Dos soldados se apresuraron a acercarse.

—Mi hija se queda conmigo —dijo con firmeza—. Algún día será ella quien tendrá que defender los intereses de Lubich.

Pere lo sujetó del brazo.

—El rey está teniendo mucha paciencia, Johan, dadas las circunstancias. Le diré a uno de mis criados que la acompañe a la casa donde me alojo.

—Si ella se va, nos iremos todos —aseveró Nunilo—. Tal vez el conde prefiera seguir solo...

El rey zanjó la cuestión saludando al conde con familiaridad y recordando públicamente la amistad que había disfrutado con su padre cuando, siendo príncipe, lo había acompañado en sus visitas a Inglaterra, Francia, Italia y Flandes. Recordó también que, por sus méritos en hazañas de guerra y otros servicios, había recibido diversas compensaciones. Por fin, con un gesto de la mano, lo invitó a que hablara.

—Sobre el condado de Orrun —comenzó el conde— hay pleito entre vuestra majestad y mi persona. Hace más de veinte años requeristeis formalmente a mi padre, el entonces conde, que no

se entrometiera más en dicho feudo ni entrase en él, y que los de allí no le pagasen los frutos y rentas sino a vuestra majestad. De manera inesperada e injustificada desposeísteis a mi padre del condado, incorporándolo a la Corona con sus fortalezas, jurisdicción y rentas, alegando simplemente que el feudo original había expirado.

—Su majestad conoce estos datos, don Fernando —interrumpió el conde de Chinchón—. Os ruego brevedad.

Se oyó un nuevo murmullo y el secretario pidió silencio. Don Fernando respiró hondo y continuó:

—Mi padre recurrió entonces para hacer valer sus derechos y sabéis tan bien como yo que el tribunal de justicia dictó sentencia a su favor. Desde entonces, esta disparidad de criterios no ha servido sino para mantener la tierra en constante batalla. Cuando murió mi padre, hace cuatro años, y yo heredé el título, pedí al virrey de Aragón que me diese la investidura y posesión del condado, admitiéndome todos los homenajes de príncipe feudatario. Solo recibí excusas. Acudí a vos de nuevo hace tres años...

El rey, impaciente, le interrumpió por primera vez:

—¿Excusas, decís? ¿Acaso no pedí información a mis ministros y a los abades de esta tierra?

—Majestad, la realidad es la que os ha narrado Johan de Lubich. Allí no hay oficiales reales que osen subir ni a informarse ni a ejecutar provisiones de ninguna audiencia, pues los que lo han hecho han sido maltratados y los que todavía no, han sido avisados de que no subiesen. Los pleitos que tenéis con el condado de Orrun no hacen sino dar alas a los que no quieren ningún señor.

El conde de Chinchón contraatacó:

—¿Y qué me decís de vuestra actitud? ¿Desconocéis la acusación de que vuestros partidarios explotan a los pueblos y a los particulares con exacciones abusivas? ¿Y qué hacéis vos? ¡Nada! Cuando no se cumplen las peticiones del pueblo, ¿qué esperáis sino que la gente más inquieta apele a las armas?

—¡Nosotros no cometemos ningún abuso! —saltó Nunilo—. ¡Son ellos quienes quebrantan los derechos de nuestra tierra al impedir la reunión de nuestro Concejo General! ¿Por qué razón queréis acabar ahora con nuestros derechos? ¿Acaso no hemos servido siempre a nuestro conde y él a vuestra majestad?

—¡Su majestad respeta nuestra legalidad de usos, fueros, libertades, derechos y privilegios! —bramó el conde de Chinchón—. ¡Pero debe velar también por todos y cada uno de sus súbditos! ¿Cómo queréis que frene la tendencia de los pueblos a emanciparse de sus señores? La legalidad de un condado no reconoce la perpetuidad de feudos y señoríos. No vemos qué interés pueden tener los habitantes de Orrun de seguiros a vos si pueden servir directamente a su rey...

Otro murmullo, esta vez más fuerte, interrumpió la discusión. El secretario pidió silencio varias veces, pero el público no le hizo caso. Por fin, un hombre vestido con un hábito morado gritó desde el primer banco de la parte del Evangelio, donde se sentaban los prelados y eclesiásticos de los reinos de Aragón y Valencia:

—¡Majestad, detened este despropósito de inmediato! —El murmullo cesó y todos escucharon con atención—. Primero entran aquí sin ser citados y después nos obligan a aceptar

la presencia de mujeres en estas Cortes. ¿Cuántas hay como ella, herederas de sus casas? ¿Debemos entonces admitirlas a todas? ¡O la echáis o nos vamos!

Una gran ovación acompañó sus palabras. El conde de Chinchón, el rey y otros secretarios intercambiaron unas miradas indecisas, pero antes de que pudieran decidir cómo resolver el asunto, un grupo de hombres se acercó al altar en actitud amenazadora. Asustada, Brianda se agarró al brazo de su padre.

Bringuer ordenó a su hijo:

—¡Llévala a la calle y espéranos allí con ella!

Marquo miró a Johan, que asintió con la cabeza. Tomó a Brianda de la mano y la condujo hacia uno de los laterales, abarrotado de hombres que se habían levantado de sus bancos ocupando los espacios libres y dificultando la circulación.

De pronto, Brianda notó que la presión de la mano de Marquo cedía y que decenas de brazos la zarandeaban, desplazándola como si fuera un saco mugriento del que se quisieran liberar. Los gritos e insultos la aturdían. El calor y el mal olor la asfixiaban. Sin saber cómo, un último empujón la impulsó fuera de la iglesia. Cayó al suelo del rellano del que partían las escaleras que poco antes había ascendido orgullosa del brazo de su padre y, antes de que tuviera tiempo a reaccionar, las puertas se cerraron con un golpe sordo que le resultó insultante. Unas risas llamaron su atención y se dio cuenta de que la gente congregada en la plaza estaba disfrutando del espectáculo que ella había protagonizado sobre la escalinata de la iglesia muy a su pesar. Miró a su alrededor sin saber qué hacer ni adónde ir y los ojos se le llenaron de lágrimas. Algún día, ella tendría que hacerse cargo de las tierras y de las rentas de Lubich y defender sus derechos como si fuera un hombre, así que ¿por qué no podía disfrutar del privilegio de enterarse de los asuntos del condado que la afectaban tan directamente? Recordó entonces las palabras que su padre había pronunciado y se puso en pie, sacudiéndose el polvo de la ropa. Los de Lubich no se humillaban fácilmente.

Tres muchachos desharrapados se escurrieron bajo las lanzas de los guardas y se le acercaron. Brianda se dio cuenta de que uno no apartaba los ojos de la joya de su cuello y trató de ocultarla con la mano, pero ellos no dejaban de aturdirla con un baile de sucias manos para tocarla y una retahíla de frases y risas con aliento pestilente. Le resultaron desagradables, y además parecían enfermos, pues tenían costras negras en la boca y manchas punteadas en la piel. El más insistente extendió una mano hacia su cuello y trató de prender su colgante. Instintivamente ella le asestó un manotazo y salió corriendo escaleras abajo sin poder librarse de las odiosas risas de la gente. Le pareció que los guardias también sonreían. Intentó abrirse paso sin éxito por la barrera humana, seguida a cada paso de los mendigos que no dejaban de molestarla. Solo quería que se callasen y apartasen sus sucias manos de su ropa...

Se dirigió hacia el muro exterior de la iglesia, deseando encontrar un hueco entre la gente por el que escapar de ahí. De pronto, chocó contra algo duro y metálico y las rodillas le flaquearon. Unas fuertes manos atenazaron sus brazos. Alzó la mirada y distinguió un uniforme militar y enseguida un ancho rostro, curtido por el sol, con perilla y bigote de color castaño claro. No conocía a ese hombre, pero juraría que sus facciones le resultaban familiares. Se apretó contra él en busca de asilo, segura de que un militar defendería a una joven de la nobleza.

Entonces, una sombra surgió tras ambos y se deslizó con rapidez hacia sus perseguidores. No dijo nada; simplemente se plantó ante ellos con una mano apoyada en la espada, proyectando una oscura y desafiante figura sobre la tierra. Los otros se detuvieron, frustrados y rabiosos al reconocer que la diversión había terminado, lanzaron varios juramentos y, por fin, se marcharon. También las risas cesaron en la plaza. La sombra se giró y, a medida que se acercaba adonde estaba Brianda, se fue convirtiendo en un hombre alto y fuerte de cabello largo y negro, también vestido de militar, que caminaba ligeramente encorvado, como si no estuviera acostumbrado a levantar la vista del suelo.

El primer hombre dijo con sorna:

—¡Mi pobre amigo italiano! Te has quedado con ganas de probar la nueva espada que ayer te dio su majestad, ¿verdad? Otra vez será.

Cerca de ella, varias personas cuchichearon al reconocer al mejor corredor a pie y caballo en la importante carrera de la feria de San Mateo de ese año. Movida por la curiosidad, Brianda se fijó mejor en él. Contempló su rostro y sintió un escalofrío tan intenso que cruzó los brazos sobre su pecho para detener el temblor de su cuerpo. Ningún polvo de árbol, planta, insecto, molusco o piedra podría conseguir la tonalidad negra y rabiosa, como una noche de tormenta, de los ojos del hombre. Ningún escultor jamás podría tallar con acierto la tensión proporcionadamente repartida por su frente, sus mandíbulas y sus labios. Ningún pintor acertaría a captar su expresión incierta, opaca, inescrutable, en la que creyó descubrir un débil destello de expectación. En conjunto las facciones, la envergadura física y los gestos correspondían a un hombre joven, fuerte, agraciado y sano; pero, sin saber por qué, ella percibió el siniestro aliento del desasosiego.

El militar junto a ella preguntó:

—¿Puedes explicarme quién eres y cómo te has metido en este lío?

Brianda le contó lo que había sucedido. Intentó por orgullo no derramar ni una sola lágrima, pero no lo consiguió y terminó el relato sollozando de rabia:

—... me han echado como a una cualquiera...

El hombre soltó una risotada y, dirigiéndose al otro, dijo:

—¿No te he hablado, Corso, de lo hermosas que son las mujeres de mis montañas? Pero no te fíes de sus lágrimas. Si ha heredado una sola gota del carácter de Johan de Lubich...

Brianda no le dejó terminar la frase.

—¿Vuestras montañas? ¿Conocéis a mi padre?

—Me apuesto algo a que hoy le acompaña el señor de Aiscle...

—¿También conocéis a Pere?

—Un poco. Soy su hermano.

Brianda se quedó boquiabierta. ¡Por eso su rostro le había resultado familiar! Había escuchado historias increíbles de ese espía, bandolero y asesino perseguido por la justicia. Estaba hablando con el mismísimo diablo de las montañas, héroe para algunos y villano para otros. No conseguía recordar por qué había estado desaparecido tanto tiempo, pero creía que algo había ocurrido entre él y su hermano.

—Pero... vos... sois...

—Ahora soy Surano, ¿de acuerdo? —le interrumpió él.

Ella asintió con cierto recelo. Si había cambiado su nombre era porque ocultaba algo.

—¿Vais a reuniros con Pere?

—Todavía no sabe que estoy aquí... —Intencionadamente, Surano cambió de tema—: ¿Por qué no me cuentas de qué hablaban ahí adentro?

Brianda le puso al tanto. Con el ceño fruncido, Surano dijo:

—Por lo que veo, de la satisfacción de don Fernando y sus señores dependerá que haya guerra o no. —Se dirigió a su amigo—. Tendremos trabajo.

—¿Qué queréis decir? —Brianda se alarmó. Hasta ahora, ella había vivido con relativa tranquilidad en las altas tierras de Tiles, protegida por sus padres en una casa fortificada. Pero por lo poco que sabía de historia, torres más altas habían caído en cuanto los pueblos cogían las armas en una guerra abierta... No podía imaginarse que Lubich, ella y su familia pudieran correr peligro.

Surano no respondió. Algo había llamado su atención, provocando que girara la cabeza y se apretara contra el muro como si quisiera evitar que lo vieran. Brianda dirigió su mirada en esa dirección y se fijó en dos hombres que subían las escaleras con intención de entrar en la iglesia. El primero era un hombre joven y bien parecido a pesar de su nariz aguileña. El segundo, un poco más alto y de abundante pelo castaño, masticaba una ramita de la que pendían unas pequeñas flores blancas y de vez en cuando esbozaba una sonrisa burlona que confería agresividad a su rostro.

—Por la flor de aliaga deduzco que son del condado, aunque del otro bando —comentó Brianda—, pero nada más. ¿Los conocéis?

Desde que el condado se había dividido en dos y para distinguirse, los partidarios del rey lucían una ramita de aliaga florecida y los del conde, una ramita de boj.

—¿Tú no? —replicó Surano extrañado—. El de la nariz curva es Medardo de Aiscle...

—¡Medardo! —exclamó ella al poner rostro al cabecilla de los rebeldes, al responsable de que el día anterior casi fuera mancillada. Se lo había imaginado como un ser horrible y, sin embargo, a pesar de su nariz, su aspecto era agradable.

—Y el otro es Jayme de Cuyls... —Surano iba a añadir algo más, pero se detuvo. Que la joven no conociera a Medardo era posible, pero a Jayme... Hizo un gesto para que ella se mantuviera en silencio mientras pensaba qué hacer. Entonces se dirigió a Corso—: Entra ahí y no pierdas de vista a esos dos. Acércate a ellos a ver si puedes oír con quién hablan y qué dicen. Si tardas, te esperaré en la parte de atrás.

Corso le obedeció y desapareció. Y Brianda, que hasta entonces había percibido la inmutable presencia del hombre junto a ella con la misma intensidad con que la sentiría si la estuviera aplastando con su peso, aunque en ningún momento la había rozado siquiera, dejó escapar el aliento aliviada.

16.

Apostado tras una columna en el interior de la iglesia, Corso trataba de seguir el hilo de los argumentos finales del conde sin perder de vista a quienes debía espiar, pero su mente se entretenía con la muchacha rabiosa que había dejado fuera junto a Surano. Sus ojos, vivaces, y sus expresivos labios habían captado su atención desde el primer momento. Para alguien sin escrúpulos como él —acostumbrado desde pequeño a los gritos, las peleas y la sangre, a actuar siguiendo órdenes para saquear o matar— la imprevista e intermitente sensación de serenidad que le había suscitado la contemplación de la joven lo había cogido desprevenido. Por primera vez en mucho tiempo, sus pensamientos, normalmente oscuros, y sus instintos, siempre alerta, habían relajado su persistente actividad.

Quizás necesitaba una mujer, concluyó. Surano había tomado la precaución de no detenerse en ningún prostíbulo hasta llegar a los límites de Orrun y el viaje había sido muy largo. Cuantas menos sospechas levantaran dos desertores, mejor. La cosa cambiaría, le había dicho, cuando se acercasen a las montañas. Allí volvería a hacer lo que le diera la gana y nadie lo encontraría. Y en efecto, a medida que se habían ido aproximando a Monçón, la actitud de su amigo había ido cambiando, volviéndose más atrevido y desafiante hasta olvidarse casi completamente del miedo de la huida, aunque, por razones que Corso ignoraba, no deseaba encontrarse con esos dos a los que había mandado vigilar.

Observó a los dos hombres, que habían conseguido sentarse en uno de los bancos traseros cercanos a la capilla izquierda de la iglesia. El tal Medardo recorría con la mirada los rostros de los nobles al otro lado del altar y de vez en cuando saludaba con una imperceptible inclinación de cabeza. Jayme de Cuyls, con una inamovible sonrisa ladina, no perdía palabra de lo que decía el conde —en un tono demasiado comedido, a juicio de Corso, para alguien que pretendía defender lo suyo, según había comprendido de las explicaciones de la joven Brianda—. Centró su atención en el tal Jayme y, por un momento, le pareció que el hombre no dedicaba su sonrisa al conde, sino a uno de los hombres que lo acompañaban, al más alto con el cabello oscuro que mantenía los puños apretados.

Un profundo silencio llenó la sala cuando el conde terminó de hablar y el monarca se incorporó con lentitud en su asiento. Meditó unos minutos que a Corso le resultaron demasiado largos antes de responder y, por fin, habló:

—Vaya inconveniente sería para la poca seguridad de las haciendas y vidas de las personas como vos, don Fernando, conde de Orrun, que siempre habéis sido leales a la Corona, si premiásemos a algunos por desobedecer. Creed nuestras palabras y nuestra preocupación por la

inquietud y las alteraciones de los vasallos de señores de este Reino —lanzó una mirada a Johan —, pues en estas Cortes de Monçón aprobamos la ordenación que llamamos *De rebellione vasallorum*, en la que establecemos y ordenamos que los vasallos que tomaran las armas rebelándose contra sus señores *ipso facto* incurren en pena de muerte natural. Asimismo, establecemos que todos aquellos vasallos que no acudieran a defender y a servir a su señor serán tratados de rebeldes y traidores. Con esto dejamos claro que no queremos que sean perjudicadas en nada las preeminencias, derechos, usos y costumbres que los señores de vasallos han tenido y tienen en este Reino de Aragón, en sus lugares y vasallos. Mañana por la tarde tendréis por escrito mi resolución. —Señaló a su secretario—. El conde de Chinchón la redactará.

El rey Felipe hizo un gesto a su secretario y dio por finalizado el tema. Mientras un murmullo de aprobación se extendía por los bancos, un ujier se acercó a los hombres de Orrun para que se retiraran. Don Fernando y los suyos, un tanto aturdidos y visiblemente insatisfechos por la rapidez con la que el monarca había zanjado el asunto, recorrieron el pasillo entre las gradas hacia la salida.

Corso se fijó entonces en que el secretario del rey, sustituido por otro para el siguiente caso, abandonaba discretamente el altar por un lateral hacia la nave de la izquierda y con una leve indicación de la cabeza indicaba a Medardo y Jayme que lo siguieran hasta una pequeña capilla. Con sigilo, Corso recorrió la distancia que separaba dos columnas y se aproximó todo lo que pudo hasta los hombres.

—Prepararé una oferta —escuchó que decía el conde de Chinchón—. Cuando las cosas se pongan más difíciles, venderá el condado.

—Eso ya lo habéis dicho otras veces, pero todo sigue igual —respondió Medardo—. Vuestra única preocupación es negociar la incorporación del territorio de manera que no resulte muy oneroso para el erario real. ¿Y qué hay de nosotros? Los hombres se cansan y dudan de que cumpláis vuestras promesas.

—Todo llegará. Su majestad no olvidará vuestros servicios.

—Lo que tiene que hacer es empezar a recordarlos ahora. Si hoy mismo no recibo algo...

—¿No tenéis ya más poder ahora que nunca?

—Un poder incierto, querréis decir... Ganamos más por los botines de las escaramuzas que por el encargo, que está envenenado. Los partidarios del conde siguen siendo muchos y no reblan. Si al final ganaran ellos, ¿qué garantías tendríamos de que nos protegería la gracia de su majestad? Esperaré aquí hasta que me entreguéis alguna prueba que respalde la rebelión. De otro modo, no os garantizo nada.

—Lo planteáis de una manera equivocada —replicó el secretario—. Gozáis del favor del pueblo, cansado de ese don Fernando que pasa más tiempo en sus propiedades lejanas que aquí.

—¿Sabéis qué opinan algunos? —dijo por fin Jayme de Cuyls con voz ronca—. Que tampoco el rey vive en Orrun... Existe el temor de desvestir a un santo para vestir a otro...

La conversación se detuvo en ese punto. Tras unos segundos, el conde de Chinchón añadió:

—Volved esta tarde. Veré qué puedo hacer.

Corso se apresuró a marcharse de allí. Salió al exterior y buscó con la mirada a Surano. Descubrió que el grupo de los hombres de la montaña se alejaba caminando con Brianda junto al

hombre alto al que Jayme no había dejado de observar. Al final de la plaza unos lacayos acercaron un caballo al conde y este se fue por otro camino. Tal como habían convenido, Corso se dirigió a la parte trasera de la iglesia, donde se encontró con Surano y le repitió la conversación que había escuchado.

—Sé que a mi hermano le gustará saber esto... —murmuró Surano.

—Los de Orrun se han marchado ya hacia el este. No creo que sea difícil encontrar dónde se alojan. Llaman la atención.

Surano sintió un impulso de ir en busca de Pere, pero se contuvo. Su hermano siempre le había ayudado y él tenía ahora la ocasión de responderle. Sin embargo, antes tendría que explicarle la razón de su temprano regreso y había pensado hacerlo en Aiscle, a solas y con calma. No había contado con que la casualidad los uniría en Monçón. Su mente se desplazó a aquella noche, cuatro años atrás, cuando tuvo que huir tras ser acusado injustamente de dos muertes en una disputa. Los jurados del condado lo condenaron a muerte, y el rey y la Inquisición pusieron precio a su cabeza. Si no hubiera sido por Pere, que le aconsejó refugiarse en Francia mientras mediaba con el monarca para que Surano fuera contratado como espía de los hugonotes, ahora probablemente estaría muerto. En agradecimiento a sus servicios, le habían conmutado la pena de muerte por la obligación de enrolarse en los tercios imperiales y servir en Sicilia como capitán de infantería. Resopló. Sin duda alguna, necesitaría un buen rato para que Pere entendiera lo sucedido a partir de ahí. A saber qué equivocadas conclusiones extraería cuando esa joven, Brianda, le contara que lo había visto, si no lo había hecho ya...

—Dices, Corso, que mañana tendrán la respuesta del rey. Entonces esperaremos a mañana. —Surano esbozó una sonrisa pícara—. Tanto a ti como a mí no nos irá nada mal una noche de diversión antes de que se complique todo.

Pere se detuvo ante una construcción de adobe de dos plantas de altura, sencilla pero muy grande, ubicada en una calle estrecha de la parte alta de la villa.

—Espero que al dueño no se le ocurra poner ninguna objeción —les dijo—. El muy bribón me ha pedido trescientos reales de alquiler al mes por una casa que vale cuarenta reales al año. Con la celebración de las Cortes Generales, la ciudad se ha vuelto loca. —Se secó el sudor que perlaba su frente—. Este maldito calor... Ya hay casos de tabardillo. Solo nos falta una epidemia. —Soltó un suspiro—. ¡Cómo echo de menos el fresco de allá arriba! ¿Verdad que nevó el 29 de agosto? Desde aquí las montañas se veían blancas, para maravilla de todos...

Johan puso una mano en su hombro.

—Todos estamos cansados, Pere.

—No es el cansancio, Johan. Es la desconfianza. Parece que el rey le ha dado la razón a nuestro conde, pero no me fío...

Entró y llamó a voces con insistencia. Al poco, un muchacho de tez morena llamado Azmet acudió y se encargó de alojarlos. Johan y Brianda dispusieron de una sala y dos alcobas separadas en la planta superior, cerca de las estancias reservadas para Bringuer y Marquo. Desde la ventana de la sala, que daba a un patio interior, Brianda pudo ver que Pere y Nunilo ocupaban

una parte de la primera planta, cerca de la sala común donde comerían todos juntos. En la planta baja, los criados y soldados compartirían un amplio espacio único.

Después del viaje y la intervención en las Cortes, Brianda estaba agotada. Ayudada por una huérfana gitana llamada Cecilia se bañó y pasó el resto de la tarde en la casa. Como los tres eran de la misma edad, Azmet y Cecilia no dejaron de acribillarla con preguntas sobre la vida en la montaña, los osos y los lobos. No podían comprender que una muchacha como ella pudiera vivir en medio de los bosques y tener ese aspecto elegante y esos gestos educados propios de la nobleza. A Marquo no le hacía ninguna gracia que Brianda perdiese su tiempo con esa pareja de piel aceitunada, con indudables rastros de judaísmo el uno —por muy integrado que pareciera estar en la villa a la vista de la familiaridad con la que lo trataban en esa casa— y con evidencias de su mal vivir la otra, de hábitos y lengua extraños. Por su parte, a Brianda no le importaba estar con ambos, pues nunca antes había tenido ocasión de hablar con jóvenes de su edad tan diferentes a los hijos de los campesinos o de los señores de las montañas. Le atraía sobre todo la frescura de sus risas espontáneas y la despreocupación de sus actos.

—¿Sabéis que el rey ha estado muy enfermo de fiebre y gota? —le contaba Cecilia—. Mientras se recuperaba, varios de su séquito, muy cercanos a él, fallecieron. Ahora dice que Monçón es el sepulcro de sus fieles criados. ¡Jamás había visto tantas reliquias de santos juntas! Llegaban de todas partes para su curación, pero el único ungüento que ha funcionado ha sido el aceite que mana desde muy antiguo en el monasterio de San Salvador de Fraga.

Brianda permaneció pensativa. Harían falta muchas reliquias para protegerlos si el rey no cumplía su palabra dada. Ojalá el documento sellado y firmado satisficiera al conde porque, como había apuntado Surano, de la satisfacción de don Fernando dependía que hubiera una guerra civil o no.

Por la noche, antes de acostarse, Brianda entró en la alcoba de su padre inquieta. Sentía curiosidad por preguntarle un par de cosas que habían rondado por su cabeza todo el día.

—Padre..., ¿por qué le tiene tanto odio el de Chinchón al conde?

—Hace unos años, el hermano de don Fernando, casado con una pariente del de Chinchón, asesinó a su esposa al sospechar de su infidelidad. El asesino huyó a los estados de Ferrara, pero fue capturado y ajusticiado. A él le dieron garrote y a sus criados los quemaron por cómplices. Parece que eso no fue suficiente para el de Chinchón. No pierde ocasión de propagar la mala fama de la casa del conde de Orrun, desautorizándolo a él y cuestionando el prestigio de la casa con el único objeto de arruinarla para siempre. Temo que no parará hasta que termine con el condado.

Brianda permaneció pensativa. Le parecía incomprensible y absurdo que por una venganza se enfrentaran los hombres de una misma tierra.

—¿Y quién es Jayme de Cuyls?

—¿Por qué lo preguntas? —Johan alzó una ceja.

Brianda le contó que lo había visto entrar en las Cortes con Medardo cuando esperaba con Surano, el hermano de Pere.

—¿Surano...? —se extrañó Johan—. ¿Por qué no nos lo has dicho antes?

Brianda se encogió de hombros.

—Me ha parecido que no quería que se supiera que estaba aquí, pero luego le ha pedido a uno que iba con él que espiara a Medardo y a Jayme. —¿Cómo habría conocido a Corso?, pensó en ese momento la joven. Recordó entonces la actitud de este, siempre atenta a los movimientos de Surano, como si velara por su seguridad—. A Surano le ha extrañado que yo no conociera a ese Jayme de Cuyls. ¿Quién es? ¿Por qué debería conocerlo?

Johan tardó en responder. Dudaba con cuánta franqueza responder a su hija. Presentía que ese altanero y envidioso de Jayme no pararía hasta acabar con él. Ya lo había intentado en una cacería cuando Brianda era niña, pero los jueces creyeron que se había tratado de un accidente. Jayme deseaba ocupar el lugar de Johan de Lubich, aunque no siempre había sido así... Recordó con cierta tristeza cómo habían compartido juegos en la infancia y en la adolescencia, cuando Jayme lo admiraba como a un hermano mayor. Entonces, un día todo cambió y la amistad se convirtió en una aversión creciente, tenaz, palpable.

—Es uno de mis primos. Nunca nos hemos llevado bien, por eso no mentamos ni su nombre en casa. —Posó sus manos con cariño en las mejillas de su hija para asegurarse de que lo miraba fijamente y añadió—: Hasta ayer eras demasiado joven para entender de odios, pero ahora te pido que recuerdes una cosa: debes guardarte de él.

A la mañana siguiente, los hombres de Orrun decidieron hacer más llevadera la espera de la respuesta escrita del rey yendo a los mercados para adquirir mercancías que subirían de vuelta a las montañas. Aunque no lo dijeron abiertamente, Brianda supuso que cerrarían también algún trato de caballos porque Johan no puso ninguna objeción a que Marquo se encargara de entretenerla. Seguidos de Azmet y Cecilia, recorrieron las calles abarrotadas de la ciudad y Brianda pudo disfrutar de la riqueza de las ropas de los invitados a las Cortes, de la abundancia de productos en los puestos de las calles, de los magníficos caballos de la guardia real, de las brillantes armas de los soldados y de la vida en movimiento. Antes de comer, Marquo sugirió dar un paseo a caballo hasta el castillo que presidía la ciudad y ella aceptó. Acompañados de dos criados fueron a las caballerizas y subieron por un camino de tierra.

—Me pregunto si quienquiera que viviese en esta fortaleza conocía el jaleo que recorre las calles —comentó Brianda mientras cruzaban el arco de entrada al abandonado recinto, donde el eco devolvía de manera desproporcionada el ruido de los cascos de los caballos sobre el empedrado—. Si no fuera así, aquí arriba se tendría que sentir muy solo.

—Los reyes nunca están solos —repuso Marquo—. ¿No has visto la corte que acompaña a su majestad? Todos quieren ganar su favor. Esto es como Lubich, pero a lo grande. ¿Es posible sentirse solo alguna vez en Lubich?

Brianda pensó en el desfile de personas que pasaban continuamente por su casa. Además de las criadas y criados, mozos de cuadra, pastores, jornaleros y caballeros, la mayoría eran campesinos que acudían a entregar los tributos sobre las propiedades arrendadas a su padre y los pagos de los derechos que este tenía sobre casi todos los asuntos de las tierras de Lubich. A veces también acudían el *bayle* y el justicia para resolver conflictos entre vecinos, o el procurador general del condado si la cuestión era muy seria. Exceptuando las visitas de Nunilo y

Bringuer, en las que su padre sacaba su mejor vino y la casa se llenaba de ruidosas carcajadas, Brianda apenas podía evocar imágenes en las que Johan no tuviera el ceño fruncido, un gesto de preocupación, una mirada perdida en la distancia o una expresión absorta, algo que, con frecuencia, criticaba su madre en un tono a medio camino entre la resignación y el desprecio contenido.

—Sí, es posible —se limitó a responder ella.

Marquo la miró de reojo y se extrañó al descubrir que el rostro de la joven se ensombrecía. Deseó que la emoción de Brianda fuera solamente un destello pasajero de tristeza. Su padre le había advertido de que la mayor desgracia para un hombre y su patrimonio era una mujer afligida por el llanto, la congoja y la melancolía. Por tanto, si la mujer era joven, sana, hermosa y de buena casa, como Brianda, ¿qué podía aguardarle a uno sino una vida placentera? Inmediatamente decidió buscar la ocasión de devolver la sonrisa al rostro de la joven, siempre y cuando pudiera librarse de la molesta presencia de los criados de Lubich, ahora que había conseguido zafarse de Azmet y Cecilia.

A lo largo de la empinada rampa cruzaron sucesivas puertas de entrada y, desde sus caballos, recorrieron con la vista las sobrias edificaciones de gruesos muros y estrechas ventanas hasta llegar a la parte superior del recinto, una extensa explanada con varios torreones dispersos y una impactante vista sobre la ciudad. Marquo pidió a los criados que sujetaran los caballos para que él y Brianda pudieran descubrir y disfrutar con comodidad de los sorprendentes rincones de ese lugar abandonado. Para su satisfacción, la puerta de una alta torre cedió fácilmente al primer empujón y entraron en una pequeña sala cuadrada. Marquo distinguió enseguida unas escaleras de piedra que desaparecían en el muro.

—¿Te atreves a subir? —propuso tendiendo la mano a Brianda.

Ella aceptó sin pensarlo. Tomó la mano de Marquo y lo siguió por el ascendente y oscuro pasadizo hasta que llegaron a la cima, un pequeño cuadro sin protección. El mundo dejó de existir durante unos instantes y el cielo ocupó su lugar.

—¡Parece que estamos volando! —exclamó Brianda extendiendo los brazos—. Y nuestras montañas... ¡Qué lejos se ven!

—¿Ya las echas de menos? —preguntó Marquo.

—¡Claro que sí! ¿Tú no?

—Yo espero no tener que marcharme nunca de allí...

—¿Y por qué habrías de hacerlo?

Brianda se giró hacia él impulsivamente y enseguida agachó la cabeza, avergonzada por su absurda pregunta. Como segundo hijo de Bringuer no tendría derecho a heredar la casa. Las opciones sobre su futuro eran bastante limitadas: la iglesia, el ejército del rey, trabajar para su hermano o casarse con una heredera.

—¿Te molestaría que lo hiciera? —preguntó él fingiendo un tono lastimero. Si ella había respondido tan rápidamente a su pregunta existía una gran probabilidad de que sí le molestara.

Brianda le dio la espalda y se concentró en las caricias del suave aire de la tarde otoñal sobre su rostro. De pronto, el corazón le latía con fuerza. Nunca había estado a solas tanto tiempo con un joven. Con un hombre. Con el hombre más atractivo de todos los lugares de la parte alta del

condado de Orrun que ella conociera. Era fuerte, valiente, trabajador y de buena familia. Y a sus padres les gustaba. Se preguntó si podía empezar a ilusionarse.

No tenía muy claro cómo continuar ahora. Deberían regresar con los criados, que estarían impacientes. Por otro lado, ¿qué mejor ocasión que aquella para saber si Marquo era realmente la elección correcta? Las muchachas de Lubich reían como tontas cuando se veían con los jóvenes del valle, y más cuando estaban a punto de casarse. Aunque luego cambiaban y algunas dejaban de reír. Su propia madre apenas lo hacía... Ella no quería eso: quería sentirse siempre como lo había hecho desde la infancia por las tierras de sus antepasados: ligera como un gorrión; alegre como un ruiseñor; despierta como un halcón; fuerte como un águila y tranquila como un búho. Esa era su ambición. Marquo parecía valiente y risueño. No le costaba imaginarse compartir su vida y su lecho con él. Quizás pudiera en ese momento dar un paso más.

Sintió que Marquo se acercaba. Visualizó su rizado cabello castaño, sus ojos inquisitivos, la tensión de su cuerpo, siempre alerta a ruidos, movimientos o peligros... Se imaginó cómo sería sentir sus brazos alrededor de su cintura y se preguntó si le agradaría que él la besara.

—No has respondido a mi pregunta —le oyó susurrar.

—Ni tú a la mía —dijo ella, girándose para mirarlo directamente a los ojos—. ¿Por qué habrías de irte?

Marquo comprendió la invitación y se acercó, sin tocarla, hasta situar su rostro a unos centímetros del de ella.

—¿Te han besado alguna vez? —preguntó.

Ella hizo un leve gesto negativo con la cabeza.

—¿Puedo hacerlo yo?

Brianda asintió y él posó sus labios tiernamente sobre los de ella, ejerciendo una ligera presión durante unos segundos. Luego se apartó, observó el rostro de la joven y le gustó lo que vio. Las mejillas sonrosadas. Los ojos cerrados. La expresión plácida y expectante. Esperó a que ella abriera los ojos y lo invitara con la mirada a continuar y entonces acercó un poco más su cuerpo al de ella, apoyó las manos en sus caderas y la volvió a besar, abriendo esta vez los labios lo suficiente como para humedecer los de ella sin forzarla demasiado.

Brianda respondió elevando la mano hasta el cuello de Marquo y acariciando su nuca, su oreja, su sien, con la misma delicadeza que tocaría la suave pelusa de un cachorro recién nacido, admirando la calidez del tacto de otra piel y la ternura de la cercanía.

Saboreó el beso con calma, consciente de que era el primero de su vida y que por eso nunca lo olvidaría, aunque algún día se terminaran los días de alegría entre los dos. Permitió que el beso se hiciera más profundo y que las manos de Marquo recorrieran, audaces, su cuerpo. Y respondió a la sonrisa satisfecha de él con otra cuando se separaron para tomar aire.

—¿Y ahora? —preguntó ella.

—Cuando tú me digas, hablaré con nuestros padres.

—Aquí no. Están todos tensos. Esperaremos a regresar a Tiles. Mientras tanto, podemos aprovechar para conocernos un poco mejor.

—Buena idea. —Marquo esbozó una sonrisa maliciosa—. Me encantará descubrir tus misterios...

Descendieron de la torre hablando con naturalidad, describiendo la maravillosa vista que se disfrutaba desde lo alto, para no levantar sospechas en los criados, como si allá arriba no hubiera sucedido nada especial entre ambos.

Cuando él se ofreció a ayudarla a subir a su caballo, Brianda aprovechó para susurrarle:

—Solo una cosa, Marquo. Quien se case conmigo lo hará también con Lubich.

—Lo sé —dijo él.

—Bien. Porque será para siempre.

17.

Un buen rato antes de la hora a la que el conde había enviado aviso de que acudiría con el documento del rey a la casa donde se alojaban los señores de Orrun, Pere de Aiscle salió a la calle para esperarle. Impaciente, miraba alternativamente a ambos lados de la larga y estrecha calle, desierta por culpa del intenso calor de la tarde. Por fin, las figuras de dos hombres se dibujaron a lo lejos y Pere no pudo ocultar su sorpresa al reconocer a su hermano, aunque Johan ya le había contado que andaba por la villa con el nombre de Surano.

Pere caminó hacia él con paso ligero, sin prestar apenas atención a su acompañante. En lo más profundo de su ser sentía alegría por verlo después de tres años, pero su instinto le decía que su hermano volvía a estar metido en algún lío. Estrechó su mano con fuerza a la par que le urgía a satisfacer su curiosidad:

—Hemos sabido de ti por la hija de Johan. ¿Qué haces aquí? ¿Necesitas más dinero? Espero que sea eso, aunque suponga una merma para mi hacienda. Ya tengo bastantes problemas como para sumar otro más.

Surano observó a su hermano con afecto. Lo encontró cambiado, más delgado y envejecido. Tampoco era de extrañar, pues entre ambos existía una diferencia de edad de catorce años, la cual se hacía evidente no solo en el aspecto físico, sino también en los caracteres. Pere siempre había sido más un benévolo padre que un hermano para él, intercediendo con su carácter reflexivo y moderado en todas las ocasiones —y habían sido muchas— en las que Surano se había metido en problemas.

—Te aseguro que no tendrás que enviarme más dinero. —Los gastos de una compañía corrían a cargo del bolsillo del capitán, de ahí que Surano hubiera recurrido también a la generosidad de la casa de su hermano para continuar por el buen camino en los últimos años—. Eso se acabó.

—¿Se acabó? —preguntó Pere con preocupación—. ¿Qué quieres decir exactamente?

—Obtuve permiso real para ir a Roma a solicitar el perdón del papa, que me fue concedido. Me acompañó uno de mis soldados. —Señaló a Corso—. Entonces pedí que me trasladaran a Flandes a la espera de un ascenso que no llegó y allí estuve un tiempo. Regresamos a España, pero una tormenta nos arrastró a Las Azores y nos vimos obligados a quedarnos hasta que una escuadra española que regresaba de las Indias nos recogió. De camino a Portugal, una nueva tormenta desarboló la nave del capitán al mando de la flota. Intentamos socorrerlos, pero nada pudimos hacer por ellos y regresamos a Lisboa. Cuando dimos parte de lo sucedido, fuimos acusados de no prestar auxilio y condenados a tres meses de prisión y a una multa. Fue injusto.

—Hizo una pausa y soltó—: Me fugué. Abandoné la milicia. —Señaló a Corso, quien seguía la conversación en silencio—. Él también. Declaró a mi favor. Antes yo le había salvado la vida. Luego él me la salvó a mí. En fin, ahora los dos somos desertores.

Pere se quedó pensativo un largo rato. Conocía a Surano lo suficiente como para saber que no mentía. Nunca había sido un hombre dócil, todo lo contrario, pero era la mala suerte la que se interponía en el camino de su hermano de nuevo. Quizás no debería haber sido tan impulsivo. Si hubiera cumplido la condena, podría haber mantenido su ocupación en el ejército. Eso es lo que él hubiera hecho, pero ya no tenía sentido mirar atrás.

—¿Y ahora qué harás? —preguntó por fin—. ¿Qué haremos?

Comprendiendo que su hermano no lo iba a sermonear, Surano se apresuró a responder:

—¿Instalarme en las montañas? ¿Criar ganado? ¿Casarme y sentar cabeza? —El recuerdo de una mujer surgió en su mente y sintió una punzada de curiosidad en el pecho. ¿Lo habría esperado Lida como se habían prometido? Claro que entonces ambos no podían saber ni que tardaría tanto en regresar ni que lo haría como un desertor—. Con un poco de suerte, Lida aún me estará esperando...

Pere negó con la cabeza.

—Me temo que llegas tarde. Y me extraña que preguntes por ella. Alguien como tú... —No concluyó la frase. Al fin y al cabo, ¿quién era él para juzgar el corazón de su hermano?

Surano apretó las mandíbulas. Aún tardó en preguntar:

—¿Con quién se ha casado?

—Con Medardo.

Surano elevó el tono de voz:

—¡Con ese traidor...!

—Su hermano no paró hasta que lo consiguió... —añadió Pere—. Medardo es un hombre bastante influyente ahora y Jayme siempre ha querido arrimarse al sol que más calienta.

—Jayme de Cuyls... —silabeó Surano entre dientes—. ¡Ese bastardo, muerto de hambre, envidioso...! —Recordó a los tres hombres cuya conversación había escuchado Corso. La rabia lo consumía—. ¡Ahora comprendo por qué hablaba con Medardo y el secretario del rey!

—Sabemos que conoces el contenido de la conversación. —Pere señaló hacia el interior de la casa—. Don Fernando no tardará en llegar con la respuesta escrita de su majestad. Esperamos que nos informes. Después, decidiremos.

Surano, todavía enfurecido por las noticias que acababa de recibir, inspiró hondo y soltó un gruñido. El rebelde Medardo no solo había ganado terreno para su causa durante su ausencia, sino que se había casado con la mujer que él deseaba. Se mesó el cabello y trató de recuperar su expresión retadora. Se giró entonces hacia Corso, en cuyo semblante no se reflejaba ninguna emoción, y masculló:

—Por si no te lo había dicho antes, amigo Corso, la gente de la montaña es semejante a la tierra donde se cría, robusta y de mucho trabajo, dada a inquietudes y revueltas, pero implacable en sus iras y venganzas. Si vas a acompañarme en este viaje, no lo olvides.

Corso se mantuvo impasible. Había visto demasiada sangre derramada en su vida como para sorprenderse por nada, y mucho menos para temer las disputas entre los habitantes de un

pequeño lugar alejado del mundo.

En la sala, y a petición de su padre, Brianda permanecía de pie en silencio junto a la puerta que daba al patio para poder seguir la conversación cuando llegara el conde mientras vigilaba que nadie de la casa se acercara a curiosear.

La puerta se abrió y entró Pere seguido de Surano y Corso. Pere indicó a su hermano que se sentara a su lado en uno de los asientos vacíos alrededor de la mesa y a Corso que se apostara junto a la puerta del patio.

Corso obedeció y caminó hacia donde estaba Brianda. Las miradas de ambos se encontraron y en la de él surgió un destello de admiración.

Sobre las prendas interiores de lienzo fino, Brianda se había puesto una saya de color calabaza adornada con varias tiras de terciopelo negro y sobre esta una basquiña oscura del mismo brocatel que el justillo que ceñía su pecho y su cintura, resaltando así sus caderas. Llevaba el cabello suelto, con unos mechones recogidos en la parte posterior que enmarcaban su gracioso rostro. Desde luego, esa muchacha era mucho más apetecible que todas las mujeres con las que él había estado, pensó. La de la noche anterior no estaba mal, pero, comparada con Brianda, a quien no se había podido sacar de la cabeza ni después de varias jarras de vino, era un saco de paja seca y áspera.

Corso se situó tan cerca de ella que Brianda se alejó un par de pies. No podía evitarlo: ese hombre provocaba en ella una inexplicable sensación de alarma y además, ahora, olía a sucio. La manera en que la miraba la obligaba a apartar la vista, algo que no le había sucedido con ningún hombre, ni siquiera con Marquo. Temía que si tuviera que hablarle, tartamudearía; si tuviera que escucharle, se abstraería con el roce de sus labios sobre sus dientes; si tuviera que tocarle, temblaría; si tuviera que besarle...

¿Sería como besar a Marquo...?

Detuvo sus ridículos pensamientos de inmediato. Pero ¿qué demonios le estaba sucediendo? De la inminente reunión dependía el futuro de su tierra, y ahí estaba ella, centrando toda su atención en un turbio desconocido.

De pronto, el conde de Orrun entró en la sala con el mal humor reflejado en su rostro y en sus gestos. Sin el preámbulo de los saludos, tomó asiento, agarró una jarra de vino y la vació de un trago. Extrajo un papel enrollado, lo extendió y comenzó a leer con voz airada:

—«... que el conde de Orrun sea puesto en la posesión del condado de manera que los del condado entiendan que es la voluntad de su majestad que se la den pacíficamente y le obedezcan y respondan de sus rentas y le tengan por señor hasta tanto que por justicia sea declarado el derecho que su majestad tiene en dicho condado; que pueda el conde poner ministros y oficiales en el condado que ejerciten jurisdicción y administren justicia...».

Hizo una pausa y pidió que rellenaran su jarra.

—Dadas las circunstancias, señor, es lo mejor que podía suceder —dijo Pere—. Al menos ganáis tiempo y, hasta ahora, la justicia siempre ha estado de vuestra parte. Confiaremos en ella.

—No os adelantéis, amigo Pere —dijo el conde—, que ahora viene lo peor. —Volvió la vista

al documento y continuó—: «Que el conde trate bien a sus vasallos sin tener memoria de las cosas pasadas, y que se suspenda la ejecución de las sentencias y condenaciones contra ellos dadas...».

—¡Perdonar a los rebeldes! —exclamó Marquo escandalizado—. Pero ¿esto qué es? ¡No me digáis que pretende librar a Medardo!

El conde pasó el documento a Nunilo, quien leyó en silencio con expresión sombría antes de resumir en voz alta:

—Su majestad dará en breve tiempo al conde la posesión del condado de Orrun, pero a cambio le exige que hasta que otra cosa le mande suspenda las sentencias de muerte dadas contra Medardo y sus cómplices, y que quede al real fisco el derecho a proseguir el pleito de Orrun. —Soltó un resoplido.

—¡Perdonar a Medardo! —repitió Pere—. Surano, cuéntanos lo que tu amigo escuchó ayer.

Surano repitió la conversación en la que el conde de Chinchón pedía paciencia a Medardo y a Jayme.

—Dijo que todo continuaría así hasta que os cansarais y estuvierais dispuestos a vender el condado a un buen precio.

Un largo silencio se instaló entre ellos. Brianda se preguntó si todos los demás pensarían lo mismo que ella: ¿Sería capaz don Fernando de vender el condado? ¿Acaso no sería lo más cómodo para él, recibir un dinero y olvidarse de los problemas?

—Solo la presencia del indeseable de Medardo en las Cortes ya es una provocación... —masculló Bringuer—. ¿Cómo podemos confiar en la palabra del rey si él mismo favorece a los rebeldes y sus ministros agasajan a ladrones y hombres facinerosos?

—No todos son ladrones —apuntó Johan—. La compañía de Jayme es un punto a su favor. Tiene sangre noble. De cara a los suyos, si un noble se pone de su parte, pueden hacerlo otros.

—Johan tiene razón —dijo Nunilo—. Intentarán sobornarnos. A todos.

El conde los miró uno por uno, buscando en las expresiones de sus viejos amigos la confirmación de que allí solo había hombres leales a su causa.

—Según el documento —intervino Surano—, ¿cuándo seréis puesto de nuevo en posesión de lo que es vuestro?

—Una vez terminadas las Cortes —respondió Nunilo—. El conde recibirá una credencial del rey dirigida al Concejo General de Orrun que se celebrará en enero.

—Muy bien, pues —dijo Surano—. Esperaremos entonces hasta enero... —Lanzó una mirada a su hermano—. Veo que ahora mis servicios pueden ser más necesarios aquí que en ningún otro lugar. —Enseguida se dirigió al conde—: En mi amigo Corso y en mí tenéis a dos valientes soldados con instrucción militar. Si hago caso a mis conocimientos y a mi instinto, esto no ha hecho más que comenzar. Yo no creo en la palabra del rey. Nunca renunciará a estas tierras. Lo de continuar el pleito es solo una argucia para ganar tiempo y desgastar vuestras lealtades. Ni el rey, ni el virrey, ni otra autoridad tomarán disposición sobre vuestros asuntos. Debéis prepararos para luchar.

Al oír a Surano, Brianda tuvo sentimientos encontrados. Por un lado, temía el significado de sus palabras, de las que se deducía que inevitablemente irían a la guerra. El Concejo ya había

rechazado las pretensiones del conde una vez, ¿por qué habría de ser esta diferente? Por otro lado, si Surano se instalaba en las montañas, también lo haría su compañero Corso. Y fuera de Aiscle, ¿dónde se reunían todos cuando había que decidir algo? En Lubich. Lo vería con cierta frecuencia. Lo tendría cerca... ¿Sería tan fiero e intratable como aparentaba?

El conde se puso en pie y cruzó la sala dando grandes zancadas. No podía alejar de su mente y de su corazón los amargos pensamientos que le asaltaban en cualquier momento. Jamás hubiera pensado que una herencia pudiera acarrear consigo tantos sinsabores. ¿Cómo iba a guerrear contra el rey? Su casa siempre le había servido. Ni siquiera se opuso cuando, nueve años atrás, Felipe ordenó recaudar el impuesto del maravedí en el condado para ayudar a soportar los desproporcionados gastos de su política imperialista. Y si así había sido siempre, ¿por qué se empeñaba el monarca en arrebatarle lo que era suyo? La razón podía incluso comprender y justificar los argumentos estratégicos reales: desde Orrun controlaría los pasos a Francia y la adhesión de territorios ampliaba la extensión del Reino. Además, una venta en el momento justo lo liberaría de tantos años de amargura y ganaría el favor del rey para él y su familia durante generaciones. Sin embargo, la sangre de sus antepasados le hervía en las venas. ¿Cómo iba a abandonar a esos hombres que hoy le acompañaban? Debía velar por ellos y recompensar sus esfuerzos con nuevos cargos una vez efectuada la toma de posesión. ¿Qué sería de ellos si renunciaba a su pasado? Serían relegados a sus grandes casas y apartados de las grandes decisiones por personas como Medardo, que ocuparían los puestos de poder en nombre del pueblo. La lealtad a sus hombres era importante, pero en el fondo, él sabía que había algo más. En otras baronías, el rey estaba empleando la misma táctica para acabar con el poder de los nobles rurales. Sin sus títulos, la independencia respecto del poder real se tambaleaba y el dominio de una casa como la suya se reducía, mermando también las posibilidades de satisfacer sus ambiciones políticas.

Se detuvo y apoyó las manos sobre el respaldo de su silla.

—Haremos lo que dice Surano —dijo por fin—. Regresad a vuestras casas y esperad mis instrucciones. Nos prepararemos para tomar Aiscle en enero. Si entran en razón por las buenas, bien, y si no, emplearemos las armas. Yo me quedaré por aquí unos días más. La semana que viene el príncipe Felipe III será jurado por los Grandes del Reino y todo el mundo estará aquí. Veré si puedo encontrar más aliados para mi causa entre los nobles de Aragón.

Los hombres asintieron con la cabeza. El conde Fernando dio la reunión por concluida y se marchó. Después de un breve silencio, Johan verbalizó lo que todos pensaban:

—Espero que no sea tarde. Tantos años de desgobierno no podrán borrarse de golpe.

Justo entonces entró Azmet como una exhalación y, plantándose ante Brianda, sofocado y jadeante, le gritó:

—¡Señora...! ¡Cecilia...! ¡La van a matar!

Brianda, alarmada, salió tras el joven morisco sin esperar la reacción de su padre y sus amigos y Corso partió tras ella.

Azmet los guio hasta una pequeña plaza formada por un círculo de bajas y destartaladas edificaciones desde la que se divisaba con claridad la ermita de Santa Quiteria, en lo alto de un cerro junto al castillo templario. Brianda tuvo dificultades para abrirse paso por entre el gentío,

que respondía con gritos e insultos a los empujones de Azmet, quien no se detuvo hasta situarse en primera fila.

Brianda emitió entonces una exclamación de horror ante lo que vio. Dos soldados sujetaban a Cecilia de los brazos y se disponían a atarla a un poste mientras un tercero probaba su látigo contra el suelo. El azote del cuero producía en la tierra un horrible chasquido, seco, violento, lacerante. Sobre la tierna carne de la muchacha, bastarían tres golpes como aquellos para matarla. Cecilia chillaba y se retorcía como una serpiente, para excitación de sus torturadores. Brianda gritó con todas sus fuerzas:

—¡Soltadla!

Pero el ruido a su alrededor era ensordecedor. Algunos aplaudían, otros reían, otros jaleaban a los captores... La mayoría, con ojos ansiosos, esperaba la continuación del entretenimiento.

—¿Qué ha hecho para merecer esto? —volvió a gritar Brianda—. Azmet, ¿sabes qué ha hecho?

Azmet se encogió de hombros. Gruesas lágrimas descendían por sus coloradas mejillas.

Una mujer que portaba a un niño de dos o tres años en brazos le dijo:

—Es gitana. A ver si acaban con esta plaga.

El del látigo detuvo su entrenamiento y mandó callar a la multitud. Entonces, extendió un papel y leyó:

—«Por cuanto que en los Fueros hechos en las Cortes del año 1564, y en otros, bajo el título *De exilio Bohemianorum,* no está dada bastante forma de castigo para echar y desterrar del Reino a los bohemianos o gitanos, que en él hacen muchos robos e insultos, su majestad, de voluntad de estas Cortes de Monçón, establece y ordena que los gitanos mayores de dieciocho años que fueren hallados por el Reino en hábitos o habla o vida de gitanos o trocando y vendiendo cabalgaduras tengan la pena de galeras; y los menores de dieciocho y mayores de catorce y las mujeres, azotados y azotadas y desterrados de todo el Reino perpetuamente». —Plegó el documento—. Esta gitana ha sido descubierta robando en el mercado y ahora recibirá su castigo.

La cabeza de Brianda daba vueltas. Podía comprender la angustia que debía envolver el alma de Cecilia, pero no sabía qué hacer para rescatarla y Azmet estaba tan aturdido que no podía contar con él para nada. Se giró en busca de ayuda, pero no alcanzaba a ver si su padre y los hombres de Orrun la habían seguido. Entonces divisó a Corso, cuya cabeza sobresalía sobre las demás un par de filas atrás y se abrió paso hacia él.

—¡Por favor! —le suplicó—. ¡Tienes que ayudarla! ¡Yo la conozco! ¡Es una muchacha muy buena!

Corso negó con la cabeza.

—No es asunto mío —dijo simplemente.

Brianda sintió que una oleada de rabia ascendía desde su estómago a su pecho.

—¡Te lo ruego! ¡Te lo suplico! ¡Te lo ordeno!

Corso la miró fijamente un instante, extrañado por el hecho de que ella reaccionara así por una simple gitana, pero volvió a hacer un gesto negativo:

—No quiero problemas. Ya tengo bastantes.

Brianda soltó un rugido y le asestó un puñetazo en el pecho con todas sus fuerzas antes de

volver con dificultad a la primera fila. Ya habían atado a Cecilia al poste. El largo cabello le ocultaba el rostro, pero los movimientos de su espalda indicaban que estaba sollozando. «Pobre niña», pensó Brianda, recuperando las conversaciones del último día en las que la gitana le hablaba de su miserable vida con una sonrisa de oreja a oreja. Cecilia solo tenía un sueño: lucir algún día un atuendo tan bonito como el de la señora Brianda y conseguir que un joven se enamorara de ella. Pero ¿quién iba a querer a una joven de tez oscura?, le preguntaba. Y Brianda le respondía que, con lo guapa que era, más de uno la querría en la montaña, donde todas las pieles de los campesinos se curtían con el sol del verano y la nieve y el viento del invierno...

¡Y pensar que nadie iba a hacer nada para salvarla! ¡Ni siquiera ese animal de Corso!

El del látigo calculó la distancia, tensó el brazo, y cuando lo iba a lanzar hacia atrás, Brianda, emitiendo un grito tras otro para llamar su atención, corrió al centro de la plaza.

—¡Parad! ¡Ha habido un error! ¡Esta joven es mi criada!

El soldado escuchó las explicaciones de Brianda, arrepentida ahora de su impulsividad, pero consciente de que no había marcha atrás.

—No entiendo qué ha sucedido, pero seguro que hay una explicación. La habrán confundido con otra. Ha vivido conmigo desde que nació.

Mentalmente agradeció que Cecilia llevara puesta una camisa y una basquiña que ella le había regalado la noche anterior. Con sus harapos habituales, la explicación carecería de cualquier consistencia.

Desde la distancia, Corso se puso en tensión en cuanto vio a la insensata de Brianda correr en auxilio de la gitana y soltó una maldición. Si ella pensaba que las explicaciones de una jovenzuela, por muy bien vestida que fuera, podían convencer a un soldado de su majestad cuando este ya tenía un propósito claro en mente, estaba muy equivocada. Pero Brianda seguía hablando y haciendo aspavientos mientras el soldado negaba con la cabeza. La primera vez que él la apartó con brusquedad, Corso se adelantó hasta la primera fila. Cuando, de un empujón, el soldado lanzó a Brianda contra el suelo, Corso salió disparado en su auxilio y, en cuatro zancadas, se plantó ante el primer soldado, a cuyo lado habían acudido otros dos en vista de que la situación se complicaba con la presencia de un militar.

Corso se agachó para ayudar a levantar a Brianda.

—¿Qué les has dicho? —preguntó de malos modos, irritado por tener que intervenir en aquella estúpida cuestión sin tener muy claro cómo resolverla.

—Que la han confundido con otra porque es mi criada y la conozco desde niña.

—Muy creíble, sí —replicó Corso con ironía.

Se giró hacia los soldados, puso la mano sobre la empuñadura de su nueva espada para que vieran la calidad de la misma y se presentó con voz autoritaria, empleando el nombre de una compañía de infantería que conocía, pero a la que no había pertenecido, y otorgándose el rango de lugarteniente de un capitán con quien precisamente había quedado en las Cortes para tratar unos delicados asuntos con su majestad.

—Se da la circunstancia —añadió señalando a Brianda— de que esta mujer es la hija de uno de los nobles benefactores de mi compañía y la joven que vais a azotar, su criada. No dudo de vuestro buen hacer, pero creedme si os digo que no os interesa que el rey reciba quejas de quien

aporta dinero, precisamente, para sus causas. Bastante irritado está ya con las pretensiones de esos resentidos de las montañas de Orrun...

Los tres soldados se acercaron entre sí e intercambiaron unas palabras. A lo lejos, Brianda oyó que su padre, escoltado por Marquo y Surano, la llamaba y comenzaba a acercarse y ella le hizo un gesto firme para que la esperara. Acudió a su lado y, tras explicarles la situación, les pidió que no intervinieran a no ser que las cosas se complicaran.

—Tu acción es muy loable, pero no pienso permitir que vuelvas allí —le dijo su padre asiéndola por el brazo.

Brianda se soltó y argumentó con firmeza:

—La vida de Cecilia pende de un hilo y yo no pienso consentir que su muerte recaiga sobre mi conciencia. Le he dado un motivo de esperanza y ahora no puedo abandonarla. Sería más cruel que no haber hecho nada.

Entonces, Surano se acercó y puso una mano sobre el hombro de Johan.

—Estando Corso no tienes que temer... Tres no son nada para él. Y si hace falta, ya intervendremos. —Brianda aprovechó para escabullirse sin oír sus últimas palabras—: No sé cómo habrá convencido tu hija a Corso para que le ayude. Ese hombre solo me hace caso a mí y al diablo...

Marquo se sorprendió al oír el comentario y sintió una nueva punzada de preocupación. Ya en la reunión le había disgustado cómo ese hombre de cabello oscuro miraba a su prometida, recorriendo su cuerpo de arriba abajo. Conocía a los hombres como él. Si hacían tan buenas migas con Surano se debía a que eran de la misma calaña: pendencieros, agresivos, mujeriegos y despreciables. Y ahora la seguridad de la joven dependía del tal Corso. Afortunadamente, pronto emprenderían el camino de vuelta a casa. «Cuanto antes mejor», se dijo. Cuanto antes organizara su boda con la joven, antes entraría a formar parte de las extensas propiedades de Lubich, que seguirían siendo las mismas con rey, con conde, con *bayle* general o con ninguno de ellos.

En el centro de la plaza, los soldados terminaron su debate y por prudencia decidieron, finalmente, soltar a Cecilia. En cuanto se vio libre, esta corrió a abrazar a Brianda. Sus sollozos eran tan profundos que ninguna caricia ni susurro la podían consolar.

—Vamos, vamos —le dijo Brianda—. Reponte un poco y adopta un porte digno. Tenemos que salir cuanto antes de aquí y tienes que mostrar los modales propios de una de mis criadas.

—¿Y eso cómo se hace? —preguntó Cecilia.

—Pon la espalda tan recta que te duela, levanta la barbilla, ladea ligeramente la cabeza hacia ellos y míralos de reojo con desprecio. Luego mantén esa postura, un pasito detrás de mí, hasta que salgamos de la plaza. ¿Podrás hacerlo?

Cecilia asintió y se tomó tan en serio el papel que Brianda la alabó cuando llegaron donde las esperaban Johan, Marquo, Surano y un Azmet que no cabía en sí de alegría. La muchedumbre empezó a dispersarse lentamente, con la pereza propia de la ilusión frustrada que se resiste a desaparecer. También ellos comenzaron a caminar de regreso a la casa.

Brianda se giró en busca de Corso, que caminaba tras ellos con la mirada baja, y se rezagó unos pasos.

—Cuando quieres, sabes hablar —le dijo todavía sorprendida por la elocuencia que él había

mostrado ante los soldados—. ¿Cómo era eso? ¡Ah, sí...! —Burlona, imitó una voz grave—: las pretensiones de esos resentidos de las montañas de Orrun...

—Solo hablo si es necesario.

—Pues hoy has salvado una vida...

«Si supieras cuántas he quitado... —pensó él—, tu voz no sonaría tan alegre.»

—... y me has rescatado de un serio apuro. —Brianda soltó una risita—. Bueno, de dos. Ayer y hoy... ¡Las dos veces que nos hemos visto!

—Surano me ha advertido de que los montañeses sois inquietos y revoltosos... Ya lo he comprobado. Me mantendré alejado.

—Pero ¿no vais a vivir allí ahora?

Brianda se arrepintió por haber sido tan impulsiva. Su pregunta podía mostrar cierto interés por el futuro del hombre.

Corso se encogió de hombros con indiferencia.

—Pues por si no nos volvemos a ver —añadió ella—, te doy las gracias por tu ayuda.

Corso no respondió. Apretó el paso y se situó junto a Surano.

—Ha sido fácil convencerlos de momento —le susurró—, pero a nada que investiguen un poco, descubrirán la mentira. Deberíamos irnos.

Surano estuvo de acuerdo.

Corso se giró y echó un último vistazo a Brianda, que ahora reía feliz en compañía de aquella gitana por la que se había puesto en peligro. Se sentía confundido. ¿De qué sustancia extraña estaba formada el alma de aquella mujer? De los cientos de personas que ocupaban la plaza, solo ella se había arriesgado para salvar a una insignificante joven cuya ausencia nadie lamentaría. Si eso había hecho por una gitana, ¿qué no haría para defender lo suyo?

De pronto, le entró una imperiosa necesidad de alejarse de ese lugar y de ella. ¡Cómo no se iba a sentir extraño!

Era la primera vez en su vida que alguien le daba las gracias y a él le irritaba no recordar qué se respondía en ese caso.

18.

Surano y Corso abandonaron la villa enseguida, tras convenir con Pere que esperarían a los demás en los alrededores de Fons. Una vez conocida la decisión del conde, nada les retenía ya en Monçón, y resultaba más prudente marcharse al atardecer, aprovechando el trasiego de labriegos hacia sus casas, la salida de mercaderes en busca de nuevas mercancías y el desfile de mulas a por nuevas cargas de leña. Los señores de Orrun ordenaron a sus criados y lacayos que reunieran los caballos que habían comprado y empezaron el viaje de regreso a las tierras altas. Cuando pretendían cruzar la misma puerta de la muralla por la que habían entrado al galope a su llegada, dos soldados los detuvieron y les pidieron la documentación.

Johan les entregó los papeles que acreditaban la compraventa de animales con el consiguiente pago de los tributos correspondientes, pero los soldados no parecían convencidos.

—Tendremos que contar las cabezas —dijo el más joven.

Brianda se fijó en que Johan y Nunilo, que lideraban el grupo, intercambiaban una significativa mirada, y comprendió con preocupación que las cifras de los papeles no coincidirían con las reales. Recordó que la Inquisición penaba el tráfico de caballos y se asustó. Se giró para localizar a Cecilia, pero como era la primera vez que subía a lomos de un caballo, su atención se centraba en mantener el equilibrio y sujetar las riendas. Entonces se percató de que Bringuer, Marquo y sus lacayos apoyaban las manos en las empuñaduras de sus espadas.

Pere les hizo un gesto con la mano para que mantuvieran la calma.

—Nos alcanzarían antes de haber recorrido una legua —susurró—. Dejadme a mí.

Se acercó a los soldados y les dijo:

—Nos esperan en el hospital de Santo Tomás. —Señaló al otro lado del río—. Llevamos retraso.

—¿Y quién os espera? —preguntó el mismo soldado con desconfianza.

—El sobrino del recién fallecido obispo de Barbastro. Podéis acompañarme a comprobarlo.

El soldado alzó una ceja y, después de mirar al otro en busca de aprobación, hizo un gesto de asentimiento. Dudar de la firme palabra de ese hombre podía ponerles en un aprieto justo cuando se acercaba el cambio de guardia. Devolvió los papeles a Johan y les indicó que continuaran.

—¿Es eso cierto? —le preguntó Brianda a su padre nada más cruzar el puente.

—Sí —respondió simplemente.

Se detuvieron ante el gran edificio que Brianda reconoció como el hospital en cuyo letrero se había fijado la mañana de su llegada a la villa. Azmet le había contado que en la ciudad había otros, pero allí se curaban solamente los criados del rey mientras durasen las Cortes.

Brianda oyó cómo Pere y su padre organizaban el viaje. Un criado acercó un caballo ensillado y ató las riendas en una argolla del muro.

—Adelantaos sin mí —dijo Johan—. No me llevará mucho.

—¿Puedo acompañarte? —preguntó Brianda presa de la curiosidad.

—No es lugar para una muchacha.

—Entonces te esperaré aquí con Marquo y Cecilia.

Marquo le lanzó una mirada de fastidio porque no le hubiera consultado antes pero obedeció. Johan entró en el edificio y el grupo se puso en marcha. Brianda desmontó del caballo y ató el suyo y el de la gitana a otras anillas de hierro. Cecilia, agradecida por el temprano descanso, se deslizó hábilmente por el lomo del caballo hasta el suelo. Su rostro, todavía húmedo por las lágrimas que había derramado al despedirse de Azmet, reflejaba una mezcla de tristeza por la separación, de expectación ante su nuevo destino y de miedo a cabalgar sobre un animal tan alto. Brianda sonrió mientras la otra curioseaba por las rendijas de las contraventanas cerradas del edificio. Se sentía feliz porque Johan hubiera accedido a llevarse a la joven gitana con ellos a las montañas, donde podría llevar una vida segura y tranquila. Además, siempre había lamentado no tener una hermana con la que jugar y entretenerse durante las largas tardes de invierno y, aunque le costaría trabajo convencerla de que abandonase su actitud un tanto descarada y su inclinación al hurto, sospechaba que había encontrado en Cecilia una cariñosa y fiel compañía. Se encargaría de enseñarle a montar bien a caballo y muchas cosas más, como leer, bordar, poner cepos, distinguir a los pájaros por sus trinos, cuidar cachorros, comer con delicadeza, combinar flores, desenvainar judías...

Los minutos pasaban y Johan no regresaba. Brianda comenzó a impacientarse y se acercó a la puerta.

—Ya has escuchado a tu padre, Brianda —le advirtió Marquo—. Ni se te ocurra entrar.

—¿Y si le ha pasado algo?

—¡Qué le va a pasar! —replicó él con excesiva irritación.

Todavía estaba sorprendido por el comportamiento de Brianda de la tarde anterior. Defender públicamente a una gitana no era un acto propio de una joven de la nobleza. Ella ya le había advertido de que su padre la había educado de una manera un tanto peculiar al no tener más descendencia. El hecho de verla cabalgar como un hombre, dominando su gran caballo con maestría, le atraía mucho, como también su predisposición a saborear sus besos, o sus ganas de enterarse de las conversaciones de los hombres. Sin embargo, una leve duda nublaba sus sentimientos. De ninguna manera pensaba renunciar a la oportunidad de casarse con ella, pero su ideal de esposa se acercaba más al de una mujer dócil, obediente y disciplinada, como su madre. Y tal vez un poco más delgada que Brianda, quien, comparada con las exquisitas, estilizadas y pálidas damas de la corte del rey Felipe, a veces parecía más una de las criadas de su casa. Soltó un resoplido. Si Johan no hubiera sido tan condescendiente y complaciente con ella, no le tocaría ahora a él tener que enmendar el daño.

Cecilia se acercó a Brianda.

—Yo solo sé que quienes entran en un lugar como este nunca salen —dijo en voz baja.

—No seas tonta —dijo Marquo—. Esos son los enfermos.

—Hay enfermedades que aparecen en segundos —rebatió Cecilia con convicción—. Estás bien y al momento te mueres. Una vez vi a un hombre que tenía vermes en las tripas y no lo sabía, porque normalmente son huéspedes pacíficos hasta que algo les molesta y empiezan a procrear y a roerte el estómago por dentro. Estaba hablando y, de pronto, se tiró al suelo y comenzó a retorcerse de dolor, como si estuviera poseído por el demonio o bajo alguna hechicería. Al poco le empezaron a salir los gusanos por la boca y se murió.

—¡Te lo acabas de inventar! —le gritó Marquo—. ¡Mira la cara de Brianda! ¡La has asustado!

—Pues yo lo vi —insistió Cecilia mirando a Brianda a los ojos para que la creyera—. Y se murió. Os lo aseguro. —Ladeó la cabeza, altanera, hacia Marquo, tal como le había enseñado su nueva ama, y le dijo—: Y yo no miento nunca.

—¡A saber si no le habrías echado tú un mal de ojo, gitana! —dijo Marquo despectivamente.

Brianda sintió un escalofrío. Que ella supiera, las lombrices intestinales no eran mortales, pero no podía saber si el cuento de Cecilia era verdad o mentira. Eso sí; su manera de relatarlo la había inquietado. Solo imaginar que podía no volver a ver a su padre con vida le producía un temor indescriptible.

Dio media vuelta y decidió entrar en el edificio antes de que los otros tuvieran tiempo de reaccionar y la detuvieran.

La primera estancia, pequeña y cuadrada, estaba vacía y desnuda de muebles. Un penetrante y desagradable olor la detuvo unos segundos. Brianda sacó un pañuelo de la faltriquera y se lo llevó a la nariz, pero decidió continuar por la única puerta a la vista, que conducía a otra sala mayor que parecía un oscuro distribuidor para acceder a otras habitaciones. Varias figuras cruzaron la sala en diferentes direcciones sin reparar en su presencia, concentrados en las cargadas bandejas, llenas de jarras y trapos, que portaban. El olor allí era más repulsivo: le recordó a la carnicería de Tiles en una tarde calurosa de julio. Sintió una arcada y retrocedió un paso con intención de marcharse de allí, pero, por otro lado, las ganas de encontrar a Johan la impulsaron a seguir.

Se asomó al primer cuarto y lo que vio la paralizó.

Había visto mendigos, harapientos, hambrientos, seres deformes y algún que otro moribundo en su vida, pero uno a uno y en diferentes contextos no le habían producido el mismo efecto helador sobre el espíritu que esa imagen que sus ojos se sentían incapaces de asimilar ahora.

Repartidos por el suelo en jergones de paja, los pellejos débiles y resecos de seres afligidos, crispados y atormentados por el dolor gemían con la mirada vacía. Algunos movían sus dedos como si buscasen una mano en la que asirse; otros entreabrían los labios nada más escuchar al enjuto monje al cargo introducir la escudilla en el cubo de agua. Los más desafortunados no tenían ni fuerzas para espantar las moscas que se pegaban a sus llagas.

Con los sentidos desorientados y los ojos llenos de lágrimas, Brianda salió de allí. Entonces, oyó la voz de su padre en el otro extremo de la sala. Sintió una punzada de alivio y estuvo tentada de lanzarse a sus brazos para que la consolara por la pesadilla de enfermedad y muerte de

la que acababa de ser testigo, pero la prudencia la detuvo, pues nuevamente lo había desobedecido. ¡Cuánto se arrepintió esta vez! Su padre le había querido evitar la horrible visión del interior de un hospital y la posibilidad de resultar contagiada de ese aire viciado. ¡Si ese era un hospital para los criados del rey, no quería ni imaginarse cómo sería el de los pobres, abandonados y leprosos, como el de Santa Bárbara!

A su lado había una alta alacena labrada y Brianda se pegó a su costado, confiando en que no la viera.

—Terminad vuestra tarea, padre —oyó que decía Johan—. Puedo esperar. Todo el mundo necesita un buen morir.

—No me llevará mucho —dijo el otro—. Si queréis, podéis acompañarme.

Entraron en el cuarto frente a donde se encontraba ella. Por un momento, Brianda temió que la descubrieran. Dejó pasar unos segundos prudenciales y comenzó a caminar rápidamente hacia la salida, pero el sonido de una voz fuerte y perfectamente modulada que provenía del lugar donde habían entrado Johan y su acompañante, cargado con un fardo a sus espaldas, llegó hasta ella:

—Las enfermedades son un camino regio para conducirnos al cielo a gozar de la Divina Esencia. No debemos rehusarlas o lamentarnos de ellas, sino aceptar y soportarlas con santa resignación. Morir tiene su lado bueno, no es algo que temer...

Después de lo que había visto, a Brianda le resultaba difícil creer en esas palabras. La voz firme continuó:

—Habéis de saber que los que están para morir, cuando viene el extremo paso, tienen más grandes tentaciones e instigaciones del demonio que las que tuvieron en toda su vida: de infidelidad, por ser la fe el fundamento de toda salvación; de desesperación, por el rigor de la justicia divina; de vanagloria, por la complacencia en las buenas obras; de impaciencia y desafecto a Dios, por la atrocidad de los dolores; y de avaricia, por el excesivo apego a la familia, la hacienda y los proyectos personales.

Entonces la voz comenzó a leer el relato de la pasión y muerte de Jesucristo. Brianda no había escuchado nunca a nadie leer con la correcta dicción, claridad y agilidad de la que hacía gala ese hombre. La curiosidad pudo con ella y se acercó sigilosamente hasta la puerta, desde cuyo quicio se asomó ligeramente.

En un jergón yacía un hombre de tez cetrina y macilenta. A su derecha, una mujer llorosa enfundada en ricas ropas acariciaba su mano. A su izquierda, un hombre con hábito y tonsura a quien solo podía ver de perfil sostenía un librillo que consultaba para guiar sus palabras. Johan, con la cabeza inclinada hacia el pecho y las manos cruzadas, permanecía unos pasos más atrás en actitud respetuosa. La débil luz del atardecer, proveniente de una abertura desde la que se divisaban las columnas de un patio exterior, tintaba la escena de un color pajizo.

—Es infinitamente mayor el poder de la misericordia divina en perdonar —continuó el monje— que el del hombre en pecar. —Se inclinó hacia el moribundo—. ¿Creéis que por vos murió Jesucristo, nuestro Señor?

Se escuchó un murmullo:

—Creo...

—¿Le dais las gracias por esto de todo corazón?

—Lo... hago...

—¿Creéis que no os podréis salvar si no es por su muerte?

—Creo.

—Pues dadle gracias siempre mientras esté vuestra alma en vuestro cuerpo. Y poned en esta muerte todo vuestro consuelo y fuerza. —Hizo una pausa—. Envolveos todo en esta muerte. —Otra pausa—. Ahora, pues, estad con buen corazón y buena confianza y dad gracias a nuestro Señor Dios porque os encontráis en tan buena disposición. Y creed firmemente y decid y confesad que Aquel solo es toda vuestra ayuda, toda vuestra defensa, todo vuestro remedio, refugio, reparación, redención, remisión, reconciliación y toda vuestra salvación. Y solamente en la Santa Cruz y en la muerte del hijo de Dios esté vuestro corazón, afección y confianza. Repetid conmigo: *In manus tuas, Domine, commendo spiritum meum...*

Con la voz entrecortada, la mujer ayudó a su marido a repetir el acto de entrega:

—En tus manos... Señor... encomiendo... mi espíritu...

El fraile se dirigió entonces a ella y le dijo:

—Si me ha respondido afirmativamente con fe verdadera y no fingida, podéis tener absoluta certidumbre de su salvación, si así muriere. En tal caso, aseguraos que se cumple su voluntad sobre sus disposiciones espirituales de enterramiento, misas y donativos. Mientras tanto, rezad a la Santísima Trinidad, a Dios Padre, a Dios Hijo, a la Virgen, a los Ángeles Custodios y a los Santos a quienes vuestro esposo profese mayor devoción.

Brianda comprendió que el ritual llegaba a su fin y salió al exterior antes de que lo hicieran ellos. En su cabeza resonaban todavía las elaboradas expresiones del fraile. Era la primera vez que escuchaba a un hombre de Dios tomarse tanto tiempo y cuidado en despedir a un moribundo.

Afuera, Cecilia se echó a sus brazos en cuanto la vio lanzándole una pregunta tras otra:

—¿Por qué habéis tardado tanto? ¿Se encuentra bien vuestro padre? ¿Y vuestro rostro? ¿Qué habéis visto ahí adentro?

Marquo, sentado en una piedra, sacaba punta a un palo con el filo de su puñal. Sin levantar la vista, dijo enfadado:

—No deberías acercarte tanto a ella. A saber qué peste ha cogido.

Brianda iba a responderle de malas maneras cuando oyó que Johan salía, acompañado del monje y su fardo de tela de arpillera. Se acercó a Marquo y le cuchicheó:

—Si le dices algo a mi padre, no te besaré en un año.

—Bien mirado, así seguro que no me contagias nada.

—Te advierto que lo cumpliré.

Johan se disculpó por la tardanza y presentó al monje como fray Guillem, el nuevo párroco de Tiles, a quien escoltarían en su primer viaje a las montañas. Era un hombre de poco más de veinte años, no muy alto pero bien parecido, y de aspecto tímido y modesto pero con un sutil rictus de severidad. A juicio de Brianda, la voz que había escuchado encajaba perfectamente con ese aspecto. Vestía una túnica de lino y una esclavina con capucha y de su cinto colgaba un largo rosario.

Montaron en sus caballos y comenzaron a alejarse de Monçón. Después de un largo rato

cabalgando en silencio, Johan se dirigió a fray Guillem:

—Pere de Aiscle me ha hablado de vuestra excelente preparación, inusual para alguien tan joven como vos.

—Se lo debo a mi tío, el anterior obispo.

—Espero que no la deis por mal empleada en los pueblos de la montaña...

Fray Guillem le lanzó una mirada extraña, como si intentase dilucidar si Johan hablaba en serio o estaba siendo irónico.

—¿Sabéis cuáles fueron las palabras de mi tío cuando decidió enviarme a Aiscle? Sabiendo de mi deseo de marchar tras los pasos de dominicos ilustres como Bartolomé de las Casas y Francisco de Vitoria, me dijo: «No te mando lejos a colonizar y evangelizar, pues aquí mismo hay una tierra que necesita orden y disciplina...». Supongo que conocéis mejor que yo el significado de sus palabras.

Johan asintió levemente. Desde la erección de la catedral y obispado de Barbastro catorce años atrás, habían surgido numerosas disidencias entre la nueva diócesis y el monasterio de Besalduch en cuanto a la adscripción de los pueblos. El fallecido obispo había llevado a cabo una ardua tarea, visitando pueblo por pueblo a espaldas del abad y mostrándoles los documentos que acreditaban los nuevos límites mientras esgrimía los principios y la doctrina canónica establecida por el Concilio de Trento. De este modo había conseguido desmembrar de la influencia del abad de Besalduch y ganar para Barbastro las rentas y la jurisdicción espiritual de Aiscle, Tiles y otros lugares de la parte occidental del condado de Orrun. El abad Bartholomeu y sus monjes se habían opuesto ferozmente a tal ataque a sus derechos antiquísimos, hasta el extremo de renunciar a ejercer sus facultades ministeriales o de recorrer a su vez los mismos pueblos amenazando a sus habitantes con la excomunión si aceptaban que su parroquia pasase a pertenecer al obispado de Barbastro. Se negaba a aceptar que los donativos de los fieles se los llevara otro. Al igual que el pleito del conde con el rey por el condado, el conflicto religioso todavía perduraba. Y los señores de Orrun defendían al conde y al abad. No obstante, prefirió obrar con cautela.

—Los señores de la montaña —comentó— seguiremos pagando nuestras rentas en beneficio de nuestras almas.

—Eso está bien, Johan, pues la salvación de vuestras almas es la única misión que Dios y mis superiores terrenales me han encomendado.

Brianda, que había seguido la conversación con interés, sintió de repente que un escalofrío recorría su cuerpo acongojándola. Pensó que tal vez el ánimo lúgubre que no la había abandonado desde su despedida de Monçón se debiera a la novedosa y terrible sensación de que la vida era resbaladiza.

19.

Corso presintió que algo no iba bien con Brianda en cuanto todos se juntaron para acampar y pasar la noche junto al estanque de Fons. El espíritu de la joven traviesa e impetuosa se había apagado, al igual que el color de sus mejillas, y ninguna palabra había salido de su boca ni antes de acostarse ni al continuar viaje pronto por la mañana. Acostumbrado a observar, dedujo que también se había producido algún enfado entre el joven Marquo y ella porque él no se dignaba mirarla; y eso era algo que el mozo no había dejado de hacer en Monçón, con un destello de posesión en sus ojos. Si Brianda le perteneciera, pensó Corso fugazmente, nada podría evitar que la mirara a todas horas y, en vez de un destello, sus ojos producirían llamaradas en su presencia. Pero sabía que una muchacha como ella jamás se fijaría en alguien como él, un hombre embrutecido por las guerras sin más oficio que matar a cambio de un sueldo. Otros soldados luchaban convencidos de servir a una tierra, a un rey, a un Dios. Él no. Nunca había tenido nada personal por lo que luchar o creer porque nunca había tenido nada. Cuando Surano le salvó la vida en una reyerta contra varios hombres, se sorprendió de que por primera vez en su vida alguien le ayudara sin pedirlo y sin querer nada a cambio, y eso fue motivo suficiente para deberle fidelidad. Hiciera lo que hiciese Surano, allí estaría él para acompañarlo, apoyarlo, defenderlo o salvarlo.

Dejaron atrás los campos dorados y el aire se tornó más fresco al vibrar sobre las hojas secas de los quejigales y las bayas rojas y azules oscuras de los viburnos y las gayubas y, a media tarde, comenzaron a ascender por un roquedo sombrío y húmedo donde crecían pequeñas plantas de hojas pilosas y arrugadas y helechos. El camino era tan estrecho y escarpado que tenían que cabalgar en parejas. Sin apartar en ningún momento la vista de Brianda, Corso hizo lo posible para que Surano y él se situaran detrás de las mujeres y delante del resto de los lacayos. La distribución del grupo hacía difícil que alguien más se diera cuenta de la situación de los otros. Además, bastante complicado de por sí era conseguir que todos los caballos sin montura siguieran sin problemas. No sería la primera vez, había dicho un criado, que alguno caía por el despeñadero a la izquierda, tan profundo que hasta la gitana había preferido recorrer esa parte del camino a pie por el vértigo que sentía.

Corso veía que los hombros de Brianda se hundían cada vez un poco más, como si le costara mantenerse erguida, y que el balanceo sobre la montura se hacía más acentuado, como si no pudiera siquiera resistir un movimiento tan suave. Reconocía en esa postura la de los hombres heridos poco antes de dejarse caer inánimes. De repente temió por su vida y, sin pensárselo, situó su caballo entre el de ella y el precipicio, justo antes de que Brianda se abandonase por completo

hacia un lado. Corso extendió un brazo, la sujetó por la cintura con una mano y con la otra agarró las riendas para detener el caballo. Entonces, la levantó en volandas y la colocó sobre la cruz de su montura, desmayada entre sus brazos. Surano acudió en su ayuda y se hizo cargo del caballo de Brianda.

—Te has arriesgado mucho por una mujer —le dijo antes de situarse delante de él—, pero le has salvado la vida. Ahora ella está en deuda contigo.

Corso aprovechó esos momentos de intimidad con el cuerpo de Brianda para observarla detenidamente. Pudo recorrer con su mirada todos los ángulos de su pálido rostro, la manera en que las finas cejas y los párpados enmarcaban y cubrían suavemente sus ojos, las líneas que perfilaban su nariz, el color levemente morado de sus labios ligeramente entreabiertos... Recordó la manera enérgica en que le había suplicado que intercediera por la gitana y el puñetazo que le había asestado en el pecho. Sin duda alguna prefería a la Brianda llena de vida antes que a ese cuerpo débil que se amoldaba a sus brazos, pero deseó que tardara en despertar porque nunca más la tendría tan cerca. Así que aprovechó y la acarició, recorriendo con su mano el trayecto que antes solamente había mirado, que percibió demasiado caliente, y atreviéndose a enredar el suave cabello oscuro entre sus ásperos dedos hasta que un leve aleteo de sus pestañas le indicó que estaba despertando, lo cual solo podía significar que para él, a partir de entonces, ella tendría que volver a formar parte de sus sueños.

Brianda abrió los ojos lentamente y, después de varios parpadeos, descubrió el cielo sobre ella. Durante unos segundos sintió una agradable placidez y un cómodo abandono en el balanceo, el sonido repetitivo de los cascos contra las piedras, el aire fresco sobre sus mejillas y el blando apoyo sobre el que descansaba su nuca. Giró ligeramente la cabeza y su mirada se deslizó por las nubes del atardecer hasta toparse con la mirada honda y penetrante de un hombre, al que no tardó en reconocer. Entonces el sosiego desapareció y comenzó a recordar. El cansancio. El dolor por todo su cuerpo. El progresivo dolor de cabeza. Las náuseas. La pena por lo que había visto en el hospital. Los escalofríos...

—¿Cómo he llegado hasta aquí, Corso? —preguntó.

—Te desmayaste sobre el caballo cuando pasábamos por el precipicio —respondió él, mentalmente agradecido de que la primera reacción de ella al verlo no hubiera sido la de incorporarse violentamente.

—Y llegaste a tiempo de cogerme...

—Sí. Estoy acostumbrado a reaccionar rápido.

—Me alegro. Gracias. —Suspiró profundamente—. No me encuentro bien.

—Creo que tienes fiebre.

—Sí.

Brianda cerró los ojos y se mantuvo así un buen rato, al cabo del cual frunció el ceño en un gesto de dolor.

—¿Quieres cambiar de postura? —preguntó Corso.

—No lo sé. Me duele todo.

Con suavidad, Corso la ayudó a erguirse. Ella apoyó entonces la cabeza en su pecho. Y aunque ahora él no podía verle el rostro, la sintió tan cerca que hubiera hecho cualquier cosa por retenerla así para siempre. Pero también percibió el excesivo calor y la debilidad del cuerpo de la joven y se preocupó.

—¿Cuánto falta para Aiscle? —preguntó ella al cabo de un rato.

—No lo sé.

—Es verdad. No has estado nunca. Me cuesta tener los ojos abiertos. ¿Dónde estamos?

—El camino se ha estrechado y tenemos que ir en fila.

—Entonces pronto llegaremos arriba y verás las montañas al fondo y el valle a tus pies, con todos los colores del otoño derramados por los bosques. Avísame...

Brianda se durmió y Corso agradeció el silencio. Por un momento había sentido pánico al pensar que ahora que la acababa de conocer, ahora que la acababa de salvar, ella pudiera ponerse gravemente enferma y morir. Brianda le había hablado como si fuera un hombre normal y no un animal. No le había gritado, ni se había asustado, ni había mostrado desagrado por su aspecto ni por el hecho de que la tuviera entre sus brazos. Tal vez la fiebre nublara un tanto sus reacciones, pero no hasta el extremo del delirio, ya que habían conversado amablemente. Le había pedido que la avisara en cuanto divisara el valle y las montañas y lo haría, porque a partir de ahora él haría todo lo que ella le pidiera, que sería poco, muy a su pesar, porque sus vidas se separarían al finalizar el viaje.

El ascenso terminó, pero los jinetes de delante no se detuvieron. Corso dedujo que temían que la noche se les echara encima por esa zona y por eso optaban por acelerar para llegar al valle cuanto antes. Allí podrían refrescar a Brianda con el agua del río. Mientras tanto, él podría sostenerla entre sus brazos un rato más.

Susurró su nombre varias veces hasta que ella respondió.

—Empezamos a descender, Brianda. Tendré que sujetarte más fuerte porque la pendiente es pronunciada.

—Dime qué ves.

—En el horizonte, altas montañas...

—¿Ya hay nieve en las cumbres?

—Algo, sí. Y más cerca, una gran montaña solitaria...

—El monte Beles, que reina sobre Tiles. ¿Sabes? Yo vivo en un lugar llamado Lubich. Es muy bonito. Te gustará conocerlo...

—Tal vez algún día... —Tendría que encontrar una buena excusa para hacerlo, pensó, y cuanto más pronto mejor—. Por las laderas soleadas de las montañas se ven pequeños grupos de casas entre los bosques y a sus pies prados, tierras de labor y rebaños.

—Ya se preparan para llevar el ganado a la tierra baja. Es triste.

—¿Triste? ¿Por qué?

—Por las despedidas. Los hombres se van y no volverán hasta la primavera. Las mujeres se quedan solas. Una de las criadas de mi casa, Gisabel, se casó hace dos años y se pasa casi todo el tiempo sin su marido. A mí no me sucederá.

—Ah, ¿no? ¿Por qué?

—Porque yo no me casaré con un campesino.

Corso permaneció en silencio. «Ni con un campesino ni con un soldado», pensó con amargura. Al cabo de unos segundos, dijo con sorna:

—Alguna preferirá perderlo de vista...

—No se me había ocurrido, pero es posible. —Brianda rio la broma, pero la risa le provocó un ataque de tos tan fuerte que la dejó agotada y volvió a quedarse adormilada un buen rato.

Quedaba poco para que el descenso llegara a su fin cuando ella le dijo de pronto:

—En la puerta de la iglesia, uno de los harapientos que me molestaban se acercó tanto que sentí su aliento. Tenía costras negras en la boca y manchas en la piel. Igual me contagió la peste.

—Eso no es peste. Si fuera peste, habrían cerrado las puertas de la ciudad y el rey se habría marchado.

—Pues tifus, tabardillo, o lo que sea que también mata.

—Tú no te vas a morir.

—En el hospital vi cosas horribles por esta enfermedad... Todos iban a morir entre terribles sufrimientos.

—¿Y qué hacías tú en el hospital?

—Entré a buscar a mi padre porque tardaba. ¿Cuándo fue eso...? Ayer... Allí me contagié. Pero no se lo puedo decir a mi padre. Me dijo que no entrara y le desobedecí.

—Eso no aparece de un día para otro... —Corso intentó aliviar la evidente preocupación de Brianda—. Lo tuyo será un simple resfriado y tu padre no tiene por qué enterarse de lo de ayer...

—¿Has visto morir a mucha gente, Corso?

«He visto morir a muchos y matado a más», pensó él.

—¿Por qué lo quieres saber?

—Porque no puedo quitarme de la cabeza lo que vi. Es horrible. Soy muy joven para morir. Ni siquiera me he casado y tengo que tener hijos que hereden Lubich.

—Eres joven y fuerte. Quítate esas cosas de la cabeza.

—No puedo. Están ahí. Fray Guillem le decía a uno que morir es algo bueno porque nos acerca a Dios, pero esos pobres no parecían felices. Ojalá hubiera algo que me ayudara a olvidar sus rostros.

Probablemente tuviera que arrepentirse de lo que iba a hacer, pero Corso hizo más caso a su instinto que al sentido común.

—Mírame, Brianda —pidió.

Ella alzó la cabeza, él se inclinó y besó sus labios ardientes y resecos por la fiebre. No fue un beso dulce, ni suave, ni delicado, sino todo lo contrario. Lo que él quería era morderla, succionar su calor, despertarla del letargo, traerla de nuevo a una vida en la que solo hubiera fuerza, energía, músculos en tensión y venas palpitantes. Ese cuerpo no iba a morir, no *podía* morir; y esa alma no iba a languidecer, no mientras él estuviera cerca.

Brianda no se apartó. Ni tenía fuerzas para hacerlo ni quiso hacerlo. Todos los besos de Marquo juntos no igualaban el ímpetu de aquel contacto. Momentáneamente, sus sentidos se olvidaron de su cuerpo dolorido y sus pensamientos se vaciaron de temor. Pero en cuanto él se separó, la consciencia plena y sus reflexiones regresaron.

—No deberías haberlo hecho —susurró ella mirándolo a los ojos.

—Lo sé.

—Ahora tú también enfermarás...

—Si solo es eso lo que te preocupa, estoy dispuesto a repetirlo mil veces.

Corso se inclinó y volvió a besarla, esta vez con una ternura que a él mismo sorprendió.

Cuando se separaron, Brianda, exhausta, apoyó la palma de la mano en el pecho de él y se abandonó a otro momento de sopor dominado por el recuerdo de lo que acababa de suceder.

—Cuando cierres los ojos —le susurró él—, ahora solo me verás a mí.

Johan vio a su hija sobre el caballo de Corso nada más llegar al llano y supo que algo malo había sucedido. Cabalgó rápidamente hacia ellos. El aspecto de Brianda lo alarmó, pues no la había visto en ese estado febril desde que era niña. Dio órdenes a los criados de que detuvieran al numeroso grupo, dejaran pastar a los caballos junto al río y prepararan un lecho improvisado sobre el que pudiera descansar la joven. Corso no se movió hasta que Johan se acercó de nuevo y la cogió entre sus brazos para tumbarla. Cecilia, con los pies destrozados por la caminata, se olvidó enseguida de su dolor y se sentó junto a Brianda para mojarle la cara, las muñecas y los tobillos con una tela empapada en el agua fría del río. Después de refrescarse, también fray Guillem se acercó y murmuró unos rezos. Johan, que tan reciente tenía en su mente la extremaunción que había presenciado, sintió un escalofrío al pensar que el religioso pudiera estar rezando ya por el alma de su hija y se sentó, abatido, sobre una roca junto a los demás, a pocos pasos de las muchachas.

—No lo entiendo —se lamentó—. Cuando partimos de Monçón estaba como una rosa. Tal vez solo sea cansancio.

Bringuer sacudió la cabeza.

—Tiene mucha fiebre y no llevamos nada para tratarla.

Fray Guillem se acercó y dijo:

—Son los síntomas del tifus de las Cortes. He estado semanas en el hospital y he visto casos parecidos...

—Pero muchos la han pasado y se han salvado —se apresuró a apuntar Bringuer— y otros ni siquiera la hemos cogido.

—Pero si ella está ahora enferma, todos corremos peligro —intervino nuevamente Johan—. Tú el primero, Corso.

Marquo, a su lado, se retiró un par de pasos al escuchar el comentario.

—Ya le dije que no entrara en el hospital, pero no me hizo caso.

Johan alzó la vista:

—¿Entró?

—A buscarte, porque tardabas. Le advertí que en un lugar así no se podía coger nada bueno.

—Me contó que eso fue ayer —comenzó a defenderla Corso—, y que solo se asomó a la entrada. Además, el contagio no va tan rápido. Con tantos enfermos por las calles cualquiera podía cogerlo en cualquier momento.

Nunilo se frotó la barbilla pensativo:

—¿Y ahora qué hacemos? Falta poco para Aiscle, pero entrar todos allí es peligroso. Tampoco sé si alguien nos acogería en su casa en su estado, por miedo...

Pere le interrumpió:

—En mi casa podéis...

—Gracias, Pere, pero aun así es muy arriesgado. —Nunilo continuó con las opciones—: Lubich queda aún lejos y ella está muy débil. Quedarnos aquí no sé si nos conviene, pues estamos demasiado expuestos a los bandoleros de Medardo y no tenemos ni una maldita jarra de vinagre para bajarle la fiebre.

Fray Guillem le recriminó el juramento con un chasquido de la lengua y una mirada severa, pero Nunilo no le hizo caso.

Entonces, Surano regresó con su caballo de inspeccionar la zona y de un salto se plantó ante ellos:

—¿A que no sabéis quién se está acercando? —No esperó a que le respondieran—: Medardo y su cuñado Jayme, acompañados de una docena de hombres.

Como movidos por un resorte, todos se levantaron en busca de sus armas. Pere calculó la distancia que los separaba y se dio cuenta de que no les daría tiempo a huir sin abandonar los caballos. Tras unos segundos de indecisión, optaron por agruparse y plantarles cara al pie del descenso. Entre todos los triplicaban en número.

Johan se dirigió a Marquo:

—Tú no te muevas del lado de Brianda.

—Prefiero luchar —respondió Marquo dándole unos golpecitos a su arcabuz.

Corso comprendió que el joven actuaba así no tanto por valentía como por mantenerse alejado de la joven enferma. Se acercó a Johan y le dijo:

—Yo me encargaré de ella.

—La ayudaste el otro día y le has salvado la vida hoy. —Johan lo miró a los ojos agradecido. De pronto, descubrió en el rostro de ese joven rudo, receloso y sucio una mirada noble—. Espero que su vida no corra peligro.

—Conmigo no —aseveró Corso.

Uno de los lacayos de Medardo que se había adelantado para asegurarse de que no había peligro los había informado de que Pere y los suyos se habían detenido a la entrada del valle y de que los acompañaban dos mujeres y un hombre de iglesia. Jayme y Medardo decidieron continuar adelante. Estaban convencidos de que con la resolución del rey, los hombres del conde, que pecaban de ser demasiado prudentes, no se arriesgarían a mancharse de sangre, al menos de momento. No obstante, se aseguraron de que todos los arcabuces estuvieran cargados.

Llegaron a la altura de los hombres del conde, que empuñaban sus arcabuces con la tensión reflejada en el rostro.

Medardo descubrió a Surano y maldijo para sus adentros. ¿De dónde demonios había salido? Se fijó en que había prendido una ramita de boj en su jubón e hizo una mueca de repugnancia.

Había terminado por detestar ese arbusto. Hasta para eso eran arrogantes los señores de Orrun: habían elegido como emblema de su causa el arbusto inmortal que permanecía siempre verde; seguro que hasta en el infierno helado, adonde él enviaría a aquellos, viviría bien.

De todo el grupo, el rostro de Surano era el que más odio reflejaba hacia Medardo. Debía de haberse puesto rápidamente al día, entonces, de los asuntos de Aiscle y de su boda con Lida, cansada de esperar a ese bandido, preocupada por su soltería y convencida por su hermano Jayme del acierto del compromiso. Medardo se preguntó si le habrían contado lo bien que se sentía ella como esposa del hombre más famoso del lugar. Lida valoraba su ambición, que no era otra que la defensa del pueblo contra la tiranía de un conde que ni siquiera vivía allí. Paso a paso su causa iba acumulando triunfos. Él era un hijo de campesino que ahora se codeaba con los ministros del rey, algo que nunca antes había sucedido. Nunca había estado tan cerca de cumplir su sueño de llegar a ser justicia o *bayle* general del condado, el primer plebeyo en lograrlo. Y si él lo conseguía, otros también podrían.

Surano acercó el arcabuz peligrosamente a su rostro y Medardo supo de inmediato que, si se llegara a efectuar un solo disparo, aunque fuera por descuido, nada ni nadie podría detener una carnicería y, desde luego, ellos serían los perdedores, así que indicó a sus hombres que bajaran sus armas.

Buscó a Pere con la mirada y se dirigió a él:

—No viajamos con intención de pelear. Como vosotros, regresamos de Monçón y queremos llegar pronto a casa después de varias semanas fuera.

—Tu palabra no es de fiar —repuso Pere—. La última vez que prometiste paz, el conde casi no sale vivo de Aiscle.

—Aquel día él provocó la situación con su actitud. —Medardo se apoyó en la cruz de su caballo—. Vino como señor al lugar donde menos se le quiere. Tantas veces como lo haga, tendrá el mismo recibimiento.

—Dice que no quiere pelear, pero aprovecha para amenazar —susurró Bringuer junto a Nunilo—. No encontraremos mejor ocasión para acabar con él que hoy.

Nunilo le hizo un gesto para que se mantuviera en silencio. Una cosa era actuar en defensa propia, o en una batalla declarada, pero matarlos a sangre fría no traería sino terribles consecuencias para los señoríos de los que allí estaban. Confiaba en Pere y en su habilidad para evitar un enfrentamiento, aunque también era verdad que con hombres como Medardo nunca se podía bajar la guardia. ¿Quién les aseguraba que no habían espiado su regreso para prepararles una emboscada con otro grupo de Aiscle?

Como si le hubiera leído el pensamiento, Pere dijo:

—Medardo, tú solo estás tranquilo cuando ocultas algo. Seguramente esperas encontrarte en este lugar con otros y lo que quieres es ganar tiempo.

Entonces Jayme descendió de su caballo.

—¿También dudaréis de mi palabra? —preguntó a todos, aunque centró su atención en Johan —. Peleamos en bandos opuestos, pero yo también soy noble y mi palabra vale tanto como la de cualquier otro.

—La palabra de un vendido no es de fiar, sea cual sea su cuna —repuso Johan incómodo por

tener que encontrarse de frente con quien tantos recuerdos de infancia compartía y a quien había llegado a detestar por traidor.

Jayme se sintió tentado de preguntarle qué habría hecho él en su situación, pero se contuvo. Su padre, hermano menor del de Johan, había nacido en Lubich, y se había casado por amor con la heredera de Cuyls, un señorío venido a menos. Las relaciones entre ambos hermanos siempre fueron muy cordiales, y las infancias de los primos Johan y Jayme discurrieron con cercanía hasta que apareció Elvira, una joven alta, guapa y temperamental de una buena familia de Besalduch. Jayme y ella se enamoraron e hicieron planes en secreto: ella aportaría una buena dote y él trabajaría denodadamente para ampliar el patrimonio. En cuanto los padres de Elvira supieron de las intenciones de los jóvenes, hicieron todo lo posible por separarlos. A ella la enviaron con unos familiares a Francia y a él lo amenazaron para que se olvidara de ella. Después, concertaron su matrimonio con el heredero de Lubich. Johan y Elvira se casaron finalmente, para desesperación de Jayme, en cuyo interior nació un profundo odio contra quien él podría haber sido si su padre hubiera nacido unos años antes. Todo lo que Jayme deseaba lo tenía Johan: la magnífica casa, las tierras y bosques de Lubich y la única mujer a la que había amado y a quien no había visto desde que Johan le cerrara las puertas de su casa por lucir con descaro la ramita de aliaga de los reales, hacía ya de eso una década. Cuanto más admirado era Johan por los demás señores del condado y por el propio conde, más lo detestaba Jayme a él y a todos los demás. Pronto las tornas cambiarían, pensó, y el día que los presuntuosos partidarios del conde perdieran su poder, ahí estaría él para ocupar el lugar preferente que le correspondía...

—Sabemos que viajáis con dos mujeres... —dijo.

Johan se puso tenso.

—... y por tu reacción supongo que será alguien cercano. ¿Tal vez tu mujer...? —Por un instante, Jayme se ilusionó ante la posibilidad de ver a Elvira—. No me importaría saludarla, después de tantos años.

—Lástima que ella no desee lo mismo. —Johan irguió la espalda, como si quisiera intimidarlo con la diferencia de estatura—. En cualquier caso, no es ella. Son mi hija, que está enferma, y su criada. Si realmente no deseáis luchar, seguid ya vuestro camino.

—¿Y es grave?

El rostro de Johan enrojeció de cólera. Conocía tan bien a Jayme que en su boca, cualquier palabra de preocupación por la salud de su única hija portaba el veneno de mil víboras. En su ausencia y en la de Brianda, el familiar más cercano para heredar era Jayme de Cuyls.

—¡Te lo dije una vez y te lo repito: antes de que Lubich fuera tuyo se lo regalaría al diablo!

El silencio que siguió fue tan profundo que todos pudieron oír el roce de la tela de las mangas de fray Guillem al santiguarse.

Medardo se fijó en él y le dijo:

—No os conozco, padre. Supongo que seréis el nuevo. Espero que vengáis bien entrenado porque me temo que os costará distinguir por qué bando corren los demonios. —Soltó una risotada—. Si me preguntarais a mí os ahorraríais faena.

Fray Guillem se adelantó hasta él.

—Satanás aparece donde menos se le espera —dijo con voz seria y en un tono lo

suficientemente fuerte como para que todos lo oyeran—. No cuestionéis ni su habilidad... —levantó el dedo índice— ni la mía.

Jayme regresó a su caballo y montó.

—Nosotros nos vamos. No haremos nada. Decidid vosotros si nos dispararéis por la espalda.

Golpeó los flancos del animal e inició un trote ligero. Cuando Medardo se dispuso a seguirlo, Surano se puso delante y le dijo en un tono mordaz:

—Espero que Lida se encuentre tan bien como la recuerdo...

Medardo lo apartó de un empujón y marchó seguido de sus doce lacayos.

Hasta que no los perdieron de vista, Pere y los suyos no bajaron las armas. Sabían que la situación se había resuelto bien por el momento, pero ahora tenían más prisa que antes por desaparecer de ese lugar.

Regresaron junto a Brianda, a quien Corso y Cecilia habían envuelto en una manta porque no dejaba de tiritar.

—Dime, Nunilo, ¿qué se te ocurre? —preguntó Johan nervioso.

Nunilo meditó unos segundos. Finalmente respondió:

—Iremos todos juntos hasta el desvío de las montañas. Allí, Surano acompañará a Pere y se quedará con él. Los demás seguiremos juntos. Cuanto más arriba, menos peligro.

—¿Y Brianda?

—Habrá que llevarla, como ha hecho Corso, al menos hasta mi casa en Tiles.

Se produjo un leve murmullo. Todos sabían que para cargar con el cuerpo inerte de la joven había que estar no solo muy fuerte, sino también dispuesto a entrar en contacto con la enfermedad. Johan comprendió con cierta desazón que, por muy amigos que fueran, ninguno se ofrecería para semejante insensatez. Ni siquiera Marquo...

—Es mi hija. Yo lo haré.

—Y yo te ayudaré, Johan —dijo Nunilo—, pero no será suficiente.

Corso se acercó.

—La llevaré yo —propuso con firmeza—. Solo necesito otro caballo más rápido y fuerte.

Nunilo y Johan intercambiaron una rápida mirada. Nunilo señaló el grupo de caballos vigilado por los criados de Anels y Lubich y le dijo:

—Elige el que quieras.

Corso desapareció.

Unos minutos después regresó montado en un magnífico frisón negro.

20.

Brianda permaneció en Casa Anels de Tiles hasta mediados de noviembre.

Primero la cuidaron Cecilia y Leonor, la esposa de Nunilo, una mujer de cabello castaño ensortijado, cara ancha y alargada y expresión bondadosa. Cuando el peligro de contagio remitió en la casa de su amigo, Johan regresó definitivamente a Lubich, envió a una criada con su hija e insistió en que Elvira aguardase a que Brianda estuviera completamente restablecida para verla. Había sabido que en otras casas de Tiles y Besalduch otros habían pasado la enfermedad y quería proteger a los de Lubich a toda costa. Poco a poco, los paños de vinagre caliente que aplicaba Cecilia sin descanso sobre el cuerpo de Brianda redujeron la fiebre; los cocimientos de gordolobo, tomillo, yemas de pino y flores secas de saúco preparadas por la criada Gisabel limpiaron su pecho; y los emplastos de aceite de oliva, cera, llantén y caléndula de Leonor cicatrizaron las llagas de sus labios.

Durante todo ese tiempo no hubo novedades entre los bandos rivales. Al igual que la tierra esperaba con aprensión a que el inevitable viento gélido del norte llegara para arredrarla, los hombres del conde aguardaban noticias de la visita de este. Mientras tanto, Corso, convertido en el mensajero entre Pere y Nunilo, iba y venía de Aiscle a Tiles. Como no estaba acostumbrado a permanecer quieto mucho tiempo en el mismo lugar, su nueva e imprevista tarea le permitía cabalgar, visitar a su amigo Surano y, sobre todo, enterarse de primera mano de cómo evolucionaba Brianda, a quien no había vuelto a ver desde que la dejara sobre el cómodo lecho de lana con sábanas de lino que le había preparado Leonor. En términos generales, nunca había vivido tan bien. A cambio de sus simples servicios, recibía la mejor comida que hubiera tenido ocasión de probar en su vida y disponía de su propio jergón de paja de centeno en el ala de los criados. Su aspecto físico había mejorado, no solo por la comida y el descanso, sino también por el interés de Leonor, quien, al saber lo que había hecho por Brianda, lo trataba con especial deferencia. De hecho, ella había insistido en que mientras anduviera por ahí tendría que complacerla aceptando un baño y un cambio de ropa semanal. Corso no recordaba la última vez que su pelo había lucido tan brillante y sedoso como el del corcel que cepillaba cada mañana. Nadie le había indicado que dejara de montarlo, así que cada día que pasaba se sentía un poco más dueño de él. Probablemente en Francia le dieran a Nunilo muchas monedas por el animal, pero de momento, nadie sino Corso se atrevía a dominarlo, para admiración de los criados y campesinos, que se iban acostumbrando a ese extranjero solitario que recorría esas tierras cada mañana.

A su vez, Corso se admiraba de que en aquel lugar apartado, frío y duro, donde nada crecería

en meses ni en la tierra ni en los árboles, los hombres fueran fornidos y las mujeres vigorosas y vivarachas, siempre con varios hijos pegados a sus faldas como cachorros. Cuando los veía trajinar con los animales, portar hachas, mazas y tocones para hacer leña, o guardar las herramientas de las últimas siembras tardías de trigo, centeno, avena y cebada, se imaginaba que su complexión física y su carácter despierto y esforzado se había hecho inevitablemente al clima adusto y recio y al frío intenso, al igual que el soldado a la espada, al peso de la armadura y al morrión. Se preguntó si alguien que no hubiera nacido en ese entorno podría habituarse a él; si quien no hubiera nacido campesino podría llegar a comprender los secretos de la tierra y no aburrirse de la repetición de las estaciones año tras año; si podría vivir al ritmo de los mazos de roble del batán al golpear el paño de lana o al del giro de los husos de hierro alrededor del lino, o al de los elementos de la naturaleza, siempre incierta y amenazadora sobre las cosechas. En definitiva: lo que se preguntaba era si *él* podría llegar a desear vivir en un lugar como aquel, relativamente plácido comparado con los míseros lugares azotados por el hambre que él había recorrido, por Brianda...

Una soleada mañana Nunilo envió a un criado a que avisara en Lubich de que la joven ya había comenzado a dar unos cortos paseos por el interior de la vivienda y que regresaría a su casa en un par de días, tal como deseaba. Corso se apostó bajo las ventanas de la habitación de ella con la esperanza de verla y hablarle antes de su partida, pero Brianda no se asomó. A la mañana siguiente, mientras cepillaba el caballo en la era, atento a cualquier movimiento de la puerta principal, por fin esta se abrió y distinguió a Brianda, que salía acompañada de Cecilia, Leonor y Gisabel.

Corso no pudo apartar los ojos de ella.

Brianda, pálida y ojerosa, más delgada y con aspecto frágil, vestida con una sencilla saya y un corpiño de color azul celeste, arrebujada en un grueso manto oscuro y con el pelo suelto sobre los hombros, miró al cielo, cerró los ojos en un gesto de placer al poder recibir los rayos del sol e inspiró profundamente el aire puro y fresco de ese día luminoso y radiante. Luego deslizó la vista por la era, como si la descubriera por primera vez, y entonces vio a un hombre alto y moreno, con la camisa desabrochada, junto al frisón más alto y fuerte que ella hubiera visto nunca. Reconoció enseguida a Corso, buscó su mirada, recuperó las imágenes de su delirio y se sonrojó.

—¿Ves? —comenzó a decir Leonor—. Aún no has salido y ya tienes mejor color. Daremos un corto paseo para abrir el apetito. Hoy no iremos muy lejos, y en cuanto te canses, regresaremos.

Cruzaron el patio y, al pasar junto a Corso, por no saludarlo abiertamente, que era lo que deseaba, Brianda le preguntó:

—¿No eres tú el amigo de Surano? ¡Qué raro te encuentro!

Corso entendió que se refería a su camisa de cáñamo blanco y sus ceñidos calzones cortos de lana marrón sujetos por una faja de vivos colores. Lo único que conservaba de su anterior atuendo eran sus altas botas de cuero.

—La señora Leonor me dio esta ropa de su marido —dijo él sin dejar de mirarla a los ojos—.

He de decir que voy muy cómodo sin el peto, el espaldar y las escarcelas.

Leonor se rio.

—La guardaba confiando en que Nunilo algún día volvería a caber en ella, pero creo que eso no será posible. Si hubiera... —Se detuvo antes de recordar en voz alta que también había guardado la ropa durante años en un arca por si alguna vez llegaba un hijo que pudiera usarla. Pero eso ya no sucedería—. A ti te sienta muy bien.

—Me alegra que te hayas recuperado, Brianda —dijo Corso.

Gisabel, una muchacha menuda de pelo claro, frunció el ceño al oír que ese mozo de cuadra, lacayo, soldado o lo que fuera, trataba con tanta familiaridad a la heredera de Lubich. Estiró con suavidad del brazo de su joven ama para continuar con el paseo, pero Brianda no se movió.

—No he tenido ocasión de darte las gracias —dijo Brianda—. Sé lo que hiciste por mí. Me alegra que tú no hayas enfermado. Ni tú ni nadie, por lo que veo. Todos os habéis arriesgado mucho.

Leonor y Corso intercambiaron una significativa mirada. Todavía no le habían dicho a Brianda que la enfermedad había matado a dos lacayos de Pere y se había cebado especialmente con la familia de Marquo.

—¿Qué sucede? —quiso saber Brianda.

—Otros no han sido tan afortunados, Brianda —respondió Leonor—. Debes dar gracias a Dios.

—¿Quién más...? —Brianda temió por su pequeña familia y las rodillas le flaquearon.

—No debéis pensar en eso ahora... —intervino Gisabel.

—¡Quiero saberlo!

—Bringuer y su hija menor han muerto —le informó Leonor—. Nunilo ha ido al entierro. Su mujer sigue enferma.

A Brianda se le llenaron los ojos de lágrimas. Se sentía muy extraña por la mezcla de alivio al saber que su padre estaba bien y pena al imaginar el sufrimiento en la casa de Marquo.

El sonido de unos cascos de caballo anunció que llegaba alguien. Vieron que era Nunilo. Traía el semblante serio, pero se esforzó en tratar a Brianda con jovialidad.

—¡Qué buena señal verte salir de casa! —exclamó mientras la abrazaba—. Ya verás qué pronto vuelves a estar como antes...

—Ojalá pudieras decir lo mismo de Bringuer y su hija... —Brianda dejó que unas lágrimas rodaran por sus mejillas—. Me acabo de enterar. —Se apartó y preguntó con preocupación—: ¿Y Marquo...?

—Él está bien —respondió Nunilo—. Mañana lo verás.

Corso escrutó la cara de Brianda en busca de alguna reacción sobre Marquo, o sobre su regreso a Lubich, pero la joven se mantuvo impasible. Quizás por la mente de ella cruzaran los mismos pensamientos que por la suya: en cuanto estuviera en Lubich, ni se verían ni se sabrían cerca; además, ahora Marquo volvería a formar parte de su vida. ¿Recordaría ella cuando él la sostuvo entre sus brazos y la besó? ¿Pensaría sobre ello o lo achacaría a los desvaríos de la fiebre? Ojalá pudieran estar unos minutos a solas... Con tanta gente alrededor, de momento resultaría imposible.

Nunilo miró a Leonor y ella comprendió que tenía algo que decirle. Sugirió a las tres jóvenes que se adelantaran y apoyó una mano en el brazo de su marido.

—¿Qué noticias traes? —le preguntó.

—La mujer de Bringuer también ha muerto. —Se quitó la capa y se la entregó a Leonor—. No le ha sobrevivido ni un día. El boticario no ha podido hacer nada por ella, ni aplicando los remedios que le enseñó Gisabel cuando atendió a Brianda.

Leonor se santiguó.

—Qué pena —dijo—. Pobre familia.

—El de Bringuer ha sido un entierro muy solitario —comentó su marido.

—La gente tiene miedo al tifus...

—Nosotros también, ¿no es cierto, Leonor? Pero ¿cómo no vamos a arriesgarnos por los amigos? No es el miedo al contagio la causa de que solo estuviéramos Bringuer, Johan, el abad, el nuevo sacerdote y yo. Por cierto, tendrías que haber visto al abad Bartholomeu defendiendo su derecho a las últimas palabras sobre el difunto por la razón de que lo conocía desde hace muchos más años que fray Guillem... —Sacudió la cabeza—. En fin, creo que hay algo más. Ahora que ha muerto Bringuer, me temo que existe el riesgo de perder el apoyo de su casa.

—¿Quieres decir que dudas de la fidelidad de su heredero? —dijo Leonor, empezando a comprender.

—Ha sido él quien ha organizado el entierro a escondidas, sin avisar. El hijo mayor de Bringuer no es como Marquo. No quiere que se le relacione con nosotros. Prefiere mantenerse a distancia de todos hasta ver qué bando toma más fuerza. Oí como discutía con Marquo por este tema.

—¿Y ahora qué pasará con Marquo? Las cosas han cambiado para él muy deprisa.

—Johan se ha quedado con él para tratar un asunto. Mañana, Marquo irá a Lubich para hablar con Elvira y Brianda sobre su enlace. Afirma que en Monçón ella estaba de acuerdo. Me han pedido que esté presente. ¿Tú sabes algo?

Leonor negó con la cabeza y analizó mentalmente la situación. Al cabo de unos segundos, dijo:

—No está mal pensado. Marquo puede llegar a ser un buen amo para Lubich y leal como su padre. Creo que incluso el hecho de emparentar ambas casas hará que el hermano de Marquo se piense muy bien sus lealtades. Pero ¿me lo parece a mí o a ti este matrimonio no te acaba de convencer...?

—¿Querrías tú a un cobarde por yerno? —le preguntó Nunilo a bocajarro—. En cuanto Brianda se puso enferma se apartó de ella. El verdadero valor no se muestra en la batalla, sino ante la muerte. Ahí conoces la nobleza de un hombre. —Suavizó el tono de voz antes de concluir —: ¿Te abandonaría yo si tuvieras la peor de las pestes? Sabes que no.

Leonor se quedó sin palabras ante la confesión de su marido y agradeció mentalmente a Dios que le permitiera compartir la vida con ese hombre. Los designios del Altísimo resultaban realmente confusos para ella: por un lado, la había castigado con la imposibilidad de engendrar un hijo y por otro, la había recompensado con uno de los pocos hombres del mundo que jamás se lo recriminaría y que ahora, además, le reconocía que arriesgaría su propia vida por ella.

El relincho de un caballo les hizo girar la cabeza y descubrir que Corso había estado allí todo el tiempo. Si hubiera sido cualquier otro quien se hubiera enterado de la conversación, Leonor habría sentido vergüenza o temor, o ambas cosas. Sin embargo, veía en Corso a un joven que por su edad, envergadura y disposición bien podría haber sido el hijo que Nunilo y ella no habían podido tener, el heredero de Casa Anels. Su aspecto de perro apaleado capaz aún de conservar la mirada desconfiada e indolente y apretar la mandíbula en un amago de gruñido despertaba en ella unos sentimientos maternales que materializaba en pequeñas estrategias cotidianas para ganar su confianza. Cada adelanto en su adiestramiento lo consideraba un triunfo, y cada triunfo, un motivo para continuar, sin bajar la guardia, con la emoción de estar encariñándose con él y conociendo mejor sus reacciones.

Lo que Leonor descubría ahora en su mirada, no obstante, era novedoso. Por lo visto, la conversación entre Nunilo y ella no le había causado ni asombro, ni extrañeza, ni siquiera indiferencia.

En el rostro de Corso había ahora una expresión desalentada y triste. Y, por eliminación, la causa no podía estar ni en la fidelidad o la falta de esta de la familia de Bringuer, ni en los sentimientos del matrimonio de Anels, sino en algo tan imposible, impensable y extravagante como que el extranjero sintiera algo especial por Brianda.

Lo último que hubiera deseado Corso era tener que conocer de primera mano los detalles del acuerdo matrimonial entre Brianda y Marquo; pero como no había tenido ocasión de hablar con ella a solas ni la tarde anterior ni esa mañana, y Nunilo le había insistido en que le acompañase como su guardia personal, no le había quedado otro remedio que conocer Lubich antes de lo previsto y en unas circunstancias más que desagradables para él.

La fortificada casa señorial de Lubich le impactó por su magnitud y por el número de criados que trabajaban en ella. Parecía un pequeño castillo más que una casa. A medida que habían avanzado primero por los bosques y luego por el camino a Lubich, se había fijado en que el ánimo de Brianda iba transformándose, dejando atrás la debilidad de la enfermedad y recuperando el tono resolutivo, vivaz y un tanto orgulloso que recordaba de ella. También se percató de cómo la joven recorría con la mirada cada piedra, rincón y recoveco de la muralla, del patio principal, de las cuadras, de la vivienda y de la torre, como si quisiera asegurarse de que nada había cambiado en su ausencia. Corso tuvo la sensación, por los saludos de los mozos y criados, los gritos de alegría de varias mujeres desde las ventanas y el ladrido de los perros que alborotaron a las gallinas, de que realmente había regresado el alma de la casa.

Una hermosa y alta mujer, vestida con buenas ropas y con el pelo oscuro recogido, salió por la puerta principal. Brianda, ayudada por Johan, descendió de su caballo y corrió hacia ella.

—¡Madre! —repitió varias veces—. ¡Por fin he vuelto!

La mujer, que a Corso le pareció bastante joven para ser la madre de Brianda, recibió a su hija entre sus brazos sin abandonar su porte altivo, aunque por unos segundos el rictus severo de su rostro se relajó. Luego la apartó y la sometió a una revisión visual que le hizo fruncir el ceño. Brianda estaba demasiado delgada, su cabello no brillaba, sus uñas estaban abandonadas y sus

ropas parecían de campesina. Necesitaría un tiempo para convertirla de nuevo en una dama. Lanzó una mirada de reproche a Johan con la que le decía que, tal como ella había advertido, el largo viaje no había sido una buena idea.

Nunilo desmontó y Corso y Cecilia le imitaron.

—Cuánto tiempo, Elvira —saludó Nunilo—. Me alegro de verte.

—Gracias por cuidar de Brianda —repuso ella—. He preparado una carta para Leonor que te entregaré antes de que te vayas.

—Muy amable de tu parte. Sabes que tu hija es muy querida en nuestra casa.

Brianda cogió a Cecilia del brazo y la plantó frente a Elvira.

—Madre, esta es Cecilia. Fue mi criada en Monçón y me la he traído. También ella me ha cuidado como si fuera una hermana. Gisabel ha aprovechado estos días para enseñarle costumbres de nuestra casa, y creo que ya se ha encariñado con ella. —Hizo una pausa para recordar la explicación que había ensayado para ese momento con la que justificar su contratación y que nadie podría ni verificar ni cuestionar—: Nació en el sur, se quedó huérfana y el dueño de la casa iba a despedirla para darle el puesto a una sobrina.

—Señora...

Cecilia hizo la reverencia que había ensayado decenas de veces provocando una sonrisa en varios de los presentes, pues allí no se acostumbraba a cumplir con tanta formalidad.

Elvira pensó que Cecilia tenía la piel demasiado oscura y rasgos extraños, pero ante tanta gente se abstuvo de hacer comentario alguno. Ya hablaría del tema con Johan a solas. Pidió a Gisabel y Cecilia que acompañasen a Brianda a su habitación para que se cambiara de ropa.

Cuando marcharon las jóvenes, su marido le presentó a Corso.

—Y este es el hombre del que te hablé, el que llevó a Brianda a Tiles.

—Ahora trabaja para nosotros —añadió Nunilo con intención de diferenciarlo de un criado cualquiera—. Es amigo del hermano de Pere.

Elvira inclinó la cabeza y musitó unas sencillas palabras de agradecimiento. Se sentía incómoda por tener que agradecer a desconocidos que hubieran intervenido para ayudar a su familia por culpa de un viaje con el que ella había estado en desacuerdo desde el principio. Si Brianda no hubiera ido a Monçón, no habría enfermado, así de sencillo.

Johan miró hacia el monte Beles. Por cómo los rayos de sol incidían en uno de sus barrancos provocando unas sombras determinadas, dedujo que estaban próximos al mediodía.

—Pasemos a la sala —propuso—. Marquo no tardará en llegar.

Intimidado por la fría elegancia de Elvira y las dimensiones de la estancia, ricamente adornada con tapices y pieles de oso y lobo, Corso se mantuvo discretamente alejado junto a la enorme chimenea de piedra mientras los demás conversaban reunidos alrededor de la gran mesa de madera que ocupaba el centro de la sala. Al poco, Brianda regresó. Se había recogido el cabello como su madre y llevaba el corpiño más ajustado que Corso le hubiera visto hasta entonces. No le gustó nada porque le hacía mantener la espalda y el cuello demasiado erguidos en un gesto altanero.

Elvira dio instrucciones a las criadas de que avisaran en la cocina de que la comida se serviría enseguida. Cuando aparecieron los primeros guisos sobre la mesa, Marquo entró enfundado en un elegante atuendo que no podía ocultar ni su delgadez ni su aspecto triste y cansado.

Saludó a Elvira en primer lugar, y luego a Johan y Nunilo. Ignoró a Corso, aunque mostró un gesto de extrañeza al verlo ahí. Se acercó a Brianda e inclinó la cabeza ante ella.

—Me alegra que te hayas recuperado —dijo a modo de saludo—. Nos has tenido a todos muy preocupados.

Brianda observó que Marquo parecía mayor. Se acababa de recortar el cabello castaño y sus ojos grises habían perdido su brillo juvenil. Se fijó especialmente en sus labios mientras hablaba, porque esos labios la habían besado varias veces y no los recordaba. Cuando pensaba en besos, solo acudía a su mente el pelo negro de Corso rozando sus mejillas mientras sentía su boca húmeda sobre la suya. Ante Marquo y sus padres, no se sentía capaz de mirar a Corso, ahí de pie, ocupando tanto espacio en la sala principal de Lubich. Si lo mirara, se turbaría, y él comprendería que no podía quitárselo de la cabeza y los demás podrían sospechar que algo extraño había sucedido.

—Y yo siento el fallecimiento de tus padres y de tu hermana —repuso ella con sinceridad.

Elvira les indicó que tomaran asiento y Marquo, cuando vio que Corso se unía a la invitación, le preguntó a Brianda por lo bajo:

—¿Por qué no come este con los criados?

A ella le molestó el tono de Marquo, así que fue tajante en la respuesta:

—Porque es amigo de Pere y Nunilo y me salvó la vida, así que ahora también es nuestro amigo. Las puertas de mi casa siempre estarán abiertas para él, espero que no te importe.

A Marquo sí que le importaba, pero no quería que precisamente ese día el ánimo de Brianda se ensombreciera y no dijo nada más al respecto. Cuando él fuera el amo de Lubich, pensó, su opinión se respetaría y las amistades las elegiría él.

Una criada repartió unas escudillas de calabazas espesas con caldo de carnero, leche de cabra, huevos, canela y azúcar. Después tomaron pernil de cerdo asado y liebre guisada con salsa de hígados, ajos y avellanas.

—¿No te agrada nuestra comida? —preguntó Johan a Corso, al ver que este comía con lentitud y rechazaba repetir.

—Es deliciosa, señor, pero no estoy acostumbrado a comer mucho.

En realidad, nunca había tenido ocasión de disfrutar de unos guisos tan sabrosos y abundantes, más incluso que los preparados por la excelente cocinera que era Leonor, pero ese día en concreto sentía un nudo en el estómago que le impedía tragar. Solo el hecho de compartir mesa con Brianda sin hablar con ella le resultaba incómodo. Además, la llegada del queso, la fruta confitada y los buñuelos anunciaba que, después de una conversación banal, el tema importante no tardaría en salir a relucir. Fue el propio Marquo quien tomó la palabra:

—Brianda, ¿sabes por qué he venido, además de para verte?

La joven asintió.

—¿Recuerdas que en Monçón me pediste que esperáramos para hablar con nuestras familias? Creo que el momento ha llegado. Confío en que no hayas cambiado de idea.

—No he cambiado —dijo ella— y deseo que a mis padres les agrade, como veo que así es, puesto que han preparado un banquete de fiesta.

Elvira extendió el brazo y tomó la mano de su hija.

—Tu padre y yo creemos que es una buena elección y que la boda se podría celebrar en cuanto llegue la primavera. Este invierno tendremos trabajo para prepararlo todo.

—Sí. Tendremos que redactar los papeles con el notario, detallando la aportación de Marquo y mis disposiciones para el futuro. —Johan se dirigió al joven—. Me satisface la generosidad que finalmente ha mostrado tu hermano en nombre de tu casa y siento que tu padre, mi amigo Bringuer, no haya podido vivir para conocer esta alegría, pero sé que a él le parecía bien porque hablamos de ello un día. —Luego se dirigió a Nunilo—. Y a ti te agradezco que, en ausencia de más familia por mi parte, quieras ser testigo de este compromiso.

Nunilo levantó su copa de vino especiado.

—Como se suele decir, espero que sea para bien —dijo simplemente.

Entonces, Corso se puso en pie y, sin decir nada, se marchó.

Johan pidió papel y pluma para escribir un borrador del acuerdo matrimonial que entregar al notario y Elvira aprovechó para pedirle que elaboraran una lista provisional de invitados. Brianda esperó un tiempo prudencial y ahogó un bostezo fingido.

—Como veo que estaremos aún un buen rato, os ruego que me disculpéis. Necesito tumbarme un poco.

—Por supuesto, hija —concedió Elvira.

Brianda les dedicó una sonrisa de agradecimiento y salió. Más que dormir lo que necesitaba era tomar aire y pensar sobre lo que estaba sucediendo, así que en lugar de subir a su dormitorio, salió al patio y deambuló por los establos y pajares antes de dirigirse a los huertos traseros mientras aflojaba los cordones del justillo, que casi no le dejaba respirar.

¿A quién quería engañar? Iba en busca de Corso.

Deseaba con todo su corazón encontrarse con él y hablar con él y la incertidumbre de saber si le vería o no le producía más excitación que la formalización verbal de su compromiso con Marquo.

Pero Corso no estaba en ningún sitio.

Detrás de la casa principal, donde acababan los huertos, empezaba un estrecho sendero rocoso que bordeaba la torre. Había dos lugares en Lubich que le encantaban especialmente porque nadie solía acercarse nunca: un pequeño puente sobre un barranco escondido en los bosques y el final de ese sendero. Prácticamente había que caminar sujetándose a las piedras de la pared, porque al otro lado se abría un enorme precipicio. Desde pequeña, ella solía sentarse con las piernas colgando sobre el abismo cuando necesitaba un momento de soledad o cuando huía de los enfados de su madre. Allí podía pasarse horas siguiendo los dibujos de las nubes, las sombras de las aves sobrevolando las rocas o descubriendo, tras mucho rato quieta y en silencio, algún zorro, ardilla, tejón, liebre o conejo.

Se descalzó, se quitó el corpiño y liberó su cabello. Cerró los ojos, respiró hondo y se dio

cuenta de cuánto había añorado ese lugar, sobre todo en los últimos días de su enfermedad, cuando las horas se le habían hecho tan largas. Dio gracias a Dios mentalmente por haberse restablecido para poder disfrutar de nuevo de Lubich y le pidió que la bendijese con un buen matrimonio e hijos sanos y fuertes. También le pidió que el recuerdo de Corso no le impidiera llevar una vida feliz y tranquila.

—Estás más guapa así.

Brianda reconoció la voz profunda de Corso y se estremeció. Ladeó la cabeza y distinguió sus botas. Luego alzó la mirada y, contenta de que se hubiera cumplido su deseo de encontrarlo, se atrevió a golpear el suelo a su lado para que se sentara junto a ella, pero él se mantuvo en pie.

—¿Qué diría tu prometido si nos viera? —dijo con ironía.

—Jamás me he encontrado aquí con nadie. —Brianda volvió a insistir y él se sentó—. ¿Me has seguido?

—No he podido hablar contigo a solas desde...

—Ah, sí, desde que te pedí que salvaras a Cecilia —mintió ella con las mejillas sonrosadas —. No recuerdo ni cómo regresé a casa. Me dijeron que tú me trajiste. Creo que ya te di las gracias.

Corso esbozó una sonrisa.

—Vaya, qué lástima que la fiebre nublara tu memoria...

—¿Por qué? ¿Hay algo que debiera recordar?

El corazón de Brianda comenzó a latir con fuerza. No podía creerse su atrevimiento.

Él pasó un brazo alrededor de la cintura de ella y la atrajo hacia sí. Alzó su mano y acarició sus mejillas, como lo había hecho cuando ella yacía desmayada entre sus brazos, sin dejar de mirarla a los ojos como si esa fuera la última vez que la pudiera ver de cerca. Brianda cerró entonces los ojos y él la besó, intentando repetir el mismo beso enfebrecido de aquel día a lomos del frisón, pero aumentando la presión sobre sus labios y la urgencia por sentir la humedad de su lengua y el placentero pellizco de sus dientes. Cuando se separaron, ella sostuvo su mirada y le dijo:

—No lo había olvidado. Pero quería sentirlo una vez más y no sabía cómo pedírtelo. Este será nuestro último beso.

Corso hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Ya lo has oído. —Brianda se liberó del abrazo—. En primavera me casaré con Marquo.

—Faltan meses para entonces... —Corso se acercó e intentó besarla de nuevo—. Tengo tiempo para convencerte de tu equivocación.

Brianda lo apartó, se puso en pie y se apoyó contra el muro de la torre.

—No es una equivocación. Debe ser así. No sé de dónde has salido y no niego que me gustas, pero alguien como yo no puede darte más. Casarme bien es mi obligación más importante. —Extendió una mano para señalar todo el paisaje que los rodeaba—. Por Lubich.

A Corso no le irritó tanto el rechazo como la firmeza de sus palabras. Ella ya le había advertido hacía días que nunca se casaría con un campesino; mucho menos, entonces, con un soldado desertor. Estaba perdiendo el tiempo. Podía matar a un hombre sin que le temblase el pulso, o a varios en plena batalla, pero contra la convicción de Brianda no había fuerza posible.

¿O sí? Un impulso fugaz y animal cruzó su mente. También estaba acostumbrado a conseguir sus objetivos. Se levantó de un salto y se situó frente a ella, aprisionándola con su cuerpo.

Brianda sintió la presión de la carne de Corso contra ella y, lejos de temerle, se agarró a los cordeles de su camisa para atraerlo todavía más. Echó la cabeza hacia atrás y permitió que él oliera su cuello y su cabello.

—Ojalá las cosas fueran de otra manera, Corso —susurró—. Mi cuerpo responde ante ti como no lo hace con Marquo, pero te pido que si sientes algo por mí aparte de un mero instinto me dejes marchar ahora.

—¡Me pides lo único que no quiero hacer, maldita sea!

Corso flexionó las rodillas para deslizar una mano bajo sus faldas y subir por la pierna hasta sus nalgas.

—¡Yo tampoco quiero! ¡Por eso te lo pido!

Corso se detuvo unos instantes aturdido. Brianda le acarició el pelo.

—Me avisaste de que al cerrar los ojos solo te vería a ti, ¿recuerdas? Te escuché. Si por unos besos ya me sucede, ¿qué sería si me tomaras? ¿Eso quieres? ¿Atormentarme?

—¿Y tú? ¿Acaso no será una tortura para mí saberte con ese otro? ¡Antes prefiero...!

—¿Qué? —le interrumpió ella—. No puedes forzarme porque deseo estar contigo, ni llevarme lejos de aquí porque me moriría. ¡Para estar contigo tendría que desaparecer Lubich!

—¡Pues la haré arder! —Corso le propinó un puñetazo a la pared y la sangre saltó de sus nudillos.

—¡No digas eso! —Brianda le tomó la mano y sopló sobre las heridas antes de presionar con sus dedos sobre ellas—. ¿Cuánto hace que me conoces? Muy poco. Encontrarás a otra que te convenga cuando dejes de ser soldado si lo que quieres es tener una familia. Si no, seguirás como hasta ahora, con unas u otras, supongo...

—No quiero a otra —murmuró él.

—Y con el tiempo, ambos nos olvidaremos... —Brianda esbozó una débil sonrisa.

Corso sujetó las muñecas de ella con fuerza a ambos lados de su rostro, se inclinó y la besó con voracidad deseando herirla, convencerla, mortificarla y excitarla al mismo tiempo.

Se separó con brusquedad y le dijo:

—Vive, pues, con esto, si eres capaz.

La miró una última vez a los ojos y se marchó.

Después de un buen rato, Brianda se sentó de nuevo en la roca, balanceando los pies sobre el vacío. Sabía que había hecho lo que debía. De ninguna de las maneras podía aspirar a futuro alguno con alguien como Corso. La emoción, el entusiasmo y la agitación que sufría cuando estaba con él eran propios de los principios de todos los enamoramientos, pero ahí estaban la razón y la sensatez para aseverar que, al cabo de un tiempo, las haciendas que habían florecido lo habían hecho gracias al buen entendimiento de los matrimonios sólidos y equilibrados, como el de sus padres, o el de Nunilo y Leonor, o el de los padres de Marquo... Y, que ella supiera, todos habían sido concertados por las generaciones anteriores. La impetuosidad de Corso no podía ser sino tan aciaga para ella como la de Medardo y sus hombres para la tranquilidad del condado.

Sabía que había hecho lo que debía, pero los ojos se le llenaron de lágrimas y el nudo que

sentía en su pecho no se deshizo ni tras un largo rato de sollozos.

21.

—¡Este es el invierno más frío que recuerdo! —protestó la menuda Gisabel arrebujándose en el manto.

El fuerte viento que había acompañado a los de Lubich desde la casa hasta la iglesia de Tiles terminaba de arrastrar y diluir la débil capa de nieve caída la noche anterior, convirtiendo los campos y caminos en una blanda y húmeda superficie.

—No es cierto —la contradijo Brianda—. Eso es que lo notas más porque estás encinta.

—No sé... —Gisabel apoyó una mano sobre su vientre y pensó de nuevo con tristeza en su marido, quien para cuando regresara de herbajear el ganado en la tierra baja la encontraría ya en un avanzado estado—. Pero solo de pensar que vamos a estar ahí dentro tanto tiempo me entran ganas de fingir que me desmayo para volver a Lubich.

—¡Y yo te acompañaré bien a gusto! —terció Cecilia soplando sobre sus manos, en las que le había aparecido algún sabañón.

Brianda les hizo un gesto para que callaran, pero no pudo evitar soltar una risita:

—¡Como nos oiga fray Guillem...!

El último sermón del religioso por Navidad había sido tan largo y repetitivo que cada noche, antes de dormirse, Brianda seguía escuchando en su mente la larga serie de advertencias sobre todos los delitos imaginables que acechaban a cualquier hombre o mujer, niño o anciano. Fray Guillem les hablaba de las amenazas de las herejías judías, musulmanas y luteranas y, más concretamente, de los hugonotes de la tan cercana Francia; de la maldad diabólica de la magia, el sortilegio, la brujería y las supersticiones populares; del pecado del orgullo, la codicia y la lujuria; y de las terribles consecuencias de las ofensas morales y actitudes hostiles hacia la Iglesia y la Inquisición, las blasfemias, las obscenidades de palabra y las afirmaciones sobre la simple fornicación. A Brianda le asombraba que hubiera crecido entre tanto peligro y lo ignorara, pues el único peligro que ella consideraba real en su entorno era el conflicto entre los reales y los condales.

Tras Johan y Elvira, las muchachas cruzaron el pequeño cementerio procurando pisar las esquinas de las losas sobre las tumbas para no mancharse de barro y entraron en la oscura y húmeda iglesia, que ya estaba llena de gente. Como una de las familias más importantes del condado, la de Johan se dirigió hacia la capilla lateral derecha, próxima al altar. Brianda aprovechó el trayecto para echar un vistazo a los asistentes porque luego, desde el banco de la capilla, solo tendría acceso visual a los primeros bancos. Con un leve gesto de la cabeza, imitando a sus padres, saludó a varios vecinos de Tiles. Luego saludó también a Marquo y a sus

familiares y otros vecinos de Besalduch, entre los que se encontraba una joven ojerosa de tez pálida y cabello castaño que giró el rostro después de lanzarle una mirada torva.

—¿Te has fijado en la cara de Alodia? —le preguntó a Gisabel en un susurro cuando ocuparon sus asientos—. No recuerdo haber hecho nada que la haya ofendido...

—Habéis hecho lo peor para ella: comprometeros con Marquo.

—¿Y yo qué sabía de que ella se hubiera hecho ilusiones con él?

—Tampoco hubiera cambiado nada. Alodia es la heredera de su casa, pero vos seguís siendo mejor elección. —Se encogió de hombros—. Tendrá que buscarse otro. Ya se le pasará...

Brianda se quedó pensativa unos instantes, compadeciéndose de Alodia, cuya situación no era fácil porque no había muchos solteros como Marquo —de buen ver y de buena familia— en toda la zona alta de Orrun. Unos ruidos llamaron su atención y se percató de que Nunilo y Leonor ocupaban la capilla de enfrente, seguidos de varios de su casa, entre los que distinguió a Corso, a quien no había visto en semanas. Sabía por las conversaciones de sus padres que seguía en casa de Nunilo, algo incomprensible para Elvira, que no entendía que Leonor le hubiese tomado tanto afecto a un completo desconocido; pero ni por un segundo se le había podido pasar por la imaginación verlo en aquella iglesia.

A no ser que estuviera allí por ella...

Un agradable calor recorrió su cuerpo. Corso estaba magnífico, con un jubón nuevo de terciopelo granate oscuro y el pelo negro y brillante recogido con una tira de cuero, de modo que sus facciones, normalmente ocultas, pero que ella conocía tan bien —la nariz recta, algo afilada, las arrugas del ceño, la fuerte mandíbula—, se distinguían ahora a la perfección. La miraba de frente, sin ningún recato, como si allí no hubiera nadie más que ellos, como si ese no fuera un lugar sagrado... Y ella resistió la mirada de él, penetrante, insondable y sombría, hasta que fray Guillem, de camino al altar, se interpuso entre ambos.

Fray Guillem se alegró de ver lo concurrida que estaba la iglesia ese domingo. Poco a poco, una vez vencida la hostilidad inicial a que un extraño a lomos de una mula se entrometiera en sus vidas, los habitantes del valle iban abriendo sus casas a sus visitas, pero sería más prudente no cantar victoria. En esa comunidad todavía había gentes que no sabían ni santiguarse ni rezar bien el avemaría; o quien renegaba con toda naturalidad en cualquier momento o criticaba los diezmos del obispado, incluso en su presencia; o quien, como Leonor, se resistía a acudir a misa todos los domingos con el débil argumento de que el sermón era demasiado largo y también el domingo había faena por hacer; o quienes, como Johan o Nunilo, dudaban sobre la presencia de Cristo en el sacramento del pan y el vino o sobre la virginidad de María. ¿Y qué decir de la encomiable labor de la Inquisición del Santo Oficio y su vigilia por la verdadera fe y la salvación de las almas? Algunos ni siquiera la conocían. ¿Pues no le había dicho el carpintero que la misión de La Suprema era la de perseguir a contrabandistas y bandoleros? Y Medardo de Aiscle, ¿no le había dicho que no creía que existiese ni paraíso ni purgatorio ni infierno, sino que todos, buenos y malos, acababan bajo la misma tierra? Y el otro joven, Marquo de Besalduch, ¿no le había insistido en que el trato carnal voluntario entre dos adultos solteros no era pecado...?

Con alguna excepción, realmente encontraba una gran diferencia entre los habitantes de Aiscle, que habían crecido alrededor de una gran iglesia colegial y recibido las enseñanzas del correspondiente presbítero, vicario o racionero, y los habitantes de esas aldeas dispersas por los valles altos y las montañas, gentes rústicas e ignorantes, de poca capacidad de entendimiento, que emitían esos comentarios sacrílegos más por pura torpeza e ignorancia que por ofender. No era culpa de ellos si las visitas oficiales del Santo Oficio llegaban, como mucho, una vez al año a Aiscle, por ser el lugar de mayor población. No creía que hubiera muchos lugares en todo el Reino con un acceso tan difícil. Pero ya se encargaría él de no dar licencias de matrimonio sin que los futuros cónyuges, como Marquo y Brianda, estuvieran suficientemente instruidos en religión; les enseñaría que la simple fornicación sí era pecado, porque implicaba una falta de respeto al santo sacramento del matrimonio; le haría comprender a Gisabel que esa tradición de presentar en la iglesia ofrendas de la naturaleza no tenía ningún sentido; y les repetiría las oraciones mil veces hasta que todos recitaran el padrenuestro, el avemaría, el credo, el *Salve Regina* y los diez mandamientos sin dudar.

—Estad atentos en vuestras conversaciones diarias —concluyó después de un sermón de hora y media—. Tened cuidado con las discusiones. Detrás de vuestras palabras se esconde una intención dañina contra la fe y la moral. Las palabras os atan y delatan.

Guardó unos minutos de silencio y entonces cogió un pequeño pliego de papeles, desanudó el cordel y se lo entregó a un joven del primer banco abierto en una página donde había una ilustración de un hombre con cara de tormento en un lecho escoltado por figuras demoníacas.

—Cada domingo os contaré una historia verdadera para que comprendáis la importancia de mis palabras. Observad las terribles imágenes del pecador. —Pidió al joven que hiciera circular el pliego—. Fijaos en su cuerpo ennegrecido, amoratado, ajado, consumido, tirado luego en un muladar por quienes creía amigos para ser devorado por los perros. ¿Veis? Es Dios quien lo castiga de ese modo. La justicia divina ha castigado al mal cristiano... Os contaré por qué...

Un caballo relinchó en el exterior, haciendo que varios feligreses dieran un respingo en su asiento. Fray Guillem continuó su historia, pero el caballo no dejaba de piafar, alterando el respetuoso silencio que él necesitaba para que sus palabras lograran el efecto deseado. Con el rabillo del ojo observó que los señores de las casas grandes intercambiaban sus miradas inquietos, y consciente de que ya no volvería a captar toda su atención, decidió dar por terminada la celebración religiosa.

Nunilo y Johan se apresuraron a salir, seguidos de Corso y Marquo. El jinete era Surano.

—¿Qué noticias nos traes? —preguntó Johan, sujetando el caballo mientras el hermano de Pere desmontaba.

Al ver que la gente comenzaba a llenar el pequeño cementerio y les lanzaba miradas cargadas de curiosidad, Surano hizo un gesto para que esperaran y ató las riendas a la rama de un árbol. Cuanta menos gente conociera los planes, mejor. Cuando salió fray Guillem y comprobó que la iglesia estaba vacía, precedió a los señores de Tiles al interior. Brianda hizo además de seguirlos, pero su madre se lo impidió con discreción. A regañadientes, aceptó que tendría que esperar para saber qué sucedía.

—Dentro de tres semanas subirá el conde don Fernando a Aiscle para tomar posesión del

condado —les comunicó Surano, una vez dentro—. Pere ha convocado el Concejo General para el 22 de enero.

Marquo profirió una exclamación de satisfacción. Por fin se acercaba el momento que todos estaban esperando y, a la vez, tenían días suficientes para prepararse.

—¿Y cómo están los ánimos en Aiscle? —quiso saber Nunilo, más prudente. La posibilidad de una guerra estaba cada vez más cerca...

—Los nuestros siguen encastillados en sus casas por miedo a los de Medardo. —Soltó una risotada—. ¡O esto se anima un poco o me vuelvo con el ejército de su majestad! No recordaba la villa que me vio nacer tan aburrida. Todo el mundo parece a la espera de algo.

—¿Tienes instrucciones para nosotros? —preguntó Johan.

—Si no os digo nada, tenéis que estar al amanecer de ese día con vuestros hombres en la iglesia de Aiscle. Bajad todos juntos. Mientras tanto, disfrutad de vuestras familias por lo que pueda pasar...

Cuando los demás salían al exterior, Surano retuvo a Corso.

—Tienes buen aspecto. Y casi no nos vemos. ¿Qué has encontrado en este lugar?

Corso se encogió de hombros.

—Mientras tú no te muevas, yo tampoco tengo otro sitio adonde ir.

Surano entornó los ojos.

—A mí no me engañas, Corso. La hospitalidad de Nunilo no es motivo suficiente para retenerte. Ojo con lo que sueñas porque los sueños son obra del demonio.

—Desde que me alimento mejor, mis noches son más plácidas. —Corso le lanzó una mirada divertida—. Además, tú me enseñaste a no temer ni al demonio.

Surano le dio una palmada en la espalda.

—Cuando toma forma de mujer, no hay arma que lo venza. Créeme, sé de lo que hablo. ¿Recuerdas a Lida? Me prometió que me esperaría, pero se cansó y se casó con Medardo. Tendrías que ver cómo me mira ahora, con ojos de cordero degollado. La he visto un par de veces al pasar por el lavadero de Aiscle. Me apuesto lo que quieras a que quiere liarme para darle una excusa a su marido para que me mate. Jamás pensé que llegaría el día en que no podría fiarme de ella. Creo que te lo advertí.

Corso recordó entonces cuando conoció a Brianda, tratando de zafarse de unos ladronzuelos a las puertas de la iglesia de Monçón. Parecía que habían pasado siglos en lugar de semanas. Surano le había dicho que las mujeres de su tierra eran hermosas, pero que no debería fiarse de sus lágrimas. Luego había añadido algo sobre la sangre de Lubich que corría por sus venas; la sangre que le impedía ser libre para estar con él. Si de algo estaba seguro era de que no conocería a otra mujer más digna de confianza que Brianda, capaz de hablarle con franqueza y de renunciar a sus sentimientos por cumplir con su obligación. ¿Cómo no iba a comprenderla si él no había hecho otra cosa en toda su vida que acatar órdenes? En lugar de dudar de ella, como hacía Surano, él estaría siempre cerca, esperando que ese Dios tan misericordioso del que hablaba fray Guillem, o todas las hechicerías y sortilegios del mundo juntos —a él qué más le daba—, cambiaran el rumbo de los destinos de ambos.

—Por lo que dices, tu miedo a morir en manos de Medardo es más fuerte que tu fe en ella.

Surano se rascó la barbilla, un tanto perplejo por el comentario, viniendo de alguien tan hosco como Corso, pero enseguida recuperó su talante jovial.

—Digamos que no sé si merece la pena el riesgo. Además, me resulta difícil desear a la mujer de un enemigo después de saberlo entre sus piernas... —Pretendiendo establecer una ejemplarizante comparación entre su situación y la de su amigo, añadió—: Me he enterado de que la hija de Johan se va a casar con el hijo de Bringuer. Veo que ambos tenemos mala suerte. Bueno, yo he tenido mala suerte, tú simplemente has apuntado demasiado alto. En fin, ya me has escuchado antes... Igual deberíamos alejarnos de aquí. Aguanto porque confío en que el conde pagará bien nuestros servicios. Pere es un hombre generoso, pero no me gusta seguir dependiendo de mi hermano. Llegado el caso, cuento con que vendrás conmigo.

Corso no respondió, pero rogó para sus adentros que nunca llegara el momento en que tuviera que alejarse de la tierra, fría pero frondosa, áspera pero paciente, donde habitaba Brianda.

Para mantenerse ágiles y diestros, los señores de Tiles y Besalduch y sus soldados se ejercitaron con sus espadas en las eras hasta que las intensas nieves de enero los empujaron a los pajares llenos de hierba seca. Mientras, los criados y mozos se encargaban de los animales, las cuadras y la leña; las mujeres, de las ropas y del prudente racionamiento de los adobos, legumbres y harina hasta la primavera; y Brianda, de contener su expectación y aburrimiento por no poder formar parte de la instrucción militar ni contribuir en nada a los preparativos del gran día. ¿Cómo podría ella defender Lubich, llegado el caso, si ni siquiera le dejaban practicar unos simples disparos con el arcabuz?

Una fría pero soleada mañana, Johan decidió sorprender a Brianda con intención de animarla y le pidió que fuera con él a Tiles, a casa del carpintero. Acompañados de Gisabel y Cecilia, cogieron unas mulas y tomaron el húmedo y sombrío camino que unía Lubich con la iglesia antes de descender a la parte más baja de Tiles.

—¿Por qué llevas otra mula sin carga, padre? —quiso saber Brianda—. ¿Vamos a recoger a alguien?

Johan negó con la cabeza, pero no disipó sus dudas.

Cuando llegaron al taller, un desvencijado cuarto junto a las cuadras de una pequeña casa con vigas de madera de la que colgaban cuerdas y herramientas, encontraron a un hombre bajo y de piel arrugada en actitud pensativa, dándole vueltas a un tronco de madera de un brazo de longitud. Saludó a Johan cordialmente y le explicó:

—De este trozo de nogal tengo que sacar una virgen para fray Guillem. Nunca había tenido un encargo tan difícil.

—¿Ni siquiera el mío?

Con una sonrisa cómplice, el carpintero, que se llamaba Domingo, les indicó que lo acompañaran a otro cuarto un poco mayor. Sobre una mesa, les señaló una pequeña arquilla decorada con figuras geométricas del color de la madera de boj y con asas en los costados. Abrió la tapa frontal y pudieron ver los pequeños compartimentos y cajoncitos de su interior. Era un mueble precioso, delicado y costoso.

—Es para ti, Brianda —anunció Johan.

Brianda se lanzó a sus brazos.

—¡Se parece al tuyo! ¡Pero este es mucho más bonito! ¡Gracias!

—Pensé que te gustaría como regalo de boda. Aunque yo espero vivir muchos años, pronto tendrás que hacerte cargo de tus propias anotaciones sobre Lubich y su administración. Sé que Marquo te ayudará, pero tú tendrás que explicarles a tus hijos muchas cosas, como hemos hecho nosotros contigo. No puedes ni debes empuñar una espada, pero sí gobernar mi patrimonio.

Brianda acarició el mueble una y otra vez y tiró de los pequeños tiradores en forma de avellana de todos los cajones. Mientras, Gisabel y Cecilia se entretuvieron tocando todas las herramientas y pequeñas piezas talladas extendidas por doquier hasta que se detuvieron en una esquina oscura.

—¿Y este armario tan extraño? —preguntó Gisabel.

—El otro encargo del fraile —respondió Domingo—. Un confesionario.

—¿Para guardar sus ropas? —preguntó a su vez Cecilia.

Los demás esbozaron una sonrisa.

Domingo abrió la puerta de celosía, entró y se sentó.

—Fray Guillem desea que a partir de ahora haya una barrera física durante el sacramento de la confesión. Él se sentará aquí y nosotros nos arrodillaremos delante para confesarle nuestros pecados.

—¡Qué incómodo! —exclamó Cecilia.

—Aún no está terminado —añadió Domingo—. Me faltan los adornos.

—¿Y cómo los haces? —preguntó Brianda, todavía admirada del laborioso trabajo de su arquilla.

Domingo cogió un trozo de carbón y dibujó una pequeña hoja de abedul sobre un taco de madera. Luego, golpeó un pequeño cincel con un martillo sobre ella de modo que saltaron pequeñas virutas como sopas de pan entre sus gordos y ajados dedos.

—Puedo ahuecar la hoja o tallar los alrededores si la quiero en relieve —explicó—. No es tan difícil. Solo se requiere paciencia. ¿Queréis probar?

—¡Yo sí! —dijo Gisabel. Cogió un pedazo de carboncillo y dibujó una flor—. ¡Qué horror! ¿Cómo aprendiste a dibujar?

Domingo se encogió de hombros.

—Un día empecé y vi que no se me daba mal.

Cecilia imitó a Gisabel, pero como vio que tampoco lo hacía bien, prefirió probar con el cincel.

—Corso sí que dibuja muy bien... —dijo.

—¿Corso? —Brianda se arrepintió del tono ansioso y sorprendido de su voz, que intentó disimular con un comentario indiferente—. Quién lo diría de alguien como él...

—Lo descubrí cuando estabais enferma en Casa Anels, pero no le gusta que le vean. Me enseñó algún dibujo y me prometió que no se lo diría a nadie. —Cecilia se llevó la mano a la boca—. ¡Lo he hecho! ¡Prometedme que no lo diréis!

—Claro que no, Cecilia —le aseguró Brianda—. ¿Y de qué eran esos dibujos? Dudo que de

flores...

—Caballos, bosques, rostros... De todo un poco.

Johan se dirigió a Domingo.

—Si no sabes cómo decorar el confesionario, puedes pedir su ayuda —dijo en tono bromista —. Bueno, nos vamos. ¿Podemos cargar ya el mueble de Brianda?

Domingo asintió y Johan pidió a Gisabel y Cecilia que fueran a buscar unas mantas que había traído con la mula.

Entonces, Domingo le hizo señas a Brianda para que se acercara a la arquilla. Sacó de su bolsillo una pequeña llave, abrió la portezuela del compartimento más grande y le pidió que introdujera su mano.

—¿Notáis una pequeña muesca?

Brianda asintió y Domingo le entregó una llave de la longitud de una uña.

—A todos nos gusta tener un lugar que nadie conoce para nuestros secretos —dijo—. Dentro hay un doble fondo.

Brianda sonrió y le dio las gracias. Se quitó una cadena de oro que llevaba al cuello, colgó la llave pequeña en ella y se aseguró de que quedaba oculta bajo su camisa.

—Los secretos de Domingo son difíciles de encontrar —bromeó Johan—. ¿Dónde has puesto tu marca en el mueble de Brianda?

Domingo cogió la tapa y pasó el dedo junto a una de las bisagras.

—Aquí, ¿veis?

Brianda se acercó y se inclinó. Tuvo que fijarse con atención hasta que descubrió una pequeña muesca que tenía la forma de una hojita de boj, el emblema de los partidarios del conde.

—Espero que casi todos tus encargos sean de este bando —comentó Brianda.

Domingo cogió el carboncillo, se agachó y dibujó una pequeña flor de aliaga y una hoja de boj en la parte trasera del confesionario.

—He pensado poner ambos dibujos. —Lanzó una significativa mirada a Johan—. ¿Qué opináis, señor?

Johan frunció el ceño en un gesto de preocupación. A sus años ya había aprendido que algunos cambiaban de bando con el mismo esfuerzo que costaba arrancar una hierba. Tenía fe en su fuerza y en la de los otros seguidores del conde, pero algo en su interior le advertía de que se avecinaban tiempos difíciles y de muchas perturbaciones.

—Haces bien, Domingo —respondió por fin—. Aquí nos arrodillaremos todos y solo Dios conocerá las verdaderas intenciones de cada uno.

Gisabel y Cecilia regresaron con las mantas y ayudaron a Domingo a envolver el delicado escritorio de Brianda y a atarlo con cuerdas sobre la mula. Cuando tomaron el camino de vuelta ya se acercaba la hora de comer.

Brianda cabalgó en silencio. La frase de su padre sobre las verdaderas intenciones de cada uno, que solo Dios podía conocer, se mezclaba en su mente con las enseñanzas del padre Guillem. El día que ella tuviera que rendir cuentas ante el Creador, con toda probabilidad recibiría el más terrible de los castigos. Cuando Domingo le había mostrado el compartimento de doble fondo en el mueble, se había imaginado a sí misma guardando allí sus anotaciones más

íntimas, pero enseguida la había invadido el temor: ningún escondite podría ser lo suficientemente seguro como para ocultar su gran secreto. Todos sus pensamientos, desde que amanecía hasta que anochecía, giraban en torno a la única persona a quien deseaba ver, oír y tocar; la única persona con quien mantenía un permanente diálogo interior en todas sus tareas cotidianas. Como si él pudiera escucharla y comprenderla, le explicaba la emoción que sentía cuando los copos de nieve cubrían los tejados y las piedras de las eras de Lubich; le detallaba las puntadas que le faltaban para terminar de bordar su nombre en el suave lino que cubriría el lecho que pronto compartiría con otro; le describía el enternecimiento que le producía el lento ensanchamiento del vientre de Gisabel; le dedicaba los primeros y crujientes mordiscos del pan recién horneado...

Mentía a Marquo, a sus amigas, a sus padres y a Dios porque deseaba a Corso más de lo que nunca hubiera podido imaginar que desearía nada. Había incluso imaginado, en ese momento anterior al sueño nocturno, que Marquo y sus padres morían y Lubich desaparecía y entonces aparecía Corso y se la llevaba lejos; así de desesperado era su anhelo.

Sí. La mentira, la infidelidad hacia Lubich y hacia Marquo y las imágenes del contacto carnal con Corso la condenarían al infierno. Pero...

¿Acaso podía haber una condena peor que la de tener que renunciar a Corso?

22.

Aún era de noche cuando el 22 de enero de 1586 Brianda se abrazó a Johan bajo el dintel de piedra de la entrada a Casa Lubich con el miedo agarrotando su cuerpo.

—Ten mucho cuidado, padre. —Los dientes le rechinaban por el frío helador y los nervios. Solo pensar que podría no volver a verlo con vida le atenazaba el corazón—. ¿Seguro que la credencial del rey es suficiente para no temer por tu seguridad?

Johan le acarició el cabello, tan negro como blanca era la nieve que cubría los tejados, y le respondió:

—El miedo es la prueba de un bajo nacimiento, hija mía.

Depositó un ligero beso en la mejilla de su hija, subió a su caballo y, seguido de sus lacayos y criados, se dirigió al molino de Tiles, donde había quedado con los otros.

Una hora más tarde, Johan, Nunilo y Marquo, acompañados de Corso y de una docena de hombres, entraron en la villa de Aiscle. Las calles estaban desiertas, impregnadas de un falso adormecimiento revelado por las parpadeantes sombras de los candiles tras las ventanas.

En lugar de cruzar la calle mayor, tomaron un camino cubierto de hielo, crepitante bajo los cascos, hacia la parte alta del lugar, donde se encontraba la iglesia. Allí, varios caballos atados en el muro de la abadía sirvieron de indicio de que el conde ya había llegado. Llamaron a la puerta y abrió Pere, quien los recibió con la misma expresión de alivio que el conde.

Don Fernando, más delgado y envejecido desde que lo vieran en Monçón, estaba sentado ante una tosca mesa cerca del altar sobre la que había unos papeles. Se levantó y los saludó con afecto.

—He enviado a por Medardo —informó—. No tardará en llegar.

—¿Cómo lo sabéis? —preguntó Nunilo.

—Fray Guillem se ha ofrecido como mediador para garantizar su seguridad —respondió Pere.

—El pueblo está demasiado tranquilo, señor —dijo Marquo dirigiéndose al conde—. Me extraña que tanto vos como nosotros hayamos podido entrar sin problemas.

—A mí también —dijo Surano, calculando que entre los señores de los valles y los soldados del conde no sumaban ni una treintena de hombres—. Vamos bien armados, pero somos pocos.

—Tal vez se hayan dado cuenta de que ya no tienen nada que hacer frente a las órdenes de su majestad. —Johan señaló los papeles sobre la mesa—. ¿Son sus credenciales?

El conde asintió. Entonces, dos soldados apostados en la puerta avisaron de que se acercaban unos hombres. Abrieron la puerta y entraron Guillem, Medardo, Jayme y un cuarto al que

Medardo presentó como su hermano. El sacerdote se quedó junto a la puerta y los otros, con paso altivo y una sonrisa arrogante, caminaron hacia el conde. Sin saludarlo, Medardo le espetó:

—El Concejo local se reunirá en la plaza dentro de una hora para escuchar lo que tengáis que decir.

—Habíamos quedado aquí en la iglesia —repuso el conde.

—O acudís a la plaza o habréis perdido el tiempo viniendo.

Don Fernando miró dubitativamente a Pere y a Johan.

—¿Y qué garantías nos das de que habrá paz? —preguntó Pere.

Medardo mantuvo la mirada fija en el conde.

—Nada se hará si vuestros nobles nada hacen. Tenéis mi palabra.

—¡Tu palabra es tan flaca como un pordiosero en febrero! —le gritó Marquo.

Fray Guillem dio un paso al frente con intención de recriminarle su actitud en un momento tan delicado, pero Medardo continuó sin inmutarse:

—Dentro de una hora estaremos allí. Si quisiéramos atacaros ya lo habríamos hecho.

Se dio la vuelta y se marchó, seguido de su hermano y de Jayme.

—No pensaréis ir, ¿verdad? —preguntó Marquo.

El conde lo miró, intentando recordar el nombre de ese joven cuyo rostro le resultaba familiar. Pere acudió en su ayuda:

—Es uno de los hijos de Bringuer de Besalduch —le susurró—. Estuvo en Monçón. El heredero de su casa no ha querido venir, pero la lealtad de este suple con creces la indecisión del otro.

—¿Se te ocurre algo mejor, muchacho? —le preguntó entonces don Fernando.

—¿Y qué tal enfrentarnos a ellos de una vez? —interrumpió Surano a la vez que con gesto decidido apoyaba la mano en su espada—. Somos pocos pero bien entrenados. —Señaló a Corso, que asintió con la cabeza—. Sabemos quiénes son y cuáles son sus casas. Vayamos a por Medardo. En esos papeles está la justificación.

Con las manos entrelazadas a su espalda, el conde caminó, pensativo, unos minutos.

—No es mi deseo alterar más esta tierra —dijo finalmente—. Cuando me escuchen, sabrán que la razón está de mi parte porque me la da el mismo rey. ¿Qué amo sería si apaleara a quien quiero que me siga sirviendo? Vayamos y acabemos de una vez.

En la plaza, ante uno de los arcos consecutivos de piedra que sostenían algunas de las pequeñas viviendas, Medardo esperaba al conde sentado a uno de los extremos de una mesa que había mandado llevar para la celebración del encuentro. A su lado, permanecían de pie su hermano y Jayme. Los vecinos, con cara somnolienta, se habían agrupado en un amplio semicírculo, como si se dispusieran a ver una pieza teatral a una hora intempestiva, pero habían guardado un pasillo en el medio por el que accedieron el conde, Pere y un par de sus hombres, dueños de otras casas nobles de Aiscle. Después de meditar sobre la conveniencia o no de su presencia una vez cumplida su labor de ayudar a que se realizara la reunión, fray Guillem había decidido quedarse en la iglesia. Los demás se repartieron por las bocacalles que daban acceso a

la plaza: Johan y Nunilo, al sur; Surano y Corso, al norte.

—¿Te has fijado? —preguntó Johan a Nunilo—. La mayoría son ancianos, mujeres y niños. ¿Dónde están los hombres?

—Desde luego, no me creo que estén todos con el ganado en la tierra baja... —respondió Nunilo—. Me temo que esto no acabará bien.

En voz alta y clara, Pere se dirigió a los vecinos:

—Como *bayle* de Aiscle y justicia del condado que todavía soy, os he convocado para que oigáis lo que el conde don Fernando tiene que deciros...

Se oyeron insultos y gritos contra el conde, que no cesaron hasta que se levantó Medardo y dijo:

—Como vuestro representante, elegido por vosotros y no por nombramiento directo de ningún conde o rey, tengo especial interés en escuchar qué tiene que decirnos quien solo viene a esta tierra cuando necesita nuestro dinero. —Muchos aplaudieron su comentario—. El conde dice que trae una credencial del rey dirigida a este Concejo. —Extendió la mano hacia don Fernando—. Entregádmela, pues.

El conde se levantó:

—La leeré, pero no la soltaré de mi mano —dijo en voz alta y templada—. No me arriesgaré a que la destruyas. —Era la única prueba del apoyo real que obraba en su poder.

—¿Entiendo entonces que ponéis en entredicho la validez de este Concejo?

Unos nuevos insultos y voces indignadas se oyeron en tono más alto. Johan y Nunilo adelantaron sus caballos un poco. Desde el lugar donde se había apostado junto con Corso, Surano los miró esperando un gesto que indicase que tenían que intervenir. Le resultaba increíble que el conde mantuviera la calma ante la actitud provocadora de Medardo. Johan le pidió con la mano que permaneciera quieto.

—No soy yo quien lleva entorpeciendo la celebración de esta reunión desde hace tiempo —dijo el conde.

—Ahí lleváis razón —repuso Medardo—. Por justicia, yo he estorbado la celebración del Concejo hasta que la tierra esté sosegada...

—¡Eres tú quien la altera! —gritó Pere.

—¡Y lo seguiré haciendo hasta que su majestad me responda a un despacho que quiero entregarle!

—¿Y quién eres tú para comunicarte con el rey? —inquirió don Fernando.

—¡Otros documentos tengo firmados por él!

Ahora sí que el conde perdió la calma:

—¡El único y último documento que tiene validez es este que porto! Su majestad ha firmado de su puño y letra que yo sea puesto pacíficamente en la posesión del condado...

—¿Dónde están los enviados reales que avalen vuestras palabras? —gritó Medardo—. ¿Y el *bayle* general del Reino o el virrey? ¡No veo a nadie! Si no ha aparecido ningún representante real, lo lógico es concluir que el rey no está por la labor de facilitaros la posesión. Además, ¿cómo sabemos que no es un documento falso? ¿Alguien aquí conoce la firma de su majestad?

La muchedumbre bramó, impidiendo que se oyeran las últimas palabras del conde:

—¡En nombre del rey los rebeldes serán perdonados! ¡Se olvidarán las cosas pasadas! ¡Se suspenderán las sentencias de muerte contra Medardo y sus cómplices!

Satisfecho porque no se oyeran sus palabras, Medardo se acercó al conde y le susurró:

—¿Pero quién os creéis que sois para perdonarme la vida en nombre del rey cuando yo trato directamente con él y sus ministros?

Pere, rojo de rabia, le espetó:

—¡Maldito bastardo! ¡Diste tu palabra de que se celebraría el Concejo en paz!

—Y la he cumplido, pero es el pueblo entero quien hoy os rechaza...

Pere sacó su espada y la levantó hacia Medardo. Se oyó un disparo de arcabuz y Pere cayó a los pies de Medardo. En los segundos de silencio que se produjeron, Johan y Nunilo llegaron hasta el conde. Este último, al ver el cuerpo inmóvil de su amigo, desde su caballo alzó el arcabuz en dirección a Medardo, pero el hermano de este se interpuso entre ellos para apartarlo justo cuando sonó el disparo. Medardo aún tuvo tiempo de sostener unos momentos el cuerpo inerte de su hermano, que le había salvado la vida. Entonces, con los ojos inyectados en sangre, levantó su arcabuz y disparó al aire mientras echaba a correr entre la gente gritando:

—¡Ahora! ¡Licencia para el saco!

Desde las calles cercanas a la plaza llegaron decenas de disparos y gritos de ataque acompañados de otros de terror. Sobre las cabezas de las mujeres, ancianos y niños brillaban las espadas de los hombres del conde, desconcertados por no poder identificar claramente dónde se encontraba el enemigo verdadero.

Johan distinguió a Jayme, que había observado la escena en un segundo plano, cerca de ellos. Sacó su espada y se acercó a él con intención de luchar, pero Jayme fue más rápido y, aprovechando la indecisión inicial del conde, inmovilizó a este cogiéndolo del cuello con un brazo. Sacó un puñal del cinto y le clavó la punta.

—¡Quieto o sois hombre muerto! —le amenazó mientras intentaba escurrirse entre la multitud parapetado con el cuerpo de don Fernando—. Esto también va por ti, Johan. ¡Si te acercas, lo mato!

Johan se mantuvo quieto, aunque la sangre que compartía con su primo hervía en sus venas con todo el odio del mundo hacia aquel que una vez había sido también su amigo, su hermano pequeño, su compañero de travesuras.

—¡Pagarás por esto, Jayme! —le amenazó con la espada en alto—. ¡Te arrepentirás de tu traición!

—¡Y yo te estaré esperando! —le gritó el otro—. ¡Vigila tu espalda porque no pararé hasta acabar contigo!

Cuando Jayme consideró que se había alejado lo suficiente, se detuvo un instante vacilante. ¡Qué tentación disponer entre sus manos de la vida del conde! Jamás tendría otra ocasión tan propicia como aquella para terminar con él. Apretó el cuchillo un poco más y notó su sangre caliente. Sin embargo, se detuvo ahí. Por mucho que el rey deseara aquella tierra, jamás premiaría el asesinato de un noble; al contrario, probablemente pondría precio a su cabeza para satisfacer la venganza que le exigirían otros nobles. Retiró el cuchillo, lanzó a don Fernando al suelo de un fuerte empujón y se escapó corriendo escudado por sus vecinos. El conde, aturdido,

regresó donde Johan y Nunilo. Uno de sus soldados le acercó su caballo justo cuando Surano y Corso llegaban al galope sin parar cuenta de quién se interponía en su camino.

—¡Están por todas partes! —gritó Surano—. ¡Hemos recorrido toda la parte alta! ¡Y cuentan con los servicios de bandidos catalanes! ¡Han aprovechado que los nuestros estaban protegiendo al conde para arremeter contra sus casas! ¡Cobardes traidores! ¡Lo tenían planeado!

—¡Surano! ¡Corso! —gritó Nunilo intentando levantar a Pere—. ¡Ayúdame a cargar con él! ¡Todavía respira!

Surano, al ver a su hermano, desmontó rápidamente.

—¡Pere! —Lo incorporó un poco, localizó la sangre en su abdomen, rasgó las ropas y le taponó la herida—. ¿Quién ha sido? ¡Lo mataré con mis manos!

El conde se dirigió a Surano:

—Dime, ¿qué opciones tenemos?

—Con franqueza, señor. Vuestros nobles están más pendientes de salvar sus casas que de salvaros a vos... Pero los que quedamos hemos batallado en lugares peores. —Su tono se volvió rabioso—. ¡Dad la orden y cargaremos contra los rebeldes hasta que no quede ninguno!

—No podemos arriesgarnos a que os pase algo, señor —intervino Johan—. Deberíamos irnos ahora.

El conde llamó a uno de sus soldados y le dijo:

—Avisa con discreción de que nos vamos al monasterio de Besalduch.

Nunilo se acercó a Johan para que le informara de los planes. Preocupado por la familia de Pere, Nunilo le pidió a Corso:

—Acompaña a Surano e id a la casa de Pere con sus hombres. Necesitarán ayuda. Buscad a su mujer y subidla a Besalduch. Yo llevaré allí a Pere.

—Yo debo acompañaros a vos —dijo Corso. Temía que Medardo quisiera vengar la muerte de su hermano matando a su benefactor. Si algo le sucediera a Nunilo, no podría volver a mirar a la cara a Leonor—. Surano puede encargarse de la familia de su hermano.

—Ahora quien necesita ayuda no soy yo —arguyó Nunilo en tono firme—. Además, iremos todos juntos.

Corso obedeció, pero decidió actuar con toda celeridad. Algo en su interior le decía que el día iba a terminar mucho peor de como había comenzado.

La villa se había vuelto loca. Por las calles en las que algunas casas ardían, los gritos de miedo se mezclaban con los de satisfacción de quienes habían llenado sus sacos con el oro, la plata y las joyas de los edificios saqueados. Por primera vez en su vida, Corso vio la situación desde otro punto de vista. Acostumbrado al pillaje y al saqueo tras tomar un lugar, ahora lamentaba que los amigos de quienes tan bien se habían portado con él sufrieran la violencia de hombres descontrolados por la codicia, la venganza o simplemente la fidelidad al bando que más les prometiera. Se vio a sí mismo como uno más de aquellos desalmados que corrían tras mujeres histéricas y despavoridas esperando poner sus manos sobre ellas y se dio cuenta de cuánto había cambiado. Pensar que cualquiera de ellas podía ser Brianda le enloquecía.

La casa de Pere estaba a las afueras. Era una construcción sobria de formas simples y recios muros pero de aspecto señorial. La puerta principal, bajo un arco de piedra que comunicaba con el patio principal, estaba destrozada. Una vez dentro, no vieron a nadie. Surano, imitado por los tres lacayos de la casa que los acompañaban, comenzó a dar voces. Desde uno de los cobertizos llegó el llanto de una mujer. Se acercaron y Surano reconoció a María, la esposa de Pere, acurrucada en una esquina sobre un charco de sangre. Como la mujer estaba completamente desnuda, mandó a otro a por una manta para cubrirla. Entonces se acercaron a ella. A pesar de su edad, como era muy delgada y tenía la piel blanca y el cabello claro, parecía una niña horrorizada por lo que acababa de sufrir.

Corso se fijó en que sujetaba una de sus manos fuertemente contra su pecho, de donde brotaba la sangre, pero no dejaba que ninguno se le acercase para ver qué le pasaba.

—Lo querían todo... —decía— y lo que no se podían llevar lo arruinaban para siempre. El vino de la bodega malmetido por el suelo... Los muebles partidos a hachazos... Todos huyeron al monte... Han quemado los archivos y registros del condado que guardaba Pere... Mis ropas... No me podían quitar el anillo...

Señaló a su derecha y vieron un hacha y un dedo en el suelo. Uno de los criados de la casa se alejó y vomitó.

—Era el de mi boda. —La voz de María se volvió desesperada—. Mi marido... ¿Sabéis dónde está?

Corso susurró algo en el oído de uno de los criados y cuando este se fue, Surano se agachó junto a ella.

—María, Pere ha resultado herido —le explicó con voz tranquila y convincente—, pero está vivo. Nunilo de Tiles lo sube ahora al monasterio de Besalduch con los hombres del conde y tengo orden de llevaros junto a él.

El otro lacayo regresó con un recipiente humeante y unas tenazas. Surano miró a Corso y le indicó con un gesto de la cabeza que procediera. Corso cerró los ojos un instante y respiró hondo.

—Ahora debemos curaros, María —continuó Surano—. Espero que os mostréis tan valiente como desearía mi hermano. Él ahora os necesita. Os pido que cerréis los ojos y que confiéis en mí.

María asintió y cerró los ojos.

—Ayudad a Surano a sujetarla fuerte —indicó Corso a los hombres mientras buscaba un pedazo de madera que introducirle en la boca.

Cogió las tenazas, revolvió en el cubo y eligió el fragmento de brasa adecuado por tamaño y viveza. Se arrodilló junto a María y, sin dudar, le quemó la herida, cortando la hemorragia e impregnando el aire de un penetrante olor a carne quemada.

La mujer se desmayó y la llevaron hasta su dormitorio para que descansara.

—Quédate con ella hasta que yo regrese —le pidió Surano a Corso—. Voy en busca de los criados para avisarlos de que el peligro ha pasado para esta casa, de momento.

Corso permaneció junto a María hasta que aparecieron dos criadas, la vistieron y la prepararon para partir hacia Tiles. No había transcurrido ni una hora desde el comienzo del

altercado en la plaza de Aiscle, pero tenía el presentimiento de que había pasado demasiado tiempo.

Mientras tanto, Surano aprovechó para acercarse al centro del pueblo para ver si los ánimos se habían calmado. Recorrió un par de calles y comprobó que la locura y el griterío habían amainado bastante conforme los saqueos habían ido saciando los apetitos de los sublevados. De pronto, una mujer con un niño de la mano apareció ante él y un rápido golpe de riendas evitó que los arrollara. Reconoció a Lida de inmediato, y en el niño, la nariz curva y las facciones de Medardo. Hizo un gesto de desagrado y espoleó al caballo para continuar, pero ella alzó su mano para que se detuviera.

—Me han dicho que tu hermano está herido —le dijo mirándolo tristemente con sus ojos de color avellana.

—Por culpa de tu marido.

—Medardo solo defiende lo que cree, como vosotros.

—Veo que compartir lecho con él te ha transformado. ¡Y pensar que hubo un tiempo en que me ilusioné contigo!

No se refería solo a su defensa de Medardo, sino también a su aspecto. Lida estaba demasiado delgada para su gusto, su aspecto era descuidado y ya había perdido algún diente pese a no haber cumplido todavía los treinta.

—Tú te marchaste por huir de tus descabelladas acciones y ahora has vuelto cuando nadie te esperaba, después de tanto tiempo, más por necesidad que por otra cosa. Aún tuve suerte de que Medardo quisiera casarse conmigo sabiendo que me pretendías. Ningún otro hubiera aceptado en su casa y su mesa a la amante de un bandolero. Tu desprecio es injusto. Si no me hubieras abandonado...

—Ya me da igual. Déjame pasar, llevo prisa.

Lida sujetó la brida del caballo.

—Medardo está como loco por la muerte de su hermano —le advirtió—. Ha mandado reunir a sus hombres de confianza en la iglesia. Esto no ha terminado con la marcha del conde.

—¿Por qué me lo cuentas? —preguntó entonces Surano en tono cruel—. Tanto si es para protegerme como si deseas la muerte de tu marido, te equivocas. Yo ya no quiero nada contigo.

En la mirada de Lida brilló un destello de humillación, pero no dijo nada. Tiró del niño y se apartó a un lado.

Surano golpeó con los talones el lomo del caballo. El fugaz pensamiento de lástima por ella y remordimiento por su crueldad se disipó rápidamente.

Tenía que avisar a Corso cuanto antes.

Medardo no tardó en reunir a Jayme y a sus doce lacayos en la puerta de la iglesia. Solo tenía una idea en la cabeza: vengar la muerte de su hermano.

—El conde ha huido como un cobarde —les dijo—. Lo han visto dirigirse a las tierras altas. No sé en qué casa se alojará, pero...

—No creo que vayan a las aldeas —le interrumpió Jayme, abriendo la puerta de la iglesia

para asegurarse de que nadie, tal vez fray Guillem, a quien no había visto desde primera hora de la mañana, pudiera escuchar sus palabras—. Saben que sería demasiado peligroso para las familias de los señores. Si yo estuviera en su lugar tendría claro dónde reunirme. Me apuesto lo que quieras a que van al monasterio de Besalduch.

Medardo esbozó una sonrisa taimada.

—Sin duda, el abad Bartholomeu le dará cobijo gustosamente. Con tal de mantener sus prebendas y no compartirlas con el obispo del rey es capaz de ofrecer al conde los monjes como soldados... Pues mejor para nosotros. Dejaremos que se alejen un buen trecho, pero los seguiremos...

—Te recuerdo que no es conveniente matar al conde, Medardo —le advirtió Jayme—. Ni siquiera su majestad te defendería si le sucediera algo.

—¿Y lo dices tú, que has puesto tu daga en su cuello? —Medardo soltó una risotada—. A mí me importan hoy un rábano el conde y los otros malditos señores de Tiles y Besalduch. Ya les llegará su hora. Quiero a Nunilo de Anels antes de que se enfríe el cuerpo de mi hermano. ¡No pararé hasta ver su cuerpo colgando de un árbol!

Subió a su caballo y los demás lo siguieron. Cabalgaron al trote durante media hora por las colinas arcillosas pobladas de pinos y matojos evitando el camino pedregoso junto al cauce del río y después redujeron el paso. Llevaban recorrida una legua en silencio cuando el soldado en cabeza regresó sobre sus pasos, instándoles por gestos a que pararan mientras señalaba en dirección al río.

Medardo y Jayme desmontaron, dejaron sus caballos a cargo de los otros y se arrastraron hasta el borde de un terraplén desde el que podían observar qué sucedía abajo con el grupo de los hombres del conde. Para su satisfacción, las palabras llegaban claramente hasta ellos.

—Pere no puede continuar en este estado —decía Nunilo—. Lo mejor sería dejarlo aquí y que viniera el boticario.

—No te dejaremos solo, Nunilo —dijo Johan.

—Me quedaré con tres hombres por precaución, pero estoy seguro de que ahora ya no hay peligro. Ha pasado mucho tiempo y no nos han seguido. Además, Surano y Corso vendrán pronto por aquí.

Johan movió la cabeza a ambos lados.

—No sé...

—¡Johan! —Nunilo elevó el tono de voz—. No podemos pedirle a don Fernando que permanezca sentado en una piedra todo el día. Necesita escribir a su majestad para informarle de lo sucedido cuanto antes y tú debes estar a su lado. Marquo puede ir a por el boticario. Es lo mejor.

Johan se acercó al conde e intercambió unas palabras con él. Momentos después, los hombres subieron a sus caballos y marcharon, dejando a Nunilo apoyado en un gran nogal cerca del río mientras los tres lacayos improvisaban un fuego y un lecho de mantas para Pere.

Medardo y Jayme regresaron con los suyos y les dijeron que esperarían hasta perder de vista al conde para atacar. Mientras tanto, volvieron sobre sus pasos en busca de un acceso cómodo para descender por el terraplén. Medardo, impaciente por vengar a su hermano cuanto antes,

transmitía su tensión a su caballo, que pateaba y movía la cabeza deseando que su dueño aflojara las riendas. Por fin, Medardo emitió un grito y se lanzó en dirección al grupo de Nunilo.

El ataque duró apenas unos minutos. Los hombres de Medardo mataron a los tres guardias en un santiamén, desarmaron a Nunilo y se lo acercaron a Medardo. Este cogió una soga de la silla de su caballo, la acarició con las manos y preparó un lazo mientras decía:

—Tú no dudaste en matar a mi hermano y ahora yo no dudaré en hacer lo mismo contigo.

Pasó el lazo por el grueso cuello de Nunilo, que permanecía mudo y quieto, consciente de que se acercaba su final. Más finos que nunca, los sentidos le informaban del crujido de la tierra helada bajo sus pies, del vaho de los ollares de los caballos, del frío olor del mediodía, del sudor de sus manos y del amargo sabor de su boca mientras su mente repasaba los rasgos, gestos y voz de Leonor.

Le ataron las manos a la espalda y, bromeando sobre su excesivo peso, lo subieron a su caballo, que condujeron hasta el nogal. Uno de ellos trepó ágilmente al árbol con un extremo de la cuerda, la pasó por una rama, saltó al suelo y la tensaron entre todos. Luego, Medardo golpeó al caballo con fuerza con un palo y este salió corriendo, abandonando en el aire a quien había sido su amo durante años.

—No soltéis la cuerda —ordenó Medardo cuando reconoció en el rostro de Nunilo los signos de la muerte—. Atadla a otra rama para que su cuerpo cuelgue bien visible.

—¿Y qué hacemos con el otro? —preguntó Jayme señalando a Pere.

—No malgastéis la energía con él. No vivirá mucho. Y si todavía le quedan fuerzas para abrir los ojos, que vea lo que queda de su amigo y le sirva de advertencia. —Escupió en el suelo—. Volveremos por donde hemos venido. Ya ha sido suficiente por hoy.

Surano y Corso distinguieron a lo lejos el cuerpo de Nunilo balanceándose en el aire, mientras su caballo pacía a sus pies, y espolearon a sus monturas. Habían cabalgado todo lo rápido que habían podido teniendo en cuenta que viajaban acompañados por la mujer de Pere y una de sus sirvientas, pero pronto supieron que llegaban tarde.

Mientras Surano cortaba la cuerda con su puñal, Corso empleó todas sus fuerzas en sujetar el cadáver amoratado de Nunilo entre sus brazos. Por primera vez en su vida sintió unas terribles ganas de llorar. Ese hombre había hecho más por él en unos meses que nadie en toda su vida, ni siquiera Surano. Ese hombre le había regalado el mejor caballo del mundo.

—¿Por qué os han dejado solo con tres de vuestros débiles lacayos? —murmuró—. ¿Por qué os dejé solo?

Surano se arrodilló junto a su hermano y comprobó que todavía respiraba.

—Lamento lo de Nunilo, pero Pere aún vive.

María llegó junto a él y acarició sus manos y su rostro, pronunciando su nombre entre gemidos. Surano la arrancó de allí, la montó sobre su caballo y ordenó a Corso que le ayudara con Pere.

Corso, con el rostro demudado, señaló a Nunilo.

—No pienso dejarlo aquí.

Había tal determinación en su voz que Surano comprendió que no lo haría, de modo que entre ambos cogieron el cadáver y lo colocaron como un fardo sobre la silla de su corcel. Emplearon la misma cuerda que lo había ahorcado para sujetarlo. Después, Corso ayudó a sentar a Pere delante de Surano y se fueron de allí.

Una hora después pasaron cerca de Tiles. Corso alzó la vista hacia el monte Beles y la inquietud sustituyó a la tristeza. En algún lugar al oeste de esa montaña estaba Brianda. Se preguntó si estaría a salvo; si no debería alejarse de Surano y continuar él solo hasta Lubich. Como si el otro le hubiera leído el pensamiento, le dijo:

—Nos debemos a nuestro trabajo. Lleguemos a Besalduch cuanto antes y podrás volver.

Continuaron adelante y se toparon con Marquo y el boticario, pero Surano se negó a desmontar a Pere.

—Si ha aguantado hasta aquí, es mejor llegar hasta el monasterio.

Cabalgaron en silencio otra hora hasta que el camino se introdujo en un denso bosque de pinos. Poco después oyeron el murmullo del agua de un río y divisaron unos huertos con coles cerca de un empinado puente de piedra que atravesaron. El ruido de los cascos alertó a varios monjes de la llegada de nuevos visitantes.

—¡Avisad al abad y al conde! —gritó Surano a uno de ellos, deteniéndose en la explanada—. ¡Y los demás, ayudadme con mi hermano!

El monje echó a correr y otro, joven y flaco, se acercó y señaló un lugar tras la iglesia.

—Continuad hasta la casa abacial. Tenemos enfermería.

Surano lo hizo y allí salieron a su encuentro el conde, Johan y el abad Bartholomeu, un hombre huesudo de cabello rojizo. Johan se abalanzó sobre los cuerpos inmóviles de sus amigos.

—Nunilo está muerto —le adelantó Surano—. Y a mi hermano poco le falta.

El abad dio orden de que los monjes se hicieran cargo de los cuerpos y María y su sirvienta acompañaron a Pere.

Johan, abatido, permaneció junto a Nunilo, con la mano apoyada sobre la espalda de su amigo hasta que lo desataron y se lo llevaron. Entonces, Surano se plantó ante el conde y le espetó con rabia:

—¿Veis a qué conduce vuestra blanda actitud? ¡Habéis perdido dos de vuestros mejores aliados!

Johan se adelantó para frenar a Surano, pero se detuvo porque compartía su opinión. Sentía un nudo en el pecho. ¿Quién sino él tendría que comunicar a Leonor la muerte de su marido? ¡Qué sola quedaba! ¡Y qué solo quedaba él! De todos sus amigos, Nunilo era el más cercano, el más querido. También Brianda lo sentiría mucho, pensó. Al recordar a su hija, sintió preocupación por ella, su mujer y Lubich y rogó para que estuvieran bien hasta que él pudiera regresar. Había dejado la casa protegida por varios lacayos, pero ya nada parecía firme, consistente y duradero como antes.

—¡Si de mí hubiera dependido —continuó Surano—, hace días que Medardo estaría colgado en lugar de Nunilo!

El conde enrojeció ante la insolencia del desertor. Surano era un hombre útil y valiente para su causa, pero eso no le daba derecho a cuestionar su modo de hacer. No obstante, mantuvo la

calma.

—¿Eso mismo opináis los demás? —inquirió.

Se produjo un tenso silencio.

—¿Y bien? —preguntó de nuevo—. ¡Habla, Johan de Lubich!

—Ya que me lo pedís, os diré lo que pienso, señor. Escribiréis a su majestad pidiendo mano dura en la represión de los insultos y desacatos que hemos sufrido hoy y la respuesta tardará en llegar o no llegará. Mientras tanto, nuestro honor seguirá mancillado y herido por los desmanes de los insurrectos.

El conde apretó los dientes.

—Me rogáis que vaya a la guerra.

Recordó que hacía apenas unas horas había admitido que se negaba a apalear a quien quería que le continuara sirviendo. Pero si no aceptaba se arriesgaba a perder el apoyo de los fieles señores de los altos valles de Orrun.

—Os demandamos que hagáis valer vuestro derecho por la fuerza, sí —intervino Marquo—. Después de hoy, la ofensa contra los rebeldes será nuestra única defensa. Vuestra situación es difícil, pero también la nuestra. Aquí están nuestras casas y nuestras familias. O nos enfrentamos abiertamente y terminamos con el gobierno de Medardo o... —Quiso añadir que no podrían jurarle lealtad por mucho tiempo, pero se calló, aunque para todos quedó claro cómo continuaba la frase.

Don Fernando soltó un juramento.

—¡Para eso necesito muchos hombres y algo de tiempo!

—Deberíamos esperar hasta la primavera —dijo Johan— para que crean que nos hemos olvidado y atacar cuando menos se lo esperen. En cuanto al ejército que necesitamos...

No pudo terminar porque dos caballos al galope se dirigían hacia ellos, mientras unos gritos de mujer pronunciaban el nombre de Johan de Lubich. Este reconoció a Brianda enseguida y su corazón se aceleró. La acompañaba uno de los criados de su casa. Johan se abalanzó sobre la brida.

—¿Qué haces aquí? ¿Qué ha pasado en Lubich?

Brianda lo abrazó con fuerza.

—¡Padre! ¡Gracias a Dios que te encuentro! ¡Estás bien! —Sin separarse de él, comenzó su explicación a toda prisa—: Vino un mensajero a traerte una carta importante y lo envié a Aiscle a por ti, deseando también saber cómo iba todo. —Señaló al criado—. No llegó a entrar porque en casa de Pere le alertaron de lo sucedido. ¿Por qué no mandaste noticias por uno de tus soldados?

Se detuvo para coger aire y Johan la increpó:

—¿Sabes el peligro que has corrido? ¡Maldita sea! ¡Eres mi hija, no un lacayo!

—¡Pensé que habías muerto porque dijeron que habían colgado a un señor importante! —exclamó ella airada—. ¡Te hemos buscado por todos los lugares! El monasterio era mi última opción...

Johan estaba muy enfadado por la actitud imprudente de Brianda, aunque en el fondo admiró su valentía y se sentía conmovido por su preocupación por él.

—¿Es cierto? —preguntó ella mirando a su alrededor—. ¿A quién han matado? Don

Fernando, Marquo, Surano... —Distinguió fugazmente también a Corso, sudoroso y apesadumbrado, pero no lo nombró. El corazón le dio un vuelco de alegría al saber que no le había pasado nada, aunque le extrañó su tristeza—. ¿Dónde están Pere y...?

—¿Dónde está ese documento tan importante? —preguntó a su vez Johan con intención de desviar la atención de su hija de la ausencia de Nunilo, al menos de momento.

Brianda metió la mano en su camisa, extrajo un documento y se lo entregó. Johan rompió el sello y leyó la carta en silencio. Cuando terminó, las arrugas de su ceño eran mucho más profundas.

—La firman tres señores de los valles occidentales. Los pastores de las montañas que herbajeaban nuestras reses entre Monçón y Çaragoça han sido atacados por los moriscos, dicen. Varios han muerto, entre ellos el nuestro, el marido de Gisabel. Están formando partidas de hombres armados para vengarles y piden nuestro apoyo. A cambio, prometen su ayuda si los necesitamos en otro momento. Han quedado en juntarse en Monçón pasado mañana.

—¡Ahí tenéis los hombres que buscabais! —dijo entonces Surano al conde—. Yo me encargaré de reunir cuarenta hombres para pelear con los otros montañeses y regresaré con otros tantos. Todavía tengo amigos que me seguirán a cambio de un botín. Reunid vosotros el resto de las tropas.

El conde miró a Johan.

—¿Aún tenéis tratos con ese capitán francés, Agut?

Johan asintió. Agut era su principal comprador de caballos al otro lado de la frontera desde hacía años.

—Ahora es mal momento para cruzar por los puertos llenos de nieve a Francia, pero otras veces lo hemos hecho tan pronto como marzo.

—Muy bien, entonces —dijo el conde—. Lo dispondremos todo para finales de abril. Nos juntaremos aquí, si al abad no le importa.

Bartholomeu se encogió de hombros y mostró las palmas de sus manos en un gesto de resignación. Don Fernando siempre había sido el más generoso de sus benefactores, pensó.

—Mientras tanto —concluyó el conde—, cuidad de Pere o rogad por su alma, según se tercie. Y celebrad unas misas por Nunilo de mi parte.

—¡Por Nunilo...! —exclamó Brianda, y se echó a llorar. Por todas partes llovían desgracias. El marido de su criada Gisabel nunca conocería a su hijo. Nunilo estaba muerto. Los hombres hablaban de armas, peleas y venganzas...

La paz había terminado.

23.

En la cocina del monasterio, Surano y Corso tomaron el potaje de coles, garbanzos y tocino que les ofrecieron los monjes. El día había sido muy largo y necesitaban fuerzas para continuar con lo planeado. Corso, todavía afectado por la muerte de Nunilo, permanecía más silencioso que nunca.

—¿No tienes ganas de pelear? —le preguntó Surano animado tanto por saber a su hermano fuera de peligro como por el nuevo rumbo de los acontecimientos—. Yo sí. Cuando gane el bando del conde recibiremos una buena recompensa por nuestros servicios.

Corso no tenía ganas de nada que no fuera correr en busca de un abrazo de Brianda. No deseaba seguir a Surano en una nueva aventura incierta, ni matar a desconocidos por una afrenta que no sentía como suya, pero no tenía otra opción. Se sentía culpable de la muerte de Nunilo. Si él le hubiera acompañado, seguiría vivo. Y eso es lo que vería en los ojos de Leonor si regresara a Casa Anels de Tiles: una constante recriminación. Por mucho que Johan le explicase que no había hecho sino cumplir órdenes de Nunilo, ella le echaría en cara su conducta silenciosamente, algo que él no podría soportar porque Leonor era lo más parecido a una madre que él había tenido en su vida.

Y si no podía regresar a Tiles, en realidad ya no tenía ningún lugar al que ir. Seguiría a Surano como lo había hecho en los últimos años, enfrentándose a todo tipo de peligros, despreciando el miedo y el dolor, castigando al cuerpo con frío y hambre y recompensándolo luego con botines y prostitutas, sin añorar nada del ayer y sin esperar nada más allá del inquieto sueño nocturno.

Quizás fuera lo mejor. Marcharse de allí. Aceptar que su estancia en Tiles y la recurrente imagen de Brianda entre sus brazos solo había sido un placentero sueño, una ilusión imposible para alguien como él. Nadie lo echaría de menos. Ella se casaría con Marquo y se olvidaría de lo sucedido entre ellos mientras él vagaba bajo las estrellas de otros mundos.

Corso empujó su escudilla, se levantó y salió al exterior.

La apagada y grisácea luz de la tarde guiaba las solitarias figuras de los frailes de un edificio a otro. Los árboles desnudos de hojas destacaban como destartalados esqueletos sobre las paredes rocosas de los alrededores. En esa época del año, ni un triste pájaro rompía el silencio.

Caminó hacia el río, buscó un rincón apartado y se sentó sobre una piedra. Se fijó en los carámbanos que se habían formado en algunos recovecos, deteniendo el flujo del agua, petrificando su libertad y acallando su sonido. Recordó entonces las palabras de fray Guillem sobre la salvación eterna del alma al morir el cuerpo y sonrió con amargura para sus adentros.

Que él pudiera comprender, solo podía salvarse aquello que estuviera vivo.

Y sin el calor de Brianda, su alma estaba tan condenada como el agua atrapada en un témpano. Estaba muda, gélida y muerta.

Una voz lo distrajo de sus pensamientos.

—¡Corso!

Se levantó y vio a Brianda caminando hacia él. Tenía los ojos tristes y enrojecidos, le temblaba la barbilla y con un movimiento nervioso se frotaba las mejillas con los nudillos.

—Corso... —repitió ella a su lado—. Mi padre me lo ha contado todo... Es terrible... Yo... No sé qué hará Leonor sola, sin él, sin hijos, en Casa Anels... No es justo. ¿Por qué él?

Corso mantuvo la mirada baja.

—No quiso que lo acompañara... Si hubiera estado con él, seguiría vivo.

—¡O tú estarías también muerto!

Corso se encogió de hombros.

—¿Y a quién le importaría?

Brianda se situó frente a él, obligándolo a mirarla.

—A mí. Lo sabes tan bien como yo.

—Claro, y por eso me rechazas...

—Ni puedo ni debo volver sobre eso.

Corso chasqueó la lengua irritado.

—Mañana parto con Surano a la tierra baja, ya lo has oído.

—He oído que Surano se iba, no que tú también lo hicieras... —En la voz de Brianda surgió un deje de temor. Las partidas de hombres armados en busca de venganza significaban peligro y muerte. Y más en compañía de Surano. La última vez que este se había metido en líos había tardado años en regresar. ¿Qué haría ella sin Corso?

—Donde va Surano, voy yo. A menos que tú me pidieras que no lo hiciera.

—Pues te lo pido ahora. ¡No vayas!

Aquello era injusto y caprichoso, pensó Brianda. ¿Cómo podía pedirle al hombre que amaba que no se fuera cuando se casaría por conveniencia con otro en primavera?

—No es suficiente.

—No puedo darte más.

Corso se inclinó sobre ella, deslizando la mirada de sus ojos a sus labios antes de rodear su cintura y atraerla hacia su cuerpo. Percibió el ardor de sus mejillas sobre su pecho, la energía de su corazón a través de las palmas de sus manos sobre su espalda y el calor de su piel traspasando las recias ropas. Saboreó esos instantes de quietud como si fueran los últimos parpadeos de un ascua antes de extinguirse, inspiró profundamente, se apartó y comenzó a alejarse.

—¡Espera! —Brianda llegó a él—. Pensaré algo. Te prometo que lo haré...

Corso continuó su camino. Brianda se sintió mareada. No podía dejar de pensar en lo breve, triste e injusta que era la vida. Aquella misma mañana Leonor se había despedido de Nunilo deseando recibirlo de nuevo entre sus brazos y eso nunca más sucedería. Hacía unas horas Nunilo agitaba su espada con energía y ahora no era sino un fardo pesado e inmóvil que se pudriría bajo tierra. ¿Y todo por qué? Esta vez por la maldita guerra del conde; pero si la gente

no moría por la guerra lo hacía por la enfermedad, como la que se había llevado a Bringuer, a su mujer y a su hija; o el ataque de un morisco desconocido, como le había sucedido al marido de Gisabel; o por el hambre, cuando las cosechas eran malas, como le había oído decir a su padre cientos de veces... ¡Hasta por un mal de ojo menos intenso que el de Alodia en la iglesia! Entonces, ¿por qué tenía que renunciar a lo que más quería si en cualquier momento cualquiera de los dos podía morir?

Solo había una frase que pudiera convencer a Corso de los verdaderos sentimientos de ella hacia él.

—¡Me negaré a casarme con Marquo! —gritó ella.

Corso se detuvo y se giró.

—¿Lo harás?

—Sí. —Con un sollozo, Brianda se lanzó a sus brazos y lo apretó con fuerza—. Pero ahora con más razón debes marcharte. De otro modo, sabrían que tú eres la causa de tal deshonor e irían contra ti. Lo notarían en la forma en que nos miramos. Lo sabrían por la alegría que siento cuando estás cerca. Ahora no te pido que te quedes... ¡Te suplico que regreses!

Corso acarició su cabello con lentitud. Hacía un rato, pensó con ironía, dudaba de su propia alma. Ahora la sentía aletear con el vigor del pájaro que recupera el vuelo tras caer aturdido por un golpe. Por ella, volaría rápido para regresar antes de que en los campos despuntaran los brotes de trigo y centeno; antes de que las golondrinas, gorriones y palomas eligieran los lugares para trenzar sus nidos; y mucho antes de que las abejas vibraran sobre las flores de la primavera.

—Lo haré —prometió—, porque tú eres mi Lubich.

Las semanas transcurrieron sin grandes novedades en las montañas de Orrun. A principios de marzo, ni los lacayos enviados por Johan a Francia en busca del capitán Agut, ni los soldados prometidos por Surano habían dado señales de vida.

Pere se restablecía de su grave herida en el monasterio, ya que había decidido no regresar a Aiscle con su esposa hasta que quedase claro quién mandaba allí. Sus esperanzas estaban puestas en que la ofensiva planeada por el conde fuese la definitiva. Marquo y Johan intentaban llevar la vida más normal posible, en parte para controlar el nerviosismo de la espera, y en parte, también, para que la información que pudiese llegar a Aiscle por boca de campesinos y criados no desvelara ninguna intención de un próximo ataque. Por esta misma razón, el conde se desplazaba a la tierra baja por tierras catalanas para gestionar sus asuntos.

A finales de marzo, no obstante, entre los suyos y los de otros amigos, nobles del Reino, el conde había conseguido reunir a un centenar de hombres en Besalduch, que habían ido subiendo en pequeñas partidas para no levantar sospechas, y confiaba en que en un par de semanas acudiera otro medio centenar. Para entonces, el lacayo de Johan regresó y anunció que su retraso y el de Agut eran debidos a las copiosas nieves a ambos lados de la escarpada frontera, pero que en un par de jornadas el francés y treinta hombres más llegarían al monasterio con artillería.

Todo parecía funcionar según lo previsto, menos la encomienda de Surano y Corso, de quienes no habían sabido nada desde que partieran a finales de enero. Si a Johan y Pere aquello

les daba mala espina, a Brianda le producía una terrible ansiedad. Todavía sentía el luto en su corazón por la muerte de Nunilo, por quien Leonor seguía derramando lágrimas de desconsuelo, y solo el hecho de pensar que también a Corso le podía haber sucedido algo la hacía deambular nerviosa y llorosa por los caminos de Lubich y Tiles, ajena al ímpetu con el que la primavera despertaba el paisaje, esperando el día en que alguien anunciara el regreso de los hombres. El único cambio positivo que los preparativos de la contienda habían ocasionado había sido el relacionado con su boda con Marquo, pospuesta hasta el verano, lo cual había evitado un enfrentamiento directo con sus padres en un momento verdaderamente inoportuno. Tarde o temprano tendría que anunciarles su renuncia al compromiso; pero, por otro lado, cuanto más tiempo pasaba sin saber de Corso, un temor añadido al de su ausencia la asaltaba. ¿Y si no regresaba nunca? ¿Y si hubiera cambiado de planes? Se enfurecía consigo misma por sus dudas y se repetía hasta la saciedad que la única razón que podría impedir su regreso sería la muerte. Entonces la ansiedad se convertía en angustia y esta en desesperación; porque si hubiera muerto, ¿no debería seguir adelante con su matrimonio con Marquo?

Sus dudas se despejaron, pero su congoja se transformó en espanto, cuando un mediodía de abril, pocos días después de la esperada llegada del capitán francés Agut, Pere subió una carta que había llevado un mensajero a su casa de Aiscle. Marquo le acompañaba.

—Toma y lee —le pidió Pere a Johan una vez en Lubich antes de dejarse caer sobre una silla de brazos de nogal.

Por el aspecto abatido de Pere, Johan comprendió que eran malas noticias. Se apoyó en la repisa de piedra de la enorme chimenea de la sala ante la que estaban sentadas Elvira y Brianda y desplegó el recio papel. Al cabo de un rato suspiró y dijo:

—No sabes cuánto lo siento, amigo mío. Es una gran pérdida, para ti y para todos.

—¿Qué pasa, padre? —preguntó Brianda, pálida, con un hilo de voz.

—Lo que tenía que ser una rápida intervención para vengar la muerte de los pastores se complicó —explicó Johan—. Primero los montañeses lanzaron varios ataques aislados contra los moriscos. Entonces estos se agruparon entre Monçón y Çaragoça y tomaron las armas contra los montañeses. Surano y quienes iban con él atacaron a hierro y fuego. Murieron cientos, entre ellos Surano. Junto a él cayó uno que lo acompañaba siempre. Supongo que se refiere a Corso.

Brianda sintió que el mundo a su alrededor dejaba de tener consistencia. Las palabras que escuchaba no eran reales. El fuego no crepitaba. Sus pulmones no inhalaban aire.

—¿Cómo... sabéis... que es... cierto? —acertó a preguntar.

—Los que se salvaron regresaron hace dos semanas a sus casas —respondió Pere—. Los mismos que nos pidieron ayuda nos informan de lo sucedido y lamentan no disponer de hombres ahora para nuestra causa. —Golpeó con su puño sobre el brazo de la silla—. ¡Se les fue de las manos, maldita sea! Así era Surano: nunca sabía cuándo parar.

Elvira emitió un sonoro suspiro.

—Pobre Leonor. Primero Nunilo y ahora Corso. Tanta herencia para nadie.

Pere y Marquo cruzaron sus miradas.

—Disculpad, pero no os comprendo —dijo Marquo.

—En su testamento, Nunilo dejó sus bienes a Leonor, y el deseo de que a la muerte de esta

pasaran a Corso —explicó Johan.

—¡No puede ser! —exclamaron a la vez Marquo y Brianda, el uno por envidia teñida de sorpresa; la otra por el dolor de la pérdida de Leonor, que siempre había soñado con un heredero; por la amargura de su propia pérdida y por la mala fortuna de Corso, que, de haber conocido su nueva y acomodada situación, no hubiera tenido que alejarse de Tiles.

Brianda ahogó un sollozo. ¡Y pensar que ella misma le había pedido que lo hiciera! ¡Lo había enviado directamente a la muerte! Nunca se lo perdonaría.

—Urge comunicárselo al conde —dijo Pere—. Si no hemos de contar con más soldados, no tiene sentido esperar para atacar Aiscle.

Una semana más tarde, a las tres de la madrugada, los cascos de doscientos caballos sobre las piedras del puente rompieron la paz del monasterio de Besalduch con el conde don Fernando a la cabeza, escoltado por los señores de Orrun. Aún era de noche cuando se echaron por sorpresa sobre un dormido y tranquilo Aiscle, repartiéndose en pequeños grupos por las calles y asaltando las casas de Medardo y los suyos. El conde y sus hombres tenían razón: no los esperaban. Los rebeldes se habían confiado tras la larga ausencia de Pere y la huida del conde aquel día de enero. Los expertos artilleros del capitán Agut, un hombre flaco y moreno de rostro arrugado y barba corta y rala, arrimaron sus cañones de cobre a las puertas de los rebeldes y derribaron las puertas convirtiéndolas en astillas. Vivienda tras vivienda, entraban en ellas aprovechando el desconcierto del sueño y preguntaban por Medardo con gritos y amenazas a los somnolientos moradores.

Tras media hora de ofensiva, el grupo liderado por Marquo dio con la casa donde creían que se alojaba Medardo. Los soldados echaron la puerta abajo, entraron al patio cubierto y subieron las escaleras de piedra para registrar todas las estancias, que encontraron vacías. Oyeron disparos de arcabuz que provenían del exterior y salieron de nuevo a la calle.

Afuera vieron que era Medardo quien disparaba desde el tejado. Marquo ordenó a un soldado que fuera en busca del conde.

—¡Hemos tomado la villa! —gritó después—. ¡Entrégate!

—¿Y quién me lo pide? —vociferó Medardo.

—¡Marquo de Besalduch, futuro señor de Lubich! —Sintió un profundo placer al gritar estas palabras.

Medardo le disparó un tiro que no le alcanzó por poco.

Llegaron el conde, Johan y Pere.

—No quiere bajar —informó Marquo—. Y a cada uno que se acerca por dentro le es fácil dispararle. Ha matado a cuatro de los nuestros.

—¡Medardo! —gritó el conde—. ¡Si bajas, tienes mi palabra de que no sufrirás daño alguno!

Se oyó una carcajada seguida de otro disparo.

—Quemad la casa —sugirió Marquo—. Veremos cuánto tarda en salir la comadreja.

Unos cuantos soldados se acercaron con antorchas.

—¡Medardo! —repitió el conde—. ¡Vamos a quemar la casa!

Tras unos instantes de silencio, Medardo se asomó sujetándose a la chimenea y se escondió de nuevo enseguida. Realmente era imposible que saliera de aquella situación con vida. Nadie había podido acudir en su ayuda, y aunque lo hiciera, nada se podría hacer frente a los soldados del conde. ¡Qué ingenuo había sido al pensar que no tomarían represalias después del último enfrentamiento y del ahorcamiento de Nunilo de Tiles! Durante unas semanas habían hecho guardia día y noche por los caminos, pero desde hacía un mes habían abandonado su prudencia al creer que el conde estaría más ocupado contándole sus penas una vez más a la justicia y al rey que preparando un ataque sorpresa. No le quedaba otra alternativa que entregarse. Palpó entonces una bolsa de cuero fino que llevaba dentro de sus calzones y respiró aliviado. Contaba con el carácter débil del conde para evitar su muerte, y después, el ministro del rey ya le sacaría del apuro. Esos papeles que siempre llevaba encima lo salvarían. Había sido una buena idea conseguirlos en Monçón.

—¡Esperad! —gritó—. ¡Si todavía puedo fiarme de vuestra palabra, me entregaré!

—¡Baja, que nada te sucederá! —le aseguró don Fernando.

Al cabo de unos minutos, Medardo salió tranquilamente por la puerta. Lo apresaron, lo condujeron a la misma plaza de los arcos donde se había frustrado la celebración del Concejo en enero y lo expusieron ante todos los vecinos como prueba de que una vez capturado el cabecilla todo había terminado.

—¿Veis su asquerosa sonrisa? —preguntó Marquo a los demás en un susurro—. Aún confía en que se salvará.

Pere apretó los dientes. Por mucho que apoyara al conde en sus decisiones, en ese momento le resultaba difícil no derribar a Medardo de un disparo. Solo con recordar lo que habían hecho sus hombres con su esposa María se encendía por dentro. Solo recordar cómo había matado a Nunilo le provocaba ira. Y también por su culpa Surano había tenido que partir en busca de refuerzos para encontrar la muerte. Sospechaba que Medardo echaría mano de sus contactos en la corte para salvar el pellejo y retomar la rebelión. Mientras ese rebelde estuviera vivo, no habría paz. Una idea cruzó su mente y dudó si compartirla con Johan y Marquo, pero pensó que si lo hacía, por prudencia, ambos se la quitarían de la cabeza. Así que llamó aparte a uno de sus lacayos y le susurró al oído:

—Acércate y clávale tu puñal. Te recompensaré mejor de lo que puedas imaginar.

El hombre asintió. Se acercó a Medardo por detrás y le asestó una puñalada a la altura de los riñones. Medardo emitió un grito de dolor y cayó, y cuando se dieron cuenta de lo que había sucedido, varios hombres, en su mayoría lacayos del fallecido Nunilo, se acercaron y clavaron sus puñales en su cuerpo una y otra vez.

El conde miró a los señores de Orrun, preguntándose quién habría ordenado aquella acción.

—¡Le di mi palabra! —exclamó.

—¿Y cuántas veces faltó él a la suya? —dijo Pere.

—Tú...

El conde no terminó la frase. ¿Qué más daba ahora enfrentarse a uno de los suyos si la saña con la que maltrataban esos hombres al cadáver de Medardo indicaba el odio que tantos sentían hacia él?

Ante la mirada aterrorizada de muchos lugareños, los soldados desnudaron a Medardo y arrastraron su cuerpo por la plaza hasta que se cansaron. Entonces, uno de ellos sacó su espada y le cortó la cabeza de un tajo. La cabeza rodó escupiendo sangre mientras pasaba de bota en bota, como si fuese una bola, hasta que el conde, asqueado, ordenó que la llevaran a la entrada de la villa y la clavaran en un poste como advertencia para otros posibles cabecillas.

Johan se fijó en que una bolsita sobresalía de entre las ropas de Medardo. La cogió y la abrió. Había unas cartas dobladas en muchos pliegues. Tomó una, la leyó y se acercó al conde.

—Aquí tenéis la prueba. El ministro de su majestad rogándole encarecidamente que procurase la agitación en los pueblos de Orrun y que fomentase la desobediencia a vuestra persona.

El conde leyó una por una todas las cartas y enrojeció de rabia. Una cosa era sospechar del juego sucio de los allegados del rey y otra diferente confirmarlo con sus propios ojos. Por más que aún sintiera deseos de defenderle, resultaba difícil creer que el monarca no estuviera al tanto de tales maniobras. Y si todavía creía en la justicia y sus mecanismos para recuperar lo que era suyo, se percató ahora de lo iluso que había sido. Esas cartas, no obstante, demostraban que la decisión de atacar Aiscle había sido más que acertada. ¿Qué podrían hacer desde Castilla una vez que tomara posesión legal? Nada. La balanza acababa de inclinarse a su favor.

Envió a un soldado a la iglesia para que tocara la campana a modo de aviso de que se iba a celebrar, por fin, un Concejo general y ordenó a los demás que se situaran junto a él. Cuando consideró que la plaza estaba suficientemente concurrida, habló:

—Hoy ha sido sofocada la sedición de estas tierras y hoy tomo posesión de todas las tierras de Orrun, de las noventa leguas, las diecisiete villas, los doscientos dieciséis lugares y los cuatro mil habitantes, todos afiliados con sus respectivos nombres, según el empadronamiento hecho por mi propio padre. Me acompañan los señores de las villas principales y en ellos delegaré la administración civil y criminal. Pere de Aiscle será a partir de ahora mi lugarteniente en el condado; Johan de Tiles, el *bayle* general; y el joven Marquo de Besalduch, el justicia.

»Como me pidió su majestad y tengo por escrito, vosotros me obedeceréis y responderéis de vuestras rentas y me tendréis por señor hasta tanto no se diga lo contrario por el propio monarca. Deberé recibir cuatrocientos cincuenta sueldos jaqueses por año el día de San Martín, con los retrasos de los últimos años, más veinte libras de cena de presencia cuando permanezca en esta villa, el maravedí cada siete años, cinco sueldos de pacería, los tributos por hombre, junta, hueste y cabalgada y nada más, ni censo alguno ni anual ni ordinario por todos los montes, leñas, aguas, casas, tierras y posesión de hierbas y montañas.

»Juro los fueros, privilegios y libertades del Reino de Aragón y del condado como han acostumbrado a jurar, guardar y cumplir otros antes que yo. Y juro también que os trataré bien, sin tener memoria de las cosas pasadas y ordeno que se suspenda la ejecución de las sentencias y condenaciones dadas contra cualquier rebelde.

El conde terminó su discurso estampando su firma en un documento que traía preparado y que hizo firmar a los nuevos cargos que acababa de nombrar. Les dio un fuerte apretón de manos y se despidió allí mismo de ellos con intención de regresar a Çaragoça cuanto antes para informar personalmente al virrey.

A Jayme de Cuyls, alojado en una casa aislada en los montes cercanos a Aiscle, le avisó su hermana Lida del ataque sobre la villa cuando ya era demasiado tarde para organizar una buena defensa. Medardo había sido capturado; su casa, tomada y saqueada; y sus partidarios, apresados a la espera de qué decisión tomaba el conde sobre ellos. Jayme se vistió de campesino, como hacía cuando quería pasar desapercibido ante soldados extranjeros, y entró con cautela por las calles de la parte alta, donde se encontraba la iglesia. La gente iba y venía, asustada y desconcertada, comentando lo que había sucedido. Así, supo que Medardo había sido asesinado a sangre fría. El repiqueteo de las campanas llamando a Concejo le confirmó que realmente todo había terminado. Encubierto por un grupo de vecinos tomó un estrecho callejón hasta la plaza, adonde llegó cuando un soldado balanceaba en el aire la cabeza de Medardo, ensangrentada y amoratada, con su característica expresión jactanciosa borrada para siempre, exhibiéndola como si fuese un trofeo de caza.

Le entraron ganas de vomitar y, después, de gritar y de lanzarse temerariamente contra el conde y sus hombres para borrar la expresión de satisfacción de sus rostros. ¿Realmente creían que todo había terminado? Por las palabras del conde parecía que sí. Soberbio y arrogante hablaba de sus derechos sobre esa tierra; odiosamente benevolente les perdonaba la vida si elegían la paz, lo cual no consistía sino en continuar como siempre, pagando las rentas a un desconocido que se iría en cuanto los nuevos cargos firmaran sus palabras. ¿Dónde estaba el deseo de calma si los puestos de poder y gobierno recaían en las mismas manos? ¿Acaso las revueltas de los últimos años no habían servido para nada? El conde era más estúpido de lo que parecía. ¡Perdonaba a los sublevados y recompensaba a los suyos públicamente! En cuanto se alejase unas leguas, él mismo se encargaría de demostrarle que Medardo era el más importante, pero no el único en quererle fuera. El rey favorecía la rebelión por sus propios intereses, sí, y no por el bienestar del territorio, pero el rey nunca se molestaría en visitar esas tierras lejanas siempre y cuando no le molestasen. Con Medardo o sin él, la única posibilidad de que las tierras, pastos, montes, aguas y montañas fueran administrados por los propios del lugar y de que la justicia fuera impartida por un concejo elegido por el pueblo estaba en terminar con el conde y los suyos.

Y él sabía perfectamente cómo, cuándo y por dónde empezar.

Regresó a la casa del monte y envió a por los fieles lacayos de Medardo. Les explicó su plan y los convenció empleando como argumento la venganza por la muerte de Medardo y la recompensa que recibirían de sus propias manos en un futuro no muy lejano.

Con la borrachera del éxito y la convicción de que la tierra quedaba sosegada de momento, nada resultaría tan sencillo como terminar con Johan de Lubich en su propia casa.

Jayme no iría con ellos, sin embargo. Nadie debía asociarlo con ese asunto, pues su misión era otra: ocupar el puesto de Johan en su casa y en el condado.

Pere y el capitán Agut se quedaron en Aiscle. El primero porque deseaba llegar a su casa

después de tanto tiempo y asegurarse de que todo estaba en orden antes de mandar a Besalduch a por su esposa; el segundo porque sus hombres necesitaban un merecido descanso de vino y mujeres en las tabernas de la villa.

Después de despedirse de Marquo, Johan tomó primero el desvío a Tiles y luego el de Lubich. Se sentía cansado y hambriento, pues ya no aguantaba las peleas como cuando tenía veinte años, y solo deseaba llegar a casa, ordenar que le prepararan un baño caliente, cenar y pedirle a Elvira que compartiera su lecho con él esa noche. El día había sido largo e intenso. Todo había ido bien; incluso el cielo los había acompañado interrumpiendo las lluvias de abril y frenando el viento del norte durante toda la jornada. Los soldados habían descargado sus energías contra las casas, pero apenas había habido muertos. El fin de Medardo había desconcertado y debilitado a sus partidarios y aliviado no solo a los nobles de Aiscle, sino también a muchos campesinos y artesanos que estaban hartos de revueltas, pillaje e incertidumbre. Como el carpintero Domingo le había reconocido en una ocasión, a él qué más le daba pagar a un conde o a un rey si lo único que le preocupaba era sacar a su familia adelante y rogar cada año porque las cosechas fueran abundantes y no se le muriera ningún animal. Pero Domingo no había sido educado en los nobles conceptos del honor y la fidelidad de un señor por otro superior, como había sido siempre desde los tiempos de Ramón I, seiscientos años atrás, tal como atestiguaban los documentos recopilados por Pere en su maravilloso archivo que los salvajes de Medardo habían destruido, y no podía comprender las implicaciones de actuar de uno u otro modo.

Trató de apartar las imágenes del día y los pensamientos recelosos sobre las peticiones económicas del conde y su rápida marcha y disfrutó de los colores grisáceos del atardecer.

De pronto, un intenso olor a madera quemada llegó hasta él proveniente de Lubich. Un terrible presentimiento lo sacudió. Espoleó a su caballo y se lanzó al galope gritando como loco a sus acompañantes para que se dieran prisa.

En cuanto divisaron la casa, vieron llamas sobre el tejado de uno de los pajares. Cruzaron el portalón hasta el patio principal, donde nadie trabajaba para sofocar el fuego. ¿Dónde estaban todos? Johan entró en la casa llamando a voces a su mujer y a su hija y subió a los dormitorios.

—¡Johan! —escuchó que le respondía Elvira con voz desesperada—. ¡Me han encerrado! ¡Tienen a Brianda! ¡Corre!

—¿Quiénes? ¿Adónde la han llevado?

—¡A la torre!

Johan desenvainó su espada y salió de nuevo al patio.

—¡Mirad! —le advirtieron sus lacayos señalando hacia arriba en dirección a la torre.

Johan alzó la vista y descubrió a su hija, amordazada, colgando en el aire sostenida por un brazo.

—¡Johan de Lubich! —gritó una voz—. ¡Subid solo o la lanzaremos!

Sus lacayos lo rodearon.

—Han ocupado la torre —dijo uno—. Calculamos que son una docena. Podríamos enfrentarnos a ellos, pero vuestra hija...

Johan comprendió que la única manera de salvarla era entregarse.

—¡Subiré! —gritó—. ¡Entrad a mi hija!

—¡Tirad la espada!

Johan lo hizo y el otro cumplió. Entonces corrió hacia la base de la torre. Cruzó la puerta y unos hombres lo lanzaron de un empujón hacia las estrechas escaleras de piedra. Subió por ellas entre los gritos de los captores apostados en diferentes puntos hasta que llegó al rellano donde dos hombres sujetaban a Brianda. Los ojos de su hija reflejaban terror y una terrible pena. «¿Por qué has subido? —parecían decirle—. Ahora moriremos los dos.»

—Ya me tenéis —dijo Johan con voz firme—. ¡Soltadla!

Lo hicieron y Brianda corrió a sus brazos. Johan le quitó la mordaza y acarició su rostro. Ella, consciente de la situación, no gritó ni lloró. Se limitó a mantener su mirada fija en la de su padre, en un diálogo silencioso. Memorizó el brillo de sus ojos, los primeros cabellos blancos en sus pobladas cejas, las pequeñas arrugas junto a los párpados. Se sintió como cuando era niña y él la confortaba tras una pesadilla, solo que esta vez presentía que no se despertaría del espantoso sueño.

—Dejadla ir antes de que cambiemos de idea —dijo uno de malos modos.

Johan apoyó sus manos sobre los hombros de su hija para deshacer el abrazo.

—Ve con tu madre, Brianda. —Intentó que su voz sonara firme, pero no pudo evitar que se le quebrara al pronunciar su nombre. Se quitó el anillo con la esmeralda y se lo entregó—. Guárdalo. Y tú... Pase lo que pase, mantén el nombre de Lubich vivo. —La besó cariñosamente y la empujó suavemente—. Recuerda el lema de nuestra familia desde los tiempos del infante Pedro, a quien su padre, el rey Jaime II, le entregó el condado de Orrun en 1322. —Colocó la palma de su mano sobre su corazón y añadió—: Aquí me llevo todo. Conmigo.

Brianda le dio un último abrazo, emitió un sollozo y corrió escaleras abajo, apretando el anillo con tanta fuerza que se clavó las uñas, sin oír las risas y comentarios soeces de los hombres que ponían sus manos sobre ella, sin importarle los golpes contra las paredes de piedra ni los rasguños sobre su piel. Salió al patio y se abalanzó contra los lacayos de su padre, quitándole a uno su espada con intención de luchar ella misma.

—¡Subid ahora! —bramó—. ¡Haced algo!

El soldado le quitó la espada.

—Si os pasara algo, de nada habría servido el gesto de vuestro padre. Escondeos en lugar seguro, que nosotros haremos nuestro trabajo.

Brianda corrió entonces hacia la casa, pero en el último momento cambió de idea y se dirigió hacia los huertos traseros. Tomó el estrecho sendero que bordeaba la torre junto al precipicio y se sentó en una piedra. Allí donde Corso la había besado, donde tantas veces se había entretenido con los dibujos de las nubes, los vuelos de las aves y los juegos de los animales y donde tantas veces se había refugiado en busca de sosiego, oía ahora los gritos de los soldados, el choque de sus espadas, los tiros de arcabuz y los lamentos tras las heridas. Se tapó los oídos con las manos, pero su respiración descontrolada era más angustiosa que los sonidos de la pelea. Maldijo a sus criados, que habían huido en cuanto los habían visto llegar. Maldijo al conde, por emplear a todos los soldados para su causa. Y maldijo su propia debilidad. Si hubiera sido tan fuerte como Corso, ella sola hubiera detenido a esos hombres y defendido Lubich. Gruesas lágrimas rodaron

por sus mejillas al acordarse de Corso. Aquellos a quienes más quería iban desapareciendo. Primero Nunilo, luego Corso y ahora la vida de su padre pendía de un hilo. Hacía unos meses, todo era alegría y novedad para ella. Ahora, el mundo le parecía el peor de los infiernos descritos por fray Guillem.

De pronto, el ruido cesó. Extrañada, alzó la vista, justo para ver cómo unos brazos empujaban algo por uno de los arquillos de la torre. Horrorizada, distinguió las ropas de su padre y su voz en el largo alarido que acompañó su vuelo antes de pasar cerca de ella para seguir cayendo, golpeándose contra las rocas del precipicio, derramando su sangre a los pies del impávido monte Beles y perdiéndose de vista en el abismo.

Durante un mes, Brianda fue incapaz de pronunciar ni una sola palabra. Se encerró en su habitación y ni siquiera asistió al entierro de los restos de Johan de Lubich, que tardaron una semana en poder recuperar. No quiso hablar con Marquo, a quien el fallecimiento de su futuro suegro parecía haberle provocado urgencia por retomar el asunto de la boda y más cuando por culpa de la ofensiva del conde nunca se habían llegado a firmar los poderes notariales sobre el matrimonio. No quiso recibir en persona las condolencias de nadie, ni siquiera las de Leonor, y mucho menos las de ese turbio familiar, Jayme de Cuyls, que consolaba a su madre con demasiado afecto mientras mostraba en público su intención de aceptar la nueva situación de las tierras altas de Orrun según lo dispuesto por el conde. Y tampoco quiso conocer al hijo que su criada Gisabel había dado a luz por mucho que Cecilia le insistió en que para vencer los estragos de la muerte no había otra solución que contagiarse de la vida de los recién nacidos.

Para Brianda, nada importaba.

Las mismas lágrimas que derramaba por su padre servían para que se desahogara también de la muerte de Corso, a quien no había podido llorar lo suficiente en su momento por guardar las apariencias.

El mismo duelo que atenazaba su corazón por la pérdida de Johan recuperaba las imágenes de sus encuentros compartidos con Corso, breves pero intensos, escasos pero penetrantes, pasajeros pero imperecederos. Daría su vida, si eso fuera posible; o entregaría incluso su alma al mismo diablo por recibir su honda y turbadora mirada, por escuchar su voz grave, por sentir el contacto de su áspera piel, por distinguir el olor de su sudor y por saborear un beso más, uno solo...

Lo único que evitaba que se lanzase al mismo abismo donde había muerto Johan era esa vocecita interior que le repetía las últimas palabras de su padre. Si nada le importaba, si apenas podía respirar, ¿cómo podría mantener vivo el nombre de Lubich? Pero él no le había arrancado una promesa, sino que se lo había pedido. ¿Cómo iba a ignorar su petición? Acabar con su vida significaría defraudar a su padre dondequiera que estuviera y deshonrar todo aquello por lo que él había luchado en su vida terrenal, que no era sino la herencia de Lubich.

Su vida no le pertenecía a ella sola por completo.

Y por esa parcela de su ser sobre la que ella no tenía pleno derecho juró por fin un día que saldría adelante, sin saber, sin sospechar siquiera, que lo que le aguardaba era mucho peor de lo

que su mente, aun enfebrecida por el dolor, podía imaginar.

24.

Un ruido insistente, fuerte, repetitivo, como el de una extraña campana, trató de abrirse paso entre sus sueños y llevarla de vuelta a un estado consciente. Brianda identificó por fin los molestos timbrazos del teléfono rompiendo el silencio de la noche. Se incorporó y oyó a Esteban conversar con alguien unos segundos. Encendió la luz de la mesilla del dormitorio y miró la hora: eran las seis de la mañana. En cuanto Esteban colgó, adormilada pero alarmada, Brianda le preguntó:

—¿Qué sucede?

—Era tu madre, Brianda, no sé cómo decirte esto...

—¿Decirme qué? —En un segundo, vinieron a su mente los nombres de sus seres queridos y se le encogió el corazón.

—Tu tío Colau ha muerto.

—Pero ¿cómo...? —Brianda parpadeó varias veces aturdida.

—No sé más —respondió él—. Tus padres vienen para aquí.

Esteban la rodeó con sus brazos para confortarla. Ella agradeció el gesto y se cobijó en su pecho, pero ninguna lágrima asomó a sus ojos. Colau nunca le había caído bien y su presencia le había provocado miedo; y en su viaje a Tiles le había quedado claro que él tampoco la soportaba y que desconfiaba de ella. En el fondo de su corazón se sintió mal por su fría reacción, pero el único sentimiento triste que surgía en su interior era la pena por la soledad a la que tendría que enfrentarse su tía Isolina a partir de entonces.

El timbre del portero automático anunció la llegada de sus padres y Brianda fue a abrir.

—¿Cómo ha sido? —preguntó en cuanto los vio. Era la pregunta más típica que podía formular, pero no se le ocurría otra.

—Se acostó como todas las noches, antes que Isolina —explicó Laura—. Cuando ella fue a dormir notó algo raro y se dio cuenta de que no respiraba. Claro, tanto tabaco, la vida sedentaria, el exceso de peso... —Sus ojos se humedecieron al pensar en su hermana—. Pobrecilla, qué sola se queda...

Daniel observó a su hija. Si en los últimos meses ofrecía un aspecto demacrado y frágil, ahora no podía parecer más desvaída.

—Nosotros subimos a Tiles para ayudar a Isolina —informó—. El entierro es mañana y nos quedaremos varios días.

Esteban se frotó la frente.

—Tengo juicios toda la semana... Hasta esta noche no sabré cómo arreglármelas para asistir

al funeral.

—Yo puedo irme con mis padres ahora —propuso Brianda—, y así te quedas más libre. Estaré lista en quince minutos.

—De acuerdo —accedió Esteban.

Brianda se duchó y preparó el equipaje rápidamente, acordándose de incluir la ropa de abrigo que ya había recogido hasta el siguiente invierno en Madrid y asegurándose de que elegía algo oscuro para el funeral. Dudó si llevarse el anillo que le había quitado sin querer a Colau. Decenas de veces había pensado en llamarle y confesar su acto, pero el miedo y la vergüenza la habían disuadido. Al principio hubiera podido explicar fácilmente que no lo quería robar, que lo había cogido en un arrebato; pero cuanto más tiempo pasaba, más indefendible era su actitud. Se lo puso y acarició la esmeralda una vez más. Se sentía irremediablemente unida a ese pequeño y valioso objeto del que no quería separarse, ni en ese momento ni nunca. En todo ese tiempo había sabido que la única solución para enmendar la situación era devolverlo a su sitio sin llamar la atención, pero la muerte inesperada de Colau cambiaba las cosas: si él no lo había reclamado, tal vez fuera porque no lo había echado de menos. Lo guardó en una bolsita de tela y lo escondió entre la ropa de la maleta mientras se preguntaba si Isolina sabría de su existencia...

Regresó a la cocina. Esteban había preparado café y ella aceptó uno bien cargado. Luego se despidió de él con inusitada premura, sin atreverse a mirarle a los ojos para que no descubriera en ellos el brillo que los iluminaba ante la posibilidad de reencontrarse con Corso, y siguió a sus padres hasta la calle cercana donde habían aparcado el coche.

Durante el trayecto, una vez fuera de la autovía, no pudo evitar recordar su anterior viaje a Tiles a principios de noviembre. Entonces huía de sus pesadillas, de sus sueños recurrentes, del contacto físico con Esteban... Huía de sí misma y, absorta tanto en sus propios problemas como en la conducción de su vehículo, no había prestado demasiada atención al paisaje. Ahora no podía decir que sus problemas hubieran terminado ni mucho menos —seguía deprimida, no tenía trabajo, su relación con Esteban se había resentido por su apatía y la muerte de Colau era un golpe para su tía—, pero algo estaba cambiando. No sabía a qué atribuirlo o cómo explicarlo, pero una moderada alegría comenzó a aletear en su pecho al reconocer los alrededores de Aiscle, las pequeñas colinas arcillosas, los barrancos de margas, el pedregoso cauce del río, las cerradas curvas antes del amplio valle a los pies del monte Beles, con su puntiaguda cima cubierta de nieve, el cementerio, el desvío hacia Lubich y el gran tilo de la fuente cerca de Casa Anels.

No podía comprender por qué se sentía tan animada de pronto. El motivo de su retorno era triste y, sin embargo, percibía un saludo de bienvenida en el temblor de las hojas de los arbustos, en el crujir de los guijarros bajo sus pisadas desde el lugar donde habían aparcado hasta la pequeña verja de entrada, en los restos de corteza de leña por el suelo y en la humedad de los rincones umbríos de la era empedrada irregularmente a lo largo de la fachada principal de la antigua casa, donde fácilmente podría visualizar una escena sucedida siglos atrás en la que alguien como Corso cepillaba un magnífico caballo negro mientras una joven convaleciente salía al exterior por primera vez tras una larga enfermedad...

Frenó su imaginación de inmediato.

Aquel era el momento menos apropiado para evocar escenas irreales, por mucho que su

mente buscase cualquier excusa para centrarse en Corso y preguntarse por él; y por mucho que su corazón admitiese, con una insignificante pincelada de vergüenza, que gracias a la muerte de Colau ella había tenido que regresar al lugar por el que había sentido una nostalgia inexplicable.

Sus padres se apresuraron a entrar en la vivienda y Brianda permaneció unos segundos en el exterior. A su llegada a Tiles el noviembre anterior, un aire frío la había recibido con ráfagas que parecían querer golpearla. Ahora, con la primavera mostrando tímida sus primeros ensayos sobre los prados, soplaba un aire extrañamente caliente para finales de marzo, y más sabiendo que viajaba desde las cumbres nevadas. El viento la envolvía, jugaba con su cuerpo arremolinándose en sus manos, en su cara y en su cabello y se alejaba un instante para volver a lamerla. Cerró los ojos y disfrutó de la agradable sensación hasta que un prolongado aullido la asustó. Esperó a oírlo de nuevo y distinguió que provenía del cobertizo próximo al huerto, a pocos pasos de distancia. Enseguida se acordó de alguien a quien no había echado de menos y que no había acudido a saludarla.

Luzer.

Desde luego, no pensaba comprobar si era él, pensó mientras apoyaba su mano en el picaporte de la puerta. Entonces, un movimiento captó su atención y se giró. El enorme perro negro de su tío había salido del cobertizo y la miraba fijamente. Afortunadamente, no podía acercarse a ella porque una cadena se lo impedía. A salvo de su alcance, Brianda le sostuvo la mirada. Parecía un animal diferente. En sus ojos no había ni rastro de su ferocidad y agresividad. Todo lo contrario: Luzer transmitía pena, incluso desinterés por ella, como si, una vez muerto su amo, la necesidad de vigilar lo hubiera abandonado. Lanzó otro triste aullido, breve, y se tumbó.

Brianda entró en la casa, cruzó el zaguán y se dirigió al salón. Varias personas desconocidas ocupaban los bancos de madera frente a la chimenea, donde no crepitaba ningún fuego. En cuanto Isolina la vio, se deshizo de los brazos de Laura y caminó hacia ella. Brianda se asustó al verla. Su tía estaba desorientada, consternada y desalentada. De la noche a la mañana su rostro había envejecido años y su voz era apenas un murmullo ininteligible y quejumbroso.

—Él lo sabía... —decía—. Lo presentía...

Brianda la abrazó sin comprender a qué se refería. Le pareció que ese cuerpo que se convulsionaba contra el suyo pertenecía a otra persona muy diferente a la que ella conocía. El animoso espíritu de la tía Isolina —habladora pero prudente, risueña pero contenida, solícita pero nada agobiante— había sido absorbido por la muerte y transmutado en un desconocido y desmadejado elemento, como si la decrepitud de la casa se hubiera apoderado de ella. Le resultaba muy extraño pensar que alguien como Colau pudiera despertar esos sentimientos tan amargos en nadie.

Brianda se contagió del llanto, que se intensificó al preguntarse si la ausencia definitiva de Esteban provocaría en ella tanta desolación, y no estar segura de la respuesta.

—El cuerpo está en el despacho —oyó que decía su madre—. ¿Quieres pasar con nosotros a verlo?

Brianda negó con la cabeza. Bastante difícil le resultaría conciliar el sueño esa noche en su habitación azul sabiendo que había un muerto en la casa, como para ver el rostro de su tío. Isolina los acompañó y Brianda se refugió en la cocina para no tener que conversar con los

desconocidos del salón. Allí se encontró con Petra, afanada en preparar una gran olla de judías.

—¿Lo has visto? —le preguntó tras saludarla. Brianda movió la cabeza a ambos lados—. Mejor. He visto muchos muertos en mi vida y en sus rostros había paz. —Se frotó los brazos—. No me lo puedo quitar de la mente. La expresión de Colau es horrible. Tiene el rictus de alguien que ha muerto sufriendo.

A la mañana siguiente, el aire se convirtió súbitamente en un infernal viento del norte que hacía crujir las maderas de los cobertizos, se deslizaba rugiendo a traición bajo las losas de los tejados y las forzaba a emitir un desquiciante castañeteo. Como era costumbre en Tiles, el sacerdote acudió a Casa Anels para acompañar a Colau en la despedida del hogar que había compartido con Isolina durante años. Daniel, Jonás, Bernardo, Zacarías y otros dos hombres sacaron el féretro a hombros y lo introdujeron en el coche fúnebre que lo llevó hasta la iglesia. Allí, Brianda buscó a Neli con la mirada, pero no la vio. Tenía ganas de conversar con ella, y no solo para disculparse por haberse marchado de Tiles sin despedirse.

Después de una sencilla ceremonia en la que los sollozos de Isolina rompieron con frecuencia los momentos de respetuoso silencio, se dirigieron finalmente al pequeño cementerio donde Brianda había acompañado a su tía a colocar flores el día de Todos los Santos. Inclinados para resistir las fuertes ráfagas de viento, cruzaron la verja, sortearon las cruces de hierro de las tumbas del suelo y se detuvieron ante el pequeño panteón en forma de casita de los de Anels. Los hombres introdujeron el féretro de Colau en uno de los nichos y Jonás se encargó de taparlo con una placa de escayola.

Brianda observó todo el ritual con detenimiento. Las escenas se sucedían con la precisión del ensayo general de una obra de teatro. De manera metódica, Jonás amasaba el yeso con agua para fijar el cerramiento de la tumba mientras el viento levantaba una polvareda blanca; Petra colocaba gruesas piedras en las cintas de las escasas coronas y centros de flores para que se mantuvieran en pie; y los acompañantes desfilaban lentamente ante su tía para darle el pésame y regresar a sus viviendas huyendo del desapacible día. Todos aquellos a quienes había conocido durante su estancia allí —que no eran muchos— habían acudido a despedir a Colau y a acompañar a la abatida y ausente Isolina. También Neli, a la que había distinguido nada más entrar en el recinto sagrado por su larga melena rojiza alborotada y su ropa informal y que, extrañamente, había permanecido todo el tiempo apartada de la gente junto a Mihaela.

Estaban todos menos Corso.

Se preguntó por qué no habría asistido al funeral. Tal vez se encontrase de viaje. Con su mujer. Las ganas de verlo y la incertidumbre le producían una gran ansiedad. Cuando todo terminase, hablaría con Neli.

Ante el lugar donde reposarían para siempre los restos de Colau, Brianda pensó que la muerte era la despedida más concreta de todas las despedidas. Era definitiva, concluyente, inequívoca, amarga y cierta. Todo lo demás tenía remedio y solución. Supo que todo lo que le había pasado hasta entonces no era nada comparado con lo que tenía que estar sufriendo su tía y, por primera vez en meses, sintió la urgencia de hacer algo que no fuera compadecerse de sí misma. Isolina

necesitaba ahora todo el apoyo y el cariño del mundo y no el alma en pena en la que Brianda se había convertido. ¿Cómo iba a lamentarse, a llorar y a quejarse si nada de lo que le había sucedido en su vida podía ser comparable con la profunda tristeza que tenía que embargar a la mujer? Se marcó un objetivo inmediato y preciso y se prometió a sí misma cumplirlo con todas sus fuerzas. Cuidaría de ella y de la casa. Irían a pasear. Plantarían el huerto y las flores del jardín. La mejor manera de corresponderle por sus cuidados del otoño anterior sería quedarse en Tiles el tiempo que hiciera falta hasta que la vida de ambas volviera a una normalidad aceptable.

Finalizado el entierro, los más allegados, entre ellos Neli, acompañaron a la viuda a Casa Anels. Con intención de que su hermana no tuviera que enfrentarse de inmediato a la novedosa y cruel soledad, Laura había preparado comida y bebida suficiente para el resto del día y, como ella hacía años que no subía a Tiles, se encargó también de que la conversación fluyera en el salón, recordando viejos tiempos y poniéndose al día de la vida de unos y otros.

En cuanto tuvo ocasión, Brianda buscó a Neli. Hacía rato que se había ausentado del salón y tardaba en regresar. Deseó que no se hubiera marchado sin decirle nada. La había observado y la notaba huidiza. Era posible que estuviera molesta con ella, pero lo cierto era que tampoco se esforzaba por hablar con los demás. La encontró en la cocina, sola, bebiendo un vaso de agua mientras miraba ensimismada a través de la ventana.

—Aunque no te lo creas, me he acordado mucho de ti estos meses...

Neli dio un respingo y se giró.

—¿Y por qué no habría de creerte? —preguntó.

—Por cómo me fui y por no haberte llamado en todo este tiempo. —Dudó si añadir algo más, miró a sus espaldas para asegurarse de que nadie entraba y, finalmente, optó por demostrarle que sus palabras eran ciertas—: Te hice caso. Compré los libros que me recomendaste y los leí. No solo eso. También acudí a unas sesiones de hipnosis regresiva.

Los ojos de Neli brillaron.

—¿Y...?

—No sé qué decirte...

—¿Qué tal si empiezas por el principio?

Brianda le habló en voz baja de las primeras escenas sueltas que había visualizado, de las siguientes más completas y de cómo había ido encajándolas hasta formar una historia que tenía sentido pero que pecaba de inverosímil.

—¿Inverosímil? ¿Por qué crees eso? —preguntó Neli.

—Porque en realidad son escenas ambientadas en un pasado lejano. Dudo que sean regresiones de verdad. Simplemente, no me lo puedo creer.

—Y esas escenas... ¿las viviste como reales? No me refiero a *recordar*. Quiero decir *revivir*.

—Solo algunas muy concretas. —Brianda pensó en cómo había conocido a Corso y en cómo se había despedido de él junto al río del monasterio de Besalduch, pero no hizo ningún comentario sobre ello—. Las demás parecían más bien un sueño o el recuerdo de alguna película o novela. ¿Por qué me lo preguntas?

Neli permaneció unos segundos pensativa. Luego dijo:

—Es posible que tu imaginación haya procesado toda la información de una manera simbólica, inspirada por recuerdos o deseos, pero siempre hay que dejar una puerta abierta a lo irracional. Lo que está más allá de la razón no significa que sea imposible. Los antiguos creían que por las cosas que se veían aparecer en los sueños y alucinaciones se podía conocer más perfectamente la esencia del alma. Tal vez en esas visiones o reconstrucciones del pasado, como quieras llamarlas, haya alguna pista que puedas rastrear ahora...

Brianda negó con la cabeza. Las imágenes que habían surgido en las sesiones seguían siendo retazos que brotaban de algún rincón oculto de su mente y que algún día podrían encajar o no. Lo más probable era que su fértil imaginación pretendiera elaborar una reconstrucción fabulada inspirada en su recuerdo siempre presente de Corso y en su curiosidad por aquella Brianda de Anels ejecutada por la que había empezado a leer libros sobre la historia, la vida, los conflictos y los miedos de cuatro siglos atrás en el tiempo. ¡Qué sugestiones no inventaría su mente para evadirla de su presente!

—Supongamos que en todo esto pudiera haber algo de verdad, ¿de acuerdo? —continuó Neli —. Piensa si ahora sabes algo que antes no supieras. Por ejemplo, el confesionario de Besalduch...

—Lo construyó un carpintero y talló los símbolos de los dos bandos en guerra. Pero esto podría haberlo leído en algún sitio.

—¿Y algo sobre las tumbas del cementerio?

—No tengo explicación para eso porque no las he visto más.

Neli hizo un gesto de decepción. A ella le encantaría saber más sobre la historia de aquellas lápidas y, especialmente, sobre lo que le iba a preguntar a continuación:

—¿Y qué hay de los documentos que encontré? ¿Ejecuciones? ¿Brujería?

—Nada. —Brianda se había hecho las mismas preguntas que ahora le hacía Neli. También se había preguntado por aquel documento del archivo de Besalduch en el que un marido solicitaba la exhumación del cadáver de su esposa. Pero no había visto nada de todo eso.

—¿Alguna frase que se repita?

Brianda entrecerró los ojos.

—El que aparece como mi padre en el pasado, un tal Johan, me pide que mantenga vivo el nombre de Lubich, algo que no comprendo. ¿Qué tengo que ver yo con Lubich? —Se abstuvo de decir que su deseo de estar con Corso podría haber diseñado un guion en el que ella fuera la heredera de esa magnífica propiedad—. En la entrada a Lubich hay una piedra donde aparece su nombre tallado. Igual saqué la idea de allí.

—Aquí podrían ser útiles los estudios de genealogía de Colau. —Neli suspiró al nombrarlo, y Brianda se preguntó si realmente él habría compartido esa información con ellas—. ¿Algún objeto especial?

Brianda *recordó* una escena en la que se había vestido con ropas antiguas.

—En todo caso un colgante, una especie de relicario de cristal y plata con los bordes grabados, en cuyo interior hay unas flores de nieve secas.

Neli emitió una exclamación de triunfo.

—¿Sabes qué significado tienen esas flores? —No esperó a que Brianda respondiera—: Representan el honor, el mundo de los sueños y el amor eterno que nunca se secará.

—Eso es muy bonito, pero no aporta nada.

—La flor de nieve vive en lugares recónditos e inaccesibles. Al igual que es difícil encontrarla a ella, pero no imposible, sé que tú encontrarás algo.

—¡Claro, porque eres bruja! —Brianda soltó una carcajada nerviosa. No podía creerse que estuviera hablando de todo aquello con tanta naturalidad. Era la primera vez que verbalizaba sus experiencias de las últimas semanas, lo cual le producía cierto alivio. Aunque se movieran en el terreno de las hipótesis, Neli era la única persona del mundo con la que podía compartir ese diálogo. Ella nunca la juzgaría ni la trataría de loca—. ¿Y no podrías ser más concreta?

—Cada búsqueda tiene su protagonista y en este caso eres tú. Piensa en ello. Seguro que das con algo.

—Lo único que se me ocurre es rebuscar en los papeles de Colau... —murmuró. Tal vez allí encontrara alguna pista que pudiera verificar sus regresiones.

Laura se acercó con una bandeja de canapés, interrumpiendo su conversación. Cuando la retomaron, Brianda decidió comentar, por fin, aquello que llevaba horas deseando saber.

—Ha asistido bastante gente, ¿verdad? Aunque he echado en falta a Corso...

Era un comentario casual, pero su cuerpo la traicionó. Sintió que las mejillas le ardían y su respiración se aceleraba. Quería escuchar que Neli lo había visto hacía poco y que le había preguntado por ella...

—Se fue a Italia a ver a su familia, pero le dijo a Jonás que volvería pronto. —Neli la miró fijamente—. Esteban tampoco ha venido...

—Ha sido todo tan rápido que no ha podido reorganizar su agenda.

—¿Va todo bien entre vosotros?

Brianda se encogió de hombros, pero no respondió. No se había acordado de él desde que había llegado a Tiles. Al igual que el monte Beles imponía su presencia al resto del mundo a sus pies, el ansia por reencontrarse con Corso anulaba cualquier otro sentimiento en su corazón.

25.

Al día siguiente del entierro, Laura convenció a Isolina de que lo más urgente era vaciar el armario de Colau y organizar sus ropas y objetos personales, entregando los que estuvieran en buenas condiciones a la beneficencia y tirando el resto. Su argumento era simple: cuanto antes aceptara la ausencia, antes conseguiría llevar una vida normal.

—¿Qué sentido tiene tropezarte a cada paso con las cosas de Colau? Llora todo lo que quieras, pero mientras tanto, ve ocupando su espacio —le decía a su hermana—. La única forma de vencer el miedo y el dolor es enfrentarse a él. Y como decía nuestra madre, para saber vivir hay que saber morir.

Hacía tanto tiempo que no vivía con sus padres que Brianda había olvidado la capacidad resolutiva de su madre. Varias veces ese día se preguntó de dónde sacaba su madre esa energía que ella, desde luego, no parecía haber heredado. Sin derramar una sola lágrima, ni siquiera por contagio de las de Isolina, Laura les hizo recorrer la que había sido la casa de su juventud de punta a punta, ordenando y limpiando, haciendo comentarios divertidos sobre aquellos objetos que redescubría después de tantos años y bromeando sobre el hecho de que el tiempo se hubiera detenido en ese lugar. Brianda percibía en aquellas resueltas maneras de su madre un loable esfuerzo de contención de emociones movido por el deseo de ayudar a su hermana; con una que llorase y suspirase a todas horas bastaba. Pero cuando Isolina no estaba presente, Laura cargaba contra Colau toda su rabia por no haber sido capaz de frenar el deterioro visible en cada rincón de Casa Anels.

Brianda se tomó un descanso a mitad de tarde. Cuanto más tiempo pasaba, más culpable se sentía por no confesar a Isolina el asunto del anillo, pero no encontraba el momento adecuado. Tal vez cuando sus padres se fueran hiciera acopio de valor para afrontar el bochorno de su confesión. Se asomó a la era. Las nubes que el viento había ido trayendo marcaban lluvia y se respiraba humedad. Decidió dar unos pasos hacia el huerto para airearse y se topó con Luzer, tumbado como el primer día. Seguía atado a su cadena y los recipientes de agua y comida estaban vacíos. Nadie parecía acordarse de él. Movida por un impulso, Brianda extendió con cuidado una mano hacia él para que la oliera y percibiese su intención amistosa de acercamiento. Luzer le respondió con un gruñido gutural y le enseñó los dientes, pero ni se levantó ni trató de atacarla. Brianda retiró la mano y retrocedió unos pasos. Luego repitió la misma acción, con el mismo resultado. Regresó a la casa y buscó a su tía.

—¿Por qué está Luzer atado? —le preguntó.

—No podía separarlo de Colau —respondió ella con tristeza—. Sé que si lo soltase correría

hasta su tumba y se dejaría morir allí.

Brianda le preguntó dónde guardaban su comida, fue a la cocina, cogió dos recipientes, los llenó de agua y pienso respectivamente, regresó junto al animal y dejó los cuencos a su lado. Luzer permaneció inmóvil, pero Brianda descubrió un destello de curiosidad en su mirada. Un animal que echase tanto de menos a su dueño no podía ser tan salvaje, pensó.

—Si haces eso todos los días —dijo su padre a sus espaldas—, acabará cogiéndote cariño.

—Me temo que le costará —replicó ella, irónica, consciente de que el carácter del perro se asemejaba al de su fallecido dueño—. Pero me da pena.

Daniel esbozó una sonrisa.

—He terminado con el papeleo de la declaración de herederos y la pensión de viudedad y he pensado continuar con el despacho de Colau. Isolina está de acuerdo. ¿Me ayudas?

Brianda aceptó de inmediato. Su padre le estaba poniendo en bandeja la oportunidad que estaba deseando y que demoraba por respeto hacia Isolina, pues no le parecía bien lanzarse sobre los documentos del despacho cuando la muerte de su marido estaba tan reciente. No obstante, al entrar en aquel santuario tan celosamente guardado sintió aprensión. Le costaba librarse del miedo a ser descubierta en cualquier momento, como si la puerta pudiera abrirse de súbito para dar paso a la amenazadora presencia de Colau. Y no solo eso... Ahora que tenía toda la libertad del mundo para hurgar en la información que allí se guardaba, un nuevo temor la asaltaba al recordar las tétricas palabras de Petra sobre el cadáver. Se preguntaba si la repentina muerte del hombre y el rictus horrorizado de su rostro tenían algo que ver con lo que allí guardaba; o con algo que hubiera hallado; o, por absurdo que pudiera parecer, con el descubrimiento de la ausencia del anillo... El corazón se le aceleró al pensar en esta última opción, que la vincularía directamente con la muerte de Colau. Sacudió la cabeza. Esa era una idea descabellada.

—Aquí hay trabajo para semanas si se quiere hacer bien —dijo Daniel resoplando. Una cosa era guardar en cajas sin ningún tipo de criterio todos los documentos y anotaciones y otra muy diferente catalogar y archivar todo para que no se perdiera en el olvido—. No sé por dónde empezar. Si dependiera de tu madre, adelantaríamos más llevando todo al contenedor del cartón...

—Eso sería algo así como un sacrilegio —repuso Brianda—. Aquí está toda la vida de Colau.

—La suya y la de varios más. —Daniel cogió una pila de carpetas, se sentó en el sillón frente a la mesa y leyó los títulos—: *Capitulaciones matrimoniales... Testamentos... Pliegos de cordel... Estatutos de desaforamiento...* —Se detuvo en la siguiente, muy gruesa, e hizo un gesto de extrañeza—: Aquí pone *Brianda de Anels*...

Brianda se la quitó de las manos y acarició la tapa, nerviosa, antes de abrirla. No se podría creer que por fin pudiera conocer algo sobre aquella antepasada.

El primer clip agrupaba una copia de los documentos encontrados por Neli en la cómoda de la sacristía. Como ya los conocía, pasó al siguiente rápidamente, pero de repente recordó la resistencia de Colau a que se supiera el nombre de quién firmaba las ejecuciones y volvió sobre él. Leyó el nombre y ahogó una exclamación: Jayme de Cuyls... Como un fogonazo, la imagen de un hombre alto, bien parecido, de abundante pelo castaño y sonrisa astuta apareció en su mente. Se sentó en un sillón junto a una mesa baja y cerró los ojos unos instantes. Al visualizar

de nuevo al hombre del que aquella Brianda debía desconfiar, al primo de aquel Johan, un escalofrío recorrió su espalda y la hizo estremecer. Jayme de Cuyls firmaba las ejecuciones. Uno de Cuyls. Un ascendiente de Colau... ¿Era posible que a Colau le avergonzara que se supiera que era uno de sus antepasados? Le parecía ridículo. Hiciera lo que hiciese, habían transcurrido cuatrocientos años. Esos hechos poco podían importar ya a nadie y mucho menos tener repercusión alguna en el presente.

Le costaba creer que esa fuera la razón de sus reservas, pero de algún modo le ofrecía un nuevo matiz sobre la personalidad de Colau. Tal vez ella no pudiera comprenderlo porque no había vivido en un lugar tan cerrado. En los pueblos la memoria colectiva llegaba muy atrás y los secretos se guardaban con mayor celo. Si el tiempo no había logrado enterrar el inexplicable rechazo del pueblo por los de Cuyls, en cuanto esos documentos salieran a la luz, las conjeturas sobre su mala fama se convertirían en implacables certezas. Aunque hubieran transcurrido siglos...

Pasó al siguiente folio, una copia del fragmento de la solicitud del señor de Anels pidiendo permiso para la exhumación del cadáver de su esposa poco después de las ejecuciones de las mujeres del valle y unas notas escritas a mano por Colau en las que se preguntaba por qué. El tercer papel, una copia de un testamento de Casa Anels, mostraba el dibujo de un gran signo de admiración rojo en la primera página. Y el cuarto era el comienzo de la transcripción de partes incompletas de lo que parecía ser un proceso judicial por la herencia de Lubich fechado a finales del siglo XVI y descubierto en el Archivo de la catedral de Barbastro hacía años.

Los ojos de Brianda brillaron de emoción. No sabía qué encontraría en la lectura de esos papeles, y pretender hallar alguna pista con la que corroborar la realidad de las regresiones le resultaba seductor aunque disparatado. Pero de una cosa estaba segura: gracias al trabajo de Colau, su intranquilidad se estaba convirtiendo en curiosidad, el sentimiento más positivo y estimulante que había experimentado en meses si dejaba aparte el del continuo deseo de volver a ver a Corso.

—Esto es nuevo —dijo Daniel después de observar a su hija detenidamente—. No sabía que compartieras aficiones históricas con Colau.

Brianda sonrió.

—Me he dado cuenta de que el interés por indagar en el pasado resulta contagioso. Llega un momento en que te gustaría poder desplazarte en el tiempo para completar las lagunas de una investigación.

No sabía cómo explicarlo, pero había algo *propio* en todo aquello. Referente y perteneciente a ella misma. Evocó entonces algunas imágenes de sus sueños, una joven morena de pelo largo corriendo bajo la lluvia, un hombre herido en el lecho de un río, la misma joven gritando en la iglesia...

—¿Y qué estaba investigando Colau que tanto te atrae? —Daniel percibió el ligero cambio que se había producido en su hija, últimamente siempre tensa. ¿Cuánto hacía que no la veía sonreír?

Brianda le habló del documento de las veinticuatro ejecuciones y de que se nombrara en él a una Brianda de Anels.

—Isolina me dijo que mamá había soñado mi nombre, ¿es cierto?

—Es una explicación más comprensible que la verdad. A mí me contó que cuando era pequeña, en las noches de tormenta, oía una voz desde el monte Beles que repetía esa palabra. El nombre me pareció precioso y diferente.

Brianda arqueó las cejas en un evidente gesto de incredulidad. No sabía qué explicación era más extraña, que su madre lo hubiera soñado o que hubiera hecho caso a los rumores del bosque.

—¿Y no te pareció difícil de creer que oyera una voz susurrando mi nombre?

Daniel se encogió de hombros.

—Era una niña. Lo imaginó. —Se levantó del sillón y se desperezó—. Necesito salir a que me dé el aire. ¿Sabes, hija? Me produce tristeza pensar que todo el trabajo de la vida de un hombre termina cuando se muere. —Suspiró al dedicar un fugaz pensamiento a sus propios logros—. En fin, así son las cosas.

Daniel se fue y Brianda estrechó la carpeta contra su pecho. De igual modo que esa Brianda del pasado que ella había visualizado había sentido la obligación de cumplir el deseo de su padre Johan de mantener vivo el nombre de Lubich, ella no se movería de esa casa y de ese lugar hasta saber qué le había sucedido a la Brianda ejecutada.

—En este aparece una señal de exclamación en rojo...

Como todas las noches desde que se fueran sus padres, Brianda se sentaba en el salón y le leía a su tía fragmentos de los documentos de Colau. No tenía muy claro si Isolina la escuchaba o no, pues su actitud no había variado mucho desde el entierro. Apenas hablaba, lloraba con frecuencia, había perdido el apetito y mostraba un aspecto descuidado. Como si su tía fuera una niña pequeña, Brianda, emulando la locuacidad y viveza de su madre, la ayudaba a vestirse, peinarse y maquillarse por las mañanas antes de salir al exterior, donde le preguntaba continuamente sobre las labores de jardinería propias de la primavera. Luego, le pedía cada día uno de sus guisos favoritos con la excusa de que quería aprender la receta. Por la tarde daban un largo paseo que siempre finalizaba en el cementerio, donde Isolina le hablaba al nicho de su marido entre lágrimas. Y después de cenar, se sentaban junto al fuego, que Brianda se encargaba de mantener siempre vivo. Entre la lista de sus planes, la joven había incluido una mañana de compras por Aiscle y una visita a casa de Neli para que Isolina empezara a socializarse. Los roles se habían cambiado: el otoño anterior Isolina había cuidado de ella y ahora le tocaba a ella corresponder, si bien las circunstancias de ambas no se podían comparar. Y el hecho de reconocer esta diferencia obligaba a Brianda, si no a enfrentarse a sus temores, sí a relegarlos a un segundo plano. Así se lo había explicado a Esteban, quien, esta vez, no parecía haber aceptado muy bien su decisión de quedarse nuevamente en Tiles, como si sintiera celos porque ella se dedicara a cuidar de Isolina en lugar de estar con él, o, algo mucho peor, como si sospechara que, bajo su aparente generosidad, Brianda ocultaba otras razones. Quizás llegaría el momento en que pudiera o tuviera que sincerarse con él; mientras tanto, por primera vez en muchos meses, cada día le traía un nuevo motivo por el que ponerse en marcha.

—Veamos qué le llamó la atención de este escrito.

Brianda comenzó a leer en voz alta:

—*In Dei Nomine*, amén. Sea a todos manifiesto, que yo, Nunilo, señor de Anels, estando bueno y en mi juicio, firme de memoria y de palabra, revocando y anulando todos cualesquiera testamentos, codicilos y otras últimas voluntades, antes de ahora hechas, constituidos y ordenados; ahora de nuevo hago y ordeno mi último testamento, última voluntad, ordenación y disposición de todos mis bienes así muebles como sitios habidos y por haber en donde quiere, en la forma y manera siguiente:

»Primeramente, encomiendo mi alma a Dios Nuestro Señor Creador, al cual humildemente suplico, pues la ha creado, la quiera colocar con sus Santos en la Gloria. Amén.

»*Item* quiero, ordeno y mando, que si Dios Nuestro Señor quisiera que yo deba morir, mi cuerpo sea enterrado en la iglesia de Nuestra Señora del lugar de Tiles, junto a la capilla del altar.

»*Item*, quiero, ordeno y mando, que en el otro día de mi entierro, se me principie a decir el novenario, que son nueve misas y se lleve oblatas y candelas, como es uso y costumbre en dicho lugar; que me sean hechas después mis defunciones, honras y cabo de año; y que se me digan cien misas por mi alma y se paguen por estas los derechos acostumbrados de mis bienes y de mi hacienda.

—Está claro que este señor quería dejar en orden su vida espiritual y salvar su alma —comentó Brianda en tono bromista—. ¡Y que tenía un buen nivel económico para pagar tantas misas! Espero que le quedara patrimonio para sus herederos...

Miró a su tía de reojo y le alegró distinguir una leve sonrisa en su rostro. Enseguida continuó con la lectura.

—*Item*, que sean pagadas todas mis deudas que por buena verdad hallaren y yo estuviere obligado a pagar, con cartas y obligaciones como sin ellas, como en cualquier manera, quiero que se paguen.

»*Item*, hechas y pagadas y cumplidas todas las cosas de parte de arriba y por mí dispuestos y ordenados de todos los otros bienes muebles y sitios, nombres, derechos, instancias y acciones habidas y por haber, censales, casas, haciendas y heredades, y para que haga cumplir lo dispuesto como si fuera de Notario, dejo y hago institución en heredero mío, de acuerdo con mi mujer Leonor y como quiera que no hayamos tenido descendencia, a quien aquí considero como mi hijo, Corso de Siena...

El corazón de Brianda comenzó a latir con fuerza. No podía ser cierto. Primero una Brianda y ahora un Corso. Alzó la vista y comprobó que estaba en el salón de Casa Anels junto a su tía. Sus sentidos estaban despiertos. Se levantó y le entregó el papel a Isolina.

—¿Has oído? —le preguntó—. ¿Puedes leer desde la última línea? ¿Pone algo más?

Isolina, sorprendida más por el tono estridente de la voz de su sobrina que por el descubrimiento —al fin y al cabo, uno más de los que Colau tantas veces le había mostrado—, leyó en silencio el último párrafo, que luego resumió con voz débil:

—Manda que su mujer sea usufructuaria de todos sus bienes por todos los días de su vida y lo fecha el 27 de marzo de 1586.

Brianda corrió a su habitación y regresó al poco con un cuaderno. Buscó en sus anotaciones sobre las guerras que habían asolado el condado en aquella época y se detuvo en una fecha.

—Poco antes de su expedición militar al servicio del conde... —murmuró Brianda—. Qué previsor este Nunilo...

—No sabía que hubiera un antepasado de la casa que se llamara Nunilo. Hay tantas cosas que no sé. —Los ojos de Isolina se llenaron de lágrimas—. ¡Ojalá le hubiera prestado más atención!

Brianda, nerviosa, comenzó a pasear por el salón. La inquietante casualidad era que el nombre del heredero fuera un Corso de Italia. Ahora comprendía la marca en rotulador rojo de su tío. ¿Cuántas probabilidades había de que existieran una Brianda y un Corso italiano vinculados a ese valle cuatrocientos años atrás y en ese mismo instante? Corrió al despacho de Colau, rebuscó entre sus libros y localizó uno de la población de esa comarca según los fuegos censados por el padre del conde Fernando a mediados del siglo XVI. En los listados se repetían siempre los mismos nombres. Ninguno de los nombres de sus conocidos y vecinos de ese lugar era infrecuente; de hecho, algunos se repetían varias veces, como el de Johan. Si leyese nombre por nombre con detenimiento, tal vez encontrase a alguna Brianda que quizás fuera alguna antepasada de la ejecutada, pero se apostaría cualquier cosa a que no había ningún otro Corso.

Regresó al salón y se sentó junto al fuego. Nunilo le había dejado la herencia a un Corso de Siena... Otra casualidad, como el hecho de que su madre oyera precisamente el nombre de Brianda en el viento. Seguramente Neli le diría que todo aquello que se salía de lo normal no tenía por qué deberse a una combinación de circunstancias imprevisibles e inevitables. Un pensamiento cruzó su mente. A Colau también le había extrañado, como si ese fuese el hilo del cual tirar. Resopló con frustración al darse cuenta de que en realidad se enfrentaba a una madeja. En el presente había una Brianda en Casa Anels y un Corso en Casa Lubich; justo al revés de lo que los papeles antiguos y alguna escena de sus regresiones indicaban. ¿Qué demonios había pasado?

Isolina llamó su atención.

—Conozco esa expresión, Brianda... ¿Qué te preocupa?

—Nada... Bueno, la verdad es que hay anotaciones de Colau que me tienen intrigada.

—Cuando se obsesionaba con una idea, se olvidaba del tiempo, de la comida, de las distracciones y de mí. —Isolina suspiró melancólica—. Pero no he conocido a nadie tan obstinado como él. No abandonaba hasta que encontraba las respuestas que buscaba. Creo que esta historia de las personas ejecutadas lo tenía tan confundido que no quería ni hablar de ello. Es bonito que quieras continuar con su trabajo. ¿Te puedo ayudar en algo?

—El asunto este de las brujas me produce escalofríos. Hay algo misterioso...

Isolina la miró de una manera extraña y abrió la boca para decir algo, pero se contuvo. Se quedó pensativa unos minutos, al cabo de los cuales dijo, con voz monótona:

—La tarde antes de morir, me asomé al despacho y vi a Colau sentado ante la mesa. Parecía tan abatido que me acerqué. Tenía una cajita del color de la sangre entre sus manos que yo nunca había visto. Guardó un pequeño papel en ella, la cerró y la metió en un cajón.

Brianda entrelazó las manos y las mantuvo fuertemente apretadas sobre su regazo. Entonces, Colau había descubierto la ausencia del anillo e Isolina desconocía su existencia...

—Luego —continuó Isolina—, pasó los brazos por mi cintura y apoyó su rostro sobre mi vientre. Permaneció así un largo rato, en silencio, mientras yo le acariciaba el cabello. No sé

cómo explicártelo, y lo he comprendido después, pero creo que con ese gesto se estaba despidiendo de mí. —La barbilla comenzó a temblarle y apretó las mandíbulas con fuerza—. Sabes que tengo fe, Brianda, pero me cuesta aceptar la muerte de mi marido. No sé si podré continuar sin él.

Brianda se acercó, tomó la mano de su tía y la acarició en silencio, afligida y desconcertada. Deseaba poder ayudarla, pero aparte de acompañarla en todo momento, no sabía qué más hacer por ella. No podía comprender el tipo o grado de dolor que corroía sus entrañas hasta obligarla a pronunciar aquellas palabras. Recordó entonces las desagradables sensaciones de su propio miedo a morir, uno de los síntomas de sus ataques de ansiedad, y las analizó ahora desde una perspectiva diferente. La frase de Isolina le había afectado mucho, sobre todo porque expresaba un sentimiento diametralmente contrario al del testamento que acababan de leer. ¿A qué había que temer más: a la muerte de uno mismo o al sufrimiento por la pérdida del ser más querido? Colau había fallecido después de descubrir la ausencia del anillo. La idea descabellada de que ella hubiera sido la culpable de su angustia iba cogiendo forma y la hacía sentir culpable.

Isolina se retiró a dormir y Brianda no tardó ni un segundo en correr de nuevo hacia el despacho y abalanzarse sobre el escritorio de nogal. Necesitaba saber qué decía ese papel que guardaba la caja del anillo. Se sentó frente al mueble, introdujo las manos en el primer cajón y lo localizó enseguida. Lo abrió y extrajo el papel, que a primera vista parecía antiguo, y lo desdobló. Faltaban trozos, las frases que coincidían con los pliegues se habían borrado y la caligrafía era extraña, pero con ayuda de una lupa y tras releer varias veces el texto, pudo por fin identificar tres o cuatro frases.

No comprendió su significado, pero, al leerlas en voz alta, las palabras salieron de su garganta como un lamento largamente guardado:

—... Hasta el día de su aniquilación... Arderá y desaparecerá en el infierno... Y el último sabrá... que he sido yo...

26.

—Parece una maldición —dijo Neli tras analizar detenidamente el papelito que le mostraba Brianda—. ¿Dónde la has encontrado?

Ambas estaban en la cocina de la casa de Neli, adonde habían acudido Isolina, Mihaela y ella para pasar la tarde del sábado.

—Ordenando en el despacho de Colau.

Brianda no le había hablado del anillo. Dudaba que fuera capaz de contárselo a nadie. Su vida se estaba llenando de secretos. Primero su infidelidad con Corso y después, la sustracción de la joya. No podía rehuir la culpabilidad que la acompañaba a todas horas, pero había en todo ello un aura de inevitabilidad.

Neli frunció el ceño.

—¿Y esa cara? —Brianda se estremeció—. Solo son palabras...

—El alma de una persona puede operar sobre el cuerpo y el alma de otra. El mal origina mal sobre aquello con lo que está en contacto. —Neli señaló el papel—. El alma de quien dijo esto estaba cargada de odio. El destinatario solo podía esperar la desdicha.

—Eso son chorradas. —Nerviosa, Brianda comenzó a disponer las delicadas tazas de porcelana con motivos florales sobre sus platos en la bandeja que había preparado Neli—. Conjuros, hechizos, maldiciones... ¿Quién cree en ellos hoy en día?

Recordó los saquitos de buena suerte que Neli había preparado para ella y se dio cuenta de que alguien como su amiga lo hacía.

—Cualquiera que crea en la fuerza de los deseos... —murmuró Neli—. No subestimes su poder. —Rellenó la tetera de agua caliente, le pidió a Brianda que llevara la bandeja y se encaminó al salón, donde estaban Isolina y Mihaela. Allí terminó de servir las infusiones—. Me alegra mucho que hayáis venido. Con tanta lluvia, los días se hacen muy largos.

Desde el funeral de Colau no había parado de llover. Los días amanecían ya con un color plomizo y obstinado que continuaba hasta que caía la tarde sobre los prados, empapados. Las semillas sembradas en el jardín corrían el riesgo de pudrirse y las flores trasplantadas permanecían encogidas a la espera del calor de los rayos de sol que las motivara a estirar sus tallos.

También Brianda se había contagiado de ese resignado espíritu de inacción, que soportaba gracias a la esperanza puesta en la creencia de que algo tenía que suceder, de manera inminente. Un día u otro, Corso regresaría y allí estaría ella, con el permanente sentimiento de culpa a cuestas por no dedicar sus pensamientos a Esteban, pero también con la necesidad de un

revulsivo que alterara su monotonía. ¿Y por qué no?, tal vez un día apareciera, como por arte de magia, alguna pista que aportara luz a las deducciones incompletas de los documentos de su tío, a los que ahora tenía que añadir una inquietante maldición. Mientras tanto, solo cabía aguardar, cual Perséfone, a que se cumpliera su tiempo anual en las profundidades del frío y gris inframundo antes de regresar a la tierra y provocar con ello el reverdecer de los campos, el florecimiento de las cosechas y el aleteo de las mariposas.

Como Isolina y Mihaela no eran muy habladoras, Brianda, aunque tenía otras cosas en la cabeza, decidió echar una mano a Neli, que era la única que se esforzaba por animar la conversación.

—¿Qué tal te va con la restauración del retablo del altar mayor? —preguntó. Sabía del encargo porque acompañaba a Isolina en sus frecuentes visitas a la iglesia para rezar por Colau —. Con los andamios no se aprecia bien.

—Es un trabajo lento y minucioso, así que genial porque me durará bastantes meses —respondió Neli—. Espero que quede perfecto para no dar más que hablar a los de aquí...

A Brianda le extrañó ese comentario. Por un momento pensó que podría referirse a la religión pagana de la mujer. ¿Se habrían enterado? Ella, desde luego, no lo había comentado con nadie. La miró fijamente, conteniendo sus deseos de preguntarle directamente debido a la presencia de Isolina y Mihaela. Formuló, en cambio, una pregunta cauta:

—¿Ha pasado algo en estos meses?

—¿No se lo has contado? —Neli se dirigió a Isolina.

—La verdad es que no he tenido ganas de nada —dijo esta.

—Es comprensible —admitió Neli con una sonrisa bondadosa.

—¿Tú sabes algo? —preguntó Brianda a Mihaela forzando un gesto exagerado de intriga.

La joven, que había ganado algo de peso y mostraba un rostro tostado por el aire de la montaña, movió ligeramente la cabeza en señal de asentimiento.

—Mejor que te lo explique Neli.

Esta chasqueó la lengua antes de comenzar:

—Ahora resulta que en este lugar hay un increíble potencial turístico que debemos aprovechar y explotar para no perder el tren del progreso.

Brianda captó el tono irónico de su voz.

—Ah, ¿sí? —Se llevó la taza de té a los labios—. ¿Y cuál es?

—Las brujas.

—¿Qué brujas? —La sorpresa hizo que derramara parte del líquido sobre el mantel de lino.

Neli le guiñó un ojo.

—De momento, las del pasado.

—No entiendo nada —murmuró Brianda.

—Todo el mundo conoce ya el contenido de los papeles antiguos que encontró Neli —comenzó a explicar Isolina—. Han sido el comentario favorito de los fines de semana en el bar...

—Y el tema sigue caliente —interrumpió Neli acalorada—. Los numerosos expertos en historia, antropología y sociología que habitan este lugar han elaborado una hipótesis que ya se ha convertido en realidad. Aquí llegó la Inquisición y mataron a veinticuatro mujeres por brujas.

—Pero si no se sabe exactamente qué pasó... —objetó Brianda.

—Por eso mismo nos podemos inventar lo que queramos —repuso Neli—. Ya podemos empezar a diseñar un parque temático, con llaveros, camisetas y hasta un museo de la tortura...

—Calma, Neli. —Isolina sacudió la cabeza—. Te tomas todo este asunto demasiado en serio.

Brianda miró a Neli. Si bien todavía no comprendía el alcance o gravedad de la situación, probablemente fuera la única que supiera por qué su amiga reaccionaba de una manera tan vehemente.

Neli ignoró el comentario.

—La gente ha abierto los baúles de sus recuerdos y ahora resulta que todos tienen antepasados que oyeron gemidos desde el monte Beles en las noches de tormenta y cantos tristes en el ulular del viento; o que supieron por los saltos y silbidos de las cabras que se acercaba una bruja; o que se atemorizaron por el movimiento de hierbas y matorrales sin que hiciera viento; o que sintieron el soplo de espíritus errantes pidiendo tantas misas por el descanso de sus almas como alubias separaban en un plato la noche de Todos los Santos... De alguna manera, un proceso sobre brujería da sentido a todas las supersticiones heredadas, mezclándolo todo. No es simplemente que aquí tuvieran miedo a las brujas, sino que *hubo* brujas, así que no es de extrañar que hasta hace bien poco se colocaran figuras de piedra como espantabrujas en las losas de las chimeneas, o cántaros con agua bendita sobre los hogares, o dibujaran una cruz en la ceniza...

—La señora de Darquas todos los días hace una cruz en el pan antes de cortarlo —comentó Mihaela.

—O clavaran patas de lobo y cabra, garras de águila y flores secas de cardo en las puertas —continuó Neli—, y pusieran las tijeras y las tenazas del fuego en forma de cruz, y arrojaran sal a las llamas, y llenaran los jarrones de las casas con ramos de boj, romero y olivo...

—Esto último también lo hago yo el Domingo de Ramos después de misa —observó Isolina —. Todo lo que dices es típico de muchos lugares. Eres tú quien lo mezcla todo, Neli. Para que Brianda lo entienda, la cuestión no es el análisis de las supersticiones de la gente, sino tu actitud ante la propuesta planteada en la reunión de vecinos.

Neli se dirigió a Brianda.

—Me negué abiertamente a que se convierta Tiles en un destino cutre de Halloween y me miraron como si estuviera loca. ¡Tendrías que haber estado, Brianda! Hablaron de hacer folletos señalando los corros de brujas como los lugares donde se juntaban las brujas para bailar. Son esos cercos de hierba de color verde intenso que crecen en algunos prados y donde se encuentran setas en primavera... Y propusieron representar una obra de teatro con todo un proceso judicial inventado que terminase con la quema en la hoguera de las acusadas. —Soltó un bufido—. ¡Y qué apropiado que todas fueran mujeres! La asociación brujería y mujer es incuestionable. ¡Es todo tan asquerosamente típico! Puedo imaginarme los diálogos. Seguro que volaban en escobas, mataban a los niños y fornicaban con el diablo en forma de macho cabrío negro, babeante y de ojos brillantes. No puede ser que cuando se hable de brujería se siga con el mismo rollo. Las absurdas supersticiones y miedos de la gente son una cosa; la brujería es otra. Tanta revisión histórica y seguimos con las ollas llenas de sapos hirviendo, los gatos negros, las narices ganchudas, las verrugas y los sombreros en punta.

—Sinceramente, Neli, creo que sacas las cosas de quicio —dijo Isolina—. Tu planteamiento es simplista. Hace años que se ha aceptado que la brujería y los procesos contra ella fueron una autodefensa del poder dominante y que sirvió de chivo expiatorio.

—Por eso mismo, Isolina, más simplista es aceptar lo típico con fines meramente económicos y no analizar lo real.

—¿Y qué es lo real, Neli? —preguntó ahora Brianda, mirando a su amiga fijamente a los ojos. Neli le pedía que creyera en sus regresiones, que buscara una pista del pasado en sus visiones, que aceptara la absurda creencia en vidas anteriores y reencarnaciones. Frente a esto, ¿qué eran unos listados de amuletos y supersticiones? Bagatelas. ¡Si hasta a su propia madre el viento le había susurrado su nombre...!

—Lo real es que por defender mis ideas, ahora no me habla medio pueblo. De ahí a llamarme *bruja* solo hay un paso...

Brianda fue la única que captó el tono del énfasis que Neli puso en la palabra *bruja*. De todas las mujeres que conocía, Neli era la única que jamás la tomaría como un insulto, sino como un honor.

—No será para tanto —dijo.

—Pregúntale a Mihaela. —Se dirigió a esta—. ¿Qué te dijo el otro día tu amigo Zacarías?

Mihaela se sonrojó.

—Que en los asuntos del pueblo, los de fuera no deberían opinar —respondió.

—Ahí lo tienes. —El tono de Neli expresó decepción—. Mis hijos han nacido aquí, pero yo sigo siendo de fuera.

—Y yo ni te cuento... —añadió Mihaela con ironía—. Se me ocurrió defender a Neli y me dijo que quién conocería Rumanía sin Drácula.

Brianda se dirigió a su tía.

—¿Qué opinaba Colau? —Se preguntaba si los vecinos habían llegado a saber de ese Jayme de Cuyls que firmaba las ejecuciones. Tenía la impresión de que no.

Isolina tardó en responder.

—A él la parte folclórica no le llamaba lo más mínimo —dijo finalmente—. Le interesaban las fechas, los datos históricos y el porqué de los sucesos.

«Como a mí», pensó Brianda.

Neli se levantó y comenzó a recoger las cosas. Brianda la acompañó hasta la cocina. Una vez allí, le dijo:

—Comprendo tus sentimientos, Neli, pero también coincido con Isolina en que quizás tu reacción sea desproporcionada. ¿Qué más te da que se saque provecho de esta historia? Si sirve para conseguir que venga más gente y este valle apartado se anime un poco...

Por primera vez desde que la conocía, Brianda percibió un brillo furioso en los ojos oscuros de Neli.

—Por favor, Brianda, no me hables como si fuera una conservacionista radical que quiere vivir aislada en un lugar bucólico, porque no se trata de eso. ¿Sabes qué habría que hacer para aprovechar el descubrimiento y utilizarlo como modelo de justicia histórica?

Buscó un papel y un bolígrafo y anotó un nombre que Brianda leyó en voz alta:

—Anna Goeldi. ¿Quién es?

—*Era.* Es largo de explicar y no quiero ser descortés con Isolina y Mihaela. —Su tono seguía siendo airado—. Búscala en Internet y me comprenderás.

Una vez en Casa Anels, Brianda se dirigió al despacho de Colau, convertido ahora en su lugar de trabajo, y tecleó el nombre de la mujer en internet. Pronto comprendió por qué Neli tenía tanto interés en que supiera de ella. Leyó:

> Anna Goeldi, también Anna Göldin o Goeldin, conocida como la última bruja de Suiza, fue ejecutada por bruja en junio de 1782, a la edad de cuarenta y ocho años, en el pequeño cantón suizo de Glarus, donde tiene un museo dedicado a su memoria. Los últimos diecisiete años de su vida trabajó como criada para un tal J. J. Tschudi, un magistrado con aspiraciones políticas. Este la acusó de tener poderes sobrenaturales y de poner alfileres en el pan y la leche de una de sus hijas. En 1782 fue detenida y sometida a tortura, tras la cual admitió toda la retahíla de clichés propios de los procesos de brujería, incluido el hecho de haber pactado con el diablo, que se le había aparecido en forma de perro negro. Cuando la tortura terminó, se retractó de su confesión, pero fue torturada de nuevo y sentenciada a muerte por decapitación. Oficialmente fue acusada de envenenamiento en lugar de brujería, aunque la ley de ese tiempo no imponía la pena de muerte por intento de envenenamiento, y la hija del magistrado no había muerto. Durante el juicio, se evitaron las alegaciones de brujería y posteriormente se destruyeron los protocolos judiciales; por lo tanto, la sentencia no podía considerarse como una de juicio por brujería, pero en realidad, por eso la había acusado el tal Tschudi.

Brianda no se sorprendió al conocer la realidad histórica tras la acusación de brujería, pero sí pensó que la verdad solía ser más trivial que las conjeturas. La mujer no había sido asesinada como consecuencia de las supersticiones de un lugar montañoso y aislado, sino por poner en peligro a un infiel representante del poder. Por lo visto, el casado señor Tschudi había tenido un romance con su criada y cuando ella había amenazado con revelar el asunto al ser despedida, él la había denunciado. Entonces el adulterio era un crimen y su carrera y prestigio podían tambalearse. Brianda sintió pena por ella y por el dramático e injusto final de su vida.

Hasta ahí, su historia podía coincidir con la de miles y miles de víctimas de la intolerancia, el miedo o la injusticia. Continuó leyendo más páginas sobre la mujer hasta que entendió por qué Neli quería que conociera su historia. En el año 2007, el Parlamento suizo había decidido reconocer el caso de Anna como un error de la justicia. El representante de Glarus en el Parlamento había pedido la absolución de Anna, que fue otorgada en agosto de 2008 con el argumento de que había sido sometida a un juicio ilegal. Uno de los artículos describía el ambiente vivido en Glarus con motivo de esa «regresión» al pasado, tal como el periodista lo calificaba. Las opiniones habían estado divididas entre los que deseaban borrar esa mancha de su historia y quienes no aceptaban sentirse responsables por algo que había sucedido mucho tiempo atrás. No obstante, el nombre de Anna había sido finalmente rehabilitado.

Oyó unos arañazos en la puerta y se levantó para abrirla. Luzer entró con paso cansado y esperó a que ella se sentara para tumbarse cerca. Después de varios días llevándole la comida y el agua, Brianda se había decidido a soltarlo. Al principio no se movía del cobertizo, pero poco a poco comenzó a mostrar interés por su entorno hasta que una tarde se decidió a acompañarla en un paseo. A partir de ahí, la había aceptado como su nueva dueña.

—Qué mal te juzgué, ¿verdad, Luzer? —Brianda acarició su lomo. Su constancia había dado resultado—. No eras tan fiero como creía...

Aquella noche, como un puente intangible entre el mundo material y el psíquico, la conversación con Neli y las páginas sobre aquella mujer suiza la acompañaron en el lecho hasta que sus sentidos se abandonaron al sueño.

Brianda soñó que sus manos de adolescente sostenían una pluma que untaba en tinta y deslizaba luego por un pedazo de pergamino junto a la ventana de una habitación de paredes de piedra y suelo cubierto de pieles. Soñó que volcaba en las palabras que arañaban el rugoso papel su desconsuelo por la pérdida de Johan y de Corso y su rabia por las nuevas circunstancias que iban a alterar su vida, impidiéndole mantener el nombre de Lubich vivo. Como un largo lamento, el texto fluía a lo largo de páginas y páginas en el mismo tono lastimoso, afligido y quejoso. De pronto, un súbito golpe de viento arremolinado invadía la estancia, revolviendo los papeles a su paso, zarandeándolos antes de abandonarlos para que cayeran al suelo con la parsimonia de las hojas de los árboles en una tarde tranquila de otoño, y Brianda los recogía y comenzaba a escribir de nuevo. Como en un bucle, la escena se repetía tediosamente a la espera de una variación que nunca llegaba.

Nunca llegaba, pero *tenía* que llegar.

A la mañana siguiente, domingo, mientras desayunaba con su tía, Brianda pensó en el sueño que había tenido y no logró comprender su significado. Isolina le preguntó si la acompañaba a misa de doce y Brianda accedió, pero le pidió que salieran un poco antes porque quería hablar con Neli.

Brianda condujo el coche de Colau, que ahora empleaba ella, hasta la plaza de la parte baja de Tiles. Mientras Isolina se adelantaba a la iglesia, Brianda fue a casa de Neli. Jonás abrió la puerta y la hizo pasar al jardín, donde Neli, sonrojada, trasplantaba unas flores en compañía de sus hijos aprovechando que la lluvia había dado una tregua.

—Anoche leí sobre Anna Goeldi...

Neli la tomó del brazo y la apartó unos pasos para que no la oyeran los niños.

—Supongo —continuó Brianda— que te planteas conseguir la absolución de las mujeres ejecutadas por brujas aquí. Por lo que hablamos ayer, está claro cómo se posicionarían los vecinos del valle.

—¿Y tú? —le preguntó Neli—. ¿Me apoyarás en la petición al ayuntamiento y demás instituciones?

—¿Yo? No lo tengo claro. Por una parte, entiendo que quieran emplear la historia como gancho de reactivación económica...

Neli la miró con expresión de enfado.

—¡Una de tus antepasadas fue ejecutada injustamente y a ti te da igual...!

—Aquello sucedió hace tanto tiempo que...

Recordó entonces la necesidad de Colau de ocultar el nombre de Jayme de Cuyls. Para él sí tenía importancia en el presente algo que había sucedido cuatrocientos años atrás. Tal vez allí estuviera el origen de la mala fama de los de su casa. Él había vivido toda su vida con una mancha imborrable en su nombre. Recordó la maldición que le había contado Neli: los más

viejos decían que por donde pasaba uno de Cuyls se acababa la vida.

Como si le hubiera leído el pensamiento, Neli preguntó:

—¿Cómo te sentirás cuando veas brujitas de recuerdo con el nombre de Brianda? Nunca más serás Brianda de Anels. Serás Brianda, como la bruja.

Brianda se encogió de hombros.

—Yo no vivo aquí...

—Claro, crees que podrás regresar a Madrid y olvidarte de todo... —El tono de Neli se volvió agrio—. Eso ya no es posible. Lo sabes tan bien como yo.

—¿Y qué quieres que haga? —Brianda se puso a la defensiva.

—Si hay alguien que puede empezar a hacer algo por esas personas, o mucho me equivoco, o esa eres tú, Brianda. Tus sueños o visiones son tan reales como tus pensamientos. Al fin y al cabo, ¿no están dentro de ti? Debes seguir indagando hasta dar con la verdad de lo que sucedió. Dime qué pasó. Después, ya veremos si eres capaz de olvidarte de todos esos nombres.

Neli retomó sus labores de jardinería mientras las campanas comenzaban a tocar el último aviso para la misa. Brianda salió por la verja del jardín y caminó, pensativa, hacia la iglesia.

Dentro, se sentó junto a Isolina al lado de la capilla de la Virgen de Tiles. No pudo prestar atención a la ceremonia porque no podía quitarse de la cabeza las palabras de Neli entremezcladas con la imagen del único retrato conservado de Anna Goeldi, que mostraba a una mujer de facciones bien proporcionadas, mirada triste, pelo oscuro, ojos marrones y piel rosada. Por culpa de un romance, alguien poderoso la quiso apartar de su camino, acusándola de brujería como forma legal de matarla. Qué terrible. ¿Qué pasaría por su mente al ser interrogada por los líderes religiosos y políticos de ese pequeño lugar? Se estremeció al imaginarla colgada de los pulgares y con piedras atadas a sus pies. ¿Qué no confesaría ella si la torturaran?, pensó. ¿Qué sentiría al ponerse de rodillas en la plaza antes de que le cortaran la cabeza con una espada? ¿Cuál sería su último pensamiento? Inevitablemente, intentó comparar la historia de Anna con la de la Brianda de Anels que encabezaba el listado de Tiles y que en su mente se cruzaba con aquella a quien su padre le arrancaba una promesa sobre Lubich. Anna era una criada que había tenido un *affair* con su amo. Brianda era la hija de Johan de Lubich, dueño de un inmenso patrimonio. Anna era analfabeta...

Sintió un escalofrío.

En su sueño de la noche anterior, la joven Brianda escribía y escribía.

¡Ojalá pudiera leer aquellos escritos! ¡Qué frustrante resultaba percibir una idea como verdad sin pruebas físicas, lógicas y explicables! Qué ironía, además, que del caso de Anna Goeldi se conocieran tantos datos, mientras que del de Tiles, nada. Después de las ejecuciones, los miembros del Concejo del valle se habían limitado a añadir un listado a sus cuestiones cotidianas, como si quisieran pasar de puntillas sobre el tema sin grandes explicaciones. ¿Tan poco valor daban a la muerte de tantas personas? ¿O la vergüenza y el arrepentimiento los habían empujado a registrar simplemente el hecho y los gastos de verdugo? «Hay episodios de la historia que no deberían quedar dormidos», pensó entonces, comprendiendo por primera vez el interés de Neli por conocer lo sucedido. Al contrario; deberían regresar en forma de almas en pena o espíritus errantes hasta conseguir su descanso eterno.

Resopló mentalmente y paseó su mirada por la iglesia. Las mismas personas ocupando los mismos asientos de siempre. El sacerdote ante los andamios del retablo que estaba restaurando Neli. Los santos de las capillas sobre los altares de piedra. La inexpresiva Virgen de Tiles a su izquierda con su niño sin brazo y su diminuta llave oxidada colgando de una tira de cuero de su cuello...

Brianda apoyó la mano sobre el respaldo del asiento de delante y se entretuvo reconociendo con la yema y la uña del dedo índice una pequeña muesca en la madera. Su dedo encajaba perfectamente en el pequeño hueco, que acarició hasta que el corazón le dio un vuelco.

¿Cuándo había hecho eso mismo?

¿*Dónde* lo había hecho?

Su respiración se aceleró, pero en lugar de sentir temor ante la posibilidad de una nueva visión, como aquella que había sufrido la primera vez que había asistido a una misa en esa misma iglesia; en vez de percibir una desagradable sensación de irrealidad y distanciamiento, supo inmediatamente qué tenía que hacer y adónde ir.

Y comprendió su último sueño. Independientemente de la incógnita sobre las circunstancias que iban a alterar la vida de esa joven y misteriosa Brianda del pasado, había un mensaje claro. Como le sucedía a la tierra en invierno, el más profundo hastío la cubría inmediatamente justo antes de la eclosión de la primavera. El invierno se había apoderado de su espíritu durante meses, pero ahora se sintió ubicada en esa línea invisible que separaba el abatimiento de la revelación. Solo tenía que extender los brazos a ambos lados de su cuerpo para conservar el equilibrio y no caer al vacío, y cualquier paso que diera a partir de entonces, por corto que fuera, sería hacia delante.

27.

—¿La reconoces? —Brianda abrió la palma de su mano y le mostró a Neli una llave clásica del tamaño de un pulgar de niño.

Neli asintió.

—Claro, yo misma le quité el óxido. ¿Por qué la has cogido?

—¡Vaya bruja de pacotilla! —Brianda rio nerviosa—. Sé dónde está su cerradura y necesito tu ayuda.

—¿Ahora mismo? Quiero decir... —Neli, excitada por la llamada con la que Brianda le había asegurado que tenía una pista y que bajaba a su casa de inmediato, se contagió de la risa nerviosa de su amiga—. ¡Claro que quiero ayudarte! Pero dime algo más, porque no sé adónde vamos a ir a las once de la noche.

—A Lubich.

Neli se aseguró de que la puerta que comunicaba la cocina con el salón donde Jonás y sus hijos veían la televisión estuviera bien cerrada y bajó el tono de voz.

—Pero Corso todavía no ha regresado...

—Por eso. No se puede enterar, de momento. Sé exactamente, bueno, creo que sé exactamente lo que busco. ¿Sigue Jonás trabajando para él?

—Sí, y tiene las llaves de la casa si es lo que quieres saber.

Brianda suspiró aliviada.

—Entonces, ¿vienes conmigo? Si no voy ahora, no pegaré ojo en toda la noche, pero me da miedo ir sola.

—¿Has traído linternas? —preguntó Neli, y ambas rieron a la vez.

Neli le dijo a Jonás que Brianda la invitaba a tomar una copa rápida en el bar, para charlar de sus cosas. Cogió las llaves de Lubich y una chaqueta gruesa y se introdujo en el coche.

—No me puedo creer que vayamos a hacer esto —dijo cuando tomaron el desvío hacia Lubich, frotándose los antebrazos por nerviosismo más que por frío—. ¡Estoy sufriendo una regresión a la adolescencia! Por cierto, yo soy la miedosa y tú la imprudente. ¿Quieres conducir más despacio?

—Lo siento. —Brianda levantó el pie del acelerador del coche de Colau—. Es que estoy impaciente. No sé cómo explicártelo, pero he tenido un presentimiento. Me pedías que buscara algo dentro de mí y por casualidad, o por asociación de ideas, ¡qué sé yo!, he dado con algo. Pero una cosa te digo: si me falla la intuición, abandono.

—Sería una pena —murmuró Neli—, porque desde que te conozco, nunca te he visto tan

animada... —Guardó unos minutos de silencio antes de añadir—: Gracias. Siento haberme enfadado esta mañana, pero esto es importante para mí.

Brianda hizo un gesto de asentimiento con la cabeza.

—También para mí.

Detuvo el coche en la verja y esperó a que Neli localizara la llave de un pesado manojo a la luz de los faros y la abriera.

—La dejo abierta, ¿verdad? —preguntó Neli cuando regresó al interior del vehículo.

—Sí. No tardaremos mucho.

¡Qué extraño regresar a Lubich! Recordó la primera vez que se atrevió a cruzar sus bosques. Era un día precioso, sin nubes ni sombras sobre el despliegue de colores otoñales. Le había asombrado todo al entrar: la alta muralla de piedra, las macollas de la forja de las verjas, el musgo sobre las piedras, los grandes patios y los sobrios edificios. Y después de entregarse a Corso en la torre, había salido de allí desconcertada por su súbito apasionamiento y la aparición de su esposa, e inquieta por la culpabilidad de su infidelidad hacia Esteban, pero también consciente de que nada hubiera podido impedir que ella acariciara la cicatriz de la mejilla de quien entonces era un desconocido. Cuántas veces, en la soledad de su piso en Madrid, había rememorado la aspereza de las manos de Corso sobre su piel, el peso de su cuerpo sobre el suyo, el cabello oscuro balanceándose sobre su rostro... Y cuánto lo había echado de menos. Habían estado juntos tan solo una vez, y la huella del recuerdo ardía todavía como si él la hubiera marcado con fuego.

Recorrieron el camino empedrado hasta la explanada donde se erguía Lubich. Instintivamente, ambas cruzaron una rápida mirada. La húmeda oscuridad impresionaba más todavía al distinguir los volúmenes de la casa en medio de una neblina. Brianda detuvo el vehículo frente al portalón y decidieron dejarlo allí, pero no apagó el motor hasta que abrieron una de las enormes hojas. Entonces utilizaron las linternas.

En el silencio de la noche, los sonidos de sus pisadas reverberaban ocupando todo el espacio más allá de sus pies. Algún ruido impreciso surgía puntualmente en forma de chasquido o crujido. Brianda se sentía incapaz de levantar la mirada del suelo. Cuanto más se adentraban en el patio principal, mayor era el nudo en su estómago. Recordó entonces una escena en la que un hombre, ese Johan, angustiado, miraba a su hija balanceándose sobre el vacío en lo alto de la torre. Recordó el desaliento en su mirada cuando se despidieron, antes de que el cuerpo de ella se rasguñara contra las paredes de la estrecha escalera al descender de la torre, antes de que el cuerpo de Johan se estrellara contra las rocas...

Un estremecimiento la hizo temblar e instintivamente se cogió del brazo de Neli.

—¿A qué tienes miedo? —le preguntó esta—. ¿Apariciones? ¿Fantasmas arrastrando cadenas? ¿Duendecillos invisibles y traviesos?

Brianda no contestó y Neli lo tomó como una prueba de asentimiento.

—El miedo es psicológico. Te lo demostraré. —Apagó su linterna y pidió a Brianda que hiciera lo mismo con la suya—. Si estás predispuesta, en ese rosal trepador verás la sombra de un hombre. ¿No distingues sus piernas entreabiertas para equilibrar el disparo de su arcabuz? —Señaló el alero tallado del edificio principal—. ¿Y los dibujos de esos caños? ¿No parecen

grotescas y deformes gárgolas a punto de saltar sobre ti? —Hizo una pausa y bajó la voz—. ¿Y esos maceteros a ambos lados de la puerta de la casa? No distingo qué flores son, pero parecen los dientes afilados del diablo acechándonos... —Se calló de repente—. ¿Escuchas eso? ¿Son los relinchos y los golpes de los pies y manos del caballo de Corso en las caballerizas o las patadas y roncos balidos de un macho cabrío?

Brianda no se sintió mejor. Las descripciones de Neli eran bastante certeras. Le dio un manotazo en el brazo.

—¡Vale ya! —No quería imágenes negativas de Lubich. Ella quería que fuera el lugar de sus ilusiones felices con Corso.

—La sugestión es terrible, Brianda. Por culpa de ella han muerto miles de personas. Imagínate hace cuatrocientos años, sin luz. En cada sombra estaba la presencia del diablo. ¿No jugabas de niña a ponerle caras a las grietas del techo? Al final todas eran de monstruos, demonios o extraterrestres, nunca de chicos guapos, lo cual demuestra la inclinación natural de la mente por lo morboso.

Como si deseara recibir la energía positiva de la madera que la separaba del interior del edificio, Brianda apoyó suavemente sus manos en la puerta de la entrada bajo el dintel donde aparecía el nombre de Johan de Lubich y la fecha de 1322. Recordó entonces que Corso había encontrado la piedra y la había colocado allí, y se preguntó quién, cuándo y por qué la habría arrancado.

Mientras Neli buscaba la llave, cerró los ojos y visualizó lo que encontrarían al entrar. El enorme zaguán, la impresionante escalera, las puertas recias de los salones, la decoración excesiva, el pequeño despacho. Su respiración se aceleró. Presentía que estaba muy cerca de encontrar algo.

—¡Date prisa! —suplicó.

Neli abrió por fin y Brianda la guio sin dudar por los salones hacia el destino deseado.

—Veo que Corso te enseñó bien la casa —dijo Neli en tono bromista—. ¿Te puedes creer que yo nunca había estado dentro? Me encantaría curiosear un poco. ¿Y si damos la luz? —Ella misma se respondió—: Mejor no. Alguien la podría ver y no sé cómo explicaríamos este lío. Vaya, debo admitir que ahora sí tengo miedo de que nos pillen...

Brianda aceleró el paso no por miedo, sino por el nerviosismo que le producía saberse tan cercana a su objetivo. Abrió la puerta que conducía al despacho donde se había sentido mal, justo antes de que Corso la invitara a subir a la torre. Deslizó el haz de luz de su linterna por la estancia, dejó su bolso y las llaves del coche en una mesa en el centro, y enfocó hacia la pequeña arquilla sobre la mesa de patas torneadas que estaba en la pared del fondo.

—Neli, me apuesto lo que quieras a que en una esquina de la parte interior de la tapa tiene grabada una ramita de boj.

La abrió y enfocó la linterna. Ahí estaba la marca del carpintero.

—¡Como la del confesionario de Besalduch que me dijiste!

—La hizo el mismo carpintero...

Brianda deslizó los dedos por las minúsculas piezas de hueso y boj que decoraban los cajoncitos antes de detenerse en la portezuela escoltada por pequeñas columnas. Su mano tembló

al abrirla y tuvo que inspirar hondo para tranquilizarse antes de acariciar el interior del compartimento en busca de la muesca que —estaba convencida— tenía que corresponder a una diminuta cerradura.

—¡Ahí esta! —murmuró.

Extrajo la llave de la Virgen de Tiles del bolsillo del pantalón y con todo el cuidado del mundo la introdujo en la muesca. La llave encajó perfectamente. La giró hacia la izquierda y se oyó un ruidito seco y súbito, como si la madera se abriese. Brianda estiró la llave hacia atrás y el movimiento hizo que las paredes interiores del compartimento se desplazaran y se plegaran a un lado, como si estuvieran unidas por invisibles bisagras.

—¡La linterna, Neli! —urgió.

Neli se acercó y Brianda se inclinó para recoger con sumo mimo aquella información que las yemas de sus dedos enviaban a su cerebro.

Brianda sintió deseos de llorar al retirar los pliegos de papel que se desprendían de las paredes interiores de ese lugar secreto. Ella los había localizado después de permanecer ocultos durante siglos. Su mente se negaba a sopesar alguna otra posibilidad. No podía existir otra llave. Nadie los había leído antes. Ni siquiera Corso. Era ella quien los sacaba a la luz.

Como si fuera el más frágil de los tesoros, depositó los legajos sobre la mesa donde había dejado el bolso y las llaves del coche. A su lado, Neli también contenía el aliento, pero esperó a que fuera Brianda quien comenzara a leer. Dejó que los minutos pasaran en silencio antes de preguntar intrigada:

—¿Alguna idea de qué pueden ser?

Brianda suspiró presa del desaliento.

—Con esta luz me cuesta entender la letra. Y yo no sé leer caligrafía antigua. Todos los documentos de Colau están transcritos. Solo capto palabras sueltas. Deberíamos irnos a casa y leerlos tranquilamente.

—Déjame a mí —pidió Neli impaciente—. Yo sí que sé. Un vistazo rápido y nos vamos.

Tomó un pliego y deslizó la luz de la linterna desde el principio, acompañando el recorrido del haz con murmullos entrecortados. Luego pasó varias hojas, tomó otro pliego y repitió la acción.

—¡Neli! —Brianda no podía aguantar más sin saber qué era lo que había encontrado.

Su amiga soltó un largo resoplido y sacudió la cabeza.

—No es fácil. Son anotaciones sueltas escritas por la misma persona. Creo que es algo así como un diario...

Brianda emitió un grito de triunfo. ¡Un diario! Iba a preguntarle a Neli si podía distinguir algún nombre o alguna fecha cuando la puerta se abrió de golpe, las luces se encendieron y la voz grave y contrariada de un hombre gritó:

—Pero ¿qué...?

Brianda cerró los ojos y se encogió.

No había deseado otra cosa en todo ese tiempo que volver a ver a Corso.

Y ahora, en esas circunstancias difíciles de explicar, se sintió incapaz de mirarlo.

28.

Ninguno de los tres pronunció una sola palabra.

Brianda entreabrió los ojos y se centró en las botas de cuero de Corso, que no se había movido del quicio de la puerta. Aunque no podía ver su rostro, ella sentía que la miraba atónito y enfadado. Alzó la vista ligeramente por sus tejanos hasta la cintura y luego por su camisa hasta el pecho. A medida que ascendía por ese cuerpo que tanto había echado de menos, su vergüenza aumentaba. Pero no se atrevía a mirarlo a los ojos.

No podía sentirse más abochornada. Intentaba encontrar una excusa que explicase su actuación, pero no se le ocurría ninguna. Dudaba si lanzarse y contarle la verdad, pero aparte de su intuición inspirada en ideas esotéricas no tenía otros argumentos que esgrimir. De todos modos, ni siquiera la prueba palpable de que su presentimiento había resultado ser cierto podía justificar el allanamiento de una morada ajena. ¿Por qué él no decía algo? ¿Por qué no mostraba su mal humor o su decepción al descubrirlas? Tenía todos los motivos del mundo para ello. Recordó la última vez que lo vio desde la ventana de su habitación, a lomos de su caballo, con la lluvia golpeando su rostro crispado. No se habían despedido y ahora tampoco se saludaban. Se había imaginado cientos de maneras novelescas de reencontrarse con él y, en todas, sus miradas convergían al instante, sus corazones latían desbocados y ambos se apresuraban a fundirse en un largo, cálido y silencioso abrazo antes de borrar con caricias los reproches por la larga separación. Sin embargo, la realidad no podía ser más diferente de la fabulación. Contuvo las ganas de echarse a llorar por no parecerle más estúpida e infantil todavía y maldijo su suerte. De todos sus sueños, Corso era el dorado, y pensar que tendría que retenerlo en el mundo de la representación fantástica le produjo una terrible desazón.

Dirigió la vista hacia Neli, murmuró un «lo siento» y huyó de allí. Necesitaba alejarse de ese despacho, y no solo por cobardía o vergüenza, como probablemente pensarían los otros, sino también por eludir la atenazadora angustia que comenzaba a oprimir su pecho. Pasó junto a Corso procurando no rozarle, cruzó el vestíbulo, salió al patio, giró a la izquierda y se dirigió a la parte trasera de la torre. Sin dudar, caminó en la oscuridad por un estrecho sendero, como si sus pies hubieran pisado mil veces esas piedras del suelo y sus manos se hubieran apoyado otras tantas en las de las paredes.

Cuando el ruidito seco e intermitente de un guijarro se alejó de ella hacia abajo y no hacia adelante, se detuvo. Entonces, una sensación de vacío en el estómago le indicó que se encontraba al borde de las fauces de un precipicio.

Dentro de la casa, Neli decidió enfrentarse a la embarazosa situación, ya que Brianda no se había atrevido. La reacción de su amiga había sido desmesurada, pero podía imaginarse cuáles eran sus sentimientos: una mezcla de bochorno, frustración y temor a haber defraudado a Corso.

—No esperábamos que vinieras de noche... —comenzó a decir. No tenía muy claro cómo plantear el tema, pero según fuera respondiendo Corso le daría más o menos información.

—Siento mucho estropear vuestros planes —repuso él con ironía—. Entráis a oscuras, mi escritorio está abierto, ocultas algo a tu espalda y Brianda ha huido. Me cuesta creer que estéis robando, pero solo el hecho de que curioseen entre mis cosas sin permiso me resulta irritante.

—Antes de que saques conclusiones equivocadas —dijo Neli con calma—, deja que te explique. A raíz de unos datos aparecidos en unos documentos hemos seguido una pista que conduce hasta este mueble.

—¿Es alguna *gimcana* nocturna o algún juego de esos de rol? —Corso se acercó y mantuvo el tono sarcástico.

Neli dio un paso atrás, intimidada por la envergadura del hombre y la visión de la agresiva cicatriz a la que todavía no se había acostumbrado, mientras pensaba en las regresiones de Brianda en las que revivía a una joven del siglo XVI. Decidió aprovechar la comparación: al fin y al cabo, en los juegos de rol, los jugadores desempeñaban una determinada personalidad, interpretando un personaje que normalmente no hacían.

—Sí. Se parece a un juego de rol.

—¿Y qué papel juega Brianda?

Neli se sonrió al darse cuenta de que solo le interesaba la información que tuviera que ver con Brianda.

—Mejor que te lo cuente ella.

—¿Y habéis encontrado lo que buscabais?

—No estamos seguras.

—¿Quieres decir que os he interrumpido?

—Más o menos.

—¿Y quién os ha organizado esta aventura en concreto?

—Todavía no lo sabemos.

Corso soltó una carcajada y Neli supo que no se había creído ni una sola palabra de lo que le estaba contando, por mucho que se hubiera esforzado por que su rostro no mostrara ningún signo de que estuviera mintiendo, entrecerrando los ojos antes de emitir las enigmáticas y vagas respuestas. Sin embargo, por lo que fuera, Corso parecía decidido a seguirle el juego.

—Solo tu marido tiene las llaves de esta casa, luego solo puede haber sido él, a no ser que se las preste a cualquiera...

Neli se puso seria.

—Te doy mi palabra de que Jonás vigila bien Lubich. Cogí las llaves sin que se diera cuenta. Te pido que no le digas nada. —Sonrió brevemente—. En teoría estamos en el bar.

—No diré nada —la tranquilizó Corso—. Entonces, ¿no me vas a decir qué son esos papeles que escondes detrás de ti?

—Las instrucciones para continuar —improvisó Neli.

—De acuerdo. —Corso levantó las palmas de las manos fingiendo una actitud de derrota—. No quiero que desveles ningún secreto que impida que gane tu equipo. Pero dime una cosa... ¿Estaba actuando Brianda cuando salió de aquí como si hubiera visto al mismo diablo?

Neli se quedó pensativa unos segundos, al cabo de los cuales respondió con firmeza:

—Ve con ella. Tal vez me meta donde no me llaman, pero contigo ella es incapaz de actuar. Contigo siempre está la verdadera Brianda.

Las luces del exterior se encendieron y Brianda oyó que Corso la llamaba a lo lejos, pero no respondió. Su voz se hizo más potente a medida que se acercaba por el pasadizo que ella había atravesado unos minutos antes, y más insistente cuanto más se aproximaba por el estrecho sendero que bordeaba la base de la torre.

—Te empeñas en alejarte de mí sin despedirte —dijo Corso cuando distinguió la figura de Brianda en el tenue cerco de luz de una farola de forja. Se acercó despacio y la observó unos instantes en silencio.

Brianda sintió sus ojos recorriendo su cuerpo, desde su cabello hasta sus pies, como si la evaluara después de tantos meses sin verse. Se preguntó si aprobaría el examen. Se giró por fin y lo miró, consciente de que sus ojos y su nariz mostraban restos de llanto.

—Lamento mucho esta situación. Me duele suponer lo que habrás pensado. No deberíamos haber venido. La idea fue mía. —Como si hubiera ensayado lo que tenía que decir, habló de corrido, con las mandíbulas apretadas para controlar el temblor de su voz.

Corso se entretuvo deslizando su mirada por su rostro con lentitud antes de responder:

—Todavía no sé qué tengo que pensar. Si deseabas ver la casa otra vez con mayor detenimiento, solo tenías que pedírmelo...

Brianda se sonrojó. No sabía si en las palabras de Corso había una invitación verdadera o una alusión al primer encuentro en Lubich.

—Neli me ha explicado algo de un juego de rol, pero no me ha querido decir cuál es tu papel —añadió él al ver que ella no decía nada.

Las cejas de Brianda se arquearon ligeramente. El tono de Corso ya no era ni irónico ni resentido; tal vez ligeramente escéptico. Agradeció mentalmente la habilidad de su amiga para que ambas salieran airosas de la situación. Podía no mentir sin decir abiertamente la verdad. Se irguió y dijo:

—Soy una joven de finales del siglo XVI. A mi padre lo acaban de asesinar los enemigos del conde para vengarse de él por la muerte del líder de los rebeldes. —Hizo una pausa—: Ahora yo soy la heredera de Lubich.

Corso se inclinó sobre ella.

—Me gusta la idea de que quieras imaginarte como dueña de este lugar —susurró burlón—. Y dime: si yo quisiera jugar..., ¿cuál podría ser mi personaje?

—El soldado extranjero que se convierte finalmente en el señor de Anels.

Brianda contuvo el aliento. Si Corso se acercara un centímetro más, se lanzaría a sus brazos y

comenzaría a besarlo.

Corso sonrió astutamente.

—Interesante. ¿Y a qué se debe ese cambio de propiedades? ¿Quién diseña todo este montaje?

—Todavía no lo sé.

—Ya... —El tono de la voz de Corso cambió—. Ahora en serio: me molesta mucho que hayáis entrado en mi casa a escondidas pero si no quieres explicármelo...

—Sí quiero, pero todavía no... —Brianda sopesó cómo continuar, antes de añadir—: Encontramos unos papeles en el escritorio que me interesan mucho.

Corso frunció el ceño.

—¿Los que intentaba ocultar Neli? —preguntó—. Que yo sepa, los cajones de esa arquimesa están vacíos.

—Todos no.

—¿Y por qué te interesan tanto?

—¿Podría responderte después de haberlos leído?

Brianda deseó poder decirle la verdad, pero ni en sueños se atrevería. Le estaba resultando muy difícil conseguir su objetivo sin evitar que la curiosidad de Corso aumentase por momentos. Este entornó los ojos.

—Muy bien —accedió—. Pero primero tendrás que pedírmelos. ¿Qué harías por conseguirlos?

—¡Lo que quieras! —respondió ella, demasiado impulsivamente. Ni por un segundo se le había pasado por la imaginación que tuviera que dejarlos allí.

Los ojos de Corso brillaron.

—Te pido esta noche.

Brianda parpadeó varias veces mientras trataba de normalizar su respiración. Le estaba pidiendo que pasara la noche con él. Eso solo podía significar que había regresado sin aquella mujer. Sabía, desde el momento en que lo había visto acercarse a ella con su camisa azul marino sobre una camiseta blanca, el cabello negro alborotado y los ojos cansados del viaje, que a la menor insinuación, al gesto de acercamiento más insignificante o a la palabra de invitación más sutil, ella se aferraría, se abandonaría, olvidaría su conciencia y enterraría cualquier sentimiento de culpa. Se olvidaría de Esteban y del hecho de que Corso estuviera casado. Sin embargo, ahora que su propuesta era clara, sus miedos y su vergüenza al ser descubierta y su desazón al sospechar la decepción de él se diluían, pero la sensación de estar cometiendo una falta grave no. El deseado momento del largo, cálido y silencioso abrazo podía estar cerca y no serían ni los brazos de Esteban alrededor de ella ni los de su esposa alrededor de él los que se entrelazaran.

Por más que deseara dar rienda suelta a la alegría que embargaba su corazón, aceptó con cautela.

—Me quedaré un rato...

Corso tomó su mano y la sostuvo entre las suyas, jugueteando con sus dedos, antes de susurrarle:

—Suficiente.

Brianda saboreó ese instante de paz al borde del abismo que se abría ante ellos. Lo había echado tanto de menos que aún podía sentir el dolor sufrido en todos esos meses de separación. No sabía cómo continuaría su historia, si es que existía alguna posibilidad de que continuara más allá de ese par de encuentros fugaces, ni si sería capaz algún día de confesarle toda la verdad sobre sus confusas vivencias del pasado, su depresión, su desasosiego, sus miedos e incertidumbres, ni si él querría escucharla. Se extrañó de la velocidad de sus pensamientos. ¡Si apenas se conocían! Y él estaba casado... Una cosa era desear a alguien, idealizarlo, anhelar su posesión en abstracto y deleitarse en la idea concebida aunque fuera solo después de un único encuentro, y otra enfrentarse a la realidad, práctica, cotidiana y convincente en su materialidad. No sabía si su matrimonio era feliz o desgraciado. Y ella estaba con Esteban... Tal vez ambos necesitasen un descanso en un momento de crisis. No. Esa explicación le resultaba insuficiente. Para ella, su atracción por él traspasaba toda racionalidad. Solo deseaba que Corso permaneciera siempre a su lado, comprendiéndola como era, amándola sin cuestionarla y apoyándola en su búsqueda, fuera de la naturaleza que fuese.

—Te agradezco que no me presiones para que te cuente lo que todavía no sé —le dijo—. Espero que no te resulte demasiado extraño.

Corso apretó su mano con más fuerza y tiró de ella para indicarle que regresaran a la casa.

—Si te soy sincero, estoy más que intrigado —dijo—. Pero lo que me parece verdaderamente increíble es que hayas llegado hasta aquí sin matarte en la oscuridad. Todo lo demás, hoy no importa.

Una nota sobre la mesa donde Brianda echó de menos las llaves de su coche los avisó de que Neli se había marchado. Mentalmente, Brianda agradeció la intuición y discreción de su amiga.

—Los papeles no están —dijo Corso—. ¿Por qué se los ha llevado Neli?

—Tiene que transcribirlos para mí. Están en dialecto antiguo.

Corso hizo un gesto de curiosidad, pero no hizo ningún comentario sobre ello. La informó de que iba a por una botella de vino y la dejó sola unos minutos. Brianda aprovechó para cerrar el compartimento secreto de la arquimesa. Desplegó las paredes del pequeño habitáculo e intentó sacar la llave, pero no pudo. Repitió la acción varias veces, aplicando algo de fuerza y golpes secos, con el mismo resultado.

—Ten cuidado —le pidió Corso desde la puerta—. Es una pieza frágil.

Dejó las copas y la botella en una mesita junto a un mullido sofá tapizado en color burdeos y se acercó.

—Quería dejarlo como estaba, pero no puedo —explicó Brianda.

Corso metió la mano en el compartimento, que encontró diferente. El pequeño espacio parecía mucho mayor y entre las nuevas paredes y el hueco palpaba unas pequeñas persianas verticales plegadas a tramos. Frunció el ceño.

—Vaya, no sabía que hubiera un escondite secreto. ¿Cómo lo has abierto?

—Con esta llave... —Brianda guio su mano— que ahora no quiere salir.

—¿Y dónde estaba la llave?

Brianda se ruborizó. Se sintió tentada de mentirle, pero eso sería un mal comienzo.

—¿Recuerdas el día que me enseñaste la casa?

Corso asintió.

—Noté una pequeña muesca en el interior del escritorio —continuó ella—, como una pequeña cerradura. Por casualidad, el otro día en la iglesia me fijé en que la llave que cuelga de la talla de la virgen podría encajar y así ha sido. Supongo que estos cierres antiguos se abren con cualquier cosa...

—Es posible, sí —accedió Corso—. Entonces, aquí encontraste esos documentos... —Perplejo, sacudió la cabeza—. ¿Quién los pondría allí?

Brianda se encogió de hombros. Una respuesta descabellada cruzó su mente. ¿Y si hubiera sido ella misma, cuatro siglos atrás?

Corso se inclinó hacia el mueble y forcejeó con las paredes del lugar secreto de su interior, pero estas se negaban a retornar a su posición original. Deslizó su mano por los contornos y topó con un obstáculo.

—Parece que hay algo enganchado en uno de los rieles. —Tiró de un extremo y oyó un débil sonido metálico—. Es como una cadena. —Cogió un abrecartas de un cubilete que había sobre la mesa y lo empleó para hacer palanca—. ¡Ya sale! —El objeto arañó la madera con pereza antes de que Corso lo cogiera y anunciara—: Parece un colgante.

Brianda tuvo que esforzarse por contener un grito. Corso abrió la mano y ante ellos apareció una delicada joya ovalada de cristal enmarcado en plata oscurecida.

—Un relicario. —Corso se lo acercó a los ojos para estudiarlo—. Es precioso. ¡Y muy antiguo! Su propietario tenía buen gusto. Pero no veo ninguna imagen sagrada. En realidad son...

—Flores de nieve... —musitó Brianda.

Corso clavó su mirada en ella.

—¿Cómo lo sabes?

Ella no respondió. Alzó la mano y cogió la joya con ternura. En silencio se deleitó contemplando su belleza extraña y sosegada, olvidada durante siglos en la oscuridad del tiempo. Cerró los ojos e imaginó a una joven muchacha vistiéndose con sus sayas y su jubón, recogiéndose el largo cabello en una trenza y adornándose con unos pendientes antes de colocar el relicario sobre su pecho.

Corso la observó. En el rostro de la joven había ahora una expresión de placidez, de alegría contenida pero de complacencia plena, como si se hubiera reencontrado con un ser querido después de una dolorosa ausencia o hubiera logrado un éxito largamente deseado.

Cogió el relicario, extendió el cordón de plata y lo pasó por la cabeza de Brianda.

—Te queda muy bien —dijo lentamente—; como si lo hubieran hecho para ti.

Brianda acarició su mejilla con exquisita dulzura. Por primera vez en mucho tiempo no sintió que las lágrimas quisieran llenar sus ojos ni ninguna opresión en su interior. Por el contrario, su mirada era clara y firme; su respiración, tranquila, y la percepción de sí misma, serena. Supo que esa noche no la pasaría con él, y tal vez tampoco los próximos días, pero una corazonada le decía que todo y cualquier tiempo sería para él. Ahora que había encontrado ese relicario, podía ampliar la franja temporal hasta donde su mente y su corazón la llevasen. Una indefinida

sensación de certeza la embargó, impulsándola a verbalizar una decisión que en otras circunstancias sería completamente inexplicable:

—Tengo que marcharme. Hay algo que debo hacer.

Nada podía ser más importante que estar con él. Nada podía haber más urgente que entregarse a él. Sin embargo, algo le decía que si había esperado tanto tiempo a reencontrarse con él, podría soportar un poco más. Tal vez no tuviera otra ocasión como aquella. Tal vez para él ella no fuera sino una aventura pasajera, pero pasara lo que pasase, Brianda sabía que Corso era el hombre de su vida. Ella lo amaría siempre, aunque él no la correspondiera. Sus sentimientos eran mucho más fuertes que la razón y la lógica. Viviría con ello el resto de su vida.

Corso comprendió que su deseo era firme. Asintió con la cabeza y dijo:

—Ensillaré a Santo.

El honor. El mundo de los sueños. El amor eterno que nunca se secará...

La mano de Brianda se aferraba a las flores de nieve de su relicario mientras leía, con Luzer tumbado a sus pies, las transcripciones que le iba entregando Neli puntualmente cada tarde.

Al calor del mismo sol que había dorado los campos de trigo, centeno, cebada y avena durante siglos, Brianda evaluó su percepción del tiempo. ¿Cuándo comenzaba su verdadera vida? ¿Hacía casi treinta y ocho años? ¿Tal vez el verano anterior, cuando las primeras pesadillas habían aparecido para guiarla hasta Tiles? El reloj de su muñeca marcaba la duración de todos los hechos de su pasado; los cambios de estación año tras año hasta la fecha de su cumpleaños, el primer día de mayo; la distancia que separaba la espera del deseo cumplido, el plan del objetivo logrado, la impaciencia de la celebración. El reloj de su corazón, no obstante, le hablaba de perpetuidad sin principio, sucesión ni fin; como si su vida fuera interminable; como si se expandiera a través de siglos y edades; como si pudiera perdurar más allá de la muerte.

Eterna y perpetuamente...

¿Cuántas almas se habrían vendido al diablo a cambio de esas dos palabras?, pensó cuando terminó la lectura al cabo de una semana.

Tal vez Isolina lo habría hecho simplemente por una tarde más con Colau.

¿Y qué no haría ella por la duración indefinida de su vida si le hubiera pasado aquello? Y eso que no lo sabía todo, porque el diario terminaba abruptamente planteándole otros interrogantes...

Pero solo con lo que había leído, tenía claro que haría como la joven que había dejado escritas, sobre páginas de pergamino, pinceladas de sus miedos, sus dudas, sus odios y sus anhelos.

Pensaría las palabras precisas y las pronunciaría con la absoluta convicción de que, traspasando los límites de la razón, del entendimiento, de lo cognoscible y de lo perceptible, hurgaría en mentes ajenas, inquietaría corazones, se apoderaría de cuerpos sanos y los abandonaría descompuestos en un eterno retorno, en una incesante repetición, hasta dar por fin con aquel a quien le anunciaría:

—Regreso a tu piel.

29.

Año 1587

—Han pasado ya varios meses. Es hora de que recuperes tu vida.

Marquo dejó de caminar de una punta a otra de la gran sala de Lubich y se sentó en una silla junto a Brianda, frente a la chimenea de piedra donde ardía un enorme tronco de fresno. Extendió las manos hacia el fuego para calentárselas. El año había comenzado con la misma furia invernal que desde hacía semanas envolvía Tiles en una persistente borrasca de viento y nieve que se colaba por todos los resquicios y hendiduras a su paso por las viviendas.

—Respeto tu luto —continuó—, pero me gustaría tener una confirmación de tus intenciones. Si las cosas hubieran sido de otra manera, tú y yo ya estaríamos casados hace tiempo.

Brianda se incorporó ligeramente en su silla sin apartar la vista de las llamas.

—Si ellos vivieran...

Dejó la frase incompleta. Cuando se refería a ellos, aunque nadie más lo supiera, pensaba no solo en su padre Johan de Lubich y en Nunilo de Anels, muertos como consecuencia de la toma de Aiscle el abril anterior, sino también en Corso, a quien le había prometido que no se casaría con Marquo y que lo esperaría. Se lo había dicho poco antes de su partida a la tierra baja, adonde había acompañado a Surano en un ataque contra los moriscos con el compromiso de regresar con refuerzos de apoyo para don Fernando. Después, una breve carta había anunciado su muerte. Cada vez que visualizaba su rostro y rememoraba su voz y sus caricias, un insoportable dolor se clavaba en su pecho. Se había sentido tan desolada por la ausencia de Corso que, durante meses, se había negado a admitir que hubiera muerto. Con frecuencia soñaba que reaparecía de repente, pero el nuevo día le confirmaba lo absurdo de sus deseos. Nunca podría olvidarlo. Su vida no sería la misma sin él.

—Todo por culpa del conde. ¿Y dónde está él ahora? Sus muertes no sirvieron para nada...

—No le des vueltas a eso... —dijo Marquo sin mucha convicción.

Brianda llevaba algo de razón. Don Fernando había actuado con demasiada benignidad, echando tierra sobre los no tan lejanos sucesos turbulentos. Si hombres tan válidos como su padre o el de Brianda todavía vivieran, pensaba a menudo, el conde no se hubiera atrevido a tratar a los rebeldes con tanta indulgencia ni él se hubiera visto obligado a firmar, con desagrado, la libertad de tantos indeseables por su cargo como justicia del condado. Y para colmo, desde la toma de Aiscle, el conde no había vuelto por esos lugares cuando su presencia era más necesaria que nunca, dejando la responsabilidad del gobierno en manos de Pere de Aiscle, quien solo

disponía de cincuenta lacayos y soldados para recorrer todos los pueblos y garantizar una tranquilidad que no era tal. Quedaban muchos lugares en el condado donde no se aceptaban las insignias del conde y era preciso lanzarse sobre la población con la fuerza de las armas, aumentando así la mala fama de que los condales, como él, cometían abusos y fechorías, robaban en las casas y forzaban a las mujeres. La tierra seguía alterada. Unos y otros cambiaban el boj por la aliaga y viceversa a conveniencia y, aprovechando el desconcierto, los bandoleros se habían adueñado de los caminos, los pueblos y las haciendas. Ya no había ningún rincón seguro.

—¿Qué te preocupa? ¿La amenaza de nuevos movimientos rebeldes? —Marquo tomó la mano de Brianda—. Nunca más volverán a Lubich, te lo prometo. Y sé que don Fernando acabará con todo esto. Pere me ha dicho que está en Francia organizando una fuerza con la que dominar la situación del condado. Si me tuvieras aquí todos los días, haría que te sintieras más segura.

Brianda dejó que Marquo jugueteara con sus dedos. El contacto de su piel no le desagradaba, pero tampoco encendía su corazón. Simplemente, la dejaba indiferente. Sabía que tarde o temprano su matrimonio con él sería una realidad y, aunque no le supusiera una gran ilusión, era consciente de que él tenía razón. Su preocupación no tenía nada que ver con la decisión de pasar el resto de su vida junto a Marquo, ni con los ataques de los insurrectos que continuaban activos tras la muerte del cabecilla Medardo.

Su intranquilidad provenía de la certeza de que el enemigo ya estaba en Lubich.

Se había sentido tan abatida desde la muerte de Johan que sus sentidos habían permanecido aletargados durante meses, funcionando lo justo para mantenerla viva. Ahora que volvía a prestar atención a los estímulos del exterior, su instinto le decía que había abandonado la casa a su suerte.

Retiró la mano de las de Marquo y acarició el anillo que Johan le había entregado antes de ser asesinado. Había enrollado una fina tira de cuero para empequeñecer el aro y poder lucirlo en el dedo corazón de la mano derecha, y nunca se separaba de él. Ese pequeño objeto le recordaba cada día la petición de su padre. Por muy profundo que fuera su dolor, tenía una gran responsabilidad por la que continuar viviendo. Y, después de todo, podía sentirse afortunada: Marquo no la había abandonado. Cada semana acudía a visitarla, esperando con loable paciencia a que ella reaccionara y mostrara ilusión por algo. Sabía que tras el deseo del joven se escondía un interés por ascender socialmente, pero nunca lo había ocultado. El mismo día que la besó por primera vez en el castillo de Monçón, le dijo que el único destino posible para un segundón como él si no encontraba una heredera con la que casarse sería el de marcharse de Tiles. Desde que el conde lo nombrara justicia del condado su situación había mejorado gracias al sueldo que recibía por sus intervenciones, pero no era suficiente. Convertirse en amo de Lubich no le evitaría problemas ni situaciones desagradables, pero le aseguraría su futuro. Y a ella el suyo. No era un mal trato.

—Quédate a comer, Marquo —dijo—. Hoy mismo hablaré con mi madre. Ya he esperado demasiado.

Elvira no puso ninguna objeción y dio instrucciones a Cecilia de que preparase la mesa en la sala y echara abundante leña al fuego.

—¿Por qué preparas la mesa para cuatro? —preguntó Brianda, extrañada también del cuidado que ponía Cecilia en que todo estuviera perfecto. Había extendido el mantel preferido de su madre y había dispuesto la vajilla de loza fina, la cubertería de plata y las copas de cristal que Johan había traído de uno de sus viajes a Francia. Como la mesa de la sala era muy grande, Cecilia había empleado solo uno de los extremos, situando a los comensales en parejas, una frente a la otra.

—Doña Elvira me ha dicho que esperaba una visita —respondió Cecilia nerviosa—, y que si me equivocaba en algo me encerraría en la bodega.

A Brianda le extrañó que su madre no le hubiera comentado nada sobre esa visita. En silencio, corrigió la posición de los tenedores. Elvira solía cumplir sus amenazas, y más si tenían que ver con la joven gitana cuya presencia nunca había aceptado de buen grado.

—¡Otra vez te ha salvado Brianda! —bromeó Marquo, que había retomado sus paseos impacientes por la sala.

Brianda le lanzó una divertida mirada. Marquo se sentía tan satisfecho por el inminente anuncio de su boda que no lo podía ocultar. En sus otros viajes a Lubich, apenas había cruzado un par de palabras con Cecilia.

La puerta se abrió y entró Elvira, con su mejor falda y corpiño oscuros, acompañada de un hombre. Brianda sintió que las piernas le flaqueaban y se apoyó en la mesa. Por un segundo había sentido que era su padre quien sonreía a su madre. Algo en sus gestos y en su fisonomía había provocado esa sutil y fugaz sensación. Pero el hombre que se acercaba a ella no era Johan. Era alto, pero no tanto como él. Tenía abundante cabello, pero era castaño y no negro. Y sonreía demasiado, como si alardeara de la satisfacción que le producía estar ahí, en la gran sala de Lubich, al lado de Elvira.

Era Jayme de Cuyls. Aquel contra el que Johan le había prevenido. «Guárdate de él», le había dicho. Su presencia en Lubich no había sido infrecuente desde la muerte de Johan, pero Elvira nunca se había atrevido a invitarlo a comer. Se preguntó por qué lo había hecho justo ese mismo día.

Jayme se acercó a Marquo y le tendió la mano, que el joven estrechó sin demasiada efusividad. Su rostro también se había ensombrecido.

—Hoy es un día de celebración —dijo Elvira, indicando a cada uno dónde sentarse: ella y Jayme, juntos, frente a su hija y Marquo.

Brianda le lanzó una mirada cargada de extrañeza y odio. Por un lado, ella nada le había dicho de la reanudación de los planes de boda con Marquo; y, por otro, lo que menos deseaba era compartir la mesa con uno de los rebeldes que habían asesinado a su padre. No podía comprender qué pasaba por la cabeza de su madre para atreverse siquiera a conversar con él y sonreírle de esa manera tan abierta. No sabía si eran imaginaciones suyas, pero le parecía que Elvira estaba ligeramente ruborizada. Miró a Marquo en busca de ayuda, pero este se limitó a encogerse de hombros.

—Siéntate, Brianda —le ordenó Elvira—. Tú también, Marquo, si vas a comer con nosotros.

Ambos se mantuvieron en pie.

—No sé qué podemos celebrar con un rebelde —dijo Brianda—, si no es la muerte de...

—¡Brianda! —la interrumpió Elvira—. ¡Mide tus palabras, no sea que tengas que arrepentirte!

Se hizo un incómodo silencio que Jayme aprovechó para buscar algo en su jubón. Con lentitud, extrajo un documento, lo desplegó y lo depositó sobre la mesa.

—Firmado por el conde don Fernando. A partir de ahora soy el nuevo *bayle* general de Orrun, a las órdenes solo del lugarteniente Pere de Aiscle en cuestiones de administración civil y criminal —se dirigió a Marquo—, y vuestro superior a la hora de mantener el orden.

—Pero... ¿cómo? —Marquo no podía ocultar su asombro. Tomó el documento y lo leyó con detenimiento—. Es cierto. —Se sentó—. ¿Qué has hecho para lograrlo?

—Ya que los nuestros son cargos de poder, os rogaría el mismo respeto en el trato que yo os muestro, Marquo. —Jayme hizo una larga pausa, como si deseara que el joven tuviera tiempo para asimilar sus palabras—. El puesto quedó vacante tras fallecer Johan. El conde, con gran criterio y acierto, ha comprendido que alguien como yo resultará útil para calmar los ánimos en su ausencia.

—Jugando a dos bandos... —murmuró Brianda, dejándose caer en su silla. Jayme de Cuyls ocupaba ahora el lugar de su padre ante la mesa de Lubich y ante el condado.

—¿No fue el propio conde quien pidió que olvidásemos las cosas pasadas? —Elvira comenzó a verter vino en las copas e hizo sonar una campana para avisar de que sirvieran ya la comida—. ¿Qué mejor manera que esta? Estoy segura de que alguien como vos, Jayme, solo desea lo mejor para esta tierra.

Jayme le respondió con una encantadora sonrisa y Brianda sintió deseos de lanzarle uno de los cuchillos.

—¿Lo sabe Pere? —acertó a preguntar.

—En breve recibirá una carta del conde —respondió Jayme—. Y, por su propio bien, dejará las cosas como están. Como sé que también haréis vos, Marquo. —Su tono se volvió enigmático —. Pronto, Pere podrá retirarse a su casa de Aiscle y dejar de andar por esos pueblos, donde no quieren otra cosa que prenderle...

Gisabel y Cecilia entraron portando unas bandejas con un lechón asado y troceado. Brianda no recordaba la última vez que se había servido ese manjar en Lubich, reservado para ocasiones muy especiales, lo cual solo podía significar que Elvira había preparado ese encuentro con antelación. Tenía el presentimiento de que algo terrible iba a suceder de inmediato. No podía librarse de la sensación de que una amenaza se cernía sobre Lubich. Solo quería que esa indeseable reunión terminase cuanto antes. No podía comer. No podía pensar.

—Brianda y yo también tenemos algo que deciros —oyó que comenzaba a decir Marquo entonces—. Recordaréis, Elvira, que en esta misma sala hablamos con vuestro marido de nuestro matrimonio. Tuvimos que retrasarlo por los terribles sucesos que entristecieron esta casa, pero es nuestro deseo retomar el asunto ahora y casarnos cuanto antes. Vuestro esposo confiaba en que yo sería un buen amo de Lubich y espero no defraudaros ni a él ni a vos.

El silencio que siguió a las palabras de Marquo aumentó la angustia de Brianda. A diferencia

de la otra vez, cuando Elvira enseguida se dispuso a planear la boda y listar los invitados, ahora se había quedado muda y su semblante estaba pálido.

—¿No dices nada, madre? —preguntó Brianda.

Elvira y Jayme intercambiaron una mirada. Por fin, Elvira habló:

—No pensaba decirte nada todavía, Brianda, pero esta noticia me obliga. Jayme me ha propuesto que cuando termine el luto, en primavera, contraigamos matrimonio...

Brianda parpadeó perpleja. El primo al que su padre había odiado ocupaba su mesa, su cargo en el condado y ahora pretendía tomar el lecho de su mujer. Y Elvira... ¿por qué lo hacía? Si por necesidad no era, solo quedaba la opción de que fuera por amor. Sintió que le faltaba la respiración. ¿Cómo podía haberse olvidado tan pronto de Johan? No hacía ni un año de su muerte. El asco contrajo el rostro de Brianda. La familiaridad y cercanía en sus gestos indicaban que su relación no era reciente.

—Sé que te resultará extraño, hija, pero todavía soy joven para renunciar a la compañía de un hombre y limitarme a ser la suegra de Marquo y la abuela de tus hijos. ¿Qué vida me esperaría? Piensa en todas las viudas que conoces de Tiles. Aun las que tienen hijos, están solas.

—¿Y te irás con él a Casa Cuyls?

Brianda jamás hubiera imaginado a su madre viviendo en otro lugar que no fuera Lubich. Se preguntó qué locura se había apoderado de ella.

—¿Cómo? No, Brianda. Viviremos en Lubich.

—Marquo y yo viviremos en Lubich, madre. *Yo* soy la dueña de esta casa.

Elvira bajó el tono de voz.

—No lo eres, Brianda. Johan no firmó ningún documento a tu favor. Según nuestras capitulaciones matrimoniales tengo derecho a disponer de estos bienes como mejor entienda, respetando, por supuesto, la legítima que te corresponde.

—Entonces es solo una cuestión de tiempo... —Brianda pronunciaba las palabras con una rabia que le nacía de lo más profundo de sus entrañas.

—Siempre y cuando no tengamos descendencia... —intervino entonces Jayme, mirándola con falsa humildad—. Si Dios nos bendijera con esa dicha, sería mi primogénito quien heredaría Lubich.

Brianda se levantó bruscamente, lanzando su silla contra el suelo. Miró a su madre con el rostro desencajado. De repente no tenía delante a Elvira, sino a una desconocida. La señaló con el dedo:

—¡Tú no puedes estar de acuerdo con esto! —gritó—. ¡Sabes que de todo el patrimonio de Lubich yo soy la legítima heredera, descendiente directa del primer Johan! ¡No puedes ignorar la voluntad de mi padre!

La barbilla de Elvira comenzó a temblar. Por un instante, Brianda creyó distinguir que su voluntad se debilitaba, pero Jayme apretó su mano y la firmeza retornó a ella.

—¡Solo tengo treinta y cinco años, Brianda! Jayme me entrega su vida sin saber si podré darle un hijo. Sé que será un buen amo para esta casa. Es un trato justo.

—¿Y qué pasará conmigo? —gritó de nuevo Brianda fuera de sí—. ¿Y Marquo...?

Lo miró y comprendió la respuesta rápidamente. Sin decir nada, Marquo se puso en pie,

recogió su espada y salió.

Tras unos momentos de aturdimiento, Brianda corrió tras él y lo alcanzó en el zaguán.

—¡Espera! ¡Esto no tiene sentido! ¡No se saldrán con la suya! —Sujetó su brazo con desesperación—. ¿Por qué no me miras?

Marquo apoyó su mano sobre la de ella, manteniendo la vista fija en el suelo.

—Esto lo cambia todo, Brianda. Yo no tengo nada que ofrecerte. —Se liberó con suavidad de sus dedos, que lo agarraban como tenazas—. Lo siento mucho.

—¿Eso es todo? —Brianda dejó caer los brazos a ambos lados de su cuerpo, dominada por un intenso abatimiento—. ¿Ni siquiera piensas enfrentarte?

—¿Al segundo hombre con más poder del condado, apoyado por el conde y relacionado con el rey?

—No te pido que te pongas en peligro. Tú eres el justicia aquí. Podrías ayudarme a recurrir a la justicia del Reino.

—Ya has visto de qué le está sirviendo al conde... Se cree que el condado es suyo y tiene a uno de los peones del rey al mando. —Se inclinó sobre ella, con intención de depositar un beso en su mejilla, pero se detuvo—. Nada tendría que ser así, pero... —Sacudió la cabeza, cruzó el zaguán y salió al patio.

Los ojos de Brianda se llenaron de lágrimas. Lo que estaba sucediendo no podía ser real. Tenía que ser una pesadilla. Marquo era un cobarde. Su madre traicionaba la memoria de su padre y todos sus antepasados. Y Jayme... Su instinto no la había engañado. Tenía al enemigo en casa.

Oyó que el caballo de Marquo se alejaba de Lubich. Lanzó una mirada en dirección a la sala. No sabía qué hacer. Si regresaba con su madre no haría otra cosa que gritarle. Gritarle y golpearla. A ella y a su futuro marido... ¡Cómo la odiaba! ¡Cómo los odiaba a ambos!

Se puso sobre los hombros un manto y sobre los escarpines adamascados unas botas viejas de cuero que había en un banco de madera, abrió la puerta y salió. Una fuerte ráfaga de viento azotó con furia su cuerpo. Sin un destino concreto, cruzó el patio y los grandes portalones de Lubich y comenzó a correr desesperada a través de los campos. Oyó que Cecilia la llamaba, pero no le hizo caso. La tierra estaba húmeda por la lluvia y el aguanieve de los últimos días y las botas se le hundían en el barro. El viento cargado de agua trataba de quitarle el manto y enredaba y mojaba su cabello, que se iba convirtiendo en un ramo de pesadas madejas que caían sobre su rostro y sobre sus hombros.

Comenzó a jadear. Estaba aturdida. Se sentía desesperada. Al final de un prado se topó con una pared de piedra que trepó para saltar a un emboscado sendero. Los irregulares guijarros del suelo la hacían tropezar. Las zarzas herían su rostro, desgarraban sus ropas y se clavaban en su carne. El viento parecía arreciar por momentos y la obligaba a caminar con la vista baja sobre las hojas rojizas de los árboles que terminaban de pudrirse en el camino. De pronto, el camino desapareció.

Levantó la vista y reconoció un pequeño barranco en medio del bosque en el que aquel hombre rubio había intentado mancillarla mientras esperaba a que Nunilo regresara de Francia. Había pasado poco más de un año de aquello, pero, desde entonces, todo su mundo se había ido

desmoronando. Por encima del barranco distinguió el estrecho puente al que otras veces había acompañado a su padre cuando era pequeña para comprobar que ningún desprendimiento de piedra y tierras hubiera obstruido la conducción del agua de riego. Ella solía jugar a mantener el equilibrio sobre el vacío mientras lo esperaba. La visión del pequeño puente, de apenas un par de palmos de anchura, la tranquilizó. Sintió un momento de alivio. Después se arrojó al suelo y comenzó a arrastrarse. Quería deslizarse a horcajadas sobre la estrecha pasarela apoyada en dos pilares que surgían de una inmensa roca anaranjada. Sus manos sintieron la viscosa humedad del musgo. Las gotas de la lluvia helada se deslizaban por su rostro y por las piedras. Luego se lanzaban al vacío, estrellándose contra el fondo del precipicio. Se sentó como cuando era niña, con las piernas colgando al aire, sujetándose con las manos a ambos lados de sus muslos para no ser derribada por las ráfagas de viento. Miró hacia abajo, hacia el inmenso agujero que abría sus fauces a sus pies. Una momentánea sensación de vértigo despertó sus sentidos. Bajó la cabeza, apoyó la barbilla contra el pecho y comenzó a sollozar. Un profundo desconsuelo la embargaba. Todo lo que más quería en la vida iba desapareciendo poco a poco. Nunilo, Johan, Corso, Lubich...

Nadie la echaría de menos si también ella desapareciera...

De pronto, oyó el ruido de unos cascos de caballo que se acercaba al galope. Luego, un relincho. Alzó la vista y descubrió un magnífico animal oscuro como el diablo que se ponía de manos al borde del barranco haciendo caer al jinete que intentaba dominarlo como si fuera un fardo sin vida. El cuerpo se golpeó contra una piedra y quedó boca abajo, demasiado cerca del agua helada. El caballo comenzó a patear nervioso.

Brianda se desplazó con cuidado sobre el puente. Toda su congoja se había deslizado con la lluvia hacia el fondo del precipicio. El objetivo más importante de su vida era llegar hasta ese cuerpo.

No tardó nada en conseguirlo, como si toda la pesadez del agua sobre su ropa y la fatiga de su espíritu se hubieran evaporado. Se arrodilló junto al hombre. Apartó la capa que se había doblado sobre su cabeza y apoyó una mano en cada hombro para girarlo. Pesaba mucho, pero por fin lo logró. Su rostro estaba cubierto de sangre, pero lo reconoció sin dudar.

—¡Corso! —gimió.

Repitió su nombre decenas de veces mientras limpiaba sus mejillas y acariciaba su cabello mojado hasta que se convenció de que estaba ahí y de que el sentimiento que embargaba ahora su corazón realmente era el de una profunda alegría.

30.

Corso abrió los ojos lentamente, convencido de que su mente le había jugado una mala pasada al trasladarle desde aquel hospital, donde el tiempo no transcurría, hasta un bosque que le resultaba familiar. Parpadeando, deslizó su mirada por el cielo gris del atardecer, los árboles y las rocas de ese lugar hasta detenerse en el rostro de esa mujer que lloraba su nombre. Los volvió a cerrar. Repasó mentalmente su situación. Le dolía todo el cuerpo, sobre todo la cabeza, y un agudo dolor en el costado le indicaba que la herida se había vuelto a abrir. No sabía por qué veía árboles desde ese jergón en el que llevaba semanas postrado. Ignoraba qué hechicería le hacía confundir el rostro de aquel joven que lo cuidaba con el de Brianda. Se preguntaba por qué sentía el cuerpo empapado, por qué soplaba tan fuerte el viento y por qué no oía lamentos, suspiros, oraciones y chapoteos de agua en jofainas y aguamaniles.

—¡Corso! —De nuevo aquella voz que rememoraba en sus sueños—. ¡Has vuelto a mí!

Entonces, él comenzó a ser consciente, poco a poco, de todo lo que había sucedido y de su huida con el único deseo de llegar a Tiles. Lo había conseguido. La había encontrado.

—¿Qué te pasó, Corso? —oyó que preguntaba Brianda—. ¿Dónde has estado?

—En el infierno... —consiguió responder él. Humedeció sus labios resecos con la punta de la lengua y esbozó una débil sonrisa—. Pero te prometí que volvería.

Brianda se inclinó y se abrazó a él con fuerza.

—¡Pensé que habías muerto! —Se sentía tan feliz de tenerlo junto a ella que solo quería seguir abrazada a él y contarle todo lo que había pasado en su larga ausencia, pero la cordura regresó a su cabeza—. Tengo que sacarte de aquí...

Lo ayudó a incorporarse y esperó unos segundos a que el color regresara al rostro de Corso. Estaba más delgado y el cabello y la barba le habían crecido tanto que parecía un salteador de caminos. Brianda se puso en pie con decisión y extendió la mano para ayudarle. Con dificultad, Corso se puso de rodillas y se levantó, pero se mantuvo encorvado con el rostro crispado.

—¿Qué tienes? —preguntó Brianda, recorriendo con sus manos su torso en busca de alguna lesión.

Bajo su corazón descubrió una gran mancha más oscura que las provocadas por el agua. Desató los cordeles del jubón, le levantó la camisa y descubrió una herida de medio palmo abierta como un higo maduro. Sin dudar, arrancó un trozo de tela de su saya interior, la plegó y se la colocó sobre el corte, indicándole que la mantuviera bien apretada. Luego le pidió que esperara mientras iba en busca del caballo. El frisón negro había permanecido todo el tiempo quieto a unos pasos de ellos. Brianda se acercó con cuidado y tomó las riendas sin dejar de

susurrarle palabras amables en voz baja. De pronto, percibió que el caballo se ponía tenso y abría sus enormes ojos oscuros presa del miedo.

—Brianda... —El tono de la voz de Corso, bajo, seco, la advirtió del peligro. En cuanto supo qué sucedía, se quedó paralizada.

Muy cerca de Corso había un lobo negro que le enseñaba los afilados dientes emitiendo un gruñido gutural apenas perceptible. Hombre y animal se miraban fijamente, prolongando la angustiosa duda de cuánto tardaría el segundo en arrojarse sobre el primero. La mente de Brianda se puso rápidamente en movimiento. Corso estaba herido y desarmado. No podría defenderse. Y ella no soportaría perderlo de nuevo.

Con el rabillo del ojo vio que la espada de Corso sobresalía del aparejo del caballo. Sigilosamente, ató las riendas al árbol que había a su lado. Calculó el tiempo del que disponía y se abalanzó sobre la espada. En cuanto la tuvo entre sus manos emitió un fuerte grito para atraer la atención del lobo mientras se acercaba sin apartar la mirada de él. El animal se olvidó de Corso y aumentó la intensidad de sus amenazantes gruñidos en dirección a la joven.

Brianda se detuvo a unos tres o cuatro pasos de distancia sin dejar de gritarle. Por nada del mundo quería que volviera a tentarle el olor de la sangre de Corso. Se aseguró de que tenía los pies convenientemente separados para conservar el equilibrio y esperó a que el lobo decidiera su próximo paso. Sabía que los lobos no siempre atacaban; pero también era cierto que rara vez se acercaban tanto a los lugares habitados. Probablemente la inusual dureza de ese invierno estuviera mermando su alimento en las alturas, lo cual solo podía significar que no abandonaría su propósito. Sujetó la empuñadura con ambas manos y mantuvo la espada ligeramente alzada. De pronto, el lobo se abalanzó sobre ella. Instintivamente, Brianda levantó las manos por encima de su cabeza y descargó un único golpe. La afilada arma se abrió camino fácilmente por la carne del animal. Escuchó un último aullido de dolor y el lobo cayó a sus pies. En cuanto se dio cuenta de que lo había matado, comenzó a temblar.

Permaneció quieta hasta que Corso llegó hasta ella y la abrazó, en silencio. Una extraña sensación la invadió. Ojalá mostrara la misma valentía para enfrentarse a esa otra bestia carroñera que pretendía robarle Lubich.

Brianda guio al caballo por la parte alta de los bosques de Tiles. El camino era más largo e incómodo para Corso, que apenas podría sujetarse a la silla, pero quería evitar pasar cerca de Lubich. Solo se sentiría tranquila una vez llegaran a Casa Anels.

Empezaba a oscurecer cuando divisó la casa de Nunilo. No había vuelto allí desde su muerte. Leonor la había visitado en un par de ocasiones, pero su propio dolor le impedía proporcionar consuelo a Brianda.

Después de Lubich, la de Anels era la mejor hacienda del valle. Todos los buenos recuerdos de su vida fuera de Lubich pertenecían a escenas de ese lugar. Incluso durante su convalecencia tras el regreso de Monçón se había sentido como en casa.

La era estaba vacía. Llamó a gritos y esperó sobre el caballo a que alguien acudiera a ayudarle. Dos criados salieron de una de las cuadras y, al reconocerla, se acercaron rápidamente.

Al mismo tiempo, la puerta de la vivienda se abrió y apareció Leonor, protegiéndose la cabeza con un manto negro.

—¡Señor Bendito! —exclamó la mujer—. ¿No es este el caballo de...? —Se llevó una mano al pecho—. ¡No puede ser!

—Corso ha vuelto, Leonor —dijo Brianda—. Está malherido y sin fuerzas. Solo se me ha ocurrido traerlo aquí.

—¿Y a qué otro lugar, si no? —Leonor indicó a los hombres que se hicieran cargo de Corso y lo llevaran a uno de los cuartos sobre la sala—. Esta es su casa.

—Entonces, lo del testamento... —murmuró Brianda.

—Fue la voluntad de Nunilo y también la mía. —Los ojos de Leonor se llenaron de lágrimas —. Doy gracias a Dios por este día. El hijo que creía muerto ha vuelto a casa.

Brianda descendió del caballo y siguió a Leonor adentro cojeando. Se levantó la saya y se percató de que el lobo había llegado a clavarle los colmillos. Había estado tan pendiente de Corso que se había olvidado de sí misma. Ahora se sentía tan agotada que apenas se mantenía en pie y tan aterida que no dejaba de temblar. Leonor se hizo cargo de la situación con presteza. Ordenó a las criadas que avivaran el fuego, calentaran agua caliente para los dos jóvenes empapados, buscaran ropa seca y limpia y prepararan una olla con caldo. Envió a un muchacho a Lubich para que avisara de que Brianda pasaría allí la noche y le ordenó que luego bajara a Aiscle en busca del boticario, aunque mucho se temía que no deberían esperarle hasta la mañana siguiente, pues solo los bandidos andaban por los caminos después de pasar el sol. Por último, dejó a Corso en manos de dos criados y ella misma se encargó de Brianda. En la cocina la ayudó a desvestirse ante el fuego del hogar y a sentarse dentro de un barreño de agua caliente. Esperó unos instantes a que la joven descansara antes de preguntarle:

—¿Cómo ha sucedido este milagro?

Brianda le contó todo desde el principio, desde la sorpresa y desagrado por la presencia del nuevo *bayle* general del condado, Jayme de Cuyls, en Lubich hasta el anuncio del futuro matrimonio entre él y Elvira y la frustración del suyo con Marquo. Le contó cómo había sentido la necesidad de huir y cómo había encontrado a Corso, a quien había salvado del lobo.

—No sé ni dónde ha estado ni qué ha hecho —terminó—. Solo me dijo que había estado en el infierno. —Se abrazó las rodillas contra el pecho y se quedó pensativa unos instantes. Su alegría por reencontrarse con Corso le había hecho olvidar su situación. La herencia que le correspondía por deseo de su padre peligraba. ¿Cómo podría vivir en Lubich a partir de ese momento, sabiendo los planes de Jayme?—. Temo que el mío comience ahora...

Leonor le acercó una tela de lino para que se secara.

—Estás viva, eres joven y estás sana. Saldrás adelante.

Cogió los recipientes que le entregaba su criada Aldonsa, una mujer de pelo blanco con el cuello anormalmente grueso y, mientras le explicaba qué iba haciendo, le limpió la mordedura del lobo con agua de saúco, tomillo y camomila, le aplicó un emplasto de cera, flor de malva y hojas de nogal y la vendó.

—Lo del hombre también está preparado —le dijo Aldonsa.

Leonor esperó a que Brianda terminara de vestirse y le pidió que las ayudara con unos

cuencos y unos trapos. Las tres subieron por unas escaleras de madera hasta el cuarto donde habían acomodado a Corso, una estancia amplia desde la que se divisaba todo el valle, y entraron.

Corso permanecía tumbado con los ojos cerrados sobre una sábana de lino que cubría el colchón de lana de una alta cama. Le habían puesto una larga camisa de lienzo con una amplia apertura en el pecho que dejaba al descubierto su herida. Brianda no podía apartar los ojos de él. Había sentido la fuerza de sus brazos estrechándola, pero muchas veces se había preguntado cómo serían sus miembros sin telas que los cubrieran, si tendría mucho o poco vello, si su piel sería blanca o tostada. Ahora tenía la posibilidad de recorrer su cuerpo, desde los dedos de los pies hasta las rodillas, desde la cintura hasta el cuello, y lo que vio le agradó, produciéndole un cosquilleo en el estómago. Leonor ordenó a los criados que las dejaran a solas y la sacó de su embelesamiento.

—Hay que limpiarle la herida... —dijo tras sentarse junto a él y observarlo con atención.

Brianda se fijó en que Leonor procedía a lavarle con la misma mezcla con la que la había curado a ella, pero luego cogía un cuenco en el que había un ungüento diferente.

—¿Qué es?

—Azucena hervida en aceite de oliva, cola de caballo y celidonia... —respondió Leonor con el ceño fruncido.

—¿Qué sucede? —Brianda se alarmó.

—No deja de sangrar... —Aldonsa se acercó e intercambió una mirada con Leonor. Esta hizo un gesto de asentimiento y la criada salió. Al poco regresó portando algo ligero entre sus manos. Se inclinó sobre Corso y extendió una sustancia blanca y pegajosa en su herida que se fue tiñendo del color de la sangre.

—¡Son telas de araña! —exclamó Brianda maravillada—. ¿Cómo habéis aprendido estos remedios?

—Observando, como estás haciendo tú ahora —respondió Leonor con una sonrisa de alivio al comprobar que funcionaba. Recogió los utensilios y se levantó—. Cuando despierte intentaremos que coma algo.

—Yo me quedaré con él y te avisaré —dijo Brianda con determinación.

Una vez a solas, Brianda se sentó junto a Corso y tomó su mano. No dejó de acariciarla hasta que percibió que comenzaba a recuperar la consciencia. La miró fijamente con sus ojos oscuros y sonrió.

—Yo solo te salvé una vez y tú llevas dos en una misma tarde. No sé qué he hecho para merecerme este ángel de la guarda.

—Fueron dos veces —le recordó ella—. Me sacaste del apuro cuando querían azotar a Cecilia. Luego evitaste que me cayera al precipicio y me trajiste a esta misma casa. Estamos en paz.

Corso miró a su alrededor y reconoció el lugar donde Leonor había insistido en que durmiera los últimos meses como hombre de confianza de Nunilo. Sintió una punzada de tristeza en el pecho al recordar su muerte, su culpabilidad por haberlo dejado solo y su temor a reencontrarse con Leonor.

—Estamos en Casa Anels... —murmuró.

—Estás en tu casa, Corso. —Brianda se inclinó sobre él y apretó su mano para imprimir mayor convicción a sus palabras—. Eres el nuevo señor de Anels.

Ante su extrañeza, Brianda le puso al día de todo cuanto había sucedido en su ausencia. Le habló de la toma definitiva de Aiscle, de la muerte de Medardo, del asesinato de Johan, de los nuevos cargos en el condado. Repitió cuanto le había narrado a Leonor sobre las intenciones de Elvira y Jayme de Cuyls y del abandono de Marquo.

—Perderé Lubich... —terminó su explicación con un susurro—. Y ya no tendré nada...

Corso sonrió de una manera extraña.

—¿No me habías prometido que no te casarías con Marquo? Junto al río, en el monasterio de Besalduch. Luego me pediste que me marchara y me suplicaste que regresara. Yo te prometí que lo haría. ¿Recuerdas por qué?

Brianda asintió. «Porque ella era su Lubich», le había dicho. No entendía muy bien por qué Corso recordaba todo eso ahora. Su expresión había cambiado cuando le había hablado de Marquo. Sintió que debía explicar su decisión:

—Te esperé día tras día... Llegó una carta de los que se habían salvado. Decía que los moriscos os atacaron y que tú caíste junto a Surano... Me negué a creer que hubieras muerto, pero el tiempo pasaba y Marquo insistía... ¿Qué podía hacer? Si hubiera sabido que estabas vivo, hubiera cumplido mi palabra. ¿Dónde te metiste, maldita sea?

—Me hirieron y me dieron por muerto. Al día siguiente conseguí llegar a Monçón. A partir de ahí, el recuerdo es borroso y sé lo que pasó porque el destino quiso que el joven Azmet reconociera mi caballo como el frisón que habían comprado los señores de la montaña, familia de esa Brianda que había salvado a su amiga Cecilia, y se preocupara por mí. Los monjes del hospital me atendieron, pero a él debo todo mi agradecimiento y que siga con vida cuando aquellos me dieron varias veces por muerto. Luego me avisó de que los soldados del rey buscaban a algún montañés causante y testigo de los incidentes con los moriscos y me ayudó a preparar mi huida. Si hubiera sabido la carnicería que provocamos, te aseguro que no lo hubiera hecho...

Apretó los dientes al recordar el feroz ataque contra aquella población; la innecesaria crueldad con la que tomaron sus casas; la imagen de los hombres como Surano arrancando niños de los pechos de sus madres, tomándolos de los pies y golpeando sus cabezas contras las paredes mientras él se limitaba a pelear lo justo para salvar su vida; los cuerpos muertos y la sangre por las calles, la plaza y la iglesia; la venganza que cayó sobre ellos mientras se repartían el botín por la noche, escondidos en las cuevas de unas lomas; el desconcierto y la huida de algunos; la mirada en los ojos de Surano instantes antes de caer muerto a su lado...

—Mi única obsesión era tener las fuerzas suficientes para subir a estas montañas en tu busca, Brianda. Nunca me di por vencido. Nunca.

Ella agachó la cabeza. En la voz de Corso no apreciaba el tono hiriente de la recriminación, pero presentía que muy pronto tendría que enfrentarse a una nueva situación desagradable. Corso trató de incorporarse y en su rostro se reflejó el dolor. No obstante, continuó:

—No sabes cuánto me alegra escuchar que soy el señor de esa casa y no un soldado a las

órdenes de nadie, indigno de la que se creía la heredera de Lubich, abandonada por su prometido, que solo la apreciaba por su patrimonio...

Brianda hizo ademán de levantarse y alejarse, pero él se lo impidió manteniendo la muñeca de su mano firmemente sujeta con la suya.

—¿Cuántas veces me repetiste, Brianda, que casarte bien era tu obligación más importante? Pues escúchame... Ahora, por fin, ya no tienes otra opción que casarte conmigo.

31.

Brianda pensó que Dios pretendía poner a prueba su fortaleza al someterla a tantas emociones en un solo día.

—¡Casarme contigo! —repitió varias veces feliz. ¡Por fin una nueva ilusión con la que enterrar la oscuridad de los últimos meses!

La puerta se abrió y apareció Leonor portando una bandeja con un plato humeante. Su mirada se cruzó con la de Corso y supo que Brianda le había informado de su nueva condición como amo de Anels. Se acercó y le dijo:

—Dirigir la propiedad que un día fue de mi esposo requiere mucha fortaleza. Te costará volver a ser el de antes, así que cuanto antes empieces a comer, mejor.

—Sé que estoy en buenas manos —replicó Corso aliviado de su culpabilidad por la muerte de Nunilo al oír las palabras de la mujer—. Y también sé que la primera acción que haré como señor de Anels complacería a Nunilo. —Tomó la mano de Brianda, que continuaba sentada a su lado, y anunció—: Deseo casarme con Brianda. Cuanto antes. Hoy mismo si pudiera... Y espero vuestra bendición.

Leonor arqueó una ceja. Así que sus impresiones aquel día cuando Nunilo regresó del entierro de Bringuer habían resultado ciertas. Miró a Brianda y comprendió que a ella le agradaba la propuesta.

—No me sorprende tu deseo, sino tu premura, Corso. Ambos contáis con mi aprobación, pero es otra la que necesitáis...

—No tengo intención de pedírsela —dijo Brianda consciente de que Leonor se refería a Elvira—. ¿Acaso ella ha contado conmigo para sus planes? Con que se entere después será suficiente.

Leonor sacudió la cabeza.

—Pasarán días hasta que Corso pueda llegar hasta la iglesia. No veo cómo justificar tu ausencia de Lubich.

Corso esbozó una sonrisa y dijo:

—Llamad al abad y ofrecedle un generoso donativo por sus servicios.

A la mañana siguiente, a primera hora, Leonor envió a uno de los criados al monasterio de Besalduch para solicitar la presencia del abad Bartholomeu en Casa Anels con el fin de impartir el sacramento de la extremaunción a un moribundo. La ventisca había ofrecido una tregua, con lo

cual el abad debería llegar alrededor del mediodía.

En su cuarto, Brianda terminó de arreglarse. La suya no sería la boda pensada para la hija de Johan de Lubich. Llevaría una falda y un corpiño prestados por Leonor. No habría invitados ni un gran banquete. Tampoco caminaría hacia el altar del brazo de su padre, aunque ahora fray Guillem se empeñase en terminar con esa costumbre y entregar él a la novia en matrimonio. Sin embargo, no podía sentirse más afortunada. En unas horas sería la mujer de Corso de Anels. Todo había sucedido tan rápido que le producía vértigo. La bendición del abad los uniría para siempre. Se repitió esta última palabra varias veces mientras se colocaba un pequeño adorno de flores secas en el pelo. Echó de menos el colgante de flores de nieve que le había regalado Johan, pero al menos conservaba su anillo.

Unas voces llamaron su atención. Se asomó a la ventana y reconoció a dos criados de Lubich y a Cecilia, que hablaba con Aldonsa acompañando sus palabras con gestos nerviosos. Aldonsa la guio al interior de la casa y Brianda decidió bajar para tranquilizar a su criada.

En la cocina, Cecilia la abrazó con fuerza.

—Doña Elvira me envía a buscaros. Estuvimos muy preocupados por vos hasta que tuvimos noticia de que estabais aquí.

—Ya ves que estoy bien. Regresa a Lubich y dile a mi madre que me quedaré unos días haciendo compañía a Leonor.

Cecilia se frotó las manos inquieta.

—Vuestra madre ha insistido en que no regresemos sin vos. Me manda recordaros que faltan pocos meses para que termine el tiempo del llanto por vuestro padre y que debéis observar una conducta honesta y hacer vida retirada como corresponde a vuestra condición.

Brianda soltó un resoplido sarcástico.

—Dile que me alegra que conozca tan bien las obligaciones más propias de una viuda, pero que hoy no me espere.

—Me amenazó con echarme de la casa si no os traía de vuelta. —Cecilia le lanzó una mirada suplicante—. Hoy mismo.

—Estate tranquila, Cecilia, que eso no pasará. No puedo decirte más, pero pronto tendrás que preparar tu equipaje y el mío. Anda, vete.

La acompañó a la era y esperó a que se montara en su mula y se marchara. A lo lejos distinguió que se acercaba otro jinete, con la cabeza tapada con una capucha, y su excitación aumentó al reconocer al abad. Fue en busca de Leonor, a quien encontró bajando la escalera en compañía del boticario, y esta le pidió que esperara en su cuarto. Allí, abrió la ventana y oyó la despedida de uno y la bienvenida del otro.

—No creo que sea necesaria vuestra presencia —escuchó que le refunfuñaba el boticario al abad —. Ni la mía. Anoche me avisaron de que el hombre se moría y no lo parece.

—Nunca está de más asegurarse —se apresuró a decir Leonor, entregándole unas monedas antes de dirigirse al abad—. Y siempre conviene estar preparados para la última llamada del Señor.

Brianda se acercó a la puerta de su habitación, impaciente, y esperó a que Leonor fuera en su busca. Oyó voces en el pasillo y una puerta que se abría y cerraba donde el cuarto de Corso. El

tiempo pasaba y no sucedía nada. Por fin, unos pasos le indicaron que alguien se acercaba. Abrió la puerta y vio a Leonor sonrojada.

—Al principio se ha mostrado reticente por la extraña situación y por las prisas. Corso ha dicho que ya habíais vivido como marido y mujer y que, con su negativa, lo único que hacía era consentir que siguierais en pecado, pero no ha sido esto lo que lo ha convencido. Creo que le satisface contrariar a fray Guillem.

Brianda sintió que se ruborizaba, pero no hizo ningún comentario. Tras Leonor, entró en el cuarto de Corso. No lo había visto desde la noche anterior y la recibió con una mirada tan intensa que se estremeció involuntariamente. Estaba recostado sobre unas mullidas almohadas y una fina tela cubría sus piernas. Le habían afeitado la barba, recogido el cabello con una tira de cuero y cambiado la camisa por otra limpia sobre la cual llevaba un jubón negro. Parecía otro. La vitalidad había regresado a su cuerpo. Aunque todavía faltaba para que pudiera tenerlo en pie a su lado, así era como lo había evocado en las largas noches de separación.

El abad le pidió que se situara al lado del lecho y comenzó la ceremonia.

—Puesto que no se han expuesto públicamente las tres amonestaciones debidas los tres domingos seguidos para que los miembros de la comunidad aleguen si hay impedimento para este matrimonio, tendré que fiarme de la palabra de doña Leonor, quien firmará como testigo. No sois parientes hasta cuarto grado, con lo cual no hay necesidad de dispensa del papa o del obispo. —Miró a Brianda—. Y no sois víctima de un rapto y no habéis pronunciado votos religiosos previos. En cuanto al consentimiento de la familia, dejo las consecuencias a vuestro riesgo. Ahora diréis los votos. ¿Tenéis los anillos?

Brianda rápidamente se sacó el de Lubich y se lo entregó al abad, pero se dio cuenta de que no tenía uno para Corso. Leonor salió y regresó al poco. Depositó un aro de oro labrado junto al otro en la mano de Bartholomeu.

—Era el de Nunilo —dijo mirando a Corso—. Ahora debes llevarlo tú.

El abad murmuró una rápida bendición sobre los anillos y le entregó a Corso el que debía poner en el dedo anular de Brianda apuntándole las palabras que debía decir. Con voz grave, y sin dejar de mirarla a los ojos, Corso dijo:

—Brianda, con este anillo te desposo, con mi cuerpo te honro y te hago partícipe de todos mis bienes.

Brianda tomó el otro anillo y, a la vez que pronunciaba la misma promesa, mentalmente se juró que no solo con su cuerpo, sino también con su alma lo adoraría. Al llegar a la última parte, sin embargo, no pudo evitar que una sombra empañara su mirada. De momento ella no tenía ningún bien que aportar a ese matrimonio. Como si comprendiera su temor, Corso apretó su mano y le susurró:

—Tú eres la única riqueza que deseo.

El abad les recordó que deberían vivir el uno con el otro conforme a lo ordenado por Dios en el santo estado del matrimonio, amándose, honrándose y conservándose en tiempo de enfermedad y de salud y renunciando a todos los otros y otras mientras ambos vivieran. Alzó las manos sobre ellos e impartió una última bendición:

—Oh, Señor, salva a tu siervo y sierva que ponen en ti su esperanza. Envíales socorro de tu

santuario y ampáralos para siempre. Sé su torre y fortaleza delante de sus enemigos. Oh, Señor, oye nuestro ruego y llegue a ti nuestro clamor.

Corso y Brianda permanecieron con las manos unidas hasta que tuvieron que firmar el documento que rubricaba el matrimonio. Al darse cuenta de que Corso dudaba, Brianda se percató de que no sabía escribir, así que guio su mano para trazar su nombre. Después, el abad se despidió. Antes de salir, oyeron que Leonor le preguntaba:

—¿Pondrá reparos fray Guillem a este matrimonio?

—Mostrará su repulsa, pero mantendrá su validez. —Bartholomeu levantó el dedo índice a la altura de su nariz—. Que se atreva a cuestionar mis actos. Mis bendiciones son tan efectivas como las suyas.

Ya a solas, Corso extendió la mano para que Brianda se tumbara junto a él y la abrazó.

—No podremos consumar nuestro matrimonio todavía, pero te prometo que pronto estaré recuperado. Mientras tanto, no pienso dormir ni una sola noche sin tu compañía. Encárgate de que las criadas dispongan este cuarto para los dos.

—Entonces el trabajo ya está hecho. —Brianda se rio—. Todas mis ropas están en Lubich.

—Iremos a por ellas en cuanto pueda cabalgar. Después nos encargaremos de recuperar tu casa.

Brianda se apretó contra él.

—Mi casa es esta ahora. La tuya.

—No mientas. Sé que sientes lo mismo ahora que aquel día bajo la torre, cuando tu padre aún vivía y anunciaste tu matrimonio con Marquo. Lejos de Lubich te morirías, me dijiste. O Lubich desaparece o la recuperas. No hay otra opción para que puedas estar conmigo plenamente.

Dos días después, Brianda avisó a Leonor de que tomaba una mula prestada para ir a Lubich a por sus cosas. Corso le había pedido que esperara a que se recuperase para acompañarla, pero ella se sentía impaciente por hacer uso de sus ropas y joyas, del ajuar que había preparado para cuando se casase y del escritorio que le había regalado su padre. También quería traerse a Cecilia como su doncella personal.

El sol la cegaba al reflejarse sobre el hielo del camino en esa fría y soleada mañana en la que el aire estaba completamente en calma. Ningún ruido procedía de los campos desiertos a ambos lados del camino. Como el humo perezoso que salía de las chimeneas de los tejados de Tiles, había comenzado el trayecto lentamente, gozando del recuerdo de la vigorosa complexión del cuerpo de Corso pegado al suyo por las noches, rememorando el placer descubierto en sus caricias sin las prisas y los temores de antaño. Solo pensar en las manos ásperas de Corso sobre su piel ya le producía un intenso estremecimiento y deseaba que el día transcurriera deprisa para acudir a su lado. Agradeció esos instantes de silencio y soledad para poner orden en sus pensamientos. Toda la felicidad que la embargaba por ser la esposa de Corso se empañaba cuando pensaba en Lubich. Entonces regresaba el sentimiento de rabia por el proceder de su madre y su propio afán por no darse por vencida. Quizás Dios la castigase por su avaricia, pensó. Quería a Corso con toda su alma, pero también debía recuperar Lubich para ella y sus hijos.

En cuanto cogió el desvío hacia los bosques al noroeste, espoleó a la mula para que acelerara el paso. Sin darse cuenta, su ánimo comenzó a cambiar y la paz dio paso a la inquietud. Pronto divisaría la muralla de piedra y la torre de Lubich y, por primera vez en su vida, no era la alegría ni la sensación de seguridad, sino la alarma, la que revoloteaba en su pecho, como una urraca anunciando una desgracia con sus graznidos.

Continuó adelante, arrepentida de no haber hecho caso a Corso. Qué diferente sería todo si él cabalgara a su lado, pensó. Entonces, su oscuro presentimiento se quedaría oculto en el mundo de lo misterioso y su lugar lo ocuparían la decisión y la osadía. Cruzó el gran portalón con la sensación de premura corriendo por sus venas. Ojalá pudiera recoger sus cosas sin tener que encontrarse con su madre, a quien no podía odiar si la visualizaba en ese patio regañándola por sus travesuras, o limpiándole los rasguños de sus pequeños accidentes, o recibiéndola en sus brazos cuando regresaba agotada de alguna aventura con su padre. Por qué tenía que haber cambiado todo tan deprisa, se preguntó. El que había sido su mundo había desaparecido. Si Johan viviera... Su mente pretendió hacer un recuento de sus recuerdos, pero un pensamiento se impuso: si Johan viviera, ella no estaría casada con Corso, a cuyo lado volvería en cuanto terminase con aquello que tenía que hacer.

Los criados que faenaban en la era la reconocieron al instante y uno de ellos acudió a hacerse cargo de la mula, a la que ató junto a unos caballos ensillados. Brianda le habló con la misma naturalidad de siempre, pero el hombre, llamado Remon, se mostró reacio a responder a sus comentarios. Entonces, la menuda Gisabel apareció en la puerta de la casa. Tras la muerte de su marido, el pastor, en aquel terrible incidente por el que Surano y sus hombres habían partido a la tierra baja en busca de venganza, la alegría había desaparecido de su semblante normalmente risueño, pero poco después de dar a luz a su pequeño, había aceptado los amoríos del viudo Remon y había recuperado su carácter jovial y un tanto mandón.

—¿Qué le pasa a Remon? —preguntó Brianda—. Apenas ha querido hablar conmigo.

—A él y a todos —respondió Gisabel en voz baja—. Nos cuesta acostumbrarnos a las maneras del señor.

—Que yo sepa, aquí todavía no hay ningún nuevo señor —dijo Brianda, súbitamente malhumorada al pensar en Jayme de Cuyls.

—El mismo día que os marchasteis nos llamó a todos y, en presencia de vuestra madre, nos recordó que, como único primo hermano de vuestro padre, y también descendiente de Lubich, él es ahora el varón encargado de este patrimonio y de todo lo que en él hay. Va y viene a su antojo, aunque no pasa las noches aquí.

Brianda soltó una maldición. Ni siquiera iba a esperar a casarse con Elvira para conseguir su objetivo. Lanzó una mirada a los caballos atados.

—Está en la sala, con la señora —le confirmó Gisabel.

—Os necesito a Cecilia y a ti en mi cuarto ahora mismo. De momento no avises a mi madre.

—Cecilia está encerrada en la bodega.

Brianda recordó la amenaza que temía la joven. Elvira no la había despedido por regresar a Lubich sin ella, pero la había vuelto a encerrar. Sintió que el mal humor se convertía en ira y entró en la casa como un huracán en dirección a la zona de cocina y despensas. Bajó por unas

estrechas escaleras de piedra, cogió la llave que de día solía colgar de un clavo y abrió la puerta de la bodega, un húmedo lugar de techo abovedado, telarañas, olor a rancio y rata, paredes mohosas y cubas apoyadas en vigas de madera. En un rincón del suelo, sobre una manta vieja, encontró a Cecilia, sucia, despeinada y aterida.

—Vámonos de aquí —le dijo, ayudándola a ponerse en pie.

A su espalda, Gisabel le advirtió:

—Los amos se enfadarán mucho por esto...

Brianda no respondió. Con la misma decisión, deshizo el camino, subió a su cuarto, ordenó a Cecilia que se lavara y cambiara y que preparara sus pertenencias y a Gisabel que la ayudara con las suyas. Abrió las dos arcas en las que guardaba sus ropas y su ajuar, compuesto por juegos de cama de lienzo, camisas de hombre y de mujer, tocas, pañuelos y manteles finos, e introdujo en ellas los peines, tarros de perfume, un pequeño espejo de mano y el pequeño cofre de sus joyas que tenía en una mesa junto a la ventana. Se aseguró de que la tapa de la arquilla que le había regalado Johan estuviera bien cerrada para el viaje e instintivamente se llevó la mano a la cadena de su cuello para comprobar que la llavecita que abría el compartimento secreto seguía ahí. Por último, le pidió a una sorprendida Gisabel que la ayudara a plegar las sábanas de su cama porque también pensaba llevárselas.

Cecilia regresó portando un hatillo y permaneció en silencio un rato esperando a que Brianda ofreciera alguna explicación sobre su futuro inmediato.

—¿Dónde iremos, señora? —preguntó por fin.

Entonces, la puerta se abrió de golpe y apareció Elvira. En cuanto vio a su hija y lo que estaba haciendo, el estupor se reflejó en su rostro.

—¡Brianda! —exclamó—. ¿Qué estás haciendo? —Miró a Cecilia y luego a Gisabel—. ¿Qué está pasando? Marchaos de aquí. Ya hablaremos luego.

Ambas obedecieron rápidamente, pero Brianda sujetó a Cecilia del brazo.

—Tú te quedas conmigo.

Brianda se plantó ante Elvira y la miró directamente a los ojos. Tenía que aprovechar ese momento en el que la rabia aún movía su corazón para atreverse a enfrentarse a ella.

—Madre, necesito que los criados preparen varias mulas y me ayuden con mis cosas. Preferiría llevármelo todo ahora mismo.

Unas manchas rojas cubrieron la pálida piel de Elvira y Brianda supo que se estaba enfadando.

—¿Y adónde te crees que vas a ir? —preguntó Elvira, en un tono pausado y controlado.

—A Casa Anels.

—Esta es tu casa y no esa...

—¡Tú has querido que no lo sea! —gritó Brianda.

—Eres mi hija, por mucho que le duela a Leonor, y harás lo que te yo te diga.

—¡Ya no porque ahora soy una mujer casada!

Elvira entornó los ojos.

—¿Qué mal se ha apoderado de tu alma que mientes así a tu madre?

—No estoy mintiendo. Hace dos días, el abad Bartholomeu me unió a Corso en matrimonio.

—Al nombrar a su marido, Brianda se sintió segura. Alzó la barbilla y continuó—: No murió como creímos. Volvió a por mí. Ahora es el nuevo señor de Anels.

Elvira apretó las mandíbulas y tras unos tensos momentos de silencio, se marchó. Brianda inspiró profundamente y soltó el aire lentamente para calmar su respiración.

—¿Os habéis casado con él? —preguntó Cecilia—. No deberíais haberlo hecho en enero, el mes del frío y la carestía. Tendréis escasez el resto de vuestra vida, porque así comienza un matrimonio, así termina.

—¡Cállate! —soltó Brianda irritada—. Lo que menos necesito en este momento es uno de tus agüeros... ¿Crees que mi madre habrá mandado a por los criados?

Se oyeron unos pasos en el pasillo y Brianda pensó con alivio que tal vez fuera así.

Sin embargo, fue un hombre quien se apostó en el quicio de la puerta. Tras él, Brianda distinguió a Elvira.

—¿Desde cuándo una jovenzuela puede hacer lo que le dé la gana sin contar con la aprobación de los hombres de su familia? —Los ojos de Jayme de Cuyls tenían una mirada amenazadora. Se acercó unos pasos, tomó a Cecilia del brazo y la echó fuera—. Puede que desobedezcas a tu madre, pero ahora yo soy tu tutor.

—En realidad, deberías estarme agradecido —repuso Brianda—. Me he quitado del medio... De momento... —Enseguida lamentó haber pronunciado las últimas palabras de una manera tan enfática, pues Jayme arqueó una ceja sorprendido.

—¿Es eso una advertencia? —preguntó él.

—Tómatelo como quieras. Ahora solo deseo que me enviéis a los criados y regresar con mi marido.

—Si es cierto lo que dices, fray Guillem se encargará de este despropósito. Ese Corso... —Soltó un bufido cargado de desprecio, mientras caminaba de nuevo hacia la puerta—. Tu único marido será aquel que tu madre y yo consideremos apropiado para los tiempos que corren...

Jayme extrajo la llave de la cerradura. Cuando Brianda quiso darse cuenta, ya era demasiado tarde. Se abalanzó hacia él, pero él la empujó, salió y cerró la puerta por fuera, desde donde añadió en voz alta:

—Estarás ahí hasta que te des cuenta de tu error y comprendas que las decisiones de tu madre son las más acertadas por tu bien y por el de Lubich.

Durante horas, Brianda gritó y golpeó la puerta. Afónica y con los puños ensangrentados se dejó caer por fin en el suelo, y cuando la luz de la luna se dispuso a iluminar el espacio infinito que esa clara noche compartiría con las estrellas, comenzó a sollozar.

32.

Las horas dejaron de existir en aquella habitación que la había visto crecer y que ahora se había convertido en su prisión. Brianda no sabía si habían sido dos o tres las veces que la luna había desaparecido para volver a salir y ceder de nuevo su lugar en el cielo a un sol pálido que alumbraba un mundo silencioso y helado. Junto a la puerta, había una bandeja con algo de pan y queso que no había probado. Intentó recordar cuándo se la habían llevado. Tal vez hubieran aprovechado algún momento en que su abatimiento se había convertido en sopor para deslizarla sigilosamente.

Se levantó de la cama, caminó vacilante hacia la ventana que daba al sur y observó su reflejo borroso en uno de los vidrios empañados por el frío. Estaba pálida y ojerosa y su cabello enredado y destrenzado le hacía parecer una de esas viejas campesinas viudas y solitarias a cuyo paso la gente se apartaba. Apoyó una mejilla sobre la helada ventana y emitió un profundo suspiro. La felicidad era un estado de ánimo escurridizo para ella.

De pronto, oyó un estrépito abajo en el patio. Frotó con la mano la fina y húmeda capa que emborronaba su visión y distinguió a una docena de hombres a caballo, de cuyos hocicos y ollares salía un denso e intermitente vaho, terminando de cruzar el portón de entrada. A la cabeza, un hombre envuelto en una capa negra se inclinaba ligeramente sobre la cruz de un frisón negro. El corazón le dio un vuelco. Era Corso.

Abrió la ventana y gritó su nombre. Corso alzó la vista unos instantes y con un gesto de la mano le indicó que permaneciera tranquila. Su atención se centró entonces en otra persona. Jayme de Cuyls apareció abrochándose el jubón y maldiciendo contra los criados de Lubich por haber permitido el paso a los otros.

—¡Pero si son los hombres del difunto Nunilo! —protestó Remon—. ¡Nunca se les ha prohibido la entrada a esta casa!

—¡Soy yo quien decide quién puede entrar aquí y quién no! —le gritó Jayme mientras se acercaba a Corso—. ¿Eres tú el cabecilla de este grupo? Tu rostro me resulta familiar. ¿A qué se debe esta inesperada visita a estas horas de la mañana?

Corso lo observó. Recordaba a Jayme de Cuyls del día que Surano le pidió que lo espiara, a él y a Medardo, en las Cortes de Monçón y se percató de que no apartaba la vista de Johan de Lubich. Después habían coincidido en el regreso a Tiles, cuando Brianda cayó enferma. También lo había visto en la iglesia la misma mañana en la que sus partidarios frustraron la celebración del Concejo en Aiscle antes de matar a Nunilo. Pero nunca había hablado con él directamente. Así que ese era el hombre que deseaba arrebatarle Lubich a Brianda... Controló el impulso de

desenvainar su espada y atravesar su corazón. Ahora que ya no tenía razones para huir, un asesinato lo conduciría directamente a la horca.

—Soy el señor de Anels y vengo en busca de mi esposa —respondió con toda la calma de la que fue capaz.

Jayme echó un paso atrás sorprendido. Lo miró con detenimiento y reconoció a aquel compañero de Surano de Aiscle.

—Corso... —Frunció el entrecejo—. Ya mandamos aviso con uno de los criados de que Brianda deseaba quedarse un tiempo en su casa.

—Su casa está donde estoy yo. ¿Acaso no os ha dicho que estamos casados?

—¡Ese matrimonio no tiene validez! —dijo Elvira saliendo del patio interior, donde había estado escuchando, y acercándose a ambos—. ¿Cómo pudiste pensar ni por un instante que consentiría que mi hija se casara con alguien como tú?

Corso introdujo la mano en su jubón y extrajo un documento.

—Tengo copia del papel que guarda el abad de Besalduch con todas las bendiciones. Si queréis, podéis hablar con él, pero no me iré de aquí sin Brianda.

—Ella no desea saber nada de ti —adujo Elvira con obstinación—. Regresó porque se dio cuenta de su error enseguida. La vergüenza le impide enfrentarse a ti.

Corso soltó una carcajada.

—Me gustaría escuchar eso de sus labios. —Alzó la vista hacia la ventana desde donde ella le había llamado y gritó—: ¡Brianda! ¿Por qué no bajas? ¿Tal vez no deseas venir conmigo a Anels?

—¡Corso! —Brianda se asomó peligrosamente—. ¡Estoy encerrada! ¡Sácame de aquí!

El rostro de Corso se ensombreció. Agachó la cabeza, apretó los dientes para controlar su ira, respiró hondo y saltó de su caballo mientras desenvainaba su espada para empuñarla contra el pecho de Jayme. Antes de que nadie pudiera reaccionar, sus hombres lo imitaron y rodearon a los criados de Lubich, con quienes tantas peleas habían compartido.

—Subid a por ella —ordenó Corso a Elvira—, si no queréis perder también a este hombre. —Con un gesto indicó a un par de los suyos que la siguieran.

Al poco, Brianda salió de la casa seguida de su madre y corrió hacia el frisón, conteniendo las ganas de lanzarse a los brazos de Corso. Antes de montar se detuvo.

—¡Cecilia! ¡No puedo marcharme sin ella! —Si no había acudido a verla es porque la tenían encerrada otra vez.

Regresó a la casa, bajó a la bodega y la liberó, pidiéndole que fuera rápidamente a por sus cosas. De nuevo en el exterior, Brianda le dijo a Corso:

—Quiero mis arcas con mis pertenencias. Está todo preparado en mi cuarto.

Corso miró a Elvira.

—¿Mandáis a por ellas o preferís que vuelva otro día?

Elvira hizo un gesto con la cabeza y los mismos criados escoltados por los hombres de Corso hicieron varios viajes mientras otros aparejaban unas mulas. Cuando todo estuvo preparado y Brianda ya había subido a su caballo, Corso apartó la espada del pecho de Jayme y montó tras ella. Aún se acercó a Jayme y a Elvira una última vez y les dijo:

—Tened una cosa bien clara: Brianda es ahora la esposa de Corso de Anels y como tal tendrá mi apoyo en todo lo que desee. Cualquiera que la moleste, sea quien sea, pagará por ello.

Cubrió a Brianda con su capa, hincó los talones en los costados del caballo y partió al galope. Abrazada a su cuello, Brianda solo tuvo unos instantes para intercambiar una mirada con su madre antes de que Lubich se convirtiera en una mancha gris en el horizonte. Sentía alivio por irse de allí, por estar de nuevo con Corso, pero también una gran pena porque las cosas tuvieran que ser de esa manera. Seguía sin comprender qué se había apoderado de Elvira para permitir la entrada en Lubich y en su vida de uno de los cabecillas rebeldes causantes de la muerte de su padre. Le costaba creer que el miedo a la soledad de una viuda fuera tan fuerte como para enterrar los siglos de honor y gloria de las generaciones de Lubich.

Continuaron al galope hasta el desvío que conducía a Anels. Allí, Corso redujo la velocidad y enterró la cara en el cuello de ella.

—Tres noches, maldita sea —masculló—. Te dije que nunca más pasaría una sin tu compañía...

—Entonces, ¿por qué tardaste tanto? —intentó bromear ella. Posó su mano sobre la herida y él hizo un gesto de dolor—. Recaerás por mi culpa...

—Una y mil veces. —Corso se incorporó para mirarla con ojos centelleantes y luego se inclinó para besarla con voracidad, como si temiera que pudiera desaparecer antes de saciarse de su sabor.

Brianda se apretó contra él y disfrutó del calor que comenzó a recorrer su piel hasta que él se apartó bruscamente.

—¿Qué pasa? —preguntó ella.

—Un grupo de jinetes.

Ella se giró y distinguió a media distancia una tela carmesí y oro ondeando sobre un asta. Unos destellos surgían de las picas y mosquetes que portaban los hombres.

—¿Soldados?

—Del rey. —El rostro de Corso reflejó preocupación.

Brianda ahogó un gemido. Su esposo seguía siendo un desertor del ejército de su majestad. Era imposible que hubieran subido hasta las montañas a por él, pero se sintió inquieta.

—Retrocedamos hasta juntarnos con los nuestros —propuso rápidamente.

Corso tiró de las riendas y deshizo el camino. Enseguida se toparon con los de Anels y las mulas cargadas. Brianda le pidió a Corso que se cambiara de caballo y se hiciera pasar por uno de los lacayos.

—Yo hablaré con ellos —dijo peinándose el cabello con las manos y recogiéndoselo en una trenza para ofrecer un mejor aspecto que el que sabía que tenía después del encierro.

Continuaron adelante hasta que se encontraron frente a frente con un grupo de unos veinticinco soldados vestidos con casacas forradas con paño sobre sus jubones, polainas abotonadas hasta la rodilla y caras enrojecidas por el frío. Los capotillos con las mangas abiertas con las aspas de la cruz de Borgoña cruzándoles el pecho y la espalda no dejaban lugar a dudas:

eran soldados reales. Brianda se preguntó qué hacían por esas tierras. Uno de ellos se adelantó. Su cara era alargada y lucía una barba castaña recortada en punta. Llevaba una vestimenta de cuero grueso de color marrón bajo un coselete completo y un morrión con penacho de plumas rojas. Su caballo era el único adornado con una rica manta y otro penacho de plumas en lo alto de la coraza que recubría su cabeza.

—Soy el capitán Vardán.

—Y yo Brianda de Lubich. —Adoptó una pose altiva—. ¿A quién buscáis?

El capitán la observó con atención. Por sus ropas, su montura, sus modales y su compañía, dedujo que la joven pertenecía a la nobleza de esos lugares.

—Tenemos órdenes de su majestad de vigilar los pasos con Francia.

—Sois pocos para tanta montaña.

Vardán esbozó una sonrisa.

—Hay más en Aiscle. Pronto seremos tres mil para aquietar este territorio. Espero que eso os alivie.

Brianda se esforzó para no mostrar ningún signo de alarma y no delatar sus sentimientos. Ni todos los hombres del condado juntos podrían hacer frente a un ejército real de ese tamaño.

—¿Acaso se ha resuelto ya el pleito por la posesión del condado de Orrun? —preguntó con cierta indiferencia.

—¿Os agradaría que así fuera? —El capitán entornó los ojos y Brianda supuso que calibraba en qué bando situarla—. Su majestad ha ordenado que suplamos la incompetencia del conde en limpiar el país de alborotadores franceses y catalanes y terminar con el bandolerismo sin ley.

—Una voluntad digna de agradecimiento —murmuró Brianda con toda la convicción de la que fue capaz, pues por dentro se sentía desanimada. El rey ordenaba apagar el fuego que él mismo había encendido. Las muertes de Nunilo y Johan no habían servido para nada.

El capitán permaneció unos segundos en silencio, recorriendo con su mirada el grupo de hombres armados tras Brianda. Temiendo que se fijara en Corso, ella se apresuró a explicar:

—Me dirijo con mis pertenencias a mi nueva casa. Como veis por mi escolta, mi esposo, el señor de Anels, también teme a los bandoleros.

En el rostro de Vardán se dibujó la sorpresa. Introdujo su mano en el jubón y extrajo un documento cerrado con lacre.

—Traigo varios mensajes del rey para los señores de las montañas. Uno de ellos va dirigido al de Anels... Tenía entendido que era un hombre mayor. Me sorprende que haya tomado una esposa tan joven.

—El anterior señor murió. Mi esposo es su hijo. —Brianda señaló al este—. Nuestra casa está allí mismo, pero si queréis yo misma se lo daré. Me honra que su majestad recuerde a aquellos a quienes recibió en las Cortes de Monçón.

El capitán extendió el brazo y se lo entregó.

—Confío en que lo haréis. —Alzó el brazo derecho e indicó a sus hombres que se apartaran —. Una cosa más. ¿Es este el camino a Lubich?

Brianda hizo un gesto de asentimiento.

—Está a media legua. Tened por seguro que allí os recibirán bien.

Ella hubiera jurado que el tono de su voz había sido neutro y no mordaz, pero el capitán arqueó una ceja ligeramente.

—¿Y sabéis dónde no lo harán? —preguntó él.

Brianda se encogió de hombros.

—Averiguar eso es parte de vuestro trabajo...

Destensó las riendas y golpeó con los talones los costados del caballo, que comenzó un paso ligero. Se mantuvo erguida hasta que dejó atrás el lavadero junto a la fuente, donde Aldonsa y otras criadas de Casa Anels llenaban varios cántaros, y llegó a la era de la que sería su casa a partir de entonces. Allí, se apoyó sobre la cruz y lanzó un resoplido. Las manos le temblaban.

Corso llegó a su lado.

—Has sido hábil —le dijo—. ¿Qué te ha dado?

—Una carta del rey para ti. —Se la entregó—. Me ha dicho que trae misivas para varios señores. Temo conocer su contenido, que imagino.

—Tendrás qué decirme qué pone —dijo él devolviéndosela—. No sé leer.

Brianda rompió el lacre, leyó el documento en silencio y chasqueó la lengua.

—Nos avisan de que la resolución del rey de incorporar el condado de Orrun a la Corona es definitiva. Luego nos hacen una oferta generosa para abandonar la causa del conde. —Lo miró a los ojos—. Esta nunca fue tu guerra y es posible que te encuentres en el bando perdedor.

Corso descendió de su caballo, se acercó a ella y le tendió los brazos para ayudarla a hacer lo mismo mientras le decía:

—Ahora podría ser uno de esos soldados que acabas de ver, con ropas desgastadas, mirada apagada y ganas de algo de pillaje con el que mejorar mi situación. Ningún soldado elige por qué lucha, pero por esta guerra te conocí y ahora soy quien soy. —Acarició su cabello oscuro con ambas manos y luego la abrazó—. No puedo sentirme más victorioso.

Brianda levantó la vista al cielo, donde brillaba un sol pálido, casi blanco por la tenue neblina que lo cubría. En esos momentos, su único deseo era entrar en ese edificio y encerrarse allí con él, en el cuarto desde el cual se divisaban, entre los campos desiertos, los tejados humeantes de las casas de Tiles, aparentemente ajenas a los disgustos del tiempo; engañosamente tranquilas ante las decisiones de hombres como el rey, el conde, o el señor a quienes sus habitantes se debían; ilusoriamente satisfechas con su existencia en ese lugar hermoso pero alejado, frío e inhóspito. Se apretó contra él para que su cuerpo frenara el temblor de su inquietud. Solo junto a Corso sentía que nada debía temer.

Él era ahora su porvenir, desconocido, pero amado y deseado.

33.

Como si el cielo hubiera escuchado los deseos de Brianda, aquella noche nevó, y también los siguientes días con sus correspondientes noches. Los campos y caminos amanecían cubiertos de una gruesa capa de nieve que imposibilitaba el tránsito de personas y animales, aislando a los habitantes del valle en sus casas. Corso y Brianda permanecieron en su habitación todo el tiempo posible. La herida de él se había reabierto con la cabalgada a Lubich y su cuidado le servía a Brianda de excusa para no moverse de su lado.

Dudaba que algún día se cansase de las caricias de Corso por todos los rincones de su cuerpo, de sus besos húmedos y leves mordiscos, de su risa al deleitarse en el detalle de que ella no tuviera vello en las axilas, de su mirada brillante, sensual y cómplice cuando la preparaba con explicaciones ardientes para que se situase sobre él y lo recibiera de esa manera hasta que él pudiera tumbarse sobre ella. Jamás hubiera imaginado que el contacto entre dos cuerpos pudiera producir esa mezcla, extraña y placentera, de sensaciones tan opuestas. Su mente, su alma y su cuerpo se relajaban y se abandonaban antes de excitarse hasta el delirio para encontrar luego una placidez y un sosiego que desconocía.

Qué no haría ella, pensó una vez más una mañana de principios de febrero, desnuda entre sus brazos, por seguir eternamente así.

Alguien llamó a la puerta con insistencia.

—Preguntan por vos —oyeron que decía Cecilia—. Pere de Aiscle.

Brianda se levantó de un salto y comenzó a vestirse. Corso la imitó. Bajaron a la sala, donde encontraron a Leonor en compañía de Pere y un hombre tapado con una manta frente al fuego. El suelo estaba mojado por la nieve que se había derretido al desprenderse de sus botas y vestimentas. Pere se acercó rápidamente a ellos. Brianda se fijó en su aspecto. El cargo de lugarteniente del conde en Orrun no parecía haberle sentado bien. Sus hombros se habían encorvado y había perdido gran parte de su rubio cabello. Al mirarlo a los ojos, no pudo evitar acordarse de su hermano. Lo saludó con afecto y le preguntó por su esposa, María, a quien tampoco había visto desde aquel día en el monasterio de Besalduch, adonde la habían llevado Corso y Surano para cuidar de su esposo herido.

—¡Qué grato verte, Pere! Yo también quería hablar contigo, pero la nieve ha retrasado mi visita a tu casa. Además, mi esposo ha estado convaleciente. ¿Recuerdas a Corso? —Observó el rostro de Pere, esperando alguna reacción de asombro que no percibió—. No te sorprende...

—Estoy al tanto, Brianda. Lo que no han llegado a contarse unos criados a otros en la taberna, en el horno o en el lavadero me lo ha explicado Leonor. Lamento todo lo que te ha

pasado. Antes de que conozcas el motivo de mi presencia hoy aquí, dime: ¿por qué querías verme? ¿Tiene que ver con Lubich?

—¿También tú recibiste una carta...?

Con un gesto firme, Pere le indicó que no continuara. Señaló al hombre silencioso que se ocultaba tras la manta y dijo:

—Discúlpame, Brianda, no te he dicho quién nos acompaña. —Se acercó al fuego—. Señor, la hija de Johan de Lubich y el heredero de Nunilo de Anels están aquí.

El hombre alzó las manos, retiró la manta que lo cubría y se puso en pie. Brianda ahogó una exclamación de sorpresa al reconocer al conde de Orrun, una figura completamente diferente a la que viera en las Cortes y luego en el monasterio de Besalduch. En lugar de un arreglado bigote, lucía una descuidada barba. No llevaba gorguera y sus ropas estaban sucias y rotas. Lo encontró mucho más delgado, cansado y con la piel de sus manos y rostro amoratada por el frío. La gallardía y altivez lo habían abandonado por completo. Parecía un hombre hundido por el agotamiento y la adversidad.

Como si pudiera leer en su mirada sus pensamientos, don Fernando le dijo:

—Te extraña mi aspecto. Vengo de Francia. Las nieves han retrasado mi regreso y dificultado la última parte del viaje, pero al menos no me he topado con soldados.

Brianda hizo una breve genuflexión.

—Señor, sé por Marquo de Besalduch que habíais viajado allí para organizar una fuerza con la que dominar la situación del condado. Espero que vuestro esfuerzo haya sido recompensado. Ahora no puedo hablar por Lubich, pero tened por seguro que esta casa sigue con vos. —Miró a Leonor y a Corso con la esperanza de que apoyaran sus palabras y ambos hicieron un gesto de asentimiento.

Don Fernando suspiró hondamente y, en silencio, se giró hacia el fuego. Luego dijo:

—Ojalá tuviera más como vosotros, pero cada vez sois menos. En cuanto a los franceses, vendrán setecientos cuando yo lo pida, pero todavía no.

—¿Entonces, señor? —preguntó Brianda deseosa de saber los siguientes planes. La lealtad que le debía por hombres como su padre no podía borrar la preocupación de que fuera ahora Corso quien tuviera que liderar a los hombres de Casa Anels en una batalla. Setecientos contra tres mil eran pocos.

—He aceptado una tregua. El rey me reclama en la corte. El Concejo que se debía celebrar en Aiscle la semana pasada se ha aplazado por la nieve y tendrá lugar la próxima semana. Yo no estaré, pero en cualquier caso, no habrá altercados porque de momento se mantendrán los mismos cargos. —Esbozó una sonrisa amarga—. Para eso cuento con Jayme de Cuyls.

Brianda hizo un gesto de desprecio al escuchar su nombre.

—¿Saben que estáis aquí? —preguntó entonces Corso.

El conde lo miró con cierto interés. Pere le había hablado del nuevo amo de esa casa y de las circunstancias por las que su vida había cambiado. Así de caprichosa era la vida, pensó: por cuestiones inexplicables, mientras unos perdían, a otros les sonreía la fortuna.

—Veo que aún conserváis vuestro instinto de soldado, Corso de Anels —respondió—. Los del rey no han venido solo para vigilar los pasos a Francia y frenar la entrada de extranjeros, sino

para vigilarme a mí, como si yo también lo fuera. Pero nada debéis temer. Vuestra hospitalidad permitirá que mis hombres y yo recobremos fuerzas hoy. Mañana partiremos. Acudiré ante el rey, pero por mis propios medios, no con sus soldados.

—¿Y para qué os quiere el rey? —La mirada que le lanzó Pere hizo a Brianda arrepentirse rápidamente de haber formulado la pregunta.

Leonor se apresuró a intervenir.

—Os acompañaré a vuestro cuarto, don Fernando. Necesitáis descansar.

Este asintió y la siguió fuera de la sala.

A solas, Brianda se sentó junto al fuego y repitió su pregunta a Pere.

—Si se marcha de nuevo —añadió—, pasarán meses hasta que vuelva. Con su ausencia solo consigue perder más vasallos y que se debilite la llama de su causa.

Pere se sirvió vino de una jarra que Leonor había dispuesto sobre la mesa y se sentó junto a ella.

—Si no acude, lo acusarán de hereje. Ahora es objeto de las pesquisas de la Inquisición. Han levantado sospechas de que pudiera correr sangre judía por sus venas. Y no solo eso. También hay orden de acusarlo por los hechos y asesinatos ocurridos en Aiscle cuando la muerte de Medardo y por permitir la entrada de los franceses hugonotes, pues saben que entonces le ayudó el capitán Agut y que ahora ha vuelto a solicitar sus servicios.

—¡Eso no tiene sentido, Pere! —exclamó Brianda extrañada y enfadada.

—Cuando interviene la Inquisición, nada lo tiene...

—No me refiero a eso. Las acusaciones son absurdas, pero ante semejante peligro, no comprendo para qué regresa. ¡Debería haberse quedado en Francia! —Frunció el ceño—. ¿Es que hay algo más?

Pere guardó silencio. Corso se acercó a él.

—También a vos os han ofrecido dinero para abandonar al conde. Quieren comprarnos a todos. ¿Y a él? ¿No le han hecho ninguna oferta a don Fernando?

Pere vació su copa de vino de un trago y apoyó las manos en sus rodillas con la mirada clavada en el suelo.

—Su hermano está en Madrid —dijo por fin—, negociando las condiciones de venta del condado. El conde renunciaría a todos sus derechos a cambio de compensaciones económicas y territoriales...

—¿Y cuánto es eso? —quiso saber Brianda—. ¿Cuánto vale la lealtad de nuestros antepasados y nuestra libertad?

—Hablan de cincuenta mil escudos en un pago y dos mil quinientos escudos en oro de renta. El rey le daría también otro título en tierras del Mediterráneo con ocho mil escudos anuales.

Brianda sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas.

—Muy tentador. Si acepta, todo habrá sido inútil. Las muertes de Nunilo, de mi padre, de tu hermano... ¿Por qué no firmó hace dos años?

—Precisamente entonces tenía hombres como ellos. Ahora no.

—Aquí solo ha perdido Lubich —intervino Corso—. Os tiene a vos, a mí, a la casa de Bringuer de Besalduch...

Pere negó con la cabeza.

—Nadie de Besalduch. El hermano de Marquo hace semanas que cambió de bando y Marquo ha mostrado su deseo de abandonar las armas, que considera incompatibles con su cargo de justicia. Además, su futuro suegro tampoco es ya de los nuestros.

Brianda alzó las cejas sorprendida.

—¿Con quién se va a casar?

—Con Alodia.

—No ha perdido el tiempo —murmuró ella, recordando a la joven ojerosa que tan mal la había mirado en la iglesia de Tiles, presa de celos según había explicado su criada Gisabel, por el compromiso matrimonial entre ella y Marquo—. Bueno, yo tampoco... —Miró a Corso y le dedicó una breve sonrisa—. ¿Y tú, Pere? ¿Qué piensas de todo esto? ¿Qué harías en lugar del conde?

Pere se frotó las sienes con las manos y cerró los ojos unos instantes, como si librara una batalla en su interior.

—La lealtad de la sangre de mi casa no se compra ni con una montaña de oro —respondió—. Soy viejo para aceptar estos cambios, Brianda. Puedo comprenderlos, pero no los respeto. Es una estrategia. No hay honor en todo esto. Estábamos bien sin la presencia del rey. Muchos vasallos del conde se creen que ahora todo será diferente, pero no es cierto. El poder del rey sobre nosotros siempre será mucho mayor. Y hay que temer más a quien más poder posee, sobre todo si ordena desde la distancia. —Tomó la mano de la joven y la miró a los ojos—. Me preguntas qué haría yo si fuera don Fernando. Su única alternativa es lanzarnos a todos a una muerte segura. ¿Qué harías tú en su lugar?

Pere regresó a Aiscle esa misma tarde. Tal como había dicho el conde, él y sus hombres partieron a la mañana siguiente. Cuando lo vio alejarse sobre su caballo desde la verja de Anels, con paso torpe y lento por culpa de la nieve del camino, Brianda tuvo la certeza de que nunca más lo volvería a ver y una extraña sensación la embargó. Las huellas que dejaba a su espalda cansada el último conde de Orrun se borrarían tan rápidamente como el duelo de Elvira por Johan; o como el amor de Marquo por ella; o como el recuerdo de personas como Bringuer, su esposa, su hija, Nunilo, el marido de la criada Gisabel, Surano, Medardo o Johan en la mente de sus vecinos; o como la misma nieve con el primer aire templado de la primavera.

Se preguntó cuánta culpa tenía el conde y cuánta el tiempo que le había tocado vivir. Como ella, don Fernando había heredado una responsabilidad de su padre, el anterior conde, y se veía obligado a ser testigo de su pérdida. Había crecido convencido de que las palabras de su padre eran sagradas, inmutables, incuestionables, y seguro de que defendería la senda trazada para él de las zarzas, lobos y alimañas que le salieran al paso. Así había continuado la vida durante siglos, primero unos y luego otros, sin más cambios que los reflejados en las facciones de las siguientes generaciones que las familias ricas podían comentar al observar los cuadros que colgaban de sus paredes. Por qué llegaba un momento en que ese normal devenir de los acontecimientos se truncaba era un misterio. Un día algo comenzaba a torcerse por culpa de una intención, un deseo

o un plan de otro y a la cadena que unía el pasado con el presente y el futuro se le soltaba un eslabón.

Desconocía qué pasaba en otros mundos más allá de Tiles, Aiscle y Monçón, pues ella solo podía saber de aquello de lo que había formado parte. Y desconocía qué mecanismos humanos podían ponerse en marcha a lo lejos que lograban extender sus hilos y alcanzar lugares tan remotos como aquel hasta conseguir terminar con la vida tal como ella la había vivido hasta entonces. Se preguntó entonces si el conde había luchado lo suficiente; si no tendría también algo de culpa. Cuántas veces había oído críticas a los señores de Orrun sobre su proceder en las que su benignidad se interpretaba como debilidad y sus largas ausencias, aunque fueran por razones propias de nobles, como la causa del distanciamiento de los problemas cotidianos del condado. Una duda la asaltó. Si algún día tuviera un hijo que le preguntara sobre Lubich, ¿cómo le explicaría la manera en que lo había perdido, si es que eso llegaba a suceder? ¿Se encogería él de hombros con cómplice resignación y comprensión o le lanzaría una mirada de reproche?

Oyó unos pasos y, al poco, un brazo conocido la rodeó por los hombros.

—¿En qué estás pensando? —le preguntó Corso.

—En Lubich. Voy a luchar para recuperar lo mío.

—¿Y por dónde quieres que empecemos?

Ella le dio una cariñosa palmadita en el pecho.

—Para esto no sirven las armas, soldado. Presentaré un recurso ante la justicia.

—Será un proceso largo...

—No me asusta el tiempo.

—A mí tampoco, siempre que estemos juntos.

Corso se inclinó y la besó.

34.

Durante los siguientes años, un clima invernal, tenaz y cruel acortó con su humedad y frialdad los meses de la estación de crecimiento del alimento en los campos. Ni los más viejos de Tiles recordaban un periodo tan largo de continuos vientos huracanados y fríos del norte, de heladas tardías en primavera, de granizadas inesperadas, de intensas lluvias que pudrían las cosechas, de copiosas nieves que cubrían los prados más abajo de Aiscle y, al derretirse, embravecían ríos y barrancos que devoraban las tierras a su paso. Las cosechas comenzaron a ser insuficientes y tardías; el vino escaseaba; las vacas, estabuladas durante largos periodos de tiempo, apenas producían leche; los niños morían en mayor número. Contagiados por la abulia de la tierra castigada de esa manera por Dios y la naturaleza, los rostros de los campesinos se oscurecieron por una tristeza y un miedo profundos que ni los sermones dominicales de fray Guillem sobre la resistencia del hombre ante las pruebas a las que lo sometía el Señor Todopoderoso podían aliviar.

Sentada junto al fuego de Casa Anels una tarde lluviosa de otoño en compañía de Leonor, Brianda observó a su hijo Johan, que jugaba con unas ramitas de fresno. En unos días cumpliría tres años. Había heredado el cabello negrísimo y el carácter indómito de Corso, pero la franqueza que irradiaban sus ojos pertenecían a su abuelo. Se preguntó qué futuro le esperaría. De todas partes llegaban malas noticias. Los fracasos militares en el extranjero se traducían en nuevos impuestos que ni nobles ni villanos podían ya soportar. En lugares lejanos como el Reino de Castilla, las cosechas también eran deficitarias; los nobles se quejaban de menosprecio, los caballeros, de la escasez de favores recibidos, y los clérigos, de las nuevas cargas fiscales que debían afrontar. En la cercana Cataluña, los conflictos por la presunta violación de sus fueros por parte del rey no cesaban. Las muestras de descontento provocaban altercados en las ciudades, y en algunas baronías cercanas, aprovechando las revueltas del condado de Orrun, también los vasallos pretendían librarse de la jurisdicción de su señor. Y para empeorar las cosas, el año anterior la amenaza de la enfermedad de la buba, la maldita peste, había llegado más arriba de Fons por el sur y hasta el límite de tierras catalanas por el este. Las villas se habían cerrado, prohibiendo la entrada a viajeros, y las fiestas se habían suspendido, aunque el ánimo de la gente tampoco estuviera para celebraciones.

También en las tierras altas de Orrun se vivían momentos extraños, de una falsa calma que no se debía solamente a la escasez. La larga ausencia del conde y la presencia de los soldados del rey habían sido aprovechadas en un primer momento para que resurgieran los actos de pillaje de los partidarios de uno u otro bando, provocando pequeños pero persistentes ataques de venganza

avivados no siempre por las ideas de cada causa, sino por la necesidad de supervivencia de quienes dependían del pillaje para su subsistencia. A medida que pasaba el tiempo y aumentaba el número de soldados reales que se instalaban en esas tierras fronterizas, parecía que los objetivos del capitán Vardán de mantener la tierra a raya se iban cumpliendo.

Sin embargo, a Brianda ese aparente sosiego del conflicto armado no la tranquilizaba. Por mucho que su infancia hubiera sido feliz, pronto había tenido que aprender que los momentos de paz duraban poco. Y desde que era madre, sus preocupaciones habían ganado en intensidad, como si la vida doliera más al pensar en otro. Su amor por Corso aumentaba día a día; pero sus sentimientos hacia su hijo Johan eran de una naturaleza diferente. Su alma pertenecía a Corso; su sangre, al pequeño Johan. Como el anterior Johan había hecho con ella, debía inculcarle a su hijo el sentido del honor, del linaje, de la memoria de sus antepasados y de la casa.

Sintió un súbito estremecimiento. La respuesta de la justicia no podía tardar en llegar. El procurador que había contratado con Corso a través del notario de Aiscle para presentar su demanda por la recuperación de Lubich les había aconsejado dirigirse directamente a las Cortes del Reino. En cualquier otro caso, hubieran sido los miembros del Concejo de Tiles quienes dirimieran el pleito, pero teniendo a Jayme de Cuyls como *bayle* general, el asunto debía pasar a manos de instancias superiores. En el Concejo solo hubiera contado con el apoyo de Pere. O mucho se equivocaba, o el justicia Marquo no se hubiera atrevido a enfrentarse a Jayme.

Johan se pinchó con una astilla y comenzó a llorar mientras explicaba entre balbuceos y frases incompletas lo que le había pasado. Brianda lo acomodó en su regazo, consolándolo con tiernas palabras, y succionó la gotita de sangre de su dedo. Entonces, la puerta se abrió y apareció Corso. Su capa y sus botas estaban empapadas. Se acercó a ellos y acarició el cabello de Johan, pero Brianda se percató de que parecía ensimismado y no prestaba atención a las explicaciones de su hijo. Intercambió una mirada con Leonor y esta tomó al niño en brazos y se lo llevó. Brianda se levantó del suelo y se sentó en una silla baja.

—¿Qué noticias traes de Aiscle? —preguntó, ya a solas. Pere había convocado a los señores del valle.

Corso apoyó un brazo en la repisa de piedra de la chimenea.

—El justicia mayor de Aragón ha hecho un llamamiento a todos los lugares para formar un ejército en Çaragoça que se oponga a la entrada de las tropas que ha enviado el rey.

—¿Tropas del rey ahora en la capital de este Reino? —se extrañó Brianda—. ¿Por qué?

—Ordenó detener por traición a la Corona a uno de sus secretarios más cercanos, que huyó de Madrid y se refugió en la ciudad amparándose en su ascendencia aragonesa, que le da derecho a la protección de los fueros. El rey y la Inquisición lo quieren, pero son muchos quienes se han amotinado para defender al secretario aragonés. Se ha convertido en símbolo de las libertades del pueblo.

Brianda se encogió de hombros, mostrando indiferencia.

—Nadie ha subido antes aquí para ayudarnos con nuestros problemas. ¿Por qué habríais de ir los señores de Orrun?

—El conde don Fernando lo pide desde Çaragoça. Cree que si los nobles aragoneses se juntan contra este abuso, se comprenderá mejor su causa.

—¿Qué causa? —exclamó Brianda malhumorada de repente—. ¿Es que no tomó posesión del condado el capitán Vardán esta primavera en nombre del rey? ¿Es cierto o no esta vez? ¿A quién debemos creer? ¡Estoy harta de unos y de otros! Supongo que ninguno de vosotros aceptará.

—Nos esperan dentro de una semana. Pere irá. Y yo también.

—¿Tú...? —Brianda se levantó y se plantó ante él rabiosa—. ¡No te lo permitiré! ¡Las razones del conde no merecen tu vida!

—Pero tú sí. —Corso la miró fijamente a los ojos.

—¿Qué tiene que ver esto conmigo?

—La justicia pronto dictará sentencia sobre el caso por la herencia de Lubich. Si se respetan los fueros, es posible que te den la razón. Todos saben de qué lado está Jayme de Cuyls. Si el rey se apodera de las tierras aragonesas, ten por seguro que fallará a favor de tu padrastro en compensación a sus servicios.

Brianda se acercó más a él, le ayudó a quitarse la capa que aún llevaba puesta y apoyó las manos y la frente en su pecho conmovida. Corso estaba dispuesto a formar parte de una batalla por ella; una batalla que nunca había sido suya.

—Lubich tampoco merece tu vida —dijo Brianda. Las palabras sonaron extrañas en su boca, pero no en su corazón—. Tal vez en esto tengamos que coincidir todos con mi padrastro. Seguro que él se ha negado a tomar las armas.

Corso la abrazó y permaneció en silencio.

—¿Por qué callas? —preguntó Brianda.

—Jayme no estaba en la reunión, pero no por su rechazo a la petición del justicia, sino por otro motivo. Tu madre está enferma.

—Lo ha estado desde que dio a luz.

Tal como habían anunciado, Elvira y Jayme habían contraído nupcias pocos meses después de Brianda y Corso. Ese mismo año, en otoño, nació el pequeño Johan. La primavera siguiente, Elvira dio a luz a Lorién, el hermanastro de Brianda, tras un parto difícil que puso en peligro su vida.

—Se está muriendo.

Brianda cerró los ojos. No había visto a su madre desde que vivía en Anels, ni había regresado a Lubich. A veces pensaba en ambas y le entraba tristeza, pero su orgullo le impedía recorrer la distancia entre las casas. También, algún domingo de los que iba a la misa de Tiles y no a la del monasterio de Besalduch, se había descubierto a sí misma buscando a su madre con la mirada en la capilla sobre la que descansaban los restos de Johan, pero después del nacimiento de Lorién, Elvira no salía de casa.

La frase que su padre Johan pronunciara antes de viajar a las Cortes de Monçón pesaba sobre ella como una losa.

Los de Lubich no se humillaban fácilmente. Pero en ocasiones, un exceso de orgullo también abatía.

La víspera de cumplirse el plazo para que los hombres se unieran al ejército aragonés, Cecilia avisó a Brianda de la visita de Gisabel.

—No sabía qué hacer —le explicó la criada en la cocina, muy adelantada en el embarazo de su tercer hijo—, pero he venido a deciros que fray Guillem ha sido llamado para dar la extremaunción a vuestra madre...

Brianda asintió y le pidió que la esperara. Buscó a Corso y le contó su intención de ir a Lubich.

—De acuerdo —accedió él—, pero esta vez te acompañaré yo.

Ordenaron a los criados que prepararan sus caballos y al mediodía cruzaron la verja de Anels.

Nada había cambiado, pensó Brianda al tomar el desvío. Los mismos colores otoñales de siempre teñían los alrededores de Lubich. La misma alfombra húmeda de hojas que recordaba de sus escapadas infantiles cubría las piedras del camino y de las paredes. Los ruidos del bosque no se habían apagado todavía por el aliento infernal del invierno. La muralla de su casa natal, los gruesos muros de las edificaciones y la alta torre seguían ahí, indiferentes a las idas y venidas de las gentes. Y también fue Remon, el ahora marido de Gisabel, quien tomó las riendas de su caballo y las ató a una anilla de hierro en la pared. Sin embargo, al acercarse a la puerta principal de la casa, una llamarada de ira recorrió sus venas. El dintel de la puerta con el nombre del primer Johan de Lubich tallado en 1322 había sido arrancado. En su lugar, había una vulgar piedra con el escudo de los de Cuyls burdamente trazado. Sintió ganas de gritar pero se contuvo. En el silencio reinante por la cercanía de la muerte, su rabia por ese ultraje a la casa resultaría incomprensible para alguien que no fuera ella.

Con Corso tras ella, Brianda subió las escaleras hacia los dormitorios. Recorrió sin dudar el largo pasillo en dirección al oeste, al final del cual estaban los aposentos que habían sido de sus padres. Cruzó una pequeña sala de ricos muebles y clavó la mirada en la puerta entreabierta que comunicaba con el dormitorio. Se detuvo unos instantes, inspiró profundamente y entró.

A un lado de la gran cama con dosel cuyas gruesas telas habían sido apartadas y recogidas con lazos negros, y de espaldas a ella, estaba Jayme sentado, acariciando la mano de Elvira en actitud abatida. Al escuchar pasos se giró y se puso rápidamente en pie. En segundos su sorpresa se tornó en agresividad.

—¿Qué haces aquí? —preguntó.

—He venido a ver a mi madre —respondió Brianda con voz firme.

—Querrás decir a despedirte —masculló él.

—Razón de más para rogarte que me dejes unos instantes con ella a solas.

Jayme dudó, pero salió. Corso lo siguió hasta la salita.

Brianda se acercó al lecho. Apenas reconocía a su madre en esa figura estática, extremadamente delgada y pálida de ojos hundidos. Cogió una silla y la acercó. Permaneció unos segundos en silencio hasta que percibió que Elvira movía los párpados.

—Madre... Soy Brianda.

Elvira esbozó una media sonrisa.

—Me han contado que tengo un nieto y que lo has llamado Johan.

—En recuerdo de mi padre.

—Fue un buen hombre y marido.

—Diría que tu opinión era otra.

—Qué sabrás tú... —Elvira suspiró—. Respóndeme, Brianda: ¿eres feliz con ese Corso?

—Plenamente.

—¿Más que con Marquo, que no te parecía mal pretendiente?

Brianda asintió.

—Apenas era una niña cuando conocí a Jayme —continuó Elvira con dificultad—. Él ha sido siempre mi Corso. Nos separaron.

Brianda frunció el entrecejo.

—Entonces, deberías haber comprendido mi matrimonio con Corso.

—Tal vez me equivoqué...

—Sí, madre, lo hiciste. Con él y con Lubich.

—Las hijas no perpetúan las casas. La nobleza y los linajes se extinguen con ellas... —Hizo una pausa—. ¿Has conocido a Lorién?

Brianda negó con la cabeza.

—Se parece mucho a ti.

—No quiero saberlo.

—Él no tiene la culpa de mis acciones, Brianda. Prométeme que velarás por él. Quieras o no, siempre será tu hermano.

Brianda recordó la petición de su padre antes de ser asesinado en la torre. «Mantén el nombre de Lubich vivo», le había pedido. Las promesas que se hacían a alguien al borde de la muerte eran sagradas.

—Ya tiene quien lo cuide, madre.

Elvira cerró los ojos fatigada.

—Vive tranquila, hija mía —murmuró—. El rencor pudre el alma. Olvídate de ese pleito y confórmate con lo que tienes.

—No puedo —dijo Brianda con obstinación.

—Eres terca y orgullosa, como tu padre. El mundo por el que luchaba se había terminado hacía años y no lo quiso ver... —Extendió la mano para tomar la de Brianda, que apretó con fuerza—. Siempre he deseado lo mejor para ti. Lubich es una carga demasiado pesada para una mujer...

La presión de la mano cedió y Elvira se durmió.

Brianda sintió que un nudo se le formaba en la garganta, impidiéndole hablar. Durante unos segundos, sollozó en silencio. Luego, se inclinó sobre su madre y depositó un beso en su mejilla, consciente de que aquello era una despedida definitiva. Se incorporó, se secó las lágrimas que surcaban su rostro y se dirigió a la puerta a la que se asomaba en esos momentos fray Guillem. Brianda se acordó de la primera vez que lo vio y escuchó su voz, en aquel hospital de Monçón donde impartió la extremaunción a un moribundo. Se preguntó si se tomaría el mismo tiempo y cuidado y emplearía la perfecta dicción, claridad y firmeza en despedir a su madre que las que había dedicado a aquel hombre. Recordó con qué énfasis había argumentado que no había que temer a la muerte siempre y cuando uno se encontrase en la buena disposición de recibir a Dios,

aceptándolo como el único salvador de su alma. Había pensado muchas veces en aquellas palabras y en el afán del religioso por ayudar a un buen morir. Pensó en los asesinos de su padre, en quienes mataron a Nunilo, en Jayme de Cuyls, en su propia madre... Que Dios la perdonara por sus pensamientos, pero qué sencillo, simple e incluso injusto le parecía que todos y cada uno, por el miedo a la muerte, tuvieran la opción de arrepentirse en el último momento de todo lo cometido en su vida.

—Te he echado de menos últimamente por la iglesia, Brianda —dijo fray Guillem—. Y a tu esposo también. Tal vez el abad no os recordó bien vuestras obligaciones cuando os casó...

Brianda se ruborizó ligeramente. Fray Guillem, en contra de lo que habían pretendido Elvira y Jayme y corroborando las palabras del abad Bartholomeu, no había podido cuestionar la validez de su matrimonio con Corso. No obstante, nunca perdía ocasión para reprocharles que prefirieran los servicios del monasterio de Besalduch a los suyos, que habían incluido también el bautizo del pequeño Johan.

—Cumplimos con ellas como corresponde, padre, siguiendo las costumbres de nuestras casas.

—Lubich es la casa donde naciste y ha sabido cambiar.

—Quienes la habitan ahora son quienes han cambiado. —Brianda lanzó una mirada hacia su madre—. Sus gentes, vos y yo nos iremos, pero Lubich seguirá como lo ha hecho durante siglos.

Fray Guillem meditó sus palabras, pero nada replicó. Inclinó la cabeza levemente y se dirigió con paso cansado hacia el lecho donde yacía la señora de la casa. Percibía que también él había perdido parte de la fuerza que irradiaba cuando llegó a Tiles. Su estancia iba a ser en principio pasajera, una especie de preparación en su formación antes de seguir su camino por otros lugares. Sin embargo, desde la diócesis de Barbastro cada año le pedían que aguantase un poco más en esas tierras y que extendiese su predicación por todos y cada uno de los pueblos y lugares del condado, supliendo con su labor la ignorancia religiosa de las cuestiones tratadas en Trento de los clérigos locales, pertenecientes en su mayoría a familias de los mismos pueblos de sus feligresías y escasamente capacitados para la instrucción religiosa. Si esa era la voluntad de Dios, la prueba a la que lo sometía se alargaba demasiado.

Echaba de menos el calor de la tierra baja, habitada por personas menos reservadas e indoblegables que aquellas de Tiles y sus alrededores.

Brianda permaneció un rato escuchando los rezos del hombre.

En la salita, después de observarlo en silencio un largo rato con al rostro ceñudo, Jayme se dirigió a Corso:

—Me han dicho que piensas partir mañana con Pere para sumarte al ejército aragonés.

Corso no respondió. Jayme añadió:

—Ya puedes mandar aviso de que tú no irás.

Corso hizo un gesto de extrañeza. Instintivamente llevó una mano a su espada. Jayme soltó una risotada.

—No pienso pelear contigo con las armas. Todo este territorio acabará siendo del rey, les

guste o no a los tuyos. Cuando eso pase no dudaré en hablar de ti. Por mucho que te cubras de ricas ropas y respondas al nombre de señor de Anels, sigues siendo uno de sus desertores, como Surano.

—Lo sabíais...

—Mantengo mis contactos en la corte...

—Habéis tenido tiempo de sobra para delatarme. ¿Por qué queréis hacerlo ahora?

—La paciencia es una gran virtud. Siempre hay un momento adecuado para hacer las cosas. El secretario que busca el rey ha escapado de Çaragoça en dirección a algún lugar de estas montañas con intención de huir a Francia. Irás en su busca.

—Podéis hacerlo vos.

Jayme miró hacia el cuarto donde estaba Elvira.

—Ahora debo estar aquí. Necesito a alguien válido como tú para asegurarme el éxito de la misión. Podrás contar con mis hombres.

—Sois más peligroso de lo que pensaba. Vuestro chantaje tiene que ver con el asunto de Lubich...

—No me consideres tan necio. Las absurdas peticiones de Brianda siguen otro camino... —repuso Jayme, peligrosamente enigmático.

El odio que había sentido por Johan se había trasladado ahora a su hija, pero por algo mucho menos tangible que la herencia de Lubich. Elvira era una mujer fuerte, pero la pena por la ausencia de su hija la había consumido. De alguna manera, la terquedad e incomprensión de Brianda habían contribuido a su enfermedad. Tal vez Dios lo estuviera castigando por amar a Elvira como lo había hecho desde siempre y por haber dedicado su vida a vengarse de quien se la había quitado. Si así era, Brianda también tendría su castigo.

La joven salió entonces de la habitación de Elvira. Sin dirigirle ni una mirada ni una palabra, Jayme pasó a su lado y entró al cuarto de su esposa.

—¿De qué hablabas con él, Corso? —quiso saber Brianda.

—De nada importante.

Corso le cedió el paso con un gesto cortés. Nunca había tenido secretos con Brianda, pero de momento no pensaba comentarle la orden de Jayme para no preocuparla. Por la expresión de su rostro deducía que el encuentro con Elvira había sido amargo.

35.

A la mañana siguiente, Corso envió a un mensajero para que avisara a Pere de que los de Anels finalmente no le acompañarían a Çaragoça. Había meditado seriamente sobre la situación, y confiaba en que tuviera ocasión algún día de explicar su proceder a quien se había convertido en un gran amigo, pero no tenía otra opción que doblegarse a los deseos de Jayme. Si lo detuvieran por desertor, lo mandarían a galeras, si no lo ahorcaban. Con un servicio puntual al rey ganaría su favor y conseguiría su perdón, que en otros tiempos le había importado bien poco. No podía evitar sentirse un traidor a la casa de Nunilo, que tanto le había dado, pero su instinto siempre tan alerta desde sus correrías con Surano le decía que su supervivencia y la de su familia dependían de esa decisión.

—Este día me trae malos recuerdos de aquel en el monasterio. —Brianda se aferró a su capa momentos antes de la partida. Los lacayos esperaban al señor en sus monturas—. Te pedí que regresaras y tardaste meses, cuando te creía muerto. Odio que tengas que marcharte de nuevo. Rezaré para que nada os pase a Pere y a ti.

En silencio, Corso la abrazó con fuerza. Luego la apartó, subió ágilmente a su caballo y encabezó el grupo de hombres armados que, extrañados, lo siguieron fielmente cuando les indicó que tomaran el desvío a Lubich, donde se sumarían los hombres de Jayme, antes de perderse por los bosques de las montañas.

Durante días, un fuerte viento del norte se encargó de limpiar la nieve de los campos y de los caminos. Cuando terminó su tarea a principios de diciembre, se detuvo tan súbitamente como había comenzado y llegaron los días fríos de sol y las noches de heladas terribles. En las zonas umbrías, la escarcha tintaba de blanco los arbustos, inmovilizándolos con su mortaja.

Una mañana, un mensajero llevó a Anels dos malas noticias. Elvira había muerto y el ejército aragonés había fracasado en su intento de frenar a las tropas reales en Çaragoça.

Brianda leyó el documento que Pere había enviado a Corso en la sala. Las manos le temblaban. ¿Acaso Corso no estaba con él? Por cómo narraba los hechos, era evidente que no. La carta decía que finalmente muchos señores, concejos y universidades no habían acudido a la llamada del justicia de Aragón y que quienes se habían juntado en Barbastro, donde habían pasado días, no tenían claro si intervenir en una batalla que consideraban perdida y ajena. Todos estaban cansados y preocupados por sus familias y sus dudas no hacían sino retrasar la partida. Finalmente, Pere había decidido continuar, pero cuando llegó cerca de Çaragoça, supo que el ejército real había entrado en la ciudad el 11 de noviembre, derrotando al ejército del justicia, a quien habían asesinado por orden de su majestad. El conde de Orrun había sido apresado.

Brianda se llevó la mano al pecho. Apenas podía respirar. ¿Dónde estaba Corso? El justicia a quien habían remitido el asunto de la herencia de Lubich había sido asesinado y el rey era ahora dueño de las tierras aragonesas que había que limpiar de rebeldes. Había crecido convencida de que los rebeldes eran quienes faltaban a la obediencia debida al conde. Ahora lo eran quienes faltaban a la obediencia al rey. El mundo era un lugar difícil de comprender. ¿Cuál era su situación ahora? ¿De pronto pertenecía al bando de los rebeldes? Su preocupación se convertía en angustia al desconocer el verdadero paradero de Corso. Llevaba semanas sin saber de él. Y también se sentía enfadada. No podía creerse que le hubiera mentido.

Dos días después, Leonor, Aldonsa y Cecilia la acompañaron a pie a la iglesia de Tiles, donde se iba a celebrar el funeral por Elvira. El interior de la iglesia olía a tierra mojada porque habían cavado un hoyo en la capilla de Casa Lubich, cercana al altar y frente a la de Anels, donde habían colocado la imagen de la Virgen que finalmente había tallado el carpintero de Tiles. Con cuidado, varios hombres introdujeron el cuerpo de Elvira envuelto en una sábana de lino en el agujero y, después de unos rezos, procedieron a cubrirlo con la tierra procurando que el suelo quedara nivelado para que encajara bien la losa de piedra en la que aparecía su nombre. Jayme presenció todo el proceso con el rictus de un perro rabioso. Tenía los labios contraídos de modo que sus dientes quedaban al descubierto en una grotesca mueca y respiraba agitadamente. Brianda no pudo evitar sentirse desconcertada por su dolor. Tal vez, pensó, su propio egoísmo le hubiera impedido comprender que el amor y la pasión, como los que ella sentía por Corso, no eran sentimientos exclusivos de unos elegidos.

Cuando terminó la ceremonia, en lugar de darles la bendición, fray Guillem les pidió que aguardaran en sus asientos. Un murmullo se extendió entre los asistentes. Al entierro habían acudido todos los de Lubich, la mayoría de los vecinos de Tiles y algunos de Besalduch, entre los que Brianda vio a Marquo. Se había situado con su esposa Alodia al fondo de la iglesia, cerca del confesionario, aquel curioso armario que viera cuando su padre le regaló la arquilla de madera donde guardaba sus cosas.

El rostro de fray Guillem reflejaba una honda preocupación. Brianda no fue la única que lo percibió, pues desde la capilla de los de Anels podía ver las frentes ceñudas y los labios fruncidos de muchos.

—Tantos de vosotros habéis compartido conmigo vuestra intranquilidad —dijo el religioso— que estas semanas me he dedicado más intensamente al estudio y a la reflexión. También yo temo que, a la vez que llega el final de este siglo lleno de calamidades, lo haga también el juicio final del que tanto os he hablado estos años. Escucho las trompetas de los ángeles anunciando cataclismos terroríficos antes de que los elegidos se sienten al lado del señor con blancas vestiduras y los réprobos sean precipitados en los tormentos del infierno. Me pregunto si estamos siguiendo el ejemplo y la enseñanza de Jesús para la salvación eterna de nuestras almas o solo estamos buscando la felicidad terrena... Y la respuesta es que Dios ha dado pruebas durante mucho tiempo de paciencia, pero hemos desatado su cólera, que nos hiere y castiga como flechas aceradas en forma de guerras, peste y enfermedades. Todos podemos observar que las partes del año no cumplen ya con su deber como solían; que la tierra se cansa; que las montañas no dan la misma abundancia de pastos; que la edad del hombre disminuye día a día; que los lobos se

acercan a nuestras casas; y que retroceden la piedad y la honradez.

Fray Guillem hizo una larga pausa que sumió a los vecinos en un profundo silencio. Entrelazó sus manos y las alzó hasta su pecho. Inclinó la cabeza, apoyó la barbilla en ellas y su entrecejo se arrugó aún más en actitud de doloroso recogimiento antes de continuar:

—He estado revisando mis libros, intentando encontrar una respuesta, y he llegado a la conclusión de que el diablo nos acecha... —Un murmullo se extendió por toda la iglesia y tardó en desaparecer—. Sí. La virtud y la bondad retroceden ante la presencia del maligno, la bestia terrible por su tamaño desmesurado y su crueldad de la que nos advierte la Biblia en el Libro de Job. El enemigo se esfuerza sin descanso con objeto de perjudicar a su desventurada víctima de la tierra. Nada ni nadie puede escapar a la acción del dueño del infierno y de sus ángeles malditos, cuya lista de poderes es larga e inquietante...

»Matan al ganado o lo enferman mediante polvos, grasas, guiños de ojo, palabras, tocamientos de mano o de vara. Toman forma de lobos para atacar los rebaños y devorar a los animales. Queman casas, destruyen las cosechas y vuelven los campos tan estériles como esas mujeres que no logran concebir. Atentan contra nuestra vida causándonos accidentes y daños corporales. Matan o hacen desaparecer niños. Crean orugas, langostas, saltamontes, limacos y ratas que roen las hierbas y los frutos. Hacen avanzar los hielos y descender las temperaturas. Mediante maleficios, sortilegios y engaños prometen sacar cautivos de prisión, llenar las bolsas de dinero, elevar a los hombres que no lo merecen a honores y dignidad, hacer volver a los viejos a su primera juventud y perturbar nuestras sensaciones e inclinar nuestra voluntad.

La puerta se abrió y un rayo de luz se apoderó unos instantes de la iglesia débilmente iluminada por las velas de los altares de las capillas. Brianda sintió alivio en su pecho. Las oscuras palabras de fray Guillem sobre la naturaleza del diablo la impresionaban y alteraban su ánimo. Dirigió su mirada hacia la entrada y vio una sombra proyectada en el suelo. Alzó la vista rápidamente y su intranquilidad se tornó en alegría. Tuvo que hacer verdaderos esfuerzos para refrenar cualquier expresión de júbilo mientras Corso entraba, la buscaba, caminaba hacia la capilla ante la mirada curiosa y perpleja de los vecinos, se situaba tras ella y apoyaba una mano en su hombro. Sus ropas estaban cubiertas de barro, su cabello, sucio, y su barba, larga y desaliñada. Brianda cerró los ojos y aspiró el olor de su sudor, que reconocería entre miles aunque fuera ciega. Corso no había podido esperar a cambiarse o a que salieran de la iglesia para verla. Su enfado por su mentira se acababa de disipar por completo. Estaba vivo. Estaba junto a ella. Lo demás no importaba. Alzó la mano y la apoyó sobre la de Corso, ejerciendo una leve presión.

Fray Guillem retomó el hilo de su explicación.

—Os hablo hoy de la identidad del maligno para que lo desenmascaréis. Estad atentos a la noche. Vigilad si el aire se torna tenebroso a vuestro alrededor; si sentís el aliento putrefacto de su boca alrededor de cuyos dientes está el miedo; si tenéis sueños y pesadillas. El diablo los empleará para atormentaros. Deslumbrará los sentidos con sus ilusiones. Y vosotros, hombres de Tiles... —extendió el brazo para acompañar sus palabras— vigilad a vuestras mujeres, hechas por la naturaleza con un temperamento melancólico, débiles, blandas y enfermas, inferiores a vosotros en fortaleza física y moral. No lo digo yo, sino teólogos, médicos y juristas más

preparados. Las mujeres son más frágiles que los hombres ante las tentaciones y, por tanto, más inclinadas a dejarse engañar por el demonio y a tener frecuentemente las sugestiones demoníacas por divinas. Ellas abundan en pasiones ásperas y vehementes y mantienen con mayor obstinación sus imaginaciones; sus codicias son más violentas; su cerebro menor y menos prudente. Sus siete defectos esenciales la impulsan sin querer hacia la maldad, y estos son su credulidad, su curiosidad, su natural más impresionable que el del hombre, su mayor maldad, su presteza para vengarse, la facilidad con que desespera y su charlatanería. —Hizo una pausa—. Imploremos todos ahora, hombres y mujeres, la misericordia de Dios para que nos salvaguarde.

Terminadas las últimas oraciones, los fieles salieron al exterior en silencio, con la mirada baja, aturdidos por lo que acababan de escuchar. Corso tomó a Brianda del brazo para que acelerara el paso hacia su caballo, pero Jayme, acompañado de Marquo y su esposa, se cruzó en su camino.

—¿Cumpliste con tu misión? —preguntó.

—Recorrimos todos los pueblos de aquí hasta los valles más al oeste, pero el fugitivo huyó a Francia —respondió Corso secamente—. Vuestros soldados pueden dar fe de que así fue.

—Se dirigirá al Bearne —intervino Marquo—. La hermana del rey Enrique de Navarra acoge allí a todos los rebeldes que llegan para organizar una entrada de franceses en España.

Brianda frunció el ceño. Se preguntaba por qué había abandonado Corso a Pere para obedecer las órdenes de su padrastro. Y, por lo visto, Marquo estaba al tanto. Se fijó en este, pues hacía más de dos años que no lo veía. Llevaba el cabello, antes rizado, muy corto y el brillo de sus ojos se había apagado. A su lado, su esposa Alodia, con un embarazo muy adelantado, mostraba signos de impaciencia. No tenía buen aspecto para una joven de su edad, pensó Brianda. Estaba excesivamente delgada, a pesar de su abultado vientre, y unas manchas rojas afeaban su pálida piel.

—Según me han advertido —continuó Marquo—, es posible que encuentren apoyo de ciertos señores que no olvidan el asesinato del justicia de Aragón por parte del rey...

—Pues aquí no encontrarán ningún apoyo —dijo entonces Alodia, con una voz ligeramente pastosa—. Ya habéis escuchado a fray Guillem. El maligno nos acecha, seguro que también disfrazado de hereje. Ahora debemos unirnos para frenar al invasor.

—¡Cállate! —le ordenó Marquo—. ¡Qué sabrás tú!

—¡Más guerra! —exclamó Brianda a la vez, presa del desaliento.

Jayme esbozó una sonrisa siniestra.

—Vuestra esposa tiene razón, Marquo. Pende sobre nosotros una amenaza más grande que las rencillas entre el boj y la aliaga o las alteraciones de Çaragoça. Pero no te preocupes, Brianda... —Se dirigió a ella, aunque no la miró directamente a los ojos—. El Bearne francés queda lejos y los soldados de nuestro rey son cada vez más numerosos para defendernos. Es posible que no se necesite nuestra ayuda para una paz que también nosotros anhelamos aquí desde hace demasiado tiempo... —Se inclinó levemente para despedirse y se fue, pero a los pocos pasos se giró y miró a Corso—: Puesto que no me has servido bien, sigues en deuda conmigo.

Corso masculló un juramento, tomó de nuevo el brazo de Brianda, la izó sobre su caballo y

montó tras ella. Cabalgaron un trecho en silencio por el camino que recorrían a pie muchos de quienes habían acudido al entierro de Elvira. El sol del mediodía lentificaba sus pasos.

—¿Por qué me mentiste, Corso? —preguntó de pronto Brianda—. ¿Qué andabas haciendo con el enemigo?

—En esta tierra cada vez es más difícil saber quién es quién.

—Eso no es una respuesta.

—Jayme me amenazó con delatarme si no cumplía sus órdenes. Sigo siendo un desertor. Si fuera libre para huir, lo mataría. Ahora mi única causa sois tú y el pequeño Johan. A vosotros os debo mi fidelidad. Todo lo demás no importa.

Brianda se giró y lo besó.

—Te comprendo, pero prométeme que no volverás a mentirme.

Corso hizo un gesto de asentimiento con la cabeza.

—¿Viste la mirada de Jayme cuando respondió a Alodia? —murmuró un poco después Brianda—. Hablaba de paz, pero sus palabras eran tan sombrías como las de fray Guillem. Hubo un momento que sentí tanto miedo que todos cuantos me rodeaban comenzaron a parecerme extraños.

Corso no respondió. En su tiempo de soldado había aprendido a vivir con el miedo. Cada día se levantaba con el temor de no saber en qué campo de batalla perdería la vida, pero el instinto de supervivencia le obligaba a enfrentarse cara a cara con sus enemigos. Las palabras de fray Guillem que él había podido escuchar eran mucho peor que cualquier amenaza de guerra porque el enemigo del que hablaba no estaba claramente identificado. No compartiría sus pensamientos con Brianda, pero percibía en su pecho una inseguridad angustiosa y un intenso sentimiento de aprensión.

Ya en la era de Casa Anels, Corso entregó las riendas del caballo a un criado y guio a Brianda de la mano hasta su cuarto. Siempre en silencio, le arrancó las ropas, se quitó las suyas, la tendió sobre la cama y comenzó a besarla y acariciarla con la misma urgencia que si supiera que era la última vez que podría gozar de ella. Se apoderaba de su boca con ansia; aprisionaba sus pechos entre sus manos con impaciencia y sin delicadeza; apretaba sus nalgas con aspereza; y la estrechaba entre sus brazos con tanta fuerza que dificultaba la respiración. Cuando por fin entró en ella, la tomó con desesperación, convirtiendo sus jadeos en furiosos gruñidos, como si le doliera el alma en cada embate, como si la única calma posible, inaccesible, estuviera en algún lugar muy dentro de ella.

Brianda lo acompañó en su furia con los ojos llenos de lágrimas. También ella sentía la necesidad de amarlo hasta olvidarse de sus pensamientos, sus inquietudes y sus miedos; de poseerlo hasta que la única percepción del mundo se redujera a esos instantes, tan rápidos, tan intensos, de absoluto placer; de honrarlo con el alma que impulsaba y daba vida a ese cuerpo de respiración irregular y entrecortada que algún día pudriría la muerte.

Corso se detuvo de pronto unos instantes. Apoyado sobre los codos, enterró las manos en el cabello de ella y la miró a los ojos con fiereza.

—Vayámonos, Brianda —murmuró con los dientes apretados—. Lejos...

36.

Al comienzo del tiempo de Navidad, Brianda decoró el zaguán y la sala de Casa Anels con ramitas de pino y acebo y Corso encendió un grueso tronco de fresno en el hogar que quemó lentamente hasta la fiesta de Epifanía. El pequeño Johan demostró una alegría desbordante y triunfal cuando golpeó el madero con un palo y recibió como recompensa un puñado de dulces. Como los demás niños de las tierras altas de Orrun, vivía ajeno a las preocupaciones de los mayores, cuyos ánimos no mostraron ese año la alegría reposada y sonriente de otros tiempos en las celebraciones de la encarnación de Dios en el infante Jesús, ni en las fiestas de despedida de salida y entrada de año que fray Guillem había recargado de ayunos, letanías y oraciones de penitencia en expiación de todos los pecados posibles.

Una mañana de mediados de enero de 1592, las campanas de la iglesia de Tiles repicaron con insistencia en señal de aviso. Ni para los llamamientos a las tres misas de Navidad y a los oficios de maitines y laudes habían causado tanto estrépito. El apremiante tañido se extendió por los campos y el sonido reverberó en el valle a los pies del monte Beles y en las mentes de los vecinos durante mucho rato.

—¿Qué habrá pasado? —se preguntó Brianda en voz alta asomándose a la ventana de su cuarto—. No se ve humo y el día está tranquilo.

Corso se levantó de la cama y comenzó a vestirse.

—Viene alguien a caballo —anunció entonces Brianda. Cerró la ventana y buscó sus ropas —. Seguro que trae noticias.

El jinete era Remon, el marido de Gisabel.

—Tengo órdenes del *bayle* de llamar y convocar a Concejo en la iglesia de Tiles —dijo sin aliento, mientras tomaba un vaso de agua en la cocina—. Deben asistir los amos de cada casa de Aiscle, Tiles y Besalduch. Solo los hombres. Empezará al mediodía.

—El Concejo general se celebra siempre el día de San Vicente en Aiscle —comentó Brianda —. No entiendo por qué convocan otro ahora y aquí. ¿Tú sabes algo?

Remon negó con la cabeza y se marchó.

La mañana transcurrió entre conjeturas. Brianda quería asistir al Concejo, pero Corso insistió en que no lo hiciera. Remon había sido preciso al decir que la convocatoria solo incluía a los hombres y Corso no quería que ella tuviera que pasar por el mismo bochorno sufrido en las Cortes de Monçón, cuando la echaron de malas maneras. Por fin, Corso pidió que ensillaran su caballo y se fue a la iglesia. Cuando llegó, todos los bancos centrales estaban ya ocupados y Jayme, Pere y Marquo terminaban de tomar asiento de frente al público, tras una rudimentaria

mesa de madera ubicada ante el altar. Corso se dirigió a la capilla de los de Anels y se sentó solo. Deslizó la mirada por los asistentes y se sorprendió al ver a Alodia en el primer banco. Se preguntó por qué a ella sí la habían dejado asistir a ese Concejo extraordinario.

Jayme fue el primero en tomar la palabra. Sostenía en sus manos un fajo de papeles que ojeaba de vez en cuando.

—Hace tiempo que fray Guillem lleva advirtiéndonos de que un terrible mal se ha extendido entre nosotros. Nuestras plegarias han resultado ser insuficientes, de modo que somos nosotros ahora, como responsables de la jurisdicción civil y criminal, quienes debemos actuar de inmediato para atajarlo. —Señaló a un hombre bien vestido de mediana estatura, aspecto serio y cejas llamativamente pobladas que Corso reconoció como el notario que los había guiado inicialmente en la demanda por la herencia de Lubich—. Arpayón, el notario y procurador de este justiciado, y yo hemos trabajado varios días en la redacción de unos estatutos de desafuero según lo hecho en otros lugares preocupados por las mismas desgracias...

Pere se incorporó en su silla alarmado.

—¿Estatutos de desafuero? ¿Pretendéis renunciar temporalmente a los derechos forales que amparan a los ciudadanos del Reino de Aragón? ¿A qué fin?

—Nuestra situación es tan delicada que no podemos esperar a que la justicia ordinaria resuelva. —Jayme lanzó una rápida mirada a Corso y este comprendió que aludía veladamente a la demora en la resolución de la herencia de su mujer—. El retraso en la aplicación de sus sentencias es de sobra conocido. No podemos esperar más.

—¿Puedo saber qué os mueve a tanta celeridad? —preguntó Pere.

Jayme hizo un gesto a Alodia para que se levantara y se acercara a la mesa. La mujer de Marquo ofrecía un aspecto lastimoso. El cabello recogido en un moño resaltaba la palidez de su rostro y su extremada delgadez. Con los hombros encogidos y las manos apretadas contra su vientre parecía una anciana prematura.

—Nuestros temores —dijo Jayme incluyendo con un gesto de la mano a Marquo, al notario Arpayón y a fray Guillem— se confirmaron en cuanto escuchamos el testimonio de Alodia que ahora compartirá con vosotros. —La conminó a que hablara con la mirada y un leve movimiento de la cabeza.

Alodia miró a su marido y luego a la audiencia y comenzó:

—Mi hijo nació el mismo día de Navidad. Para mí y los de mi casa fue un regalo de Dios que viniera al mundo cuando celebramos el nacimiento de Cristo. Estaba la criatura sana y buena y hace cuatro días amaneció muerta. —Le costaba un gran esfuerzo hablar. Visiblemente nerviosa y con voz temblorosa, añadió—: Tenía la punta de la nariz vuelta y pegada a la cara, la boquita abierta y en los pulsos marcas y pizcos de haber sido agarrada por alguien. —Entonces rompió a llorar—. Mi único consuelo es que fue bautizado nada más nacer. —Sus lloros se intensificaron —. El día de antes mi hijo estaba bueno y las brujas me lo mataron por la noche.

—¡Brujas! —Un murmullo se extendió por la iglesia. Desde donde se encontraba, Corso observó cómo los vecinos cuchicheaban entre sí y hacían gestos de asentimiento con la cabeza, como si por fin hubiera sido nombrado el maligno con aquella palabra que lo hacía cercano y conocido y, por tanto, combatible e incluso vencible.

Jayme esperó pacientemente a que el silencio retornara y entonces preguntó, pronunciando cada palabra con lentitud:

—¿Dirías, Alodia, que alguien te ha mirado mal y que eres víctima de un aojamiento?

La mujer asintió moviendo la cabeza breve y repetidamente de arriba abajo.

—No te preguntaremos que digas su nombre públicamente, porque tal como recogemos en estos estatutos... —Jayme buscó en los papeles y leyó en voz alta—: «Contra tales delincuentes serán hábiles para testificar cualquier hombre o mujer, aunque sean consortes, consocios y conreos del mismo crimen, puesto que este crimen se perpetra ocultamente y con sugestión diabólica. Se procederá contra los delitos sobredichos, no solo por los que de aquí en adelante se cometerán, sino también por los cometidos antes de la confección y publicación de la presente ordenación y estatutos y para ello tomaremos juramento de todos los hombres y mujeres de este lugar, casados y casadas, viudos y viudas para que digan todo lo que saben sobre cualquier persona y acerca de los que resulten acusados de ponzoñería y brujería. También estatuimos y ordenamos que quienes se quieran defender por sí o su procurador lo puedan hacer y si demandaran copia de todo el proceso les sea dada empero sin los nombres de los testigos a fin de evitar escándalos y enemistades...». —Alzó la vista y miró fijamente a todos los vecinos, uno por uno, mientras añadía—: Los delitos de brujería y hechicería son tan enormes y ofensivos contra Dios Nuestro Señor y hacen tan notable daño a las gentes que deben ser castigados de la forma más rápida posible para poder vivir con paz y sosiego. Alodia ha sido valiente al avisarnos de su agresión. Me resulta difícil de creer que nadie más de los aquí presentes haya sido testigo de la acción de brujas y hechiceras...

De nuevo las voces de los presentes rompieron el silencio, pero esta vez de manera desordenada. Las intervenciones de los vecinos se solapaban. Corso escuchó que hablaban de enfermedades y angustias, de discusiones entre vecinos, de viejas que paseaban por la noche, de unos que hablaban mal de la Cuaresma, las bulas y el clero, de otros que sin trabajar se encontraban el trabajo hecho y el pan abundante y caliente porque se lo había proporcionado el diablo, de cantos que escuchaban por la noche, de conocidos que se habían levantado por las mañanas llenos de pellizcos y moratones, del aumento de gatos negros en lugar de los comunes blancos y grises, de los continuos robos que sufrían, de niños que morían con el cuerpo lleno de cardenales, de personas que no olían a cristianas, de unas que habían rehusado ayudar a otras y luego habían abortado y de otras que se habían negado a hacer la señal de la cruz sobre la tierra junto al lavadero...

—¿Cuántos vecinos conocemos que han muerto tan secos como leños o que han rabiado como perros antes de morir? —Jayme se puso en pie y elevó el tono de voz—. ¿No son cada vez más los fatigados y los que andan de mala gana? ¿Cuántos no sentís una mano pesada que se os pone sobre el corazón por las noches? ¿Cuántos no sentís de día el desasosiego, la obnubilación y la irritabilidad por las visiones terroríficas de la noche?

—Muchos de nosotros, Jayme —respondió Pere gritando para hacerse oír—. Llevamos años de alteraciones y escasez, pero lo que proponéis excede nuestro conocimiento. ¿Cómo vamos a erigirnos nosotros mismos en jueces de nosotros mismos?

—Tenemos el consejo de fray Guillem y nos ponemos bajo la protección de su real majestad

y del muy ilustre y reverendísimo señor obispo de Barbastro señor nuestro para actuar en su nombre. —Jayme lo miró con una expresión extraña—. Mueren los hombres, los niños y los animales. Las cosechas se pudren y las tormentas, el frío y el granizo destruyen los frutos de los árboles, los trigos, los prados y los pastos. Las mujeres no se preñan y las que lo logran pierden a sus hijos en el parto o a las semanas, como le ha sucedido a Alodia. Un terrible mal se ha extendido entre nosotros, Pere, ¿y vos sugerís que no actuemos para atajarlo...? Las garantías que ofrece el derecho foral al que apeláis convertirían los procesos contra brujas en un largo procedimiento cuando aquí necesitamos una actuación rápida.

Varios vecinos aplaudieron su intervención. Satisfecho, Jayme concluyó:

—Marquo leerá estos estatutos y desafueros, necesarios para la prisión y el castigo de las personas maléficas, y útiles y provechosos para el bien de este justiciado por cuanto se otorgan para acabar con el daño y la ruina que hay en estos lugares y castigar a quienes ofenden a Dios nuestro Señor, en cuyo servicio actuaremos. Nombraremos dos vecinos de entre vosotros para formar parte de este Concejo y el notario Arpayón firmará y ratificará el documento.

Corso escuchó con atención la lectura del documento por parte de Marquo. Quería conocer con absoluta precisión la naturaleza de ese enemigo contra el que a partir de ese día debería proteger a él y a su familia. En ningún momento lo visualizó como un monstruo con rabo y cuernos y por eso mismo la inquietud creció en su pecho. A cualquier animal de las profundidades del infierno lo podría atravesar con su espada. Sin embargo, a ese ser intangible engendrado del miedo, el resentimiento, la desconfianza, el hartazgo y la envidia, difícilmente podría mirarlo directamente a los ojos para calcular su próximo movimiento. Escurridizo, ladino y hábil, como el peor de los traidores, mostraría su rostro cuando ya fuera demasiado tarde para reaccionar. Las palabras que salían de la boca de Marquo, anunciadas por Jayme, eran más peligrosas que todas las batallas juntas en las que él había tomado parte.

En cuanto el justicia terminó de leer, Corso se levantó y se marchó con paso ágil, ajeno a las miradas de reproche que se clavaron en su espalda.

Ya en Casa Anels, Corso ordenó que Leonor y Brianda se reunieran con él en la sala. Cuando ellas acudieron, cerró las puertas con llave y las hizo sentar a su lado cerca del fuego para contarles en voz baja el contenido de la reunión. Quería asegurarse de que nadie escuchaba la conversación.

—Han acusado a las hechiceras, brujas, maléficas o sortílegas de todas las desgracias del valle con sus malas artes, hechicerías, polvos ponzoñosos y ungüentos venenosos que emplean por orden del diablo. Para poner remedio, el Concejo ha aprobado un estatuto de desafuero por el cual cualquiera puede ser sospechoso y legítimamente acusado de brujería, sin necesidad de otra información. El justicia podrá capturar a cualquiera en cualquier momento y con mayor rapidez en caso de sospecha de fuga por su mero oficio, sin observar ninguna solemnidad judicial o foral del Reino de Aragón.

—¿Marquo...? —Brianda no podía imaginarse al joven deteniendo a cualquier vecino del valle por una cuestión tan poco consistente como una acusación por brujería lanzada por

cualquier persona—. ¿Y él está de acuerdo con su nuevo trabajo?

—El documento lo han redactado Jayme, el notario y él mismo, luego está de acuerdo con todo. Y no solo eso. Se encargará de los procesos e interrogatorios de acusados y testigos y dictará sentencia aunque sea de muerte, aconsejado por el Concejo. También recomendará el género de tormento que le parezca. Han nombrado a dos síndicos, Domingo el carpintero y Remon de Lubich, para formar parte del tribunal y no han rehusado. —Corso soltó un resoplido —. ¿Cómo iban a hacerlo? Si lo hacen incurren en pena de doscientos sueldos jaqueses por cada vez que rehúsen.

—¡Cielo santo! —exclamó Leonor—. ¿Y nadie ha protestado?

—Después de escuchar a Alodia, ha habido una especie de reconocimiento conjunto de lo que antes solo era una sospecha de la que nadie hablaba abiertamente.

—¿Y qué hacía Alodia allí? —preguntó Brianda.

—La han llevado para que contara cómo las brujas habían matado a su hijo recién nacido.

—¡Las brujas! —soltó Leonor enfadada—. Aldonsa me contó que una de las criadas de Alodia le había dicho que el niño había muerto asfixiado bajo sus pechos. Si no bebiera tanto vino estaría más alerta. ¡Vaya excusa ha buscado para explicar su insensatez!

—Me temo que ahora nadie creería otra versión —dijo Corso—. Ha encendido una mecha peligrosa.

—Te veo intranquilo, Corso. —Brianda lo miró con el ceño fruncido—. ¿Qué debemos temer nosotros si nuestra conducta es correcta?

Corso tomó su mano.

—Brianda... Las que son buenas acciones y razones para uno son cuestionadas por otros. ¿Hice bien en huir con Surano del ejército de su majestad? Sí, porque esa decisión me llevó a ti. Pero siempre seré un desertor. ¿Podrías asegurarme que nadie te ha mirado nunca mal? ¿Seguro que tú nunca has mirado con odio a alguien? Además, con lo que han dicho esta mañana, no es necesario que los delitos se hayan consumado. Basta con que existan rumores sobre ellos.

Un escalofrío recorrió la espalda de la joven.

—¿Y qué podemos hacer contra eso? ¿Encerrarnos en casa? ¿Dejarnos de hablar con nuestros vecinos?

—Te lo dije hace unas semanas, Brianda, pero no te lo tomaste en serio. —Por primera vez desde que lo conocía, Brianda percibió un deje de desesperación en su voz—. Vayámonos...

—¡Irnos! —Brianda se puso en pie y comenzó a caminar de un lado a otro de la estancia—. ¿Adónde? Este es nuestro hogar...

—A cualquier lugar donde nadie nos conozca. —Corso se dirigió a Leonor—. ¿Soy el único que siente una amenaza sobre los de esta casa?

—Acabas de decir que actuarán con mayor premura cuando exista sospecha de fuga —respondió Leonor—. Una huida os haría parecer culpables.

—Cuando digo de marcharnos, os incluyo también a vos...

Leonor movió la cabeza a ambos lados.

—Yo no iré a ningún sitio. Que sea la voluntad de Dios. A mi edad, mi único deseo es que cuando llegue mi hora, mis restos descansen junto a los de Nunilo.

Ahora fue Corso quien se levantó impaciente.

—¡No puedo creer lo que oigo! ¿Qué tiene esta tierra que os apegáis a ella con peligrosa devoción? —Se acercó a Brianda y apoyó las manos en su cadera—. Siempre he respetado tus decisiones y te he respaldado, pero te pido, te suplico y te ordeno que te apresures a recoger tus cosas y las del pequeño Johan. Esta noche dormiremos en el monasterio de Besalduch y mañana emprenderemos viaje a tierras catalanas, algo que hacía tiempo que deseábamos hacer para conocer Barcelona, si alguien pregunta. El desafuero no durará siempre. Algún día volveremos.

—Marcharnos de Tiles... —murmuró Brianda.

Miró a Leonor en busca de consejo. Esta sacó un pañuelo de la manga de su jubón y se enjugó los ojos mientras decía:

—Tal vez Corso tenga razón. Yo cuidaré de la casa en vuestra ausencia. Os echaré de menos, sobre todo al pequeño. —Se puso en pie—. Avisaré a Cecilia para que se prepare también. Os la llevaréis para cuidar de Johan.

En cuanto se puso el sol a media tarde, Corso, Brianda y Cecilia se alejaron de Casa Anels. Para poder viajar más rápidamente, habían reducido sus pertenencias a lo que pudiesen llevar cada uno en su caballo y en un cuarto que Corso ató a la silla del suyo. La bolsa de cuero que colgaba de su cinturón contenía suficiente dinero para cubrir sus necesidades durante un año al menos. El pequeño Johan, excitado por la novedad, cabalgó con Cecilia.

Al abad Bartholomeu no le dieron ninguna explicación sobre el verdadero motivo de su viaje, aunque este ya conocía el contenido de la reunión del Concejo por uno de sus frailes, que se había encontrado con el carpintero Domingo. Sin entrar en detalles, Corso le explicó que tenía familia en Barcelona a quien no veía desde que vivía en Tiles. El abad les ofreció alojamiento para esa noche en dos cuartos contiguos en los que hacía el mismo frío que en el exterior.

Abrazada a Corso en un estrecho catre, Brianda rezó para que todo saliera bien. Recordó su viaje a las Cortes de Monçón con nostalgia. Hacía siete años de eso. Siete años en los que todo había cambiado. Entonces había emprendido un viaje con retorno a un mundo que ya nunca sería igual. Ahora se marchaba sin saber cuándo retornaría ni qué se encontraría al regresar en el caso de que pudieran hacerlo. Si no fuera por Corso, ante ella solo vería oscuridad. Junto a él, hasta esa nueva aventura le parecía soportable. Aunque en unas horas tuviera que volver la vista atrás para despedirse del monte Beles...

Al amanecer del día siguiente, el abad Bartholomeu llamó a la puerta de su celda.

—Vestíos y salid —susurró con voz y semblante preocupados por el resquicio cuando Brianda abrió—. Os buscan.

37.

—Quédate aquí. —Corso se vistió con lentitud y se ajustó el cinto que sujetaba su espada—. Bajaré a ver quién desea vernos.

Mientras descendía por la escalera de piedra que comunicaba las celdas con el patio del palacio abacial, Corso no podía frenar su intranquilidad. Solo se le ocurría pensar que algo malo había sucedido en Casa Anels.

Salió al exterior y se quedó paralizado. Una docena de hombres se habían apostado frente a la puerta liderados por Marquo. Corso reconoció a varios lacayos de la casa de Bringuer de Besalduch y al capitán real, Vardán, con su barba castaña recortada en punta, al mando de varios soldados. El abad Bartholomeu y varios frailes observaban la escena a una distancia prudencial. Antes de que tuviera tiempo de reaccionar, unas manos atenazaron sus brazos y lo empujaron contra la pared, mientras uno de los hombres apoyaba la punta de una espada contra su estómago.

—¿A qué viene esto? —gritó Corso mirando a Marquo con ira.

—Mera precaución para que me escuches con calma —respondió este acercándose—. Venimos en busca de Cecilia. Hemos sabido que pensabas llevártela.

—Es quien cuida de mi hijo.

—Entonces compartirás nuestra preocupación si te digo que el pequeño está en malas manos.

—¿Quién lo dice?

—Estabas ayer en el Concejo. Los nombres de los testigos son secretos. —Marquo indicó a los dos hombres que sujetaban a Corso que lo liberaran y que entraran en el edificio en busca de Cecilia—. Después os acompañaremos a vuestra casa. Has elegido mala fecha para emprender un viaje, Corso. Nadie debe salir de Tiles hasta que terminemos con lo que hemos comenzado. Y menos alguien de tu posición. Necesitamos buenos soldados para esta batalla.

Corso entornó los ojos.

—¿Y a qué señor me debo ahora?

Marquo se acercó más y susurró cerca de su oído:

—Mide tus palabras, Corso. Yo te conozco porque he luchado contigo, pero las cosas han cambiado. Ahora te debes a Dios. Repítetelo hasta convencerte y los de tu casa no tendréis problemas.

—No sé si tomarlo como una amenaza o mostrarte agradecimiento —dijo Corso entre dientes.

Marquo le sostuvo la mirada y Corso creyó percibir en ella una pincelada de desconcierto,

como si la tarea que le habían encomendado superase su entendimiento, como si sus palabras tuvieran que ser fuertes ante los oídos de sus hombres por cuestión de su cargo en lugar de por una absoluta convicción. No pudo evitar sentir lástima por él. La única razón que se le ocurría para que Marquo hubiera actuado con tanta celeridad era que Alodia hubiera acusado a Cecilia y que fuera incapaz de enfrentarse a la terrible acción de su esposa.

Unos gritos interrumpieron su conversación. Enseguida aparecieron los dos hombres arrastrando a Cecilia, que lloraba y pataleaba para liberarse. Tras ella, Brianda, con el pequeño Johan desconsolado en brazos, suplicaba que la soltasen. En cuanto Brianda salió al exterior y comprendió la situación, se encaró con Marquo:

—¿Cómo puedes hacernos esto? —le increpó—. ¡Tú nos conoces mejor que nadie!

Corso pasó un brazo por su cintura y le dijo en voz baja:

—¡No digas ni una sola palabra más!

Brianda le lanzó una mirada furiosa y abrió la boca para replicar, pero Corso se le adelantó:

—No estamos en Monçón. Esta vez no sé cómo podremos salvarla.

Los ojos de Brianda se llenaron de lágrimas. Entregó a Johan a su padre con intención de acercarse a Cecilia, a quien le estaban atando las manos con una cuerda, pero Marquo le cortó el paso.

—Haz caso a tu marido, Brianda —le ordenó en un tono amenazante que ella nunca le había escuchado.

Entonces, Marquo se dirigió a la criada y en voz alta dijo:

—Cecilia, has sido denunciada por bruja y ponzoñera. Te han acusado de renegar de Dios y tomar al diablo por señor, adorándole y honrándole. Como juez ordinario del lugar de Tiles es mi obligación presentarte ante el tribunal del Concejo para responder de tus crímenes y delitos.

Varios frailes se persignaron y cuchichearon entre sí.

Marquo ordenó que montaran a Cecilia en uno de los caballos y emprendieran camino mientras ella gritaba, fuera de sí, con su rostro moreno cubierto de lágrimas y su largo cabello negro enmarañado:

—¡Eso es mentira! ¡Yo no he hecho nada! —Giró la cabeza y miró a Brianda—. ¡Señora! ¡No dejéis que me lleven!

—¿Adónde van? —preguntó Brianda ansiosa.

—La encerraremos en Casa Cuyls hasta que se celebre su juicio —respondió Marquo—. Prepara tus cosas. Ya le he dicho a Corso que os quedáis en Tiles.

Brianda se llevó las manos al pecho. Los gritos de Cecilia se oyeron hasta que ella y sus captores cruzaron el empinado puente de piedra. Luego se perdieron en la distancia. El ruido de los cascos de los caballos inquietos rompía el silencio del monasterio. De pronto, un susurro comenzó a forjarse en el bosque de los alrededores y llegó hasta ellos en forma de viento. En el horizonte, por encima y más allá de los árboles, se dibujaron unas pálidas nubes y el brillo de la hasta entonces clara y fría mañana perdió intensidad. Un sudor helado cubrió su cuerpo. Tiritando, Brianda deslizó una mano hasta su vientre. No le había dicho nada a Corso todavía porque quería esperar hasta la tercera falta, pero allí crecía su segundo hijo. El día anterior había temido que el largo viaje a caballo pudiera perjudicarle. Ahora presentía que una amenaza mucho

peor se cernía sobre esa vida que crecía dentro de ella.

Corso se acercó y la tomó del brazo para guiarla al interior del edificio. Recogieron sus cosas, cargaron los caballos y se despidieron de Bartholomeu.

—Vos tenéis muchos años... —le dijo Brianda apenada—. ¿Ha existido aquí alguna vez la paz? ¿Recordáis algún tiempo pasado en que nadie de fuera nos envenenara la sangre?

El abad comprendió que se refería a la intromisión del rey en los asuntos del condado y a las predicaciones de fray Guillem. Sin embargo, con el rostro ceñudo, le respondió:

—Hija mía, el traidor de dentro es peor que el enemigo de fuera...

Brianda asintió. Le vino a la mente la imagen del rostro de Jayme de Cuyls, dueño ahora de Lubich. Y pensó también en el arresto de Cecilia por sus propios vecinos. Las palabras del abad no podían ser más ciertas.

Cabalgaron en silencio y poco antes del mediodía llegaron a Casa Anels. En la puerta, Marquo les dijo:

—Mañana domingo se espera a todos los vecinos en la iglesia. A todos. Daos por avisados.

Brianda se sujetó a la crin de su caballo y lo miró a los ojos.

—Te suplico que veles por que no le hagan daño a Cecilia...

Marquo tiró de las riendas y se alejó de ella.

Aquella noche, Brianda se despertó sobresaltada. Incapaz de retomar el sueño, se levantó, encendió una vela y se dirigió a la preciosa arquilla que le había regalado su padre. Corso se despertó, pero ella le convenció de que no pasaba nada y volvió a dormir. Con la llave que siempre pendía de su cuello, Brianda abrió el compartimento secreto y extrajo los papeles que había ido escribiendo a lo largo de los últimos años. Releyó aquellos fragmentos sobre los momentos más felices de su vida, que tenían que ver con Corso hasta que nació el pequeño Johan, y se emocionó al darse cuenta de que el amor que sentía por aquel soldado que había conocido por casualidad en las Cortes de Monçón no había hecho sino aumentar mes tras mes. Tomó una pluma, la untó en tinta y escribió:

> ¿Qué no haría yo por ti, Corso? Mataría y moriría. Condenaría mi alma. Todo mi ser está contigo, ahora y siempre...

Contempló el cuerpo de su esposo sobre el lecho un largo rato y luego guardó los papeles y el relicario de flores de nieve en el único lugar donde nadie, ni siquiera él, podría encontrarlos. Dudó si ocultar también el anillo de Lubich, pero no lo hizo.

Necesitaba la fuerza de todos sus antepasados para seguir adelante sin miedo.

A la mañana siguiente, Brianda, Corso y Leonor acudieron a la iglesia acompañados de los criados de Casa Anels. Puesto que todos los vecinos habían sido convocados, tuvieron que llevar con ellos al pequeño Johan. Había tanta gente que la reunión se celebró en el exterior, a pesar del helado viento que soplaba. Brianda, impaciente y preocupada, miraba a su alrededor esperando que los miembros del Concejo salieran de la iglesia en cualquier momento y con ellos apareciera Cecilia. La puerta se abrió y distinguió a Jayme, Marquo, Pere y fray Guillem, seguidos del

notario Arpayón y un sexto hombre a quien no conocía, pero la gitana no estaba con ellos. Se situaron de frente a la congregación.

Jayme fue el primero en hablar:

—Ante un peligro tan acuciante como el que nos acecha, la justicia debe estar pronta y ser severa. Ayer detuvimos a la primera bruja, a punto de marcharse de Tiles. Nuestra obligación es actuar como es debido. No podemos arriesgarnos a que la plaga se extienda por otras tierras.

Pidió al desconocido que se situase a su lado. Era un hombre alto y bien parecido, de marcadas facciones. No llevaba ni bigote ni barba y mantenía la barbilla ligeramente bajada hacia la garganta, con lo cual su forma de mirar resultaba inquietante. Jayme lo presentó:

—Gaspar es el séptimo hijo de un matrimonio que ha procreado solo varones. Por ser un hombre de buenas costumbres, santo y amigo de Dios, este le ha otorgado la gracia extraordinaria y la virtud especial para obrar prodigios. Ha apartado tempestades, apagado incendios y ahuyentado plagas de langostas allí donde han requerido sus servicios. Ha curado de la rabia y otros males a muchos, pero su gran facultad es otra. —Mostró un documento—. Estas letras son la licencia del Santo Oficio de la Inquisición del Reino de Aragón reconociendo su habilidad. —Entregó el papel al notario y pidió al desconocido que extendiera sus brazos a ambos lados de su cuerpo—. Podéis ver las marcas de la rueda de Santa Catalina en un brazo y una cruz en el otro. —Hizo una pausa—. Os digo esto para que no dudéis ni un instante de que es un auténtico saludador. Puede distinguir a las brujas de aquellas mujeres que no lo son.

Un murmullo se extendió entre los vecinos. Varias mujeres hicieron ademán de alejarse del grupo, pero los lacayos de Marquo las obligaron a quedarse. Instintivamente, Brianda se arrebujó en su manto. A su lado, Corso murmuró:

—El Concejo se celebró anteayer. Maldito sea. Lo tenía todo preparado desde hace tiempo...

Gaspar deslizó su mirada por los asistentes y, con voz grave, dijo:

—Aquella a quien sople, aquella será bruja. Y se demostrará que tiene una marca, lo cual corroborará mi elección.

Comenzó a caminar entre ellas en silencio. Una a una fue mirándolas, escudriñándolas con sus ojos de mirada extraña. De vez en cuando se llevaba una mano a la sien y cerraba los ojos, como si meditase o esperase una revelación. Brianda sujetó la mano de Corso con fuerza. Se sentía completamente aterrorizada. Por fin, el hombre se detuvo ante Aldonsa, la criada de Leonor, y sopló en su cara. Dos lacayos se acercaron y la llevaron al interior de la iglesia. La mujer no gritó. En silencio y con los labios apretados no dejó de mover la cabeza a ambos lados. Brianda se mordió los labios para no sollozar.

Gaspar continuó. Minutos después, soplaba sobre el rostro de una anciana llamada Antona y seguidamente hacía lo mismo sobre una viuda de mediana edad llamaba Bárbara. Como a Aldonsa, las llevaron a la iglesia. Brianda sabía que ambas eran de Besalduch. Se recriminó a sí misma que su mente la advirtiese rápidamente de que las tres mujeres elegidas hasta el momento fueran mayores. Su miedo era tan intenso que para resistirlo necesitaba el consuelo de pensar que el saludador ignoraba a las jóvenes. Entonces pensó en Leonor, que estaba a su lado, con Johan agarrado a sus faldas, y su angustia aumentó. Con los ojos cerrados rezó para que no la señalara.

Un apretón de la mano de Corso le hizo abrir los ojos.

Gaspar estaba en ese momento ante Leonor. Entrecerró los ojos y permaneció así más tiempo del que había empleado con las otras. Finalmente hizo un gesto negativo con la cabeza y se situó ante Brianda, quien pasó del alivio por Leonor al terror por ella misma en un instante.

Miró a los ojos al hombre y distinguió su determinación mucho antes de que él soplara sobre su rostro. Su aliento caliente recorrió sus mejillas con la misma suavidad que el filo de una guadaña maldita, presagiando la muerte de su cuerpo y de su alma.

Brianda se sintió desvanecer. Sus sentidos dejaron de funcionar. Como en un sueño, percibió en silencio cómo Corso blandía la espada en el aire y varios hombres se lanzaban hacia él y lo tumbaban en el suelo mientras a ella la arrastraban a la iglesia. Gritaba con todas sus fuerzas, pero no podía oír su voz. La sujetaban por los brazos, pero no sentía el contacto. Las lágrimas se introducían en sus labios, pero no reconocía su sabor.

La empujaron hacia el interior del húmedo y frío edificio y cerraron la puerta tras ella. Después de un rato cuya duración no supo calcular, la puerta se abrió de nuevo y entraron a Gisabel, que repetía entre lamentos los nombres de sus hijos, el último de ellos recién nacido. Tras ella aparecieron Marquo, Jayme, el notario, el saludador y una docena de lacayos.

Obligaron a las mujeres a que se pusieran en pie una junto a otra y a que se desabrocharan los jubones. El saludador desfiló ante ellas y se detuvo ante Brianda.

—Comenzaremos con esta.

Se arrodilló, le levantó la falda, le bajó las medias y deslizó lentamente sus dedos y sus ojos por sus piernas en busca de algo. Cuando llegó a la altura de los muslos, se puso en pie, tomó su camisa con ambas manos y la rasgó. Brianda comenzó a sollozar. Sus sentidos ahora funcionaban a la perfección, pensó con desagrado. No podía soportar el tacto de la piel del hombre sobre la suya. Le repugnaba que sus ojos y su aliento se posaran donde hasta entonces solo lo habían hecho los de Corso.

Miró a Marquo y este bajó la vista.

—Motivos tienes para avergonzarte —le dijo con los dientes apretados por la rabia que sentía.

—¡Cállate! —le ordenó Jayme con un brillo de satisfacción en sus ojos—. No pienses que podrás confundirnos más tiempo con tus engañosas palabras. ¿Cómo no me di cuenta antes? Me ofrecí para ser tu padre...

Brianda le lanzó una mirada cargada de odio.

—Tú trajiste el mal a estas tierras...

Entonces Gaspar la obligó a levantar los brazos y acarició sus axilas.

—He aquí la prueba indiscutible —anunció triunfal—. No tiene vello.

Jayme se dirigió al notario:

—Anotad bien todo cuanto se diga, Arpayón. Todo juicio justo necesita de pruebas y argumentos.

Brianda se arregló las ropas como pudo y se sentó en un banco abatida. Mientras procedían a examinar a las otras mujeres, su mirada localizó un pequeño objeto en el suelo. Era la diminuta llave que siempre llevaba colgada al cuello con una cadena. Supuso que se habría roto al rasgarle Gaspar la camisa. Se inclinó y la recogió. Se palpó el cuello en busca de la cadena, pero no la

encontró. Miró el suelo a su alrededor, pero tampoco la halló. Probablemente se hubiera introducido por alguna de las grietas del ajado suelo de madera. Tiró entonces del cordón de cuero de su corpiño y rompió un trozo que pasó por el ojo de la llave y anudó.

Aldonsa fue la última mujer que Gaspar estudió ante la atenta mirada de los otros hombres. También en su espalda encontró una pequeña marca que no era —según explicó— sino la señal dejada por la garra del diablo al haberla convertido en su adepta tras firmar un pacto con él. El notario terminó sus anotaciones y Jayme ordenó a todas que se quitaran los pendientes y anillos si llevaban y los introdujeran en una pequeña bolsa de cuero que les mostró. Les dijo que los guardaría en prenda por los gastos de los juicios y la estancia en la cárcel si sus familiares no se hacían cargo de ellos.

Las mujeres obedecieron entre sollozos e hipidos, pero Brianda se quedó quieta, aterrorizada. Jayme no apartaba su mirada de la esmeralda de su padre. Cuando él se acercó, ella retrocedió hasta la capilla de Casa Anels. Desesperada, intentó encontrar un lugar donde esconder el anillo, pero él no le quitaba el ojo de encima. Le robaría el anillo y la llave. Apoyó sus manos en la pequeña talla de la Virgen y colgó la tira de cuero del cuello de la figura.

—Dame el anillo, Brianda —le ordenó él.

Brianda se negó.

Jayme alzó la mano para golpearla, pero se lo pensó mejor y llamó a los lacayos. La sujetaron y la forzaron a abrir el puño y extender los dedos. Jayme le sacó el anillo, lo contempló con una expresión fría y se lo probó en el dedo meñique de la mano derecha.

—Pronto será mío —murmuró, antes de guardarlo en la bolsa de cuero.

Brianda le escupió en la cara y él cerró los ojos. Inspiró profundamente, los abrió y le asestó un puñetazo en la mejilla que la lanzó contra la pared.

—¡Jayme! —gritó Marquo acercándose rápidamente.

—¿Pretendes defender a una bruja? —le preguntó Jayme con desdén.

—¡Todavía no ha sido juzgada!

Jayme le sostuvo la mirada, pero no replicó. Se encaminó a la puerta y ordenó que le siguieran con las mujeres.

Aturdida por el golpe, Brianda salió al exterior. Allí buscó a Corso y lo localizó atado a un árbol. A su lado, Pere parecía intentar calmarlo, pero el otro se revolvía como una fiera salvaje. Su cabello oscuro caía sobre su rostro, en el que había rastros de sangre. Cuando por fin él la vio, sus ojos se entrecerraron y comenzó a respirar agitadamente. Brianda le habló en silencio con su mirada, concentrando toda su energía en transmitir a esos ojos oscuros, rebeldes, rabiosos, frustrados, que no dijera nada; en suplicarle que conservara la cordura; en revelarle que la batalla no había hecho más que comenzar, pero que ella estaba dispuesta a luchar por su inocencia y su vida. Luego lanzó una ojeada a Johan, que ahora lloraba en brazos de Leonor, para que Corso la comprendiera. Si ella estaba presa, él tendría que cuidar del pequeño. Corso apretó los labios con tanta fuerza que los músculos de su cuello se tensaron. Con el dolor reflejado en cada centímetro de su rostro hizo un levísimo gesto de aceptación que solo ella percibió y dejó de forcejear.

Jayme leyó cuanto el notario Arpayón había escrito e informó de que las mujeres serían trasladadas a la cárcel en la que habían convertido Casa Cuyls para realizar los interrogatorios

previos al juicio al que tendrían derecho como cualquier acusado. Avisó también de que el saludador permanecería en Tiles un tiempo porque su labor todavía no había terminado. Entonces, una voz le interrumpió.

—¡Brianda de Lubich es noble! —gritó Pere—. ¡Por su linaje goza de todos y cada uno de los privilegios, libertades y exenciones de este Reino con o sin desafuero!

—Si pensáis defenderla, es asunto vuestro. —Jayme se encogió de hombros.

—¡Lo haré! ¡Demostraré que os equivocáis! ¡Y ordeno que desatéis al señor de Anels!

Jayme accedió y el propio Pere cortó las ataduras.

—Fray Guillem... —dijo Jayme—. ¿Es cierto o no que mantener con obstinación la opinión contraria a la existencia de brujas es herejía?

—Cierto es, señor.

—¿Aunque sea tu esposa, hija, hermana o ahijada?

Fray Guillem asintió brevemente y Jayme se giró hacia Pere y Corso.

—No lo olvidéis.

Corso ignoró sus palabras y corrió hacia Brianda. Tomó su rostro entre sus manos y acarició la piel morada donde la habían golpeado.

—Lo mataré con mis propias manos —susurró al oído de su esposa— e iré a buscarte. Sabes que cumplo mis promesas. Regresé cuando me creías muerto. Sigo vivo para salvarte.

Brianda asintió entre lágrimas. Acercaron el carro tirado por un buey que todo el tiempo había estado en el prado junto al cementerio y obligaron a las mujeres a que se subieran. Aldonsa miró a Leonor y esta se tapó la boca con la mano para contener los sollozos; Gisabel llamó a gritos a Remon y este agachó la cabeza; Antona y Bárbara de Besalduch se agarraron a las varas de madera del carro con las miradas perdidas en algún lugar del monte Beles.

Brianda apoyó la frente en el pecho de Corso.

—Cuida de Johan —le suplicó—. Salva a nuestro hijo.

38.

Brianda no había estado nunca en Casa Cuyls. Recordaba haber pasado cerca en sus paseos a caballo con su padre cuando era niña, pero siempre habían evitado el estrecho camino en el límite entre Tiles y Besalduch que conducía a un bosquecillo de árboles que no habían sido podados en mucho tiempo. Oculta entre la maleza, se alzaba una casa de mediano tamaño con aspecto de estar abandonada. Las paredes que rodeaban la pequeña era mostraban tramos derruidos, en el suelo de piedra había muchos agujeros y en el tejado había zonas donde la ausencia de losas dejaba a la vista tablas y maderas.

Una profunda desazón la embargó. Esa sería su cárcel durante un tiempo indeterminado.

El carro se detuvo ante la puerta principal, cuya madera el sol había tornado gris. Los cuatro lacayos que las habían escoltado las obligaron a bajar de malas maneras y uno de ellos golpeó la aldaba. Al poco, un hombre grueso y sudoroso abrió la puerta, los hizo entrar a un patio oscuro y sucio y los guio por unas escaleras de piedra hasta el piso superior, donde un hombre desgarbado y tuerto parecía esperarlos ante una puerta que abrió enseguida para que entraran las mujeres. Luego cerró con llave.

La estancia era una habitación rectangular bastante grande pero oscura y fría con una chimenea de piedra al fondo. Brianda supuso que era la sala de la casa, pero no había ni muebles ni adornos en las paredes y una mancha mohosa cubría gran parte del techo. Le costaba imaginar que un hermano de su abuelo hubiera vivido en un lugar tan triste y desangelado. Probablemente en aquellos tiempos el fuego crepitara en el hogar y unos recios cortinajes cubrieran las ventanas, pero, tras la ausencia de Lida, casada en Aiscle con Medardo, y la de Jayme, nadie se había encargado de mantener Casa Cuyls con un mínimo de dignidad.

Un débil gemido atrajo su atención. Intercambió una mirada con Aldonsa y Gisabel y rápidamente cruzaron la sala hacia la chimenea, junto a la cual yacía un cuerpo sobre un montón de paja. Brianda soltó un grito y se arrodilló.

—¡Cecilia! ¡Dios mío! ¿Qué te han hecho?

Cecilia estaba irreconocible. Le habían cortado su preciosa melena negra y tenía el rostro hinchado y amoratado. Brianda quiso abrazarla, pero ella se quejó amargamente en cuanto la tocó. Aldonsa se arrodilló también y recorrió su cuerpo con sus manos.

—La han azotado y tiene un hombro dislocado —dijo mirando a su alrededor como si buscara algo.

—¿Qué necesitas? —preguntó Brianda.

—Algo para que muerda, pero no veo nada.

Brianda pensó unos instantes y se sacó uno de sus zapatos. Aldonsa hizo un gesto de asentimiento.

—He recolocado muchas patas de ovejas. Sé qué debo hacer.

—Ayúdanos, Gisabel —pidió Brianda, pero la mujer no se movió. El miedo la había trastornado. Se llevó las manos a la cara y se alejó de ellas.

Aldonsa tendió a Cecilia boca arriba, se puso en pie, esperó a que Brianda le introdujera el zapato en la boca y estiró del brazo con un golpe fuerte y seco. Los ojos de la gitana reflejaron un insoportable dolor y se desmayó. Aldonsa rasgó un largo trozo de tela de su saya y lo empleó para sujetar el brazo de la muchacha contra su cuerpo.

Brianda se tumbó junto a Cecilia, se abrazó a ella y lloró en silencio hasta que percibió que se despertaba.

—No podré resistirlo otra vez —gimió Cecilia con voz histérica—. No podré...

—No pienses ahora en eso... —murmuró Brianda débilmente, sintiendo que el ánimo y la fe la abandonaban. ¿Qué locura se había apoderado de ese lugar?

—Si vuelven diré lo que ellos quieran. —Cecilia comenzó a temblar y sollozar—. Lo que vi o no, lo que soñé, lo que hice... —Dio un respingo y miró a su alrededor aterrorizada—. ¿Ya es de noche?

Brianda acarició su brazo para tranquilizarla.

—Aún falta mucho, Cecilia. —Señaló hacia la única ventana de la sala, sin vidrio, por la que entraba el viento helado de febrero—. ¿Ves la luz de la tarde?

Cecilia suspiró aliviada y cerró los ojos.

—Solo quiero morirme... —dijo antes de quedarse dormida.

—¡Nos matarán a todas! —gimoteó Gisabel desde el rincón donde se había refugiado.

Brianda se incorporó y se sentó con la espalda apoyada contra la pared. Aldonsa cruzó la sala varias veces, se asomó a la ventana y por fin se sentó también. La viuda Bárbara permanecía cabizbaja y la anciana y desdentada Antona alternaba suspiros con canturreos y risitas.

Nadie les llevó comida ni agua durante horas. Ya hacía rato que la noche había extendido sus sombras por completo cuando la puerta se abrió y entraron los guardias. Cecilia se incorporó y se abrazó a Brianda. Uno de los hombres portaba una tea encendida y el otro un cubo de madera con agua y un pan seco. Dejó el cubo en el suelo y les lanzó el pan. El de la tea se acercó y aproximó la luz al rostro de las mujeres una por una, mostrando su desagrado ante lo que veía. Cuando llegó a Gisabel, dudó.

—¿Qué pasa que tardas tanto? —preguntó el de la puerta.

—Es la mujer de Remon.

—Pues déjala. Acaba de parir.

Entonces le llegó el turno a Brianda.

—Tú debes de ser la noble. Lástima. —Cogió a Cecilia del brazo y la levantó sin esfuerzo—. Nos valdrá contigo de momento.

Cecilia comenzó a arañarle mientras gritaba con todas sus fuerzas. Brianda se levantó y la imitó, aprovechando que el hombre tenía una mano ocupada sujetando la astilla ardiente, mientras pedía a las otras mujeres que ayudasen, pero ninguna de las cuatro se movió.

Rápidamente el de la entrada tomó el cubo, se acercó y lanzó el agua sobre Brianda. Durante unos segundos, se quedó paralizada y entonces el hombre comenzó a golpearla hasta que cayó al suelo, donde continuó dándole patadas mientras la insultaba. Ella se hizo un ovillo para proteger su vientre y se quedó inmóvil. Por fin, los golpes cesaron, pero no los gritos de Cecilia mientras se la llevaban. Cerraron la puerta con llave y abrieron otra muy cerca. Las voces y los lloros se escuchaban justo al otro lado de la pared.

Brianda creyó enloquecer. No podía imaginar a qué acciones correspondían los ruidos metálicos, los chasquidos y los crujidos. No podía entender todas las palabras, las afirmaciones, las preguntas, las respuestas.

Pero lo que hizo que se tapara los oídos y comenzara también ella a gritar horrorizada fue la certeza de que la vida se escapaba del cuerpo de Cecilia mientras esos salvajes la torturaban primero y la vejaban después. A su querida Cecilia. A esa pobre gitana a quien ella una vez salvó de morir azotada para llevarla a ese lugar donde pensó que estaría segura y donde pensó que encontraría un hombre que la quisiera y que ahora se había convertido en el peor de los infiernos descritos en todos los pliegos de cordel y los sermones de fray Guillem.

Oyó los jadeos de los hombres. Primero uno y después otro. Luego un lamento agudo, desgarrador, enloquecido. Después, el silencio.

Poco después, la puerta se abrió y arrojaron el cuerpo de Cecilia dentro de la sala como si fuera el de un animal muerto a un muladar.

Brianda se acercó a gatas hacia ella y puso su mano sobre su cabeza. Solo eso. Fue incapaz de decirle nada para consolarla. No podía haber consuelo para lo que le habían hecho.

Pasaron las horas.

Brianda se despertó de golpe y se dio cuenta de que comenzaba a amanecer. Adormilada, dirigió su mirada hacia la ventana y lo que vio la asustó. Cecilia estaba sentada en el alfeizar, de espaldas al exterior. La miró con sus ojos oscuros, la única parte de su rostro hinchado que permanecía reconocible, y le dijo:

—La muerte no puede ser peor...

Se inclinó hacia atrás y se dejó caer antes de que Brianda pudiera reaccionar.

Cuando se asomó a la ventana, el cuerpo de Cecilia yacía inmóvil en medio de un gran charco de sangre.

Brianda perdió la noción del tiempo. Los días se sucedían entre continuos hipos, suspiros incesantes, risas histéricas, llantos, gemidos melancólicos y dolores de cabeza y vientre. La progresiva desaparición de las rayitas de luz que se colaban por las rendijas de las tablas que habían clavado en la ventana para evitar que otra imitara a Cecilia indicaba cuándo se acercaba la noche. Sin ningún aviso, la puerta se abría y se llevaban o traían a una o dos mujeres y las devolvían o no a la sala. Y a todas les cortaban el cabello. Brianda pronto comprendió que las que torturaban y no confesaban aquello que los carceleros deseaban eran las que regresaban, pero ignoraba qué sucedía con las que nunca más volvía a ver.

Aldonsa y Gisabel fueron las primeras en marcharse dos o tres días después de la muerte de

Cecilia. Cuatro o cinco días más tarde se llevaron a las de Besalduch y llegaron otras cuatro. Por ellas supo que a las anteriores las habían enjuiciado y ahorcado inmediatamente después.

A Brianda no la tocaban, pero lo que veía y escuchaba era ya de por sí una tortura. No sentía un insoportable dolor en su propia carne, pero sí en su alma, convulsionada por el pánico profundo y el pavor de esa pesadilla en la que se había convertido su vida. Ahora que ya no le quedaban lágrimas que derramar, su cuerpo sufría de súbitas palpitaciones, temblores o escalofríos, de una permanente sensación de ahogo y de náuseas. Lo único que evitaba que se abandonase a la locura era un solo pensamiento en el que se cobijaba, acurrucada en el frío y áspero suelo.

No dejaba de pensar en Corso.

Rememoraba todos y cada uno de los gestos, caricias, palabras y momentos que había compartido con él, desde que lo conociera en Monçón. Aquella sombra oscura y desafiante que había espantado a los harapientos que la hostigaban a las puertas de la iglesia; aquel soldado alto y fuerte de cabello largo y negro, solitario y huidizo, que había enamorado su corazón hasta la sinrazón, se había convertido en su esposo y en el padre de su hijo Johan y del otro ser que se gestaba en su vientre. Recordaba cómo el mismo intenso escalofrío que había sentido al ver su rostro por primera vez había recorrido su espalda siempre que él la había tomado entre sus brazos, haciéndola temblar junto a él de noche y haciéndola gozar de su sólida presencia junto a ella de día. Era tal la devoción con la que evocaba sus recuerdos con Corso que estaba convencida de que los ruidos de cascos que oía cada noche provenían de su caballo. Cabalgaba en la oscuridad para acercarse lo máximo posible a esa cárcel; para decirle que la sacaría de allí, que nunca la abandonaría y que vengaría tanto horror y maldad.

Una mañana en la que se encontraba sola, la puerta se abrió y apareció Pere. Ya no quedaba ni un solo mechón rubio en su ahora canoso cabello y había perdido mucho peso. En menos de una década, se había convertido en un anciano. Brianda hizo acopio de todas sus energías para acercarse a él. Llevaba demasiados días sobreviviendo a base de restos de pan y tocino.

Pere la abrazó unos instantes en silencio antes de hablarle:

—He conseguido que por tu condición de noble el Concejo acepte no darte tormento. También he escrito al justicia del Reino exigiéndole que detenga este despropósito. Espero su respuesta en breve. No obstante, te someterán a juicio dentro de una semana, dos a lo sumo. Yo te defenderé.

Brianda apretó sus manos en señal de agradecimiento.

—¿Qué nos ha llevado a esto, Pere? —gimió—. ¿Qué le ha pasado al Tiles donde nací? ¿Por qué nadie detiene esta locura?

—Todos tienen miedo, hija mía. El Concejo ha aprobado penas para aquellos que presten auxilio a las acusadas.

—Entonces tú también estás en peligro por mí.

—De momento, sigo siendo alguien importante. Quien me preocupa es Corso.

Brianda se alarmó.

—¿Le han hecho algo?

—Está como loco. Ha amenazado públicamente con matar a quien se atreva a tocarte. Su

actitud no beneficia ni al juicio ni a tu reputación. Ya se oyen voces sobre tu poder para haber nublado su entendimiento de tal modo que se atreve a desafiar al miedo y a la prudencia. Temo que lo acusen. Tienes que hablar con él y calmarlo.

—¿Ha venido? —Brianda gritó la pregunta. Inconscientemente se llevó las manos al cabello y se lo peinó con los dedos. Luego se arregló las ropas, sucias y arrugadas, y pasó las palmas de sus manos sobre ellas para alisarlas.

—Tenéis una hora. —Pere la besó en la mejilla, abrió la puerta para que entrara Corso y los dejó solos.

Brianda y Corso se miraron fijamente a los ojos durante mucho rato, como si ninguno se atreviera a acercarse; como si ambos deseasen dilatar la llegada del momento de la dicha del contacto para que el tiempo no comenzase a transcurrir hacia la despedida. Corso la miraba como un animal herido, con los dientes y los puños apretados, controlando la rabia y el desconcierto, incapaz de reaccionar ante el dolor que sentía al verla sucia, delgada, pálida y débil. Brianda lo miraba conteniendo las ganas de gritarle todo lo que había visto y oído, de contarle cómo había muerto Cecilia, de anunciarle que esperaba otro hijo, de suplicarle que la sacara de allí, de pedirle que le permitiera delirar entre sus brazos, como cuando la salvó de aquel precipicio...

Por fin, él recorrió la distancia que los separaba y la cobijó en su pecho, donde ella lloró en silencio.

—Pere me pide calma, Brianda. También Leonor. —Corso recorrió el cabello de ella con dedos desesperados, desde la nuca hasta la cintura—. ¿Cómo voy a tenerla estando tú aquí?

—Queda una semana hasta el juicio —murmuró ella tratando de no mostrar su desaliento, aunque era consciente de que en ese infierno siete días le parecerían siglos—. Debes cuidar de Johan. —Sintió una aguda punzada de dolor en el pecho al pronunciar el nombre de su hijo. No quería preguntar por él por no desfallecer de angustia.

—¡No puedo ni mirarlo! —rugió él—. Mi odio es tan profundo que ni su compañía me consuela. Me recuerda que eres tú quien debe estar a mi lado. —La voz se le quebró—. Quienes lucharon con tu padre y Nunilo ahora vigilan mis movimientos. Las palabras y amenazas de Jayme arredran a los que un día pelearon contra él. Actúa de modo que el pueblo tenga miedo y se ha erigido en el héroe salvador del mal que él mismo ha sembrado. No sabes cuánto me arrepiento de no haberlo matado antes, Brianda. Preferiría las galeras o la horca sabiéndote viva a que...

—¡Aún estoy viva! —le interrumpió Brianda. Recorrió los labios de él con las yemas de sus dedos mientras lo miraba con ternura—. Respiro. Me muevo. Te hablo. Te siento dentro de mí cada segundo que paso en este horrible lugar. —Recordó entonces las palabras que pronunció un día su padre y las repitió en voz alta—: Los de Lubich no nos humillamos fácilmente.

—Maldita Lubich... —masculló Corso—. Todo esto es por ella. Los que no murieron en las revueltas apoyando al conde tendrán ahora su merecido. —Su tono se volvió ligeramente despectivo—. También el conde está preso. ¿Quién se acuerda ahora de él? Nadie... Cobró por vender su tierra y morirá como un traidor al rey.

Brianda se mordió el labio inferior para refrenar los sollozos.

—No necesito más amargura, Corso —dijo con voz entrecortada—. ¿Dónde está tu

fortaleza?

Corso la estrechó entre sus brazos. Sintió el cuerpo de Brianda frágil contra el suyo. Inclinó la cabeza y pegó sus labios a los de ella.

—Júrame que resistirás hasta el juicio —suplicó a su boca—. No pienses sino en mí.

Brianda entreabrió los labios y selló la promesa con un beso con el que le entregó su espíritu. Con cada succión le recordó el amor que sentía por él. Con cada pellizco de sus dientes le reveló cuánto lo necesitaba. Con cada presión de sus brazos sobre el cuello de él para que el beso se hiciera más profundo le confirmó que nada podría romper ese vínculo que los unía, como un cordón de plata invisible pero inquebrantable, porque el uno era el alma del otro, más allá de sus cuerpos mortales, que se pudrirían tarde o temprano bajo la tierra dura y fría de Tiles.

39.

La tarde anterior a que se cumpliera la semana desde la visita de Corso y Pere, Brianda, que hasta entonces se había mantenido fuerte, sintió que la esperanza la abandonaba al reconocer a una de las dos nuevas mujeres que llevaron a Casa Cuyls. Era María, la esposa de Pere, cuya pálida piel parecía transparente en su rostro demudado. No se lo podía creer.

—Vos también, María... —exclamó Brianda—. No puede ser...

María alzó la vista del suelo y le lanzó una mirada extraña, como si tuviera que hacer esfuerzos para no mostrar su desagrado hacia ella. Brianda se llevó la mano al pecho, súbitamente atenazado por la ansiedad. La caza de brujas se había extendido hasta Aiscle por una única razón: María había sido acusada para castigar a Pere por querer defenderla. Sintió náuseas al darse cuenta de que el chantaje obligaría al amigo de su padre a abandonarla.

La otra mujer, de edad incierta, ojos de color avellana y ropas sencillas, recorrió la estancia deslizando su mano por la pared en actitud pensativa mientras murmuraba unas palabras.

Brianda no le hizo caso, preocupada como estaba por la nueva situación. La mujer repitió el comentario.

—Mi casa es ahora mi cárcel —dijo antes de echarse a reír.

—¿Tu casa? —se extrañó Brianda.

—Si viviera Medardo, yo no estaría aquí.

—¡Lida! —Brianda reconoció entonces a Margalida, la hermana de Jayme y esposa de Medardo, el cabecilla de los rebeldes años atrás—. No lo comprendo... ¿Tu propio hermano no puede ayudarte? ¡Es quien tiene el poder! ¡Debería darse cuenta de que ese saludador es un farsante!

—¿El conocedor de brujas? —Lida soltó una carcajada histérica—. ¡Se fue hace semanas!

—Pero entonces, ¿quién acusa?

—Cualquiera. Alguien piensa algo, sospecha o sugiere y al día siguiente es realidad. Cualquier cosa sirve: una disputa, una sensación, un rumor, un sueño... —Bajó la voz—. Fui una imprudente. Discutí con él delante de varios vecinos. Le pedí que detuviera esta insensatez. Le dije que Medardo luchó por liberarnos del miedo y las ataduras que nos encadenaban a un señor y que jamás hubiera consentido esto. Cuestioné su autoridad y ahora estoy aquí. Él es quien está poseído por el demonio. Nada debe entorpecer su grandiosa labor de limpiar esta tierra del aliento del diablo, de herejía y brujerías. —Se deslizó hasta el suelo y rompió a llorar—. Hacía tiempo que quería visitar esta casa, pero no así...

Brianda comenzó a caminar de un lado a otro de la sala alterada. Si Jayme había sido capaz

de detener a su propia hermana, ¿qué podía esperar ella? El único que podía hablar en su favor era Pere, y ahora se encontraba entre la espada y la pared, con su propia esposa acusada. En cuanto a Marquo, hacía tiempo que lo tenía por un cobarde, preocupado únicamente por su supervivencia. Estaba completamente sola, pero no debía abandonarse a la desesperanza mientras estuviera viva. Por Corso y por su hijo tendría que ser ella misma quien se defendiera y lo haría.

De pronto, la puerta se abrió y entró el carcelero delgado y tuerto. Brianda se preguntó cómo no se cansaba de esa rutina de dolor y mal. O su naturaleza estaba podrida desde su mismo nacimiento o le pagaban tan bien que podía olvidarse de sus escrúpulos. O ambas cosas.

Esta vez se acercó a ella y la agarró del brazo.

—No nos parece justo que te vayas sin probar lo mismo que las otras.

Brianda se soltó bruscamente.

—Sabes que no puedes tocarme por ser quien soy.

El hombre la volvió a sujetar con más fuerza, retorciéndole el brazo contra la espalda.

—Aquí sois todas iguales —masculló.

La arrastró hasta el cuarto contiguo, aquel lugar tantas veces imaginado que ahora podía ver con sus propios ojos. En tiempos debía de haber sido la cocina, porque había un gran hogar con un caldero colgando de una cadena de forja, una repisa de piedra que ocupaba todo un lado y listones de madera con ganchos por las paredes. El estómago se le revolvió y tuvo que hacer esfuerzos para no vomitar. El olor allí era más nauseabundo que en la sala, donde las mujeres tenían que hacer sus necesidades en cubos, y en el suelo había manchas rojas de sangre seca. En un rincón se veían restos de cabello; en el fuego había unas tenazas y dos hierros al rojo vivo; y del techo colgaban unas cuerdas de unas poleas.

El hombre grueso se acercó y le entregó un papelito con unas palabras en latín.

—Si sabes leer, lee en voz alta —dijo—. Si no, yo te diré qué pone.

Brianda leyó:

—Ruégote, omnipotente Dios, que como la leche de la Virgen Santísima María fue dulce a Nuestro Señor Jesucristo, su Hijo, así estas cuerdas y tormentos sean dulces a mis brazos y miembros. Amén. —Un escalofrío de terror recorrió su espalda.

El tuerto le ató las manos a la espalda con una cuerda. A esta anudó luego una soga que pasaba por una polea sujeta a una viga del techo.

—Nosotros no sabemos de preguntas formales —dijo—. Nosotros solo preguntamos una cosa: ¿eres una bruja?

Brianda no dijo nada. Dirigió su mirada hacia la ventana que estaba abierta frente a ella. Ya era de noche. La luz de una luna brillante trazaba las siluetas de los árboles cercanos como nervios secos sobre la masa rocosa del monte Beles.

Tiraron de la soga y comenzaron a suspenderla en el aire lentamente, hasta que sus pies dejaron de tocar el suelo. Sintió un dolor profundo, lacerante, en los hombros y se acordó de la pobre Cecilia. ¿Quién la ayudaría ahora a ella cuando se le rompieran?

No gritó. Miró de nuevo hacia la cima del monte Beles y se entretuvo contando las estrellas que coronaban su cima. Había decenas, cientos. Unas parpadeaban, otras no. ¡Cuántas veces las habían contemplado con Corso en sus paseos nocturnos a caballo! ¿Eran siempre las mismas que

se apagaban y encendían cada noche? ¿Quizás cuando se apagaban morían ya para siempre mientras otras nacían? Sintió que se elevaba un poco más. El dolor era tan desgarrador que su mente abandonó su cuerpo agotado. Tenía alas con las que volar hacia esas estrellas de otro mundo compartido solo con Corso. Nada de lo que le hicieran importaba. Podrían destrozar su cuerpo, rasgar su piel y derramar su sangre, pero su alma permanecería eternamente intacta, inmune, inviolable, para él.

Ese era su triunfo sobre la carne, débil y efímera.

Volvieron a tirar de la soga. Un palmo más. Luego otro. Ningún gemido reveló su sufrimiento.

—Suéltala ya —cuchicheó uno de ellos intranquilo—. El peor de los demonios la ampara, si resiste como lo hace.

Se despertó de nuevo en la sala cuando fueron de nuevo a por ella a la mañana siguiente. Sin decirle nada la condujeron al patio y la montaron en el mismo carro que la había llevado el primer día a Casa Cuyls, escoltado por dos hombres a caballo. Durante gran parte del trayecto hacia Tiles, Brianda mantuvo los ojos cerrados. La luz del sol se reflejaba sobre los restos de escarcha, helada sobre los prados, y hería sus ojos. Poco a poco fue acostumbrándose a ella y contempló el paisaje con distanciamiento, como si quien deslizara su mirada por los campos, los muros de los caminos, los árboles y las casas de piedra no fuera Brianda de Lubich, sino un ser ligero como una madrugadora mariposa que aletease aquí y allá con inocente curiosidad a la espera de las novedades de la cercana primavera.

Las ruedas del carro crujieron sobre el desvío hacia la iglesia de Tiles y Brianda distinguió un grupo de jinetes acercándose, en medio de los cuales estaba Corso. Se levantó y lo miró. En cuanto sus miradas se cruzaron, él espoleó con furia su caballo, llegó hasta ella y saltó sobre el carro antes de que los otros tuvieran tiempo de reaccionar. Pronto los lacayos los rodearon y detuvieron el carro.

—¡No hay ninguna ley que impida que la acompañe! —bramó Corso, rodeando a Brianda con sus brazos.

Uno de los hombres indicó al conductor que continuara.

Corso acarició en silencio la cabeza de Brianda, con la misma ternura que lo había hecho siempre, aunque ella ya no lucía su preciosa y larga melena oscura, sino unos jirones ásperos y sucios. Luego recorrió su cuerpo con sus manos, como si quisiera comprobar que nada más le faltaba, ni una pulgada de piel. Finalmente colocó una de sus grandes manos sobre su vientre y frunció el ceño. Brianda estaba muy delgada, pero su vientre parecía algo hinchado. Una idea cruzó su mente y creyó enloquecer de ira. Recordaba perfectamente cómo había ido cambiando, día a día, el cuerpo de Brianda con el embarazo de Johan. Pidió una explicación con sus ojos que ella no le dio y comprendió que verbalizar su nuevo estado no conseguiría sino añadir más crueldad a la que ya estaba sufriendo.

Brianda mantuvo su mirada clavada en los ojos oscuros de él, hundidos en unos profundos cercos, sin derramar una lágrima.

—Tienes que prometerme algo —le pidió—. Pase lo que pase, cuidarás de Johan. Él es fruto de la unión de nuestras sangres. Nos perpetuará mientras viva.

Corso asintió y sus ojos brillaron de emoción.

—Tu fortaleza me hiere y admira, Brianda. He matado sin remordimiento y he visto morir con indiferencia, pero la desesperación que he visto antes en otros nubla ahora mi espíritu como si fuera un soldado en su primera batalla.

—La sangre de mi padre hierve en mis venas. Él me enseñó a mantener la cabeza alta como si fuera uno más de los hombres de Lubich. Pero hay algo superior a eso, Corso. Sobrevivo por ti. Ya estuve muerta una vez, cuando creí que te había perdido. Cada día desde que regresaste ha sido un regalo del cielo. —Bajó la vista—. ¿Ha llegado alguna respuesta del justicia?

Corso la estrechó con más fuerza, pero no respondió. Brianda comprendió que su batalla por Lubich estaba maldita desde el principio. La venganza de Jayme estaba cerca de ser completa. La había despojado de todo lo suyo y lo último que le arrancaría sería su vida, si algo inesperado no sucedía durante el juicio.

El carro se abrió paso entre la silenciosa multitud que se congregaba en el cementerio y se detuvo. Corso ayudó a Brianda a descender y la acompañó con el brazo rodeando su cintura hasta el interior de la iglesia. Frente al altar esperaban sentados los miembros del Concejo, el notario, fray Guillem, Remon y el carpintero Domingo. Pere y Marquo mantuvieron la vista fija en el suelo todo el tiempo. Jayme le indicó que se situara ante la capilla de Lubich para que tanto los asistentes como el tribunal pudieran ver su rostro al responder. Corso se retiró hasta la capilla de los de Anels, desde donde podía verla de frente. Junto a él se apostaron dos hombres armados.

El notario Arpayón se puso en pie y dijo:

—Sea a todos manifiesto que, llamado, convocado y congregado el Concejo general con el *bayle*, jurados, hombres buenos, vecinos y moradores de Tiles, ante mí, el notario Arpayón, juran Marquo de Besalduch, justicia, si quiere juez ordinario del lugar de Tiles y alrededores, acompañado del *bayle*, jurados, Concejo y universidad de dicho lugar, para proceder con la presente demanda criminal contra Brianda de Anels, habitante del lugar de Tiles, acusada de numerosos crímenes y delitos, difamada y tomada por maléfica y bruja.

Le acercó el libro de los Cuatro Evangelios y le pidió que pusiera la mano derecha sobre él y que jurara responder a la verdad de todo lo que se le preguntara.

—Como las demás acusadas y testigos —añadió—, jurad que no hablaréis por odio, amor, temor, soborno, buena o mala voluntad, sino solo para decir la verdad.

—Lo juro —dijo Brianda con voz temblorosa.

El notario se sentó y Marquo se levantó. Con la vista fija en los pies de la mujer, dijo con voz átona:

—Responde si te llamas Brianda de Anels y si eres vecina de Tiles.

—Sabéis muy bien que soy Brianda de Lubich y vivo aquí desde que nací. —Brianda decidió dirigirse con respeto a los miembros de ese tribunal.

—Dinos si es verdad todo aquello de lo que estás acusada. Si lo haces, te trataremos con misericordia. Si no, usaremos contra ti todo el rigor del derecho.

—No sé de qué se me acusa y ya he sido torturada. Conozco el derecho del que habláis. —

Marquo alzó la mirada por primera vez. Tenía el ceño fruncido. Brianda lo miró con desprecio —. Puesto que sois el justicia de estas tierras, estaréis al tanto de todo lo que ordenáis...

—Yo no... —Marquo miró a Jayme, quien se encogió de hombros mostrando una exagerada ignorancia. Tosió antes de continuar—: ¿Has tenido algún error en la fe?

—No.

—¿Te has hecho bruja e ido como tal a los encuentros de brujas por la noche?

—No.

—¿Has matado criaturas o dado ponzoñas?

—No.

—¿Sabes que las otras presas u otras mujeres lo hayan hecho?

—No.

—¿Te parece que alguna vez has estado en una gran reunión?

—Sí. Y vos también.

—¿Has tenido alguna vez viles pensamientos e imaginaciones?

—¿Vos no, cuando luchabais a favor del conde junto a hombres como mi padre?

—Responde sí o no —intervino Jayme.

—En estos momentos sí, tengo viles pensamientos e imaginaciones contra vos. Vos alterasteis esta tierra, ordenasteis matar a mi padre y ahora estáis al frente de esta gran farsa.

Jayme enrojeció. Se dirigió al notario:

—Anotad esta acusación como ejemplo de las falsedades que salen de su boca. Anotad también que se dirige al tribunal en actitud desafiante.

Luego se levantó y acercó a ella, indicando a Marquo que se retirara:

—Sabemos mucho más de lo que sospechas. Confiesa: ¿no has estado alguna vez como aturdida, fuera de ti misma, sin saber qué hacías?

Brianda recordó la noche anterior, cuando su vagabundeo mental por las estrellas le ayudó a resistir el dolor de la tortura.

—¿Dudas? —oyó que decía Jayme.

—No. Siempre he sabido qué hacía.

—Tus amigas nos han contado las malas artes que compartías con ellas.

—No sé a qué amigas os referís.

Jayme se acercó a la mesa y cogió un fajo de papeles que mostró al público antes de continuar:

—Como ellas, tomaste un sapo y lo desollaste. Hiciste un agujero en la piel de su cabeza de un mordisco. Sujetaste la cabeza del bicho con una mano y con los dientes mordiste su piel y de un tirón dejaste al animal vivo y desollado. Guardaste la piel y picaste la carne, que echaste en una olla con sesos y huesos de muerto. Lo hiciste cocer y luego lo pusiste en unas tablas para que se secase al sol. A los pocos días lo redujiste a polvo y lo repartiste entre tus amigas las brujas de tu conventículo. —Miró a quienes estaban sentados en la primera fila y añadió con ironía—. Tanta precisión en la receta no puede ser producto de la imaginación.

—Nunca he hecho eso que decís —dijo Brianda.

—Las brujas siempre negáis vuestras acciones alternando semblantes alicaídos o arrogantes.

De ahí nuestro arduo trabajo para desenmascararos. Escucha qué dijo otra de las acusadas de ti y tus amigas. Una noche entrasteis en casa de Marquo de Besalduch, tomasteis al hijo recién nacido de Alodia de entre sus brazos y lo llevasteis a la cocina. Allí, sacasteis brasas del fuego y lo pusisteis sobre ellas para que se le asaran las tripas. Y una vez muerto lo devolvisteis a los brazos de su madre sin que esta se enterara.

Alguien emitió un desgarrador lamento desde el público. Brianda se giró y vio a Alodia cerca de la puerta. A su lado, varias personas le hicieron gestos de consuelo y comprensión que alternaban con miradas de desaprobación hacia la acusada.

—¡Yo no he hecho eso que decís! —gritó Brianda, arrepintiéndose de inmediato de su reacción. Debía conservar la calma si quería que la suspicacia de unos pocos no se extendiera como una plaga por el ánimo de todos. Miró a Corso, que no apartaba la vista de ella. Su pose volvía a ser desafiante e intimidante, y el gesto, altivo, como si quisiera manifestarle lo orgulloso que se sentía de ella. «Mírame cada vez que respondas —parecía decirle—. Yo sé que dices la verdad. Otros han dudado de sus esposas. Yo jamás dudaría de ti.»

—¿Tal vez has visto u oído a alguna persona haciendo o hablando lo sobredicho? —preguntó Jayme impaciente. Comenzó a hablar con mayor velocidad para que ella tuviera que prestar mucha atención.

—No sé nada ni de vista ni de oídas, y si esto es lo que se ha dicho de mí es mentira.

—Entonces tampoco es cierto que untándote el cuerpo bajo los sobacos, las manos, las sienes, la cara, los pechos, las zonas del sexo y las plantas de los pies con ciertos untos y ponzoñas invocabas al demonio y volabas más de una noche a lo más alto del monte Beles, donde te juntabas con tus compañeras y el diablo.

—No es cierto.

—¿Viste al diablo en forma de hombre con cuernos? ¿Te hincaste ante él de rodillas? ¿Besaste su mano izquierda, sus partes vergonzosas y el orificio bajo su cola y le prometiste vasallaje? ¿Sentiste sobre tu boca el aliento hediondo de sus ventosidades? A tus compañeras les dijo que les daría muchos dineros y las haría ricas.

—No.

—¿No es cierto que estuviste con él o que no les dijo eso?

—No he visto al diablo, no he hecho lo que decís y no sé qué les pasó a otras.

Brianda comenzó a mostrar signos de cansancio. Todo aquello era absurdo. ¿Por qué todo el mundo estaba tan serio? ¿Realmente creían que todo aquello que decía Jayme pudiera ser cierto y real?

—¿Viste sus pies?

—No.

—¿Te gustaría tenerlos semejantes? ¿Querrías tener unos iguales?

—No.

—Y bien, ¿cómo eran, si los tuyos no son iguales?

Un murmullo se extendió por la sala. En su premura por negar todo de manera convincente, Brianda había caído en una trampa ridícula pero peligrosa.

—No vi sus pies porque no fui a ningún sitio ni vi a nadie.

—Entonces, ¿tampoco bailaste con él ni dejaste que te tomara por todos los orificios de tu cuerpo y por las partes sucias? ¿No sentiste dentro de ti su miembro duro y frío como el hierro? ¿No sentiste deleite en su acceso? ¿No sentiste en tus entrañas su humor frío como el hielo?

Brianda frunció el ceño, horrorizada porque alguien se atreviera siquiera a verbalizar esas ideas enfermizas.

—¡No!

Jayme también alzó la voz.

—Confiesa, Brianda. ¿Renegaste de Dios, de la Virgen María y de todos los Santos, del bautismo y la confirmación, de tus padres y padrinos y tomaste a Satanás como tu señor?

—¡No!

—¿No es cierto que tras ese encuentro no veías el Corpus cuando se alzaba en la misa, o si lo veías, para tus ojos era negro?

—¡No!

—¿Has inducido desde entonces a otras personas a ser brujas y les has enseñado tus malas artes?

—¡No!

—No lo has hecho desde entonces...

—¡No lo he hecho nunca! —Brianda comenzó a dar muestras de irritación. El interrogatorio se estaba convirtiendo en un choque entre insensatez y astucia, un multiplicar preguntas sin fundamento—. ¿Dónde están las pruebas que creéis tener? ¿Las mentiras conseguidas de las confesiones bajo tortura de las mujeres son vuestras únicas pruebas? ¿Qué no diríais vos bajo tormento?

Jayme guardó un rato, demasiado largo, de silencio. Algunos vecinos, inquietos, se revolvieron en sus asientos.

—¿Pones en entredicho las palabras de quienes han tenido el valor de confesar la verdad? —Pronunció la pregunta con mucha lentitud—. ¿Dudas de la buena intención de este tribunal que solo desea curar a esta comunidad de la enfermedad que la asola?

Ahora fue Brianda quien guardó silencio. La respuesta afirmativa pugnaba por salir de su garganta, pero la prudencia le decía que a partir de entonces, cualquier respuesta equivocada no haría sino aumentar la hostilidad que comenzaba a sentir contra ella.

—Digo que no tenéis pruebas contra mí —dijo finalmente.

—Las tenemos y las vamos a exponer. —Jayme tomó otro papel de la mesa—. ¿Fuiste tú quien trajo aquí a esa gitana llamada Cecilia?

—Sí. —Brianda lanzó una mirada de odio a Marquo.

—¿Sabías que en la tierra baja los de su calaña son perseguidos por orden del rey y aun así quisiste salvarla?

—La iban a matar. Eso se llama *misericordia*.

—¿Desobedecer al rey para salvar a una bruja es misericordia? ¿Tan confundidos están tus principios que ves como cristiano aquello que no lo es? ¿Fue ella quien te inició en las malas artes? Su culpabilidad quedó demostrada cuando no tuvo valor para enfrentarse a este tribunal.

—¿Acaso se ha salvado alguna de las juzgadas? —preguntó entonces Brianda.

—¿Acaso era alguna inocente? —preguntó a su vez Jayme al público. Varias personas movieron la cabeza de un lado a otro—. Continuemos, pues. Dinos, Brianda: ¿no es cierto que Aldonsa y tú salvasteis a tu esposo de la muerte? El boticario declaró que Corso de Anels se había curado milagrosamente de la noche a la mañana por los remedios extraños que le habíais aplicado. ¿Te los enseñó ella a ti o fue al contrario?

—No había nada de extraño en todo aquello —respondió Brianda mirando una vez más a Corso—. Mi esposo es un hombre fuerte. No era su hora.

—Es curioso. Lo que no resulta extraño a una bruja sorprende a un hombre de ciencia. A mí también me cuesta creer que un hombre como tu esposo, que nada tenía, se convirtiese en señor de Anels. Solo se me ocurre una manera para que alguien sea elevado a una condición que no merecía.

—Fueron sus propios méritos. No veo qué le diferencia de vos. Al menos él no robó lo que no era suyo...

Jayme se dirigió de nuevo al notario.

—Que conste en vuestras notas que la acusada me ha vuelto a acusar sin pruebas ni fundamento. Decidnos, Pere. ¿Se ha pronunciado la justicia del Reino sobre el pleito que comenzó la acusada contra mi persona? —Pere negó con la cabeza—. ¿He interferido yo acaso en la decisión de dicho justicia? —Pere volvió a negar—. ¿Tiene derecho, por tanto, a hablar en esos términos? Mi difunta esposa, Elvira, y yo nunca echamos a esta mujer de Lubich. Fue ella quien, de naturaleza díscola, en contra de los consejos de su madre, contrajo matrimonio a escondidas. Y fue ella quien miró a su madre con tanto odio que provocó su enfermedad. Aquí tenemos otra prueba de su peor arte, como es el aojamiento. —Se volvió hacia ella y le gritó—: ¡Maldijiste a tu madre y la mataste de pena!

Los murmullos entre el público aumentaron y Brianda se sintió desfallecer. Jayme la atacaba con tanta rapidez y dureza que no le dejaba tiempo para pensar o reflexionar. Jamás hubiera podido imaginar que el normal devenir de las acciones de su vida pudiera ser explicado desde una perspectiva tan perversa. Jayme aprovechó su debilidad para atacar con mayor denuedo:

—¿Qué se puede esperar de alguien que ha crecido entre herejes? ¿Negarás también que uno de los mejores amigos de tu padre era un tal Agut, un francés que entró en estas tierras para luchar contra nuestro rey? ¿Cuál era el verdadero propósito de Johan de Lubich: apoyar al conde o favorecer la entrada de los malditos hugonotes? —Se dirigió ahora a fray Guillem—. En los valles del oeste, los ejércitos del rey siguen peleando contra los herejes ateos de Francia que extienden su ponzoña engañando a gente ruda y poco guardada en la fe. Aquí nosotros peleamos a nuestra manera con el mismo fin. ¿No es el exterminio de las brujas la mejor ocasión para mostrar la victoria definitiva de Dios en el combate contra el mal? Nuestra fuerza proviene del temor de Dios. ¿De dónde provino la tuya cuando mataste tú sola a aquel lobo, Brianda?

Ella abrió los ojos, incapaz de ocultar su sorpresa. Se preguntó cómo lo había sabido, aunque probablemente la hazaña hubiera corrido de boca en boca entre los criados de las casas.

—¡Mirad su rostro! —gritó Jayme enfebrecido—. ¿Cómo pudo una mujer aparentemente tan frágil matar con sus manos a una bestia si no fue por la ayuda de otra peor? —Tomó a Brianda del brazo y la arrastró sin miramiento al fondo de la iglesia mientras continuaba—: ¡Venid, fray

Guillem, y oíd su confesión! —La obligó a arrodillarse ante el confesionario—. Después de lo que hemos escuchado y de las pruebas que hemos aportado, ¿todavía te atreves a decir que no eres una de ellas?

Fray Guillem entró en el confesionario con semblante abatido.

—Yo no he hecho nada, y lo sabéis muy bien —le dijo Brianda en un susurro suplicante—. Siempre me he comportado como se esperaba de alguien de mi condición.

—Suelen ser los justos quienes más sufren y más insistentemente son acosados por el demonio hasta que al final caen. Por otro lado, nunca se descubren nuestros enemigos fácilmente donde hallan buen acogimiento. Confiesa tus pecados y todo esto terminará.

—Vos lo empezasteis. Vivíamos tranquilos hasta que llegasteis con vuestros sermones y pliegos de cordel. Vos habéis dictado las preguntas de este interrogatorio.

Fray Guillem se revolvió en su asiento.

—Te advertí de que no cumplías con tus obligaciones religiosas como era debido...

—Os tengo por un hombre inteligente, fray Guillem. De vuestra boca salen palabras que cuestionan vuestros ojos. Hace años que nos conocéis. Este asunto se os ha ido de las manos. Una cosa es aterrorizar a los pecadores; otra es robarnos la vida que nos dio Nuestro Señor. Pagaréis por vuestra cobardía.

Brianda se incorporó y regresó, caminando lentamente, a su lugar junto al altar, frente a Corso, que, sujeto por dos hombres, mantenía todos los músculos de su cuerpo en tensión. Jayme y fray Guillem la siguieron y ocuparon su lugar tras la mesa.

—El interrogatorio ha concluido —dijo Jayme en voz alta y clara—. ¿Alguien desea decir algo en defensa de la acusada? —Un profundo silencio se extendió por la sala durante un largo rato—. ¿Hay o ha llegado noticia de algún impedimento legal para que procedamos a nuestra deliberación? —El notario hizo un gesto negativo con la cabeza—. ¿Ha confesado la acusada, fray Guillem?

Con la cabeza bien alta y la mirada fundida en la de Corso, Brianda respondió por él:

—Sé que hace tiempo que estoy condenada, tanto si confieso lo que queréis escuchar como si digo la verdad. Y esta certeza me permite ser libre para decir la verdad. Soy inocente de todas vuestras acusaciones. Tan inocente como todas las demás que habéis ajusticiado injustamente. —Miró entonces a los miembros del tribunal uno por uno: el notario Arpayón, Jayme, Marquo, Pere, Remon, Domingo y fray Guillem. Eran personas como ella, vecinos de un mismo valle, miembros de una misma comunidad, que se habían convertido en viles asesinos en nombre del Altísimo y del rey—. Que Dios os perdone, aunque no merecéis su perdón.

40.

Había acudido tanta gente al juicio que los miembros del Concejo decidieron que nadie se moviera de la iglesia mientras ellos salían al exterior a deliberar. Brianda se acercó a Corso y se refugió entre sus brazos ante la atenta mirada de los guardias y de los vecinos de Tiles, que alternaban cuchicheos con silencios que aprovechaban algunos para persignarse o mover la cabeza con exagerada y falsa consternación.

—Sé que no tardarán, Corso —le susurró ella, aferrándose con las uñas a su pecho—. Júrame que tomarás mi mano y me mirarás cuando llegue la hora. Prométeme que estarás a mi lado en el momento final.

La respiración de Corso se convertía en un gruñido en su garganta. Miró de reojo a los guardias y una idea cruzó su mente. Brianda acarició su mejilla.

—Podrías quitarle la espada y matar fácilmente a los dos. Y luego, ¿qué? Te matarían. Debes vivir. Hazlo por mí y por Johan.

Corso apretó la mano de ella contra su mejilla, entrecerró los ojos y masculló con obstinación:

—He hecho siempre lo que me has pedido. Tomaré tu mano y estaré a tu lado si así ha de ser y cuidaré de nuestro hijo. Pero no me pidas que viva sin ti, porque eso es imposible, Brianda. No podré. No sabré hacerlo. —Sus ojos, húmedos, centellearon—. ¿Qué clase de vida me espera si tú...?

Un revuelo interrumpió su conversación. Los miembros del Concejo entraban en la iglesia y caminaban con determinación hacia el altar. Marquo fue el encargado de dar a conocer el veredicto. Con voz apagada, dijo:

—Nos, Marquo de Besalduch, infanzón, ciudadano, justicia y juez ordinario del distrito del valle de Tiles, territorio y jurisdicción de Aiscle. Atendidos y considerados los méritos del presente proceso y las declaraciones hechas en él por Brianda de Anels, presa y acusada y teniendo a Nuestro Señor Dios delante de nuestros ojos, del cual todo recto juicio procede, pronunciamos, sentenciamos y por esta, nuestra definitiva sentencia, condenamos a la dicha Brianda de Anels a muerte corporal, de tal manera que sus días naturales fenezcan en la horca.

—¡No podéis ahorcarla! —gritó Corso sobre el murmullo que se había extendido por la iglesia—. ¡Está embarazada!

Sus palabras fueron repetidas de banco en banco con asombro hasta que llegaron a la última fila y se hizo el silencio.

—Dirías y harías cualquier cosa con tal de salvarla, ¿no es así? —dijo Jayme.

—Digo la verdad —repuso Corso—. Si la ahorcáis, la criatura de su vientre morirá como homicidio.

Jayme miró entre el público y señaló a una anciana calva y encogida.

—Tú, la de Darquas. ¿No has sido comadrona? Ven y palpa a esta mujer.

La mujer se acercó con dificultad. Puso sus huesudas manos sobre el vientre de Brianda y luego presionó sus pechos.

—Está muy delgada —dijo—. No puedo saberlo.

Jayme se dirigió a los miembros del consejo:

—¿Qué es peor: el riesgo de seguir sufriendo las malas artes de esta bruja o el de equivocarnos en lo que no parece sino una argucia para retrasar su muerte? —Dando el asunto por zanjado, indicó a los lacayos que la llevaran afuera.

—¡Esperad! —gritó Corso—. ¡El Concejo no se ha pronunciado! ¿Estáis todos de acuerdo? ¿Pere? ¿Marquo...? —Uno por uno fueron bajando la cabeza mientras él pronunciaba sus nombres—. ¡Malditos seáis todos!

Varias voces increparon sus juramentos desde el público. Jayme le lanzó una mirada torva.

—No tomamos en cuenta tu actitud porque sabemos que es obra del maléfico influjo del demonio de tu esposa —dijo—. Algún día, cuando todo esto haya pasado, nos darás las gracias por haberte salvado.

Brianda tomó la mano de Corso y la apretó con fuerza. Tiró de él y comenzó a caminar hacia el exterior con los ojos nublados por las lágrimas. Necesitaba salir de ese asfixiante edificio, apartarse de esos hombres mezquinos a los que veía como monstruos deformes. Deseaba tener un espacio de tiempo, aunque fuera breve, para caminar con Corso de la mano por última vez por esa tierra helada sobre la que sus corazones habían ardido; para deslizar su mirada por el valle donde había nacido, crecido, amado y odiado y donde moriría a los veinticuatro años de edad por culpa de la peor de las enfermedades. Ni la peste podía ser tan destructora como la venganza, la sinrazón y el miedo, que se habían extendido como una plaga por las mentes y los corazones de las gentes de Tiles, cegando sus ojos, abriendo sus oídos ávidamente a los rumores que luego transmitirían a otros envueltos en sus propios juicios y conclusiones, y acostumbrando sus olfatos a la podredumbre de la indignidad. Si realmente existía la brujería, ella estaba contemplando el mayor de los hechizos. A pesar del horror, ella veía ante sí el mismo paisaje, abierto, fresco, quieto, a los pies del inmóvil, regio, imperturbable monte Beles que recordaba de su infancia, cuando vivía con su padre y su madre en su adorada Lubich.

Los miembros del Consejo salieron de la iglesia y caminaron hacia la entrada del cementerio. Los lacayos indicaron a Brianda y Corso que debían seguirlos. Tras ellos cruzaron la pequeña verja, giraron a la derecha, bordearon el cementerio y la iglesia por un sendero rocoso y salieron a un pequeño prado donde habían construido un simple armazón de madera. Cerca de él, divisó varios agujeros cavados en el suelo y unos montículos alargados de tierra. Enseguida supo que eran tumbas y que allí reposaban los restos de las otras ajusticiadas, incluida su querida Cecilia. ¿En qué temibles seres se habían convertido a los ojos de sus vecinos que ni siquiera podían enterrarlas en tierra sagrada?

Los asistentes al juicio y muchos curiosos que no habían podido entrar en la iglesia se

sumaron al cortejo y fueron ocupando posiciones en el lugar para contemplar la ejecución. Brianda se percató de que había muchos niños, algunos de la edad de Johan, y sintió una punzada de desesperación al ser nuevamente consciente de cuánto lo echaba de menos.

—Le ha valido la pena al verdugo venir de Jaca —escuchó que decía alguien—. Con esta ya van catorce ejecuciones...

Las rodillas le flaquearon y se sujetó al brazo de Corso para no caer. Él la cogió por la cintura y la atrajo hacia sí. No se separó de ella hasta que llegaron a la horca, donde esperaba con los brazos cruzados y las piernas separadas el verdugo, un desconocido fornido de rostro arrugado e inexpresivo. De pie, hincadas en la tierra, había dos vigas unidas en su parte superior por otra viga horizontal sobre ellas. Unos improvisados maderos hacían de escalones para acceder a una pequeña y rudimentaria plataforma de madera que al soltarla dejaba los cuerpos suspendidos en el aire.

Fray Guillem se acercó a ella portando una cajita que abrió. Extrajo una hostia consagrada y se la ofreció diciendo:

—Que el cuerpo y la sangre de Cristo te guarden para la vida eterna.

Ella recibió el pan sagrado en la punta de la lengua y sintió que le abrasaba. Sintió deseos de escupirla, pues en nombre de lo que representaba se estaba cometiendo aquella injusticia que le impediría un buen morir en paz, pero se detuvo. Si rechazara la hostia, su gesto se convertiría en una pública confesión de su culpabilidad. Permitió que se disolviera en su boca y la tragó. Miró a Corso y susurró:

—Tú me guardarás para la vida eterna...

Jayme pidió al verdugo en voz alta que procediera con la ejecución. Brianda lo miró y se dio cuenta de que jugueteaba con algo entre sus manos: era su anillo de oro con la esmeralda. La sangre le hirvió en las venas y un latigazo de ira recorrió su cuerpo. Lo miró a los ojos y, como si hubiera ensayado sus palabras durante mucho tiempo, le dijo:

—Como bruja acabas con mi vida, creyendo que así te quedarás con Lubich para siempre. Pues escucha mis palabras, Jayme de Cuyls. Lo que me haces no es nada comparado con lo que yo te deseo. No te librarás de mí. Los de Cuyls procrearéis para morir y solo uno de cada generación sobrevivirá para conservar tu estirpe hasta el día de su completa aniquilación, cuando la sangre de tu casa arderá y desaparecerá en el infierno. Y el último sabrá, tan cierto como que la muerte no aplaca la sed de venganza, que habré sido yo, Brianda de Lubich, quien haya vuelto para recuperar lo mío.

Se produjo un profundo silencio. Impaciente, Jayme le hizo un gesto con la mano al verdugo y este cogió del brazo a Brianda para que subiera sobre la plataforma. Corso le dio un empujón.

—¡Yo lo haré! —aulló. Luego tomó su mano, la acarició y la sujetó como si fuera una reina para que ascendiera sobre él.

El verdugo pasó la áspera soga por la cabeza de Brianda y la ajustó a la medida de su cuello.

Brianda sintió un repentino miedo que convulsionó su cuerpo. En unos instantes su corazón dejaría de latir y la sangre se estancaría en sus venas. Sus sentidos se apagarían de golpe, no con la languidez de las brasas del fuego, sino como la llama de una vela con una corriente de aire. A una velocidad vertiginosa, su mente repasó los momentos más importantes de su vida, que había

guardado escritos en aquella arquimesa que le regaló su padre, y entonces se acordó de la llavecita que colgaba de la Virgen de Tiles. Había olvidado pedirle a Corso que la recogiera.

Bajó la mirada hacia él. Su ceño estaba tan fruncido y sus labios contraídos en una mueca tan tensa que producía dolor mirarlo. Su respiración era un jadeo convulso. Ella sabía que Corso estaba haciendo un terrible esfuerzo por no desmoronarse y abandonarse a la desesperación. Le había prometido que la acompañaría en el momento del tránsito de la vida a la muerte y cumpliría su promesa aunque sangrara por todos los poros de su piel.

—Al cerrar los ojos para la eternidad solo te veré a ti —le susurró ella—. No sé cómo explicártelo, amor mío, pero siento que este no es nuestro fin. No pongas en mi lápida que descanse en paz porque no lo haré. Te prometo que desafiaré las normas del más allá para estar contigo. Regresaré a ti...

El suelo se abrió bajo sus pies y Brianda sintió a la vez un vuelco en el estómago, un crujido doloroso en el cuello y un vahído en el que aún escuchó un ruido atronador.

Como un gigante salvaje y enloquecido, Corso se abalanzó sobre las vigas de madera que formaban la horca, rugiendo, y comenzó a golpearlas con sus hombros. Al tercer empujón, el madero superior se soltó y cayó sobre él, produciéndole un profundo corte en la mejilla, y provocando que el cuerpo de Brianda llegara al suelo. Corso se arrodilló en la tierra y la tomó entre sus brazos. Su cara y sus labios estaban pálidos.

La sangre de la herida de Corso goteó sobre los labios de ella, coloreándolos, dotándolos de una fugaz apariencia de vida. Corso bramó su nombre y Brianda parpadeó. Separó ligeramente los labios, como si deseara beber aquel líquido y calmar su última sed. Abrió entonces los ojos, lo miró como si lo observara desde muy lejos, y dejó ir su último aliento, con la misma lentitud con la que sus párpados cubrieron su mirada y su cabeza buscaba su último reposo sobre el brazo de él.

Corso permaneció mudo e inmóvil, abrazado a ella con brutal avaricia, hasta que alguien se acercó para indicarle en qué fosa debía depositarla. Como si le hubieran clavado una lanza en el costado, se levantó con ella entre sus brazos, pasó ante los miembros del Concejo, arrojando saliva por la boca como un perro rabioso, cruzó entre la muchedumbre que observaba entre asombrada y acongojada la agresiva desolación que poseía al señor de Anels, llamó a su caballo, se subió a una de las paredes de piedra para poder montar con Brianda sobre el animal y se lanzó al galope por todos los caminos que habían recorrido juntos en los últimos años.

Durante horas le habló como si siguiera viva, recordándole cada rincón donde se habían amado, cada palabra pronunciada de día o de noche, cada gesto cómplice compartido. Cruzó con ella los bosques de Lubich hasta aquel puentecillo que tanto le gustaba, donde lo había salvado del lobo. Subió, ya de noche, por el camino que llevaba hasta cerca de la cima del monte Beles, brillante como nunca bajo la luz de la luna, y le señaló y nombró cada casa, como si nada hubiera pasado, como si le hablara de un mundo feliz, como si en cualquier momento sus ojos pudieran volver a parpadear con la vitalidad de una de esas estrellas del cielo.

La abrigó con su capa para que no tuviera frío. La apretó contra su pecho para poder susurrarle al oído. Y la besó decenas de veces, hasta que su definitiva frialdad le convenció de que Brianda, el sentido de su existencia sobre la tierra, estaba muerta.

Regresó a la parte trasera de la iglesia, eligió la fosa más apartada de todas las que había hechas, saltó dentro y tumbó a Brianda con exquisita delicadeza. Sollozó sobre ella, la besó por última vez, colocó una florecilla azul sobre su pecho y extendió su capa sobre el cuerpo de su amada para que nada lastimara la piel que sus manos habían acariciado insaciables.

Por fin comenzó a cubrirla con tierra, lentamente, mientras juraba en voz alta que esperaría, con toda la paciencia que la locura le permitiera, a que llegara el momento oportuno de vengarse de quienes habían arrebatado sus vidas; y que respiraría solo para esperar a que llegara el día en que ella cumpliera su promesa.

Hasta entonces, tampoco para él existiría el reposo.

41.

—¡Neli, ven, por favor! —suplicó la voz de Isolina al otro lado del teléfono—. ¡Brianda! ¡Qué desgracia, Dios mío!

—¿Qué ha pasado, Isolina? —preguntó Neli asustada—. ¡Intenta calmarte!

—¡No respira! ¡La llamo y no reacciona!

Neli tuvo que hacer un esfuerzo para no contagiarse de la histeria de Isolina. Había visto a Brianda por última vez hacía un par de días y se encontraba perfectamente, tal vez un poco ensimismada y pensativa, pero nada más. Sabía que se pasaba las horas dándole vueltas a ese diario que habían encontrado oculto en la arquimesa de la casa de Corso y que ella le había ido transcribiendo...

De pronto, tuvo un terrible presentimiento.

—¡Déjala! —le gritó a Isolina—. ¡No la toques! ¡Estoy ahí enseguida...!

Neli colgó nerviosa. Subió al dormitorio y entró en el baño, donde Jonás se estaba duchando, y le pidió que se hiciera cargo de los niños, explicándole a toda prisa que Isolina la necesitaba. Cogió las llaves del coche de la mesa del recibidor y salió disparada. Un estruendo de agua estrellándose contra las piedras del suelo la recibió en la plaza. No recordaba la última vez que había llovido tanto, ni siquiera aquel día que una súbita tormenta las había echado a ella, a Isolina y a Brianda del cementerio. Cuando entró en el coche, aparcado a apenas unos pasos de la puerta de la casa, ya estaba empapada. Puso el motor en marcha y accionó el mando del parabrisas. Ni funcionando a toda velocidad conseguía el dispositivo mantener la visibilidad frontal más allá de un instante y las ventanillas eran un chorro constante de agua.

Como conocía bien el camino, no tuvo problemas para orientarse, pero hubo de concentrarse para no salirse de la estrecha carretera que unía la parte baja de Tiles con el desvío del camino a Anels. Eran las diez de la mañana y parecía que se acercara la noche. En algún lugar tras las oscuras, cerradas y bajas nubes se ocultaba el monte Beles. El resto del paisaje se había convertido en un boceto borroso donde las paredes de piedra escupían agua que caía sobre la tierra trazando surcos de barro en los campos y los caminos. El trayecto se le hizo eterno.

Pasó por fin delante del antiguo lavadero y la fuente. Estaba a punto de llegar a Anels cuando, de repente, una figura surgió en medio de la lluvia torrencial y se plantó frente al vehículo. Neli soltó un grito y frenó en seco. El corazón comenzó a latirle con fuerza. Había estado a punto de atropellar a un hombre. Lo miró, deseando salir del coche e increparle a gritos su imprudencia, pero al reconocerlo, cambió de idea. Completamente empapado, Corso se apoyó en el coche. Su largo cabello oscuro caía sobre sus hombros en pesados mechones y su rostro

marcado mostraba una expresión extraña, una mezcla de miedo y estupor.

—¡Corso! —exclamó Neli, abriendo parcialmente la ventanilla—. ¿No me has visto? ¡Casi te atropello!

Él se acercó y apoyó los dedos en el hueco en el borde del cristal.

—Pensé que eras el médico —balbuceó aturdido—. ¡Es demasiado tarde!

—¿Qué dices? —gritó ella perpleja.

—¡La he visto! ¡Brianda está muerta!

—¡Sube al coche! —le ordenó Neli.

Corso no se movió. Mantenía la vista fija en algún punto del suelo, permitiendo que el agua del cielo golpease su cuerpo en actitud de humillación, como si recibiese un merecido castigo.

Neli bajó más la ventanilla, agarró la solapa de su cazadora, lo zarandeó levemente y le repitió:

—¡¡Sube al coche!!

Corso la miró con extrañeza, pero obedeció.

—¿Cómo es que la has visto? —preguntó ella, ansiosa, poniendo una marcha para continuar.

—Aquella noche que os descubrí en mi casa, hace más de una semana, dijo que me llamaría, pero no lo hizo. He salido a pasear y me he acercado hasta aquí para preguntar por ella. Su tía ha abierto la puerta y estaba como loca. Me ha llevado hasta su habitación y... —Abrió la boca y dejó caer la cabeza sobre el pecho, como si no se atreviera a repetir, ahora más calmado, lo que había visto—. No lo comprendo. Tan joven. De repente. ¿Por qué pasan estas cosas...?

Neli condujo en silencio el último tramo del camino y aparcó en la era frente a la puerta. El caballo de Corso deambulaba suelto por ahí, bajo la atenta mirada de Luzer, cobijado en el cobertizo. Neli salió del coche y se pegó a la puerta principal para no mojarse más, confiando en que Corso la seguiría, pero no fue así. Regresó al coche, se sentó frente al volante y le preguntó:

—¿No vienes conmigo?

Corso movió la cabeza a ambos lados.

—No puedo verla así.

—¿Así cómo? ¿Estaba rígida? ¿Fría? ¿La has tocado?

—No he tenido que hacerlo. Conozco la expresión de la muerte.

Neli se giró hacia él.

—Acompáñame, Corso. —Apoyó una mano en su brazo—. Hazlo por ella.

Corso frunció el ceño, extrañado, pero algo en la mirada de Neli le movió a acceder.

La puerta estaba abierta. Entraron y Neli llamó a Isolina, que acudió enseguida hecha un manojo de nervios.

—¿Qué le pasa a esta casa? —gimió la mujer—. Primero Colau y ahora ella... —Rompió a llorar—. Y el médico sin venir... ¿Cómo se lo voy a decir a Laura?

—Llévame a su habitación —le pidió Neli—. De momento no llames a nadie ni digas nada.

Isolina la precedió por la escalera y el pasillo de la planta superior hasta la puerta del dormitorio de Brianda. Allí, se apartó para que Neli y Corso entraran antes que ella.

Neli sintió que las lágrimas acudían a sus ojos al ver a Brianda sobre la cama. Vestía un camisón de algodón blanco de manga larga. Su rostro estaba tan pálido y macilento como una

envejecida vela de cera y sus labios tenían un ligero color violáceo. Una tenue luz entraba por la ventana, y una extraña quietud dominaba la estancia, como si el sonido de la lluvia no tuviera derecho a invadir ese lugar. Sintió un escalofrío. Parecía que la vida hubiera abandonado el cuerpo de su amiga.

Tomó una silla y la acercó a la cama. Extendió la mano para tocar su pecho y comprobar si respiraba, pero la retiró. No quería que ningún movimiento brusco la alterase, si es que eso todavía era posible. Miró a Corso e Isolina y les hizo un gesto para que se mantuviesen quietos y en silencio.

—Brianda, escúchame —comenzó a decir—. No sé dónde estás, pero quiero que vuelvas conmigo. Voy a contar de diez a cero y entonces despertarás.

Neli pronunció los números muy despacio, pero no sucedió nada. Repitió las mismas palabras y volvió a contar, pero Brianda no se movió. Frustrada y confundida se frotó las sienes. Hubiera jurado que sabía qué le pasaba a Brianda y qué debía hacer.

Corso se acercó.

—Te lo he dicho, Neli —dijo con voz ronca, apoyando una mano en su hombro—. El médico se encargará de lo que haya que hacer en estos casos.

Isolina asintió desde la puerta, dejando escapar un sollozo.

—Ya vale, Neli —dijo con amargura.

Neli frunció el ceño. Una idea surgió en su mente. Se puso en pie e indicó a Corso que ocupara su lugar. Luego se inclinó sobre la joven inmóvil.

—Aquí hay alguien que te está esperando, Brianda —dijo—. Contará de diez a cero y entonces despertarás.

Corso la miró con escepticismo, pero Neli insistió.

—Toma su mano entre las tuyas —le rogó en voz baja—. ¡Por favor! ¡Háblale!

—Diez, nueve, ocho, siete... —comenzó a contar él, sin convicción.

—Muy despacio... —insistió Neli.

—Seis, cinco, cuatro... —continuó él— tres... dos... uno... cero...

Entonces, un trueno retumbó sobre la casa. Sonó primero como un estallido rotundo y ensordecedor y vibró luego en el aire durante un largo rato en el que los cristales de las ventanas no dejaron de temblar. La tenue luz del exterior se debilitó todavía más y la habitación se sumió en la oscuridad.

—Corso... —susurró una voz.

Los tres contuvieron el aliento. Isolina se sujetó al quicio de la puerta. Neli se sentó en la cama junto a Brianda y se llevó la mano a la boca. Corso clavó su mirada en el rostro de Brianda, donde creyó percibir un leve cambio. Un color rosáceo comenzó a teñir las mejillas de la joven, que entreabrió los labios.

Con el rostro desencajado por la incredulidad y el estupor, Corso se inclinó sobre ella.

—¿Brianda? —preguntó indeciso.

Brianda percibió que aquella voz grave, penetrante y familiar volvía a intervenir en sus

pensamientos. Levemente comenzó a tomar conciencia de su entorno. Notó los puntos de apoyo de su cuerpo sobre el lugar blando y cómodo donde estaba tumbada. Sintió sensibilidad en los dedos de los pies y de las manos; en las piernas y en los brazos; en el tronco y en la cabeza. Y podía oír a Corso. No le dolía el cuello. No tenía miedo. No estaba muerta.

Parpadeó ligeramente. Luego, abrió los ojos, lo miró y esbozó una sonrisa.

—Te prometí que volvería —susurró apretando la mano que él sujetaba todavía—. Tanto tiempo separados, Corso, y ahora me parece que ha sido un sueño: rápido porque ha terminado, pero insoportablemente incesante mientras ha durado.

Aturdido, Corso miró a Neli. Ella se acercó y le susurró unas palabras al oído, pidiéndole que las repitiera en voz alta.

—Ha terminado, Brianda —dijo él con voz ronca—. Vuelves a estar aquí.

Brianda amplió la sonrisa. Liberó su mano, se desperezó y bostezó, como si despertara de una placentera siesta.

—Estás en tu habitación de Casa Anels —intervino entonces Neli—. Te acompañamos tu tía Isolina, Corso y yo, Neli.

Brianda la miró con extrañeza, como si algo en su interior rechazara esa información o intentase comprenderla. Cerró los ojos y, por un instante, Neli temió que volviera a sumirse en las sombras de las que acababa de salir.

—Está lloviendo mucho, Brianda —dijo con intención de ubicarla poco a poco en su nueva realidad—. Toda la semana ha lloviznado, pero lo de hoy es un auténtico diluvio. ¿Qué te parece si te levantas, nos tomamos una infusión y charlamos un rato?

Brianda tardó en responder. Deslizó la mirada por la habitación y en sus ojos apareció una pincelada de comprensión y reconocimiento. Cerró los ojos, meditó unos instantes y los volvió a abrir.

—Neli... ¡Si supieras lo que he vivido!

—Lo sé. —Neli le dio unas palmaditas en la mano—. No sabes cuánto deseo que me lo cuentes. Pero prométeme que no volverás a hacerte una regresión tú sola.

—¿Cómo te lo podría explicar? —dijo Brianda incorporándose con gran excitación—. Fue sin darme cuenta. Estaba releyendo ese diario, me dejé ir y debí de dormirme... —Su rostro se contrajo al recordar lo que había revivido—. ¡Pobre Brianda! ¡Fue terrible!

—¿Se puede saber de qué estáis hablando? —intervino Isolina, acercándose, un tanto enfadada—. ¿Acaso no es la primera vez que te pasa? ¡Me has dado un susto de muerte!

—No lo comprendo... —murmuró entonces Corso, poniéndose en pie—. Juraría que...

Brianda cayó en la cuenta entonces de la presencia de ambos y enrojeció de vergüenza por haber sido tan explícita. Sin saber qué decir, agachó la cabeza. Neli acudió en su ayuda.

—Simplemente, ha entrado en un profundo trance hipnótico. Eso es todo.

—Eso es todo... —repitió Corso perplejo.

En ese momento sonó su móvil. Miró quién era y respondió.

—*Sei già qui? Non ti aspettavo prima di venerdì. Ora vengo.*[1]

Se puso en pie y se dirigió hacia la puerta, donde se detuvo para mirar primero a Brianda y luego a Neli. Murmuró algo entre dientes y se marchó.

—¡Corso! —lo llamó Brianda saltando de la cama con intención de correr tras él.

—Déjalo, Brianda —dijo Neli sujetándola por el brazo—. Encontrarás el momento.

—Pero ¿has visto su expresión, Neli? Me ha mirado con compasión, como si estuviera loca...

Neli hizo un gesto negativo con la cabeza, aunque ella también se había dado cuenta de la reacción de Corso. Cualquiera habría apreciado algo verdaderamente extraño en aquella escena.

—A mí no me lo ha parecido... —dijo con serenidad, intentando aportar algo de calma al estado alterado de Brianda.

Isolina se sentó en la silla junto a la cama y miró a Brianda fijamente. Luego, rompió a llorar. Brianda la abrazó.

—No sé qué os he hecho, pero lo siento mucho.

Isolina dejó escapar una risa nerviosa.

—Un trance hipnótico... —balbuceó—. Subí a despertarte y te encontré como muerta. Tan convencida estaba que me siento igual de perpleja que si hubieras resucitado...

—Entonces deja de llorar ya, Isolina, porque he vuelto a la vida... —Secó las lágrimas que surcaban las mejillas de su tía y añadió en tono jovial—: ¿Qué tal si me preparas un café para despejarme y algo de comer? Neli se quedará conmigo mientras me ducho y me visto.

Isolina accedió y las dejó solas. Brianda procedió a contarle todo lo que había vivido en su regresión y Neli la escuchó con mucha atención no solo por toda la información que respondía a los interrogantes planteados por la lectura de los documentos incompletos sobre aquellas ejecuciones por brujería en el valle, sino por la certeza de que, a veces, la verdad podía complicar mucho más la vida que las conjeturas.

—¿Y ahora qué, Neli? —preguntó Brianda afligida cuando terminó de hablar y de recorrer varias veces la habitación—. Sé que lo he encontrado. —Se llevó la mano al pecho—. Lo siento aquí dentro, en mi corazón. —Se tocó la frente—. Lo acepta mi mente como cierto. —Se llevó ambas manos a las mejillas—. Lo reconocen todos los nervios de mi cuerpo y todas las células de mi piel... —La miró, desesperada, y añadió—: Pero Corso no lo sabe. Debería haberme tomado en sus brazos. Debería haberme dicho que llevaba siglos esperándome. Y no solo no me reconoce, sino que a partir de ahora evitará encontrarse conmigo. —Rompió a llorar—. Seguro que cree que soy una desquiciada que después de un buen polvo se quedó colgada emocionalmente de él... —Su voz se volvió rabiosa—. Ojalá nunca hubiera venido a Tiles ni te hubiera conocido, Neli. Ojalá mi verdadera alma siguiera vagando por esos mundos... Sufría sin ella en este mundo, pero perderle otra vez me hará desear la condenación eterna en el infierno...

—No digas eso —trató de consolarla Neli—. Dale tiempo... Tú lo necesitaste antes de saber qué te pasaba.

Brianda se acercó a la ventana y la abrió. El agua de la intensa lluvia la mojó, pero no se apartó. Deseaba contemplar ese valle desde una nueva perspectiva. Tenía tan reciente en su mente y sus sentidos la última vez que había salido de esa habitación para dirigirse a la antigua iglesia de Tiles, ahora derruida junto al cementerio, para no volver, que necesitaba reconciliarse con esa tierra a la que cada día se sentía más unida. Deslizó la mirada hacia el este, allí donde la maleza ocultaba los restos de Casa Cuyls, y se preguntó si algún día se atrevería a acercarse, ahora que conocía las atrocidades que habían tenido lugar tras sus muros. Giró entonces el rostro

hacia el oeste y dejó que sus pensamientos vagaran hasta su querida y añorada Lubich.

¿Qué tendría que ocurrir para que su actual dueño volviera a mirarla con el deseo en sus ojos?, se preguntó angustiada, aunque era otra la incertidumbre que más temía:

¿Y si eso ya nunca sucedía?

42.

Dos días después dejó de llover, aunque una persistente humedad continuó calando las piedras y los huesos.

Sentada frente al ordenador del despacho de Colau con Luzer a sus pies y una manta en su regazo, Brianda tecleaba con rapidez los últimos párrafos de un documento. Había decidido narrar todo cuanto podía recordar de ese pasado que conocía por el diario de aquella Brianda de Lubich y Anels y por sus propios recuerdos, que permanecían vívidos en su mente. Quería que no se perdiera en el olvido ni un solo detalle.

Como si pudiera olvidarlo algún día, pensó.

Ahora que creía conocer las causas de sus pesadillas, sus sueños recurrentes, sus dolores de cabeza y su malestar existencial, sentía que nunca más sería la misma. Ya no era la joven que había llegado a Tiles en noviembre en busca de tranquilidad para su frágil ánimo, sino otra, mucho más ambiciosa. La paz para seguir adelante sería impensable sin Corso. Su vida ya era insuficiente sin él; cada segundo de separación, una condena. Una crisis de ansiedad no era nada frente a la desesperación que le producía pensar que lo hubiera encontrado en un tiempo en que no pudieran estar juntos. Su deseo más ardiente, su única ambición, no era ahora conseguir la paz y el sosiego, sino acostumbrarse a vivir *sin* ellos.

El móvil vibró sobre la mesa. Era Esteban. Hacía varios días que no hablaba con él y las anteriores conversaciones no podían haber sido más insustanciales, como si aquella complicidad que los había unido no hacía tanto hubiese desaparecido por completo.

Cogió el teléfono y contestó.

—Echaba de menos tu voz —dijo Esteban—. ¿Cómo estás?

—Bien —respondió ella—. ¿Y tú?

—Ya sabes. Entre semana ocupado, pero llega el viernes y noto la casa demasiado vacía. Pronto hará un mes desde que te fuiste... Me he cogido un par de días para subir a verte.

—Mejor no... —dijo ella débil pero rápidamente.

—¿No? —se extrañó él—. ¿No porque vas a volver ya o no porque no quieres verme?

Brianda guardó un silencio demasiado largo.

—¿Qué pasa? —preguntó Esteban alarmado.

Ella tragó saliva. Sabía que tarde o temprano tendría que sincerarse con él. No podían continuar juntos, de eso estaba segura. Fingir amarle ahora que había comprendido, aceptado y confirmado que el único hombre de su vida era Corso ya no tenía sentido. Su futuro estaba claro: o Corso o nadie. Ante esta disyuntiva, era injusto engañar a Esteban por más tiempo.

—He estado pensando, Esteban, y no puedo continuar contigo. Lo siento. Lo siento de verdad.

Brianda visualizó el rostro de Esteban al otro lado del teléfono. El silencio estaba cargado de asombro, incredulidad, rechazo y enojo.

—¿Por qué? —preguntó él por fin.

Si Esteban conociera las verdaderas razones, pensó ella, creería que definitivamente estaba mal de la cabeza. Por otra parte, como lo conocía tan bien, sabía que nunca se creería cualquier excusa.

—No te amo como debería —respondió ella.

—¿Y has llegado a esa conclusión gracias a la soledad de las montañas o porque has encontrado a otro mejor que yo? —El tono de Esteban se volvió mordaz—. Déjame adivinarlo. El diablo ese a caballo... Me di cuenta que te atraía, pero pensé que sería algo pasajero y confié en ti...

—Está casado —dijo Brianda sin pensar.

—Pues ya solo te queda conseguir que deje a su mujer. —Puesto que ella no había negado su suposición, Esteban comprendió que había acertado. En segundos pasó de la sorpresa al reproche y al rencor—: ¿Y en tan poco tiempo a él sí le amas como deberías?

—Sí —respondió ella con firmeza. No le diría que creía amar a Corso desde hacía siglos porque no lo comprendería. Llegados a ese punto, prefería que Esteban asumiera cuanto antes la realidad a que cuestionara su cordura.

—Entonces no hay nada que pueda hacer... —Esteban lo dijo en un tono a medio camino entre la afirmación y la pregunta, la decepción y la esperanza. Permaneció unos segundos en silencio, esperando un comentario de Brianda que no llegó, y colgó.

Brianda permaneció un largo rato con el teléfono en la mano antes de apagarlo. Una mezcla confusa de sentimientos la embargaba. Por un lado, se sentía triste y apenada por la rapidez con la que había sido capaz de dar por terminada una relación de años; por otro, la sensación de libertad y de haber hecho lo correcto le producía alivio.

Isolina abrió la puerta y asomó la cabeza. Al comprobar que Brianda seguía allí, entró en el despacho.

—Ya he vuelto —informó con voz risueña. Isolina, que poco a poco recuperaba su antigua actitud resolutiva, había bajado a Aiscle con Petra. Se acercó hasta la mesa, pero permaneció de pie. Desde la muerte de su marido no le gustaba estar en ese despacho mucho tiempo porque, según decía, lo visualizaba en cada rincón—. ¿Qué haces?

—Pasar al ordenador unas notas de Colau.

—¿Estás bien?

Brianda asintió. Como Isolina había practicado yoga, había comprendido las explicaciones de Neli sobre el estado demasiado profundo de relajación en el que se había sumido su sobrina, pero desde aquel día estaba más pendiente de ella.

—¿Qué tal las compras? —le preguntó Brianda para cambiar de tema. No le apetecía hablar en ese momento de su ruptura con Esteban.

—Bien. Nos hemos encontrado con Corso, que iba con su mujer, muy guapa, por cierto, y me

ha preguntado por ti. —Sacudió la cabeza—. No sé cómo puede funcionar esa relación, yendo y viniendo de tan lejos...

Brianda no dijo nada. Isolina añadió:

—Ah, y mañana sábado se van a juntar los vecinos en el bar. Por lo que me ha dicho Petra, lo de montar algo sobre las brujas sigue adelante. Les gustaría tener algo ya para este verano. No sé si decírselo a Neli...

—Yo hablaré con ella —se ofreció Brianda.

Isolina salió y Brianda suspiró, con la cabeza entre las manos. Sus temores no eran infundados. Corso no la había reconocido; incluso la había mirado con lástima al despertar de su regresión. Corso seguía con su mujer.

No tenía ni idea de qué hacer. ¿Para qué le servía todo lo que había descubierto si solo podía compartirlo con Neli?

Centró su atención en la pantalla del ordenador y terminó de repasar lo que había escrito hasta el momento.

Poco después, una idea ocupó su pensamiento.

La noche siguiente, después de cenar, Brianda condujo hasta el bar de Tiles. No había vuelto desde el noviembre anterior. Entonces temía ser el centro de atención de tantos desconocidos y la inquietaba reencontrarse con Neli, poco después de enterarse de que era una bruja moderna. Esa misma noche había visto por primera vez a Corso de espaldas, apostado en la barra. Luego había podido mirarle. Recordó que ya entonces su rostro y su mirada le habían resultado familiares, y su nombre, Corso, había surgido en su mente como si siempre hubiera estado allí dentro.

En esta ocasión, sin embargo, su inquietud tenía que ver con la carpeta que llevaba entre sus brazos. Nada más entrar en el bar, buscó a Neli. Había hablado con ella por teléfono y le había contado sus planes, y ella le había asegurado que estaría a su lado.

Esa noche, nadie jugaba a las cartas ni a las máquinas recreativas y la televisión estaba apagada. Habían colocado tres mesas cuadradas frente a una serie de sillas en filas, como si fuera a impartirse una conferencia. De pie junto a las mesas, Brianda reconoció al canoso alcalde, Martín, al joven Zacarías y a Alberto, el corpulento marido de Berta, dueño del bar. Un par de docenas de personas se habían sentado ya en las sillas, con una bebida en la mano. Neli, en compañía de Jonás y Mihaela, estaba en la penúltima fila. Brianda la encontró muy guapa. Se había dejado el largo cabello rojizo suelto, llevaba un vestido largo y se había adornado con varios collares de piedras de colores. Sonrió para sus adentros al darse cuenta de que habían coincidido en elegir algo especial, tirando a hippy, para la ocasión. También ella llevaba un jersey amplio sobre una falda larga, ambos de color crudo, y un pañuelo rosa a modo de chal sobre los hombros. El colgante de flores de nieve que le había dado Corso lucía sobre su pecho. Se preguntó si él se habría arrepentido de entregárselo...

Se sentó junto a Neli mientras Isolina lo hacía en la fila de delante, al lado de Petra y Bernardo.

—No sé cómo se lo tomarán... —le susurró Brianda.

—Si quieres que intervenga —dijo Neli con una sonrisa de excitación—, dímelo en cualquier momento.

El alcalde y los otros dos hombres se sentaron frente al público.

—Veo que la convocatoria ha sido un éxito —comenzó Martín—. Parece que el tema de las brujas resulta atractivo. Bien, como ya hemos hablado del asunto en otras ocasiones, iré al grano. Varios de vosotros me habéis hecho llegar vuestras sugerencias sobre el tipo de cosas que podríamos organizar. Las más rápidas son: marcar esta primavera un sendero en el bosque con paneles informativos generales sobre la brujería y publicitarlo a través de la comarca. El museo de la tortura es más complicado porque dependemos de una subvención para arreglar uno de los bajos del ayuntamiento, y fabricar las réplicas de los instrumentos de madera llevará algún tiempo. Por último, la obra de teatro dependerá de las ganas y el tiempo que tengáis para ensayar, una vez, claro, que alguien escriba la obra. Petra, como presidenta de la asociación cultural, está dispuesta a hacerse cargo de coordinar esto. ¿Voluntarios?

Se oyeron varias risitas y comentarios, pero nadie parecía atreverse a levantar la mano. Entonces, Brianda se puso en pie.

—Me gustaría decir algo... —Los asistentes giraron la cabeza para mirarla y ella sintió que las mejillas comenzaban a arderle—. ¿Puedo acercarme?

—Por supuesto —accedió Martín, invitándola con un gesto a que lo hiciera.

Brianda apretó la carpeta contra su pecho y avanzó por un lateral hasta la primera fila. Allí, situada entre las mesas que hacían de presidencia y los vecinos, recordó las veces que había tenido que hablar en público para tranquilizarse. Su actual nerviosismo, no obstante, nacía del reconocimiento de que aquella escena se parecía demasiado al interrogatorio que había revivido hacía poco.

—¿Tienes alguna propuesta nueva, Brianda? —le preguntó Martín.

Ella asintió.

—Sabéis que a Colau le apasionaba la historia —comenzó—. Cuando Neli descubrió los papeles en la sacristía sobre los ajusticiamientos por brujería, se puso a investigar todo enseguida, pero no pudo terminar su tarea. Lo he hecho yo. —Abrió la carpeta y sacó un fajo de folios grapados en pequeños bloques—. Con toda la información recopilada, he escrito la historia de una de aquellas mujeres ahorcada por bruja.

—¿Ves, Petra? —bromeó el alcalde—. Ya tenemos parte del trabajo hecho.

—Sí y no —dijo Brianda—. Me gustaría que la leyerais antes de continuar adelante con vuestras ideas sobre escenificar la acusación irracional, detención ilegítima, tortura indiscriminada y crimen público y masivo de personas asesinadas salvajemente por creerlas brujas.

Alberto se incorporó en su silla.

—Un momento, ¿tú también opinas, como Neli, que deberíamos olvidarnos de este asunto?

En silencio, los vecinos aguardaron su respuesta. Brianda mantuvo la vista sobre los dibujos del mármol del terrazo del suelo mientras elegía cuidadosamente las palabras correctas para responder. Luego alzó la cabeza y dijo:

—No digo que no se haga nada, sino que se respete al máximo la veracidad de lo que

sucedió.

—No has respondido a mi pregunta —insistió Alberto.

Brianda buscó a Neli entre el público y su mirada se encontró con la de la última persona que hubiera esperado ver allí.

Sentado en la última fila, con los brazos cruzados sobre el pecho, Corso tenía la vista clavada en ella. No la miraba de frente, con la atención plácida, normal, o incluso aburrida, de quien escucha a un conferenciante, sino con la cabeza ligeramente ladeada y los ojos entrecerrados, en actitud pensativa, sutilmente ambigua, como si tuviera que descifrar un mensaje oculto tras sus palabras, sus gestos y sus reacciones.

Brianda se preguntó cuánto rato llevaba allí.

Entonces, vio que una mujer se acercaba al oído de Corso y le susurraba algo y él asentía con una breve sonrisa sin desviar la mirada. Brianda reconoció a la deslumbradora esposa que los había interrumpido aquella tarde en la torre de Lubich. Sabía por Isolina que estaba en el valle, pero verla le produjo un repentino y agudo ataque de celos. Comenzó como un pellizco en el estómago que se convirtió en una oleada de desazón, dolor, soledad y traición en su interior, provocándole una rabia intensa. Sintió deseos de gritar que Corso le pertenecía solo a ella, que nadie más tenía derecho a susurrarle al oído, a mirarle con adoración, a besarle o a rozar su piel.

—Si callas, está claro que piensas como Neli —escuchó que decía Alberto—. Tenéis que venir los de fuera para enseñarnos qué debemos hacer o no con nuestras cosas.

«¿Con *nuestras* cosas?», se repitió mentalmente Brianda irritada. ¿Acaso ella no tenía derecho a opinar sobre Tiles? Si había algo completamente suyo en el universo era su vinculación a ese lugar por el que llevaba siglos sufriendo. Sin apartar la mirada de Corso, replicó en voz alta y clara:

—Coincido plenamente con Neli en que habría que aprovechar el descubrimiento para utilizarlo como modelo de justicia histórica. Creo que deberíamos empezar por conseguir que se reconozca el caso de estas mujeres como un terrible error de la justicia y pedir la exoneración de todas ellas por haber sido sometidas a juicios ilegales. Debemos borrar esta mancha de nuestra historia.

—¡Eso es ridículo! —dijo Zacarías entonces—. ¡Yo no me siento responsable por algo que sucedió hace siglos! —La mayoría de los presentes acompañó su vehemente comentario con gestos de respaldo.

Brianda recordó lo sucedido con Anna Goeldi en su pueblo suizo y esbozó una sonrisa irónica. El mundo podía resultar muy pequeño en ocasiones. A cientos de kilómetros de distancia, se pronunciaban las mismas frases.

—Yo sí, porque fueron nuestros antepasados, con quienes compartimos nuestra sangre, quienes actuaron mal. Solo os pido que leáis lo que he escrito y juzguéis por vosotros mismos. Si luego decidís seguir adelante con esos proyectos, será asunto vuestro, pero yo personalmente me aseguraré de que el nombre de mi antepasada Brianda de Lubich quede rehabilitado. —Percibió que Corso fruncía el ceño ligeramente al escuchar el intencionado énfasis puesto en la palabra *Lubich*.

El bar se llenó de comentarios en voz alta, muchos de los cuales tenían que ver con el

trastorno que suponía frenar lo que ya estaba en marcha después de otras reuniones. El alcalde esperó a que los ánimos se calmaran un poco para reconducir la asamblea. Se percató de que alguien levantaba la mano al fondo y pidió silencio para escucharle. Las cabezas se giraron para mirarlo.

Corso se puso en pie y dijo:

—A mí me gustaría conocer la historia de Brianda. Tal vez no sea mala idea leerla y juntarnos de nuevo otro día.

Martín comentó algo por lo bajo con sus dos compañeros de mesa y concluyó, poniéndose en pie:

—Eso haremos. Ya avisaremos para la próxima reunión.

Aprovechando el jaleo de sillas y personas moviéndose hacia la barra, Corso se acercó a Brianda.

—¿Puedes darme una copia? —le pidió.

Brianda se la entregó con la ilusión aleteando en su interior. Las circunstancias habían permitido que Corso fuera a leer el escrito enseguida.

—También es tu historia... —susurró de manera imperceptible.

Corso se inclinó sobre ella.

—¿Qué has dicho?

—Cuando lo leas, no te extrañes al ver tu nombre. Hubo otro Corso de verdad. No me lo he inventado.

—¿Aquel soldado que acabó convirtiéndose en el señor de Anels?

Brianda asintió emocionada porque él recordase la explicación —entonces convertida en un supuesto juego de rol— que ella le había dado la noche en que él la descubrió cogiendo el diario de la arquimesa con Neli. Instintivamente se llevó la mano al colgante.

—Te queda muy bien —comentó él antes de preguntar—: ¿Y sabes qué relación tenía ese Corso con aquella Brianda?

Brianda volvió a asentir, absorbiendo su mirada con ansia, como si cada segundo que pasase fuera un tiempo perdido que nunca podrían recuperar.

—Era el dueño de su alma —dijo con absoluta convicción—. De su alma inmortal...

Una voz impaciente de mujer con acento extranjero llamó a Corso a unos pasos de distancia. Él se giró y le dijo algo en italiano. Luego volvió a mirar a Brianda. Abrió la boca para decir algo, pero cambió de idea y se fue con su esposa.

A la mañana siguiente, Brianda se levantó temprano. Abrió los ventanos y comprobó que ese día tampoco luciría el sol, como si el valle se hubiera habituado a una monotonía gris, desapasionada e indiferente. Qué extraña era la naturaleza, pensó. Aunque no lo pareciera, con toda seguridad, en esos momentos, en las entrañas de la tierra y de los cielos burbujeaba un derroche de pasión que acabaría por encontrar una vía por la que deslizarse o escurrirse para invadir la superficie. También en ella, la aparente calma ocultaba un hervidero de emociones, desde la pesadumbre y la aflicción más profundas por tener que acostumbrarse a vivir sin Corso

a la vibrante necesidad de retomar el rumbo de su vida.

Necesitaba reanudar su *propia* vida...

Este pensamiento le hizo reconocer que algo había cambiado en ella en apenas un par de días. El miedo que la había inmovilizado durante meses había desaparecido de la lista de sus emociones y sensaciones negativas. Desde hacía días, una vocecilla interior le decía que saldría adelante, con la misma decisión con la que una débil hierba era capaz de abrirse camino por la áspera tierra; con la misma valentía con la que una suave brisa se atrevía a acariciar las punzantes hojas de los abetos; con la misma entrega con la que unas insignificantes gotas de lluvia podían humedecer una semilla y acompañarla en su crecimiento. Sentía que sus fuerzas iban regresando, poco a poco, para cargar con esas maletas llenas de siglos que la acompañarían siempre hacia el futuro.

Se arregló y bajó a desayunar. Isolina ya estaba en la cocina, sentada a la mesa, con una de las copias que Brianda le había entregado la noche anterior.

—Buenos días, Brianda —le dijo—. Anoche no me acosté hasta que terminé de leer lo que escribiste. —Su rostro, aunque ojeroso, mostraba una expresión serena—. Tengo que preguntarte algo. ¿Sabes si Colau llegó a saberlo todo?

Brianda había temido que a Isolina le molestara lo que había descubierto sobre Jayme de Cuyls. No sabía qué había sucedido con él tras el ahorcamiento de aquella Brianda, pero desde luego, si había alguien detestable en toda esa historia era el antepasado de Colau. Por su culpa, sus descendientes habían estado marcados tanto por la fatalidad como por el rechazo de sus vecinos. De todos modos, en su escrito no había hecho ninguna mención a la maldición de los de Cuyls ni a nada esotérico o misterioso. La historia de las mujeres condenadas por brujas en Tiles tenía que resultar verosímil si quería que prosperara el asunto de su exoneración.

—Colau sabía que Jayme firmó todas las ejecuciones y creo que se avergonzaba por ello.

Isolina se levantó y se sirvió otro café.

—No fue su culpa si se volvió hosco, taciturno, raro y desconfiado. Él solo quería saber qué había pasado para que los Cuyls fueran tan odiados. ¿Cómo es posible que tú hayas averiguado en meses lo que él no pudo en años?

—Todo se aceleró con los papeles de Neli. Fue una lástima que Colau falleciera tan pronto. En realidad solo he puesto orden en sus notas.

Isolina volvió a sentarse.

—¿Sabes qué me ha sorprendido? Ese Jayme de Cuyls se vengó por amor. Todo lo que hizo fue por Elvira. Si hubieran aprobado su matrimonio cuando eran jóvenes, tal vez nada de todo aquello hubiera sucedido.

Brianda pensó en las palabras de Isolina. Le resultaba imposible justificar las perversas acciones de Jayme en nombre del amor. Sin embargo, una súbita punzada de alarma en el pecho le advirtió de que las grandes pasiones provocaban efectos insospechados allá donde se producían. ¿No había condenado al sufrimiento a todos los Cuyls aquella Brianda? ¿Qué culpa tenía alguien como Colau o su familia de lo que hubiera hecho su antepasado? Como si le hubiera leído el pensamiento, Isolina añadió:

—La vida está llena de misterios. He estado dándole vueltas a algo. ¿Recuerdas que te dije

que Colau estaba más extraño de lo normal poco antes de morir? En su mirada había un destello de inevitabilidad...

Brianda se sonrojó levemente. Todavía le quedaba algo por resolver. Todos los días pensaba en ello.

—Ahora vuelvo —dijo.

Subió a su habitación, abrió el armario, localizó el anillo de la esmeralda y regresó a la cocina. Se sentó junto a Isolina y se lo entregó.

—Tiene la inscripción de los Lubich. La misma de la lápida.

Isolina lo observó con admiración.

—¡Ha existido todo este tiempo...! Es precioso... No sabía que lo conservara. ¿Te lo dio él?

—Lo encontré entre sus cosas... —Brianda deseaba con todo su corazón que Isolina no le preguntara cuándo y por qué lo había cogido exactamente. ¿Cómo le podría explicar que su atracción hacia él había sido más fuerte que la razón?

Isolina frunció el ceño y permaneció pensativa unos segundos. Luego tomó la mano derecha de su sobrina y le colocó el anillo en el dedo anular.

—Quédatelo. Yo no lo quiero. Colau lo ocultó porque era la prueba del mal que Jayme infligió a los de Lubich. Tal vez tú puedas darle un nuevo sentido.

Brianda la abrazó en señal de agradecimiento. Deseó decirle cuán importante era para ella poder lucir el anillo en su dedo, verlo a todas horas, saberlo suyo de nuevo... Se levantó y se dispuso a preparar un café para que Isolina no viera que sus ojos se llenaban de lágrimas de emoción.

Ambas permanecieron en silencio hasta que Isolina, como si hubiera esperado hasta encontrar el momento adecuado, dijo:

—Cuando Neli te sacó de ese trance hipnótico, como lo llamó, busqué información en internet. Quería saber qué te había pasado exactamente. Me costó asimilar todo eso de las leyes cósmicas de la retribución del karma y la reencarnación, en la que creen millones de personas en el mundo. Ya sabes que los católicos creemos en la resurrección de nuestra propia carne... —Sacudió una mano en el aire—. Bueno, da igual. La cuestión es que todos, yo la primera, necesitamos creer que la muerte no puede ser el fin. No podemos ser solo cuerpos que se pudren en las tumbas. No podemos aceptar que no volvamos a ver a nuestros seres queridos... —Soltó una risita nerviosa—. Anoche, antes de dormirme, tuve un pensamiento descabellado. A la Brianda de tu historia le ponía tu rostro y no se me ocurría otro Corso que ese al que miras con auténtica devoción.

43.

Brianda salió a la era y respiró profundamente. Después de varios días de indecisión, la rebelde primavera había decidido conceder una tregua. Una ligera bruma cubría el monte Beles, pero una suave brisa comenzaba a mecerla con intención de alejarla. El sol brillaba, sin excesiva fuerza, y hacía una temperatura agradable.

Decidió dar un paseo y tuvo claro su destino.

Necesitaba regresar a Lubich una última vez antes de marcharse de Tiles. No sería una despedida definitiva, ahora que se sentía unida para siempre a ese lugar, pero tenía varios asuntos que solucionar en Madrid. Debía recoger sus cosas del piso de Esteban, encontrar otra casa donde vivir y reanudar la búsqueda de trabajo para cuando se le terminase el paro.

Aunque su corazón seguía herido por la separación de Corso, a quien no había vuelto a ver desde la noche en que le había entregado los papeles en el bar, hacía ya un par de semanas, físicamente se encontraba bien y mentalmente se sentía fuerte para continuar adelante. Dormía bien, no le dolía nada, sus visiones y pesadillas habían terminado y la ansiedad había desaparecido. Y tenía un nuevo objetivo en su vida. Había contactado con un diputado en el Parlamento y pensaba comenzar cuanto antes el proceso de exoneración de aquellas mujeres. Independientemente de lo que hicieran los vecinos de Tiles, ella no pararía hasta conseguir que el nombre de Brianda de Lubich y Anels quedara rehabilitado.

En cuanto a Corso, Neli había sido extrañamente insistente al decirle que lo dejara tranquilo, como si su amiga conociera los esfuerzos que tenía que hacer para no correr cada mañana en su busca, deseando encontrar en la mirada de su amado alguna pincelada, en sus gestos algún ademán, en su rostro alguna reacción de que lo imposible no era producto de la imaginación de una joven enamorada. Ignoraba si su querida amiga deseaba evitarle una decepción o si, por el contrario, también necesitaba tiempo para preparar uno de sus conjuros para ayudarla. Sonrió al recordar la tarde que descubrió su altar de bruja *wiccana* y el ritual que presenció para Todos los Santos, que para ella era *Samhain*, ese momento del año en que las leyes del tiempo y el espacio se suspendían y la barrera entre los mundos desaparecía. Entonces la había tachado de excéntrica; ahora tenía que reconocer que su propia percepción racional y lógica de la realidad había cambiado por completo. Tal vez no hasta el extremo de aceptar como cierto el pensamiento de Neli de haber sido la elegida por los dioses para encontrar los documentos de la sacristía, pero sí para reconocer que a veces las casualidades o los caprichos del azar podían poner a prueba las certezas más sólidas, incuestionables e inamovibles.

Sumida en estos pensamientos ascendió por el mismo camino que tras varios intentos

consiguió un día recorrer aquel día de noviembre que se entregó a Corso. Ahora, los restos de las hojas secas del otoño y el invierno del bosque a su alrededor comenzaban a ser engullidos por los brotes de las nuevas hierbas y sobre las ramas secas de los diferentes árboles se veían tímidas yemas de futuras hojas. La frescura de la tierra inundó su alma como un vaho cicatrizante.

Llegó hasta la verja de la casa, allí donde un entonces agresivo Luzer le había mostrado los dientes para que no entrara, pero esta vez no la cruzó. Siguió caminando hasta llegar a la cima de un pequeño cerro desde donde podía observar Lubich en toda su plenitud. Se sentó unos instantes sobre una roca y recorrió las líneas de las paredes y tejados con la mirada, deteniéndose allí donde la asaltaba un recuerdo, una imagen, una sensación. Una lengua de humo salía de una chimenea, conectando, temblorosa y enigmática, la vida del interior de esa casa con el cielo. Deseó poder oír las voces de Johan, de Elvira y de una pequeña Brianda sentados a la gran mesa de la sala... No. Deseó ser ella quien estuviera sentada en un sillón frente al impresionante hogar de piedra de Lubich, junto a Corso.

Un largo suspiro escapó de sus labios. ¿Había algo que pudiera o debiera hacer para convencer a Corso de que nadie lo amaría como ella lo amaba?, se preguntó una vez más, por acallar a esa vocecilla impertinente que la acusaba en su mente de haberse resignado con demasiada rapidez y sensatez a vivir sin él. La respuesta era sencilla. No. Los sentimientos no se explicaban. El verdadero amor no consistía en *convencer*. Corso no había reaccionado. Simplemente había desaparecido. Ni siquiera había deseado comentar qué le había parecido la historia que ella había escrito. Para ella, el mensaje estaba claro. Quizás, incluso, con más calma, tiempo y perspectiva, debiera comenzar a plantearse la odiosa hipótesis de que el actual Corso de Lubich no tuviera nada que ver con aquel Corso de Anels...

Sacudió la cabeza para apartar esa idea, se incorporó, continuó por el lindero de un amplio prado donde el trigo formaba ondas de diferentes tonos de verde y se dirigió hacia los bosques más altos.

No había estado nunca allí, pero reconocía perfectamente el lugar.

A medida que ascendía, las primeras flores blancas y azules del año hicieron su aparición en los prados reservados para forraje en el límite con el bosque. Se agachó y acarició con sus dedos varias de ellas. Envidió su fortaleza, su constancia, su tenacidad para crecer año tras año en esa tierra fría, siempre distintas, siempre tan iguales. Alzó la vista y miró hacia el monte Beles, testigo impasible de todo cuanto vivía, se movía y respiraba en ese valle. Solo él conocía las verdaderas razones que habían guiado las existencias de las personas a lo largo de los siglos. Tras interminables ciclos de vida y muerte, seguía allí, inalterable, seguro de su propia infinidad.

Se internó por un emboscado y corto sendero. Tuvo que agacharse en varias ocasiones para que las ramas secas y alguna zarza no hirieran su rostro o se enredaran en su cabello y por dos veces tuvo que detenerse para desenganchar su larga falda de algún pincho. Le pareció que nadie había pasado por allí en mucho tiempo. El sendero desembocó en un pequeño claro sobre un barranco de rocas deformes. Se detuvo, y pronto se dio cuenta de que no podía continuar. La única prueba de que allí había existido un pequeño puente eran los restos de piedra que sobresalían a ambos lados del despeñadero. En medio, nada.

Descendió unos metros con cuidado de no tropezar y se sentó en una piedra cercana al cauce

del barranco, que bajaba lleno por las lluvias de las últimas semanas. Cogió una rama seca y comenzó a juguetear con ella. El rumor del agua encontrando su camino entre surcos y recovecos consiguió relajarla y aislarla del entorno. Durante un largo rato, ningún pensamiento surgió en su mente.

De pronto, oyó que alguien pronunciaba su nombre con voz suave, primero una vez, y luego otra. Se giró y comprobó que no eran imaginaciones suyas. Con un pie apoyado en una piedra, ahí estaba Corso. Tras él, unos metros más arriba, con las riendas atadas a un árbol, su frisón Santo.

—¿Es aquí donde aquella Brianda mató al lobo? —preguntó él.

Brianda asintió con una sonrisa. Corso había leído su historia.

Él se acercó y se sentó junto a ella. Brianda se frotó los antebrazos para controlar el ligero temblor que la había asaltado al sentirlo tan cerca. Corso la miraba de una manera turbadora: intensamente familiar, penetrantemente inquisitivo.

—Te he visto desde lejos y te he seguido.

—Me alegra que lo hayas hecho. Así podré despedirme. Mañana regreso a Madrid.

Una sombra atravesó la mirada de Corso.

—He leído lo que escribiste, pero está incompleto —soltó de repente—. ¿Sabes qué pasó después?

Brianda negó con la cabeza.

—Yo tengo mi teoría —dijo él—. ¿Te gustaría escucharla?

Ella asintió intrigada.

—Corso de Anels se volvió loco —comenzó él—. Solo vivía y respiraba por su hijo Johan. De no ser por él, hubiera terminado con su vida para ir en busca de Brianda. La veía en cada rincón de casa. Oía el sonido del viento sobre las ramas de los árboles y creía que era ella. La maldijo por haberle atado a la promesa de cuidar de Johan. Nadie le dirigía la palabra y a nadie hablaba él. Su garganta no producía sonidos, sino lamentos, cuando no mascullaba deseos de venganza. Los campos y caminos resultaban cortos para la velocidad con la que galopaba sobre su caballo; la noche cerrada, demasiado luminosa para su necesidad de oscuridad; el bosque plagado de lobos, demasiado tranquilo para su rabia; la cima del monte Beles, demasiado ruidosa para su alterado espíritu.

»Hubiera matado por poder morir y liberarse de ese castigo...

»El sentimiento de culpa no lo abandonaba. No había podido hacer nada por ella. Él, que había peleado en decenas de batallas, que había abatido con su espada a tantos enemigos, no había podido evitar la muerte de su esposa. El rostro de ella mientras el verdugo colocaba la soga alrededor de su cuello; su última mirada; el roce de la piel de su mano; sus labios azulados; su cuerpo frío, rígido... Esos recuerdos ardían en su mente, abrasando su cordura, derritiendo su sensatez, consumiendo su juicio.

»Tardó tres semanas, después del ahorcamiento, en conseguir que el notario accediera a estar presente en la exhumación del cadáver de su esposa y tomara nota de lo que viera. En torno a la tumba, Corso, el juez Marquo y el notario Arpayón se reunieron un frío atardecer de principios de abril. Los acompañaba la abuela Darquas, la misma que no había podido atestiguar que

Brianda estaba embarazada al finalizar el juicio, para que comprobara, a cambio de una generosa suma de dinero, si era cierto o no que Brianda esperaba un hijo.

»Corso no quiso que nadie le ayudara a desenterrar el cuerpo de Brianda. Primero utilizó un azadón y cuando calculó que solo un palmo de tierra lo separaba de ella se arrodilló y utilizó sus manos. El dolor por su ausencia dotaba a sus gestos y a su expresión de una urgencia enfermiza. ¿Y qué, si demostraba que estaba embarazada? ¿Acaso eso le devolvería la vida? No, lograba pensar en medio de su locura, no lo haría; pero él volvería a verla.

»Sus dedos rozaron la capa y temblaron al levantarla para dejar el cuerpo a la vista. Ahí estaba su Brianda, como la había acostado, con las manos cruzadas sobre el pecho sosteniendo una flor azul y suave como su piel, con una expresión plácida en el rostro, como si los gusanos no se hubieran atrevido a mancillar su cuerpo, como si la tierra no hubiera conseguido humedecer y reblandecer sus facciones, tan perfectas, tan hermosas...

»—Procedamos de una vez, por Dios santo —escuchó que decía el notario Arpayón mientras se llevaba un pañuelo a la nariz.

»Corso salió de la fosa y ayudó a la anciana Darquas a ocupar su lugar. La mujer hizo un corte en el costado izquierdo de Brianda con un afilado cuchillo, puso sus manos dentro de su cuerpo, hurgó un rato en él con cuidado bajo la atenta mirada de Corso y finalmente extrajo un pequeño trozo de carne de unas tres pulgadas con forma humana y lo puso en una pequeña losa de piedra que entregó a Corso.

»Nadie pronunció ni una palabra mientras Corso lo cubría con un pañuelo, con las mandíbulas tan fuertemente apretadas y el cuello tan tenso que parecían a punto de quebrarse. Luego, sacó a la vieja del agujero, bajó de nuevo y se arrodilló para besar los labios de su esposa. Murmuró algo sobre sus labios y la volvió a besar, como si simplemente le deseara las buenas noches, como si su sueño no fuera ya eterno.

»Cuando terminó de enterrarla por segunda vez, Corso cogió la losa de piedra con aquel jirón de su sangre que hubiera podido ser su hijo, subió a su caballo y cabalgó hasta Lubich, seguido de Arpayón y Marquo. La noche había caído ya sobre Tiles, cubriendo los caminos de sombras grotescas. Como un alma que se llevara el diablo a los horrores del infierno, entró en el gran patio gritando el nombre de Jayme. Este no tardó en aparecer, y su inicial alarma se redujo en cuanto vio al juez y al notario. Corso retiró el pañuelo que cubría lo que portaba en una mano y se lo acercó a la cara.

»—¡La matasteis a pesar de estar embarazada! —bramó—. ¡Matasteis a mi hijo!

»Jayme permaneció imperturbable.

»—No interpreto haber hecho agravio alguno —dijo tranquilamente, extendiendo las manos a ambos lados de su cuerpo—. Me amparo en los estatutos de desafuero que todos aprobamos. —Miró a Marquo y a Arpayón y dio el asunto por concluido.

»—¡Sois un asesino! —gritó Corso a su espalda—. ¡No esperaré a que Dios os castigue!

»—¡Mide tus palabras, Corso! —le dijo entonces Marquo—. Jayme tiene razón. La ley le ampara. Lo hará también si vas contra él.

»Corso desapareció en la oscuridad y durante un tiempo nadie lo vio. Pasaba las horas en una de las cuadras de Casa Anels tallando unas palabras en una losa. Con cada golpe de cincel, con

cada esquirla que se desprendía de la piedra, su mente avanzaba un paso más en sus planes, pero primero tenía que terminar aquella tarea. Un día, por fin, colocó con sus propias manos la lápida sobre la tumba de Brianda.

»—*Omnia mecum porto*... —le habló a la tierra—. ¡No es cierto el lema de los de Lubich, Brianda! No te llevas todo contigo, porque aquí me has dejado, abandonado, como un viejo pobre y enfermo, para que me consuma de rabia... No tendré consuelo hasta que vuelvas...

»Nuevas tumbas salpicaban ese trozo de prado, convertido en improvisado cementerio de desgraciadas. Cada dos o tres semanas desde el primer juicio tuvieron lugar otras ejecuciones en grupos de dos a seis mujeres, y así hasta un total de veinticuatro mujeres de todos los lugares desde Aiscle hasta Besalduch. Pere de Aiscle no pudo salvar a su esposa, María, y Jayme de Aiscle no quiso salvar a su hermana, Lida. Sus ahorcamientos sirvieron de claro ejemplo de que el trabajo del Concejo era transparente ante Dios, pues a nadie se le aplicaba un trato de favor. No obstante, Pere debió ser sustituido por otro hombre en el Concejo por problemas de salud atribuidos a los influjos de la bruja de su esposa.

»Los caminos nunca estuvieron tan solitarios, ni las plazas tan silenciosas, ni los lavaderos tan vacíos. Las palabras se pronunciaban con sumo cuidado. Las miradas permanecían bajas en las casas. Los miembros de una misma familia evitaban contrariarse. Los niños se espantaban ante los gatos negros y huían aterrados si se topaban con un sapo. La iglesia se llenaba con frecuencia, no solo los domingos, y los soldados del rey eran agasajados en Casa Lubich.

»La primavera nunca había florecido con tanta apatía como lo hizo aquel año.

»De pronto, todo acabó un día con un sencillo anuncio de un fray Guillem cansado en la misa de mediados de mayo.

»—Bendita sea esta tierra, donde apareció el demonio, porque lo hemos vencido —dijo simplemente.

»—No le han visto la cara todavía —murmuró Corso, cuando Leonor le repitió las palabras, envejecida por el temor a que en cualquier momento se la llevaran también a ella y que ahora se disipaba.

»El Concejo se reunió y dio por terminado el estatuto de desafuero. Ya no había necesidad de acogerse a una justicia extraordinaria para juzgar delitos atroces con premura. Después de un paréntesis en el que la voluntad de unos pocos había prevalecido legalmente sobre cualquier ley general ya escrita, el valle de Tiles regresaba al funcionamiento regular del sistema legal vigente en el Reino, con la satisfacción de la faena bien hecha, como si lo sucedido no hubiera sido sino la única manera de liberar por fin a ese lugar de las diabólicas amenazas que atentaban contra el orden natural de las cosas.

»El Concejo pagó los gastos de todo ese asunto con el dinero de los bienes de las ejecutadas y anotó las correspondientes entradas en el libro de cuentas del pueblo. El verdugo se marchó con la bolsa llena. Los carceleros cobraron sus sueldos por su labor en Casa Cuyls; el carpintero y dos mozos, por plantar las horcas; el tabernero, por las bebidas y comidas los días de Concejo y ejecuciones.

»Los soldados del capitán Vardán y otros lacayos dejaron de vigilar a los vecinos y de escoltar a los miembros del Concejo, y retomaron su tarea de ocuparse de las fronteras con

Francia, ahora en una nueva misión. Como el rey había enviado a uno de sus mejores ingenieros, un italiano llamado Spanochi, para construir edificaciones defensivas en las montañas, se pasaban el día en la parte más alta de Tiles.

»La vida volvió a la normalidad para todos menos para Corso.

»Una tarde de finales de mayo, en la que Corso meditaba junto al fuego con una tranquilidad que sus ojos encendidos revelaban como falsa, Leonor entró en la sala de Casa Anels portando una bolsa de cuero.

»—Quiero que te sientas libre para llevar a cabo aquello que desees hacer. —Le entregó la bolsa—. Son mis joyas, algo de dinero y un documento por el que renuncio al usufructo de Anels. Mi hermana, que heredó la casa de mis padres en Aiscle, ha enviudado. Viviremos nuestros últimos días juntas en el lugar donde nací.

»—Podrías venir conmigo... —sugirió Corso, consciente de que ya una vez ella se había negado a alejarse del lugar donde reposaban los restos de Nunilo.

»Leonor movió la cabeza a ambos lados, confirmando así lo que él creía.

»—Solo te pido que le hables a Johan de mí.

»Dos días después, Leonor abandonó la que había sido su casa desde que se había casado con Nunilo. Todo lo que deseaba llevarse cupo en un arca de madera que cargaron en una mula. Corso la acompañó a Aiscle y se despidió de ella. Cuando la abrazó por última vez, no tuvo que decirle con palabras el profundo agradecimiento que sentía hacia ella. Tampoco Leonor dejó que sus lágrimas atormentaran más el ahogado corazón de él.

»—Sigue adelante, Corso —le dijo—. Tienes mi bendición.

»Corso fue entonces en busca de Pere de Aiscle. Su venganza comenzaba en ese mismo instante.

44.

»Corso encontró a Pere en su casa, aquel lugar que él había conocido destrozado por los rebeldes de Medardo cuando el conde quiso tomar posesión del condado, el mismo día que habían ahorcado a Nunilo. Le parecía que había transcurrido una eternidad de todo aquello. Había pasado de ser un soldado sin fortuna a tenerlo todo, para perderlo después.

»Pere no se atrevía a mirarlo. Corso sintió lástima por él. El hombre alto, delgado y rubio que una vez tuvo los mismos rasgos y la misma pose gallarda de Surano era ahora un viejo calvo y encogido. Su prudencia y seriedad se habían convertido en una mezcla de nerviosismo y atolondramiento.

»—Pensé que si me callaba conseguiría liberar a María —musitó con voz apagada—. Primero fallé a Brianda y luego a mi esposa. Ningún castigo será suficiente para mitigar mi vergüenza.

»— El amor nos vuelve cobardes, pero no he venido a por tus excusas, sino a por tu ayuda —le dijo Corso. ¿Qué no hubiera hecho él por salvar a Brianda?—. Me voy de Tiles y necesito que hagas algo por mí. Te encargarás de vender Anels, y cuanto saques lo dedicarás a comprar Lubich. —Le entregó un papel—. Estas son mis instrucciones. Sabrás de mí, dondequiera que esté.

»—Si es lo que quieres, mi familia comprará Anels para el segundo hijo de mi hermano —dijo Pere con extrañeza—, pero no comprendo para qué quieres Lubich si te vas...

»—Tú hazlo. Cuento con tu palabra.

»Corso se marchó de la casa de Pere y se dirigió a la taberna de Aiscle, un antro sucio y oscuro del que salió poco después acompañado de un par de hombres de aspecto descuidado y rudo y mirada violenta.

»—Haréis lo convenido —les entregó sendas bolsas de cuero con dinero— y cuando acabemos recibiréis el resto.

»Regresó a Anels y ordenó a una de las criadas que preparara para esa misma noche un par de fardos con las ropas imprescindibles tanto de él como del pequeño Johan para un corto viaje, otro fardo con comida, y que hiciera ensillar a los tres mejores caballos de la casa.

»Cuando anocheció, se reunió en el lavadero con los dos hombres que había contratado.

»—¿Traéis lo que os he pedido?

»Uno de ellos dio una palmada a sus alforjas en señal de asentimiento.

»—Toda la trementina que hemos podido encontrar.

»Cabalgaron hasta la iglesia. Al llegar, Corso ordenó que cogieran varios de los botes de

cuero con trementina, una cuerda y que le siguieran. Encontró a fray Guillem rezando de rodillas frente al altar. Corso sintió un estremecimiento al recordar el último día que vio a Brianda con vida, expuesta ante sus vecinos, allí mismo, como un animal en una feria. Una nueva llamarada de rabia ardió en su interior.

»—Corso —dijo fray Guillem al reconocerlo—. La misa terminó hace rato.

»Sin decir nada, Corso cogió uno de los botes y comenzó a derramar el líquido por los bancos de madera. Los otros lo imitaron. Fray Guillem, alarmado, se dirigió hacia la puerta, pero Corso fue más rápido y lo agarró del brazo.

»—Atadle —ordenó.

»Mientras lo hacían, tomó un par de velas encendidas de la capilla de Casa Anels y acercó la llama a la sustancia inflamable en uno de los bancos, que prendió rápidamente, ante la mirada horrorizada de fray Guillem.

»—Mi juicio comienza ahora —escupió Corso—. Y te declaro culpable.

»Salieron los tres. Corso cerró la puerta con llave y la arrojó lejos, sordo a los gritos de fray Guillem suplicando auxilio entre amenazas de castigos que a Corso le parecieron leves comparados con el sufrimiento que retorcía y deformaba su alma.

»Caminó hasta la tumba de Brianda y se arrodilló ante ella.

»—Perdóname, amor mío —murmuró—. Debería haber hecho esto mucho antes.

»Leyó por última vez la inscripción, regresó con los hombres, montó en su caballo y lo espoleó en dirección a Lubich. No sentía el frío sobre su rostro. No veía sino oscuridad ante él. Ante el gran portalón se detuvo y se ocultó entre las sombras mientras los hombres entraban a voz en grito en el patio:

»—¡Se quema la iglesia! —repitieron hasta quedarse afónicos—. ¡Ayuda, por Dios! ¡Fray Guillem está dentro!

»En unos instantes, la era se llenó de hombres que portaban cubos y azadas y preparaban mulas, caballos y antorchas a las órdenes de Remon.

»—Sabemos quién ha sido —dijo uno de los hombres a Remon—. ¿Dónde está tu señor?

»—Estaba en la sala —dijo Remon, tras indicar a los demás que se adelantasen—. Pero habrá escuchado el jaleo...

»En ese momento, Jayme de Cuyls salía por la puerta principal con expresión adormilada.

»—¿Qué sucede, Remon? ¿Adónde han ido todos?

»—¡Un incendio en la iglesia, señor! ¡Estos hombres dicen saber quién lo ha provocado!

»Los hombres descendieron y se acercaron a él. Instintivamente, Jayme de Cuyls echó mano a su espada y se dio cuenta de que iba desarmado.

»—¿Y quién ha sido? —preguntó intercambiando una mirada de alarma con Remon.

»Corso apareció ante sus ojos, saltó del caballo con la espada desenvainada, que clavó en el abdomen de Remon antes de que tuviera tiempo de reaccionar, y apoyó la punta en el pecho de Jayme.

»—Subamos a la torre. Quiero que veas cómo se ilumina la noche.

»Se oyó el sonido de un llanto y Corso miró hacia la puerta de entrada a la casa. Una criada curiosa observaba la escena con un niño poco mayor que Johan en los brazos. Algo en sus

facciones le resultó familiar y supuso que era Lorién, el hermanastro de Brianda. No sintió compasión por él. Brianda había tenido que ver cómo su padre era asesinado, cómo le arrebataban su casa y luego la condenaban por bruja. Si el destino quería que ese niño tuviera que ser testigo de la venganza que debía caer sobre su padre, así sería.

»Jayme, con el terror velando sus ojos, se dirigió a la criada y le dijo:

»—Sabes dónde guardo mis cosas y documentos. ¡Cógelos y saca a Lorién de aquí!

»Corso ordenó a los hombres que subieran a Jayme a la torre. Lo cogieron de un brazo cada uno y entre tirones y empujones lo convencieron de que no podría liberarse.

»—¡Pagarás por esto, Corso! —gritaba Jayme una y otra vez—. ¡Correrás la misma suerte que la bruja de tu mujer! ¡Y vosotros también! —añadía con voz rabiosa y potente pero también desesperadamente suplicante, esperando convencer a sus captores con promesas de que cambiaran de amo.

»Corso lo siguió en silencio. Cuando llegaron arriba, mantuvo a Jayme entre su espada y el abismo.

»—Quisiste Lubich para ti... Pues muere como lo hizo el verdadero señor de esta casa.

»Sin darle tiempo a responder, Corso le atravesó el pecho con la espada que un día le entregara el propio rey hasta que la empuñadora tocó su cuerpo. Mantuvo su mirada colérica clavada en los ojos de Jayme, observando con placer su desconcierto, su miedo, su abandono, hasta que oyó su último aliento. Entonces, con un alarido inhumano que atemorizó a los dos hombres, empujó su cuerpo y lo lanzó al vacío.

»A lo lejos se veía el resplandor de la iglesia en llamas.

»Corso apoyó su frente sobre la áspera pared de piedra y permaneció así unos instantes antes de dirigirse a los hombres asqueado:

»—Quemadlo... todo.

»Los hombres comenzaron por los pajares y establos. Pronto comenzó un crepitar de llamas, paja y madera que fue extendiéndose de un edificio a otro con avidez. Entre gritos, las criadas abandonaron la casa, convertida en un infierno en el que la voz del diablo, envuelto en una capa negra y con el rostro deformado por una horrible cicatriz, aullaba:

»—¡Que no quede nada! ¡Antes, Brianda! ¡Si hubiera hecho arder Lubich antes, seguirías conmigo!

»Cuando se dio cuenta de que ni la más salvaje tormenta de agua podría ya salvar Lubich, Corso montó en su caballo y ordenó a los hombres que le siguieran. Pasaron por delante de un grupo de criadas que, envueltas en mantos, corrían hacia los prados y Corso distinguió a la que portaba al pequeño Lorién en brazos.

»—¡Llévalo a Cuyls, de donde nunca debió salir su sangre! —le gritó, mientras obligaba a su caballo a ponerse de manos—. ¡Que crezca y se pudra allí! ¡Que le enloquezcan los lamentos que retienen sus piedras!

»Lanzó una última mirada a Lubich, convertida en una inmensa hoguera cuyas llamas lamían el mismo cielo, carbonizándolo más aún, y soltó una carcajada horrible, antes de continuar hasta Anels.

»Hizo que los hombres le esperaran bajo el tilo de la fuente y regresó poco después con dos

bolsas de cuero.

»—Es más de lo que ganaríais en dos vidas... Pero os lo advierto, si no termináis de cumplir vuestra parte del trato, volveré y os mataré con mis propias manos. Tened por seguro que lo sabré.

»—Cumpliremos, señor, con tal de no volver a veros —dijo uno de ellos antes de marcharse —. Los dos carceleros, el carpintero, el notario Arpayón y Marquo de Besalduch. Esta misma noche. Morirán con dolor.

»—Y quemaremos los archivos del notario... —añadió el otro.

»Corso comprobó que los caballos estaban preparados en la era, con los fardos de ropa y comida. Subió a su habitación, arrancó una manta de la cama y envolvió la arquimesa de Brianda con ella. La cogió y la ató sobre uno de los caballos. Era lo único que deseaba de aquel lugar. Siempre visualizaría a Brianda sentada con la melena suelta ante el escritorio, escribiendo sobre él, abriendo los pequeños cajones con sus delicadas manos, guardando sus más queridas pertenencias...

»Entró de nuevo en la casa, subió a la habitación de Johan y tomó al pequeño en brazos con cuidado de no despertar a la criada. Lo envolvió en una manta y lo ocultó en su pecho con su capa. Salió al exterior, ató la cuerda que unía los tres caballos a la silla del suyo, montó en el frisón negro que Nunilo le había regalado hacía siete años y se marchó de Casa Anels sin mirar atrás.

»Dudaba que Tiles fuera algún día un lugar gratamente recordado por su mente. Dudaba que Tiles permaneciera engarzado en su corazón como la piedra preciosa de un anillo. En su caso, los buenos momentos vividos junto a Brianda nunca conseguirían eclipsar los malos, ni siquiera ocultarlos tras una ligera bruma de resignada melancolía.

»Su ira nunca desaparecería.

»Alerta, prestaría atención cada día a cualquier señal de que el alma de su amada no lo había abandonado por completo.

»Una ráfaga de aire sobre la hierba. Un crujido a su lado. Un escalofrío. Un susurro en la noche. Una rama golpeando en la ventana...

»Y maldeciría todos los días de su vida, allí donde estuviera, porque su cuerpo mortal tuviera que vivir sin ella.

45.

En silencio, Brianda acarició su anillo una vez más para secar las lágrimas que habían humedecido la esmeralda.

Habían caído sobre ella con la cadencia de cada pálpito de su corazón, enlentecido por una calma y una serenidad que nunca antes había sentido.

Corso tomó la mano de Brianda y jugueteó con sus dedos, palpándolos como si deseara comprobar que su piel estaba caliente y sus músculos, flexibles.

—¿Es este el anillo de Lubich? —preguntó.

Ella asintió.

—Es precioso, ¿verdad?

Probablemente esa fuese la primera vez en siglos que la preciosa piedra veía la luz del día, dejando al descubierto alguna inclusión en su ligero verde azulado que, en lugar de molestar por su imperfección, le infundía carácter.

Entonces él se puso en pie e introdujo una mano en su bolsillo derecho en busca de algo. Al sacar el puño cerrado, una tarjeta cayó al suelo. Brianda la recogió para devolvérsela, pero la curiosidad hizo que leyera los datos. Ella tenía una igual. Pertenecía a la consulta del terapeuta Ángel.

—¡Te la dio Neli! —exclamó asombrada por la audacia de su amiga. Lo que le acababa de contar Corso, ¿también lo había revivido? Clavó su mirada en él, esperando que confirmara su deseo.

—Me habló de las regresiones —dijo él— y me explicó qué te había pasado a ti cuando creí que te habías... —No terminó la frase—. Espero que no te moleste.

Brianda movió la cabeza a ambos lados. En su interior se sentía agradecida hacia Neli, quien seguramente le había explicado las cosas de una manera más tranquila y objetiva de como lo hubiera hecho ella. De otro modo, Corso no estaría allí, hablándole con normalidad, mirándola como si solo existiera ella en todo el mundo. La había seguido. Se había sentado junto a ella. Le había acariciado la mano.

—No he ido ni creo que lo haga —soltó él.

—Pero ¿cómo...? —murmuró ella decepcionada y perpleja. ¿De dónde había salido la información sobre la vida de Corso tras la muerte de Brianda?

—No necesito a nadie que me ayude a darme cuenta de qué es lo que quiero —aclaró él en tono firme y decidido.

—Entonces, ¿la historia de Corso no es real?

—¿Real? —repitió Corso, entrecerrando los ojos y comenzando a esbozar una sonrisa burlona—. ¿Acaso la de tu Brianda sí?

Se giró hacia el agua y se mantuvo pensativo unos minutos, absorto en la contemplación del agua, con el puño de la mano derecha cerrado. Luego, dijo:

—Para mí Lubich empezó siendo un simple pero sugerente dibujo de un antepasado. Nadie de mi familia comprendió, todavía no lo hacen, que quisiera aceptar como herencia un montón de piedras olvidadas en un territorio lejano, que abandonara el trabajo en las rentables empresas familiares, y que pusiera a mi disgustada esposa en el apuro de seguirme por este nuevo camino. —Hizo una pausa—. Cuando empecé a rehabilitar Lubich, sentí que, por primera vez en mi vida, era *yo* quien elegía. Mi vida anterior sí que no era real...

Se giró de nuevo hacia ella y la observó detenidamente. Un brillo sutilmente malicioso apareció en sus ojos.

—Pareces frustrada... —dijo con cierta ironía.

—Yo... No sé cómo explicártelo... Creí que... —Brianda no encontraba las palabras para explicar de una manera verosímil que ahora que lo había encontrado se negaba a creer que él no tuviera tan claro como ella quiénes eran.

Corso se acercó, le tendió una mano y la ayudó a ponerse en pie.

—Cuando leí lo que habías escrito sobre aquella mujer, mi mente y mi corazón me dictaban las palabras de lo que te he contado. Lo que hizo ese Corso tras la muerte de Brianda no es nada comparado con lo que yo hubiera hecho...

Rodeó su cintura y la atrajo hacia su cuerpo.

—Desde que te vi aquella noche en el bar no podía librarme de esa inexplicable sensación de que habíamos compartido espacio y tiempo en algún momento. Y luego en la torre...

Recorrió con su nariz su pelo y su rostro. Olfateó su cuello. Buscó sus mejillas con los labios entreabiertos.

—¿No te basta con esto?

Encontró sus labios y los besó con lentitud, como si no deseara apartarse de allí nunca, como si en algún lugar de esa blanda y húmeda carne estuviera la razón de su existencia.

—Me siento desconcertado... —susurró—. Quiero sentirte cerca, absorber tu aliento, comprenderte... Cuando te vi paseando con ese hombre y te cogió de la mano, me sentí furioso. Una voz en mi interior me dijo que nadie tenía derecho a tocarte...

Cerró los ojos y con una mano recorrió la espalda de ella, y luego el brazo, el muslo y el pecho, con gradual avidez, como si pudiera interpretar a través de las yemas de sus dedos una información cifrada.

Brianda se aferró a Corso.

El mismo deseo que había irrumpido como un fogonazo en sus entrañas cuando se entregó a él en la torre la invadió. La placentera sensación de abandono y necesidad, de urgencia y cercanía ya no le resultaba desconocida ni misteriosa. Aquel día había presentido que debía amarlo porque tenía que recuperar el tiempo perdido: ahora sabía por qué. Los gestos y susurros de Corso resultaban profundamente reconfortantes. Reconocía todos y cada uno de ellos. Había estado con él decenas de veces en sus pensamientos, pero no se había saciado.

—¿Puedes explicármelo, Brianda? —Corso se detuvo y esperó a que ella abriera los ojos. Mantuvo la vista clavada en ella como si temiera que pudiera desvanecerse—. Me siento unido a tu cuerpo, a tu mente, a tu espíritu, con todas mis fuerzas, para siempre, más allá de la muerte... ¿Sigues pensando que mi historia no es real?

Corso puso un dedo sobre sus labios para que no hablara. Se separó unos centímetros y bajó la vista hacia el puño cerrado.

—Tal vez necesites algo como esto para convencerte de que me has encontrado.

Extendió los dedos y mostró un pequeño objeto. Era un aro de oro labrado.

Brianda lo cogió con dedos temblorosos y los ojos se le nublaron por la emoción.

El anillo de Nunilo.

—¿Dónde lo has encontrado?

—En un cajón de doble fondo de la arquimesa. Después de que apareciera el colgante de las flores de nieve la desmonté pieza por pieza.

Ella tomó la mano de Corso y se lo colocó en el dedo anular.

—Perfecto...

—¿Lo dudabas?

Brianda le lanzó los brazos al cuello y lo besó con una ternura exquisita a la que él respondió con un gemido de placer, como si una repentina sensación de desahogo comenzara a inundar su ser.

El entorno se desdibujó a su alrededor.

No estaban junto a un arroyo escondido en el bosque, sino cabalgando sobre un magnífico frisón negro hacia la cima de una montaña infinitamente más alta que el monte Beles, cerca de las nubes inagotables, sus almas perennes sobre el mundo caduco...

Tal vez todo lo sucedido tuviera una explicación lógica, pensó Brianda. Tal vez hubiera en la mente una zona desconocida en la cual todo fuera posible.

Pero ella sentía que había cumplido su promesa.

Había desafiado las normas del más allá para estar con Corso. Había regresado a él.

Su espíritu había dominado a la materia.

Recordó entonces la cita enmarcada que había leído mientras esperaba en la salita de la consulta de Ángel.

También ella sería capaz de vagabundear por las estrellas, se dijo.

Por Corso, volvería a nacer un número incalculable de veces.

Nota de la autora

En el año 1980, Domingo Subías, el párroco de la pequeña localidad pirenaica oscense de Laspaúles, encontró, escondidos en la torre de la iglesia, unos documentos originales del antiguo Concejo con información del periodo comprendido entre 1576 y 1636. La mayoría hacen referencia al quehacer cotidiano de la gestión del Concejo —algo así como el antiguo Ayuntamiento— durante más de medio siglo: el arrendamiento de la carnicería y el molino; los usos de la montaña; el estanco de aguardiente; los vecinales y la *dula* o turno de pasto; el número de cabezas ganaderas por las que cada casa tenía que pagar; y los gastos comunales del municipio, como tocar las campanas, enviar mensajeros o comprar vino para las fiestas...

De los cientos de páginas (de gran valor sociológico y por ello transcritas y publicadas posteriormente), dos en concreto resaltan por su brutalidad: en una aparece el macabro listado de varias mujeres ahorcadas por brujas en 1592 y en otra el registro de tesorería con los gastos extra del campanero, el verdugo y la taberna los días de las ejecuciones. Solo eso, pues no se conservan ni los procesos ni los juicios.

El origen de esta novela debe encontrarse, por tanto, en esos dos folios, en esos nombres, en mi curiosidad innata y en mi relación con la montaña del Turbón, un lugar mítico en la comarca de la Ribagorza plagado de leyendas en un territorio mágico que se extiende por los valles de Benasque, Isábena y Lierp. Pero hay algo más, mucho más importante e inquietante. Cuando se habla de procesamientos por brujería, lo primero que nos viene a la mente es la despiadada acción del Consejo de la Suprema y General *Inquisición*. No creo ser muy osada al afirmar que muchas personas ignoran, como yo ignoraba hasta que comencé a interesarme por el tema, que la represión más cruel en la persecución por brujería se llevó a cabo por la justicia seglar en su afán por mantener el orden público en las poblaciones, y que esta continuó incluso mucho después de que la propia Inquisición rechazara ya en 1526 la pena de muerte para castigar a las brujas. Hubo lugares aislados en las montañas donde, por decirlo de alguna manera, los poderes locales siguieron tomándose la justicia por su mano. Las mismas preguntas que me surgieron cuando comencé a escribir *Regreso a tu piel* me han acompañado durante meses: ¿Qué pudo pasar en un lugar tan pequeño para que se ahorcase a tantas mujeres en dos meses? ¿Cuál fue el detonante?

En todas mis lecturas he encontrado una idea común que podría resumirse de la siguiente manera: las persecuciones de brujas eran sintomáticas de las ansiedades que surgían en épocas de transformación social intensa. Ansiedad y miedo: he aquí dos elementos que preceden y permiten las grandes manifestaciones del mal en la historia. En un contexto donde la religión tenía la misma importancia vital que ahora tiene la política, casi todos los juicios por brujería surgieron

de acusaciones del pueblo por razones de magia maléfica...

Con estas dos premisas, comencé a leer e informarme sobre las décadas anteriores a los terribles sucesos de este *Salem* oscense: una larga época de guerra civil entre los partidarios de continuar con un sistema feudal y los defensores de seguir al rey Felipe II en el antiguo condado de la Ribagorza, que en la novela aparece con el nombre de Orrun. La parte histórica de esta novela está, por tanto, inspirada en hechos reales y creo que refleja y explica la atmósfera inmediatamente anterior a las ejecuciones; y si bien los nombres de los personajes del condado son ficticios, algunos están basados en personas que existieron.

Para quienes deseen ampliar información, y porque además considero justo mencionar el trabajo de todos aquellos que con sus estudios me han iluminado en esta novela, sugiero al lector la siguiente bibliografía:

—Para una aproximación general al tema de la brujería, el miedo, la vida y la muerte: *El miedo en Occidente, siglos XIV al XVIII*, de Jean Delumeau (1978, reedición Taurus 2002); *La Inquisición Española: una revisión histórica*, de Henry Kamen (1999); *El abogado de las brujas: brujería vasca e Inquisición española*, de Gustav Henningsen (1980, reedición Alianza Editorial 2010), sobre el inquisidor Alonso de Salazar y Frías en el caso de las brujas de Zugarramurdi, novelado por Nerea Riesco en *Ars Magica* (2007); *La Inquisición española*, de José Martínez Millán (2007); *Las brujas y su mundo*, de Julio Caro Baroja (1961); *Los demonios de Loudun*, de Aldous Huxley (1952); *Las Brujas de Salem*, de Arthur Miller (1952); *Historia de la columna infame*, de Alessandro Manzoni (escrito en 1842, con prólogo de Leonardo Sciascia en edición de 2008); «Prácticas testamentarias en el Madrid del siglo XVI: norma y realidad», de María del Pilar Esteves Santamaría (2010); «Miedo y religiosidad popular: el mundo rural valenciano frente al desastre meteorológico en la Edad Moderna», de Armando Alberola Romá (2011); «Arte de Bien Morir. Breve confesionario», de Rafael Herrera Guillén; «La muerte por entregas», de María Sánchez Pérez (2008). Muy revelador me resultó el artículo «Weather, Hunger and Fear: Origins of the European witch hunts in climate, society and mentality», de Wolfang Behringer (1995), quien analiza las causas de la inseguridad existencial del siglo XVI —clima, hambre y miedo— y sus terribles consecuencias.

—Sobre el contexto histórico, los conflictos en Aragón y en el condado de la Ribagorza y la celebración de Cortes en Monzón en 1585 con la presencia del rey Felipe II: *La rebelión aragonesa de 1591*, de Jesús Gascón Pérez (2000); *Aragón en el siglo XVI: Alteraciones sociales y conflictos políticos*, de Gregorio Colás Latorre y José Antonio Salas Ausens (1982); *Historia del Alto Aragón*, de Domingo J. Buesa Conde (2000); *Historia del Condado de Ribagorza*, de Manuel Iglesias Costa (2001); *Historia de Ribagorza, desde su origen hasta nuestros días*, de Joaquín Manuel de Moner y de Siscar (1878); *Valle de Lierp: un bello enclave pirenaico*, de José María Ariño Castel y Fernando Sahún Campo (2008); *Bardaxí: cinco siglos en la historia de una familia de la pequeña nobleza aragonesa*, de Severino Pallaruelo (1993); «Lupercio de Latrás, bandolero y espía», de Carlos Bravo Suárez (2005, blog); *El Señorío de Concas*, de Manuel Agud Querol (1951); «Relación del viaje hecho por Felipe II, en 1585, a Zaragoza, Barcelona y Madrid», de Henrique Cock (edición de 1876 por Morel-Fatio y Rodríguez-Villa); «Felipe II y el Monzón de su tiempo», de Amalia Poza Lanau y Joaquín Sanz Ledesma (1998, en Cuadernos

CEHIMO n.o 25); «Ribagorza a finales del siglo XVI. Notas sobre Antonio de Bardaxí y Rodrigo Mur», de Pilar Sánchez (1992); *Fueros, Observancias y Actos de Corte del Reino de Aragón,* edición facsimilar de la de Pascual Savall y Dronda y Santiago Penén y Debesa, realizada en 1991 con ocasión del IV centenario de la ejecución de D. Juan de Lanuza, justicia de Aragón, en 1591; y los artículos y colecciones documentales aportados por Manuel Gómez de Valenzuela, especialmente aquellos sobre los estatutos de *desaforamiento* contra hechiceras y brujas.

—Sobre brujería en Aragón: imprescindible toda la obra del estudioso y experto Ángel Gari Lacruz acerca de la brujería e inquisición en Aragón y en los Pirineos, y los libros de María Tausiet, entre los cuales resalto el espléndido trabajo *Ponzoña en los ojos: brujería y superstición en Aragón en el siglo XVI,* del año 2000. Menciono como útiles también los trabajos de José Antonio Fernández Otal, de 2006, «Guirandana de Lay, hechicera, ¿bruja? y ponzoñera de Villanúa (Alto Aragón), según un proceso criminal del año 1461» y de Manuel López Dueso, «Brujería en Sobrarbe en el siglo XVI» (1999). Carmen Espada Giner tiene dos versiones noveladas de procesos por brujería, editados en 1997 y 1998 respectivamente: *Dominica la Coja* (juicio real de 1534) y *La vieja Narbona (*juicio real de 1498*).* De muy reciente aparición es el libro *La mala semilla: Nuevos casos de brujas,* de Carlos Garcés Manau (2013). A partir de documentación en su mayor parte inédita, este autor centra su trabajo en las historias de brujas ocurridas en el norte de España entre 1461 y 1662 y muestra que Aragón fue, después de Cataluña, la zona de España donde más víctimas causaron las cazas de brujas. Garcés Manau incluye una lista de ciento veinte mujeres ajusticiadas, la mayoría de las cuales fueron ahorcadas tras ser juzgadas en los propios municipios. Por último, en 1999 se publicó una edición facsimilar del manuscrito encontrado en Laspaúles y posteriormente su contenido, transcrito y ordenado de forma cronológica por Artur Quintana y Walter Heim, fue publicado en la revista de Filología *Alazet* del Instituto de Estudios Altoaragoneses.

—Un comentario aparte merecen los libros que el personaje fray Guillem portaba en su hatillo cuando viajó de la tierra baja a las montañas. Este párrafo en principio iba dentro del texto de la novela, pero finalmente decidí no incluirlo y guardarlo para esta bibliografía. Fray Guillem llevaba, pues, la biblia con una flor de lis incrustada en oro que su madre le había regalado al ser ordenado sacerdote; los Manuales del Inquisidor básicos, a saber, el *Malleus Malleficarum* de Heinrich Kramer y Jacob Sprenger (1486 aprox.), el *Directorium Inquisitorum* de Nicolás Aymerich (1376 aprox.) y el *Formicarius* de Johannes Nider (escrito en 1435-1437 aprox., publicado en 1475) como fuentes de consulta para cualquier comprensión de la naturaleza del mal, la brujería y el satanismo; las *Cuestiones Espirituales sobre los Evangelios de todo el año* de Juan de Torquemada, para facilitar el conocimiento de la Escritura a los poco familiarizados con la especulación teológica; las *Instrucciones a los Confesores* de Carlo Borromeo para que le iluminase en su aplicación de los preceptos del Concilio de Trento; varios opúsculos de sermones, sin olvidarse de los de san Bernardino de Siena y santo Tomás de Aquino; unos apuntes sobre los eruditos dominicos de la Escuela de Salamanca, pues siempre encontraría un rato para las reflexiones de Francisco de Vitoria sobre los problemas morales de la condición humana; el *De Statu et Planctu Ecclesiae*, del franciscano Álvaro Pelayo, para estar alerta de los peligros de las mujeres y el pecado de la relajación en sus obligaciones como fraile; y, por

último, una copia del exitoso *Ars Moriendi*, de un desconocido dominico, ilustrado con varios útiles grabados sobre el momento final de una persona.

—Aunque tanto la investigación como la trama de la novela han seguido una línea histórica más que antropológica, como se refleja en los capítulos del pasado, la estrategia narrativa para dar un salto de siglos en el tiempo ha sido algo tan misterioso, atrayente y controvertido como son las regresiones hipnóticas. Aquí ya debe ser el lector quien ponga a prueba su credulidad y se deje guiar por el personaje de Neli para abrir su mente a la posibilidad de la reencarnación, la regresión de vidas pasadas, la progresión de vidas futuras y la supervivencia del alma humana. Unas lecturas para comenzar, escritas por psiquiatras profesionales conocidos por su investigación sobre la reencarnación, podrían ser: *Muchas vidas, muchos maestros*, de Brian Weiss (1988); *Veinte casos que hacen pensar en la reencarnación*, de Ian Stevenson (1992); *Vida después de la vida*, de Raymond Moody (1975); *Vida antes de la vida: Los niños que recuerdan vidas anteriores*, de Jim B. Tucker (2005); *Las trece vidas de Cecilia*, de Ramón Esteban Jiménez (2001); *El viaje del alma: Experiencia de la vida entre las vidas*, de José Luis Cabouli (2006). Y *El vagabundo de las estrellas*, la última novela que escribió Jack London (1915), en la que el protagonista, convicto por asesinato en la cárcel de San Quintín e inmovilizado en una camisa de fuerza a la espera de la pena de muerte, soporta su tormento físico viajando a otro plano de existencia en el cual puede recorrer sus vidas pasadas.

Que las aisladas y solitarias tierras de la montaña eran lugares de brujas es algo que ha permanecido en la memoria de los habitantes de estos valles, como muy bien recoge Carmen Castán en su precioso libro *Cinco Rutas con los cinco sentidos por el Valle de Benasque y la Ribagorza* (2011), en el que, como la autora misma dice, nos ofrece una visión no solo de lo tangible, sino también de lo que nos ha llegado gracias a la tradición oral. Cuando era pequeña, en la casa de mi familia materna, al pie de la cara sur del impresionante Turbón, mi abuela recordaba que algunos habían escuchado a las brujas tocar el violín en los barrancos y que cuando los vecinos iban a los huertos a regar o a por verduras, llevaban un rosario que los protegiese para colocarlo sobre las ropas que las brujas, a quienes les gustaba andar desnudas, dejaban sobre las piedras.

La aparición de documentos que prueban los terribles sucesos relacionados con la brujería en pequeños municipios corrobora que en ocasiones las leyendas suelen tener su origen en algo real y concreto, que luego la imaginación remodela y el tiempo reconvierte.

Detrás de todas esas historias de brujas que muchos hemos oído, sin embargo, se esconden sucesos locales verdaderamente dramáticos, algunos de los cuales salen a la luz muchos siglos después, como si las voces de esas mujeres injustamente ajusticiadas —y ejecutadas *legalmente* — desearan traspasar las barreras del tiempo y regresar para ser escuchadas.

Agradecimientos

A Miguel Ángel Lahoz, por todo lo que me ha enseñado de indumentaria, que siempre resulta útil en las novelas con ambientación histórica.

A Olga Segura, por servirme de inspiración para uno de los personajes y por recordarme que, aunque hay algo más allá de lo tangible, lo más importante está aquí, y al revés.

A Antonio Merino, por compartir siempre sus descubrimientos históricos.

A Carlos Español, por sus acertadas recomendaciones bibliográficas. Fue una casualidad que yo tuviese la idea de esta novela en la cabeza cuando él se hallaba inmerso en una profunda investigación sobre el tema de la brujería en nuestra tierra. Escuchar las hipótesis y conclusiones de los buenos narradores es siempre un placer, y él sin duda lo es. Todo lo que he aprendido sobre este tema se lo debo a él.

A mis amigos, por seguir ahí, después de tantos años, cuidando de mí. Ellos saben quiénes son.

A mi familia de Casa Sopena de Serrate, en el Valle de Lierp, por tantas y tan sabrosas y fructíferas veladas a la sombra del Turbón que continúan ahora con el recuerdo de yaya Pilar.

A mi madre, María Luz, y a mis hermanas, Gemma y Mar, por la ilusión con que me acompañan en este viaje literario y en todas las celebraciones de nuestra vida juntas.

A mi padre, Paco, por seguir presente.

A mi marido, José, y a mis hijos, José y Rebeca, por comprender y asumir con naturalidad mis ausencias y horarios difíciles y por ser la verdadera razón de todo.

A Cristina Pons, por estar siempre al otro lado de ese hilo invisible que nos mantiene literariamente conectadas y por convertir el proceso de creación en un placer absorbente.

A Puri Plaza, por sus emotivas palabras tras leer el manuscrito y sus oportunos comentarios.

Al Grupo Planeta por haber confiado de nuevo en mí, y, en particular, al equipo con quien he trabajado estos tres últimos e intensos años de mi vida: a Ruth González, por su disponibilidad y amabilidad; a Emilio Albi, por ser siempre portador de buenas noticias y buenas ideas; y a Silvia Axpe, por lo que he aprendido de las candilejas de una editorial. A Isabel Santos le debo mucho: su compañía, su sonrisa, su inagotable vitalidad, su complicidad, su capacidad resolutiva y su inigualable profesionalidad como encargada de comunicación han sido fundamentales en todos los viajes y eventos de lo que para mí ha sido y es una extraordinaria y dura aventura. Y a Belén López Celada, directora de Planeta —y a quien nunca le he dicho en persona cuánto la admiro por su valía, su coraje y su ilusión—, por acompañarme en momentos inolvidables.

Mi más profundo agradecimiento, cargado de cariño, a mi querida editora, Raquel Gisbert,

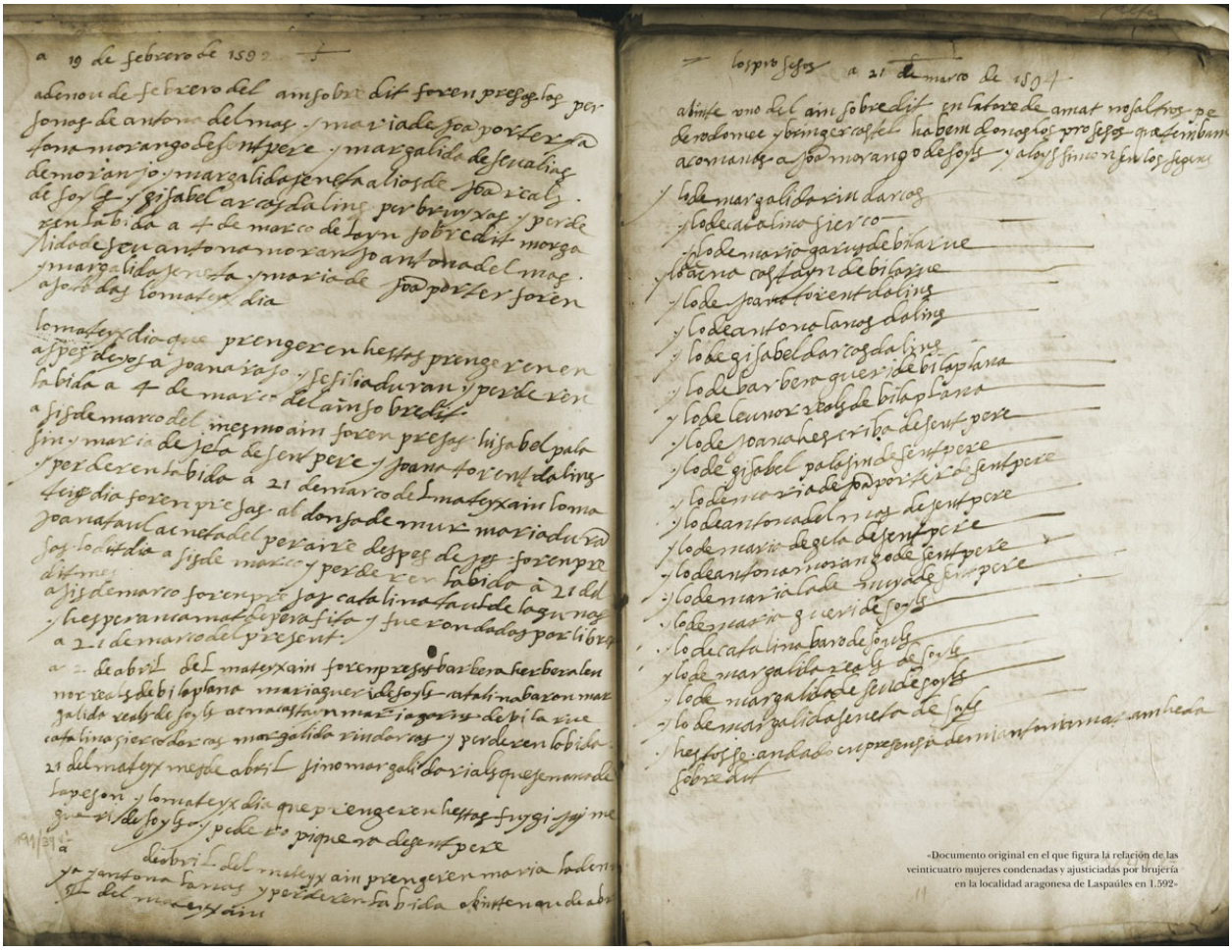
directora de ficción de Planeta, por sus acertados y necesarios comentarios y por creer y confiar en mí y en mis historias. De su inteligencia, perspicacia, preparación e intuición, de su amable exigencia y de su sinceridad no puedo sino aprender día tras día.

Por último, mi agradecimiento especial a todos los lectores que me han acompañado y acompañan, por sus afectuosos comentarios, a mí y a mis familiares.

Anciles, enero de 2014

Nota

[1]. ¿Ya estás aquí? No te esperaba hasta el viernes. Ahora voy.



«Documento original en el que figura la relación de las veinticuatro mujeres condenadas y ajusticiadas por brujería en la localidad aragonesa de Laspaúles en 1.592»

Regreso a tu piel
Luz Gabás

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© de la ilustración de la portada, Opalworks

© Luz Gabás, 2014

Ilustración de Monzón en 1563, Anton van den Wyngaerde, Biblioteca Nacional de Madrid, © Oronoz / Album
Documento original en el que figura la relación de las veinticuatro mujeres condenadas y ajusticiadas por brujería en la localidad aragonesa de Laspaúles, en 1592, archivo de la autora, cortesía del Ayuntamiento de Laspaúles

© Editorial Planeta Madrid, S. A., 2014
C/ Josefa Valcárcel, 42, 28027 Madrid
© por esta edición, Editorial Planeta, S. A., 2014
Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): marzo de 2014

ISBN: 978-84-08-12721-5 (epub)

Conversión a libro electrónico: Víctor Igual, S. L.